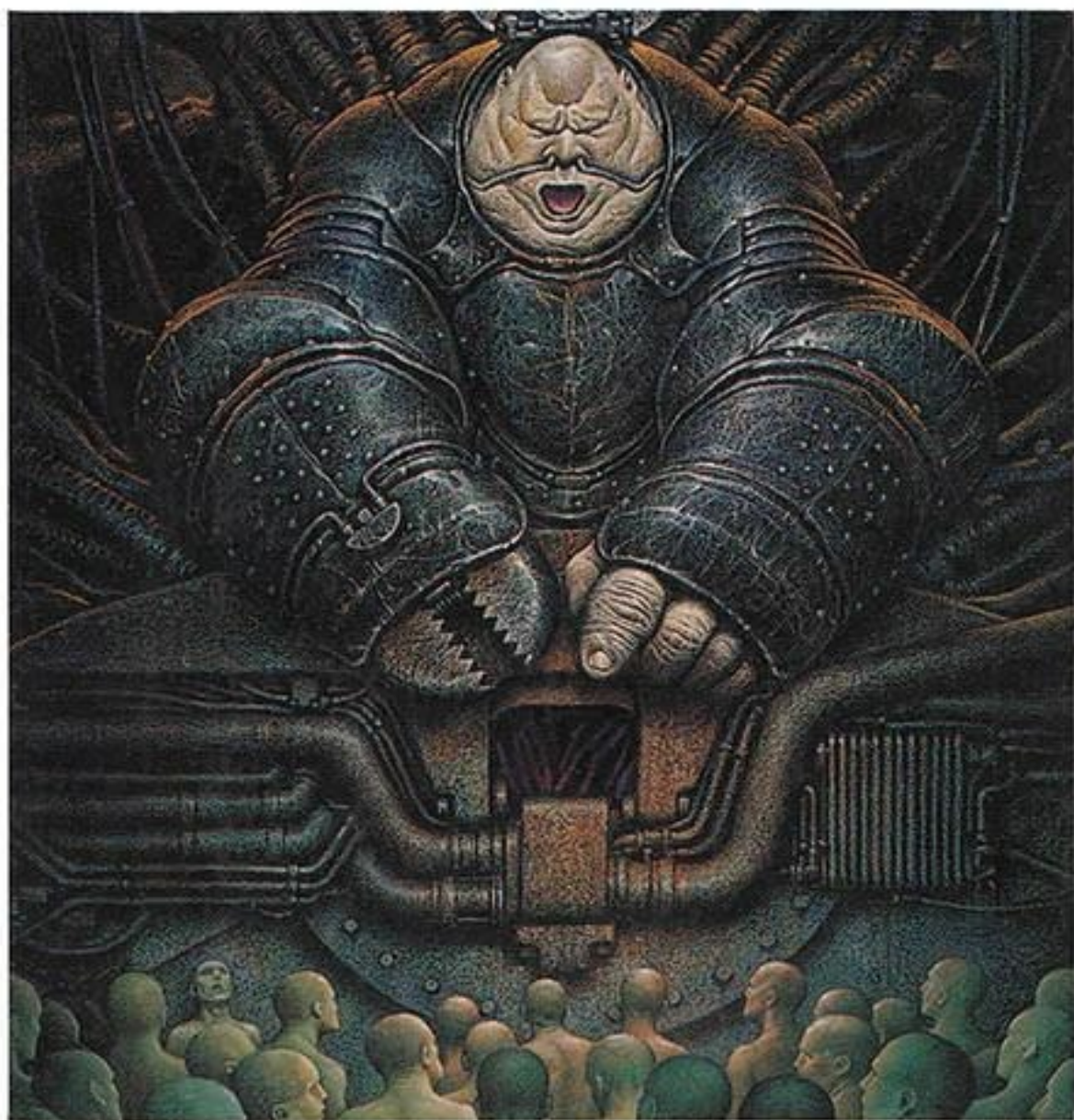


Orson Scott Card



**LA SAGA
DE WORTHING**



NOVA
CIENCIA FICCIÓN

Lectulandia

El imperio de Capitol se cimenta en el somec, la droga capaz de crear en los humanos la ilusión de la inmortalidad. Pero sólo algunos, los ricos y los poderosos, obtienen el privilegio de dormir durante largos años y despertar como si no hubiera transcurrido el tiempo. El somec permite gestar ambiciosos planes y dominar un vasto imperio, pero también implica amenazas y peligros. La saga de Worthing es una emotiva crónica de Capitol y su droga, el somec, en la que se nos habla del poder subversivo de Abner Doon, que destruyó el imperio, de la estirpe de telépatas que engendró Jason Worthing y del mundo que éstos llegaron a crear.

Lectulandia

Orson Scott Card

La saga de Worthing

ePub r1.0

Rov 04.02.14

Título original: *The Worthing Saga*

Orson Scott Card, 1978

Traducción: Carlos Gardini

Ilustraciones: Oscar Chichoni

Colección NOVA nº52

Primer editor: Castroponce (pre - r1.0)

Segundo editor: Rov

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

Con toda seguridad, la mejor presentación de este libro es la introducción que realiza el mismo autor. También resulta difícil superar en contenido y capacidad de síntesis el epílogo de Michael R. Collings, que en esta edición hemos titulado Los mundos de Worthing. A ellos remito al lector.

LA SAGA DE WORTHING forma parte de la reciente recuperación de la obra de Card. Ya en LA GENTE DEL MARGEN (1989, NOVA ciencia ficción, núm. 44), se recogían sus historias sobre el problemático renacimiento de la civilización tras una hecatombe nuclear. LA SAGA DE WORTHING incluye La crónica de Worthing, recreación y versión definitiva de su primera novela, HOT SLEEP (1979), acompañada de algunos relatos que giran en torno al universo narrativo del imperio de Capitol. El resto de la obra narrativa de Card todavía no editada en forma de libro se reúne en una voluminosa antología titulada MAPAS EN UN ESPEJO (1991), cuya publicación en España está prevista para 1995.

Conviene destacar el hecho de que, como afirma el propio Card, en LA SAGA DE WORTHING se hallan las raíces de mi obra narrativa en la ciencia ficción. La fama que Card ha conseguido con la premiada y popular saga de Ender y con los libros de la historia de Alvin Miller, el Hacedor, se podría haber adivinado ya por el interés antes contenido de estos relatos y narraciones sobre el imperio de Capitol y su droga, el somec, sobre el poder subversivo de Abner Doon, que lo destruyó, y sobre la estirpe de telépatas que engendró Jason Worthing y el mundo que éstos llegaron a crear.

El mismo Card reconoce la influencia del ambiente rural y los dones parapsicológicos que caracterizan las narraciones sobre los extraterrestres del Pueblo de Zenna Henderson. Los intereses éticos y morales de la narrativa de Card encuentran en esa temática terreno abonado. En su introducción, Card recuerda también la inspiración trantoriana del imperio de Capitol, y para muchos lectores resultará también claro el papel que Jason Worthing desempeña, francamente parecido al de Hari Seldon en la primera trilogía de la Fundación de Asimov.

Centrándonos ya en La crónica de Worthing, verdadero eje de este libro, es fácil convenir en que la narración de la saga de Jason Worthing resulta ya un libro fundamental en la ciencia ficción que trata del tema de la telepatía y de los poderes mentales.

Además de PEREGRINACIÓN: EL LIBRO DEL PUEBLO (1961), de Zenna Henderson, en el que evidentemente se inspira Card, la telepatía y los poderes paranormales han sido tema de otras destacadas obras de ciencia ficción. Una lista mínima de títulos del género sobre la telepatía se iniciaría con SLAN (1940), de Alfred E. van Vogt, referencia ya clásica cuya estructura está centrada en la aventura, como corresponde

a esa primera época de la ciencia ficción. Mucho más satisfactorias resultan *MÁS QUE HUMANO* (1953), de Theodore Sturgeon, y *MUTANTE* (1953), de Henry Kuttner, que confieren una dimensión sociológica de mucha mayor profundidad e interés a un tema que se haría clásico en la ciencia ficción de los años cincuenta, tan interesada por los fenómenos de la percepción extrasensorial. Años más tarde, tras la conmoción de la *New Wave* de los años sesenta, incluso Robert Silverberg desarrollaría en *MUERO POR DENTRO* (1972) una visión introspectiva, tal vez exageradamente solipsista, de la telepatía y de los problemas que comporta.

En mi opinión, la obra de Card que hoy presentamos alcanza niveles comparables, si no superiores, a los de *MUTANTE* y *MÁS QUE HUMANO*, que han sido siempre, para mí, las mejores obras de ciencia ficción sobre telepatía y poderes extrasensoriales. La visión de Card está repleta de connotaciones morales y éticas equiparables a las de Sturgeon y Kuttner, pero su fuerza emotiva es claramente superior. El recurso de utilizar narraciones simbólicas y con un claro contenido didáctico (Collings hace una justa y acertada reflexión sobre ello en el epílogo de este libro) confieren a *LA SAGA DE WORTHING* una fuerza sorprendente.

Tal vez escandalizaré a algunos pero, aun aceptando el gran interés y la fama de series como la de *Ender*, el Card que más me atrae es el que se muestra con gran fuerza en las fábulas morales que componen libros como *LA SAGA DE WORTHING*, o que se encuentran en algunas de sus mejores narraciones breves como *Sonata sin acompañamiento*, *Ojo por ojo* o *Los niños perdidos*. Es esa reflexión sincera y honesta sobre los valores de la empatía, el amor, la misericordia o la justicia lo que llena de contenido gran parte de la obra de Card y lo que la hace tan personal e inconfundible. Ésa es la razón por la que resulta tan atractiva para la gran mayoría de sus lectores.

Conviene no olvidar la formación de Card como mormón ni su actividad como misionero de esa religión, o los inicios de su carrera de escritor precisamente al servicio de su iglesia. Son evidentes las connotaciones ideológicas que supone todo ello y es fácil comprender la razón por la cual la obra de Card aborda (interesadamente, todo hay que decirlo) temas de un cierto cariz ético y moral. Parábolas (eso son en realidad) como la historia del calderero o algunas narraciones de *La crónica de Worthing* son fundamentales para diferenciar y caracterizar la obra de Card, un tanto anómala en nuestra sociedad materialista y poco dada a las reflexiones éticas y morales.

Para algunos puede resultar sorprendente que, con esa temática y esas preocupaciones centrales, Card haya logrado la gran fama y prestigio que ha obtenido y que ya nadie le niega. Aun en el caso de que los problemas éticos y morales de sus protagonistas no mantuvieran todo el interés incluso en nuestro mundo mercantilizado (y es evidente que lo mantienen), otra razón evidente para el

éxito indiscutido de Card sería su habilidad narrativa. Y el presente libro es una brillante muestra de ello.

Si bien HOT SLEEP era mucho más lineal y sencilla, la propia estructura narrativa que ha configurado finalmente La crónica de Worthing refleja un dominio espectacular del arte narrativo. El mismo Card indica que uno de los temas centrales de esta novela es precisamente el hecho de narrar. También es fácil coincidir con el autor cuando afirma que La crónica de Worthing es, de entre sus textos narrativos, el de mayor complejidad estructural, aunque mantiene la unidad temática y, yo añadiría, su gran interés y amenidad. En 1990, al escribir su introducción a LA SAGA DE WORTHING, Card reconocía que la historia de Jason Worthing, tras haber sido su peor novela, se había convertido en la mejor. Personalmente estoy de acuerdo con él y, aunque sé que nunca superará en popularidad a obras como EL JUEGO DE ENDER, quiero dejar constancia pública del gran interés e importancia de esta brillante aportación de Orson Scott Card a la ciencia ficción que trata de la telepatía.

MIQUEL BARCELÓ

INTRODUCCIÓN DEL AUTOR

Este libro reúne por primera vez todos los relatos de Worthing en un solo volumen. En cierto modo, los relatos de Worthing constituyen la raíz de mi obra de ciencia ficción. El primer cuento de ciencia ficción que escribí era una versión de *El calderero*; lo envié a la revista *Analog* cuando tenía diecinueve años.

En esa época *Analog* era la única revista de ciencia ficción que figuraba en la lista de *Writer's Market*; como yo no había leído una revista del género en mi vida, no conocía otras. *El calderero* llegó a *Analog* cuando murió su director, John W. Campbell. Su sucesor rechazó el cuento, pero me envió una nota alentadora.

Interpreté que yo andaba por la buena senda, y seguí trabajando en *El calderero* y otros cuentos relacionados con él, *La Granja de Worthing*, *La Posada de Worthing*, y un relato mucho más largo que jamás concluí acerca del primer contacto entre los hijos de Worthing y el mundo exterior. Poco después, mientras vivía en Ribeirao Preto, Brasil, donde servía como misionero de la iglesia mormona, utilicé mi tiempo libre para planear y comenzar una novela donde explicaba por qué esas gentes tenían aptitudes psíquicas y cómo habían ido a vivir al planeta de Worthing. Fue entonces cuando pensé en el somec, con su dolor torturante pero olvidado; el planeta Capitol, y la extravagante nave de Jason. En esos tiempos yo sabía poco sobre ciencia y ciencia ficción. Había leído la trilogía *Fundación* de Isaac Asimov (es obvio que Capitol deriva de Trantor). Pero no había leído mucho más, y en consecuencia me pasé mucho tiempo reinventando la rueda. Eventualmente dejé el trabajo inconcluso y me dediqué a escribir obras teatrales y, al finalizar mi misión, a fundar la Compañía de Teatro de Repertorio del Valle de Utah.

En 1975 mi compañía teatral se encontraba en aprietos financieros y volví a escribir ficción. Como *El calderero* había recibido una alentadora nota de *Analog*, exhumé el manuscrito para releerlo. Al parecer había aprendido mucho en esos años, pues sentí la necesidad de reescribirlo de cabo a rabo. De nuevo lo envié a *Analog*; de nuevo lo rechazaron con una nota alentadora. Pero esta vez Ben Bova, el jefe de redacción, me indicó por qué el cuento no funcionaba. «*Analog* no publica fantasía — dijo —, pero si usted tiene algo de ciencia ficción, nos gustaría verlo».

No se me había ocurrido que *El calderero* fuese fantasía; sabía que se podía justificar todo lo que ocurría en términos de ciencia ficción. Además, había leído un libro de cuentos de Zenna Henderson y sabía que los relatos con gentes dotadas de poderes extraordinarios estaban dentro de ese campo. Aun así, *El calderero* huele a fantasía: tecnología medieval, muchos árboles, milagros sin explicar. Pensé en volver a la historia de Jason Worthing, con lo cual *El calderero* y todos los demás cuentos se consolidarían como ciencia ficción. Pero era demasiado impaciente para trabajar en una novela, así que escribí la novela corta *El juego de Ender*, que fue lo primero que

vendí en ficción y el principio de mi carrera de narrador.

Aun así, poco después regresé a los relatos de Worthing. Aunque había pensado en abandonarlos, olvidarlos era imposible: mi madre insistía en preguntarme qué haría con la *gente de ojos azules*. Ella había mecanografiado esos primeros manuscritos —yo era bastante bueno en la materia, pero no podía competir con sus 120 palabras por minuto exentas de errores y, como primer público de los cuentos del Bosque de Aguas, ella creía, como yo, que tenían verdadera fuerza aunque yo aún no fuera todo lo diestro que hubiese deseado para narrarlos.

Entonces yo trabajaba en *The Ensign*, la revista oficial de la Iglesia de Jesucristo de los Santos del Último Día (los mormones). Dos de sus redactores, Jay Parry y Lane Johnson, también trabajaban en narrativa. Pasábamos la hora del almuerzo en la cafetería del edificio de la iglesia, comiendo ensalada, bebiendo gaseosa barata y comentando ideas. La mayoría de los cuentos que escribí inmediatamente después de *El juego de Ender* surgieron de ese vértigo creativo. Empecé a usar la idea del somec en cuentos como *Segmento de vida*, *Las reglas del juego* e *Hijos sacrificados*; pero los cuentos nunca se centraban en los elementos de ciencia ficción, sino en las personas y el modo en que se creaban y se destruían.

Cuando Ben Bova me invitó a presentarle una novela para una nueva serie de libros que estaba preparando con las editoriales Baronet y Ace, pensé en mi novela dejasen Worthing y empecé a escribirla. Le mostré una cincuentena de páginas a Jay Parry, quien me dijo que era demasiado larga. ¿Demasiado larga? En cincuenta páginas había contado casi toda la historia. Si le quitaba algo sólo quedaría un bosquejo. Entonces comprendí que Jay me estaba señalando que la narración daba la sensación de ser larga. Iba tan deprisa que apenas rozaba la superficie, sin respiros para mostrar una escena que permitiera al lector adentrarse en el relato, interesarse en un personaje.

Cogí el manuscrito, aminoré la marcha, empecé de nuevo. Aún me costaba estructurar la historia como un todo coherente. Mi única experiencia consistía en escribir cuentos, así que en mi desesperación replanteé la historia como una serie de novelas cortas, cada una desde el punto de vista de un personaje. El resultado fue un relato bastante bueno, entorpecido por una estructura endeble y difusa. Con todo, se consideró publicable, y emprendió su camino hacia la publicación con el título *Hot Sleep*. Terminé el último borrador la noche antes de mi boda con Kristine Alien, y en la mañana de la boda lo fotocopié y lo dejé en la sala de correos de la iglesia antes de atravesar el túnel que iba bajo la calle principal hasta el templo, donde me aguardaba mi novia. Ella manifestó comprensibles dudas acerca de nuestro futuro, pues yo me había retrasado unos minutos para despachar un manuscrito.

Entretanto, Ben Bova me sugirió que reuniera los cuentos sobre el somec que él había comprado para *Analog*, y algunos nuevos, para publicarlos en un volumen de

Baronet. El resultado fue el libro *Capitol*. Algunos de los cuentos nuevos eran lo bastante satisfactorios para incluirlos aquí. Otros eran mecánicos y vacíos, y por piedad hacia el lector he preferido que expirasen en silencio. Sin embargo, en el momento de escribirlos, era lo mejor que podía hacer con ese material, y *Capitol*, mi primer libro de ficción, salió en la primavera de 1978, en la época en que nació mi primer hijo, Geoffrey.

Hot Sleep se publicó un año después, con una espantosa cubierta de Baronet que me causó doble embarazo porque ilustraba fielmente una escena del libro. Desde entonces he aprendido —una y otra vez— que, si hay una escena que presentada en la cubierta destruiría la eficacia de la novela, ésa es precisamente la escena que aparece en la cubierta. Peor aún, en la tapa pusieron que era ganadora de un premio Hugo; yo había salido segundo en el premio Hugo de 1978, aunque había ganado el premio John W. Campbell (de escritor novel) en la WorldCon (Convención Mundial de Ciencia Ficción) de Phoenix.

Poco después de la publicación recibí una carta de Michael Bishop, un escritor a quien admiraba pero no conocía. Se disculpaba de antemano por su reseña de *Hot Sleep* en *The Magazine of Fantasy amp; Science Fiction*. La reseña aún no estaba publicada, pero era demasiado tarde para corregirla, según aclaró Bishop: en ella me criticaba por permitir que la alusión al Hugo figurase en el libro, y poco después descubrió que su casa editora le había hecho algo similar, atribuyéndole premios que no había ganado. Así comenzó una amistad que continúa hasta hoy, aunque no sin ocasionales tensiones causadas por nuestras diferentes ideas acerca del arte de la narración.

Su reseña de *Hot Sleep* era muy crítica, pero me resultó utilísima. Bishop señalaba los fallos estructurales de la novela de un modo que me ayudó a ver en qué me había equivocado. Yo estaba comenzando a trabajar en mi tercera novela, *Maestro cantor*, y me disponía a usar una estructura fragmentaria y difusa como la de *Hot Sleep*; la reseña de Bishop me incitó a hallar modos de ensamblar una historia larga como una totalidad. Entonces comencé a comprender la estructura narrativa; mis narraciones quedaron bajo mi control consciente, y dispuse de un nuevo instrumental.

¿Pero qué podía hacer con *Hot Sleep*? Ahora sabía cómo escribirla bien, y estaba profundamente insatisfecho con su forma actual. Pero se vendía bastante, lo cual significaba que para algunos lectores era al menos aceptable. Además, ahora estaba muy disconforme con los cuentos más endebles de *Capitol*, que también se estaba vendiendo, induciendo a los lectores a asociar mi nombre con cuentos que yo no aprobaba.

En una cena, durante una convención en Santa Rosa, hablé de esto con Susan Allison, asesora editorial de Ace; ella aceptó retirar *Hot Sleep* y *Capitol* de la circulación a cambio de una nueva novela, *La crónica de Worthing*, que narrara toda

la historia con mayor vigor artístico. No escribí el nuevo libro hasta el otoño de 1981, cuando estaba en medio de mi primer semestre como estudiante graduado en Notre Dame. Para entonces estaba inflamado con mi nueva pasión por la literatura medieval y mis teorías acerca de la narrativa y, provisto del maravilloso libro *The Lost Country Life* como fuente de los detalles de la vida cotidiana en una sociedad pretecnológica, transformé *La crónica de Worthing* en mi narración de estructura más compleja pero con mayor unidad temática. Después de ser mi novela más floja, la historia de Jason Worthing era ahora la mejor.

Transcurrieron los años; mis viejos libros se agotaron. Esto es siempre doloroso para un autor; como un padre cuyos hijos han dejado de escribirle, el autor evoca nostálgicamente sus libros agotados y desea tener noticias de ellos. Agradezco que Tom Doherty y Beth Meacham, mi asesora editorial en Tor, hayan aceptado reunir en un volumen *La crónica de Worthing*, los mejores cuentos de *Capitol* y esos cuentos de fantasía con que me inicié, no sólo en esta serie sino en mi carrera de escritor de ciencia ficción.

Cuando escribía *La crónica de Worthing*, no tenía a mano los cuentos originales (*La Granja de Worthing*, *La Posada de Worthing* y *El calderero*). En consecuencia, cuando necesitaba elementos de esos cuentos confiaba en mi memoria, y hacía adaptaciones libres según las necesidades de la novela. Ahora, al releer los cuentos originales, veo que guardan tan poca coherencia con la novela que sería preciso reescribirlos por completo. Incluso redacté notas para una revisión, pero finalmente decidí publicarlos en su forma original. A fin de cuentas, uno de los temas principales de *La crónica de Worthing* es la naturaleza de la narrativa; resulta más fiel a la naturaleza de este trabajo presentar los cuentos de tal modo que el lector vea sus transformaciones a través del tiempo. Algunas transformaciones son producto de mi mayor dominio del oficio. Algunas diferencias se deben a que he vivido un poco más y comprendo un poco mejor a la gente. Sin embargo, la mayoría de las modificaciones surgieron de necesidades de la novela. Los cuentos se transformaron en lo que yo necesitaba que fueran. Creo que eso son todas nuestras narraciones. No sólo nuestra ficción, sino nuestras noticias, nuestros chismes, nuestras crónicas históricas, nuestras biografías, nuestras memorias. Son lo que necesitamos que sean.

Aun así, creo en estos relatos. He convivido con ellos desde que era adolescente. Tardé mucho tiempo en adquirir la destreza necesaria para narrarlos como quería, pero nunca dejé de profesarles afecto a través de los años. Ahora los ofrezco a los lectores con la esperanza de que los encuentren sólidos y auténticos.

LA CRÓNICA DE WORTHING

*Para Laird y Sally,
pues reconocéis
los relatos verdaderos*

1

EL DÍA DEL DOLOR

En muchos lugares de los Mundos Habitados, el dolor llegó súbitamente en medio de las faenas del día. Fue como si una antigua y cómoda presencia los abandonara, una presencia en la que nadie había reparado hasta que se hubo ido, y al principio todos quedaron desconcertados, aunque supieron de inmediato que algo había cambiado en el corazón del mundo. Nadie vio la fugaz erupción en la estrella llamada Argos; pasarían años hasta que los astrónomos asociaran el Día del Dolor con el Fin de Worthing. Y para entonces el cambio estaba hecho, la aflicción había llegado y la edad de oro había concluido.

En la aldea de Lared, el cambio llegó mientras dormían. Esa noche ningún pastor los guió en sueños. La hermanita de Lared, Sala, despertó aterrorizada gritando que Abuela había muerto. ¡Abuela ha muerto!

Lared se incorporó en su carriola tratando de disipar sus propios sueños, pues en ellos había visto a Papá llevando a la abuela a la tumba. Pero eso había ocurrido tiempo atrás, ¿o no? Papá se levantó del camastro de madera donde dormía con Mamá. Nadie lloraba de noche desde que habían destetado a Sala. ¿Acaso tenía hambre?

—¡Abuela murió esta noche! ¡Murió como una mosca en el fuego!

Como una ardilla en los dientes del zorro, pensó Lared. Temblando, como un lagarto en las fauces del gato.

—Claro que ha muerto —dijo Papá—, pero no esta noche. —Cogió a Sala en sus fornidos brazos de herrero y la acunó—. ¿Por qué lloras ahora, si hace tanto tiempo que Abuela murió? —Pero Sala siguió llorando como si el dolor fuera vasto y nuevo.

Entonces Lared miró la vieja cama de Abuela.

—Papá —susurró—. Papá. —Pues allí estaba el cadáver de Abuela, aún reciente, todavía enfriándose, aunque Lared recordaba claramente que la habían sepultado tiempo atrás.

Papá dejó a Sala en la carriola, y ella se acurrucó contra el costado de paja trenzada para no mirar. Pero Lared miró mientras Papá tocaba el colchón donde yacía el cadáver.

—Aún no está frío —murmuró, y lanzó un grito de miedo y dolor—: ¡Madre!

Despertó a todos los durmientes, incluso a los viajeros que estaban en la habitación de arriba; todos bajaron al dormitorio.

—¿Lo veis? —exclamó Papá—. ¡Murió hace un año, y, sin embargo, su cadáver tibio está en la cama!

—¡Un año! —exclamó el viejo escribiente, que había llegado la tarde del día anterior, montado en un asno—. ¡Pamplinas! Anoche ella sirvió la sopa. ¿No

recuerdas que bromeó conmigo, diciéndome que si mi lecho estaba demasiado frío tu esposa subiría a calentarlo, y si estaba demasiado cálido ella misma dormiría conmigo?

Lared trató de ordenar sus recuerdos.

—Recuerdo eso, pero recuerdo que lo dijo hace muchísimo tiempo, y sin embargo recuerdo que te lo dijo a ti, y yo no te conocía antes de anoche.

—¡Yo te sepulté! —exclamó Papá, y se arrodilló sollozando ante la cama de Abuela—. ¡Yo te sepulté, y te olvidé y aquí estás para afligirme!

Sollozos. Era un ruido inusitado en la aldea de Bahía Chata, y nadie supo qué hacer. Sólo los bebés hambrientos sollozaban, así que Mamá dijo:

—Elmo, ¿quieres comer algo? Te traeré algo de comida.

—¡No! —exclamó Elmo—. ¿No ves que mi madre ha muerto? —Cogió a la esposa del brazo y la apartó bruscamente. Ella tropezó con el taburete y se golpeó la cabeza contra la mesa.

Esto era peor que el cadáver tendido en la cama, rígido como un pájaro yerto. Pues jamás en su vida Lared había visto a un ser humano causando daño a otro. Papá estaba pasmado ante su propio arrebato.

—¡Thano, Thanalo! ¿Qué he hecho? —No sabía cómo consolar a su esposa, que sollozaba lánguidamente en el suelo. Ninguno de ellos había necesitado consuelo en toda su vida. Papá se volvió hacia los demás—: Estaba colérico. Nunca he sentido tanta cólera y, sin embargo, ¿qué hizo ella? Nunca he sentido tanta furia, pero ella no me ha causado daño alguno.

¿Quién podía responderle? Era evidente que algo andaba mal en el mundo; todos habían sentido rabia en el pasado, pero algo se había interpuesto entre el pensamiento y el acto, y los había calmado. Aquella noche la calma se había ido. Todos lo sentían. Nada aplacaba su miedo, nadie les decía sin palabras: Todo está bien.

Sala asomó la cabeza por encima del borde de la cama y dijo:

—Los ángeles se han ido, mamá. Ya nadie nos cuida.

Mamá se levantó del suelo y se acercó a su hija.

—No seas tonta, niña. No hay ángeles, excepto en los sueños.

Hay una mentira en mi mente, pensó Lared. El viajero vino anoche, y Abuela le habló tal como él dijo, y sin embargo mi memoria está desquiciada, pues recuerdo que el viajero habló ayer, pero que Abuela le respondió hace mucho tiempo. Algo me ha trastocado los recuerdos, pues recuerdo que lloré frente a su tumba, y sin embargo aún no la han cavado.

Mamá miró a Papá desencajada.

—Aún me duele el codo por el golpe —dijo—. Aún me duele mucho.

¡Un dolor que duraba! ¿Quién había oído hablar de semejante cosa? Y al levantar el brazo, mostró un rasponazo sangrante.

—¿Te he matado? —preguntó Papá, asombrado.

—No —contestó Mamá—. No lo creo.

—¿Entonces por qué sangra?

El viejo escribiente tembló y meneó la cabeza.

—He leído los libros de tiempos antiguos —dijo con voz trémula, y todos los ojos se volvieron hacia él—. He leído los libros de tiempos antiguos, y en ellos se habla de heridas que sangran como reses sacrificadas, y de una gran pesadumbre cuando los vivos mueren de pronto, y de un furor que despierta riñas entre las gentes. Pero eso era hace mucho, mucho tiempo, cuando los hombres aún eran animales, y Dios era joven e inexperto.

—¿Qué significa esto, entonces? —preguntó Papá. No era hombre de libros, y pensaba, aún más que Lared, que los hombres que leían libros tenían respuestas.

—No lo sé —dijo el escribiente—. Pero quizá signifique que Dios se ha ido, o que ya no cuida de nosotros.

Lared estudió el cadáver de Abuela, tendido en la cama.

—O que ha muerto —apuntó Lared.

—¿Cómo puede morir Dios? —preguntó el viejo escribiente con mordaz desdén—. Él posee todo el poder del universo.

—¿Entonces no posee el poder de morir si lo desea?

—¿Por qué he de hablar con niños sobre estas cosas? —El escribiente se levantó para ir arriba, y los demás viajeros lo entendieron como una señal para volver a acostarse.

Pero Papá no se fue a la cama; permaneció de rodillas junto al cadáver de su anciana madre hasta que rompió el alba. Y Lared tampoco durmió pues trataba de recordar una sensación que ya no tenía: había algo extraño en el modo en que sus ojos miraban el mundo, pero no lograba recordar cómo había sido antes. Sólo Sala y Mamá durmieron, y durmieron juntas en la cama de Mamá y Papá.

Antes del alba, Lared se levantó, se acercó a la madre y vio que se le había formado una costra en el brazo, y que le había dejado de sangrar. Aliviado, se vistió y fue a ordeñar la oveja, que ya casi no tenía leche. Se necesitaba hasta la última gota para preparar queso y mantequilla. Se acercaba el invierno, y esa mañana, mientras la brisa gélida le arremolinaba el pelo, Lared temió el invierno. Hasta entonces había mirado el futuro como una vaca contempla la hierba, sin imaginar sequía ni nieve. Ahora era posible que las ancianas aparecieran muertas en la cama. Ahora era posible que Papá se encolerizara y tumbara a Mamá de un golpe. Ahora era posible que Mamá sangrara como un animal. Y el invierno era algo más que una temporada de inactividad. Era el final de la esperanza.

La oveja irguió las orejas ante un ruido que Lared era demasiado humano para oír. Lared dejó de ordeñar y alzó los ojos. En el cielo del oeste vio una inmensa luz

flotando como una estrella que se hubiera perdido y necesitara ayuda para regresar a casa. Luego la luz se hundió detrás de la arboleda de la otra margen del río y desapareció. Al principio Lared no supo qué podía ser. Luego recordó que en la escuela habían hablado de *naves estelares*, Pero las naves estelares no iban a Bahía Chata, ni siquiera a ese continente; y hacía más de una década que no iban a ese mundo. Allí no había nada que llevar a otras partes, y ninguna carencia que otros mundos pudieran suplir. ¿Para qué iba a ir allí una nave estelar? No seas tonto, Lared, se dijo. Era una estrella fugaz, pero en esta extraña mañana le has dado demasiada importancia porque estás asustado.

Al amanecer Bahía Chata despertó, y otros realizaron gradualmente el descubrimiento que la familia de Lared había hecho en la noche. Fueron a la casa de Elmo, como cada vez que hacía frío, para disfrutar de la gran mesa y la cocina. No les sorprendió que Elmo aún no hubiera encendido el fuego de la forja.

—Me escaldé esta mañana al preparar el potaje —dijo Dinno, la amiga íntima de Mamá. Mostró a los demás la tez alisada de los dedos—. Me duele como si aún estuviera en el fuego. Dios santo.

Mamá tenía sus propias heridas, pero prefirió no contar esa historia.

—Cuando ese viejo escribiente se disponía a marcharse, esta mañana, su asno le dio una coz en el vientre, y ahora está arriba. Dice que le duele demasiado para viajar. Vomitó el desayuno.

Había una veintena de lesiones menores, y al mediodía la mayoría de la gente caminaba con más cautela y realizaba sus tareas más despacio. Todos tenían alguna lesión. Omber, uno de los que cavó la tumba de Abuela, se hirió el pie con un pico, y sangró durante mucho tiempo; ahora, pálido y debilucho, jadeaba en una de las camas para huéspedes. Y Papá, obsesionado por la muerte, ni siquiera empuñaba el martillo el Día del Dolor.

—Pues temo arrojarme fuego a los ojos, o romperme la mano. Dios ya no cuida de nosotros.

Sepultaron a Abuela al mediodía, y Lared y Sala pasaron el día ayudando a Mamá en las tareas que Abuela hacía antes. Había un sitio vacío a la mesa. Muchas oraciones empezaban con la palabra *Abuela*. Y Papá siempre desviaba los ojos como buscando algo oculto en las paredes. Por mucho que lo intentaban, no podían evocar tiempos en que el pesar fuera algo más que un recuerdo borroso; jamás la pérdida de un ser humano había sido tan repentina, con un desgarrón tan palpable, con el suelo de la tumba tan negro y rico, fragante como el primer terrón removido durante la siembra de primavera.

Al caer la tarde, Omber murió mientras los vendajes le absorbían el resto de la sangre. Yacía junto al asombrado escribiente, quien aún vomitaba todo lo que había tragado y gritaba de dolor cada vez que intentaba sentarse. Jamás habían visto a un

hombre morir en la plenitud de sus fuerzas, y eso sólo por un infortunado golpe de pico.

Aún estaban cavando la tumba de Omber cuando Clany, la hija de Bran, cayó al fuego y estuvo gimiendo tres horas antes de morir.

Nadie hablaba siquiera cuando la sepultaron en la tercera tumba del día. En una aldea de apenas trescientas almas, la muerte de tres en el mismo día habría sido calamitosa; la muerte de un hombre fuerte y una pequeña resultó demoledora.

Al anochecer no hubo nuevos viajeros; éstos se hacían más infrecuentes cuando llegaba el frío. Sin embargo, eso era lo único bueno de la noche, la ausencia de huéspedes a quienes cuidar. El mundo había cambiado, se había vuelto hostil, todo en un solo día. Al acostarse, Sala preguntó:

—¿Moriré esta noche, como Abuela?

—No —dijo Papá, pero Lared notó que vacilaba—. No, Sala, mi Sarela, no morirás esta noche. —Pero alejó la carriola del fuego y cubrió a la hija con otra manta.

Lared no necesitó que le dijeran nada. Él también alejó la carriola del fuego. Había oído los gemidos de Clany. La aldea entera los había oído. Fue imposible acallarlos. Lared nunca había temido las llamas, pero ahora le daban pavor. Que viniera el frío; era mejor que el dolor. Cualquier cosa era mejor que ese dolor nuevo y espantoso.

Lared se durmió acariciándose la magulladura que se había hecho en la rodilla al tropezar con la caja de leña. Despertó tres veces esa noche. Una vez porque Papá sollozaba en la cama; cuando Elmo vio que Lared estaba despierto, se levantó para besarle y abrazarlo.

—Duerme, Lared —le dijo—. Duerme, todo está bien, todo está bien.

Era mentira, pero Lared se durmió.

La segunda vez despertó porque Sala tuvo otra pesadilla, también sobre la muerte de Abuela. Mamá la fue a consolar, entonando una canción cuya tristeza Lared jamás había comprendido antes.

*Vi a mi amor a orillas del río,
en la otra margen.
Anchas eran las aguas.*

*Oí a mi amor llamarme
desde la otra margen.
Yo no sabía nadar.*

Conseguí un botecillo

*pero el día era frío.
Yo no tenía abrigo.*

*Conseguí un abrigo y me lo puse
pero era de noche.
Esperé hasta el alba.*

*Despuntó el sol, se fue la noche.
Vi a mi amor.
Y vi a su amante.*

Lared no supo qué más pudo haber cantado Mamá. Se perdió en el sueño, que esa noche lo despertó por tercera y última vez. Estaba sentado a orillas de Aguafinal en primavera. Las balsas bajaban impulsadas por los leñadores, guardando una prudente distancia entre ellas. De pronto había fuego en el cielo, y descendía hacia el río. Lared sabía que tenía que parar el fuego, gritarle que se detuviera, pero aunque abrió la boca no pudo hablar, así que el fuego siguió bajando. La llamarada cayó en el río, quemando todas las balsas al mismo tiempo, y los hombres de las balsas gritaron con la voz de Clany, ardieron, cayeron al río y se ahogaron, y todo porque Lared no supo qué decir para detener el fuego.

Lared se despertó temblando, sintiéndose culpable de no haberlos salvado, preguntándose por qué era su culpa. Oyó un gemido en el piso de arriba. Sus padres estaban durmiendo. Lared no los despertó y subió la escalera. El viejo escribiente estaba tendido en la cama. Tenía la cara ensangrentada, y había sangre en la sábana.

—Me estoy muriendo —susurró al ver a Lared a la luz del claro de luna que entraba por la ventana. Lared asintió.

—¿Sabes leer, muchacho?

Lared asintió de nuevo. No era una aldea tan atrasada como para que los niños no tuvieran escuela en invierno, y Lared leía tan bien como cualquier adulto de la aldea, incluso a los diez años. Ahora tenía catorce y comenzaba a adquirir la fuerza de un hombre, y aún le gustaba leer y estudiaba las cartas que hallaba.

—Entonces coge el Libro del *Descubrimiento de las Estrellas*. Es tuyo. Es todo tuyo.

—¿Por qué yo? —susurró Lared. Tal vez el viejo escribiente le había visto echando una ojeada a los libros. Tal vez le había oído recitar los Ojos de Aguafinal a Sala y sus amigos después de la cena. Pero el escribiente callaba, aunque todavía no estaba muerto. Fuera cual fuese la razón, deseaba que Lared aceptara el libro. Un libro mío. Y un libro sobre el descubrimiento de las estrellas, justo después del Día del Dolor, justo después de ver una estrella que caía en la arboleda de la otra margen

de Aguafinal—. Gracias —dijo, y estiró el brazo para tocar la mano del viejo escribiente.

Oyó un ruido a sus espaldas. Era Mamá, sus ojos muy abiertos.

—¿Por qué ha de darte sus libros? —preguntó.

El escribiente movió los labios, pero no dijo nada.

—Eres sólo un niño —dijo Mamá—. Eres perezoso y díscolo.

Sé que no merezco nada, dijo Lared en silencio.

—Él ha de tener familia... le enviaremos los libros a su familia si muere.

El escribiente se torturó al sacudir la cabeza con violencia.

—No —susurró—. ¡Dale los libros al chico!

—No mueras en mi casa —dijo Mamá angustiada—. ¡No quiero otro muerto en mi casa!

—Lamento las molestias —dijo el viejo escribiente. Y murió.

—¿Por qué subiste aquí? —le reprochó Mamá a Lared—. Mira lo que has hecho.

—Sólo vine porque él lloraba en...

—Viniste a coger sus libros, y él estaba al borde de la muerte.

Lared quiso replicar, defenderse, pero hasta su propio sueño lo inculpaba, ¿o no? Los ojos de Mamá eran ojos de oveja parturienta, y Lared no se atrevió a quedarse ni a reñir.

—Tengo que ordeñar —dijo, y bajó a la carrera y salió de la casa.

Era una noche helada, y una escarcha espesa tapizaba la hierba. Las ovejas estaban listas para el ordeño, pero Lared no. Sus dedos no tardaron en entumecerse, a pesar del calor de los animales.

No, no era el frío lo que le hacía temblar las manos. Eran los libros que le aguardaban en la habitación del viejo escribiente. Eran las tres nuevas tumbas que se perfilaban contra el claro de luna, allá donde pronto se levantaría una cuarta.

Eran, ante todo, el hombre y la mujer que vadeaban el río, inclinando las piernas para vencer la corriente. El río tenía tres metros de profundidad de orilla a orilla, pero caminaban como si el agua fuera lodo endurecido, cuya única rareza consistía en deslizarse bajo sus pies mientras ellos andaban. Lared pensó en ocultarse, pero desistió, se levantó del taburete, guardó el cubo de leche en un sitio alto para que no lo volcaran y echó a andar por el cementerio en dirección a los dos extraños.

Éstos ya habían cruzado el río y estaban mirando las tumbas nuevas. Había pesadumbre en sus ojos. El hombre era canoso pero fornido, de rostro amable y firme. La mujer era mucho más joven, más joven que Mamá, pero su rostro reposado se veía huraño. No parecían haber estado en el agua, y hasta las huellas estaban secas. Cuando se volvieron para mirarlo, Lared notó que tenían los ojos azules. Nunca había visto ojos tan azules cuyo color se notara incluso sin la luz del sol.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

El hombre respondió en un idioma que Lared no comprendía. La mujer meneó la cabeza en silencio, pero aun así Lared sintió el repentino deseo de revelarles su nombre.

—Lared —dijo.

—Lared —repitió ella.

El nombre sonaba extrañamente deformado en su boca. Lared sintió la repentina urgencia de no contar a nadie que los había visto caminar en Aguafinal.

—No lo diré nunca —dijo.

La mujer asintió. Lared supo que debía llevarlos a casa, aunque ignoraba por qué lo sabía.

Temía a aquellos forasteros.

—No lastimaréis a mi familia, ¿verdad?

Las lágrimas aparecieron en los ojos del hombre, y la mujer de rostro huraño desvió la mirada. Un pensamiento resonó en la mente de Lared: *Ya te hemos lastimado más de lo que podemos soportar.*

Y entonces Lared comprendió, o creyó comprender, su sueño y la estrella fugaz del Día del Dolor, y el Día mismo.

—¿Habéis venido para llevaros el dolor?

El hombre sacudió la cabeza.

La esperanza había sido ínfima, pero aun así la decepción fue profunda.

—Si no podéis hacer eso —dijo Lared—, ¿para qué habéis venido?

De todos modos, era hijo de un posadero, así que los guió por el cementerio y por entre los establos hacia la casa, donde Mamá ya había puesto a hervir agua para el potaje de la mañana.

TINTA Y PERGAMINO

Mamá los recibió.

—¿Queréis comer? ¿Habéis viajado toda la noche?

Lared pensó que ella se sorprendería cuando los viajeros le hablasen en la mente, pero no hubo sorpresa; no hubo respuesta alguna, al parecer, pues Mamá repitió la pregunta y fue en el pensamiento de Lared donde surgió la respuesta.

—No tienen hambre, Mamá.

—Deja que hablen ellos —rezongó Mamá—. ¿Comeréis?

El hombre meneó la cabeza. Lared sintió el urgente deseo de ir a buscar el Libro del *Descubrimiento de las Estrellas*. Echó a andar hacia la escalera.

—¿A dónde vas, Lared? —preguntó Mamá.

—A buscar el libro. El del *Descubrimiento de las Estrellas*.

—No es hora de jugar. Hay trabajo que hacer.

—Ellos quieren que yo se lo lea.

—¿Me tomas por tonta? No han dicho una palabra. Creo que no hablan werren.

Lared no respondió, pero Sala dijo:

—Es verdad, Mamá. Nos hablan a Lared y a mí sin palabras, pero no quieren hablar con Papá y contigo.

Mamá los miró a ambos.

—¿Qué es esto? Sólo hablan con vosotros y no con... —Se volvió hacia los forasteros—. Sólo me faltaba gente que entra en mi casa para decirme que no vale la pena hablar conmigo. No os necesitamos.

El hombre puso una gema brillante sobre la mesa.

Mamá la miró con desprecio.

—¿Qué puedo hacer con eso? ¿Extraerá grano del suelo? ¿Hará que la fragua de mi esposo arda con más fuerza? ¿Me curará las heridas del brazo? —Pero alargó la mano para cogerla—. ¿Es real? —preguntó—. Ante el silencio de los forasteros, preguntó a Sala: —¿Es real?

—Es perfecta —dijo Sala—. Vale el precio de todas las granjas de Bahía Chata, y todos los edificios, y toda la tierra que hay debajo y todo el aire que hay encima y toda el agua que la cruza. —Se llevó la mano a la boca para contener el torrente de palabras.

—Trae el libro que han pedido —le dijo Mamá a Lared. Regresó hurañamente hacia donde estaba el potaje.

Lared subió a la carrera hasta la habitación. El cuerpo del viejo escribiente yacía con los ojos cerrados y guijarros sobre los párpados. El vientre se advertía hundido bajo la sábana. ¿Se había movido levemente, con un jadeo?

Lared le susurró, pero no recibió respuesta. Abrió la maleta que el viejo había traído consigo. En su interior había cinco libros y un fajo de pergamino, quizá veinte hojas, con un pequeño cuerno de tinta y varios cálamos. Lared sabía algo sobre la confección de pergamino, y una de las primeras lecciones de la escuela invernal era cómo afilar y cortar un cálamo para escribir. Pero la tinta era un misterio. Lared guardó el tintero en la maleta; le habían regalado libros, no las herramientas para hacer libros. Pronto distinguió los títulos entre los adornos de las cubiertas de cuero repujado; jamás las vacas y ovejas habían yacido juntas tan dócilmente como en las páginas de piel de oveja y las tapas de cuero de un libro. El *Descubrimiento de las Estrellas*.

Acababa de apartar los demás libros cuando oyó pasos en la escalera. Era Papá, que venía con Han Carpintero a llevarse el cadáver. Tenían la botas embadurnadas de lodo: ya habían cavado la tumba.

—¿Robas cosas a los muertos? —preguntó jovialmente Han.

—Él me dio los libros...

Papá meneó la cabeza.

—Han cree oportuno bromear ante un lecho de muerte.

—Mantiene a raya a los fantasmas —comentó Han—. Si se ríen, no te hacen daño.

Lared miró con suspicacia el cuerpo del viejo escribiente. ¿Acaso contenía un fantasma? ¿Y ese fantasma llevaba afilados cuchillos para tallar a Lared como un cálamo, quizá mientras durmiese? Lared sintió un escalofrío. Creer en tales cosas supondría el insomnio permanente.

—Coge los libros, hijo —dijo Papá—. Son tuyos. Pero cuídalos. Valen el precio de todo el hierro que usaré en mi vida.

Lared rodeó la cama describiendo un amplio círculo, mientras Papá y Han depositaban al viejo en una manta desleída: no tenía sentido enterrar un buen paño con un muerto. Lared se marchó de la habitación y bajó deprisa. Su madre lo detuvo bruscamente al pie de la escalera, y casi le hizo perder el equilibrio.

—¿Qué? ¿Quieres otro entierro hoy? Ten cuidado, ya no hay ángeles para cogerte los pies cuando te caes.

Lared se apartó y replicó con enfado:

—¡No tropecé hasta que tú me empujaste!

Ella le abofeteó la cara, haciéndole daño en el cuello y dejándole un ardor en la mejilla. Ambos se miraron sorprendidos.

—Lo lamento —susurró Lared.

Mamá no dijo nada y regresó a la mesa para poner cucharas de cuerno para los huéspedes. No sabía que ellos habían caminado sobre el agua, pero tenía cierta idea acerca del valor de la gema, y ese milagro bastaba para que les ofreciera el mejor

tratamiento.

Pero ahora Lared no quería reunirse con los forasteros, pues habían visto su vergüenza y su dolor. No pudo reprimir unas lágrimas: nadie le había lastimado a propósito en la vida, y aunque el dolor ya se disipaba, el temor aún persistía.

—Ella nunca... —comenzó a explicar en un susurro, pero ellos le hablaron de nuevo en la mente, con calma, y él les entregó el *Descubrimiento de las Estrellas*.

El hombre tomó el libro, lo abrió y siguió las palabras con el dedo. Lared vio en seguida que no podía leer, pues movía el dedo de izquierda a derecha y no de arriba abajo. Puedes obrar milagros, pero no sabes leer, pensó Lared triunfalmente.

Al instante una imagen surgió en su mente, páginas de palabras extrañas en letras aún más extrañas, letras que salpicaban la página como si el pergamino no representara horas de faena y la tinta no valiera su volumen en estaño duramente ganado. Luego vio, como en un recuerdo, a la joven inclinada sobre la página.

—Lo lamento —murmuró.

El hombre señaló la primera palabra, siguió la primera frase con el dedo y preguntó con los ojos. Lee, dijo la voz silenciosa que resonaba en la mente de Lared.

Cuando los mundos fueron exterminados por Abner Doon, diez mil años de oscuridad transcurrieron antes de que los fuegos trazaran nuevamente una estela entre los astros.

El hombre abrió los ojos.

—Abner Doon —dijo en voz alta.

Lared señaló las dos palabras.

¿Sólo dos letras para decir ese nombre?, preguntó la voz silenciosa.

—Son palabras, no letras. —Lared cogió una rama y dibujó en el polvillo del suelo—. Esto es *ab*, y esto es *un*, y esto es *er*, y se combinan así. Este lazo indica que *un* es rápida, y esto que *ab* es larga, y el vínculo indica que las palabras son nombres.

El hombre y la mujer se miraron sorprendidos y se echaron a reír. ¿De Lared? No parecía así.

No, dijo la voz. No de ti. De nosotros. Pensábamos aprender tu idioma y tu escritura, pero es obvio que las letras son demasiado difíciles para nosotros.

—No, son fáciles —dijo Lared—. Hay sólo ciento noventa y ocho letras, trece lazos y siete vínculos.

Ellos rieron de nuevo, y el hombre meneó la cabeza. Luego tuvo una idea.

—Jason —dijo, señalándose—. Jason. —Y la voz dijo en la mente de Lared: Escribe.

Y Lared escribió *J, es y un*, y los unió para que sonara *jasún*, y los vinculó para que no indicara *nombre* sino *nombre de Dios*. Era un honor sólo reservado para grandes monarcas, pero Lared no titubeó en usarlo con aquel hombre. Con Jason.

Pero al parecer el hombre comprendía lo que significaba el vínculo. Cogió la

ramilla de Lared y puso el vínculo *nombre de Dios* sobre la palabra de Abner, y el vínculo común sobre su propio nombre.

Una imagen surgió en la mente de Lared: un hombrecillo con un traje extraño y feo, sonriendo socarronamente. A Lared no le agradó. Abner Doon, explicó la voz silenciosa.

—¿Le conociste? —preguntó Lared—. ¿El Deshacedor del Universo? ¿El Destructor del Hombre? ¿El Que Despertó del Sueño de la Vida?

El hombre meneó la cabeza. Quizá quería decirle que no conocía a Abner Doon. ¿Cómo podía conocerle, a menos que también él fuera un demonio? Ese pensamiento cruzó la mente de Lared. Los poderes de esa gente eran más que humanos. ¿Cómo saber si eran benignos?

Por toda respuesta lo inundó una sensación de cálido sosiego. Lared tembló. ¿Cómo podía dudar de ellos? Sin embargo, en lo más hondo, aún se preguntaba cómo podía no dudar de ellos. Llegaban muy poco después del Día del Dolor.

Jason le devolvió el libro. Lee, dijo la voz silenciosa.

Lared comprendía sólo una parte de lo que leía. Era fácil articular los sonidos, pues conocía el alfabeto. Pero muchas palabras le resultaban difíciles. ¿Qué sabía él de naves estelares y mundos y exploradores y embajadas? Pensó que quizá los dos forasteros pudieran explicarle qué significaban las palabras.

No podemos.

—¿Por qué no? —preguntó.

Porque las palabras no significan nada para nosotros. Lo que entendemos es lo que tú entiendes. No podemos saber lo que tú no sabes.

—¿Y por qué no aprendéis nuestro idioma, si sois tan sabios?

—No seas descarado —dijo Madre desde la cocina, donde estaba moliendo guisantes secos para el guisado.

Lared se enfureció. Ella no comprendía nada de la conversación, pero aun así sabía cuándo Lared cometía una impertinencia. Jason le tocó la rodilla. Calma. Está bien. Lared no percibió las palabras en su mente, pero aun así las comprendió por el ademán tierno y la sonrisa serena.

Jason aprenderá tu idioma, dijo la voz silenciosa. Pero Justicia no.

—¿Justicia? —dijo Lared, sin darse cuenta de que era el nombre de la mujer.

Ella se tocó y repitió la palabra.

—Justicia —dijo con voz suave y vacilante, como si no estuviera acostumbrada a hablar—. Justicia. —Se echó a reír, y dijo una palabra ininteligible en un idioma que Lared jamás había oído.

Ese es mi nombre, dijo la voz silenciosa. Justicia. El nombre de Jason es puro sonido, y es igual en cualquier idioma. Pero mi nombre es la idea, y el sonido cambia según el idioma.

Para Lared no tenía sentido.

—Un nombre es un nombre. Te designa a ti. ¿Qué importa si además significa otra cosa?

Ambos se miraron.

Cuéntanos si hay palabras sobre un lugar llamado...

Y Justicia dijo una palabra:

—Worthing.

Lared trató de pronunciarlo.

—Worthing —dijo. Luego escribió el nombre en el polvo, para estar seguro de reconocer el signo si lo hallaba en el libro.

No notó que Mamá enarcaba las cejas al oír el nombre, y luego se marchaba de la cocina sin decir palabra.

Lared encontró Worthing al final del libro.

—Durante miles de años se creyó que dos de las Arcas de Doon se habían perdido, o que sus colonias habían fracasado. Aún no sabemos si el Arca de Rivethock fundó una colonia. Sin embargo, el mundo llamado Worthing, por el Arca de Worthing, fue hallado al fin por una nave clase Descubridor IV en la Quinta Ola. El geologista clasificó el planeta como habitable, y luego, para asombro de la tripulación, como habitado.

Esta vez, ante las palabras difíciles, breves explicaciones acudían a la mente de Lared, empleando ideas con las que estaba familiarizado. Las Arcas de Doon eran gigantescas naves estelares equipadas con todo lo que trescientos treinta y cuatro pasajeros necesitarían para fundar un mundo. Una colonia era una aldea en un terreno recién despejado y en un mundo sin seres humanos. Un Descubridor IV de la Quinta Ola era una nave estelar, enviada por el gobierno para explorar el interior de la galaxia unos cinco mil años atrás. Un geologista era una máquina, o un grupo de máquinas, que examinaba un mundo desde lejos e indicaba dónde estaban los bosques, el petróleo, el hierro, las tierras cultivables, el hielo, el océano y la vida.

Y si leemos a esta velocidad no llegaremos a ninguna parte, dijo la voz silenciosa en su mente. El rostro impaciente de Justicia congeniaba con las palabras, y por primera vez Lared comprendió que quizá fuera sólo Justicia la que hablaba. Pues Jason sólo sonreía en silencio, y sólo respondía en voz alta con palabras en su extraño idioma.

—¿Quiénes sois? —preguntó Papá.

Estaba en la puerta que conducía a la cocina, y sus fuertes brazos y sus macizos hombros se perfilaban a la luz del fogón.

—Son Jason y Justicia —dijo Sala.

—¿Quiénes sois? —insistió Papá—. No admitiré que se me responda con la voz de mis hijos.

Las palabras llegaron a la mente de Lared, y él las repitió.

—No lo harán de otra manera. No nos culpes, padre. Ellos sólo me hablan a mí porque no conocen otro modo. Jason se propone aprender nuestro idioma en cuanto pueda.

—¿Quiénes sois? —preguntó Papá por tercera vez—. Os atrevisteis a hacer que mi hijo pronunciara el nombre oscuro, la palabra oculta, y aún no tiene dieciséis años.

—¿Qué nombre oculto? —preguntó Lared.

Papá no logró articularlo. En su lugar, caminó hasta el sitio donde Lared había trazado el signo y borró el trazo con el pie.

Jason rió, Justicia suspiró; Lared habló sin aguardar a que ellos le dictaran las palabras.

—Papá, hallé el nombre Worthing en el libro del viejo escribiente. Es sólo el nombre de un mundo.

Papá abofeteó a Lared en la cara.

—Hay un tiempo y un lugar para pronunciar ese nombre, y no es aquí.

Lared no pudo contener un gemido de dolor. No tenía estrategias para afrontar un ultraje tan inusitado. Era cruel que con la llegada del dolor el mayor peligro no fuera el fuego, el agua o las bestias, sino Papá. Por eso, cuando el ardor se aplacó, Lared no pudo contener un gimoteo de perro picado por una abeja.

De pronto Jason descargó un manotazo en la mesa y se levantó. Justicia trató de contenerlo, pero él tartamudeó unas palabras que los demás no entendieron.

—Nombre de mí —dijo—. Nombre de mi persona esto es.

Papá entornó los ojos, como si aguzar la vista le ayudara a entender la torpe frase. Lared tradujo:

—Creo que quiere decir que el nombre de él es... ese nombre.

Jason asintió.

—Dijiste que tu nombre era Jason.

—Nombre de mí es Jason Worthing.

—Mi nombre es Jason Worthing —aclaró Lared.

En cuanto Lared pronunció *Worthing*, Papá alzó la mano para pegarle otra vez. Pero Jason fue más rápido y cogió la mano del herrero.

—No hay hombre en Bahía Chata —dijo Papá— que se atreva a medir fuerzas conmigo.

Jason se limitó a sonreír.

Papá trató de mover la mano de nuevo, pero Jason cerró los dedos casi imperceptiblemente, y Papá gritó de dolor.

Justicia también gritó, como si el dolor la hubiera alcanzado. Ambos discutieron airadamente mientras Papá se aferraba la muñeca y jadeaba. Cuando Papá pudo hablar de nuevo, decidió ignorarlos.

—No quiero aquí a estos huéspedes, ni quiero que te inmiscuyas en cosas prohibidas. Se irán, y tú no tendrás trato alguno con ellos hasta que se hayan ido.

Jason y Justicia dejaron de discutir y oyeron las últimas palabras. Como para detener al herrero, Justicia sacó de su ropa una delgada barra de oro puro; la curvó para demostrar su ductibilidad.

Papá cogió el oro. Estiró la barra entre dos dedos, la plegó de nuevo, la arrojó contra la puerta.

—Ésta es mi casa, y éste es mi hijo, y no os necesitamos.

Papá se llevó al hambriento y desdichado Lared hacia la fragua donde ya ardía el fuego.

Lared trabajó allí toda la mañana, hambriento y furioso, pero sin atreverse a desobedecer a su padre. Ambos sabían que Lared odiaba trabajar en la fragua, que no deseaba aprender los secretos de la herrería. Hacía lo que tenía que hacer, al igual que su parte en el labrantío, pero nada más. Habitualmente eso contentaba a Papá, pero no ese día.

—Hay cosas que aprenderás de mí —gritó Papá por encima del rugido de las llamas—. ¡Hay cosas que ningún forastero necio te enseñará!

No son necios, dijo Lared en silencio. Pero él no era Justicia y cuando contenía la lengua nadie reparaba en sus palabras. Contener la lengua era una de sus especialidades.

—No sirves para esto, lo sé. Tienes los brazos enclenques, como el padre de tu madre, y los hombros estrechos. Nunca me metí contigo por eso, ¿verdad?

Lared meneó la cabeza.

—Bombea con más fuerza.

Lared se inclinó sobre el fuelle y bombeó con más fuerza, aunque le dolía la espalda.

—Y en el campo eres un peón aceptable, y aunque todavía no tienes tamaño para cargar lo que un hombre, eres bueno para coger setas y hierbas, y ni siquiera me avergonzaré si terminas como porquero. Por Dios, hasta soportaría que mi hijo fuera cuidador de gansos.

—No seré cuidador de gansos, Papá. —Papá a menudo exageraba las cosas.

—¡Mejor cuidador de gansos que escribiente! No hay trabajo para un escribiente en Bahía Chata, ni falta que nos hace.

—No soy escribiente. No soy tan bueno con los números, y apenas conozco la mitad de las palabras de ese libro.

Papá golpeó el hierro con tanta fuerza que lo partió, y arrojó la pieza que sujetaba con las tenacillas al suelo de piedra, donde se partió de nuevo.

—¡Por Dios! ¡No se trata de que no seas bueno! ¡Eres bueno para ser escribiente! Pero me avergonzaría que un hijo mío sólo sirviera para garrapatear letras sobre

cuero todo el día.

Lared se apoyó en el mango del fuelle y estudió a su padre. ¿En qué te ha cambiado la llegada del dolor? Ya no te cuidas las manos ante la fragua. Te acercas al fuego como de costumbre, aunque todos los que trabajan con fuego se han habituado a alejarse, y muchos han pedido mangos largos y fuertes para palas largas que antes nadie pensaba usar. Pero tú no has pedido tenacillas más largas. ¿Entonces qué ha cambiado?

—Si te haces escribiente —dijo Papá—, tendrás que marcharte de Bahía Chata. Vivir en Refugios de Aguafinal, o Hendedura, un lugar distante.

Lared sonrió con amargura.

—Tal vez a Mamá le parezca demasiado pronto.

Papá se encogió de hombros con impaciencia.

—No seas tonto. Es sólo que te pareces mucho a su padre. Ella no tiene mala intención.

—A veces creo que Sala es la única que me necesita —dijo Lared, pensando: Hasta hoy. Hasta que llegaron los forasteros.

—Yo te necesito.

—¿Soplaré el fuelle hasta que mueras? ¿Y después haré lo mismo para el que ocupe tu lugar? He aquí la verdad, Papá. No quiero marcharme de Bahía Chata. No quiero ser escribiente. Excepto tal vez para leerles a un par de huéspedes, sobre todo al final del año, como ahora, cuando no hay nada que hacer salvo repujar cuero, hilar, tejer y sacrificar animales. Otros hombres componen canciones. Tú compones canciones.

Papá recogió el hierro de desecho y arrojó los trozos en la pila de desperdicios. Otra barra se calentaba en la fragua.

—Sopla el fuelle, Lareled.

Ese nombre afectuoso era una respuesta para Lared. El enfado de Papá era pasajero, y él no le prohibiría leer mientras eso no lo distrajera del trabajo. Lared cantó mientras presionaba el fuelle:

*Ardillita, ardillita, ¿adónde van las nueces?
¿A hoyos de tierra o a chozas de granjeros pobres?
Si robas en mi granero te arrancaré las tripas
para mi lira de cantor,
o para liar salchichas
o para atar toros en celo.*

Papá rió. Él había compuesto esa canción cuando la aldea entera se reunía en la

posada en lo peor del invierno pasado. Era un honor que su hijo la recordara. Lared sabía que eso complacía a su padre, pero no se había puesto a cantar para adularlo. Amaba a su padre y quería verlo contento, aunque no tenían muchas cosas en común ni se le parecía.

Papá entonó otra estrofa, una que a Lared no le agradaba tanto. Pero rió de todos modos, y esta vez sí lo hizo para adularlo. Pues cuando Papá terminó de cantar y las risas cesaron, Lared dijo:

—Deja que se queden. Por favor.

Papá lo miró con mal ceño, extrajo la barra del fuego y se puso a golpearla para formar una hoz.

—Hablan con tu voz, Lared.

—Me hablan en la mente —dijo Lared—. Como... —Titubeó antes de decir esa palabra de la infancia—. Como ángeles.

—Si hay ángeles, ¿por qué hoy el cementerio está tan lleno? —preguntó Papá.

—Como ángeles. No hay malicia en ello. Ellos...

—¿Ellos qué?

Ellos caminan sobre el agua, pensó Lared.

—Ellos no tienen malas intenciones. Desean aprender nuestro idioma.

—Ese hombre conoce maneras de causar dolor. ¿Por qué un ángel conoce modos de causar dolor?

No había una buena razón. Hasta el día anterior nadie sabía lo que era el dolor. Pero Jason podía extender la mano y detener a Elmo el Herrero con un tormento sutil. ¿Qué clase de hombre querría saber esas cosas?

—Pueden ponerte pensamientos en la mente —dijo Papá—. ¿Cómo sabes que no te han inculcado confianza hacia ellos? ¿Y amor y esperanza y todo lo que puedan usar para destruirte? Y también a nosotros. Ahora vivimos tiempos peligrosos. Se rumorea que ayer hubo matanzas río arriba. No sólo muertes, sino matanza. A causa de un furor que jamás conocimos. Y he aquí a un hombre que conoce el dolor como yo conozco las entrañas del hierro.

Papá terminó la hoz. La sumergió en el fuego para que el hierro aprendiera su forma verdadera, y la frotó en la piedra para que conociera la tierra y no la ofendiera en el tiempo de la cosecha. Luego la hundió en la cisterna, y el hierro cantó.

—Aun así —dijo Lared. Entregó a su padre la piedra de afilar, para que la pasara por el hierro.

—¿Aun así, qué?

—Aun así, si ellos desean quedarse, ¿cómo lo impedirás?

Papá se volvió de mal talante.

—¿Crees que los acogería por temor?

—No —dijo Lared, intimidado—. Pero está la gema. Y el oro.

—Sólo un hombre ruin cambia de parecer por aspirar a la riqueza. ¿De qué valdrán el oro y las joyas si las cosas empeoran río arriba? ¿El oro arrancará a mi madre de la tumba? ¿Hará que las carnes de Clany se peguen a los huesos? ¿Dará la vista al viejo escribiente? ¿Curará el pie mordido por el hierro?

—No nos han hecho daño, Papá. Jason sólo intervino para protegerme, cuando yo pequé instigado por él.

Papá adoptó un aire beato, pensando en el nombre que Lared había ofendido.

—Ese es el nombre de Dios —le explicó—. Tú no debías aprenderlo hasta besar el hielo en tu decimosexto invierno.

Lared también se puso solemne.

—¿Echarías a quien viene a enseñar el nombre de Dios?

—Los impíos pueden usar el nombre de Dios tanto como Dios mismo.

—¿Cómo saberlo, a menos que los pongamos a prueba? ¿O debemos echar a todos los hombres que usan el nombre de Dios, por temor a los blasfemos? ¿Qué nombre usaría Dios, en tal caso?

—Ya hablas como un escribiente —dijo Papá—. Y ya te obstinas en que se queden. No temo el dolor, ni temo la riqueza. Ni siquiera temo al hombre que blasfema y cree que no causa daño. Temó que tú quieras lo que te hayan prometido.

—¡No me han prometido nada!

—Temo que cambies.

Lared rió con amargura.

—No re gusto mucho tal como soy. Un cambio no cambiaría nada.

Papá pasó el dedo por el filo de la hoz.

—Afilada —dijo—. Apenas la he tocado y ya me ha abierto un pequeño tajo. — Le mostró el dedo a Lared. Tenía una gota de sangre.

Papá tocó el párpado derecho de Lared con el dedo ensangrentado. Habitualmente el rito se hacía con agua, pero con sangre resultaba más emocionante. Lared tiritó: si le hubiera tocado el izquierdo, el rito, en vez de una protección para Lared, habría sido un modo de echarlo.

—Les dejaré quedarse —susurró Papá—. Pero tus faenas invernales tendrán prioridad.

—Gracias —murmuró Lared—. Prometo que esto no causará daño sino que terminará por servir a Dios.

—Todas las cosas terminan por servir a Dios. —Papá apoyó la hoz en el banco—. Otra herramienta que necesita un fabricante de mangos. La hoja no sirve a menos que una mano pueda empuñarla. —Se volvió hacia Lared, lo miró desde arriba. Tenían casi la misma estatura, pero él siempre lo miraba desde arriba—. ¿Y qué mano podrá empuñarte a ti, Lared? No la mía, bien lo sabe Dios.

Pero Lared sólo pensaba en Jason y Justicia, y la tarea que le reservaban. En ese

momento no tenía pensamientos para el dolor de su padre.

—¿No permitirás que Mamá invente más tareas que el año pasado, sólo para mantenerlos apartados de mí?

Papá rió.

—No, y yo tampoco lo haré. —Tocó el hombro de Lared y lo miró gravemente a los ojos—. Los ojos de ellos son el cielo. Cuídate del vuelo. Como dicen, no es el tiro del cazador lo que mata a la paloma, sino la caída a tierra.

Ese invierno, salvo por los hoscos silencios y las mordaces observaciones de Mamá, Lared no sufrió molestias. Desde el principio, incluso antes de las neviscas, él y Jason pasaron los días juntos, yendo a todas partes. Jason tenía que aprender el idioma, y podía estar más tiempo con Lared si le ayudaba a trabajar. Así que lo acompañó al bosque, buscando setas antes que las primeras nieves las mataran. Y Jason tenía buen ojo para las hierbas; preguntaba cuál era cuál, pero conocía las respuestas mejor que Lared, quien había creído conocerlas todas.

—¿Las hierbas son iguales que aquí, en el lugar de dónde vienes? —le preguntó un día.

Jason respondió con titubeos:

—Todos mundos de mismas naves venido son. Han venido.

—De las mismas naves.

—Sí.

Lared había meditado sobre las coincidencias.

—El libro del *Descubrimiento de las Estrellas* habla del Mundo de Worthing. ¿Has vivido allá?

Jason sonrió como si la pregunta le provocara un placer secreto y un dolor secreto.

—Visto lo he. Pero vivir, no.

—¿El mundo llamado Worthing tiene algo que ver con el nombre de Dios?

Jason no respondió. En cambio señaló una flor:

—¿Comiste alguna vez?

—Es venenosa.

—Flor ser... es venenosa. —Jason quebró el tallo y arrojó la flor. Luego removió la tierra y arrancó la raíz. Era redondeada y negra—. Para comida invernal. —La abrió. Dentro tenía motas negras—. Calentar agua —dijo, buscando una palabra.

—¿Hervir?

—Sí. ¿Qué sube?

—¿Vapor?

—Sí. Beber vapor de esto, hace niños. —Jason sonrió burlonamente para indicar que no creía en ese hechizo.

Siguieron caminando. Lared encontró un grupo de setas comestibles y llenaron el

saco. Lared hablaba constantemente y Jason respondía como podía. Llegaron al terreno fangoso de la linde del pantano, y Lared le mostró cómo usar el cayado para franquear los hilillos de agua. Al final de esa mañana, Jason y Lared corrían frenéticamente hacia el agua, hundían las estacas y saltaban por encima sin mojarse. Excepto una vez, cuando Jason hincó la estaca a demasiada profundidad y no logró sacarla cuando llegó a la orilla. El enlodado Jason, tirado en el suelo, no encontraba la palabras indicadas. Lared le enseñó algunas de las palabras más pintorescas del idioma, y Jason rió.

—Algunas cosas iguales todo idioma —dijo.

Lared quiso que Jason le enseñara las palabras que él usaba. Cuando llegaron a casa, ambos eran totalmente bilingües en palabrotas.

El grito de *¡Bote río abajo!* se oyó al atardecer, a la hora en que los viajeros se arrimaban a la orilla para pernoctar en una aldea acogedora. Papá, Mamá, Lared y Sala corrieron al muelle para observar la embarcación. Esta vez, para sorpresa de todos, era una balsa, aunque la temporada del acarreo de troncos no llegaría hasta que el hielo se quebrara en primavera. Y lo que tomaron por un buen fuego para cocinar resultó ser algo más grave: un extremo de la balsa estaba en llamas hasta la línea de flotación.

—¡Hay un hombre a bordo! —gritó alguien, y de inmediato los aldeanos zarparon en sus botes.

Lared iba en uno con Papá, cuyos fuertes brazos los llevaron hasta allí antes que a los demás. El hombre estaba tendido sobre una pila de madera, rodeado por las llamas. Lared saltó a la balsa, pensando en liberar al hombre antes que el fuego lo alcanzara. Pero, una vez allí, Lared advirtió que el fuego ya lo había alcanzado, que le estaba quemando las piernas; olió la carne quemada, un olor que recordaba de la muerte de Clany. Retrocedió tambaleándose hacia el borde de la balsa y estiró la mano para acercar el bote.

—Está muerto —dijo.

Luego el hedor y el temor de haber estado a bordo de la balsa en llamas, el recuerdo de las llamas brotando de las carnes desnudas del hombre, lo llevaron a la baranda del bote, el estómago revuelto. Papá callaba. Está avergonzado de mí, pensó Lared. Irguió la cabeza. Papá había apartado las manos de los remos y se volvía para indicar a los demás que se alejaran. Lared observó su rostro adusto. ¿Estará avergonzado de mí, por verme tan asustado, o ni siquiera piensa en mí? Lared miró la balsa, claramente visible detrás de Papá, aunque ya se empezaba a distanciar en la corriente. El brazo del hombre ardiente se levantó en el aire, negro y llameante; permaneció erguido en el aire y los dedos se desmenuzaron como papel en una fogata.

—¡Aún está vivo! —exclamó Lared.

Papá se volvió para mirar. La mano permaneció erguida un instante más, luego se desmoronó en la pira. Pasó largo rato antes de que Papá cogiera de nuevo los remos y enfilara hacia la orilla. Desde la proa Lared no veía el rostro de su padre. No quería verlo.

Habían permanecido tanto tiempo inmóviles en la corriente que llegaron a la orilla a gran distancia del muelle. Habitualmente Papá habría remado corriente arriba en las aguas plácidas de la orilla, pero esta vez saltó del bote y lo arrastró hacia la playa de grava de Harvings. Guardaba silencio, y Lared no se atrevía a hablarle. ¿Qué se podía decir después de lo que habían visto? Las gentes de río arriba habían embarcado a un hombre vivo en una balsa ardiente. Y aunque el hombre había callado, sin gemir de dolor, el recuerdo de la muerte de Clany estaba demasiado cercano; sus gritos aún resonaban en sus mentes.

—Quizás el calor le hizo alzar el brazo, pero llevaba tiempo muerto —dijo Papá.

En efecto, pensó Lared. Habían visto una señal de vida, pero no había vida.

—Papá —gritó Sala.

No estaban solos. En una loma, a poca distancia de la playa de Harvings, se hallaba el alto Jason, con Sala en brazos. Lared había subido la mitad de la cuesta cuando advirtió que Justicia también estaba allí, echada alrededor de las piernas de Jason como un animal recién cazado. Pero no estaba muerta; temblaba de llanto.

Jason reparó en la mirada inquisitiva de Lared, y respondió.

—Ella escrutó la mente del hombre de la balsa.

—¿Entonces estaba vivo? —preguntó Lared.

—Sí.

—¿Y tú también le miraste la mente?

Jason meneó la cabeza.

—Ya he estado con hombres moribundos.

Lared miró a Justicia, preguntándose por qué le interesaba examinar la muerte tan de cerca. Jason miró hacia otro lado. Justicia se incorporó y miró a Lared, inundándole la mente con palabras: No temo conocer nada. Pero eso no era todo, ¿o sí? Lared no estaba seguro, pero creía haber captado algo más, como si ella hubiera dicho: No temo conocer *nada de lo que he hecho*.

—Ya que sois tan sabios —dijo Papá—, ¿qué era esa balsa? ¿Qué significaba?

Lared recibió la respuesta, y la dijo en voz alta.

—Río arriba han transformado el dolor en un dios, y queman a hombres vivos para que el dolor quede saciado y se marche.

Papá hizo una mueca de repulsión.

—¿Qué idiota creería semejante cosa?

Una vez más, Lared articuló la respuesta:

—El hombre de la balsa lo creía.

—¡Él ya estaba muerto! —exclamó Papá.

Lared meneó la cabeza.

—¡Os digo que ya estaba muerto! —Papá se alejó a grandes zancadas, y pronto desapareció en el tenue claro de luna.

Cuando sus pasos murieron, Lared oyó un sonido inusitado. Un jadeo rápido y descontrolado. Tardó un instante en comprender que era Justicia, la fría e imperturbable Justicia; estaba llorando.

Jason dijo algo en su idioma. Ella replicó ásperamente, miró hacia otro lado y se arqueó apoyando la cabeza entre las rodillas.

—Ya se calmará —dijo Jason.

Sala se retorcía en los brazos de Jason, y él la depositó en el suelo. La niña se acercó a Justicia y le palmeó los hombros trémulos.

—Yo te perdono —declaró Sala—. No me importa.

Lared iba a reprender a su hermana por decir tales bobadas a una persona adulta. Sala siempre hablaba de más hasta que a Mamá se le enrojecía la mano de tanto darle sopapos. Pero Jason le puso una mano firme en el hombro y meneó la cabeza para indicarle que no la regañara.

—Vamos a casa —murmuró Jason, llevándose a Lared de la colina.

Lared miró hacia atrás una sola vez, y en el claro de luna vio que Justicia tenía a Sala en el regazo y la mecía como si fuera Sala quien llorase y Justicia quien la confortara.

—Tu hermana es bondadosa —dijo Jason.

Lared nunca lo había pensado antes, pero era verdad. Lenta para enfadarse, rápida para perdonar: Sala era bondadosa.

A pesar de la amistad en campos y bosques, Lared aún sentía timidez ante Jason, y terror ante la fría Justicia, la cual no quería aprender el idioma de la aldea. Jason y Justicia llevaban allí tres semanas cuando Lared se armó del coraje necesario para hacerles esta simple pregunta:

—¿Por qué tú nunca me hablas en la mente, como Justicia?

Jason arrancó las últimas virutas del borde del azadón, y esta vez la punta de hierro calzó sin dificultad. Se la mostró.

—¿Buen trabajo?

—Perfecto —dijo Lared. Cogió el azadón y se puso a clavar la funda de hierro. Entre golpe y golpe preguntó—: ¿Por qué no quieres responderme?

Jason miró en torno.

—¿Más buen trabajo?

—No, a menos que cuentes el de ahumar la carne para el invierno con la leña de desecho. ¿Por qué nunca me hablas en la mente?

Jason suspiró.

—Justicia lo hace todo. Yo hago poco.

—Oyes lo que pienso aun cuando no hablo, igual que ella. Caminabas sobre el... caminabas por donde ella, de la misma manera, el primer día que os vi.

—Oigo lo que oigo... pero lo que me viste hacer lo hacía ella.

A Lared no le gustó la idea de que la mujer fuera más fuerte que el hombre. No era así en Bahía Chata. ¿Cómo serían las cosas si Mamá tuviera la fuerza de Papá? ¿Quién lo protegería de ella? ¿Y Mamá trabajaría en la fragua?

Allí de donde vengo, dijo la silenciosa voz de Justicia en la mente de Lared, a los hombres y mujeres no les importa la fuerza, sino lo que uno hace con ella.

Justicia había estado escuchando desde el interior de la casa. Como no le interesaba aprender el idioma, a menudo eludía la compañía de los demás y se ponía a hilar y tejer con Mamá y Sala. Siempre entonaban canciones, y Sala pronunciaba las palabras que Justicia necesitaba decir. Sin embargo, Justicia permanecía con ellos, aunque su cuerpo no estuviera allí. Y a Lared le molestaba no estar solo de veras con Jason, por muy lejos que fuesen, por muy quedamente que hablasen. Justicia sin duda sabía que le molestaba, pero lo hacía de todos modos.

En cuanto a las afirmaciones de Justicia acerca de su gente, a Lared no le sorprendía que no establecieran diferencias entre ambos sexos. Allá de donde venían Jason y Justicia, caminaban sobre el agua, aprendían a causar dolor y hablaban sin abrir la boca. ¿Por qué no iban a ser raros en todo lo demás? A Lared le interesaba otra cosa.

—¿De dónde vienes?

Jason sonrió ante la pregunta.

—Ella no te responderá —dijo.

—¿Por qué no?

—Porque el lugar de donde viene ya no existe.

—¿Tú no eres del mismo lugar?

Jason dejó de sonreír.

—El lugar de donde ella viene vino de mí. El lugar de donde yo vengo tampoco existe.

—No comprendo vuestras adivinanzas ni vuestros secretos. ¿De dónde venís? — Lared recordó la estrella fugaz.

Jason, naturalmente, supo lo que estaba pensando.

—Venimos de donde crees que venimos.

Habían viajado entre las estrellas.

—¿Y para qué estáis aquí? De todos los lugares del universo, ¿por qué Bahía Chata?

Jason se encogió de hombros.

—Pregúntale a Justicia.

—Para preguntarle a Justicia, sólo tengo que pensarlo. A veces lo sabe aun antes que yo lo piense. Despierto de noche y nunca estoy solo. Siempre hay alguien escuchando mis sueños.

Estamos aquí por ti, dijo Justicia en silencio.

—¿El hijo de un herrero? ¿Un recolector de setas? ¿Qué queréis de mí?

—Lo que tú quieres de nosotros —dijo Jason.

—¿Y qué es eso?

Nuestra historia, respondió Justicia. De dónde venimos, qué hicimos, por qué nos fuimos. Y por qué el dolor ha regresado al mundo.

—¿Tenéis algo que ver con eso?

Siempre supiste que sí.

—¿Y qué necesitáis de mí?

Tus palabras. Tu lenguaje. Una escritura sencilla y franca.

—No soy escribiente.

Ésa es tu virtud.

—¿Quién leerá lo que yo escriba?

Será verdad. Los que saben reconocer la verdad lo leerán y lo creerán.

—¿Y eso qué importa?

—Nuestra historia no traerá balsas ardientes río abajo —respondió Jason.

Lared recordó al hombre despellejado que ofrendaba su dolor en sacrificio a un dios imaginario. Lared aún no sabía si Jason y Justicia eran buenos o malos. Su simpatía por Jason a veces le causaba más recelo que su antipatía por Justicia. Pero, buenos o malos, eran mejores que la tortura en nombre de Dios. Sin embargo, no atinaba a comprender para qué lo necesitaban.

—Jamás he escrito nada más largo que una página, nadie ha leído nada más largo que mi nombre. Hay billones de personas en el universo, pero aún no me habéis dicho por qué yo.

Porque nuestra historia se debe escribir con sencillez, para que la gente sencilla pueda leerla. Se tiene que escribir en Bahía Chata.

—Hay un millón de lugares como Bahía Chata.

Pero yo conocía Bahía Chata. Te conocía a ti. Y cuando todo lo que conocía desapareció, ¿a qué otra parte podía ir que se pareciera a un hogar?

—¿Cómo podías conocer este lugar? ¿Cuándo estuviste aquí?

—Basta —dijo Jason—. Ella ya te ha dicho más de lo que deseaba.

—¿Cómo sabré qué hacer? ¿Puedo escribirlo? ¿Debería escribir vuestra historia?

Jason no quiso decidir por él.

—Si quieres.

—¿La historia me revelará qué significa? ¿Por qué Clany murió de ese modo?

Te dará la respuesta a esa pregunta, dijo Justicia, y a otras que ni siquiera pensaste en formular.

La tarea de Lared comenzó con sueños. Se despertaba cuatro, cinco, seis veces por la noche, cada vez más sorprendido de ver las paredes de troncos, el suelo de tierra apisonada, la tosca escalera que subía a las diminutas habitaciones de huéspedes. El fuego, apenas contenido dentro de la chimenea. Un gato tumbado frente al hogar. Las pieles de oveja para hacer pergamino, curtiéndose en los bastidores. El telar en el rincón, pues allí se guardaba el telar de la aldea. Lared había visto todo eso desde que era pequeño, y sin embargo le resultaba extraño después de los sueños. Extraño al principio, y luego desagradable. En comparación con el mundo que Justicia le mostraba en sueños, la posada de Papá era mugrienta, pestilente, pobre y vergonzosa.

No es mi memoria, le dijo Justicia. Te doy sueños del pasado de Jason. A menos que vivas en su mundo, ¿cómo podrás escribir su historia?

Lared, pues, pasaba las noches vagando por los limpios y blancos corredores de Capitol, donde ni siquiera el polvo se atrevía a posarse. Aquí y allá los pasajes desembocaban en cavernas brillantes, atestadas de personas. Lared jamás había visto tanta gente, ni había pensado que pudiera existir tanta. Pero en el sueño sabía que representaban apenas una fracción de la población de ese mundo. Pues los corredores tenían kilómetros de longitud, y cubrían ese mundo de polo a polo, excepto los escasos retazos de océano, el único lugar donde la vida se renovaba. Había algún intento de recordar los mundos vivientes. Aquí y allá, entre los corredores, había pequeños jardines, plantas adaptadas y cuidadas, un remedo de bosque. En ese sitio, un hombre se podía pasar una eternidad recolectando setas sin hallar vida silvestre.

Había trenes que fluían por tubos que conectaban un lugar con otro; y en su sueño Lared cogía un disco flexible que insertaba en ranuras para hacerlo todo: para viajar, para atravesar puertas, para utilizar las cabinas donde uno hablaba con personas distantes. Lared había oído hablar de esas cosas, pero siempre eran lejanas y jamás afectaban la vida de Bahía Chata. Sin embargo ahora estos recuerdos eran tan vívidos que Lared deambulaba por el bosque con los andares de un habitante de esos corredores, y las huellas de los puercos salvajes lo tomaban por sorpresa, pues en los pisos de Capitol no había rastros del paso de seres vivientes.

Cuando se familiarizó con ese ámbito, sus sueños empezaron a ser historias. Vio actores cuyas vidas se grababan para que otros las vieran, incluso lo que debía ser realizado en la intimidad de la noche o del excusado. Vio armas que incendiaban a un hombre por dentro, arrojando llamas por los ojos como a través de un trapo raído. La vida de Capitol siempre estaba al borde de la muerte, precaria como una hoja de otoño posada sobre una cerca en un día ventoso.

Las catacumbas de los durmientes eran el sitio donde la muerte se cernía con mayor claridad. Una y otra vez Justicia le mostró a personas tendidas en lechos asépticos, volcando sus recuerdos en burbujas de espuma, aguardando dócilmente a que silenciosos sirvientes les inyectaran la muerte en las venas. La muerte por droga somec, una muerte que sólo demoraba su llegada mientras los cadáveres congelados esperaban en las tumbas. Años después los callados sirvientes los despertaban, les devolvían los recuerdos, y los durmientes se levantaban y andaban, orgullosos como si hubieran realizado una hazaña.

—¿Qué temen? —preguntó Lared a Jason mientras rellenaban salchichas en un cobertizo.

—Morir primero.

—Pero de todos modos mueren, ¿verdad? Ese sueño no les da un día más de vida, ¿o sí?

—Ni una hora. Todos terminamos así. —Jason desenrolló otro tramo de tripa rellena.

—¿Entonces por qué? No tiene sentido.

—Así eran las cosas. La gente importante dormía más y despertaba menos. Con lo cual moría cientos de años después.

—Entonces todos sus amigos morían primero.

—De eso se trataba.

—¿Pero para qué quieres vivir si todos tus amigos ya están muertos?

Jason rió.

—No me preguntes a mí. Siempre me pareció estúpido.

—¿Por qué lo hacían?

Jason se encogió de hombros.

—¿Cómo decírtelo? No lo sé.

Justicia lo explicó con su voz silenciosa: No hay nada tan estúpido, peligroso o doloroso que la gente no esté dispuesta a hacer, si cree que con ello convencerá a los demás de que es mejor, más fuerte o más honorable. He visto a gentes envenenarse, destruir a sus hijos, abandonar a sus parejas, apartarse del mundo, con tal de que otros pensaran que eran mejores personas.

—¿Pero quién podía creer que tales desgraciados fuesen mejores?

—Había gente que opinaba como tú —dijo Jason.

Pero nunca tomaron somec, dijo Justicia. Nunca dormían así que vivieron su siglo y murieron, y los que vivían por el honor y el poder del sueño, pensando que era la vida eterna, despreciaban a los que rechazaban el somec.

Para Lared no tenía sentido que la gente fuera tan necia. Pero Jason le aseguró que durante miles de años el universo fue regido por gentes que vivían sólo para el sueño, que morían con la mayor frecuencia posible para evitar el sueño que no tendría

fin. ¿Cómo podía Lared ponerlo en duda? Sus sueños sobre Capitol eran demasiado poderosos, los recuerdos demasiado vívidos.

—¿Dónde queda Capitol?

—Ya no existe —dijo Jason, revolviendo la carne con especias antes de introducir otro puñado en la tripa.

—¿No queda nada?

—Sólo roca. Le arrancaron hace tiempo todo el metal. No queda suelo, ni vida en el mar.

Dale dos mil millones de años, dijo Justicia, y quizás algo ocurra.

—¿Adónde fue la gente?

—Eso forma parte de la historia que escribirás.

—¿Tú y Justicia lo destruisteis?

—No. Abner Doon lo destruyó.

—¿Entonces Abner Doon existió de veras?

—Yo lo conocí —dijo Jason.

—¿Era un hombre?

—Escribirás la historia de cómo conocí a Abner Doon. Justicia te contará la historia en tus sueños, y cuando despiertes la escribirás.

—¿Justicia conoció a Abner Doon?

—Justicia nació hace veinte años. Yo conocí a Abner Doon hace quince mil años.

Lared pensó que Jason, que aún no dominaba el idioma, se había equivocado con los números. Justicia lo corrigió. Los números son correctos, dijo. Jason durmió diez mil años en el fondo del mar, y antes de eso durmió y durmió y durmió.

—Tú también tomabas somec —dijo Lared.

—Yo era piloto estelar —dijo Jason—. Nuestras naves eran más lentas en esa época. Los que pilotábamos las naves éramos los únicos que necesitábamos somec.

—¿Qué edad tienes?

—Antes que alguien habitara tu mundo, yo ya era viejo. ¿Tiene importancia?

Lared no atinaba a comprenderlo, así que lo expresó con las únicas palabras que conocía.

—¿Eres Dios? —preguntó.

Jason no rió. En cambio se sumió en sus pensamientos para sopesar la pregunta. Fue Justicia quien respondió: Toda la vida lo llamé Dios, hasta que lo conocí.

—¿Pero cómo puedes ser Dios si Justicia es más poderosa que tú?

Yo soy su hija, quinientas generaciones después. ¿Acaso los hijos de Dios no deberían aprender algo en el ínterin?

Lared cogió la ristra de salchichas terminadas de las manos de Jason y la enrolló sobre fuego humeante.

—Nadie me enseñó que Dios supiese hacer salchichas.

—Fue una de las cosillas que aprendí en el camino.

Ya era tarde, así que regresaron a la casa, donde Mamá les sirvió hurañamente queso y pan caliente, con el zumo de manzanas maduras.

—Mejor que cualquier cosa de Capitol —dijo Jason.

Y Lared, recordando la insípida comida de la infancia de Jason, estuvo de acuerdo.

—Sólo queda una tarea para que comiences a escribir —dijo Jason—. Tinta.

—El viejo escribiente me dejó un poco.

—Eso no es mejor que orina de mula —dijo Jason—. Te enseñaré a preparar tinta duradera.

Mamá se disgustó.

—Hay trabajo que hacer —dijo—. No puedes entretener a Lared con una tarea inútil como preparar tinta.

Jason sonrió, pero la miró con dureza.

—Thano, he trabajado en esta aldea como tu propio hijo. Pronto llegará la nieve, y jamás estuvisteis tan bien preparados. Y sin embargo te he pagado el alojamiento, cuando lo lógico sería que me pagarais a mí. Te lo advierto: no me prives del tiempo de tu hijo.

—¿Tú me adviertes? ¿Qué harás? ¿Asesinarme en mi propia casa? —Le clavó una mirada desafiante.

Pero él sólo tuvo que valerse de palabras.

—No te interpongas en mi camino, Thano, o contaré a tu esposo que no es el único de esta casa que posee una pequeña fragua. Contaré a tu esposo qué viajeros han bombeado el fuelle para ti, para mantener caliente tu llama.

Mamá entornó los ojos y siguió cortando nabos para la sopa.

Su mansedumbre era confesión. Lared la miró con desprecio y temor. Pensó en su cuerpo delgaducho, sus hombros angostos, y se preguntó qué viajero lo habría engendrado. ¿Qué has robado de la cadena de la vida?, preguntó en silencio.

Eres hijo de tu padre, dijo la silenciosa voz de Justicia. Y también lo es Sala. Quienes os protegían del dolor impidieron que hubiera bastardos.

Era un magro consuelo. Aunque Mamá siempre había sido gélida e intimidatoria, jamás la había creído falsa.

—Estoy aprendiendo muy bien el idioma, ¿verdad? —dijo jovialmente Jason.

—Id a preparar vuestra tinta —dijo Mamá con hosquedad—. No me gusta teneros aquí.

A mí tampoco me gusta estar aquí, Mamá. Jason besó a Justicia en la mejilla al marcharse. Justicia lo miró con reproche. Cuando salieron, Jason le explicó a Lared:

—A Justicia le disgusta que imponga obediencia mediante el miedo. Le parece un atropello. Ella siempre logró que la gente la obedeciera cambiando sus deseos, de

modo que nadie pensara en desobedecer. Creo que eso es degradante y transforma a las personas en animales.

Lared se encogió de hombros. Mientras Mamá le permitiera aprender a preparar buena tinta, no le importaba cómo se las apañaran Jason y Justicia.

Jason encontró ciertos hongos en unos árboles, y los metió en un saco; indicó a Lared que llenara otro saco con tallos de endrino, aunque eso le cortara las manos. Lared no se quejó del dolor, porque le complacía soportarlo en silencio. Y al anochecer, cuando casi estaban de regreso, Jason se detuvo para extraer la savia de un pino, que aún tenía vida suficiente como para llenar un pequeño frasco. Hirvieron los hongos, los molieron y los hirvieron de nuevo, luego extrajeron el ligero fluido negro. Trituraron el endrino, lo mezclaron, lo exprimieron de nuevo, lo hirvieron durante una hora con la savia del pino. Al final lo cribaron por un lino fino y obtuvieron dos frascos de tinta suave y negra.

—Permanecerá negra durante mil años, y legible durante cinco mil. El pergamino será polvo antes que la tinta se haya desleído —dijo Jason.

—¿Cómo aprendiste a preparar esa tinta?

—¿Cómo aprendiste a preparar este pergamino? —respondió Jason, alzando la hoja que había preparado Lared—. Puedo ver mi mano a través.

—El pergamino no tiene secretos —respondió Lared—. Las ovejas llevan el secreto en el cuerpo hasta que mueren, y nos lo entregan cuando las sacrificamos.

Esa noche Lared soñó cómo Jason había conocido a Abner Doon. Cómo Dios conoció a Satanás. Cómo la vida conoció la muerte. Cómo el hacer conoció el deshacer. Justicia le dio el sueño, evocándolo tras haberlo recogido de la mente de Jason. Recuerdos de recuerdos de recuerdos: eso era lo que había en la mente de Lared a la mañana siguiente, cuando empezó a escribir con un tembloroso cálamo.

3

UN LIBRO DE VIEJOS RECUERDOS

Así comenzaba el libro de Lared:

«Soy Lared de la Posada de Bahía Chata. No soy escribiente, pero he leído libros y conozco las letras, los lazos y los vínculos. Así que escribo, con tinta buena y nueva, en un pergamino que yo mismo confeccioné, una historia que no es la mía. Es el recuerdo de mis sueños sobre la infancia de otro hombre, sueños que se me dieron para que yo pudiera narrar este relato. Perdonadme si lo hago mal, porque tengo poca práctica. No tengo la elegancia de Semol de Grais, aunque mi pluma añora escribir con tal destreza. De mí sólo recibiréis la llana historia.

»El nombre del muchacho del que os hablo era Jason Worthing, a quien entonces nadie trataba con especial respeto, pues nadie sabía qué era ni lo que llegaría a ser. Vivía en un mundo de acero y plástico llamado Capitol, que ahora está muerto. Era un mundo tan rico que los niños no tenían nada que hacer excepto jugar o ir a la escuela. Era un mundo tan pobre que allí no crecían alimentos, y debían comer lo que otros mundos enviaban en grandes naves estelares».

Lared releyó, y se sintió complacido e intimidado a la vez. Complacido de poder escribir tantas palabras seguidas. Complacido porque de veras sonaba como el comienzo de un libro. Intimidado porque ahora comprendía su ignorancia, y sabía que para los escribientes sonaría infantil. Yo soy un niño.

—Eres un hombre —dijo Jason. Estaba sentado en el suelo, apoyado contra la pared, cosiendo las botas de cuero que se había comprometido a hacer para Papá—. Y tu libro será bueno, si cuentas la verdad.

—¿Cómo estaré seguro de recordarlo todo?

—No tienes que recordarlo todo.

—En los sueños hay cosas que ni siquiera entiendo.

—No tienes que entenderlas.

—¿Cómo sabré siquiera si es verdad?

Jason rió, clavando la aguja gruesa y larga en el cuero y tensando el hilo.

—Es el recuerdo de tus sueños, tomados de lo que Justicia recuerda de mis recuerdos, cosas que me ocurrieron en la infancia en un planeta que murió hace más de diez mil años. ¿Cómo podría no ser verdad?

—¿Con qué he de comenzar?

Jason se encogió de hombros.

—No escogimos una herramienta. Escogimos a una persona para escribir nuestra historia. Empieza por lo que importa.

¿Qué era lo que importaba? Lared reflexionó sobre las cosas que recordaba de la vida de Jason. ¿Qué importaba? El temor y el dolor... pero eso era lo que le

importaba a él, tras una infancia en la que el temor y el dolor habían sido casi desconocidos. Y el primer temor, el primer dolor que importaba era cuando Jason casi había perdido la vida por realizar demasiado bien una prueba.

Era en una clase donde estudiaban el movimiento y el poder de las estrellas, un clase a la que sólo algunos centenares de los niños de trece años de Capitol estaban en condiciones de asistir. Jason observaba los problemas que aparecían en el aire, sobre la mesa, como pequeñas estrellas y galaxias que él podía asir con las manos. Las preguntas estaban escritas en el aire debajo de las estrellas, y Jason pulsaba las respuestas en un teclado.

Jason conocía todas las respuestas, pues había aprendido bien, y fue adquiriendo mayor confianza al comprender que el examen estaba por debajo de sus conocimientos. Hasta la última pregunta. No guardaba ninguna relación con las demás. No estaba preparado para ella. No lo habían estudiado en clase. Y sin embargo, al examinar el problema, creyó entender cómo poder hallar la respuesta. Comenzó a hacer cálculos. Había una cifra que lo desconcertaba. Creía entender a qué se refería, pero no sabía cómo demostrar con certeza que era exacta. Un año antes habría decidido que era una buena conjetura y habría tecleado la respuesta. Pero ese año todo había cambiado. Tenía un modo de averiguar lo que necesitaba saber.

Miró al profesor, Hartman Torrock, que paseaba la vista por el aula. Luego cambió la mente de foco, como si dirigiera la vista hacia algo lejano después de mirar algo cercano. Era como si de pronto viera más allá de los ojos de Hartman Torrock. Jason le oía los pensamientos como si fueran los suyos propios: Torrock pensaba en la mujer con quien había reñido esa mañana, y a cuyo cuerpo deseaba causar placer e infligir dolor esa noche. Era un deseo desagradable: dominarla, amordazar sus pensamientos, anularla y absorberla. Jason nunca había simpatizado con Hartman Torrock, pero ahora lo odiaba. Los pensamientos de Torrock no eran un paisaje atractivo.

Jason se zambulló en la mente de Torrock, recorrió sus recuerdos como si le pertenecieran, hasta encontrar los conocimientos de Torrock sobre los astros y el movimiento, buscando el significado de la cifra desconocida. Y la cifra exacta estaba allí, perfecta hasta el decimocuarto decimal. Luego se escabulló con alivio de la mente de Torrock y tecleó el resultado. No aparecieron más problemas encima de la mesa. El examen había concluido. Jason aguardó.

Su puntuación resultó perfecta. Y sin embargo apareció un fulgor rojo que colgó en el aire sobre la mesa de Jason. El fulgor rojo significaba *suspendido*. O un fallo del ordenador. O una trampa del alumno. Torrock se levantó con aire preocupado y se le acercó.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No lo sé —dijo Jason.

—¿Qué puntuación tienes? —Lo miró, y era perfecto—. ¿Entonces qué pasa?

—No lo sé —repitió Jason.

Torrock regresó a su escritorio y habló en voz baja con el aire. Jason, como de costumbre, escuchó la mente de Torrock. La última pregunta no tenía que figurar en el examen. Se relacionaba con secretos que los niños no debían aprender hasta varios años después. Torrock la había escrito la noche anterior, para incluirla en el examen de un grupo de estudiantes avanzados. La había incluido por error en el examen de este curso. Jason no tendría que haber respondido; sobre todo, no tendría que haber dado la respuesta correcta. Eso indicaba trampa.

¿Pero cómo pudo hacerlo?, pensó Hartman Torrock. Nadie sabía la respuesta en el aula, excepto yo. Y nunca se la dije.

Este niño me ha robado secretos de alguna manera, pensó Torrock. Pensarán que yo se lo dije, que falté a mi lealtad, que no soy apto para conocer secretos. Me castigarán. Me quitarán mis privilegios de somec. ¿Qué me hizo este niño? ¿Cómo lo hizo?

Entonces Torrock recordó la verdad más oscura de Jason Worthing: su padre. ¿Qué esperas del hijo de un escrutador?, pensó Torrock. Averiguó mi secreto porque es hijo de su padre.

Jason se amilanó ante el pensamiento, pues era su temor más oscuro. Había crecido horrorizado por el recuerdo de su padre. Homer Worthing, el monstruo, el cabecilla de la Revuelta de los Escrutadores, el asesino más sanguinario de la historia. Había muerto en el espacio años antes de que la madre de Jason se decidiera a concebir un hijo. La Guerra de los Escrutadores había terminado. Pero el odio universal hacia los escrutadores persistía, teñido con el recuerdo de los ocho mil millones de personas que el padre de Jason había quemado vivos.

Hasta el momento había sido un conflicto poco cruento. En la interminable guerra entre el Imperio y los Rebeldes (o los Usurpadores y los Patriotas, según el bando donde uno estuviera), ambas facciones habían empezado a usar pilotos estelares telepáticos. Los resultados fueron devastadores: los no-escrutadores resultaban inútiles, y pronto fue evidente para todos que los escrutadores, capaces de comunicarse en silencio, podrían unirse contra el Imperio y los Rebeldes, derrocar toda forma de gobierno, tomar el control del somec y de toda la burocracia. Mientras la gente normal no pudiera averiguar qué tenían en mente los escrutadores, era un desatino confiarles naves estelares.

De hecho, los pilotos escrutadores de ambos bandos estaban conspirando para finalizar la guerra e imponer la paz. Cuando ambos bandos intentaron privarlos de sus puestos, pensaron que aún podían lograr esa victoria. Capturaron las naves y declararon disueltos ambos gobiernos. El Imperio y los Rebeldes se unieron momentáneamente para exterminar a los escrutadores. Al principio los pilotos

escrutadores se dejaron acosar. Aunque los escrutadores eran ejecutados en cuanto los capturaban, trataban de no causar mucho daño, aspirando al principio a una victoria, luego a una componenda, finalmente a la piedad. Pero el universo no tenía lugar para ellos; los escrutadores debían morir. Homer había agotado su última esperanza de escapatoria. Pero entonces optó por destruir a ocho mil millones de personas antes que morir solo.

Y yo soy su hijo.

Todo esto apareció de repente en la memoria de Jason Worthing. Hartman Torrock ignoraba qué pasaba tras la máscara del rostro de Jason.

—Análisis de sangre —dijo Torrock.

Jason protestó y quiso saber por qué.

—Extiende la mano.

Jason extendió la mano. Sabía que el análisis no indicaría nada. Los que odiaban a los escrutadores se consideraban muy listos. Creían que el poder para escrutar la mente pasaba sólo de madres a hijos, para permanecer latente en las hijas, para activarse en los varones. La madre de Jason no tenía el don de escrutar, y en consecuencia Jason *no* lo tenía, no podía tenerlo. Y sin embargo *era* un escrutador, *podía* leer la mente. Sabía que probablemente algún día alguien descubriría que existía otro modo de ser escrutador, un modo que se transmitía de padre a hijo, junto con unos ojos intensamente azules. El don para ver más allá de los ojos le había llegado gradualmente, como el vello de la pubertad. Cuando comprendió lo que ocurría, temió estar enloqueciendo; luego supo que de algún modo había sucedido lo imposible y había heredado la maldición de su padre. Era aterrador. ¿Cuán parecido era a su padre, el genocida? Y sin embargo el don de escrutar no podía rechazarse. Trató de ser cauto, de fingir que ignoraba los secretos que arrancaba a las mentes ajenas. El modo más sencillo, desde luego, consistía en no escrutarles la mente. Pero se sentía como un tullido cuyas piernas se acaban de curar: ¿cómo podía no correr, ahora que era posible? Así que a lo largo de aquellos meses —tal vez un año— se volvió cada vez más audaz, mientras aprendía a controlar y utilizar su poder. Y hoy se había descuidado. Hoy había revelado que sabía lo que no podía saber por ningún otro medio.

Sin embargo, se dijo, no lo aprendí en la mente de Torrock. Sólo lo confirmé, lo aclaré. La respuesta acudió a mí desde mis propios pensamientos.

Jason estuvo a punto de decirlo en voz alta (*¡Yo mismo pensé la respuesta a la última pregunta!*) pero se contuvo a tiempo. Torrock aún no le había hablado de su preocupación sobre la última pregunta. No seas tonto, se dijo Jason. No admitas nada, si quieres vivir.

El resultado del análisis apareció en un instante, hileras de cifras rodando desde la mesa y deslizándose por el aire hasta desvanecerse, como ovejas yendo a la esquila.

Negativo. Negativo. Negativo. Jason no daba indicios de poseer el don.

Excepto uno. No podía conocer la respuesta a esa pregunta.

—Bien, Jason. ¿Cómo lo hiciste?

—¿Cómo hice qué? —preguntó Jason. *¿Soy buen embustero? Más vale que sí. Me va la vida en ello.*

—La última pregunta. No la hemos estudiado. Ni siquiera expliqué el Teorema de Crack.

—¿Qué es el Teorema de Crack?

—No te hagas el tonto —dijo Torrock. Tocó las teclas para invocar la respuesta de Jason a la última pregunta. Hizo que un conjunto numérico reluciera con más brillo que los demás—. ¿Cómo aprendiste el valor de la curva de la línea recta en la linde de la luz?

—Era el único número que encajaba —respondió Jason con toda franqueza.

—¿Hasta el decimocuarto decimal? Tardaron doscientos años en enterarse de que el problema existía, y los mejores matemáticos del Imperio tardaron años en determinar el valor de la curva hasta cinco decimales. Crack no logró llegar al decimocuarto lugar hasta hace cincuenta años. ¿Y esperas que crea que tú reprodujiste toda esta labor aquí, en cinco minutos?

Los demás estudiantes no le habían prestado atención hasta ahora. Al enterarse de que Jason conocía el valor del Teorema de Crack y sabía utilizarlo en un problema, lo miraron con más respeto. Hubiera hecho trampa o no para obtener el valor de la curva, había sabido usarlo, cuando ellos apenas empezaban a dominar los rudimentos de Newton, Einstein y Ahmed. Odiaron a Jason de todo corazón, y le desearon la muerte. Los hacía parecer imbéciles.

Torrock notó que los demás estudiantes los miraban. Bajó la voz.

—No sé cómo obtuviste el valor de la curva, muchacho, pero si llegan a creer que yo te la expliqué, cosa que por cierto no hice, perderé el trabajo y el somec. Dios sabe que recibo bastante poco, un año de sueño por tres años de vigilia, pero es un comienzo. Soy un durmiente, y no vas a arrebatármelo.

—No sé de qué habla —dijo Jason—. Lo deduje solo. No es culpa mía si usted formuló una pregunta que hacía obvio el valor de la curva.

—No era obvio hasta el decimocuarto decimal —jadeó Torrock—. Así que lárgate de aquí y regresa mañana. Habrá preguntas para ti, para tu madre y todos los demás, pues sé qué cosa eres, y con análisis o sin él lo demostraré y te veré morir antes de permitir que me arruines la vida.

Jason y Torrock nunca se habían llevado bien, pero aun así Jason se horrorizó al oír a un adulto expresar con palabras el deseo de que Jason muriese. Se sentía amedrentado, como un niño que encuentra un lobo rabioso en el bosque, incapaz de hacer otra cosa que contemplar las fauces babeantes y los dientes espumosos y

escuchar el gruñido gutural de su garganta.

Aun así, debía fingir que no entendía.

—Yo no hice trampa, señor Torrock. Nunca he hecho trampas.

—En Capitol sólo unos pocos miles sabemos cómo usar la curva, Worthing. Pero hay millones que sabemos cómo dar cuenta a los Niños de Mamá de una persona que muestra síntomas del don.

—¿Me acusa usted de...?

—Sabes muy bien de qué te acuso.

«Sé que te mueres de miedo —pensó Jason— que temes que yo sea como mi padre y te mate aquí mismo, a pesar de ser tan pequeño, tan inofensivo...».

—Prepárate para el interrogatorio, Worthing. Sabrán cómo aprendiste a usar la curva, de un modo u otro... no lo pudiste hacer de modo honesto.

—¡Excepto deduciéndolo por mi cuenta!

—¡No hasta el decimocuarto decimal!

No. No hasta el decimocuarto decimal.

Jason se levantó y salió del aula. Los otros estudiantes se cuidaron de no mirarle hasta que les dio la espalda. Luego le clavaron los ojos. La explosión había llegado de pronto, en medio del silencio, en medio de la tensión del examen. ¿Qué me he hecho a mí mismo?

Apoyó la palma en el lector de la lombriz y la puerta se abrió con un campanileo. El viaje desde la escuela hasta su casa era gratuito. La lombriz no estaba atestada a esas horas, lo cual la volvía más peligrosa. En los niveles donde vivían Jason y su madre, las ratas de pared eran tan audaces como para abordar la lombriz y coger lo que pudieran. Para mayor seguridad, Jason avanzó de segmento en segmento, hasta llegar a un sitio donde había varias personas reunidas. Lo miraron con suspicacia. Comprendió que ya no era un niño. Comenzaba a despertar la desconfianza de los extraños.

Mamá lo estaba esperando. Nunca la encontraba haciendo nada cuando llegaba a casa: siempre sentada allí, esperando. De no haber sido porque ella aún tenía un empleo, aún ganaba el escaso dinero que tenían, Jason habría pensado que se sentaba ante la puerta en cuanto se iba a la escuela, y se pasaba el día allí hasta su regreso. El rostro lucía muerto, como el de un títere con los hilos cortados. Jason la saludó sonriendo y ella torció la boca; sonrió, se levantó despacio.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—No mucha.

—¿Algún problema?

Jason se encogió de hombros.

—Espera, llamaré el menú. —Tecleó la orden para pedir las opciones, que no eran muchas. Como de costumbre—. Hay pescado, ave o carne roja.

—Son sólo algas, guisantes y excrementos humanos —respondió Jason.

—Espero que no sea de mí de quien hayas aprendido a hablar de ese modo.

—Lo lamento. Pescado. Lo que tú quieras.

Ella tecleó la orden, desplegó la mesilla y se apoyó en ella mirando a Jason, que estaba sentado en el suelo.

—¿Qué sucede?

Jason se lo contó.

—Pero es absurdo —dijo Mamá—. No puedes tener el don. Me analizaron tres veces antes de permitirme tener al hijo de Homer... tu padre. Se lo dije cuando eras pequeño.

—Por alguna razón, eso no los tranquiliza.

Tampoco tranquilizaba a Mamá. Jason notó que ella estaba inquieta, asustada.

—No te preocupes, Mamá. No pueden demostrar nada.

Mamá se encogió de hombros, se mordió la palma. Jason odiaba ese gesto: ella alzaba la palma y se roía la parte carnosa. Jason se levantó, fue hasta la pared y desplegó la cama. Se acostó y se puso a mirar al techo. A la mancha del techo, donde Jason había visto un rostro desde que era pequeño. Cuando era niño soñaba con ese rostro. A veces era un monstruo que venía a devorarlo. A veces era su padre, que se había ido pero aún lo cuidaba. Cuando tenía seis años, Mamá le contó quién era su padre, y Jason supo que había tenido razón ambas veces: el rostro era su padre, y su padre era un monstruo.

¿Por qué Mamá estaba tan asustada?

Jason ansiaba escrutarla a ella, pero nunca lo había hecho. Sólo los pensamientos conscientes, en ocasiones, pero nada profundo. La conducta de Mamá intimidaba a Jason: ese modo de mordisquearse la mano, de quedarse sentada cuando él no estaba en casa, esa abulia. Jason sentía un miedo instintivo, y no quería hurgar en los recuerdos de su madre.

Pues experimentaba los recuerdos ajenos como si fueran propios, y los recordaba con la misma claridad, de modo que después de visitar otras mentes confundía las cosas que recordaba con las cosas que había hecho. De noche se quedaba horas despierto en la cama, dejando vagar a su mente, explorando las habitaciones cercanas. No sabía cómo llegar más lejos con su don merodeador. Nadie sospechaba tales intrusiones. Todos pensaban sus pensamientos, evocaban sus recuerdos, soñaban sus sueños como siempre, sin reparar en el espectador. En su memoria, Jason ya no era virgen. Con el impudor de la infancia, había sido hombre y mujer en actos que le parecieron inimaginables en sus desabridos vecinos. En sus recuerdos, Jason había aporreado a sus hijos, había matado a un hombre en un tumulto de un nivel inferior, había robado a su patrón, había saboteado el sistema eléctrico: todos los actos más memorables, dolorosos y eufóricos de las gentes en cuya mente entraba. Lo más

difícil del don era recordar, al despertar por la mañana, qué cosas había hecho y cuáles no.

No quería que los recuerdos de su madre tuvieran ese poder sobre él.

Y sin embargo ella también tenía miedo, y aún se mordisqueaba la mano, esperando que llegara la comida. ¿Por qué tienes tanto miedo de que me acusen de poseer el don?

Jason escrutó, y al escutar lo supo. Ella se había casado con Homer Worthing antes de la rebelión, así que tenía derechos. Había dormido con el somec, como hacían las esposas de los pilotos estelares, para despertar cuando él regresara. Y un día, cuando las carnes le ardieron al despertar, cuando le devolvieron los recuerdos, las amables personas de ropa blanca y aséptica le contaron que su esposo había muerto. Fuera de la Sala del Sueño, personas menos amables le contaron cómo había muerto y lo que había hecho al morir. Ella recordaba haberlo visto hacía apenas unos minutos, antes de que guardaran sus recuerdos en una burbuja. Él le había dado un beso de despedida y ella aún creía sentir el sabor de sus labios, y ahora estaba muerto desde hacía un año. Habían esperado ese tiempo hasta que no creyeron peligroso despertar a la viuda; él era un asesino, un monstruo, y ella aún no había tenido el hijo.

¿Por qué tuviste un hijo, Mamá? Jason buscó la respuesta, olvidando que su propósito era averiguar por qué ella tenía tanto miedo. No importaba: la curiosidad de Jason y el miedo de su madre conducían al mismo lugar. Ella quería el hijo de Homer, el hijo varón de Homer, porque el padre de Homer, el viejo Ulises Worthing, le había dicho que debía tenerlo.

Ulises Worthing tenía los mismos ojos azules que Jason veía todos los días en el espejo, esos iris profundos, puros e inmaculados que daban la impresión de que Dios hubiera borrado una parte de Jason para dejar que el cielo nítido de un mundo viviente brillara a su través. Ulises miró a la joven Uyul, la muchacha que su hijo piloto había llevado a casa para presentársela, y ella no comprendió qué vio el viejo en ella que lo desconcertó tanto.

—No sé —dijo el viejo Ulises—. No sé cuán fuerte eres. No sé si quedará mucho de Uyul cuando reciba a Homer dentro de sí.

—Vaya, no hagas que se asuste de mí —dijo Homer.

No quiero oír tu voz, le dijo Jason al recuerdo que su madre tenía de su padre. No soy parte de ti, no tengo padre.

—No tengo miedo de ti —dijo Uyul. ¿Pero le hablaba a Homer o a Ulises?—. Quizá sea más fuerte de lo que crees. —Pero pensaba esto: Si yo me pierdo para convertirme en nada más que la mitad femenina de Homer, lo aceptaré de buen grado.

Ulises rió. Como si pudiera leerle la mente, dijo:

—No te cases con ella, Homer. Está dispuesta a ser menos que la mitad de un ser humano.

—No entiendo qué significa esta conversación —dijo Uyul, riendo nerviosamente.

Ulises se le acercó.

—No me importa con quién o con qué se case mi hijo. Él no pide mi consentimiento, y jamás lo hará. Pero escucha con atención, jovencita. Esto es entre tú y yo, no entre tú y él. Tendrás su hijo, y será varón, y si no tiene ojos azules como los míos tendrás otro hasta dar a luz uno que los tenga. No me dejarás sin heredero, sólo porque seas demasiado débil para conocer tu propio nombre sin que Homer te lo susurre todas las noches.

Uyul se enfureció.

—A ti no te incumbe cuántos hijos tenga, ni de qué sexo sean, ni de qué ojos sean sus colores... de qué color sean sus ojos. —Le dio rabia que se le hubieran mezclado las palabras.

Ulises rió.

—No te preocupes, Uyul —dijo Homer.

¡Calma!, exclamó Jason.

—Él sólo finge ser un bastardo insoportable —continuó Homer—. Te está probando para ver si puedes aguantarlo.

—No puedo —dijo Uyul, tratando de que la verdad pareciera una broma.

Ulises se encogió de hombros.

—¿Qué me importa? Límitate a tener el hijo de Homer, con ojos color cielo, y llámalo Jason, como mi padre. Hemos reciclado esos viejos nombres en la familia durante mucho tiempo.

—Papá, te estás poniendo pesado —dijo Homer.

Con impaciencia. Con fervor. Por un instante Jason deseó haber estado allí para escrutar la mente de Homer, en vez de recibir sólo el recuerdo de su madre.

—Lo que Homer es —dijo Ulises—, yo lo soy, y el hijo de Homer lo será.

Ésas eran las palabras que recordaba Mamá. Lo que Homer es, yo lo soy, y el hijo de Homer lo será. Ten un hijo con ojos color cielo. Llámalo Jason. Lo que Homer es, yo lo soy, y el hijo de Homer lo será.

—No soy un asesino —susurró Jason.

Su madre tembló.

—Pero entiendo todo lo que Papá...

Ella se levantó y se abalanzó sobre él, tumbando la silla, tropezando, apresurándose a taponarle la boca.

—Contén la lengua, muchacho. ¿No sabes que las paredes oyen?

—Lo que Homer es, yo lo soy, y el hijo de Homer lo será —dijo Jason en voz alta.

Mamá lo miró horrorizada. Jason le estaba mencionando lo que ella más temía,

que al obedecer póstumamente la exhortación de Ulises hubiera lanzado al mundo otro escrutador.

—No es posible —jadeó—. De madre a hijo varón, es el único modo...

—Debe haber otros dones para el mundo —dijo Jason—, además de los que residen en los cromosomas x, que sólo surgen cuando se emparejan con un Y atrofiado.

Ella dobló el puño y se lo descargó en la boca como un martillo. Jason aulló de dolor; trató de hablar pero la sangre de los labios le inundó la boca, sofocándolo. Mamá retrocedió gimoteando, mordisqueándose la mano con que acababa de pegarle.

—No, no, no —decía—. De madre a hijo, estás limpio, estás limpio, no eres hijo de él sino mío, no de él sino mío...

Pero en la mente de su madre Jason vio que ella lo miraba con los mismos ojos que habían visto y amado al esposo. A fin de cuentas, Jason tenía el rostro de Homer Worthing, un rostro famoso, un rostro que asustaba a los niños en los manuales escolares. Era más joven, con labios más gruesos y ojos más suaves, pero aún tenía el rostro de Homer, y su madre lo amaba y lo odiaba por eso.

Ella se irguió en el centro de la habitación, frente a la puerta, y Jason advirtió que Mamá veía a Homer, como si éste hubiera regresado, como si le sonriera diciendo: *Todo fue un malentendido, y he vuelto para que seas entera de nuevo*. Jason tragó la sangre, se levantó de la cama y se plantó ante su madre. Ella no lo veía. En su mente seguía viendo al esposo. Él tendía la mano para tocarle la mejilla y decirle: *Uyula, te amo*, y ella se entregaba a su abrazo.

—Mamá —dijo Jason.

Ella tiritó; la visión se le aclaró, y Uyul vio que no tenía al esposo sino al hijo, a quien le sangraba la boca. Se deshizo en llanto, lo estrechó, lo arrastró al suelo y sollozó sobre él, tocándole los labios sangrantes, besándolo, diciendo una y otra vez:

—Lo lamento, lamento tanto que hayas nacido. ¿Alguna vez me perdonarás?

—Te perdono —susurró Jason— por permitir que yo naciera.

Mamá está loca, pensó Jason. Está loca, y sabe que tengo el don, y si la interrogan ambos estamos perdidos.

Tenía que ir a la escuela el día siguiente. La ausencia supondría confesión; sería como pedirles que fueran a su casa, donde hallarían a Uyul, quien no era nadie excepto la esposa de Homer Worthing, Uyul, la esposa del monstruo: ése fue el nombre que halló en la cabeza de su madre. Ojalá no la hubiera escrutado, pensó una y otra vez toda la noche. Permaneció despierto largo tiempo, y luego despertó a menudo, buscando una solución que no fuera totalmente desesperada. ¿Ocultarse, transformarse en rata de pared? No sabía cómo se las apañaban en Capitol esas gentes

que no tenían códigos impresos en las manos, viviendo en los conductos de ventilación y robando lo que podían. No, tendría que ir a la escuela y afrontar la situación. Ellos no tenían pruebas. Él había hallado la respuesta por sí mismo. O casi. Mientras sus genes no lo mostraran, Torrock no tenía pruebas de que él fuese un escrutador.

Se despidió de su madre por la mañana y con cierta somnolencia tomó el camino hacia la escuela. Fue a sus clases matinales como de costumbre, comió el almuerzo gratuito, que habitualmente era la mejor comida del día, y luego el director se le acercó para invitarlo a su oficina.

—¿Y la clase de historia? —preguntó Jason, fingiendo preocupación.

—El resto de tus clases de hoy quedan canceladas.

Torrock aguardaba en la oficina del director. Se le veía complacido consigo mismo.

—Hemos preparado un examen. No es más difícil que el de ayer. Sólo que yo no escribí las preguntas. Ni conozco las respuestas. Alguien estará contigo todo el tiempo. Si ayer pudiste actuar como un genio, sin duda podrás hacerlo también hoy.

Jason miró al director.

—¿Debo hacerlo? Ayer tuve suerte. No sé por qué tengo que someterme a este examen.

El director suspiró, miró de soslayo a Torrock y alzó las manos con resignación.

—Se ha hecho una acusación muy grave. Este examen es... un acto permisible.

—No demostrará nada.

—El análisis de sangre es ambiguo.

—El análisis de sangre fue negativo. Lo ha sido desde que nací. ¡No puedo evitar que mi padre fuera quien fue!

Sí, convino en silencio el director, no es justo, pero...

—Hay otros análisis, y el patrón genético indica irregularidades.

—Todos tenemos genes diferentes.

El director suspiró de nuevo.

—Haz el examen, Worthing. Te deseo suerte.

Torrock sonrió.

—Hay tres preguntas. Tómame el tiempo que quieras. Si quieres, tómame toda la noche.

¿Extraeré los secretos de tu memoria para revelarlos al mundo? Pero Jason no se atrevía a escrutar a Torrock. Tenía que aprobar el examen sin conocimientos inoportunos. Su vida estaba en juego. Y aunque no usara ningún conocimiento ilegítimo, quizá fuera mejor saber todo lo posible. Saber cuál era el verdadero propósito de ese examen. Se sentía indefenso. Torrock podía obligarlo a cualquier cosa, podía interpretar el examen a su antojo, y Jason no tenía ningún recurso.

Ante la mesa, al mirar el grupo de estrellas que se movían en el aire, desesperó. Ni siquiera le hallaba sentido a la pregunta. Había dos símbolos que no comprendía, y el movimiento de las estrellas era excéntrico. ¿Quiénes eran ellos para jugar a Dios con su vida?

Habían jugado a Dios desde el principio. Lo habían concebido sólo por la orden del viejo Ulises; Jason no llegó a la vida merced al amor, sino porque una viuda trastornada había respetado los planes de un anciano muerto. Ahora su vida dependía de los planes de otro, y ni siquiera estaba seguro de que conocerlos le ayudaría a sobrevivir.

Pero la desesperación no llevaba a ninguna parte. Estudió las estrellas y trató de comprender la excentricidad; estudió las cifras y trató de buscar las causas posibles por descarte.

—¿Tengo que responder las tres preguntas por orden? —preguntó.

El director irguió la cabeza.

—¿Hmmm?

—¿Puedo responderlas en otro orden?

El director asintió y siguió escribiendo cartas.

Jason fue de pregunta en pregunta, uno dos tres, uno dos tres. Eran problemas emparentados, e iban de mal en peor. Ni siquiera el teorema de la curva ayudaba. ¿Acaso creían que era un genio?

Aparentemente sí. Un genio o un escrutador. Si no demostraba que era lo primero, demostraría que era lo segundo. Así que puso manos a la obra.

Toda la tarde. Torrock apareció cuando terminó el horario de clases, y reemplazó al director. El director se marchó y regresó una hora después con cena para los tres. Jason no pudo comer. Empezaba a controlar el primer problema, a partir de datos de la segunda pregunta que ayudaban a explicar qué ocurría con la primera. Antes de que Torrock se hubiera deshecho de la bandeja, la primera pregunta había sido contestada.

Se quedó dormido alrededor de las once. El director ya lo estaba. Jason despertó primero, horas antes del inicio de las clases. La segunda pregunta aún aguardaba. Pero Jason vio la respuesta de inmediato, en una dirección diferente de la que había seguido. Implicaba una ligera revisión del modo en que él había entendido la curva, pero ahora funcionaba. Tecló la segunda respuesta.

Meditó un rato la tercera pregunta, pero con lo que había descubierto con las dos primeras comprendió que había demasiadas variables y que no podía resolverla con los datos con que contaba. Podía resolver algunos ciclos, pero nada más. Así que tecló lo que pudo, definió el resto como insoluble y dio por terminado el examen.

Surgió un fulgor rojo encima de la mesa. Suspendido.

Despertó al director.

—¿Qué hora es? —preguntó el viejo.

—Hora de llamar a otro para hacer exámenes —dijo Jason.

El director vio el fulgor rojo y enarcó las cejas.

—Adiós —dijo Jason. Salió antes que el director se despabilara lo bastante para reaccionar.

La escuela estaba dentro de la universidad, y Jason fue directamente a Gracie, la biblioteca universitaria. Su categoría de estudiante le daría más fácil acceso al sistema de información de Capitol del que obtendría en las estaciones públicas. Pero quizá no tuviera mucho tiempo. La luz roja podía significar muchas cosas, y ninguna era buena. Podía significar que estaba suspendido, lo cual *demostraba* que no podía haber aprobado el examen anterior sin ser un escrutador, y quizá lo buscaran para matarlo. Podía significar que había aprobado el examen, pero que ellos no creían que pudiera haberlo hecho sin ser un escrutador. Lo cierto era que ni el primer examen ni el segundo demostraban nada. Pero si ellos pensaban lo contrario, podía darse por muerto.

Una cosa era posible. Mamá creía que el abuelo de Jason también era un escrutador, y ciertamente el recuerdo que ella tenía del encuentro respaldaba esa opinión. Si Jason poseía una versión del don que se transmitía del padre al hijo varón, y eso había ocurrido el tiempo suficiente como para que Ulises Worthing supiera que era hereditario, entonces debía haber otros Worthing con el mismo don. Desde luego, el hecho de que los Niños de Mamá no supieran nada indicaba que todos los demás habían logrado mantener el secreto.

Hilera tras hilera, cientos de pupitres de plástico rosado y polvoriento con la letra C gris azulada de la Oficina de Comunicaciones. Jason había estado allí a menudo y sabía adónde iban los estudiantes mayores, y adónde no iban. Fue adonde ellos no iban, al sector más viejo, en el que no había impresora individual en cada cabina ni periféricos suficientes para ejecutar los juegos más populares. Jason había pasado horas jugando a la Evolución, donde los cambios ambientales constantes obligaban al jugador a hacer que los animales se adaptaran. Había llegado al nivel donde había que adaptar ocho animales y cuatro plantas al mismo tiempo. Jason era diestro, pero esta vez no había ido a jugar.

Insertó la tarjeta para pagar y apoyó la palma para identificarse. Encima del pupitre, el menú de directorios fulguró en el aire. Jason lo recorrió, de arriba abajo y de derecha a izquierda, hasta llegar a los programas genealógicos. Llevó GENEALOGÍA: Parientes por Ascendencia Común a la ventana y tecló Enter. Apareció un menú mucho más simple. Jason escogió Parientes Masculinos por Linaje Masculino Únicamente y tecló su nombre y código. Gracie lo identificó enseguida: la fecha y lugar de nacimiento aparecieron en el aire y descendieron lentamente como una mota de polvo. Encima de él, conectado por una pequeña línea, estaba el nombre

de su padre, y el nombre del padre de éste y así sucesivamente: Homer Worthing, Ulises Worthing, Ajax Worthing, otro Homer, otro Jason. Y una espiral que rodeaba la columna central enumeraba a todos los primos, cientos y miles de ellos. Eran demasiados.

Tecléó: sólo los cinco primos vivientes más cercanos.

Desaparecieron todos los nombres menos cinco. Para su sorpresa, había dos parientes próximos, y su relación con los otros tres era muy lejana, pues se distanciaban de su linaje más de quince generaciones atrás. Sólo los dos primeros eran cercanos.

Domicilio actual, tecléó.

El más consanguíneo era Talbot Worthing, bisnieto de Ajax Worthing. Pero vivía en un planeta que estaba a cuarenta y dos años-luz de distancia. El otro primo se encontraba más cerca: Radamand Worthing, tataranietao del primer Homer. Estaba en Capitol, trabajando como empleado del gobierno en el nivel de gerencia de distritos. Jason pidió una impresión. Oyó el zumbido de una impresora a pocos pupitres de distancia y fue a buscarla sin cerrar la sesión. Al regresar halló un mensaje en el pupitre que había usado.

«Atención: Se le ordena permanecer donde está hasta que un agente venga a este pupitre e imparta nuevas instrucciones. La desobediencia pondrá en peligro su situación académica».

Jason comprendió que no sólo su situación académica estaba en juego. Era su vida. Si los resultados del examen habían llamado la atención de los agentes universitarios, había poca esperanza de que fueran favorables. Afortunadamente, tardarían un tiempo en obtener autorización para llamar a los Niños de Mamá. Normalmente la universidad no tenía poder para llamarlos. La presencia de un escrutador le daría ese poder, ciertamente, pero llevaría tiempo.

Siempre que el examen los hubiera convencido de que él era un escrutador. ¿Cómo podía estar seguro? ¿En qué mente hallaría la verdad? No sabía escrutar a distancia, ni buscar a extraños a quienes no podía ver.

El primo Radamand estaba lejos, por debajo de la curvatura terrestre; Worthing cogió una lombriz de alta profundidad, y al cabo de una hora estuvo en la antesala de la oficina de Radamand Worthing, supervisor del distrito 10 del Sector Napa.

—¿Tienes una cita, jovencito? —preguntó la recepcionista.

—No la necesito —dijo Worthing.

Trató de buscar a alguien detrás de la puerta de la oficina, pero no sabiendo quién estaba allí, ni en qué parte de la habitación estaba Radamand, no sabía cómo empezar. Como siempre que no lograba ver a la persona que buscaba, sólo veía pensamientos deshilachados.

—Todos necesitan una cita, jovencito. —La voz sonó amenazadora.

Jason comprendió que no podía bromear con ella. Parecía decorativa, pero estaba entrenada para matar. Radamand tenía un cancerbero ante la puerta.

Jason la estudió un instante, le hurgó la memoria y escogió un nombre importante.

—¿Hilvock necesitaría una cita? ¿Si vistiera de blanco?

La recepcionista enrojeció.

—Nunca —dijo—. ¿Cómo lo supiste?

—Dile a Radamand Worthing que su primo de ojos azules, Jason, está aquí para verle.

—¿Crees que eres el primero que finge ser pariente de él? —Pero ella le miró los ojos azules y Jason supo que le creía.

—Soy el primero en saber cuánto dinero gana con sus tejes y manejes. Y explotando a menores de edad, pues los Niños de Mamá no tienen ojos allá abajo.

No tomó esto de la mente de ella. Al fin había hallado a su primo en la otra habitación. Y ahora ni siquiera reparaba en la mujer. Sólo veía los recuerdos de la mente de Radamand. Sí, Radamand tenía el don; sí, el don en efecto era hereditario; la cuestión era si Jason viviría para escapar de aquel lugar.

Radamand era sagaz, y sabía que conocer secretos era rentable. Era un simple supervisor de distrito, pero sabía tanto acerca de tanta gente, y actuaba con tal sigilo, que su poder llegaba hasta el corazón de Capitol. Y el poder generaba poder, pues cuanto más le atribuían, más temían los otros cruzarse en sus intereses. Radamand lo sabía. ¿Quién podía tomarle por sorpresa? Se adelantaba a cada maniobra de sus enemigos. Había cadáveres en algunos sitios de Capitol, pero el asesinato no le agradaba. Le complacía mucho más observar la reacción de los audaces cuando aprendían a temerle, saborear el pánico que sentían al comprender que él conocía sus secretos.

Lo peor para Jason era esto: Radamand era más fuerte que él, el mero recuerdo de la voluntad de Radamand era más fuerte que la personalidad de Jason. Los recuerdos de Radamand habitaban la mente de Jason como si fueran propios. Jason saboreó el deleite de Radamand en lograr que otros le obedecieran, y para él fue tan dulce como lo era para Radamand.

Pero aun así su personalidad sentía repugnancia ante lo que Radamand había hecho, ante los asesinatos que había cometido, las vidas que había destruido, y Jason no soportó albergar esos recuerdos en su cabeza. ¿Cómo pude hacerlo?, aulló en silencio. ¿Cómo puedo deshacer lo que hice?

Gritó. La recepcionista se alarmó. Aquel jovencito era un niño, pero parecía peligroso, más aún con ese arrebatado de locura, ese repentino dolor. La mujer se levantó despacio y fue hacia la puerta que conducía a Radamand.

Jason al fin llegó al fondo, los peores actos, los únicos asesinatos que Radamand

había cometido con la propias manos. Pues Radamand sabía que un hombre que aprovechaba los secretos ajenos no podía darse el lujo de revelar secretos propios. ¿Y quiénes sabían que Radamand era un escrutador? Sus propios parientes. Después del primer asesinato, los demás fueron inevitables. Mató a su hermano mayor por impulso, en la piscina familiar; pero no podía ocultar su culpa a su padre y sus hermanos menores. Ellos verían el recuerdo de ese acto. Así que recorrió la casa, matando a cada varón de su sangre, y usando a Gracie localizó tantos como pudo encontrar, todos los que tenían los puros ojos azules del don de los Worthing, y los mató. Eludir el arresto era fácil. Radamand poseía información sobre hombres poderosos, y podía venderla a otros hombres poderosos; se volvió demasiado valioso; en cuanto a quienes no tenían interés en comprar ni vender, los mantenía a raya amenazando su reputación. Sólo dos de sus parientes escrutadores permanecían con vida. Talbot, quien vivía en una colonia lejana, y Homer, el piloto estelar que inspiró un odio universal contra los escrutadores. Homer, que había muerto en un holocausto ideado por él mismo. Radamand estaba a salvo. Tenía las manos manchadas con la sangre de sus hermanos y su padre, pero estaba a salvo.

No se le ocurrió que trece años antes la viuda de Homer se había inseminado para alumbrar al hijo de Homer. Radamand no esperaba a Jason. Pero cuando supo que Jason vivía, peor aún, que Jason sabía...

—Primo —susurró Radamand desde la puerta.

Jason vio la muerte en la mente de Radamand y se arrojó al suelo antes de que disparase el proyectil.

Radamand no lo intentó de nuevo. Estaba escrutando los recuerdos de Jason. Jason vio que sus recuerdos se desplegaron en la mente de Radamand, vio que Radamand buscaba una sola cosa: quién sabía que Jason era un escrutador. Y contra su voluntad Jason pensó en su madre. Y vio que su recuerdo del conocimiento de ella atravesaba los pensamientos de Radamand, y éste se lo devolvía, pero no intacto, sino acompañado de la decisión de matarla. Madre e hijo debían morir, porque si alguien descubría que había un don que se podía transmitir del padre al hijo varón, pronto descubrirían a Radamand.

El mundo terminaría si moría Radamand: al menos, terminaría para Radamand, y a él no le importaba otra cosa.

Era demasiado para Jason, memorizar recuerdos de su madre con el propósito de matarla. Gritó y se abalanzó sobre Radamand, el cual lo esquivó fácilmente y se rió de él.

—Vamos, chico. Trata de sorprenderme.

¿Cómo puedo pensar en algo que él no sepa que he pensado? Su esperanza no estaba en la sorpresa; con un enemigo que era mucho más experto para leer los pensamientos, la rapidez no contaba. Era un ajedrez, y lo que detendría el jaque mate

sería el jaque: obligarlo a mover otra pieza.

—No tienes piezas —dijo Radamand. Estaba escrutando la mente de Jason en busca de su domicilio, para hallar a la madre sin dificultad.

—Radamand Worthing es un escrutador —dijo Jason en voz alta—. También yo. Se hereda, de padre a hijo varón.

¿La recepcionista de Radamand le creyó? Sí. Radamand no tenía opción. Si no la mataba, ella lo mataría a él. Los escrutadores eran criaturas abominables, y ya no se podía confiar en ella. Jason no era más que un chico. No representaba una amenaza física inmediata. La mujer era una asesina, y él lo sabía. No se atrevía a dejarla con vida.

Mientras Radamand disparaba un proyectil a la recepcionista, Jason huyó. Radamand necesitaría tiempo para arreglar las cosas de modo que no pudieran acusarlo de esa muerte. ¿Sería tiempo suficiente para que Jason escapara?

De la oficina, sí. Del sector de Radamand, sí. Pero Radamand conocía su domicilio, y lo hallaría en cualquier escondrijo de ese mundo. Hasta entre las ratas de pared, Radamand tenía amigos que lo rastrearían.

¿Y qué podía hacer Jason? Si lo denunciaba, se delataría también. Su única esperanza consistía en hacer lo que había hecho Talbot Worthing: huir a años-luz de Radamand, donde su primo ya no fuera una amenaza.

Un chico de la edad de Jason tenía dos caminos para escapar de Capitol. Podía alistarse en la fuerzas armadas, o podía ir a una colonia en uno de los mundos recién inaugurados. Eso lo alejaría de Radamand. Y una vez en la Flota o en las Colonias, ni siquiera Radamand podría alcanzarlo. El gobierno de Capitol no tenía jurisdicción sobre esos servicios imperiales.

Pero no podía irse directamente a las Colonias. Si lo hacía, Radamand buscaría a Mamá para matarla. Primero debía salvarla a ella. Y a su edad ella no podía ingresar en la Flota. Sólo podía ir a las Colonias.

Ahora no le quedaba más opción que volver a casa de inmediato. Pero Radamand debía saber lo que pensaba Jason, y estaría aguardando en el trayecto, dispuesto a acabar con él.

Al pensar en Radamand y en la muerte, se sintió invadido por sus nuevos recuerdos. Recordó el rostro del hermano mientras le partía el brazo en el borde de la piscina y lo sumergía en el agua para ahogarlo. No tengo hermano, pensó Jason. Pero recordaba al hermano, y la muerte del hermano. Y había clavado un cuchillo en el ojo del padre dormido. Y había disfrutado. No podía soportar esos recuerdos. No podía soportarse a sí mismo, con ese pasado.

No es mi pasado, se gritó a sí mismo. No es mi pasado.

Pero los recuerdos eran demasiado fuertes. No podía desechar algo que recordaba con tanta claridad. Sollozó mientras la lombriz atravesaba la roca, bordeando el horno

derretido del mundo. Su llanto no llamó la atención. En la lombriz estaban habituados al llanto.

Cuando Jason llegó a casa, Mamá estaba furiosa.

—¿Qué estuviste haciendo? ¡El mayordomo sonó en medio del día y dijo que habías hecho un viaje al otro lado del mundo! ¿Cómo viviremos el resto del mes? La mitad del presupuesto para comida en un solo día... Debí haberte impuesto restricciones, pero tú siempre...

Notó que Jason había llorado, y lo miró asombrada.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nunca debiste darle un hijo a Homer Worthing —dijo Jason.

Mamá miró distraídamente al mayordomo, que aún mostraba una luz roja de alarma.

—No debiste escapar de la escuela. Los agentes escolares llamaron. Cerraron las puertas un rato, hasta cerciorarse de que no estabas aquí.

Jason corrió a la puerta, la abrió e interpuso un taburete para impedir que la cerraran.

—¿Por qué me buscaban?

—Por tu respuesta a la tercera pregunta.

La que no había resuelto.

—Dijeron que conocías cosas que no tenías modo de saber —dijo Mamá—. Debes ser más prudente, Homer. No debes saber cosas que no te corresponde saber. Eso inquieta a la gente.

—No soy Homer.

Ella enarcó las cejas.

—Él era piloto estelar.

—Tenemos que irnos, Mamá.

—No me gusta irme. Tú haz lo que debas hacer, y yo esperaré aquí. Eso es lo que deseo hacer... esperar mientras no estás. Y luego regresarás a mí. Eso me agrada. Cuando regresas a mí.

—Si no vienes conmigo ahora, Mamá, nunca regresaré.

—No me amenaces, Jason. No está bien.

—Si los agentes escolares no me apresan, lo harán los Niños de Mamá. Un hombre me persigue y quiere matarme. Es muy poderoso, y lo conseguirá.

—Oh, Jason, no te pongas tan serio. Eres sólo un niño.

—También quiere matarte a ti.

—La gente no anda por ahí matando a los demás.

Jason estalló.

—¡Mamá, todo lo que dicen sobre los escrutadores es verdad! Papá mató a millones de personas, y Radamand Worthing también es un asesino. Eso somos los

escrutadores, asesinos, y él sabe que vine aquí y sabe que tú sabes quién soy y se propone matarnos. ¡Yo también soy escrutador, Mamá! Eso fue lo que hiciste al tenerme: traer otro escrutador al mundo.

Ella se llevó la mano a la boca.

—La puerta está abierta, y tal vez otras personas no comprendan que estás bromeando.

—El único modo de salvar nuestras vidas es... —Pero ella no escuchaba. Sólo esperaba. Eso era todo lo que tenía en mente: esperar el regreso de Homer. Luego todo andaría bien. Todo esto era demasiado para ella, y tenía que esperar el regreso de Homer—. Mamá, él no vendrá aquí. Tenemos que ir hacia él.

Ella lo miró desconcertada.

—No seas tonto. Él me olvidó hace años.

Pero Jason supo que ella, en su locura, le creía. Podía controlarla, pues le creía.

—Eso significa un largo viaje.

Ella lo siguió dócilmente hasta la puerta.

—¿Eso significa somec? ¿Eso significa dormir? No me gusta dormir. Las cosas cambian mientras duermes.

—Esta vez no cambiarán.

Mientras atravesaban el corredor, Jason temía ser detenido por un alguacil o un Niño de Mamá. Radamand no desecharía medio alguno. Usaría todo su poder para hallar a Jason y detenerle. Jason casi se sorprendió de encontrarse en la estación local de las Colonias, y condujo a su madre al interior.

La habitación era fresca. Una máquina de ventilación zumbaba en alguna parte. Al otro extremo de la estancia se divisaba un panorama sobre el borde de un precipicio, rodeado por árboles que perdían sus hojas otoñales. Del otro lado de un desfiladero había una barranca poblada de árboles de brillantes colores.

—La Colonia de la Tierra —susurró la habitación—. Regreso a casa. —El paisaje cambió y apareció una colina nevada con esquiadores que descendían por la cuesta—. Makor, la tierra del invierno eterno.

—¿Dónde está él? —preguntó Mamá.

—Coged estrellas en Makor, y traedlas a casa como luz escarchada. —La visión mostró algunos de los fantásticos cristales que crecían en las grietas de un risco, y a un escalador que ascendía para recogerlos.

Jason la dejó mirando al cazador de cristales y se dirigió al hombre del escritorio.

—Ella no se encuentra bien, pero quiere hacer un largo viaje.

Las Colonias no eran pretenciosas. Nadie que estuviera en sus cabales viajaría cincuenta años-luz para despertar en un mundo del cual no se podía regresar y donde no habría una pizca de somec, sólo trabajo a lo largo del período natural de vida.

—Tenemos el sitio indicado para ella.

—Un lugar donde se pueda caminar al aire libre —dijo Jason. No quería que su madre fuera a una de esas colonias donde había que usar trajes de presión.

—Tenemos el lugar indicado. Capricornio. Es un planeta con sol amarillo, como Capitol.

Jason miró más allá de los ojos del hombre. Ése era el planeta que promovían esa semana. Necesitaban más mineros para el platino y el aluminio, y mujeres para atenderlos. No era lo que Jason tenía en mente. Hurgó en los recuerdos del hombre hasta hallar un planeta satisfactorio.

—¿Qué hay de Duncan? —preguntó.

El hombre suspiró.

—¿Por qué no me dijiste que tenías información confidencial? La enviaré a Duncan. Un lugar tan bueno que ni siquiera han tenido que terraformarlo.

Mamá se acercó.

—¿Adónde vamos?

—Duncan —dijo Jason—. Es un buen lugar.

—Sólo tenéis que firmar estos papeles. —El hombre empezó a introducir la información en un ordenador. Era una de esas antiguas máquinas con pantalla. ¡Cualquiera diría que las Colonias se podían costear algo mejor que eso!

¿Nombre? ¿Ocupación? ¿Padres? ¿Domicilio? ¿Fecha de nacimiento? A medida que el hombre solicitaba información, Mamá abandonaba su mundo ilusorio. ¿Estado marital?

—Viuda —dijo Mamá. Se volvió hacia Jason—. Él no me está esperando, Jason. Él está muerto.

Jason la miró a los ojos, tratando de pensar una respuesta. No era buen momento para que Mamá recuperara la cordura.

El hombre sonrió jovialmente.

—Y naturalmente se lleva a su hijo con usted.

—Sí —dijo Mamá.

En ese momento Jason comprendió que no tenía intención de ir. Ni siquiera para salvar el pellejo. Podían arrestarlo o matarlo en cuanto saliera de esa oficina, pero no iría a una Colonia. No iría al confín del universo habitado para desaparecer. Las Colonias eran el único sitio donde su madre estaría a salvo, pero él tenía una alternativa. La Flota. En la Flota estaría seguro, incluso podía convertirse en piloto. Como su padre.

—No —dijo Jason.

—Usted es la tutora legal, según esto —dijo el hombre—. Si usted le ordena ir, debe ir.

—No —dijo Jason.

—¡Me abandonas! —exclamó ella—. ¡No lo admitiré!

—Es el único modo de salvarte la vida —dijo Jason.

—¿Acaso me preguntaste si yo quería que me salvaran la vida?

Jason conocía a su madre mejor que ella misma.

—Te dormirán con somec —dijo—. Mientras dure el viaje.

Eso agitó viejos recuerdos. Dormir y despertar. Habitualmente para reunirse con Homer. Pero la última vez se había quedado sola.

—No lo creo —dijo ella—. No creo que quiera hacerlo.

—Yo estaré allí —mintió Jason.

—No, no estarás. Quieres abandonarme. Planeas abandonarme, igual que tu padre.

Era turbador. ¿Cómo podía conocerle tan bien, sin poseer el don? Pero no, ella no lo *sabía*, eran sólo sus propios temores. Lo peor del mundo, despertar y no encontrar al hijo. Le estoy haciendo lo peor del mundo, por segunda vez.

—Sólo firme aquí —dijo el hombre—. Su código personal. —Deslizó un teclado por el escritorio.

—No quiero hacerlo —dijo Mamá.

Jason tecleó el número de código de su madre, tomándolo de su memoria. El hombre se quedó estupefacto, pero se encogió de hombros cuando el número quedó confirmado en la pantalla.

—Vaya confianza —dijo—. Ahora, la palma de la señora...

Mamá miró fríamente a Jason.

—La vieja se vuelve loca y tú decides despacharla a otro mundo, desgraciado. Te odio, te odio igual que a tu padre, desgraciado. —Se volvió hacia el hombre—. ¿Sabe quién es su padre?

El hombre se encogió de hombros. Claro que sabía. Tenía los datos de Jason en la pantalla.

—Él es hijo de su padre, no mío.

—Es el único modo de salvar tu vida, Mamá.

—¿Quién eres, Dios? ¿Tú decides quién debe vivir y cómo?

Como Radamand, pensó Jason, recordando la muerte de hermanos que jamás había tenido. Pero yo no uso el don para matar. Lo uso para salvar. No soy Radamand. No soy Homer Worthing. Pero, por los pensamientos de su madre, sabía que ella lo amaba tanto que prefería morir a perderlo, a abandonarlo.

—Si te quedas —dijo fríamente—, te interrogarán.

—Se lo contaré todo —dijo ella.

—Por eso debes irte.

El hombre sonrió.

—En las Colonias hay reserva absoluta. No hay litigios legales, todos los delitos quedan perdonados... es un nuevo comienzo, no importa lo que hayáis hecho.

Mamá se volvió hacia él.

—¿Y también borran los recuerdos?

Sí, Mamá. Ésa es la cuestión. ¿Cómo olvidar lo que recordamos? ¿Cómo olvidaré que para salvarte la vida debo destruirla?

—Claro que no —dijo el hombre—. Volvemos a insertar los recuerdos en cuanto termina el sueño de somec.

—¿No me amas? —preguntó Mamá.

El hombre quedó estupefacto.

—Me está hablando a mí —aclaró Jason—. Te amo, Mamá.

—¿Entonces por qué no estarás allí cuando yo despierte?

Desesperado, Jason adoptó la única estrategia que no había intentado. La verdad.

—Porque no puedo pasar mi vida cuidando de ti.

—Claro que no —dijo Mamá—. A fin de cuentas, yo no hice más en *mi* vida que cuidar de *ti*.

El hombre se estaba impacientando.

—La palma, señora.

Ella apoyó la mano en el lector.

—Iré, pequeño bastardo. ¡Pero tú irás conmigo! ¡Inclúyalo, pues viene conmigo!

—No me querrás a tu lado, Mamá —dijo Jason con calma.

—Teclea tu número, por favor —dijo el hombre. Las Colonias estaban habituadas a recibir gente reacia. No le importaba si Jason iba o no por propia voluntad.

Así que Jason tecleó el código personal del hombre. Por supuesto no quedó confirmado. Pero Jason sabía que proyectarían el código incorrecto en la pantalla, y el hombre lo reconoció.

—¿Cómo diablos...? —masculló el hombre, entornando los ojos—. Lárgate. ¡Lárgate de aquí!

Jason obedeció con gusto.

—¡Te odio! —exclamó su madre—. Eres peor que tu padre. ¡Te odiaré para siempre!

Ojalá ese odio te mantenga con vida, pensó Jason. Que ese odio te mantenga cuerda. No puedes odiarme más de lo que me odio yo mismo. Soy Radamand. Podría hacer todo lo que él pudo hacer. ¿Acaso hoy no maté a mi madre? La arranqué del mundo. Para salvarle la vida, sí. ¿Pero por qué no fui con ella? Soy Radamand, rehaciendo el mundo, manipulando otras vidas por mi propio placer. Debería morir. Ojalá muera.

Lo pensaba en serio. Quería morir. Pero a pesar de ello siguió escrutando la mente de las personas que estaban en las cercanías. Ninguna lo buscaba. Aún tenía una oportunidad de escapar. Y a pesar de su desesperación, seguiría intentando huir hasta conseguirlo, o hasta que lo apresaran. ¿De veras quería morir?

¿Pero cómo llegaría a otra parte? En cuanto apoyara la palma en un lector éste revelaría su paradero. Comer, viajar, hablar con Gracie, todo lo que hiciera alertaría a los Niños de Mamá, y ellos lo encontrarían. Peor aún, ahora era legalmente huérfano, pues su madre había aceptado irrevocablemente viajar a las Colonias. Quedaba a cargo del estado, y cualquiera podía buscarlo y hallarlo legalmente, sin el prolongado proceso de demostrar una causa. Mientras no se alistara en la Flota, era vulnerable.

Usó una cabina para hablar con Gracie, el tiempo suficiente para averiguar dónde quedaba la estación de reclutamiento más cercana. Tendría que realizar un largo viaje en lombriz para llegar allí. No estaba tan lejos como la oficina de Radamand, pero sí bastante. ¿Se atrevería?

Esa pregunta tuvo una respuesta inmediata. Al salir de la cabina, escrutó de nuevo a la gente de las cercanías y halló a un Niño de Mamá que lo estaba buscando. Jason se perdió en la multitud. Por una vez se alegró de ser pequeño. Desapareció y dobló una esquina sin cesar de explorar los pensamientos de ese hombre. Lo perdí, pensaba el hombre. Lo perdí.

Pero lo estaban buscando, y habían bastado unos minutos en la cabina para que un Niño de Mamá lo hallara. No podía viajar en lombriz. Aunque la abordara inmediatamente después de apoyar la palma en el lector, lo alcanzarían en cuanto la lombriz comenzara a acelerar. Tenía que caminar. La estación estaba doscientos niveles más arriba, a cuatro subterráneos de distancia. No había esperanzas de llegar ese día. En ese tiempo no tendría nada que comer, sólo el agua que consiguiera sin necesidad de usar la palma. ¿Y dónde dormiría?

En uno de los parques, bajo un árbol. El césped era artificial, pero el árbol era real, y la tosca corteza tenía una textura agradable; las agujas le producían punzadas de dolor, pero lo necesitaba. Necesitaba el dolor para poder dormir, la mente nuevamente atestada de recuerdos de lo que no había hecho y de lo que acababa de hacer. Su madre no estaba en sus cabales. Él lo sabía mejor que nadie, pues le había visto perder contacto con la realidad, vivir con la constante esperanza de que Homer Worthing regresara. ¿Pero él estaba cuerdo, con esa visión de hermanos que morían ante sus propios ojos? ¿Por qué lo recuerdo de este modo? ¿Por qué no puedo verlo como algo que le sucedió a otra persona? ¿Por qué el rostro de mi madre se funde fácilmente con esas imágenes? No podía discernir lo que sabía que había hecho de lo que sabía que no había hecho. Si pudiera deshacerse de los actos de Radamand, ¿dejaría de sentirse culpable por lo que le había hecho a su madre? No deseaba que fuese así. Por doloroso que fuera, había hecho lo que había hecho, y no desistiría de su pasado, aun a costa de conservar el de otro. Prefiero la locura de guardar en mi interior los recuerdos de Radamand que la locura de perder a Jason.

Se durmió apretando las punzantes agujas con una mano, mientras apoyaba la otra en la corteza del árbol. Soy lo que hice, se dijo mientras se adormilaba. Pero despertó

diciendo: Era lo que hice. Soy lo que haré.

Tuvo que caminar un día entero, subiendo interminables escaleras, sin atreverse a usar los ascensores públicos, atravesando corredores, cogiendo una acera móvil cuando podía. Llegó a la estación de la Flota cuando estaba a punto de cerrar.

—Quiero alistarme —dijo Jason.

El oficial de reclutamiento lo miró fríamente.

—Eres pequeño y eres joven.

—Trece años. Tengo edad suficiente.

—¿Consentimiento paterno?

—Estoy a cargo del estado. —Sin dar su nombre, tecleó su código personal y sus datos aparecieron en el aire.

El oficial frunció el ceño. Worthing no era un nombre fácil de olvidar.

—¿Qué? ¿Piensas seguir los pasos de tu padre? —preguntó.

Jason no dijo nada. Comprendió que el hombre no le deseaba ningún mal.

—Buena puntuación, grandes aptitudes. Tu padre fue un gran piloto.

Luego había otros recuerdos de Homer Worthing. Jason escrutó, y halló algo que lo sorprendió. Los habitantes del mundo que Homer había destruido le habían negado autorización para extraer agua de sus océanos. Lo habían retenido allí para que la Flota pudiera prenderlo. No eran del todo inocentes. La Flota no odiaba a Homer tanto como el resto del universo. Jason se había habituado tanto a avergonzarse de ser quién era que no supo qué hacer con esta nueva información, salvo confiar en que hubiera un sitio para él en la Flota. Quizás, al fin, contara con algo a favor.

Pero el oficial meneó la cabeza.

—Lo lamento. Acabo de elevar tu solicitud y te han rechazado.

—¿Por qué? —preguntó Jason.

—No ha sido por tu padre. Código Nueve. Algo acerca de tus aptitudes. No estoy autorizado para decir más.

Pero lo hizo, aunque no lo deseara. Se le denegaba permiso para ingresar en la Flota a causa de su puntuación en la escuela. Era demasiado brillante para entrar en la Flota sin el consentimiento de la Oficina de Educación. Y nunca lo obtendría, pues Hartman Torrock tenía que aprobarlo.

—Jason Worthing —dijo un hombre a sus espaldas—. Te estaba buscando.

Jason corrió. El hombre era un Niño de Mamá, y se proponía arrestarlo.

Al principio lo ayudaron las multitudes de los corredores. Se movían deprisa, y Jason podía perderse entre la gente, moviéndose más deprisa que su perseguidor. Poco a poco aparecieron otros, cada vez más. No podía seguir el rastro de todos. Era muy difícil mirar a través de sus ojos y tratar de adivinar, por lo que veían, dónde estaban.

Lo alcanzaron cuando la multitud anduvo más despacio, pues era demasiado

pequeño y débil para abrirse paso. Su tamaño ya no era una ventaja, y el don ya no le ayudaba. Se encontró derribado en el suelo, con un zapato puntiagudo clavado en la mano. Pero no temía el dolor: se zafó de la mano, y a pesar del dolor de la piel lacerada y las venas abiertas, logró escabullirse, hasta que lo cogieron por los tobillos y las muñecas, lo esposaron y encadenaron.

—Pequeño bastardo —dijo uno de los Niños.

—¿Por qué me perseguís?

—Porque corrías. Si alguien corre, pensamos que puede haber razones para apresarlo. —Pero mentía. Tenían órdenes de llevar a Jason Worthing vivo, a toda costa. ¿Órdenes de quién? ¿Hartman Torrock? ¿Radamand Worthing? Qué más daba. Tendría que haberse ido a las Colonias con su madre. Lo había apostado todo a la oportunidad de transformar un futuro sombrío en algo mejor; había perdido.

Pero no fueron Radamand ni Torrock quienes vinieron a tomarlo bajo custodia. Era un hombre bajo, rechoncho y calvo, quien ordenó que le quitaran los grilletes y los esposaran juntos. El campo invisible les mantenía las muñecas a menos de un metro de distancia.

—Espero que no te moleste —dijo su captor—. No quiero perderte de nuevo, después de tantas molestias. Le sangra la mano. ¿Alguien tiene un cicatrizador?

Alguien pasó un cicatrizador por la mano de Jason, y la sangre se coaguló y dejó de manar. Entretanto, el hombre bajo se presentó.

—Soy Abner Doon, y soy lo más parecido a un amigo que encontrarás en este mundo. Tengo toda la intención de explotarte sin misericordia para llevar a cabo mis propios planes, pero al menos conmigo estarás a salvo de tu primo Radamand y de Hartman Torrock.

¿Cuánto sabía ese hombre? Jason le escrutó la mente y lo averiguó: todo.

—Yo estaba dormido hasta que realizaste el segundo examen —dijo Doon—. Pero cuando casi resolviste una cuestión cuya respuesta sólo conocen un puñado de físicos, que no estaban demasiado seguros... bien, los asistentes de la Casa del Sueño me despertaron. Tienen sus instrucciones. No te habría dejado marchar por nada del mundo.

Fueron a una carretera oficial donde Doon entró con sólo apoyar la palma en la puerta, tal como todos los demás hacían para abordar una lombriz. Un coche privado aguardaba. Jason quedó impresionado, y entró de buena gana.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Una pregunta que intento responder desde la adolescencia. Por fin decidí que no era Dios ni Satanás. Quedé tan defraudado que no traté de averiguar más detalles.

Jason le sondeó la mente. El hombre era subministro de colonización. También creía que gobernaba el mundo. Un examen más atento reveló que esto era verdad. Incluso Radamand, con todas sus maquinaciones, habría quedado pasmado ante el

poder de Abner Doon. Incluso Mamá —no la madre de Jason, sino Mamá, la regente de Capitol— era su peón. No sólo gobernaba el mundo. Le bastaba una mueca para hacer temblar el universo. Y sin embargo era casi totalmente desconocido. Jason lo miró a los ojos y rió.

Doon le sonrió.

—Es halagüeño que, siendo yo tan poderoso, un chico bondadoso pueda reír al mirarme el corazón.

Era verdad. No había asesinatos en los recuerdos de Doon. Morar en su mente no era tan doloroso como morar en la mente de Radamand. Doon no vivía para modelar el mundo según su placer personal. Estaba modelando el mundo, pero lo que tenía en mente no era muy agradable.

—Siempre me pregunté cómo sería tener un amigo al que no pudiera ocultarle nada —dijo Doon—. ¿Has comprendido que cometiste un error estúpido en la oficina de las Colonias? Demostraste al hombre que eras un escrutador. Ahora tengo que dormirlo con somec y despertarlo con una burbuja anterior, para que no lo recuerde. Eres muy poco considerado al desquiciar las vidas ajenas de esa manera.

—Lo lamento —dijo Jason. Pero también supo que Doon le estaba sugiriendo que sus errores estaban cubiertos. Se sintió mejor.

—Por cierto, hablando del somec, tu madre te escribió una nota antes de dormirse.

Jason vio en la mente de Doon el recuerdo de su madre entregándole un papel, el rostro empapado de lágrimas, pero con una sonrisa que no era frecuente en ella. Jason cogió el papel con manos trémulas y leyó.

Abner Doon me lo explicó todo. Lo de Radamand y la escuela. Te amo y te perdono, y creo que ya no volveré a perder el juicio.

Era su letra. Jason tuvo un escalofrío de alivio.

—Pensé que querrías saberlo.

Jason releyó la nota. Llegaron. Bajaron del coche en un corredor corto, que los llevó a un bosque.

No era un parque. La hierba era real, las ardillas que correteaban en los troncos de los árboles no eran mecánicas, y hasta el olor era perfecto, sin la menor señal de plástico. La puerta se cerró. Doon desconectó las esposas. Jason se alejó, contemplando el cielo por primera vez en su vida. No había techo. Ni tejado. Tuvo miedo de caerse. ¿Cómo se podía vivir sin un techo encima?

—Vertiginoso, ¿eh? —dijo Doon—. Desde luego, hay un techo. Todo Capitol está bajo techo; pero la ilusión está muy lograda.

Jason se volvió hacia Doon.

—¿Por qué me salvaste? ¿Qué significo para ti?

—Creí que los escrutadores no necesitaban hacer preguntas —respondió Doon.

Para sorpresa de Jason, se estaba desvistiendo, arrojando la ropa mientras se internaba en el bosque. Llegaron a la mayor extensión de agua que Jason había visto en su vida, casi cincuenta metros de anchura—. ¿Quieres nadar? —preguntó Doon. Estaba desnudo, y *no* era rechoncho. Su aspecto voluminoso era debido al traje protector. Doon tanteó el blindaje con el pie—. Algunos quieren matarme.

Desde luego. Doon no tenía la ventaja de Radamand, que podía conocer los deseos y secretos de otros hombres para sobornarlos y extorsionarlos.

—Mi primo Radamand será uno de ellos, mientras me mantengas con vida.

Doon rió.

—Oh, Radamand. En las próximas semanas tendrá que ponerse a dormir. Es un hombre aborrecible, y ya no me sirve demasiado. Temo que nunca más despertará.

Jason se horrorizó al comprobar que era cierto. Abner Doon podía ordenar que la Casa del Sueño matase a un hombre. La única verdad incommovible de Capitol era que la Casa del Sueño era incorruptible. Y sin embargo la influencia de Abner Doon llegaba incluso allí.

—¿Quieres nadar? —repitió Doon, internándose en el agua.

—No sé nadar.

—Claro que no. Yo te enseñaré.

Jason se desvistió y lo siguió con un titubeo. Veía que Doon sólo tenía buenas intenciones. Era un hombre de fiar. Así que lo siguió hasta que el agua les llegó al cuello. Doon y él tenían casi la misma altura.

—El agua es un medio de locomoción muy seguro —dijo Doon. Jason notó que estaba fría—. Bien, tengo mi mano en tu espalda. Apóyate en mi mano. Ahora alza las piernas, y relájate. Yo puedo sostenerte.

De pronto Jason se sintió muy liviano, y al relajarse notó que su cuerpo se mecía ligeramente en la superficie; sólo la blanda presión de la mano de Doon le recordaba la gravedad.

De pronto el mundo se dio la vuelta. Abner Doon le presionó la espalda brutalmente y el rostro de Jason se hundió bajo el agua. Tragó y jadeó; le ardían los ojos; necesitaba respirar desesperadamente, y no se atrevía a inhalar. Trató de emerger, pero no pudo contra la mano de Doon. Forcejeó, se retorció, pataleó, pero no logró salir hasta que Doon lo subió. Pero en todo ese tiempo Doon sólo había tenido buenas intenciones. Si esto es amor, pensó Jason, que Dios me ayude. ¿O acaso Doon puede mentirme, incluso con la mente?

—No tosas —dijo Doon—. Salpicas agua por todas partes.

—¿A qué vino eso? —preguntó Jason.

—Una lección concreta, para mostrarte qué se siente al estar sumergido en algo que no se entiende.

—Ya lo sabía.

—Pues ahora lo sabes mejor. —Y Doon continuó serenamente con la clase de natación.

Jason aprendió deprisa, al menos algo tan simple como flotar de espaldas. El falso sol se estaba poniendo, y el cielo se volvió rosado. Jason se deslizaba de espaldas, acariciando la superficie para mantenerse en movimiento y a flote.

—Nunca había visto una puesta de sol.

—Créeme, las puestas de Capitol no son así. El cielo de este planeta es grasiento y húmedo. El ocaso es rojo. El mediodía es anaranjado. El cielo azul es imposible.

—¿Qué imita este lugar, pues?

—Mi mundo natal —dijo Doon.

Jason le escrutó la mente y captó recuerdos del planeta Jardín. Esa habitación era la imitación de un rincón diminuto de ese mundo. Jason notó que Doon añoraba las colinas ondulantes, los tupidos bosques, las praderas.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó—. ¿Por qué viniste aquí?

Sólo tengo talento para el poder, pensó Doon. Jason siguió sus pensamientos. Cómo obtener poder, cómo utilizarlo, cómo destruirlo. Un ser humano sólo puede ir allí donde su talento es útil. Capitol es el sitio donde debo estar. Aunque lo odie. Aunque anhele destruirlo. Capitol es mi morada, al menos por ahora.

De repente los pensamientos de Doon cambiaron. Jason le oyó a lo lejos, saliendo del agua. Trató de nadar hacia la costa, pero era torpe y lento, y cuando quiso ponerse de pie el lago era demasiado hondo, y apenas logró recobrar fuerzas para volver a nadar de espaldas. Nadar —permanecer a flote— exigía demasiada concentración, sobre todo ahora que Jason sentía miedo, y le quedaba poca atención para escrutar la mente de Doon. Por eso me enseñó. Por eso me trajo aquí. Para distraerme e impedir que yo supiera lo que tenía en mente. Así no podría predecir cada uno de sus movimientos. Me engañó. ¿Qué está planeando ahora? ¿Qué trampa me está tendiendo?

Cuando al fin llegó a la orilla, Doon se escabullía por una puerta de la pared del jardín. Jason le escrutó desesperadamente los pensamientos, buscando un peligro, y halló los conocimientos de Doon sobre el twick estoriano. Un pequeño marsupial con dientes como navajas. En el recuerdo de Doon vio cómo el animalito saltaba a la velocidad del rayo sobre las ubres de una vaca antes de que la bestia atinara a verlo. El twick permaneció allí unos instantes colgado de las zarpas, y luego desapareció, trepando para internarse en el cuerpo de la vaca. Manaba sangre de la herida. Sólo entonces la vaca reaccionó. Se sacudió, corrió, se desplomó y murió. El twick salió arrastrándose por la boca de la vaca, jadeante, torpe y saciado. Jason había leído acerca de los twicks y sabía algo sobre sus hábitos. Sabía también que los twicks habían arrasado la primera colonia de Estoria, e incluso ahora eran contenidos con cercas ultrasónicas que los mantenían confinados en reservas.

¿Por qué Doon estaba pensando en los twicks estorianos? Porque ahora soltaba uno en el parque. La única presa que buscaría el twick era Jason, y Jason estaba desnudo y desarmado a orillas del lago. Sin embargo, el muchacho sólo hallaba buenas intenciones en la mente de Doon. Eso era lo más escalofriante: que Doon tuviera buenas intenciones, a pesar de no saber cómo podría Jason sobrevivir al ataque de la alimaña.

El twick estaba encaramado en una rama a no más de veinte metros. Jason se quedó quieto, recordando que los twicks se valían del olor, el sonido y el movimiento para identificar a la presa. Trató desesperadamente de pensar en un arma. Se imaginó recogiendo una piedra de la orilla: cuando intentara usarla contra el twick, el animalito daría un salto y le devoraría la mano.

El twick se movió. Tan deprisa que Jason apenas lo vio. Pero ahora el twick estaba sobre la hierba, a sólo diez metros.

A Jason aún le palpitaba la mano que le habían aplastado con la bota. Tengo olor a sangre, comprendió. El twick vendrá hacia mí aunque yo no me mueva.

El twick corrió de nuevo. Estaba a dos metros. Jason trató de leer la mente del animal. No era difícil captar la borrosa visión del mundo que tenía la bestia, pero era imposible dar sentido al tumulto de impulsos. No sabría qué se proponía el twick hasta que ocurriera. Jason no podía valerse del don, y no tenía otra arma.

De pronto sintió un dolor desgarrador en el tobillo izquierdo. Bajó la mano para deshacerse del animal. El twick siguió aferrado a la pierna por un momento, taladrándosela; luego se desprendió y se hundió en los músculos del brazo de Jason. De la pierna manaba la sangre a chorros. Jason gritó y golpeó al animal con la mano izquierda. Acertó todos los golpes, pero no consiguió nada.

Voy a morir, gritó Jason en su mente.

Pero su instinto de supervivencia aún era fuerte, a pesar del dolor y el temor. Como por reflejo comprendió que el twick saltaría de una parte a otra de su cuerpo. En algún momento tocaría una arteria vital, o hallaría la cavidad sin huesos del abdomen y le devoraría las entrañas. Pero con cada gramo de carne que engullía, el twick perdía ímpetu. Si Jason lograba conservar la vida, el twick reduciría gradualmente su frenética velocidad. Pero Jason también se debilitaba por la pérdida de sangre. Y no tenía arma alguna, aunque el twick fuera más despacio.

Se arrojó al suelo, tratando de aplastar al animal con el peso del cuerpo. El twick no sufrió daños: su esqueleto era flexible, y recobró la forma en cuanto Jason se apartó.

Pero había dejado de comer por un instante, no estaba adherido al cuerpo de Jason y ahora era más lento. Jason se levantó penosamente y echó a correr.

Con una herida en la pierna, él también era más lento, y no había dado tres pasos cuando el twick atacó. Pero ahora Jason se encontraba de espaldas, y el animal sólo

mordió los músculos de debajo de la clavícula.

Jason se arrojó al suelo de espaldas. El twick soltó un gemido y se apartó. Jason intentó correr de nuevo, por la orilla del lago. Esta vez logró dar varios pasos tambaleantes antes de que el twick le mordiera las nalgas y comenzara a desgarrarlo de nuevo. Jason cayó sobre una rodilla. El lago estaba a un metro escaso. No puedo nadar con estas heridas, pensó Jason. Qué diablos, intervino la parte de su mente que conservaba la frialdad. Quizás el twick tampoco pueda.

Reptó hacia el agua, arrastrando la pierna izquierda, pues el twick le había desgarrado los grandes músculos del muslo, y el miembro no le respondía, salvo con dolor. Jason llegó al agua justo cuando el animal mordía el hueso.

Jason no podía flotar. Se agazapó bajo el agua, conteniendo el aliento, tratando de ignorar los desgarrones palpitantes de las nalgas, la pierna, el brazo y la espalda. Sintió que el twick avanzaba a lo largo del hueso pélvico. Su mente analítica observó que esto desviaba al animal de las vulnerables zonas anales. Los músculos pueden sanar. Podré vivir. Los músculos pueden sanar. La repetición lo mantuvo bajo el agua a pesar del dolor, a pesar de los pulmones a punto de estallar.

El twick perdió ímpetu. Emergió del cuerpo de Jason a la altura de la cadera. Jason lo aferró, buscó el pescuezo. El twick era lento, y Jason lo había cogido por la garganta. Jason se irguió para aspirar aire, manteniendo al twick debajo del agua. El aire entró en sus pulmones como fuego y se sumergió. Pero no soltó al twick que se retorció. Lo aferró con más fuerza. Valiéndose de los codos y la pierna sana trató de acercarse a la orilla. En la zona menos honda, pudo mantener la cabeza por encima de la superficie sin tener que permanecer de pie. El twick vomitó y el agua enrojeció con la sangre y la carne no digerida de Jason. Finalmente, el animal dejó de moverse.

Jason halló fuerzas para arrojar al animal yerto al medio del lago. Cayó de bruces en la orilla, el rostro en el lodo, la pierna y las caderas sangrando debajo del agua. Ayuda, pensó. Moriré, pensó. Al cabo de un momento desistió de tratar de verter sus pensamientos en palabras. Se quedó tendido, sintiendo cómo la sangre manaba de las heridas, tiñendo el lago, alcanzando las orillas, hasta que todo enrojecía, todo formaba parte de él, y nada le quedaba en el cuerpo, nada dentro de sí.

EL DIABLO MISMO

Con la cercanía del invierno había tareas que hacer, de modo que los libros debían esperar, aunque el trabajo de Lared con los libros proporcionaba dinero a la familia. La llegada de la nieve no se tomaba a la ligera, y se necesitaban todas las manos para asegurar que hubiera alimento y combustible suficiente para la temporada. Especialmente ahora que sabían que no había protección; desde la llegada del dolor, toda calamidad era posible. Así que cada día, al despertar, Lared ignoraba si pasaría el día deslizando la pluma o arqueando el cuerpo entero en una faena pesada. Había días en que prefería una cosa y días en que prefería la otra, pero al margen de sus preferencias trabajaba con empeño según las necesidades cotidianas. Aunque la historia que escribía fuera dolorosa; aunque la narración estuviera contenida en recuerdos de sueños que habían sido casi insoportables.

Las primera nevisca comenzó la tarde del día en que Lared escribió la historia de Jason y su batalla con el twick. La nieve había amenazado todo el día; el cielo estaba tan oscuro que Jason encendió una vela al mediodía para alumbrar la tarea de Lared. Pero ahora esa parte estaba escrita, y Lared estaba guardando la pluma y la tinta cuando oyeron el traqueteo del carro del calderero por encima de la vibración del martillo de Papá en la fragua. Era el viejo dicho: la llegada del calderero es la llegada de la nieve. Como todos sabían, Whitey el calderero venía varias veces por año, pero siempre trataba de llegar a Bahía Chata antes de las primeras nieves.

Jason secó la tinta fresca con un paño, pues Sala subía la escalera. Era tan pequeña que usaba ambos pies para cada escalón.

—Llegó el calderero —gritó Sala—, llegó el calderero. ¡Y hoy hay nieve en el suelo!

Era motivo de regocijo que todavía algo funcionara bien en el mundo. Lared cerró la caja de las plumas, Jason guardó el pergamino. La escritura de Lared era tan menuda, elegante y parca en palabras que la primera piel de oveja aún no estaba llena.

—Buen trabajo por hoy —dijo Jason—. Hemos concluido la primera parte. La peor parte para mí, creo.

—Tengo que preparar el lecho del calderero —dijo Lared—. Se queda aquí en invierno. Sabe reparar fuelles, y puede confeccionar un saco de piel de cabra tan resistente como una vejiga.

—También yo —dijo Jason.

—Tú debes escribir un libro.

Jason se encogió de hombros.

—Por lo que veo, lo estás escribiendo tú.

Lared cogió dos fundas de los estantes del altillo, y juntos corrieron por el patio interior sin molestarse en protegerse del frío con abrigos. Ya caían los copos, unos copos pequeños que no se posaban en el suelo, sino sobre la hierba y las hojas. Enfilaron hacia el granero, que estaba atestado de la paja de todo el año. Lared se dirigió a la paja para colchones, que era la más limpia, y juntos comenzaron a rellenar las fundas.

—¿El calderero tiene dos colchones, y yo sólo uno? —preguntó Jason.

—El calderero viene todos los años, y trabaja gratis, y no paga nada. Eso lo hace pariente. —Tú nunca serás pariente porque Mamá no te tiene simpatía, dijo Lared en silencio. Sabiendo, naturalmente, que Jason lo oiría.

Jason suspiró.

—Será un invierno muy duro.

Lared se encogió de hombros.

—Algunos dicen que sí, otros dicen que no.

—Yo digo que sí.

—Los gusanos de los árboles están velludos, y las aves siguieron de largo este año, migrando más al sur. Pero quién sabe.

—Justicia y yo analizamos el tiempo al llegar, y el invierno será muy duro.

Nadie conocía el tiempo con tanta antelación, pero Lared ya no se asombraba de nada.

—Se lo diré a Papá, pues. Es tiempo de recoger leña. Hay que cortar leña, y siempre comenzamos con las primeras nieves. Es la época en que los árboles se quedan sin savia.

—Necesitas un descanso después de tanto escribir.

—Cuanto más avanzo, más fácil resulta. Las palabras acuden a la mente con mayor facilidad.

Jason lo miró extrañamente.

—¿Pero qué crees que significa?

Lared no supo cómo responder sin parecer tonto. Plegó la punta de la funda.

—No lo rellenes en exceso, porque se forman bultos.

Jason plegó el extremo de la otra funda.

—Si le pones helecho, se van las pulgas.

Lared hizo una mueca.

—¿Y dónde encontraremos helecho en la nieve?

—Supongo que es un poco tarde.

Lared se armó de coraje para preguntar:

—Doon es el diablo, ¿verdad?

—Lo era. Ahora está muerto. Al menos, me prometió que moriría.

—¿Pero lo era?

—¿El diablo? —Jason se cargó el colchón al hombro, como un minero su saco— Satanás. El adversario. El enemigo del plan de Dios. El deshacedor. El destructor. Sí. Sin duda lo era. —Jason sonrió—. Pero tenía buenas intenciones.

Lared precedió la marcha hasta la casa y luego arriba, hacia la habitación del calderero.

—¿Por qué te dejó con el twick? ¿Quería que murieses?

—No. Quería que viviese.

—¿Entonces por qué?

—Para ver cuánto valía yo.

—No mucho, si hubieras perdido.

—No mucho durante un año. Tardé tiempo en curarme, y a veces aún siento tirones en la nalga. No puedo correr distancias largas, por ejemplo. Y al sentarme me apoyo en el otro lado.

—Lo sé. —Lared lo había notado la segunda noche. Jason siempre se inclinaba hacia la izquierda en la silla—. También sé otra cosa.

—¿Sí? —Jason arrojó el colchón sobre la cama, y entre ambos lo alisaron.

—Sé cómo te sentías con los recuerdos del primo Radamand.

—¿De veras? —Eso no gustó a Jason.

—Por eso insistí en que Justicia te presentara la historia como sueños, en vez de recuerdos...

—Siempre son demasiado nítidos, para tratarse de sueños. A mí me parecen recuerdos. Algunas mañanas despierto, veo estas paredes de troncos y pienso que somos muy ricos al poseer madera de verdad. Y luego pienso que somos muy pobres por tener el suelo de tierra. A veces tiendo la mano ante la puerta de la fragua, para apoyar la palma en el lector.

Jason rió, y Lared también.

—Ante todo, pienso que Sala, Mamá y Papá me sorprenden sólo con estar allí. Es como si tus recuerdos fueran más reales que los míos. Me gusta fingir que puedo escrutarles la mente, tal como hago en tus recuerdos. Los miro a los ojos, y a veces creo saber qué se proponen. —Lared arrojó su colchón sobre el de Jason—. Pero nunca acierto.

—Ojalá yo hubiera sido como tú —dijo Jason.

—Ojalá yo hubiera sido como tú —respondió Lared.

—Lo que hizo Doon con el twick... creo que no era ésa su intención, pero me ordenó los recuerdos. La cercanía de la muerte, el padecer tanto dolor, cambia tu modo de recordar el resto de tu vida. Nada más me pareció tan real desde entonces. Yo aún no estaba limpio... aún me sentía culpable por lo que había hecho con mi madre, y por lo que recordaba haber hecho en el pasado de Radamand. Pero no importaba tanto. A partir de ese instante conté los días de mi vida. Antes de Doon y

Después de Doon. Él tenía planes para mí. Limpió la mancha que Torrock había puesto en mis antecedentes, dio a conocer públicamente los delitos de Radamand, excepto el don de escrutar, y mi querido primo fue a parar a un asteroide. Y luego me hizo piloto estelar. Como mi padre.

—Justicia no me ha dado ningún recuerdo de eso.

—Nunca lo hará. Tratamos de no atosigarte el cerebro con cosas que no importan. Llegué a piloto tal como lo hacen todos, sólo que era mejor que la mayoría. Lo más difícil, sin embargo, era asegurarme de que ganaba mis batallas de modos que se pudieran atribuir a mi sagacidad, no al don. Allá iba yo, sabiendo exactamente qué se proponía hacer el enemigo, pero sin poder salvar tantas vidas como deseaba. Siempre debía esperar más de la cuenta, dejar que el enemigo actuara más de la cuenta, y mucha gente murió por salvarme la vida. Un gran dilema, Lared. Si puedo salvar cien vidas evidenciando que tengo el don, lo cual conduciría a mi muerte, ¿es mejor salvar sólo cincuenta para ocultarlo, y así vivir para salvar otras cincuenta, y otras cincuenta, y otras cincuenta?

—Eso depende de si la mía es una de las cincuenta que salvas, o una de las cincuenta que se pierden para salvarte.

Jason frunció el ceño. Tendieron la sábana de lino sobre las fundas y la fijaron por debajo.

—El calderero tiene lino, y yo tengo que dormir sobre lana.

—La lana es más tibia.

—El lino no causa picazón.

—No te agradó mi respuesta.

—No me gustó en absoluto. No depende de que tú vivas o mueras. Depende de lo que está bien. Y el bien y el mal no tienen que ver con tus preferencias personales. Nunca. Si todo se reduce a preferencias personales, no hay bien ni mal.

Lared sintió vergüenza y furia. Furia porque no le parecía bien que Jason le hiciera sentir vergüenza.

—¿Qué tiene de malo querer vivir?

—Un perro puede quererlo. ¿Eres un perro? No eres un ser humano si no valoras algo más que la vida de tu cuerpo. Y cuanto más grande sea aquello por lo que vives y mueres, más grande eres tú.

—¿Por qué vivías cuando el twick te estaba devorando?

Jason se enfadó, pero luego sonrió.

—Por la vida de mi cuerpo, por supuesto. Primero somos animales, ¿verdad? Creí que viviría para hacer algo muy importante.

—¿Cómo prepararle la cama a un calderero errante?

—Eso era exactamente lo que tenía en mente.

—Ahora hablas nuestro idioma mejor que yo.

—He hablado varios idiomas. El tuyo es una versión evolucionada de uno que hablé tempranamente en mi vida. Mi lengua natal. Todas las estructuras están allí, y las palabras han cambiado de forma previsible. Este planeta fue colonizado desde Capitol. Por Abner Doon.

—Cuando un niño es muy malo, le dicen: *Abner Doon vendrá por la noche a robarte el sueño.*

—Abner Doon, el monstruo.

—¿No lo era?

—Era mi amigo. Era un verdadero amigo de toda la humanidad.

—Pero dijiste que era el diablo.

—También. ¿Cómo llamarías al hombre que os dio el Día del Dolor?

Lared recordó, con la creciente intensidad de esos días, los gemidos de Clany, la sangre manando de la pierna del hombre que llevaron arriba, la muerte del viejo escribiente.

—No podrías perdonarlo, ¿verdad? —preguntó Jason.

—Jamás.

Jason asintió.

—¿Y por qué?

—Antes éramos muy felices. Las cosas andaban muy bien.

—Ah. Pero cuando Abner Doon desbarató el Imperio y robó el sueño a los durmientes, las cosas no estaban bien. La vida era vacía o desdichada para casi todas las almas vivientes.

—¿Entonces por qué la gente no se lo agradeció?

—Porque la gente siempre cree que las cosas eran mejores... antes.

Lared comprendió que había cometido un error. Había pensado, por sus sueños, que Doon era el enemigo de Jason. Ahora sabía que Jason amaba a ese hombre. Era estremecedor que Jason Worthing amara al diablo. ¿Qué estoy haciendo? Debo abandonar esta tarea de inmediato.

Jason y Justicia oyeron este pensamiento, naturalmente. Pero no respondieron. Ni siquiera para decirle que estaba libre. La única respuesta que obtuvo Lared fue el silencio. Quizá renuncie, decidió. Quizá les diga que vayan a otra aldea y busquen a otro escriba inculto e ignorante. En cuanto averigüe qué ocurrió a continuación, renunciaré.

Lared era el guardabosque de Bahía Chata, por lo que debía pasar una semana en el bosque, marcando árboles para la tala del invierno. Jason lo acompañó. Lared no se sentía contento. Había marcado árboles desde los nueve años. Eso suponía días interminables de vagar por bosques que conocía mejor que nadie en la aldea, viendo los viejos lugares modificados y desnudados por el invierno, descubriendo dónde se

ocultaban los animales, pasando las noches solitarias en las chozas de barro y ramas que construía cada tarde. Ningún ruido salvo su propia respiración, y luego despertar por la mañana para ver su aliento flotar como vapor en el aire: mañanas de niebla espesa, o mañanas en que la nieve que tapizaba el terreno, ocultando las viejas sendas, obligándolo a hacer algo nuevo en el mundo con sólo salir del refugio nocturno.

Pero este año Jason iría con él, porque Papá insistió.

—Nunca hemos tenido un invierno semejante —dijo Papá—. En el pasado estábamos protegidos. Este año somos como los animales. El frío puede matarnos, podemos extraviarnos, podemos sufrir hambre, una herramienta puede lastimarnos y no habrá nadie para detener la hemorragia. No vayas solo a ninguna parte. No necesitamos a Jason para nada más. El puede ir e irá. —Papá clavó en Jason una mirada desafiante. Jason sonrió.

La tarea no requería dos hombres. Lared había venido observando los árboles todo el verano, y sabía cuáles se talarían ese año. Esos árboles casi nunca estaban lo bastante cerca para que Lared pudiera indicar a Jason cuál marcar mientras él marcaba otro. Y si trabajaban en el mismo árbol, Jason entorpecería la tarea. Al mediodía del primer día Lared dejó bien claro que no quería a Jason allí, así que Jason guardó una discreta distancia. Había poca nieve en el suelo, y sólo en ciertos tramos. Jason se dedicó a recoger musgos de árboles y piedras, guardándolos por separado en el saco de lana que había cosido mientras Lared escribía. No hablaron en toda la tarde. Pero Lared nunca olvidaba la presencia de Jason. Marcaba los árboles con rapidez y destreza, moviéndose con mayor premura que de costumbre. Se arrodillaba ante el árbol y hundía el cincel en la corteza. Lo golpeaba con el martillo y abría un surco alrededor del tronco, luego arrancaba la corteza hasta el suelo con el garfio que Papá había forjado siguiendo sus instrucciones. Anteriormente hacían dos marcas, en dos líneas paralelas alrededor del árbol. Pero eso llevaba el doble de tiempo. Con un solo corte, se podía arrancar la corteza para asegurarse de que el árbol estuviera muerto antes de la tala. Al año siguiente, nuevos brotes salían del tocón. Parte de la tarea de Lared consistía en recortar cada año esos brotes, que se ponían a secar para confeccionar tallos, mangos y bastidores para cestos de junco y de mimbre. Nada se desperdiciaba, y Lared estaba orgulloso de su habilidad y rapidez.

Trabajó con tanta concentración que el sol ya se ponía cuando se dio cuenta de que aún no había preparado la choza para la noche. Nunca había hecho tantos árboles en el primer día. Nunca había tenido la presencia vigilante de Jason Worthing. Había dejado atrás los restos de las viejas chozas destinadas al primer día. No quería retroceder. Tampoco era práctico continuar hasta las chozas del segundo día. Estaban demasiado lejos, y siempre escalaba el peñasco de Arroyo Brindy el segundo día, a plena luz. No era una tarea para la noche. Así que necesitaría la ayuda de Jason para

construir una choza deprisa, sin viejos zarzos con los que empezar.

Apenas lo hubo pensado, Jason se le acercó, callado e inexpresivo, aguardando instrucciones. Lared escogió un buen árbol, con una rama larga y baja a modo de viga central, y bastante cerca de un sauce. Jason asintió y empezó a usar el cuchillo para cortar las ramas de sauce que colgaban de ese árbol. Jason sabía lo que hacía, y podía llegar a mayor altura y cortar varas más largas que Lared. Cuando Lared hubo recogido las varillas de leña para los bastidores, se puso a preparar una tosca argamasa a orillas de un arroyo. Sintió frío al cavar con una azada en la orilla enlodada y arrojar agua al suelo con el cuenco de madera. Pero lo hizo deprisa, y cuando Jason terminó de entrelazar las ramillas tejiendo zarzos, el lodo estaba listo para funcionar como argamasa.

Jason trajo los zarzos de uno en uno. Pronto aprendió el modo de trabajar de Lared: cogía un puñado de hojas caídas y con ellas recogía el lodo. Pegaban las hojas enlodadas en el zarzo y las dejaban allí. Las hojas hacían la pared más gruesa, más cálida e impermeable que el lodo solo. Juntos llevaron cada zarzo terminado hasta el árbol y lo apoyaron contra la viga. Como Jason había podido cortar ramas muy largas, los zarzos cubrían una extensión mayor que cualquier otra choza que hubiese construido Lared, dejando espacio para dos hombres en el interior.

Cortaron árboles jóvenes para fortalecer la puerta, y colgaron sobre ella la piel de oveja que Lared llevaba para tal propósito. Antes del anochecer habían encendido una fogata frente a la choza. Calentaron agua e hirvieron la salchicha para tener algo caliente en el estómago. Lared lavó el cuenco, y cuando regresó Jason ya dormía en un costado de la tienda, dejándole la mitad del espacio para tender su manta. Lared advirtió que no le molestaba la respiración de Jason. No habían cambiado una palabra en todo el día. El silencio del bosque era completo, excepto por el ulular de los búhos y el andar de algún oso.

Como de costumbre en la primera noche, Lared caviló mientras se adormecía. ¿Por qué regresar a Bahía Chata? ¿Por qué no me quedo aquí para siempre?

Esa noche soñó. Y en el sueño no era Jason Worthing. Era la primera vez que no le daban la vida de Jason como recuerdo.

Era Abner Doon.

Estaba sentado ante una mesa, y en el aire había un mundo. El mapa de un mundo, con los países marcados con diversos colores. Apretó teclas. Diferentes colores aparecieron en el globo, y el mundo giró mostrándole otras caras, y al estudiarlo Doon comprendió que se estaba forjando algo hermoso. Era un juego, sólo un juego, pero entre los jugadores había uno realmente genial. Herman Nuber, indicaba el ordenador. Herman Nuber, quien en ese momento dormía bajo el somec, era el jugador que había tomado la Italia de 1914 y la había llevado a una posición de predominio mundial, con un imperio de aliados, estados clientes y posesiones, más

vasto que ningún otro anterior de la Tierra.

La Italia de Nuber era una dictadura benigna. En cada estado cliente y territorio conquistado, la rebelión era reprimida sin piedad, pero la lealtad era recompensada generosamente, los impuestos eran moderados, se respetaban las costumbres locales y las libertades y la vida era buena para la población. Las rebeliones no conseguían nada y lo perdían todo, así que el gobierno era estable, tan estable que ni siquiera los jugadores inferiores, cometiendo errores estúpidos mientras Nuber dormía bajo el somec, podían perjudicar mucho a la Italia de Nuber.

Eso era lo que había inducido a Abner a participar en el juego. No prestaba mucha atención a los Juegos Internacionales, así como no malgastaba su tiempo contemplando las interminables grabaciones en vivo, con su reproducción tediosamente completa de las vidas y amores de personas aburridas y ahitas de sexo, en tres dimensiones y a todo color. Estaba construyendo su propia red de poder, transformando el subministerio de colonización en el centro del mundo. Pero muchas personas hablaban de la Italia de Nuber. Nuber pronto despertará. Esta vez Nuber conquistará el mundo. Las apuestas eran altas, pero se relacionaban con la fecha en que finalizaría el juego, no con la posibilidad de victoria de Nuber. Claro que vencería. De todos los jugadores de la historia de los Juegos Internacionales, nadie había comenzado desde una posición tan débil para transformarla en una posición tan fuerte en tan poco tiempo. Eso se llamaba perfección. El imperio definitivo.

Naturalmente, Abner tenía que verlo.

Lo estudió atentamente varias horas, y todo lo que decían era cierto. Era la clase de gobierno que podía durar para siempre. Un nuevo Imperio Romano que hacía parecer baladí y fugaz al anterior.

Todo un desafío.

En el sueño, Lared comprendió la belleza de lo que Herman Nuber había concebido y logrado, y clamó contra el acto que planeaba Abner. Pero el sueño continuó, pues no estaba bajo su control.

Abner Doon compró Italia. Compró el derecho a jugar en el papel de ese país. Era caro, porque había especulaciones ilegales en el mercado de jugadores y el precio se había inflado, con el fin de obligar a Nuber a pagar recargos para comprarlo. Pero Abner no tenía intenciones de obligar a Nuber a pagar nada. Abner no pensaba vender Italia. Pensaba usarla como campo experimental para lo que planeaba hacer en la vida real: comprobaría si podía desbaratar el orden del mundo.

Jugó cuidadosamente, y en su sueño Lared creyó comprender todo lo que hacía Abner. Emprendió guerras insensatas y se cercioró de que estuvieran mal conducidas y peor libradas, pero sin llegar al extremo de la derrota aplastante. Sólo un desgaste, un lento deterioro del ejército, de la riqueza del imperio.

Y dentro del imperio también inició una sigilosa corrosión. Mala administración y

decisiones estúpidas en la producción industrial; cambios en la función pública para promover la corrupción; impuestos injustos y antojadizos. Y las naciones conquistadas fueron acosadas. Persecución religiosa; imposición de la lengua italiana, discriminación contra ciertos grupos en empleos y educación; censura informativa; barreras para los viajes; confiscación de tierras a los campesinos y aliento a una nueva aristocracia. En síntesis, hizo todo lo posible para que la Italia de Nuber funcionara de modo parecido al Imperio. Sólo que Abner planeaba y controlaba la situación para asegurarse de que el resentimiento creciera gradualmente, demorando las rebeliones, restándoles impulso, esperando el momento oportuno. No quiero unos cuantos géiseres, pensaba Abner. Quiero un volcán que consuma el mundo.

El único elemento de la Italia de Nuber que faltaba en Capitol era el catolicismo, una fuerza vinculante, una fe común que enlazaba al menos a las clases dominantes, garantizando que mirasen el mundo desde una perspectiva común. La integridad de la Iglesia era el único elemento firme en el imperio corrupto que estaba gestando Abner.

Como el somec. Como la Casa del Sueño. La esperanza común y la fe de la clase dominante de Capitol y los Mil Mundos. Dormir, y así vivir más tiempo que los pobres diablos que no podían gozar del privilegio. La integridad incorruptible de los guardianes de la Casa del Sueño era la fe de todos. Si gracias a mis méritos obtengo el somec, me lo darán. No se puede comprar ni exigir, no se puede conseguir mediante persuasión ni fraude. Sólo mediante logros reconocidos. Era el único sostén del Imperio de los Mil Mundos, en medio de la podredumbre que erosionaba y reblandecía todo lo demás. La fe en el juicio final de la Casa del Sueño, que medía a hombres y mujeres para brindarles la inmortalidad si eran dignos de ella.

Te derrumbaré, pensó Abner Doon, y Lared tembló en el sueño.

Era sólo cuestión de tiempo, hasta que la Italia de Nuber estuviera madura. En el ínterin, Herman Nuber despertó de su sueño de tres años. Una espléndida asignación de somec, tres años de sueño por cada año de vigilia: un hombre podía vivir cuatrocientos años. Nuber se había granjeado una inmensa estima con la creación de esa Italia.

Nuber intentó comprar Italia, lógicamente, para poder jugar. Pero Abner no vendía. Los agentes de Nuber insistieron con ofertas principescas, pero Abner no pensaba dejar que Nuber salvara Italia. Nuber incluso intentó amedrentarlo, enviando matones para intimidarlo. Pero Abner ya tenía demasiado poder en Capitol. Los matones ya trabajaban para él, y Abner los envió a Nuber con instrucciones de hacerle lo que Nuber había ordenado que le hicieran a Abner. Era lo justo.

Pero no era tan justo. Nuber comprendía lo que Abner estaba haciendo con su imperio. No era tonto. Había pasado siete años de su vida de vigilia —veintiocho años en tiempo de juego— transformando Italia en un fenómeno que constaría para siempre en los anales de los Juegos Internacionales. Y Abner lo estaba destruyendo.

No con torpeza, sino diestramente, con un exquisito sentido de la oportunidad. No bastaba con provocar la rebelión y la reorganización. Abner estaba provocando revoluciones y conquistas que borrarían a Italia del mapa, la destruirían tanto que no habría más esperanzas de que se volviera a levantar. Cuando Abner terminara, no quedaría nada que Nuber pudiera comprar y reconstruir.

Finalmente Abner consideró que había llegado el momento. Hizo una sola cosa, pero fue suficiente: expuso la corrupción que había introducido en el corazón de la Iglesia. El ultraje y el odio que eso causó destruyó toda pretensión de legitimidad y decencia en la Italia de Nuber. El ordenador sólo supo afrontar la situación con una revuelta instantánea y arrasadora. Todas las rencillas de cada país se sumaron a la furia de la aristocracia. Todas las clases actuaron al mismo tiempo, e Italia fue desbaratada. El imperio se fragmentó, los ejércitos se amotinaron.

En tres días todo terminó. No quedó Italia en el juego.

Hasta Abner quedó pasmado ante el desenlace. Naturalmente, los Juegos Internacionales usaban estructuras simplificadas, pero ese juego era lo más parecido a la realidad.

Lo haré de nuevo, pensó Abner. Y el plan se desplegó en su mente. Las semillas de la revolución universal ya estaban allí, pues el Imperio estaba corrupto hasta la medula y la esperanza del somec era lo único que la mantenía a raya. La tarea de Abner, pues, consistía en postergar la revolución hasta que él estuviera preparado, hasta que todo pudiera suceder de golpe, hasta que la revolución no sólo cambiara el gobierno sino que lo deshiciera todo, e incluso cortara los hilos que enlazaban un mundo con otro. El viaje interestelar debía finalizar junto con todo lo demás, o la destrucción sería en balde.

Pero el destino había favorecido los designios de Abner. Más aún, él sospechaba que las cosas habrían seguido ese curso incluso sin su intervención. Ése era el problema de manipular la realidad: no había manera de averiguar qué habría ocurrido. Quizá mi existencia no cambia nada. Pero quizá sí. De ese modo Abner comenzó el lento proceso de corromper la Casa del Sueño. Permitiendo sigilosos homicidios y manipulaciones por medio del somec. Permitiendo que los niveles de sueño se compraran con dinero o poder, permitiendo que las burbujas de memoria se modificaran o extraviaran, permitiendo que mezquinos príncipes del delito o del capitalismo pensaran que podían usar la Casa del Sueño a su antojo. Cuando al fin se revelara el mal uso de la Casa del Sueño, todo el rencor brotaría al mismo tiempo, estallarían todos los odios, e incluso los usuarios de somec se revelarían contra la Casa del Sueño, de modo que el somec mismo sería eliminado, incluso para el viaje interestelar, incluso para el único uso legítimo que tenía.

Puedo hacerlo, dijo Abner triunfalmente.

Pero era un hombre de conciencia, a su manera. Fue a visitar a Herman Nuber,

cuando todo estuvo hecho. El hombre se había quedado anonadado al ver el trabajo de su vida arruinado sin un propósito comprensible.

—¿Qué te hice? —preguntó Nuber. Parecía un hombre muy viejo, o al menos muy cansado.

—Nada —dijo Abner.

—¿Ganaste mucho apostando por la caída de Italia?

—No hice apuestas. —Las sumas habrían sido nimias en comparación con lo que Abner ya controlaba.

—¿Por qué quisiste lastimarme, si no te representaba ningún provecho?

—No quise lastimarte.

—¿Y qué otra cosa esperabas?

—Sabía que te lastimaría, Herman Nuber, pero no buscaba ese resultado.

—¿Qué buscabas, pues?

—El final de la perfección —dijo Abner.

—¿Por qué? ¿Por qué odiabas mi Italia? ¿Qué mezquindad de tu corazón te impulsa a desbaratar la grandeza?

—No espero que lo entiendas —dijo Abner—. Pero si hubieras tomado este último turno, el juego habría concluido. El mundo de tu juego se habría estancado. Habría muerto. Yo no estaba contra la belleza que lograste. Simplemente me oponía a que durase para siempre.

—¿Amas la muerte?

—Por el contrario. Sólo amo la vida. Pero la vida sólo puede continuar si la otra cara es la muerte.

—Eres un monstruo.

Abner asintió en silencio. Soy el monstruo de las profundidades. Soy Poseidón, que sacude la tierra. Soy el gusano en el corazón del mundo.

Lared despertó llorando. Jason le tocó el hombro.

—¿Tan malo fue el sueño? —susurró.

Lared comprendió poco a poco que ya no estaba en el mundo de plástico de Capitol, sino bajo los zarzos inclinados de una choza del bosque, acompañado por Jason en la tenue luz que se filtraba por los bordes de la puerta de piel de oveja. El interior de la choza estaba muy tibio, lo cual indicó a Lared que había nevado durante la noche, cubriendo las paredes con una capa espesa que conservaba el calor de los cuerpos. Los zarzos estaban combados, y si no desmantelaban la choza pronto se rompería y no podrían utilizarlos para las chozas del año próximo. La urgencia de esa tarea dispuso el sueño, o al menos lo relegó, permitiéndole superar su aflicción.

Esa mañana, más tarde, Lared comentó el sueño con Jason. Ahora Lared quería que el hombre lo acompañara. Era una dura faena, y si Jason usaba el garfio Lared

podía efectuar el corte y continuar con el árbol siguiente, dejando que Jason siguiera sus huellas en la nieve. Sólo cuando llegaron al peñasco estuvieron juntos el tiempo suficiente para hablar.

—¿Tenemos que trepar? —preguntó Jason, mirando los salientes cubiertos de nieve.

—O volar —replicó Lared—. Hay un camino rápido, pero es demasiado peligroso en la nieve. Tomaremos esa hendedura curva.

—Me estoy haciendo viejo —dijo Jason—. No sé si podré trepar.

—Podrás —repuso Lared—. Porque no hay otra opción. No conoces el camino de regreso, y yo pienso subir.

—Eres muy tierno al cuidarme tanto —dijo Jason—. ¿Si me caigo, bajarás para ayudarme o me dejarás como ofrenda a los lobos?

—Naturalmente que bajaré. ¿Qué crees que soy? —Y su cólera estalló—: Si me envías otro sueño así, te mataré.

Jason se sorprendió. ¿Cómo podía sorprenderse, cuando conocía los sentimientos de Lared?

—Pensé que comprenderías a Abner si veías ese sueño —dijo Jason.

—¿Comprenderlo? ¡Es el diablo! ¡Es el que provocó el Día del Dolor! ¡Encontró un mundo bello y apacible y lo destruyó!

—Él está muerto, Lared. No tuvo nada que ver con el Día del Dolor.

—Si él hubiera estado aquí, lo habría hecho.

—Sí.

—Y habría venido aquí a regodearse, para ver cuánto sufrimos, como cuando fue a ver a Nuber.

—Sí.

Y Lared comprendió algo aún más terrible.

—Habría venido a vernos, como tú y Justicia.

Jason calló.

Lared se puso en pie, corrió hacia el peñasco y empezó a escalar. No por el camino seguro de la grieta, sino por el camino peligroso, el camino rápido que usaba cuando las rocas estaban secas y llevaba los pies descalzos.

—No, Lared —dijo Jason—. No por allí.

Lared no respondió, sino que avanzó más deprisa, aunque tenía que esforzarse para afirmar los dedos y le resbalaban los pies. A mayor altura sería más peligroso, pero al muchacho no le importaba.

—Lared, puedo hallar el camino seguro en tu mente, y no me causarás daño si voy por allí. Sólo te lastimarás a ti mismo.

Lared se detuvo, aferrándose a la roca.

—¡La única persona a quien un hombre bueno lastimaría a sabiendas es a sí

mismo!

Jason empezó a seguirlo. Tampoco tomó el camino seguro. Paso a paso, siguió a Lared por la parte más peligrosa del peñasco.

Pero Lared no desistía. Ya no podía hacerlo: descender por allí habría sido más peligroso que continuar. Así que siguió trepando, ahora más despacio, con más cuidado, apartando la nieve de cada hendedura, tratando de despejarle el camino a Jason para que corriera menos peligro. Finalmente llegó a la cima y tendió la mano a su compañero para ayudarlo en el último tramo. Se arrodillaron juntos en el borde, mirando el bosque tendido más abajo. A lo lejos veían los campos y el humo de las fogatas de Bahía Chata. Detrás de ellos continuaba el bosque, hondo, negro y blanco como siempre.

—¿Más árboles que marcar? —preguntó Jason.

—No más sueños con Doon —respondió Lared.

—No puedo narrar esta historia sin él —dijo Jason.

—No más recuerdos de él. Lo odio. No quiero recordar que fui él. No más sueños con Doon.

Jason lo estudió un instante. Estás escrutándome la mente, exclamó Lared en silencio. Bien, como ves, hablo en serio. Yo nunca haría lo que Doon.

—¿No comprendes en absoluto por qué lo hizo?

No quiero comprenderlo.

—La humanidad es algo más que esos millones de personas. Juntos somos una sola alma, y ese alma estaba muerta.

—Él la mató.

—Él la resucitó. La dividió en fragmentos que tenían que cambiar, crecer, transformarse. Lo llamábamos el Imperio de los Mil Mundos, aunque había sólo trescientos planetas habitados. Pero Doon dio sentido a ese nombre. No todo fue destrucción. Envió grandes naves coloniales que esparcieron a la humanidad cada vez más lejos de Capitol, de modo que cuando llegó el final, cuando destruyó Capitol y las naves estelares dejaron de existir durante mil años, había de veras mil mundos, como mil capullos, cada cual habitado por mil millones de personas, cada cual buscando su propia manera de ser humanos.

¿Y cuántos se lo agradecieron? ¿Se sintieron felices? ¿Cómo la madre de Clany, quizá?

—Desde entonces han transcurrido más de diez mil años, y su nombre perdura como uno de los nombres del diablo. No, no eran felices. ¿Es feliz el manzano cuando le cortas una parte para injertarla en la raíz del manzano silvestre?

Un hombre no es un árbol.

—Lared, Abner Doon fue a la humanidad lo que tú eres al árbol. Podó, injertó, trasplantó, quemó las ramas muertas, pero él huerto mejoró.

Lared se puso de pie.

—Hay más árboles que marcar. Si nos damos prisa, podremos llegar a la choza del tercer día esta noche, y ahorrarnos un poco de trabajo.

—Prometo que no habrá más sueños de Abner Doon.

—No quiero más sueños de nada. Estoy harto.

—Si así lo quieres...

Pero Lared sabía que Jason cedía porque se imaginaba que Lared se arrepentiría. Y Lared sabía que tenía razón. No soñaría más con Abner, pero soñaría con Jason. Tenía que saber cómo aquel niño se había transformado en este hombre.

Cuando terminaron de marcar los árboles y regresaron —dos días antes que de costumbre, pues juntos habían trabajado muy bien—, Lared abrió la caja, limpió las plumas y dijo:

—Mañana escribiremos, así que dame los sueños esta noche.

EL FINAL DEL SUEÑO

El calderero era un hombre jovial, y adoraba cantar. Repetía que conocía mil canciones, y todas salvo seis eran muy procaces para ser cantadas ante las damas.

Lo cierto es que conocía docenas, y si Sala había concluido su tarea, se sentaba a sus pies para cantar con él. Sala tenía buena memoria para la letra y la melodía, y su dulce voz resultaba magnífica combinada con el gorjeo de tenor del calderero. Mientras pasaba las horas escribiendo en su habitación, Lared los escuchaba con gusto. Los escuchaba con tanto gusto que en ocasiones Jason decía:

—El mundo no terminará si te tomas un respiro.

Y ambos bajaban para repujar el cuero que siempre aguardaba, mientras las mujeres hilaban, tejían y cuchicheaban y Sala cantaba con el calderero.

—¿Quieres cantar? —le preguntó Sala a Justicia una vez.

Justicia meneó la cabeza y siguió tejiendo. No era habilidosa con las manos, y Mamá sólo le dejaba tejer paños toscos, en los que la habilidad no importaba tanto. La lana fina para camisas y pantalones estaba destinada a manos más diestras; y nunca se permitía que Justicia tocara el torno de hilar. Las mujeres de la aldea tenían tres, además del de Mamá, en la sala común de la posada. Como en invierno no había viajeros, era el sitio de reunión de Bahía Chata. Cada día, cuando acudían en medio del frío, cada mujer traía tres leños para el fuego, una pera y una manzana, o media hogaza, o una tajada de queso, y celebraban un festín. Los hombres ingerían más tarde una comida caliente, en una mesa que parecía menos alegre que la risueña mesa de platos fríos donde comían las mujeres. Así eran las cosas: las mujeres tenían su sociedad, y los hombres la suya. Pero la pobre Justicia, pensaba Lared, no pertenecía a ninguna de ambas.

Era triste, pues Justicia no hacía ningún esfuerzo para aprender el idioma, y aunque comprendía todo —mucho más de lo que suponían, en verdad— nunca decía una palabra a nadie, excepto a través de Sala o, en ocasiones, de Lared. Pero habitualmente recurría a Sala, pues siempre estaban juntas. Desde que Justicia había experimentado el dolor del hombre ardiendo en la balsa, Sala había sido su consuelo, su compañía, su voz. De todas las mujeres, sólo la pequeña Sala parecía amarla.

Mientras Sala y el calderero cantaban, Justicia escuchaba atentamente, y Lared comprendió que Justicia, a pesar de todo, era capaz de amar. Él no podía escrutarle la mente, como Jason, para ver que la joven sentía tanta atracción por Sala como por el calderero.

El calderero era un hombre risueño, de altura normal y vientre profundo pero sólido, y era el único que no trataba a Justicia como a una extraña. Siempre la incluía en sus miradas cuando paseaba la vista por cada rostro de la habitación, de modo que

sus comentarios desfachatados se dirigían tanto a ella como a cualquier otra mujer del lugar; y Lared comprendía que le sonriera a Justicia más que a otras mujeres. Justicia era joven. Tenía buena dentadura, un cuerpo agradable y un rostro que según la luz era bello a pesar de su severidad. El invierno era largo, y esa mujer no parecía tener vínculos con otra persona, así que era lógico intentar algo. Lared tenía edad suficiente para comprender ese juego. Pero la posibilidad de que Justicia le calentara las sábanas... bien, si el calderero lo conseguía, tendría más capacidad para los milagros que el mismo Jason. Y no me importa si alguien oye mis pensamientos. Pensaré lo que se me antoje.

—Piensa lo que se te antoje —dijo Jason—, pero Justicia puede sorprenderte. Ha perdido en la vida más que tú, así que tiene derecho a ser severa... y derecho a amar a quien desee, a quien le agrada. No le privas de nada, Lared.

Para sorpresa de Lared, sí le importaba que le oyeran los pensamientos. Cerró con furia la caja de plumas.

—¿Siempre escuchas mis pensamientos? ¿Cuándo hago fuerza en el retrete estás allí, sintiendo lo que siento? ¿Cuándo mi padre me inicie en los pasos sagrados para hacerme hombre, estarás con él, tal como yo?

Jason enarcó las cejas.

—Me estoy haciendo viejo, Lared. Si estoy contigo en el retrete, es para recordar cuan fácil resulta eso para un joven, en comparación con el trabajo que me cuesta a mí.

—¡Bien, deja de hacerlo!

—Tú no sabes lo que es hacer fuerza.

—¡Deja de hacerlo!

Desde abajo se oyó la voz de Mamá.

—¿Qué pasa allá arriba?

—Ella es *tu* madre —susurró Jason.

—¡Le estoy diciendo a Jason que lo odio! —respondió Lared.

—Bien —susurró Jason—. Eso facilitará las cosas.

Pero esa franca respuesta aplacó el enfado de Mamá.

—¡Al menos has recobrado el juicio! —replicó—. ¿Se irá ahora?

—Y ella, ¿devolverá la gema? —susurró Jason.

—¡No, no se irá! —exclamó Lared—. Aún no ha terminado de estudiar la vida de los patanes del campo. —Cerró la puerta del dormitorio y regresó al escritorio—. Bien, si estás listo para trabajar, yo también.

—Para tu información, he vivido en condiciones mucho más primitivas. Y me agradó.

—Aléjate de mi mente.

—Sería como pedirme que anduviera con los ojos cerrados por temor de ver a

alguien. Créeme, Lared, he estado dentro de las mentes más obscenas que puedas imaginar...

—¡Lo sé! Tú me diste ese recuerdo.

—Sí, es verdad, así fue. Lamento que sea el único modo de contar la historia.

—Hay otros modos de contar historias. Tú hablas bien el idioma, aunque no sepas escribirlo. Cuenta la historia y yo anotaré.

—No. He mentido demasiado en mi vida. Lo que tú escribas sonará a verdadero. Lo que yo escribo está siempre en el idioma de las mentiras. Para alguien como yo, el lenguaje es para eso, para contar mentiras. Yo llego a la verdad por otros caminos. Otras personas nunca llegan a la verdad.

—Bien, no soñaré de nuevo con Abner Doon, y aún no hemos terminado su parte de la historia, así que deberás contarme al menos una parte.

—¿Dónde lo dejamos?

—El twick estoriano.

—¡Parece que ha pasado una eternidad!

—Dimos un largo paseo por el bosque.

—Bien, no importa. Es obvio que no morí. Las heridas tardaron un año en sanar, y después de eso Doon se encargó de que me entrenaran como piloto estelar. Desde entonces viví como viven los pilotos. El somec me mantenía dormido y joven mientras recorría el espacio profundo, y la nave me despertaba cuando se aproximaba un enemigo. Nadie logró matarme, y yo maté a muchos de ellos, así que gané fama y popularidad, y con ellas muchos enemigos. Al final intentaron matarme, por lo que Doon me nombró comandante de una nave colonial.

Lared hizo girar la punta emplumada del cálamo entre los labios.

—Tienes razón. Puedo contar la historia mejor que tú.

—Por el contrario. Yo sé qué cosas vale la pena contar con detalle y cuáles conviene obviar.

—Hay cosas que nunca explicaste.

—¿Cómo cuáles?

—Lo que sucedió en ese segundo examen. Recuerdo muy bien cuánto te preocupaba, pero no cómo terminó.

Jason hundió la gruesa aguja en el cuero de la nueva bota de Papá.

—El que curte las pieles por aquí hace un pésimo trabajo.

—Hace un trabajo excelente. Ese cuero hace resbalar la nieve y no deja entrar el agua.

—También hace resbalar las agujas.

Lared sentía un delicioso deseo de ser impertinente, y decidió no contenerse.

—Sigue intentándolo y un día tendrás la fuerza necesaria.

Jason se sumó al espíritu de la riña y le entregó la bota. Lared cogió la aguja y

con un movimiento circular atravesó fácilmente la suela. Le devolvió la bota a Jason.

—Vaya —dijo Jason.

—El examen —le recordó Lared.

—Lo aprobé. Pero no podía haberlo aprobado. Porque la respuesta a la segunda pregunta sólo la habían resuelto los físicos de otra universidad unos meses antes. Y la respuesta a la tercera pregunta, que yo contesté a medias... bien, nadie había sido capaz de dar con la solución. Eso alertó al ordenador. Y el ordenador alertó a Abner Doon. Lo despertó, porque había algo nuevo en el mundo, una persona que valía la pena reclutar.

Lared estaba azorado.

—¿Siendo niño resolviste un enigma que los científicos no podían descifrar?

—No te impresiones tanto. El somec estaba matando la física y las matemáticas, así como mataba todo lo demás. Tendrían que haber resuelto ambos problemas siglos antes. Pero las mentes más agudas pronto tenían acceso a los mayores niveles de somec... pasaban meses despiertos por cada seis años de sueño. Las únicas personas que estaban despiertas el tiempo suficiente para lograr algo eran cerebros de segunda. Casi todas las naciones se infligen ese daño, si les das tiempo suficiente. Protegen y miman tanto a sus mejores mentes, sofocándolas con el honor y la fama, que las atrofian. Yo no era un genio. Simplemente era sagaz y estaba despierto.

—¿Así que Abner te reclutó?

—Observó mis movimientos a través de los ordenadores y los Niños de Mamá. Podrían haberme cogido en cualquier momento. Vio que yo acudía a Radamand, oyó nuestra conversación (las paredes oían de veras) y vio que embarcaba a mi madre en una nave colonial. Esa actitud despiadada le pareció encantadora en un niño.

—Tú no tenías opción.

—No, pero te asombraría saber con cuánta frecuencia las personas que no tienen opción actúan como si la tuvieran, y lo pierden todo porque son incapaces de afrontar decisiones duras.

—¿Y qué ocurrió luego?

—No. Escribe lo que te he contado, y lo que soñaste de Abner Doon. Cuenta esas historias sin adornos, y mañana soñarás de nuevo.

—¡Odio tus sueños!

—¿Por qué? Yo no soy Doon.

—Cuando despierto no recuerdo quién soy yo y quién eres tú.

Jason se señaló.

—Yo soy yo. Tú eres tú.

—Nunca me respondes.

—Ésa era la única respuesta. Lo que está contenido dentro de tu cuerpo, lo que mueve tus manos y tus pies, eso eres tú. Y si recuerdas mis actos, eso también eres tú.

—Nunca envié a mi madre a un mundo donde jamás la vería de nuevo.

—No —concedió Jason—. No lo hiciste.

—¿Entonces por qué me siento tan avergonzado de haberlo hecho?

—Porque tienes alma, Lared. Lo descubrieron en los primeros experimentos con somec. Los voluntarios se sometían al somec y perdían la memoria. Cuando los revivían, les introducían recuerdos ajenos. Funcionaba bien con las ratas. Pero claro, es difícil que una rata sea capaz de hacer algo que otra no haría. Despertaban recordando una vida de actos que no soportaban recordar. ¿Por qué? No tenían modo de comparar... por lo que sabían, era su propia vida. Pero no soportaban recordar haber cometido tantos errores. Era algo que permanecía en la mente humana cuando el somec había arrebatado todo lo demás, esa parte de ti que dice *Esto es lo que hago* y *Esto es lo que no hago*. Esa parte de ti que te define. Tu alma. Tu voluntad. Todas las viejas palabras.

—¿Y vive después de que mueres?

—Yo no he dicho eso. Sobrevive cuando el somec arrebatara todo lo demás. Si me dejaras mostrarte un episodio de la vida de Doon...

—No.

—Entonces te lo contaré. Una vez se enamoró de una mujer. Una mujer brillante que estaba dominada por un padre inválido y una madre espiritualmente tullida. Toda su vida esa mujer permitió que la manipularan, porque los amaba. Eso arruinó todo, la aisló de todo el mundo, excepto de Doon, gracias a su notable aptitud para comprender la naturaleza humana aun sin tener el don de escrutar mentes, y al verla supo que estaba encerrada detrás de la puerta de los padres. Y se enamoró. Pero ella no quiso abandonar a la familia para irse con él.

—¿Para casarse con él?

—No era lo que tú llamas matrimonio. Pero se negó. No soportaba privar a sus padres del respaldo que les daba... sin ella, habrían vivido en un verdadero infierno. Así que se quedó. Quince años, hasta que ellos murieron. Y en ese período se amargó, se marchitó, se agrió y perdió interés por el amor, aunque Doon regresó para brindárselo. Así que él se valió de una triquiñuela. Cuando ellos pensaban en... bien, en casarse, él dispuso que la mujer hiciera almacenar su memoria en una burbuja, pero ella se echó atrás antes de que le dieran el somec. Él había guardado la burbuja todos esos años, y entonces sometió a la muchacha al somec (ya había corrompido la Casa del Sueño) y le puso los viejos recuerdos en la cabeza. Cuando ella despertó, Doon se lo contó todo. Le contó que había cuidado a los padres hasta el final, pero que ahora podía continuar con su vida sin recordar los años que la habían amargado.

—¿Y vivieron felices?

—Ella no pudo soportarlo. No soportaba vivir sin el recuerdo de cada doloroso instante del deterioro de sus padres. Era una de esas personas que tienen que cumplir

con todas sus responsabilidades, aunque eso las destruya... no podía vivir sin el recuerdo de su propia destrucción. No podía hacer ese tipo de cosas.

—Su alma.

—Sí. Hizo que Doon le devolviera la plenitud de sus recuerdos. Aunque eso significara borrar los pocos meses de felicidad que habían disfrutado. Para ella el dolor era más valioso que la dicha.

—Parece la clase de persona enfermiza de la que Abner se enamoraría.

—Eres muy bondadoso, Lared. Sientes compasión por todo el mundo.

—¿Quién querría conservar el dolor y ahuyentar la felicidad?

—Buena pregunta —dijo Jason—. Y deberás responderla antes del final de este libro. Ahora escribe estas historias, y sueña esta noche.

—¿Con qué soñaré?

—¿No prefieres una sorpresa?

—No.

—Soñarás la historia de cómo Jason Worthing, el famoso guerrero y piloto, terminó al mando de una nave colonial y por primera vez en su vida perdió una batalla.

—Prefiero escribir eso a las cosas que me has pedido que escriba hoy.

—A veces hay que contar las partes más insípidas de la historia para valorar las partes buenas cuando llegan. Venga, escribe. Tu padre necesita estas botas antes de que salgamos a buscar leña la semana próxima.

—¿Vendrás con nosotros?

—No me lo perdería por nada del mundo.

Lared, pues, se puso a escribir, y Jason a coser. Al atardecer Papá se probó las botas nuevas y las consideró apropiadas. A la noche Lared soñó.

Los pilotos estelares se mantenían jóvenes por largo tiempo. En cada viaje, que podía durar años, aun a varias veces la velocidad de la luz, el piloto dormía, despertando sólo cuando la nave lo alertaba: otra nave, el descenso en un planeta, un peligro inesperado o un funcionamiento defectuoso. Pero habitualmente el piloto dormía desde tres días después del lanzamiento hasta tres días antes del final del viaje. El resultado era que los pilotos tenían elevadísimos niveles de somec: tres semanas de vigilia por cinco años de sueño. Sólo Mamá, la emperatriz, dormía más y despertaba menos. Ningún político ni actor gozaba de tanto prestigio.

Y de todos los pilotos, ninguno era más conocido ni admirado que Jason Worthing, el héroe de Ballaway, el mimado de los noticiarios.

En consecuencia, como bien sabía Jason, ningún piloto era más odiado ni envidiado, porque ningún piloto simbolizaba tanto el Imperio para aquellos que lo aborrecían.

Por tanto, no le sorprendió regresar a Capitol y hallarse rodeado de gentes que le odiaban. Le sorprendió, sí, que la mayoría planearan matarle. Las cosas se estaban descontrolando. ¿Qué había hecho Doon en todos esos años?

Capitol era el único mundo que podía costearse un puerto espacial tan grande como para que aterrizaran las naves estelares. Parte integrante de la majestad de Capitol eran los hologramas que enviaban a todos los planetas, mostrando los remolcadores que arrastraban las naves estelares por aquellas ranuras en la superficie metálica del mundo. En casi todos los aterrizajes había reporteros. El aterrizaje de Jason atrajo a todos los reporteros, contratados o independientes, que pudieron zafarse de redactar notas sobre asesinatos truculentos o ataques de ratas de pared. Y a multitudes.

Miles de personas se agolpaban en los balcones que rodeaban el hangar. Jason sabía que estarían allí antes que se abrieran las compuertas; sin buscarla, sentía la adulación. Como siempre, antes de abrir la compuerta, se preguntó: ¿Necesito esto? ¿He llegado a vivir para esto? Y, como siempre, la respuesta fue: No, no lo creo. Espero que no. No.

Al salir fue recibido por su agente, Hop Noyock. Era una de las ventajas laborales de Hop, figurar en los hologramas que se proyectaban en los Mil Mundos. Eso le permitía asistir a muchísimas fiestas cuando Jason se iba. Hop era una criatura excepcional, un agente de piloto que no odiaba a su cliente. A fin de cuentas, Hop había envejecido unos doce años desde que se había iniciado la relación, y Jason apenas seis meses. Hop tenía una calva incipiente. Le había crecido la barriga. Pero era leal, inteligente y trabajador, una combinación rara en los agentes. Además, Jason le tenía simpatía. Se había criado como rata de pared, y le había ido tan bien en los túneles que había conseguido el dinero y las conexiones para comprar documentos y llegar a los corredores antes de cumplir los dieciocho. Doon lo había detectado. No lo conocía personalmente, pero le seguía la pista, y cuando Jason decidió que necesitaba un agente para manejar sus negocios en Capitol, Doon se lo recomendó.

Pero Hop no disfrutaba de los halagos de la multitud, no en esta ocasión. Claro que se pavoneaba y contoneaba como buena rata de pared que era, pero con aire ausente. Jason escrutó la mente de Hop y pronto descubrió por qué no las tenía todas consigo.

Habían despertado a Hop dos días antes, cuando la Casa del Sueño se enteró de que llegaba su cliente. Y le habían entregado una nota plegada y sellada. Un talón de memoria: la gente de la Casa del Sueño los tenía a mano para los paranoicos, los que pensaban algo cuando acababan de almacenarles los recuerdos, antes de la droga, y no soportaban la pérdida de esa idea. Hop nunca los había usado porque los consideraba tontos. Pero allí tenía, de su puño y letra, una nota que decía: *Advertir a Jason de que alguien intenta matarlo.*

Hop no acertaba a comprenderlo, y tampoco Jason. ¿Cómo pudo averiguarlo justo antes de dormirse? ¿Se lo contó alguien en la Casa del Sueño? Absurdo. Los monjes del dios del sueño no tenían contacto con el mundo exterior. ¿Qué podían decirle? Y nadie más tenía acceso. Hop llegó a la conclusión de que antes de dormirse había asociado datos que ya conocía, combinándolos hasta descubrir una conspiración contra la vida de Jason. Había pasado los dos últimos días tratando de pensar en algo que hubiera notado en su última vigilia y constituyera una pista. No había llegado a nada, y ahora Jason estaba de regreso y él sólo conocía la nota que se había escrito a sí mismo.

Jason sabía algo que Hop no sabía. Conocía a un hombre que podía entrar en la Casa del Sueño para contar algo a alguien cuya burbuja estaba terminada, algo que era preciso anotar. La advertencia era de Doon.

Pasaron dos horas hasta que Hop pudo deshacerse de los reporteros el tiempo suficiente para mencionarle la nota a Jason. Para entonces Jason ya había descubierto a varias personas de la multitud que participaban en una u otra conspiración para matarlo. Una incluso estaba armada. Fue fácil eludirla, y las demás tenían planes más inteligentes que dispararle en presencia de trescientos reporteros.

—No te preocupes —dijo Jason—. Quizá no sea nada.

—Espero que tengas razón. Pero no me escribo notas con frecuencia. Tiene que significar algo.

—¿Cómo puedes saber cuán listo eres entre la burbuja y el somec? Nadie lo recuerda.

—*Siempre soy muy listo.*

Fue el comienzo de varios días frenéticos. Jason no pudo ir a sus aposentos. Casi siempre alguien aguardaba en el interior para matarle, y Jason descubrió varias conspiraciones para tenderle trampas. Las cosas llegaron al extremo en la fiesta de una ex estrella de los hologramas en vivo, Arran Handully, quien había renunciado a la fornicación pública para consagrarse a una vida de ostentosa generosidad. Estaba metida en una de las conspiraciones más peligrosas para matar a Jason. Por una vez, sentado contra una pared sin que nadie intentara hablarle, Jason tuvo la oportunidad de estudiar por qué todas las conjuras se tramaban al mismo tiempo. Decidió investigar con cierta profundidad. La mente de Arran Handully estaba a mano.

Jason debía morir. Era uno de los imperativos más fuertes de su mente. ¿Por qué? Allí estaba la sorpresa: la muerte de Jason era el comienzo de un golpe de estado. No porque Jason tuviera algún poder político. Simplemente simbolizaba todo lo que Arran odiaba en Capitol, en la sociedad que años antes había arrastrado al suicidio al único hombre que había amado. La muerte de su amante era una historia fascinante y trágica, y Jason le escrutó la mente tan sólo por el placer de conocerla, olvidando descuidadamente las otras amenazas que se cernían en la fiesta. Mientras Jason la

estudiaba, ella se le acercó.

—Comandante Worthing —dijo.

—Lámame Jason —contestó él, valiéndose de la encantadora sonrisa que lucía tan bien en los holos. Naturalmente, había varios reporteros clandestinos filmándolo todo, y Jason sabía complacer a su público aunque el holo fuera ilegal.

—Y yo soy Arran. Eres un huésped inesperado, Jason. Hasta ayer no supimos que estarías en Capitol. Has sido muy amable al venir.

—Es un placer —dijo Jason—. Sólo he visto uno de tus holos en vivo, pero bastó para cautivarme.

—Vaya. ¿Cuál es?

—No recuerdo el nombre —mintió Jason, que ni lo conocía—. Pero lo filmaste con un viejo actor llamado... Hamilton Ferlock.

Ella quedó pasmada, pero no lo demostró. Hamilton Ferlock era el amante que se había suicidado porque ella no quiso abandonar su papel de actriz en un holo en vivo de veintiún días. Mencionarlo era cruel, pero a fin de cuentas Arran planeaba matarlo.

¿Cuándo? ¿Por qué no en ese momento? Se acercó un criado con una copa de vino.

—Se quiera o no —dijo Arran con dulzura—, tú eres el invitado de honor en toda fiesta a la que asistes. Te doy el tazón de la noche. —Cogió un tazón de plata y lo acercó a los labios de Jason para que él bebiera.

El criado se acercó con la copa, para que Jason la tomara de la bandeja y la llevara a los labios de Arran. Jason cogió la copa, pero rechazó el tazón.

—¿Cómo puedo aceptar semejante honor? —preguntó.

—Insisto —dijo ella—. Nadie lo merece más.

—Eres una mujer notable, Arran. Demuestras mucho valor al tratar de envenenarme en tu propia fiesta.

Si hubiera estado más alerta, Jason habría evitado ese momento. Pero ahora todas las conspiraciones convergían. Varios invitados estaban armados: cada salida estaba vigilada. La única persona que conocía las puertas secretas era Arran, y sólo se abrían con su palma. Así que Jason escogió al más melodramático de los aspirantes a asesinos, un joven diseñador de ropa que había creado el traje de Arran para esa velada. Jason fue hacia él. Escogió a ese conspirador por su vena de histrionismo.

—Fritz Kapock —dijo el joven, presentándose—. ¿Cómo te atreves a acusar a Arran Handully de un crimen tan ignominioso?

—Porque es verdad —dijo Jason.

—Discúlpate, Jason, y larguémonos de aquí —dijo Hop en voz baja.

—¿Estoque o pistola? —preguntó Kapock.

Luego pensaba hacerlo respetando las reglas. Jason rió y aceptó el duelo a estoque.

Una cosa llevó a la otra. Jason no mató al joven porque los Niños de Mamá llegaron mientras ambos se batían en duelo. Nadie los había llamado. Doon los había enviado. Por lo tanto Abner tiene alguna responsabilidad por este repentino interés en mi muerte. Si tan sólo estuviera seguro de que Doon sabe lo que está haciendo.

Los Niños de Mamá armaron tanto revuelo que logró escapar, con la involuntaria ayuda de Arran. Jason tenía un solo objetivo; hallar a Doon y dejarle bien claro que no lo amaba tanto como para morir por él. En el camino se alejó de Hop y Arran, suponiendo que estarían más seguros lejos de él, y sabiendo que Hop no sería presa fácil. Finalmente pudo reunirse con Doon, a orillas del lago del jardín privado.

—Te las ingeniaste muy bien para escapar —dijo Doon—. Algunas de las conspiraciones estaban bastante bien preparadas. Estuviste en peligro varias veces.

Jason se tocó el tajo que Kapock le había abierto en el brazo.

—¿Qué estás haciendo, Doon?

—Oh, sólo aislando y descubriendo a las personas más capaces de Capitol. Tú puedes entrar en sus cabezas y averiguar quiénes son. Necesito pequeñas pruebas como ésta.

—La próxima vez, pregúntame.

—Busco cosas que ni siquiera tú podrías encontrar.

—No debería ser difícil. Tu prueba para hallar a los más capaces se basa en averiguar quién desea matarme.

—¿Qué esperabas? Eres el principal símbolo de un imperio detestable.

—Soy lo que tú hiciste de mí. Todos somos lo que hiciste de nosotros.

Doon se sintió genuinamente agraviado.

—No creerás que soy Dios, ¿eh? Soy sólo un elemento en vuestro medio ambiente, nada más.

—En el de ellos, quizá. En el mío eres algo más.

—¿Por qué me amas tan profundamente? —preguntó Doon con tono burlón.

—Porque los hechos más importantes de mi vida te ocurrieron a ti. La única mujer que me interesó fue tu amor no correspondido. Mis mejores triunfos fueron tus triunfos, mis sueños más fuertes fueron tuyos...

—No es cierto.

—Claro que es cierto. Tus recuerdos tienen más peso que los míos.

—¿Por qué? —preguntó Doon.

—Porque eres entusiasta. Tienes convicción en tus propósitos, aunque ni siquiera sabes lo que tratas de lograr... Todos tus recuerdos importan para la persona que pasó por esas experiencias.

—¿Y tu propio pasado? ¿Eso no es nada? Batallas, luchas, temor, conflicto...

—¿Qué conflicto? ¿Qué temor? Excepto por un largo momento con esa bestezuela en tu jardín, Doon, nunca tuve miedo. Sufrí cierta tensión ante la marcha

del juego, pero nunca dudé del desenlace. En la batalla siempre pude oír los planes ajenos cuando los pensaban, en la conversación siempre conozco los pensamientos ocultos de los demás. Nunca he tenido que preguntarme...

—Tu vida es tan tediosa. Pobre Jason.

—A veces despierto creyendo que soy tú. Miro el interior de la nave y me pregunto qué hago allí. Me miro en el espejo y me sorprendo de ver este rostro. Este rostro pertenece a los hologramas. Este rostro es Jason Worthing, pero recuerdo con toda claridad que soy Abner Doon, soy el que se ganó la confianza de Mamá y le dijo cuándo sería un buen momento para morir...

Mientras hablaba, Jason escrutó la mente de Doon para ver si ese momento había llegado. Muchos años atrás Abner se había confiado a la emperatriz. Se había encontrado con ella para decirle: *Destruiré tu imperio, y es justo que lo sepas*. Ella lo tomó con calma, quizá con placer, y le dio su consentimiento con una condición: que le notificara cuándo pensaba hacerlo, así estaría despierta para mirar. Ahora Jason indagó a Doon con el fin de ver si se proponía avisarle pronto. Con el fin de ver si Doon se proponía liquidar ya el Imperio.

—Claro que no —dijo Doon—. Debo lograr muchas cosas antes de eso. Dame por lo menos cien años más.

¿Qué debía lograr? Hacía siglos que enviaba naves colonizadoras. Pero las que enviaba ahora eran las portadoras de su esperanza.

—La humanidad es mi experimento —dijo Jason—. Si corto los hilos que enlazan las estrellas, cada mundo girará solo por un tiempo. Quizá miles de años, hasta que alguien invente un transporte estelar que no requiera el sueño, y entonces veremos qué se ha hecho de la humanidad en mil culturas diferentes.

—Ese discurso es mío —repuso Doon.

—De acuerdo —convino Jason—. Has hecho títeres de todos nosotros. Mi voz, tus palabras.

—¿Estás enfadado?

—¿Por qué yo? ¿Por qué me has escogido para la alegría de ser una de tus doce rarezas?

—No lo sé.

—Sé que no lo sabes. Sé lo que sabes y sé lo que no sabes. Incluso sé lo que no sabes que no sabes. Puedo hallar en tu cabeza cosas que has olvidado que sabes. Estuviste planeando esto durante mis cincuenta años de ausencia, y ni siquiera sabes qué esperas de ello.

—Te enviaré más lejos que a nadie. No guardaré documentación alguna acerca del envío de tu nave. Oficialmente, todos los traidores y conspiradores que te acompañarán habrán sido ejecutados. Nadie te buscará hasta que se encuentre el mensaje que se dará a conocer dentro de algunos miles de años. Tu pequeño mundo

tendrá más tiempo que ningún otro para desarrollarse.

—¿Qué esperas, evolución en pocos milenios?

—No evolución, sino aprendizaje.

En la mente de Doon, Jason se vio tal como Doon lo veía. Con los ojos de purísimo azul. Los ojos de su padre, y los del padre de su padre.

—El macho reproductor de un mundo de escrutadores, ¿verdad?

—*Semental* es una palabra más delicada.

—No me crié en una granja.

—Tú y tu familia sois una anomalía. Vuestro don es más intenso y eficaz que cualquier rama conocida de la telepatía. ¿Por qué no averiguar qué le ocurre si se aísla?

—¿Entonces por qué no me aislaste? ¿Por qué darme una colonia llena de gentes que han pasado sus últimas horas de vigilia conspirando para matarme?

Doon sonrió.

—Esto apela a mi sentido de las proporciones. Te resultaría demasiado fácil dirigir una colonia normal. No bastaría para mantenerte despierto todo el día.

—Muy amable de tu parte el mantenerme tan alerta.

Doon apoyó la mano en la nuca de Jason y le obligó a acercarse el rostro.

—Supérame, Jason. Haz más de lo que yo hice.

—¿Es una competición? ¿Entonces por qué no empezamos en igualdad de condiciones? Trescientos treinta y tres colonos contra el capitán de una nave... no me gusta esa diferencia.

—Contigo —dijo Doon— nadie está en igualdad de condiciones.

—No quiero ir.

—Jason, no tienes opción.

Jason comprendió que era cierto. Doon ya había revelado suficientes pruebas de que Jason era un escrutador. Lo arrestarían en cuanto dejara de contar con la protección personal de Doon; si intentaba escapar, ¿dónde se ocultaría? En Capitol todos le conocían el rostro.

—El títere —dijo Jason— desea ser libre.

—Eres libre. Quédate y muere, márchate y vive... es tu opción.

—¿Qué opción es ésta?

—¿Qué esperas, una selección infinita? Tener siquiera una opción es ser libre... aunque se trate de escoger entre dos cosas terribles. ¿Qué es lo más terrible, Jason? ¿Qué cosa odias más? Pues escoge la otra y confórmate.

Así que Jason optó por ir; Doon se salió de nuevo con la suya.

—No es tan malo —continuó Doon—. Una vez que te vayas, ya no tendrás que aguantar mis manipulaciones.

—Mi única estrella en el viaje a través de la noche —dijo Jason—. Me consolará

mientras mis colonos afilan sus cuchillos en la oscuridad.

Pero no era un consuelo. Lo que más temía Jason era estar sin Doon. Doon era el cimiento de su vida, para bien o para mal; desde que Doon le había encontrado, Jason sabía que nada podía irle mal en la vida, pues Doon estaba observando.

¿Quién lo alzaría ahora cuando tropezara? Eso era la libertad: a partir de ahora nadie lo salvaría de las consecuencias de sus propios actos. Yo no deseaba la libertad, ¿verdad? Deseaba la infancia, y Doon me echa de mi refugio; ha sido mi padre en estos años, y ahora me expulsa.

—Nunca te perdonaré por esto —dijo Jason.

—Está bien —respondió—. No esperaba que me amaras. —Sonrió extrañamente, y Jason entendió que no estaba de tan buen humor como fingía—. Pero yo te amo.

—Soy tan parecido a ti que amarme es puro narcisismo —replicó Jason con hostilidad.

—Lo que más amo es la parte de ti que es diferente de mí —dijo Doon—. Donde yo he destruido, tú construirás. Te he preparado el caos, y el mundo está vacío y sin forma. Tú eres la luz que brillará sobre lo profundo.

—Odio que recites frases que estuviste ensayando.

—Adiós, Jason. Reúnete con tus colonos. Pasado mañana se someterán al somec, y tú estarás en camino.

Lared dejó la pluma y esparció arena sobre el pergamino para secar la tinta.

—Ahora sé por qué lamento que hayas venido aquí —dijo.

Jason suspiró.

—Es como tú dijiste —continuó Lared—. Mis recuerdos más fuertes son tuyos.

—Lo que yo dije era un error —replicó Jason—. Que recuerdes que yo lo dije no significa que sea cierto, o que yo todavía crea lo que creía entonces.

—A veces hasta me olvido y trato de escrutar las mentes ajenas, y no puedo, aunque recuerdo que lo hacía. Es como si me hubieran cortado la mano. O me hubieran reventado los tímpanos, o me hubieran arrancado la lengua.

—Aun así —dijo Jason. Alzó el mango de hacha que estaba tallando—. Corto la leña como yo deseo, pero la fibra decide su fuerza y su forma. Puedes sumar y restar recuerdos a la gente, pero no es sólo tu memoria lo que te hace quien eres. Hay algo en la fibra de la mente. Lo averiguaron desde un principio, cuando intentaron la inserción de recuerdos ajenos. Todas las experiencias, todo un pasado... y no olvides que la mente que salía del somec estaba vacía. Pero los nuevos recuerdos no encajaban. El sujeto recordaba que era alguien, creía ser ese alguien, pero no soportaba recordarlo. No era él mismo.

—¿Y qué hacía?

—Hubo varios. Todos enloquecieron. Su pasado era un despropósito. ¿Cómo

podían conservar el juicio?

—¿Yo enloqueceré?

—No.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Porque por mucho que recuerdes de mí, de mí o de cualquier otro, en la raíz de tu mente hay un sitio donde estás a salvo, un sitio donde eres tú mismo, donde tus recuerdos armonizan y te pertenecen.

—Pero al recordar que soy tú, yo sufro un cambio.

—También yo —dijo Jason—. ¿Crees que soy el mismo hombre, conociendo la vida de los demás por dentro?

—No. ¿Pero estás cuerdo?

Jason se sorprendió y se echó a reír.

—No —dijo—. ¡Por Dios, haces las preguntas más acertadas! Justicia hizo bien en escogerte, tienes una mente igual al hielo. No, no estoy cuerdo, estoy totalmente loco, pero mi locura es la suma de todas las personas que he conocido, y a veces creo que he conocido a todas las personas del mundo... al menos, todas las clases de personas que es posible ser.

Parecía tan complacido, tan eufórico, tan satisfecho de ser él mismo que Lared no pudo contener una sonrisa.

—¿Cómo puede todo eso entrar en tu *cabeza*?

Jason alzó el mango a medio terminar.

—Tal como el mango en el hacha. Y todavía queda espacio para insertar un par de cuñas. Siempre queda espacio para ajustaría más.

Las neviscas más intensas tardaban en llegar.

—Mala señal —dijo el calderero—. Significa que el cielo está juntando fuerzas.

Y trepó al techo para arreglar el canalón de la chimenea, le sacó el cañón y lo reconstruyó para que calzara con precisión y no hubiera filtraciones.

—Revisad las puertas y ventanas. Aseguraos de que los postigos estén fuertes, y las puertas cierren bien, y calafatead las paredes.

Papá escuchó al calderero, salió a mirar el cielo frío y brillante y anunció que se postergaban todas las tareas hasta que la casa estuviera segura. La aldea entera postergó otras faenas para asegurar las casas. Los más pequeños rellenaron las rendijas con argamasa; se repararon las puertas para que calzaran mejor; se reconstruyeron los postigos; y la labor intensiva obligó a Jason y Lared a dejar la pluma y el pergamino. Trabajaban juntos en la escalerilla, ajustando los postigos de las ventanas superiores. Jason subía la escalerilla con prudencia; Lared, que siempre había trepado como un gato, subía por el otro lado y se encaramaba a las vigas que sobresalían de la pared de la casa. No tenía miedo de caerse.

—Ten cuidado —dijo Jason—. Nadie te cogerá si te caes.

—Yo no me caigo —replicó Lared.

—Las cosas han cambiado.

—Me aferraré bien.

Mientras trabajaban, Jason contaba historias sobre las gentes de la colonia.

—Los llamé uno por uno, y mientras ellos sudaban en entrevistas que no significaban nada, escruté sus recuerdos para ver qué clase de gente eran. Algunos eran destructivos, elementos típicos en cualquier conspiración para matar a alguien. Otros eran timoratos, otros eran idealistas... pero no me importaba tanto saber por qué deseaban matarme. Necesitaba conocer el propósito de sus vidas, qué les hacía escoger sus objetivos.

Como Garol Stipock, un científico e ingeniero brillante que diseñó la maquinaria que en pocas órbitas podía efectuar diagnósticos sobre un planeta desde sus minerales hasta su patrón climático. Se consideraba ateo, y rechazaba la religión fanática que sus padres le habían inculcado en la infancia; de hecho, si bien trabajaba con empeño para rechazar y dismantelar todo sistema autoritario que pudiera hallar, aún era el niño que creía que Dios tenía planes definidos acerca de lo que debía ser la humanidad, y Garol Stipock lo abandonaría todo por lograr ese ideal.

Como Arran Handully, quien había dedicado su vida al entretenimiento, sofocando su identidad bajo su papel en las películas, viviendo día tras día, minuto tras minuto, bajo un escrutinio permanente, para que la gente pudiera pasearse alrededor de un escenario y observar su vida desde todos los ángulos. Era la mayor actriz de los hologramas en vivo, y esa vocación ocultaba el deseo de hacer felices a otros. Cuando se retiró, no echó de menos al público, pues al actuar no procuraba satisfacer sus propias necesidades.

Como Hux. Un industrioso burócrata que estaba en un alto nivel de somec. Todo lo que tocaba funcionaba bien, cada tarea se realizaba puntualmente y dentro del presupuesto. Pero, a pesar de la gran estima que le profesaban superiores y subalternos, rechazaba las promociones. Estaba casado con la misma esposa, tenía los mismos aposentos, comía las mismas comidas, jugaba a los mismos deportes con los mismos amigos, año tras año.

—¿Entonces por qué se unió a la revolución?

—Ni siquiera él lo sabía.

—Pero tú sí.

—Los motivos no se recuerdan, y menos cuando no los entiendes. No puedo hallar un lugar de su memoria donde se exhiban todos sus propósitos desconocidos. Para otros y para sí mismo, parecía tener un solo fin en la vida: mantenerlo todo igual, resistirse al cambio. Pero esa necesidad era sólo una faceta exterior de lo que más anhelaba: estabilidad y felicidad para todos los que conocía. No era como

Radamand, que deseaba modelar el mundo según su conveniencia.

Mientras Lared trabajaba, un rostro acudió a su mente, un rostro con mandíbula de farol y con cierta debilidad en la mirada. Hux. Justicia le estaba mostrando las imágenes mientras Jason le contaba la historia. ¿Dónde estás, Justicia? ¿Trabajando en silencio en alguna parte, como de costumbre, escuchando nuestra charla sin pronunciar nunca una palabra tuya?

—No estás escuchando —dijo Jason.

—No estás hablando —replicó Lared.

—Inserta esa clavija. Se me están rompiendo los brazos de sostener el postigo.

Lared insertó la clavija. El postigo volvió a girar sin chirridos. Juntos lo cerraron con fuerza y pusieron barrotes por fuera. Era una ventana que daba al norte, y el viento del noroeste ya le había arrancado los postigos en otras ocasiones. Jason siguió hablando mientras insertaban clavijas de madera para afirmar los postigos.

—Hux quería un tipo de vida donde todos estuvieran razonablemente satisfechos, y cuando lo hallaba no quería cambiarlo. No era hipócrita. Se esforzaba y sacrificaba para mantener seguro y estable su rincón de Capitol. Además era tan perspicaz como para notar que el somec desbarataba y destruía todo. Separaba a las familias mientras cada cual seguía su propio camino a través de los años, deshacía amistades cuando uno iba a la Casa del Sueño y el otro permanecía despierto por no haberlo merecido... El somec mantenía estable el Imperio, pero a costa de desequilibrar toda vida que tocaba.

—¿Él quería que el Imperio continuara sin somec?

—Fue uno de los pocos de mi colonia que no echó de menos el sueño. También estaba Linkeree. Los recuerdo juntos a causa de lo que sucedió después. Linkeree era lo más opuesto a Hux, por fuera. No tenía amigos ni allegados ni familiares. Era la única persona de mi colonia que nunca había ingerido somec, excepto para el viaje desde su mundo natal. Lo habían confinado durante años en una clínica mental; sus padres habían sido contradictorios, posesivos, crueles y explotadores... En casos así, normalmente eran los hijos quienes terminaban encerrados. Así que Linkeree se creía medio loco, un solitario que no amaba ni necesitaba a nadie.

—Pero tú sabías la verdad.

—Yo siempre sé la verdad. Es la maldición de mi vida. —Jason frunció el ceño—. Si no te aferras por lo menos con una mano mientras haces equilibrio sobre un solo pie, te tumbaré yo mismo para terminar con esta incertidumbre.

—Ya te he dicho que no me caeré. ¿Cuál era la verdad sobre Linkeree?

—Tenía una empatía excesiva. Podía imaginar el sufrimiento ajeno y sentirlo en carne propia. Su madre lo había usado contra él toda su vida, torturándolo con culpas por los sufrimientos de ella. Sólo se liberó al contemplar verdaderos sufrimientos.

Y otra imagen acudió a la mente de Lared. Pero esta vez no era un rostro. Era un

bebé tendido en un claro entre hierbas altas, afiladas como cuchillos, abandonado allí para que muriese de hambre o frío o lo devoraran las criaturas de la noche. Con la imagen acudió un sentimiento de desesperada compasión (no puedo hacer nada, pero debo hacer algo o no seré yo mismo) y finalmente la imagen fue reemplazada por otra. Miembros de una tribu salvaje se arrodillaban en círculo en la hierba y descuartizaban el cadáver del niño en un ritual; comprendo, el niño debe morir en bien de la tribu, la muerte del niño significa vida. Fue un momento de lucidez para Linkeree, pues en el niño se vio a sí mismo, desgarrado y descuartizado para mantener viva a su madre. No estoy loco; ella está loca y yo sufro por ella. ¿Pero ella me ama como estos salvajes aman al niño que han matado? La respuesta era no, así que se marchó, escapó de su mundo y se fue a Capitol, un lugar donde todos delegaban el sufrimiento en otros. Linkeree era un sacrificio viviente; sufría para expiar las culpas de todos los que lo tocaban.

—Aférrate con fuerza cuando llegue esa visión —dijo Jason—. Creo que no deberíamos hacer esto mientras estamos encaramados aquí.

—No soy tan frágil —dijo Lared.

Pero no podía ahuyentar la imagen del niño tendido en la hierba, con feroces insectos pegados al cuerpo desnudo.

—Linkeree no era un solitario. Era como Hux, en cierto modo. Sólo le interesaban los demás. Esa característica volvía a Hux sociable y estable, a Linkeree tímido y esquivo; pero yo los conocí tal como eran, y me dije: *Éstos serán mis líderes. Pues usarían el poder para bien de todos, no para complacerse a sí mismos. O, mejor dicho, al complacerse a sí mismos complacerían a los demás, porque no podrían ser felices sabiendo que otros eran desdichados.*

—Nadie es tan bondadoso —dijo Lared—. Cada cual sigue sus propios deseos.

—Pues tú lo eres, Lared —dijo Jason—. Y si no hubiera bondad en la gente, la humanidad aún estaría brincando por una sabana en alguna parte de la Tierra, observando el predominio de los elefantes u otra especie más compasiva.

—No sé. Nunca me preocupé mucho por el dolor ajeno.

—Porque nadie lo sentía. Pero aún oyes gritar a una niña quemada, aún sientes la sangre que mana de un pie herido. No me digas que no sabes nada sobre la compasión.

—¿Y tú? ¿Tú eres bondadoso?

No, respondió su mente. Lared tardó un instante en comprender que era Justicia la que había respondido. No, Jason no es bondadoso.

—Ella tiene razón —dijo Jason—. Todo el sentido de mi vida radica en infligir sufrimiento a los demás.

—¿Tú causaste el Día del Dolor? —preguntó Lared.

—No fue mi opción —dijo Jason—. Pero creo que fue la opción adecuada.

Lared no pronunció otra palabra en toda la tarde, pensando que el hombre que trabajaba junto a él aprobaba los cambios que habían sobrevenido con el Día del Dolor. Y aquella noche soñó.

Jason despertó. La tapa del ataúd se deslizaba y la luz amarilla parpadeaba. La burbuja acababa de devolverle sus recuerdos y Jason estaba empapado de sudor, como era habitual después de un sueño de somec. Siempre necesitaba ejercicio para recobrar la lucidez.

Pero entonces notó que no relampagueaba la luz amarilla, sino la roja. ¿Había sido la roja ya antes, o había cambiado? No había tiempo para decidirlo; en un instante acudió a los controles, y la nave le reveló lo que sabía. Una nave enemiga se ocultaba detrás de un planeta, como si aguardara al acecho; ya había lanzado dos proyectiles.

Mientras Jason disparaba al espacio dos de los cuatro torpedos de la nave, su mente buscó y encontró a la capitana enemiga, la mente que controlaba los misiles que viraban y serpeaban enfilando hacia él. Los misiles eran mucho más maniobrables que la inmensa nave colonial de Jason, pero Jason sabía hacia dónde iban, y poco a poco se alejó de la trayectoria del enemigo. Entretanto, sus misiles acertaron en la nave enemiga, anticipándose a su intento de evasión. Por una vez, a Jason no le importaba demostrar que sabía cosas que no debía saber, que era un escrutador. No regresaría a Capitol, y al fin podía luchar con toda su destreza.

Antes de que la nave estallara en una esfera de luz, la capitana enemiga supo que moriría, y se consoló sombríamente pensando que aunque ella pereciera Claren liquidaría al enemigo.

Claren. No estaba sola. Jason y su enemiga se habían concentrado en el duelo, dirigiendo sus proyectiles y sus naves; sólo entonces Jason se dio cuenta de que quedaba otra nave detrás del planeta, y que se había valido de la primera nave para guiar su propio ataque. La nave de Jason estaba rastreando los misiles enemigos, que ya estaban cerca. Jason buscó desesperadamente a Claren, el enemigo que estaba tan cerca del triunfo. Halló a Claren justo a tiempo, O lo habría hallado a tiempo, pero Claren ya no controlaba sus misiles. Al estallar la primera nave, había perdido su instrumento para ver y controlar el vuelo de sus misiles. Se acercaban a Jason automáticamente, lo cual significaba que el curso era previsible y fácil de eludir. Pero Jason había desperdiciado mucho tiempo buscando la mente del capitán, y aunque pudiera eludir un misil no podría esquivar el otro. Recibiría el impacto. La luz de alta intensidad taladraría el blindaje, la piel de la nave se despellejaría ante la herida permitiendo que el proyectil entrara, se zambullera en el núcleo propulsor y estallara. Una explosión pequeña, pero suficiente para trastocar el delicado equilibrio de fuerzas imposibles. La nave explotaría.

Jason vio su futuro en un instante, y en ese instante decidió que prefería cualquier cosa a la destrucción total. El misil estaba demasiado cerca para poder desviar toda la enorme nave. Pero el sector de carga, un tubo delgado que se proyectaba a cierta distancia del motor, no estallaría como una tensa estrella si el proyectil explotaba allí. Casi por instinto Jason interceptó la trayectoria del misil. El proyectil estallaría en alguna parte de ese tubo de un kilómetro de longitud y algunos colonos morirían. Jason esperaba que matara a pocas personas, y que no dañara los animales, las semillas, las provisiones ni las maquinarias.

Impacto. La lejana explosión sacudió la nave; chillaron las alarmas en los paneles de control; pero el estallido se produjo lejos del motor estelar, cuya protección le permitía afrontar la perturbación y equilibrarse antes que se desencadenara una reacción arrasadora.

Estoy vivo, pensó Jason. Y se dispuso a liquidar a Claren. El enemigo permanecía oculto detrás de un planeta, pero Jason se valió de los ojos de Claren para dirigir los proyectiles, cuando llegaban al otro lado de ese mundo, hacia el lugar donde Claren se creía a salvo. Los misiles llegaron como si poseyeran inteligencia propia, como si pudieran leerle la mente, pues cada vez que los esquivaba cambiaban de rumbo, y al poco Claren estaba muerto.

No me gusta conocer el nombre de mi enemigo, pensó Jason.

Había daños de gran magnitud, pero no insuperables. Los trescientos treinta y tres colonos se encontraban en tres corredores paralelos en la parte trasera del sector de carga, y cada corredor estaba blindado para impedir que la colonia entera quedara eliminada ante un hecho como éste. Un corredor se había perdido por completo: estaba desgarrado, y los ataúdes saltaban al espacio expulsando los cadáveres. El segundo corredor parecía intacto: todos los cuerpos yacían apaciblemente en los ataúdes. Pero el proyectil había fundido los controles al chocar contra la nave, y no sería posible revivir a nadie.

Aún quedaba el tercer corredor, y ciento once personas eran suficientes para iniciar la colonia; con las provisiones y los equipos intactos, sobrevivirían. Realizarían menos tareas el primer año, pero tendrían más provisiones para más tiempo, hasta que logran acelerar las cosas. Era una pena que tantos hubieran muerto, pero aún era posible fundar la colonia.

Eso creía Jason, hasta que llegó al fondo del sector de carga, donde las burbujas estaban almacenadas en un ámbito protegido.

Allí había estallado el misil.

Habían sobrevivido catorce burbujas. Nueve del corredor que había estallado, cuatro del corredor cuyos residentes jamás despertarían, y sólo una burbuja de los colonos supervivientes.

Únicamente quedaba un ser humano. Los demás serían incapaces de actuar por sí

mismos, de recordar, de saber. ¿Cómo se las apañaría con ciento once bebés de tamaño adulto? ¿De qué servirían las personas sin mente?

Recorrió el corredor sobreviviente y miró a aquellas personas que no estaban muertas pero jamás serían de nuevo ellas mismas. Su buen amigo Hop Noyock, la actriz Arran Handully, Hux, Linkeree, Wien, Sara, Ryanno, Mase. Tocó cada ataúd y recordó lo que había visto dentro de cada mente. Sé lo que nunca sabréis de nuevo: quiénes sois, qué habéis hecho, qué pensabais ser. ¿Qué seréis ahora si alguna vez os despierto? Tú, Kapock, con tus amores ardientes y devotos, ¿qué amantes recordarás ahora? Sus nombres se rompieron con tu burbuja, y tu pasado está muerto.

La única burbuja superviviente pertenecía a Garol Stipock. Jason estudió el rostro dormido. ¿Eres el único que debería despertar? ¿La única persona consagrada a desbaratar cualquier forma de autoridad? ¿Qué clase de aliado serías? Cualquier burbuja menos la tuya, si la opción hubiera sido mía. Tu infancia es la que menos necesito conservar en la memoria viviente.

Jason varió el curso de la nave, pero no se durmió al terminar la maniobra. Se puso a estudiar para asimilar los conocimientos colectivos del Imperio acerca del arte de la colonización. Todas las tareas requerían gran cantidad de hombres y mujeres capaces. Indagó más en la biblioteca, más en los libros que en las burbujas, desplegándolos en el aire por encima del tablero de control, tratando de averiguar qué podía enseñar a unos niños, y a cuántos podría mantener mediante el trabajo de sus propias manos.

A menudo desesperaba. Era una tarea imposible. La alta tecnología de siembra y manufacturación para crear una sociedad moderna exigía muchas personas altamente especializadas. ¿Cómo podía educar a cien personas, guiándolas desde la infancia hasta las especialidades avanzadas con la rapidez suficiente para que no muriesen de hambre mientras se hacían adultas?

Pero gradualmente, inevitablemente, halló la respuesta. La economía moderna sería imposible, pero no una etapa más primitiva. Una vida con herramientas más sencillas que se pudieran confeccionar a mano; una vida entre campos arados por personas que no hubieran aprendido álgebra pero pudiesen dirigir un buey. Yo mismo podré sembrar una hectárea para alimentarme a mí y a otros. Sólo unos cuantos cada vez, hasta que los primeros se hayan desarrollado para ayudarme con los siguientes.

La única desventaja era que eso llevaría años. La nave preservaría a quienes aún no hubieran despertado, pero cada uno de los nuevos sería totalmente improductivo por un tiempo, y durante ese tiempo necesitaría una porción adulta de alimento, de ropa, de todo, y necesitaría atención frecuente y tiempo. La colonia sólo podría mantener a unos pocos por vez, pues la economía siempre sería marginal, pues explorarían la tierra con utensilios manuales y fuerza animal.

Tardarían años, pero quizá, si aprendían con rapidez, Jason podría abandonarlos

de cuando en cuando, regresar a la nave y dormir durante un par de años, despertando sólo para traer nuevos colonos de la nave, para cerciorarse de que todo andaba bien. A fin de cuentas, eran gentes cuidadosamente escogidas: los mejores de Capitol, había dicho Doon. Si parte de sus aptitudes habían sobrevivido, a pesar de la pérdida de memoria, quizá funcionara. Y si algunos revelan una capacidad excepcional para el liderazgo, puedo llevarlos a bordo y ponerlos de nuevo bajo el somec, y preservarlos para un tiempo de gran necesidad. Podría...

Entonces Jason comprendió lo que se proponía. Crear una colonia de labriegos ignorantes, usando el somec para crear una clase privilegiada, encabezada por él mismo, de gentes que se retirarían del mundo para regresar años después sin haber envejecido. Estoy pensando en usar de nuevo todo lo que el somec tiene de aborrecible.

Pero sólo por un tiempo, se dijo Jason. Sólo hasta que la colonia esté consolidada, sólo hasta que nos hayamos recobrado del daño que nos causó el proyectil. Luego destruiré el somec, destruiré toda la nave, la hundiré en el fondo del mar y el somec desaparecerá de mi planeta.

No se le ocurría otro modo de fundar la colonia. Exigiría un trabajo colosal, sobre todo al principio. Pero era posible.

Era posible, y quizá brindara una oportunidad que nadie había tenido jamás. La oportunidad de crear una sociedad a partir de cero. Crear sus instituciones sociales, sus hábitos, sus creencias, sus rituales, diseñarlos sin necesidad de hacer componendas con viejos hábitos y creencias. Puedo lograr la utopía, si tengo suficiente seso; el poder está en mis manos, si consigo decidir cómo debe ser la sociedad perfecta.

La idea cobró forma, y Jason comenzó a escribir sus pensamientos acerca de su mundo, hasta que se sintió nuevamente feliz, nuevamente entusiasmado con el futuro, mucho más que en cualquier momento de su vida. El proyectil enemigo desbarató todos los planes de Doon, y por primera vez en su vida Jason estuvo sólo de veras, sin tener que rendir cuentas ante Doon ni ante nadie. Si fracasaba, sería su propio fracaso; si triunfaba, sería un triunfo para él y para cada generación que lo siguiera en su mundo. Y será mi mundo, se dijo. Por accidente me han designado creador; yo insuflaré el hálito de la mente en estos hombres y mujeres; esta vez quedémonos en el Edén y evitemos la Caída.

6

EL DESPERTAR DE LOS HIJOS

La casa estaba herméticamente cerrada; todos pudieron sentir la diferencia cuando se acostaron a la luz del fuego. Ya no había rendijas ni ráfagas, así que Lared no necesitaba ocultarse detrás de las paredes de su carriola. A veces el calor era tan intenso que por la noche Sala se quitaba las mantas.

Y la nieve seguía sin caer. Soplaban frío desde el norte, pero sólo había neviscas dispersas, unos copos que revoloteaban en las esquinas y se aferraban a las tejas.

—Cuando llegue, os cubriré la cabeza —dijo el calderero—. Yo tengo intuición para el tiempo, y lo sé.

Por la noche, Lared se revolcaba en medio de los sueños que Justicia tomaba de la memoria de Jason para ponérselos en la mente. Pero ahora era distinto. Por alguna razón, cuando despertaba no recordaba bien lo que había soñado.

—Lo estoy intentando —le dijo a Jason—. Sé que se relacionaba con el arado. Lo hacías mal o algo parecido. Tratabas de guiar a los bueyes como se guía a un caballo bien adiestrado. No eras muy buen granjero.

—Claro que no era muy buen granjero —contestó Jason—. Era la primera vez en mi vida que veía tierra.

—¿Qué es la tierra? La tierra es tierra.

—Lo sé. He aquí nuestro problema. Cuando saqué los bueyes de la nave y los puse en el establo de plástico, nunca había apoyado la mano en el lomo de una bestia sudorosa, nunca había sentido el movimiento de sus músculos bajo la piel. Cuando les enganché el arado, tuve que aprender por mi cuenta a hacer surcos rectos y controlar la profundidad de la hoja... ningún libro me lo enseñó. El arado y los bueyes se enviaban sólo por si había una falla energética general. En esos tiempos no vivía nadie que supiera usarlos.

—Hasta Sala sabe más de lo que sabías tú —dijo Lared. ¿Cómo podía tomarlo en serio?

—Yo los recuerdo como hallazgos difíciles y magníficos. Tú ves torpeza en tareas que haces todos los años sin pensar. Por eso te olvidas.

Lared se encogió de hombros, aunque en cierto modo sentía que le había fallado.

—No puedo evitarlo. No es que no trate de recordar. Busca a otro escriba.

—Claro que no. ¿Por qué crees que te escogimos? Porque eras de este mundo, sabías qué importaba y qué no importaba. Yo amaba cultivar la tierra porque nunca lo había hecho. Era una novedad en mi vida, cuando creía haberlo hecho todo. Para ti no es novedad, es rutina. Las cosillas que hago mientras tú escribes, los mangos de hacha, las botas, los trabajos en mimbre, son placenteras para mí; vivir aquí contigo, volver a formar parte de una aldea al cabo de tantos años, es muy agradable. Pero

para ti no tiene importancia. Pues bien, no escribas sobre eso. No escribas que trabajaba con empeño y rapidez para ganarme una hora de vagar por el bosque, recogiendo hierbas para analizarlas en el laboratorio de la nave. No te molestes con las primeras veces que saboreé comida verdadera, ni cuentes que vomité ante el sabor del pan después de tantos años de papilla predigerida preparada con algas, pescado, soja y abono humano. Para ti no tiene importancia.

—No te enfades —dijo Lared—. No puedo evitar no darle importancia. Lo recordaría si pudiera. ¿Pero quién querría leer eso?

—Llegado el caso, ¿quién querría leer el resto? Lared, tú sueñas con la civilización, ¿verdad? Una vida de confort y seguridad, con tiempo para leer lo que deseas, sin nadie que te haga labrador o herrero si no te gusta. Sin embargo, lo que haces, marcar los árboles, asegurar las ventanas, preparar salchichas, rellenar colchones, es mejor que cualquier otra vida que yo haya vivido, visto u oído nombrar.

—Sólo porque tu vida jamás dependió de ello —dijo Lared—. Sólo porque aún finges ser uno de nosotros.

—Tal vez. Quizá sólo finja, pero sé orientarme en el bosque, y confecciono mangos de hacha tan bien como cualquiera de aquí.

Lared se intimidaba cuando Jason se enfurecía.

—Quise decir en esa época. Entonces fingías. Habrás aprendido con los años.

—Sí —dijo Jason—. Un poco. No mucho. —Trenzaba pelo de caballo para una cuerda de arco, y sus dedos actuaban con rapidez y firmeza—. Pero robé aptitudes a otros hombres que las habían aprendido mejor que yo. Los escruté mientras trabajaban, y aprendí a hacerlo sin mirar. No me lo gané. No me gané nada en mi vida. Sólo finjo ser uno de vosotros.

—¿Te ofendí? —susurró Lared.

—Y tampoco en eso soy como vosotros. Tú tienes que preguntar.

—¿Qué dije de malo?

—Sólo la verdad.

—Si puedes oír mi corazón, Jason, sabes que no quise herirte.

—Lo sé. —Jason tensó la cuerda: era delgada y fuerte—. Bueno, si no incluimos las tareas agrícolas y forestales en tu narración, no hay mucho más. ¿Qué contaremos en el libro que estás escribiendo?

—La gente... los que perdieron sus recuerdos.

—Era igual que el trabajo de granja, una tarea tediosa y sucia. Yo sacaba a algunos de la nave, unos cuantos por año, los alimentaba, los limpiaba, les enseñaba con la mayor rapidez posible.

—Quiero saber sobre eso.

—Era como criar a un niño, sólo que aprendían con mayor celeridad y cuando te pateaban dolía de veras.

—¿Eso es todo? —preguntó Lared, defraudado.

—Era todo igual. A ti te interesa simplemente porque nunca tuviste un hijo. Los que tuvieron hijos lo entenderán. Llantos, exigencias, hedor, y mientras aprenden a levantarse y moverse solos hay mucha destrucción, a veces heridas...

—Nuestros bebés siempre crecían sin heridas. Hasta hace poco.

Jason hizo una mueca. Lared ya sabía que Jason tenía alguna responsabilidad por el Día del Dolor, y hallaba cierta satisfacción en las silenciosas confesiones de culpa de Jason.

—Lared, fue el único momento feliz de mi vida. Aprender a ser granjero, y enseñar a los niños. No lo desprecies porque tú naciste con algo que yo no supe hasta entonces. ¿No puedes escribir eso? ¿No puedes escribir sobre un solo día?

—¿Qué día?

—Ningún día en especial. Cualquier día da lo mismo. No el día en que saqué a Kapock, Sara y Batta de la nave... yo no sabía qué me deparaba ese otoño; al terminar la cosecha, creí que había concluido las faenas del año.

—El trabajo real empieza en invierno —dijo Lared—. La cosecha del verano viene del agua del invierno.

—Yo no lo sabía. No ese día, al menos. No en el momento en que desesperaba porque no aprendían nada, cuando me repugnaba que constantemente vaciaran la vejiga y el vientre. Quizás el día en que supe que triunfaría. Quizás un día en que los amé. Encuentra un día, Justicia, y dáselo a Lared en sus sueños.

Esa tarde comenzó a nevar. El viento soplaba con más fuerza que nunca; sólo salieron para cerciorarse de que todos los animales estaban encerrados en los establos, para asegurarse de que toda la aldea estuviera alerta y de que no hubiera niños en la tormenta. Eso les llevó toda la tarde, y Lared sintió una extraña euforia ante el peligro, pues lo trataban como a un adulto, dejándole ir de casa en casa y confiándole la vida de algunas familias, pues nadie lo siguió para confirmar que comunicaba los mensajes. Han decidido que soy un hombre, pensó Lared. Ya puedo valerme por mí mismo.

Nadie salió a la hora de la cena. El viento arremolinaba la nieve en el patio, apilándola contra las paredes de la casa, los establos y la fragua. Lared miró por el postigo deslizante de la puerta: a pesar de la pequeñez de la abertura el viento le mordió los ojos, dificultándole la visión. No veía más que la tormenta que el calderero había prometido tantas veces. El viento no se calmaba, apenas amainaba ocasionalmente, dejando que la nieve cayera en vez de volar a ras del suelo. Era imposible saber la profundidad de la nieve: la nieve arremolinada no permitía ver los edificios, y no había puntos de referencia. Sólo cuando la nieve se apiló contra la puerta hasta tapar el orificio del postigo, sólo entonces Lared comprendió que nunca había soplado semejante tormenta en Bahía Chata. Esa noche subió con su padre al

frío altillo para comprobar si las vigas podían soportar el peso. Después se quedó despierto en la cama largo rato, escuchando el viento que azotaba la casa, sacudía los postigos; la nieve presionaba la casa, haciendo crujir los viejos tablones. Lared se levantó dos veces para echar otro leño al fuego, para asegurarse de que el calor fuera más fuerte que el frío que silbaba por la chimenea, pues de lo contrario el humo invadiría la habitación y los mataría.

Finalmente se durmió y soñó con un día en la vida de Jason Worthing; soñó con un buen día, el día en que Jason supo que la colonia funcionaría.

Jason despertó al oír el mugido de las vacas. Se había levantado tres veces en la noche para atender a los nuevos, los recién llegados de la nave. Wien, Hux y Vary eran problemáticos. Ahora que los tres primeros eran más independientes, Jason se había olvidado de cuántos trastornos podían causar. No necesitaban alimentación nocturna. A fin de cuentas eran cuerpos adultos que no estaban en período de crecimiento. Despertaban porque aún no sabían soñar. Sus mentes eran vastas cavernas donde se extraviaban con facilidad; no tenían imágenes que los guiaran en la noche. Despertaban y Jason los consolaba, los serenaba.

Hay que ordeñar las vacas y debo levantarme. Lo haré enseguida.

¿Cuánto tardarán los nuevos en aprender? Jason trató de recordar los últimos meses, el largo invierno, la aún más larga primavera en que cuidara de Kapock, Sara y Batta, haciendo lo posible por protegerlos, enseñarles, incluso mientras trajinaba para roturar la tierra, plantar, sembrar. Pero al final de la primavera comenzaron a seguirle, a imitarle, a aprender el trabajo; no había sido mucho tiempo. En ocho meses caminaban, hablaban y ayudaban a sobrellevar la carga del trabajo.

Jason sabía bastante sobre niños, aunque no había tenido ninguno, y notaba que ellos progresaban con mayor rapidez que un bebé. Era como si en el cerebro tuvieran algo que no dependía de corrientes eléctricas y siguiera un patrón; aprendían a caminar en pocos meses; afortunadamente no tardaban en controlar la vejiga y el esfínter; aprendían rápidamente a articular el lenguaje. Conocer el cuerpo desde dentro no era tan difícil como cuando eran pequeños. Pero esto era un magro consuelo en los meses anteriores al aprendizaje, pues ninguna madre había tenido que lidiar con un bebé de un metro ochenta que gateaba para explorar de noche; y con cuerpos plenamente desarrollados, Jason tuvo que imponer reglas estrictas acerca de quién dormía dónde, la vestimenta y los contactos físicos; ya eran bastante difíciles para añadirles una preñez. Jason se proponía construir una sociedad estable, y eso significaba que los hábitos del matrimonio tenían que estar firmemente fijados.

En el caso de Batta, Kapock y Sara eso pertenecía al pasado, pero todo comenzaría de nuevo con Wien, Hux y Vary.

Jason suspiró y se obligó a levantarse, y vestirse en la oscuridad. Pero no estaba

tan oscuro: la luz se filtraba por la claraboya. Había dormido más de la cuenta, y las vacas estarían furiosas. Pero no oía mugidos. Era raro que no se quejaran.

Sólo cuando abrió la puerta y la luz iluminó el suelo notó que los demás no estaban allí. Los nuevos yacían en los ataúdes —los flancos les impedían caerse mientras dormían— pero los viejos se habían ido. Jason sintió un escalofrío al pensar que quizás hubieran ido al río. Pero habían aprendido a nadar, sabían mantenerse a flote, y la corriente era débil en pleno verano. No debía asustarse. Pero estaba asustado. Sin embargo, no estaban en el río, y al rodear la cúpula de plástico que llamaban la Casa, vio a Kapock en el huerto, escardando las hileras de guisantes. En la linde del bosque estaba Sara con Perro, vigilando a las ovejas que pastaban más allá de las cercas. Entonces supo dónde estaría Batta, y entró en el establo.

Ya había terminado de ordeñar, y sacaba la crema para preparar mantequilla.

—Llegas a tiempo —le dijo, imitando una frase que Jason usaba a menudo y remedando el tono—. Llegas a tiempo para cuajar.

Bien, estaba impertinente, pero había hecho bien el trabajo, y Jason no había estado allí para ayudar. Juntos vertieron los cubos de leche descremada en la batea de madera y la pusieron ante el calentador. Preparar natillas frente a un calentador de energía solar no resultaba contradictorio para Jason. Sabía que pronto tendría que empezar a utilizar una fogata, pero eso le producía pavor y pensaba postergarlo por lo menos un año más. Así que usaba el calor que irradiaba una unidad de la nave para conservar la leche a la temperatura adecuada, y ácido láctico del vientre de un cordero sacrificado para hacer la cuajada, y bacterias cuidadosamente cultivadas para transformar la leche en queso.

—Te dejamos dormir —dijo Batta—. Estabas muy cansado. Los nuevos fueron muy malos por la noche.

—Sí —contestó Jason—. Gracias. Habéis hecho muy bien.

—Yo puedo hacerlo todo —prosiguió ella—. Sé cómo.

Así que Jason sólo intervino cuando la tarea requería más de dos manos, y no le dijo nada; cuando se cercioró de que ella sabía hacerlo, Jason se dedicó a la más sencilla tarea de preparar mantequilla. Batta se le acercó con aire presuntuoso y sonrió, apoyando las manos en el mango de la batidora.

—Mantequilla para el dulce estival y queso para la carne invernal —dijo.

—Eres una maravilla —respondió Jason, y regresó a la casa para atender a los nuevos.

Los alimentó, les cambió los pañales, llevó los excrementos al retrete que usaban él y los viejos y arrojó los pañales empapados en la batea, donde filtrarían la orina para fabricar jabón en otoño. Usarlo todo, pensó Jason, enseñarles a usarlo todo aunque mis civilizadas tripas se revuelvan un poco. Ellos no tienen una sensibilidad tan delicada. Ellos pueden aprender qué importa y qué no importa. ¿Cuántos

ciudadanos de Capitol restaban importancia al adulterio pero temblaban al ver sus propios inodoros? Los hologramas que mostraban defecación eran considerados mucho más pornográficos que los que mostraban interesantes variaciones sexuales. Capitol no te necesitaba para derrumbarse, Doon. Tú solo lograste que el somec muriera con él. Capitol se estaba derrumbando antes de tu llegada.

Kapock no se daba tregua en la huerta. Como Batta, estaba trabajando para conquistar la aprobación de Jason, y él se la manifestó con gusto. Kapock no había estropeado ninguna verdura y había desbrozado bien la maleza.

—Hoy has puesto comida en la mesa —le dijo Jason.

Era un gran elogio, pues él les había enseñado lo que debían saber para sobrevivir: que la labor cotidiana debía llevar comida a la mesa, que cada hora de sudor estival era supervivencia en invierno; y ellos le creían, aunque casi no recordaban el invierno, y no dudaban de que siempre habría comida suficiente. De hecho la había. En la nave había vituallas para alimentar a los siete durante una generación. Pero cuanto antes se las apañaran solos, mejor.

Jason escrutó la mente de Kapock, mientras el niño grande escardaba con avidez. Aún dominaba pocas palabras para poder pensar, pero tenía un gran sentido del orden de las cosas. Era él quien había preparado la sorpresa del día, para permitir que Jason durmiera mientras ellos trabajaban, y desde luego Kapock había escogido la tarea que más odiaba, con movimientos repetitivos bajo el sol ardiente. Ése era el orden de las cosas para él: hacer todo lo que Jason les enseñaba, sin necesidad de que se lo pidiera de nuevo. Les había enseñado que eso significaba ser adulto, que había que hacer lo necesario aunque no apeteciera, aunque doliera, aunque nadie más lo supiera. Ése era el proyecto del día para Kapock; que Jason lo viera como a un adulto.

Pero había más. Un sentido del futuro, también. Y Kapock halló el modo de expresarlo en palabras.

—¿Los nuevos ayudarán mañana? —preguntó.

Había comprendido: él, Batta y Sara habían sido como ahora eran los nuevos, que yacían impotentes en los ataúdes. Y los nuevos llegarían a ser como él, Batta y Sara.

—Mañana no, pero sí dentro de algunas semanas.

Para Kapock eso significaba un tiempo excesivamente largo, tan lejano como el mítico invierno, pero era la confirmación de que tenía razón acerca del funcionamiento del mundo. Así que se animó a hacer otra pregunta.

—¿Yo les enseñaré todo?

La pregunta en realidad significaba: ¿Llegaré a ser como tú, Jason? Y Jason, comprendiendo, respondió:

—A estos nuevos no, pero a otros que vendrán más tarde, sí, les enseñarás todo.

Ah, pensó Kapock en silencio. Llegaré a ser como tú, que es todo lo que quiero.

Almorzaron juntos, sin Sara, que cuidaba las ovejas y no regresaría hasta la tarde.

Jason nunca había visto a Kapock y Batta tan felices, tropezando con sus propias palabras mientras intentaban contarse todo lo que habían hecho, todas las alabanzas que Jason les había dirigido mientras éste caminaba en silencio entre los ataúdes, alimentando a los nuevos con parte de la crema salvada del batido. Habían untado la mantequilla nueva de Batta sobre pan preparado con trigo del año anterior. El trigo del año anterior, que Jason había plantado y cosechado, probando siete semillas distintas en aquel suelo extraño, hasta hallar las más resistentes. No volveré a sentir tanta soledad como cuando araba con el pequeño tractor, y boté el esquiife para diseminar animales por el bosque y poblar el lago con peces que mi gente pudiera comer; tenía mayor libertad para ir y venir, y no tenía que trabajar tanto, pero prefiero esto, el sonido de sus voces, el placer de ver cómo les alegra aprender.

Juntos sacaron las natillas, las envolvieron y las pusieron bajo una piedra para hacer queso. Otros treinta quesos en preparación prometían comida en abundancia para el invierno; Jason había hecho bien en sacar casi todas las vacas de la nave, aunque eso le había supuesto tener que construir fuertes cercas para contenerlas.

Yo hice todo esto, pensó Jason. Llegué a un prado a orillas de un río y lo transformé en granja, con gente, animales y comida suficiente para mantenerlos con vida. Y están aprendiendo. Un día sabrán sobrevivir sin mí.

Hoy lo necesitaban menos que ayer, y eso era una promesa de libertad futura. También era la advertencia de la muerte.

Batta y Jason dejaron que Kapock cuidara de los nuevos y fueron hacia la linde de las parcelas a hachar troncos para construir cercas. Era un trabajo agotador, pero antes del anochecer tenían rodeado un buen tramo. Antes del verano podrían soltar los cerdos para que batieran el bosque y buscaran raíces, con una empalizada que los mantendría alejados de los cereales. El bosque los alimentaría, y eso representaría un nuevo alivio para los recursos de la pequeña granja; los cerdos extraerían alimento del bosque y lo transformarían en tocino para el invierno.

No desperdicias nada. Aprovéchalo todo. Los gansos espigarían después de la cosecha, y los granos partidos se transformarían en carne asada a fines del otoño. Las ovejas comerían los rastrojos y los transformarían en lana y leche para los corderos que integrarían el rebaño del año siguiente. Las cenizas de la madera quemada se mezclarían con orina para fabricar jabón; las tripas de los cerdos y corderos sacrificados se transformarían en cordeles duros o en piel para salchichas. Antaño ésa había sido la vida cotidiana de todos los hombres y mujeres del mundo, convertirlo todo en comida, combustible, abrigo o refugio; para Jason era el alba de la creación, y todo lo que hacía era nuevo.

Sara y Kapock habían preparado la cena. Era desabrida pero satisfactoria, pues Jason no había tenido que supervisar la tarea. Habían tomado en serio sus labores, y habían producido el doble de cualquier día desde que Jason los había sacado de la

nave. Batta incluso intentó alimentar a los nuevos. Hux escupió, Wien mordió la cuchara, y Batta se enfureció y les gritó. Kapock le dijo que se calmara. ¿Qué esperaba de los nuevos? Sara le gritó a Kapock que fuera considerado con Batta, pues sólo trataba de ayudar. Jason los observó y rió complacido. No les faltaba nada. Formaban una familia.

—Ahí lo tienes —dijo Lared—. ¿Eso es lo que querías?

—Sí —contestó Jason.

—Incluso traté de escribirlo de tal modo que la preparación del queso resultara fascinante. Cualquier tonto puede preparar queso. Y las ovejas pueden saltar sobre la clase de cerca que hacías.

—Lo sé. Lo aprendí antes del fin del verano, y elevamos la cerca.

—El jabón de orina humana es repulsivo.

—Los libros no lo decían. Con el tiempo empezamos a usar la paja de los establos, tal como hacéis vosotros. No podíamos aprenderlo todo de golpe.

—Lo sé —dijo Lared—. Sólo quiero decir que tú eras tan niño como ellos. Un puñado de chiquillos. Como si tú tuvieras cinco años y ellos tres, y por eso eras como Dios para ellos.

—Igual que Dios.

Kapock se le acercó una noche de otoño en la oscuridad, mientras los demás dormían.

—Jason —dijo—, ¿todo salió de la nave estelar?

Hablaba de la *nave estelar* sin saber que significaba un vehículo que viajaba entre las estrellas. Era sólo el modo de designar el enorme edificio que estaba a una hora de camino de la Casa.

—Todo lo que no me ayudasteis a construir —respondió Jason.

Había usado la palabra *todo* con descuido, pues Kapock de inmediato creyó que la tierra, el río, el bosque y el cielo habían salido de la nave estelar. Jason trató de explicarse, pero las palabras eran pura jergonza para Kapock. ¿Qué significaban *travesía*, *colonia*, *planeta*, *ciudad*, e incluso *gente*? Sólo un conjuro que únicamente Jason comprendía. Siguió creyendo que todo había salido de la nave estelar, y que Jason había llevado la nave estelar a ese sitio. Pronto le enseñaré, pensó Jason. Luego comprenderá mejor, y le enseñaré que no soy Dios.

—¿Y los nuevos? ¿Los hiciste tú?

—No —dijo Jason—. Sólo los traje conmigo. Eran iguales a mí, antes de venir aquí. Durmieron mientras veníamos. Hay más allá, durmiendo.

—¿No despertarán asustados, al no encontrarte allí?

—No... dormirán largo tiempo. Así como el río duerme bajo el hielo. Así como los campos duermen bajo la nieve. No despertarán hasta que yo los despierte.

Claro que no. Nada despierta hasta que Jason lo despierta. El invierno llega cuando Jason lo desea. Y la gente que duerme como el río bajo el hielo viene cuando Jason la llama. Yo también hago lo que dice Jason, pues también fui Hielo.

El viento amainó por la tarde.

—No es más que una tregua —dijo el calderero—. No vayáis lejos, y no vayáis solos.

—No iré lejos —dijo Papá—, y Lared vendrá conmigo.

Salieron por la puerta de la cocina, arropados hasta los ojos, a gatas como niños torpes. En el lado sur la nieve no era tan profunda, aunque murallas de nieve flanqueaban la casa a derecha e izquierda. La nieve seguía cayendo, ahora en línea recta.

—¿Adónde vamos? —preguntó Lared.

—A la forja.

El ruido de los pasos en el silencio era casi doloroso. Por un tiempo, entre la posada y la forja, ninguno de ambos edificios fue visible. Sólo se veía el extraño paisaje de la nieve arremolinada. Sólo su padre avanzando torpemente en la nieve profunda. Luego la forja apareció como una estría oscura en la nieve. Sólo se veía el borde del techo. Lared nunca había salido con semejante tiempo, pero Papá hallaba sin equivocarse la nieve menos profunda, evitando los lugares hondos, donde les cubriría la cabeza.

El viento había acumulado nieve ante la puerta de la forja. Avanzaron hasta la ancha ventana en la parte superior de la puerta, que se abría hacia adentro. La nieve cedió y descendieron al interior.

—Ayúdame a alimentar el fuego. —Aún ardía desde el día anterior. ¿Pero qué tarea era tan urgente como para arriesgar la vida en plena tormenta?

La respuesta llegó cuando Lared intentó cerrar la ventana.

—¡El fuego! —dijo Papá—. Y deja esa ventana. Los demás necesitan ver la luz.

Los demás. Lared comprendió de inmediato. Esa noche lo convertirían en hombre. Era un gran honor hacerlo en semejante tormenta, siempre que los demás acudieran. Y acudieron, en efecto, de dos en dos, hasta que hubo dieciocho hombres apiñados y sudorosos en la herrería. Dejaron un tramo despejado desde la ventana abierta hasta el fuego de la fragua.

—Estamos entre el fuego y el hielo —dijo Papá.

—Hielo y fuego —entonaron los otros.

—¿Afrontarás el fuego o afrontarás el hielo?

¿Qué significaba afrontar el uno o el otro? ¿Cómo podía pasar una prueba si

desconocía, el significado de la pregunta?

Lared titubeó.

Los hombres murmuraron.

Lared trató de imaginar lo que se proponían. El fuego era Clany, la muerte dolorosa; el hielo era la nieve de fuera, sin huellas para guiarlo a casa. Prefiero el hielo al fuego. Pero luego pensó: Si he de afrontar dos peligros, ¿cuál prefiero tener delante y cuál detrás? Afrontaré el que más temo. Tal vez ésa sea la prueba.

—El fuego —dijo.

Muchas manos lo obligaron a afrontar el fuego. Los fuelles carraspeaban. Las cenizas volaban. Numerosas manos le quitaron la ropa, hasta que el fuego le calentó la piel por delante, y el viento de la puerta lo congeló por detrás.

—En el comienzo —recitó Papá—, era la era del sueño, cuando todos los hombres y mujeres añoraban la noche y odiaban los días de vigilia. Había entre ellos uno con poder, que odiaba el sueño, y todos sus caminos eran destrucción. Su nombre era Doon, y nadie le conoció hasta el Día del Despertar, cuando vino un grito desde el mundo de acero: ¡Mirad al hombre que ha robado el sueño! Entonces el nombre de Doon se conoció por doquier, pues los durmientes le pertenecían, y no quedó nadie a quien no se obligara a despertar.

¿Qué habría significado esto para mí, se preguntó Lared, si no hubiera conocido el rostro de Doon en el recuerdo? Un misterio, un mito, si no lo hubiera conocido, pero sé la verdad que hay detrás, he hablado con Doon cara a cara, y sé cómo le brillan los ojos cuando sabe que tienes miedo. También he sido Doon, y aunque él era malévolo, el somec era peor.

—Entonces —dijo Papá— los mundos quedaron perdidos en la luz. Ya no podían hallar las estrellas del cielo. Durante cinco mil años estuvieron perdidos, hasta que los hombres aprendieron a viajar contra la luz, a viajar tan deprisa que pudieron hacerlo sin el sueño que Doon había robado. Luego se hallaron nuevamente, hallaron todos los mundos salvo uno, el mundo conocido por el nombre santo.

—Hielo y fuego —murmuraron los otros hombres.

—Sólo aquí, entre el fuego y el hielo, se puede pronunciar el nombre. —Papá apoyó los pulgares en los ojos de Lared—. Worthing —dijo, y luego susurró—: Repítelo.

—Worthing —dijo Lared.

—Era el mundo más lejano, el mundo más profundo, y era el mundo donde Dios se había dormido cuando despertaron los hombres. El nombre de Dios es Jason.

—Jason —repitieron los hombres.

—El mundo estaba lleno de hijos de Dios. Ellos vieron el dolor en los mundos, el dolor del despertar, el dolor del fuego y la luz, y dijeron: *Tendremos compasión con los que han despertado, y les aliviaremos el dolor. No somos Jason, y no podemos*

darles sueño, pero somos hijos de Jason, así que podemos alejarlos del fuego. Somos Hielo, y les cuidaremos las espaldas, y mantendremos a raya la luz.

Saben el final de la historia, comprendió Lared. Saben qué sucedió con el mundo de Jason cuando él concluyó su tarea.

—Ahora —dijo Papá— nos han dado el hielo. ¡Pero recordad el dolor! Aquí, entre el hielo y el fuego, recordamos.

Calló. Los hombres murmuraron.

—Recordamos —dijo alguien.

—El dolor —susurró otro.

—Ha *cambiado* —prosiguió Papá. Ya no recitaba—. Ya no es el Día del Despertar, y no es el Día del Hielo. Es el Día del Dolor, y no dejaré que prevalezcan las viejas costumbres.

Los hombres callaron.

—Lo vimos venir río abajo. Vimos lo que sucede cuando ahora hacemos el hielo y el fuego. Y ese día dije que no lo haríamos aquí.

Lared recordó al hombre quemado vivo en la balsa. Viajaba desde río arriba, donde aún había hielo en las montañas.

—¿Qué debe ocurrir ahora? —preguntó Lared.

Papá parecía desencajado.

—Te arrojamos al fuego. En los viejos días, éramos detenidos. Nuestros brazos no lo conseguían, aunque empujábamos con todas nuestras fuerzas. Lo hacíamos para recordar el dolor. Y para probar a Worthing.

Los hombres aún callaban.

—¡Vimos lo que ocurrió con Clany! ¡Sabemos que Worthing duerme de nuevo! ¡El hielo ya no tiene poder!

—Entonces —dijo el padre de Clany— dale el hielo.

—Él escogió el fuego —señaló otro hombre.

—Ninguno de los dos —se opuso Papá—. Antes lo hacíamos porque no había dolor. Ahora conocemos el dolor y la muerte.

—Dale el hielo —insistió el padre de Clany—. No te nombramos orador para que pudieras salvar a tu hijo.

—¡Si mantenemos viva esta tradición, todos nuestros hijos varones perecerán!

El padre de Clany estaba al borde de las lágrimas. ¿O al borde de la cólera?

—¡Debemos invocarlos! ¡Debemos despertarlos!

—¡Nosotros no matamos a nuestros hijos, ni siquiera para despertar a un dios dormido!

Lared comprendió. Desnudo, el niño a punto de transformarse en hombre era arrojado al fuego, o por la ventana hacia la nieve. Notó que los demás hombres titubeaban. Había muchas generaciones en aquella ceremonia. Toda la incertidumbre

surgida del Día del Dolor les cubría el semblante. Y Lared supo cuánto valía a ojos de ellos. Un chico aficionado a los libros no merecía su confianza; enclenque para su edad, y poco valioso; el hijo del hombre más próspero de la aldea, y objeto de antipatía. No ansian mi muerte, pero si alguien ha de morir para despertar a los hijos de Jason, desean que sea yo. Y Papá se avergüenza de salvarme la vida. Si consienten en dejarme vivir, será porque Papá suplicó, y él no podrá andar por la aldea con la frente alta.

El fuego es demasiado para mí, pensó Lared. Pero puedo afrontar la nieve.

—¿Los hijos de Jason están en el fuego o en el hielo? —preguntó.

Él no debía hablar, pero ya nada ocurría como era debido.

—Son Hielo —dijo Hakkel el carnicero.

—Entonces iré al hielo —declaró Lared.

—No —intervino Papá.

Como respondiendo, el viento aulló afuera. La tregua en la tormenta había cesado.

—Decidme qué debo hacer cuando esté fuera —dijo Lared.

Nadie estaba seguro. Los hijos de Jason siempre los habían detenido antes del final.

—Las palabras que pronunciamos —dijo Papá— son: *Hasta que duermas en hielo*.

—En el fuego decimos *Hasta que despiertes en llamas* —añadió el padre de Clany.

—Entonces caminaré hasta que me quede dormido.

Papá apoyó la mano en el hombro de Lared.

—No. No lo permitiré. —Pero sus ojos decían: Admiro tu coraje.

—Caminaré hasta que me quede dormido —dijo Lared.

No, le dijo una voz en la mente. Yo no te salvaré.

No te pido que lo hagas, pensó Lared, sabiendo que le escuchaban.

No elijas la muerte, dijo Justicia.

—¡Caminaré hasta que muera! —gritó Lared.

Las manos se extendieron hacia él como animalitos dispuestos a devorarlo. Lo alzaron, lo llevaron a la ventana, lo arrojaron al viento y la nieve.

La nieve mordió a Lared, se le metió en la nariz y la boca mientras él luchaba para levantarse. Se irguió jadeando y temblando, las piernas debilitadas por el frío. ¿Qué estoy haciendo? Oh, sí. Caminar hasta dormir. La luz de la ventana arrojaba su sombra en la nieve. Lared avanzó hacia su sombra. El viento lo empujó y lo tumbó de nuevo, pero se levantó y avanzó tambaleándose.

—¡Es suficiente! —gritó su padre, pero no lo era.

Hasta que me duerma. El sueño era hielo para ellos. Habría hielo en las orillas del

río. No estaba lejos. En verano corro hasta allí en tres minutos. Debo traerles hielo del río, debo tomar el frío y llevárselo, tal como Jason tomó al twick en su cuerpo y lo expulsó, y vivió. A partir de esta noche, si sobrevivo, los recuerdos de Jason no me privarán de mí mismo.

Nadie te salvará, le dijo una voz en la mente. Pero no supo si era la voz de Justicia o la de su temor.

No era lejos, pero el viento era cruel y en el río restallaba con más violencia que en la aldea. Lared cayó tenazmente en la nieve hasta descubrir piedras que hasta ayer habían estado hundidas en el cieno. Hoy ya estaban congeladas, y Lared se cortó los dedos entumecidos antes de poder coger una piedra afilada. Se arrodilló a orillas del agua, donde la nieve se derramaba sobre el hielo nuevo y éste extendía sus brazos hacia el río. Unos golpes con la piedra y el hielo del borde se partió; el agua le salpicó los brazos, una caricia tibia. Hurgó en el agua para coger un gran fragmento de hielo, y luego regresó arrastrándose cuesta arriba.

Tenía hielo del río, suficiente para regresar sin que nadie pudiera afirmar que había fallado, pero el viento ahora le arrojaba nieve a la cara, y mientras se esforzaba en avanzar el mundo consistía sólo en puntos blancos que lo embestían. No veía la aldea, no veía nada en la nieve circundante, olvidó incluso dónde estaba el tío. Un momento antes los temblores apenas le permitían asir el hielo; ahora su cuerpo había olvidado que hacía frío.

Entonces, dos sombras salieron de entre los incesantes puntos de nieve. Papá y Jason. Jason precedía la marcha, pero fue Papá quien lo arrojó con una manta.

—Llegué al río —dijo Lared—, y cogí este hielo.

—Ni siquiera se le derrite entre las manos —comentó Papá.

Juntos alzaron a Lared y lo llevaron a través de la nieve. Gritaron, y alguien respondió; alguien volvió a responder más adelante. Había una cadena de hombres en la nieve. Lared no veía el final de la cadena. Se durmió en brazos de su padre.

Despertó temblando violentamente en una tina. Mamá estaba vertiendo agua caliente. Lared gritó de dolor.

Viendo que estaba despierto, Mamá le ofreció la compasión a que estaba acostumbrado.

—¡Necio! ¡Desnudo en la nieve! ¡Todos los hombres son unos necios! —Mamá se volvió hacia el fuego para calentar más agua.

Ella tiene razón, le dijo la voz en la mente.

—Pero también la tenías tú —le susurró Jason.

Los otros hombres estaban allí, los rostros flotando en la luz del fogón. La habitación estaba caldeada y dolía respirar, y Lared no quería que le mirasen de ese modo. Agachó la cabeza, se volvió hacia el costado, se volvió de nuevo, meneando despacio la cabeza.

—Dejadlo —dijo Jason—. Os trajo el hielo, vino a casa dormido. Hizo todo lo que pedisteis.

Los hombres se pusieron sus abrigos y capas, y empezaron a calzarse los guantes.

—Dicen que tu nombre es Jason —dijo Hakkel el carnicero.

—Mi nombre es Jason Worthing —contestó Jason—. ¿Creéis que el padre de Lared os mintió?

—¿Eres Dios? —susurró el padre de Clany.

—No —dijo Jason—. Soy sólo un hombre que envejece, que lamenta no tener una familia y que se pregunta por qué sois tan necios como para abandonar a la vuestra en una noche así.

Salieron por la ventana de la cocina, guiándose unos a otros en la oscuridad.

CUENTOS DE INVIERNO

No era la peor tormenta que habían tenido; la nieve había alcanzado mayor altura otros años, pero el invierno nunca había tenido un comienzo tan duro. En la casa todos lo decían, una y otra vez: *Ésta es la primera tormenta en serio*. Durante tres días el viento siguió soplando, aunque después de esa primera noche la nieve crecía pocos centímetros por vez, y durante el día podían salir para asegurarse de que los animales tuvieran agua y comida.

Lared no salía con los demás. De día permanecía en la cama de Papá, mientras la vida de la casa continuaba. Las mujeres de la aldea se reunieron al tercer día para reanudar la tarea del tejido. Aunque Lared estaba en la misma habitación, no conversaban mucho con él. Lared tenía fiebre y no sentía ganas de hablar, y las mujeres le guardaban tanto respeto que no sabían qué decirle. A fin de cuentas, habían resistido la tormenta sin daño, y muchos sospechaban que Lared, al ofrendarse a la tormenta, les había ahorrado calamidades.

Durante las labores, el calderero cantaba sus canciones y narraba sus cuentos. Tuvieron varias horas de entretenimiento, pero luego hubo una pausa en la conversación, y sólo se oyó el canturreo del volante en el telar. Sala abandonó su labor y caminó hacia el centro de la habitación. Giró dos veces sin mirar a nadie, y se volvió para encarar a Lared, aunque él no supo si ella lo miraba o no.

—Tengo una historia sobre una nevada así. Y un calderero.

—Me gusta eso —dijo el calderero, riendo.

Pero nadie más rió. El rostro de Sala estaba demasiado serio. La historia que se proponía contar venía de otra persona. Lared supo que era Justicia, y también los demás. Todos miraban de soslayo a Justicia, quien tejía con mechones de pelo de caballo. No les prestó atención.

—El nombre del calderero era Juan, y todos los inviernos iba a cierta aldea para alojarse en cierta posada. La aldea estaba en medio de un profundo bosque llamado el Bosque de Aguas. El nombre de la aldea era Worthing, porque el nombre de la posada era Worthing. Juan Calderero se alojaba en la posada porque pertenecía a su hermano. Vivía en una habitación en una alta torre de la posada, con ventanas en todos los costados. Su hermano era Martín Posadero, y tenía un hijo llamado Amós. Amós amaba a su tío Juan, y aguardaba con ansias el invierno, porque los pájaros acudían a Juan Calderero. Era como si le conocieran, y todo el invierno entraban y salían por las ventanas; durante las tormentas se apiñaban en los antepechos.

Lared miró a las mujeres de la habitación. No reaccionaban ante el nombre, pero los labios apretados y los ojos acerados revelaban una expresión que le indujo a preguntarse si ellas también lo consideraban sagrado.

—Los pájaros acudían a él porque le conocían. Cuando volaban, él veía a través de sus ojos y sentía la agitación del aire en sus plumas. Cuando los pájaros estaban enfermos o lastimados, él podía hallar la lesión y sanarlos. También hacía lo mismo con las personas.

Un sanador. El nombre de Worthing. Entonces supieron que la historia de Sala se relacionaba de algún modo con el Día del Dolor.

Pero Lared la interpretó de otro modo. Era una historia relacionada con el mundo de Jason, pero venía después de todo lo que él había escrito en el libro. Justicia había dado a Sala una historia que Lared nunca había escuchado. ¿Lo estaban relegando?

—Cuando el calderero llegaba a la aldea, le llevaban a los enfermos y a los tullidos y él los sanaba. Pero para sanarlos debía morar un tiempo dentro de ellos, y transformarse en ellos, y cuando se marchaba se llevaba los recuerdos consigo, hasta que los recuerdos de mil dolores y temores habitaron en él. Siempre el recuerdo del dolor y el temor, nunca el recuerdo de la curación. Así que cada vez tenía más miedo de curar a los demás, y cada vez ansiaba más quedarse con los pájaros. Ellos sólo recordaban el vuelo y la comida, el apareamiento y los pichones.

»Y cuanto más se apartaba de los aldeanos, más le temían por su poder, hasta que al fin dejaron de considerarlo un hombre, aunque había nacido entre ellos, y él tampoco se consideraba uno de ellos, aunque recordaba casi todos sus sufrimientos.

»Entonces llegó un invierno como éste, y durante una tormenta la nieve fue tan abundante que quebró las vigas de los tejados de algunas casas, y mató y mutiló a la gente dormida, y congeló a otros de tal modo que la enfermedad les trepaba por las piernas y brazos muertos. La gente suplicaba a Juan Calderero: Cúranos, haznos enteros. Él lo intentó, pero eran demasiados al mismo tiempo. No podía trabajar con la suficiente rapidez, y aunque salvó a algunos, la mayoría murió.

»¿Por qué no salvaste a mi hijo?, gritó uno. ¿Por qué no salvaste a mi hija, mi esposa, mi esposo, mi padre, mi madre, mi hermana, mi hermano...? y comenzaron a castigarlo. Lo castigaron matando pájaros y amontonándolos ante la puerta de la posada.

»Cuando vio los pájaros muertos, se enfureció. Había cargado con años de dolor, y ahora mataban los pájaros porque él no atinaba a obrar un milagro capaz de complacerles. Estaba tan furioso que dijo: Podéis morir, he terminado con vosotros. Se cubrió con sus ropas más abrigadas y se marchó.

»Cuando se hubo ido, la tormenta regresó, y sacudió cada casa, y arrancó cada postigo, hasta que la única casa que el viento y la nieve dejaron intacta fue la Posada de Worthing. Los supervivientes fueron a la posada, y luego despacharon partidas para rescatar a los que estaban atrapados en las casas desmoronadas. Pero la tormenta continuaba, y algunos miembros de las partidas desaparecieron, y la nieve era tan alta que sólo las ventanas del segundo piso podían ser usadas como puertas, y muchas de

las casas bajas estaban tapadas y no podían hallarlas.

»Al cuarto día de la partida de Juan Calderero, la desesperación llegó al límite. No quedaba nadie que no hubiera perdido algún pariente en la tormenta, excepto Martín Posadero, quien conservaba con vida a su único hijo, Amós. Amós quería decirles: Necios, si hubierais sido agradecidos con el tío Juan, él no se habría marchado, y habría estado aquí para curar a los que tenían las piernas congeladas o la espalda rota. Pero su padre captó el pensamiento antes que Amós hablara, y le impuso silencio. Nuestra casa está en pie, dijo Martín Posadero, y mi hijo está vivo, y nuestros ojos son tan azules como los de Juan Calderero. ¿Quieres que la furia de ellos caiga sobre nosotros?

Nadie miraba los azules ojos de Justicia, pero todos los veían.

—Callaron pues, y la cuarta noche Juan Calderero regresó, casi congelado de haber vagado en la tormenta, fatigado y silencioso. Entró sin decir nada. Y ellos tampoco hablaron. Se limitaron a tumbarlo a golpes y lo mataron a puntapiés, porque de nada les servía un dios que no podía salvarlos de todo. El pequeño Amós presenció la agonía de Juan Calderero, y cuando creció y halló extraños poderes dentro de sí, como el poder para sanar y el poder para oír y ver a través de los oídos y ojos ajenos, y el poder para recordar cosas que nunca le habían ocurrido, Amós conservó esos poderes en secreto y no los usó para ayudar a los demás, aunque sabía que podía hacerlo. Pero tampoco los usó para vengar la muerte de Juan Calderero. Había visto el recuerdo que los aldeanos tenían de la muerte de Juan Calderero, y no sabía qué era peor, si el temor de antes o la vergüenza posterior. No quería recordar esos sentimientos como propios, así que se mudó a otra ciudad, y nunca más vio Worthing. Fin.

Sala despertó del trance.

—¿Os gustó mi historia? —preguntó.

—Sí —dijeron todos, pues Sala era una niña, y la gente miente a los niños para que se sientan mejor.

Excepto el calderero.

—No me gustan los cuentos en los que mueren los caldereros —dijo—. Es una broma —aclaró. Pero nadie rió.

Esa noche, cuando todos dormían, Lared se quedó despierto, arropado bajo las mantas, en su cama al lado del fuego. Esos días había descansado tanto que no se podía dormir. Se levantó y subió penosamente la escalera, y halló a Jason y Justicia sentados en la habitación de Jason, a la luz de una vela. Había pensado despertarlos. ¿Por qué permanecían levantados?

—¿Supisteis que venía? —preguntó Lared.

Jason negó con la cabeza.

—¿Por qué le contasteis la historia a Sala? —preguntó Lared—. Ese cuento es

posterior. Alude a una época en que los descendientes de Jason eran mucho más poderosos que él. Debieron de pasar cientos de años.

—Tres mil años —dijo Jason.

—¿Quién de vosotros la recuerda? —preguntó Lared—. ¿Tú aún estabas allí, Jason?

—Yo estaba bajo el somec, en mi nave, en el fondo del mar.

—Luego fuiste tú —le dijo Lared a Justicia—. Tú estabas allí.

—Ella nació miles de años después de la muerte de Juan Calderero —respondió Jason—. Pero hay una cadena ininterrumpida. En algún momento todo niño se atreve a penetrar en los recuerdos de los padres. Así que generación tras generación algunos recuerdos sobreviven... los que cada generación ha considerado importante conservar. No es una elección deliberada... simplemente olvidan aquello que no les importa. Yo hallé el recuerdo de Juan Calderero en la mente de Justicia. Incluso hurgué buscando un recuerdo de mí. —Jason rió—. Supongo que es porque mis hijos sólo me conocieron por un tiempo, y lo que hallaban en mi memoria no tenía sentido para ellos. Yo no estoy allí. Busco los recuerdos más antiguos y me han olvidado. Soy sólo un nombre.

Pero Lared no había subido para oír las divagaciones de Jason.

—¿Por qué se la diste a Sala y no a mí?

Justicia desvió los ojos.

—Estábamos riñendo por eso cuando entraste —dijo Jason—. Parece que Sala le preguntó por qué debía ocurrir el Día del Dolor.

—¿Y ésa es la respuesta? ¿La historia de Juan Calderero?

—No —dijo Jason—. Es la clase de respuesta que se da a los niños. No explica el Día del Dolor, sino que forma parte de otra historia. Pertenece a otra parte de tu libro. El Día del Dolor no sobrevino porque hubiera demasiado sufrimiento a un tiempo para que mis hijos pudieran controlarlo. Mis hijos no perdieron el poder de curar los males de la humanidad.

Lared estaba resuelto a lograr que Justicia misma le hablara.

—¿Entonces por qué dejasteis de hacerlo?

Justicia seguía mirando hacia otro lado.

—Estamos escribiendo el libro para contar esa historia —dijo Jason.

Lared pensó en cómo le había sido dado el libro, recordó el cuento narrado por Sala y tuvo un escalofrío.

—¿Le diste ese cuento como un sueño? ¿Vio morir a Juan Calderero?

Eso indujo a Justicia a hablar. Le dijo en la mente: Se lo di en palabras. ¿Qué crees que soy?

—Creo que eres alguien que ve el dolor y puede curarlo, pero decide pasar de largo.

Lared no necesitaba escrutar mentes para entender que esas palabras la habían herido.

—¿Qué? —exclamó Jason—. ¿Y si ella buscara refugio huyendo de la nieve la matarías a puntapiés? Trata de entender antes de juzgar. Ahora vete a la cama. Tuviste tu coqueteo con la muerte la otra noche. Presenciaste mi supervivencia en el jardín de Doon, y eso querías. Nadie te ayudó hasta que lograste lo que te proponías. Si yo te hubiera hallado y te hubiera detenido, o si Justicia te hubiera calentado en el camino, para que no corrieras peligro, ¿qué habría significado esa hora de desnudez en la nieve?

Lared no pronunció la respuesta, porque habría sido como una rendición. O una disculpa. No la pronunció, pero naturalmente ambos la oyeron, y él bajó las escaleras para irse a dormir.

Cuando llegó abajo, halló a su madre despierta y esperando. Ella no dijo una palabra, sólo lo arropó y volvió a su cama. Me cuidan, pensó Lared. Hasta mi madre vigila. Ésa era mejor respuesta que la que le habían dado Jason y Justicia. Con esa respuesta, pudo dormir.

Y cuando se durmió, pudo soñar.

Era de mañana, y Kapock se levantó temprano para preparar el fuego. Había un olor nuevo en el aire. Los demás bromeaban diciendo que Kapock, siempre rodeado de ovejas, no podía oler nada, pero no era así. Podía olerlo todo, pero todos los olores le sabían a oveja.

El olor nuevo era la nieve, un manto delgado en el suelo. Era temprano. Kapock se preguntó si eso anunciaba un invierno fácil o difícil. Se preguntó qué tiempo enviaría Jason ese año, pues era el primer año que Jason no estaba con ellos, el primer año en que Kapock era el alcalde. Ojalá no te fueras, había dicho Kapock. Y si te vas, ojalá Sara fuera alcalde. Pero Jason respondió: *Sara es mejor para poner nombres y narrar cuentos, y tú eres mejor para discernir entre lo bueno y lo malo.*

Sí, Sara era habilidosa para poner nombres. Había pedido a Jason que le hablara de nuevo sobre la Torre Estelar donde dormía la Gente del Hielo. Fue ella quien la llamó Torre Estelar. A partir de las historias, decidió que el sitio donde todos vivían, en la orilla norte del Río Estelar, era Ciudad Celestial, y el vasto río que estaba a una hora de marcha hacia el norte era el Río Celestial, pues era ancho como el firmamento. Y cuando ella y Kapock cruzaron el Río Celestial con todas las ovejas para asentarse en la otra orilla, Sara exclamó sorprendida: *Ya no vivimos en Ciudad Celestial. Tenemos un lugar nuevo.* Y pronto lo llamó Lugar de las Ovejas.

Sara era hábil para poner nombres, pero Kapock no era tan bueno para discernir entre lo bueno y lo malo. Jason no podía equivocarse, pero Kapock nunca sabía qué estaba bien y qué estaba mal. A veces lo que consideraba bueno resultaba estar bien.

Todos sabían que tenía razón cuando les decía que preparasen la paja con tiempo, aun antes de que llegara el frío. Ahora todas las casas estaban secas y caldeadas por dentro, excepto la más nueva, la que estaban construyendo para Wien y Vary. Las primeras nieves les harían decir: Tenías razón.

Pero a veces se equivocaba. Se equivocó cuando intentó que Batta y Hux se casaran. Parecía lo correcto. Eran los dos últimos de las seis primeras Personas del Hielo. Él había desposado a Sara y Vary había escogido a Wien. Hux pensó que era buena idea. Pero Batta se encolerizó y dijo: *Jason nunca te ordenó que te casaras, ¿verdad?* Kapock admitió que ella tenía razón y él no. Jason nunca se equivocaba, y todos se sintieron decepcionados porque él no era tan sabio como Jason. Esta nevada les ayudaría a recobrar la confianza en Kapock.

Kapock recordaba cuatro inviernos en el mundo. En su memoria, el primero era un borrón de luz deslumbrante. Se había asustado porque la nieve era demasiado vasta, y había regresado a la Casa. El segundo invierno fue mejor, porque fue el invierno en que él, Sara y Batta vivieron sólo con la comida que ellos mismos habían cultivado, y fue el invierno en que Jason enseñó a Hux, Wien y Vary a caminar y hablar.

El tercero fue el invierno en que Kapock y Sara fueron a vivir en su casa de la otra orilla del Río Estelar. Era el primer matrimonio y la primera casa nueva, y al llegar el verano vino el primer hijo. Sara lo llamó Ciel.

Pero el cuarto invierno sería éste, con Sara amamantando a Ciel y pidiendo a Kapock que no hablara tanto, y Kapock tenía miedo. Pues en Ciudad Celestial había un problema y él no sabía qué estaba bien ni qué estaba mal.

La ley establecía que las faenas grandes se hacían en conjunto. Así construían casas nuevas en dos días, así cosechaban y roturaban, así trillaban y techaban, así hachaban la leña para el invierno y despejaban nuevas parcelas. Las herramientas eran propiedad común, y también las horas del día.

Así que Kapock no supo qué hacer cuando Linkeree le pidió un hacha y un día.

—¿Para qué? —preguntó Kapock.

Pero Linkeree no quiso decírselo. Kapock nunca sabía cómo hablar con Linkeree, pues Linkeree era parco en palabras. Linkeree era quizá la más inteligente de las Personas del Hielo de la segunda primavera. Él preparó la trampa para peces en el Río Estelar, sin que nadie le enseñara cómo, a menos que Jason lo hubiera hecho en secreto. Linkeree puso bayas en la lana nueva, con lo cual hubo cinco camisas azules. Linkeree era tan raro que jamás se puso una camisa azul. Sin embargo, Kapock no necesitaba a Jason para entender que Linkeree era distinto de los demás, y en algunos sentidos mejor, y por eso Kapock prefirió no discutir sino confiar en él.

—Llévate el hacha hoy —dijo Kapock—, pero esta noche debes partir tu cuota de leña.

Linkeree asintió y se marchó.

Pero Hux estuvo furioso todo el día.

—Todos trabajamos juntos —repitió una y otra vez—. Cuando Jason estaba aquí, nadie se iba a trabajar en secreto. —Era verdad. Pero también era verdad que antes nadie se había opuesto a una decisión de Kapock, una vez que se tomaba. Y Hux refunfuñaba todo el día—: No está bien que Linkeree altere las cosas de este modo.

Kapock no podía discutir con él. Él también se sentía incómodo con el cambio.

Eso había ocurrido cinco días atrás, y cada día por la mañana Linkeree pedía el hacha, y cada noche regresaba y hacía la faena del día mientras los demás cantaban, comían y jugaban en la Primera Casa, donde los nuevos, que estaban aprendiendo a gatear, reían y aplaudían aunque no supieran hablar. Era como si Linkeree ya no fuera uno de ellos, como si viviera solo. Y Hux no cesaba de rezongar. Cuando Linkeree regresaba por la noche, Hux lo miraba hurañamente, pero jamás pronunciaba una queja, y Linkeree no parecía advertir el enfado de Hux.

Pero el día anterior Hux había seguido a Linkeree al bosque, y por la noche le reveló a Kapock lo que había visto. Linkeree había construido una casa.

Linkeree había construido una casa por su cuenta, en un claro del bosque, a media hora de marcha de Ciudad Celestial. Eso estaba mal. Las casas eran obra de todos, y se construían para un hombre y una mujer que deseaban casarse. El hombre y la mujer entraban por la puerta, la cerraban, abrían las ventanas y gritaban por cada una de ellas: *¡Estamos casados!* Kapock y Sara habían sido los primeros, y habían actuado así por mera alegría; ahora todos hacían lo mismo, y nadie estaba casado hasta hacerlo. ¿Pero dónde estaba la esposa de Linkeree? ¿Qué derecho tenía a poseer una casa? La próxima boda, como todos sabían, sería la de Hux y Ryanno. ¿Por qué Linkeree debía tener una casa? Allí sólo se tendría a sí mismo. Estaría solo, lejos de los demás. ¿Para qué?

Kapock no entendía nada. No era tan sabio como Jason. No tendría que haber sido alcalde. Sara y Batta eran más sabias que él. Ambas habían sacado sus conclusiones.

—Linkeree hace lo que le place —dijo Batta—. Le gusta estar solo y tener sus propios pensamientos. Con eso no perjudica a nadie.

—Jason dijo que somos un pueblo —intervino Sara—. Linkeree da a entender que no quiere formar parte de nosotros, y si él no forma parte de nosotros somos menos de lo que éramos.

Ambas eran muy sabias. Para Kapock todo habría sido más fácil si ambas se hubieran puesto de acuerdo.

Esa mañana Linkeree pediría el hacha de nuevo. Y esta vez Kapock tenía que hacer algo.

Sara salió, arropada para proteger del frío su cuerpo y el de Ciel.

—¿Hoy harás algo con Linkeree? —preguntó.

Así que ella también había estado pensando toda la mañana.

—Sí —dijo Kapock.

—¿Qué harás?

—No lo sé.

Sara lo miró asombrada.

—No entiendo por qué Jason te nombró alcalde —dijo.

—Pues yo tampoco —replicó Kapock—. Vamos a desayunar.

Durante el desayuno Linkeree se le acercó, empuñando el hacha. No preguntó. Simplemente esperaba.

Kapock alzó la vista.

—Linkeree, ¿qué te parece si todos cogemos hachas y te ayudamos a terminar la casa que estás construyendo?

Linkeree entrecerró los ojos.

—Ya está terminada.

—¿Entonces para qué necesitas un hacha?

Linkeree miró en torno y vio que todos lo observaban. Acarició el hacha.

—Estoy talando árboles para despejar una parcela.

—Todos haremos eso la próxima primavera. Nos internaremos en el bosque que está al norte de Primer Campo, colina arriba.

—Lo sé —dijo Linkeree—. Os ayudaré con eso. ¿Puedo llevarme el hacha?

—¡No! —exclamó Hux.

Linkeree lo miró fríamente.

—Creí que el alcalde era Kapock.

—No es correcto —dijo Hux—. Te vas todos los días para hacer faenas que nadie necesita, y durante el día nadie te ve, y durante la noche nadie habla contigo. No es correcto.

—Hago mi parte del trabajo —replicó Linkeree—. Lo que hago cuando el trabajo está terminado es mío.

—No —insistió Hux—. Todos somos un pueblo. Lo dijo Jason.

Linkeree guardó silencio y entregó el hacha a Kapock.

Kapock se la devolvió.

—¿Por qué no nos llevas a ver la casa que construiste? —preguntó.

Linkeree se serenó.

—Sí, me gustaría mostrároslo.

Terminaron el desayuno, dejaron a Reck y Sivel con los nuevos, y siguieron a Linkeree hacia el bosque. Kapock precedía la marcha con Linkeree.

—¿Cómo supiste que construí una casa?

—Hux te siguió.

—Hux cree que soy un buey que debe quedarse en el corral hasta que lo necesiten como tiro.

Kapock meneó la cabeza.

—Hux no quiere que las cosas cambien.

—¿Es tan malo que yo esté solo?

—No quiero que estés triste. Yo estoy triste cuando estoy solo.

—Yo no —dijo Linkeree.

La casa tenía un aspecto extraño. Era más pequeña que las otras casas que habían construido, pero más elevada, y había ventanas en lo alto, bajo el tejado. Lo más extraño era el tejado mismo. No era de paja. Era de trozos de madera superpuestos, y sólo había paja en el remate.

Linkeree notó que Kapock miraba el techo.

—Tenía poca paja, así que tuve que hacer algo para terminarla. Creo que esto contendrá la lluvia, y en tal caso no tendré que hacer un tejado nuevo cada año.

Les mostró que había usado troncos partidos para construir un segundo piso, de modo que el interior de la casa no resultaba más pequeño. Era una buena casa, y Kapock se lo dijo.

—A partir de ahora —declaró—, pondremos este segundo piso en todas nuestras casas nuevas, porque crea más espacio.

Todos convinieron en que era una sabia decisión.

—Me alegro de que hayas construido esta bonita casa, Linkeree —dijo entonces Hux—, porque Ryanno y yo vamos a casarnos.

Linkeree se enfadó, pero respondió con calma.

—Me alegra que Ryanno y tú os caséis, Hux, y os ayudaré a construir una casa.

—Hay una casa —dijo Hux—, y Ryanno y yo seremos los próximos en necesitarla, así que es nuestra.

—Yo hice esta casa —replicó Linkeree—. Yo corté la madera. Yo partí los troncos y les abrí muescas. Yo corté los trozos para el techo y los sujeté. Nadie me ayudó, y nadie excepto yo vivirá en esta casa.

—Usaste el hacha que nos pertenece a todos —repuso Hux—. Usaste días que nos pertenecen a todos. Comiste alimentos que nos pertenecen a todos. Tu casa está en un terreno que nos pertenece a todos. Tu vida nos pertenece a todos, y todos te pertenecemos.

—No os quiero a vosotros. Y no me tendréis a mí.

—¡Comiste el pan que yo ayudé a sembrar el año pasado! —exclamó Hux—. ¡Devuélveme el pan!

Linkeree apretó el puño, y con brazos fortalecidos de tanto acarrear troncos le pegó en el vientre. Hux lloró. Nunca había ocurrido nada semejante, y Kapock no necesitó mucha sabiduría para comprender que aquello estaba mal.

—¿Qué harás ahora, Linkeree? —preguntó—. Si quieres quedarte con el hacha para ti solo, y digo que no, ¿me pegarás? Si quieres casarte con una mujer, y ella dice que no, ¿le pegarás hasta que diga que sí?

Linkeree se aferró el puño con la otra mano y lo miró fijamente.

Kapock trató de pensar. ¿Qué hubiera hecho Jason? Pero él no podía ser Jason. Jason podía leerles la mente y saber qué pensaban. Kapock no podía hacer lo mismo. Sólo podía juzgar actos y palabras.

—Las palabras se deben responder con palabras —dijo Kapock—. Una persona no es un pescado que pueda ser golpeado sobre una roca. Una persona no es una cabra a la que se le pueda dar un palmetazo si no se mueve. Las palabras se deben responder con palabras, y los golpes se deben responder con golpes.

Todos estuvieron de acuerdo. Parecía justo.

Hux parecía dispuesto a asestar el golpe vengativo, pero Kapock no lo consintió.

—Si tú le pegas, continuaría la misma pelea. Debemos escoger a otro para que le pegue, así el golpe será de todos nosotros, y no sólo de uno.

Pero nadie quería hacerlo.

Finalmente Sara le entregó el pequeño Ciel a Batta.

—Yo lo haré —dijo—, pues es preciso hacerlo. —Se acercó a Linkeree y le asestó un puñetazo en el vientre. Era tan fuerte como cualquier hombre, de tanto acarrear ovejas y levantar cercas con Kapock, y Linkeree se tambaleó.

—Ahora bien, en cuanto a la casa —continuó Kapock—. Hux tiene su parte de razón, pues no es justo que un hombre sin esposa tenga una casa antes que él y Ryanno. Pero Linkeree también tiene su razón, pues no es justo que otro se adueñe de una casa que Linkeree construyó solo. Jason sabría qué hacer, pero él no está aquí, y así yo declaro que nadie vivirá en esta casa hasta que se haya edificado una casa para Ryanno y Hux. La construiremos en cuanto podamos, pero hasta entonces esta casa permanecerá vacía.

Todos convinieron en que era la respuesta adecuada, incluidos Linkeree y Hux.

Pero la nieve se derritió ese día, y esa noche llovió, y el suelo estaba blando y húmedo. No podían construir una casa sobre terreno blando. Y al cabo de cuatro semanas de lluvia, el frío llegó de pronto, y cayeron densas nevadas, y tuvieron que apresurarse a construir un establo porque los animales podían quedarse sin refugio si el tejado del establo se rompía. Así que construyeron un establo en vez de una casa para Ryanno y Hux, con paredes de barro y ramas, y luego el invierno estuvo demasiado avanzado para construir.

—Lo lamento —dijo Kapock—. No pudimos contra el tiempo, y era preciso construir el establo, y ahora hace demasiado frío para construir una casa. La nieve no se irá hasta la primavera.

Hux y Linkeree se enfurecieron.

—¿Por qué Ryanno y yo hemos de esperar cuando hay una casa terminada? — protestó Hux.

—¿Por qué he de quedarme aquí todo el invierno, cuando la casa que construí para mí se encuentra vacía? —dijo Linkeree—. Yo construí mi casa, y estoy harto de esperar.

Kapock les pidió que se calmaran, y admitió que no estaba bien que hubiera una casa vacía.

—Pero no sé quién de vosotros debería tener la casa. Cuando Jason estaba aquí, la gente sólo obtenía su casa al casarse. Él nunca entregó una casa a alguien que no iba a formar una familia.

—Nunca hubo nadie que construyera su casa solo —señaló Linkeree.

—Eso es verdad. Pues bien, he aquí mi decisión. La casa pertenece a Linkeree porque él la construyó solo. Pero no está bien que un hombre solo posea una casa cuando Ryanno y Hux desean casarse y no tienen una donde estar juntos. Así que este invierno, hasta que podamos construirles su propia casa en primavera, Ryanno y Hux vivirán en la casa de Linkeree, y Linkeree vivirá con nosotros.

Todos consideraron que era correcto y justo, excepto Linkeree, que no dijo nada.

Ryanno y Hux fueron a la casa de Linkeree y gritaron desde las ventanas, incluido el ventanuco del piso superior, pero nadie se sentía feliz como de costumbre porque todos sabían que no era su verdadera casa.

Esa noche Linkeree prendió fuego a la casa y despertó a Hux y Ryanno a gritos para que pudieran huir.

—¡Nadie excepto yo vivirá en la casa que construí! —gritó Linkeree, y se internó corriendo en la nieve.

Hux y Ryanno caminaron descalzos sobre la nieve para regresar a Primera Casa, y Batta, que había aprendido las reglas de la curación, cortó dos dedos del pie de Ryanno y un dedo de la mano de Hux para salvarles la vida.

En cuanto a Linkeree, había robado un hacha y un poco de comida, y se había marchado en la nieve.

¿Cómo podía un hombre vivir solo en la nieve, sin casa ni amigos? Todos estaban seguros de que Linkeree moriría. Hux rezongó que merecía morir, porque él había perdido un dedo y Ryanno dos del pie. Pero Batta dijo:

—Un dedo no es una vida.

Por la mañana ella también se fue, con una sartén, una docena de patatas y dos mantas de lana azul.

Kapock tenía miedo. Jason regresaría y preguntaría: ¿Cómo están las personas que dejé a tu cuidado? Y Kapock respondería: Todas están bien excepto Hux y Ryanno, que perdieron algunos dedos, y Linkeree y Batta, que huyeron y murieron juntos en la nieve. No podía soportar que así fuera. Ya no podía hacer nada por los

dedos perdidos, pero sí por Batta y Linkeree.

Dejó a Sara como alcaldesa, aunque ella le pidió que no fuera, y se marchó con una sierra en la mano, un rollo de hilo de bramante al hombro y un saco con pan y queso echado a la espalda.

—Si tú también mueres, ¿cómo nos ayudarás? —preguntó Sara, alzando a Ciel para que Kapock recordara a su hijo.

—Prefiero morir a decirle a Jason que permití la muerte de Linkeree y Batta.

Kapock buscó en el bosque durante tres días hasta encontrarlos. Vivían en un tosco refugio levantado contra una colina.

—Estamos casados —dijeron, pero tenían hambre y frío.

Kapock les dio queso y pan, y juntos escogieron un sitio sobre terreno firme, pero al abrigo de una colina. Cortaron varillas de un árbol, barrieron la nieve y toda la tarde la pasaron talando árboles y partiendo troncos. Con la sierra, Linkeree cortó las tejas, y en tres días la casa estuvo construida. Era pequeña y no tenía ventanas, pero era lo mejor que podían lograr en el frío, y el interior era bastante cálido y seco.

—Esta casa me pertenece a mí tanto como a vosotros —dijo Kapock al terminar.

—Es verdad —convino Batta.

—Os daré mi parte de esta casa, si construyes para Hux la misma casa que incendiaste, y debes hacerlo solo. Antes de trabajar en la ampliación de tu casa, debes construir una buena casa para Hux.

—Sólo puedo hacerlo en primavera —dijo Linkeree—. Es un trabajo demasiado delicado para realizarlo precipitadamente o en un terreno ablandado por la nieve.

—En primavera está bien.

Kapock regresó a casa, y todo ese invierno Sara y Ciel vivieron en Primera Casa, con los nuevos, mientras Hux y Ryanno vivían en la casa de Kapock y Sara. Todos los días Kapock y Sara cruzaban el río para cuidar las ovejas, pero cuando Hux y Ryanno intentaban devolverle la casa, Kapock se negaba. Mientras Linkeree y Batta tuvieran casa propia, Ryanno y Hux también tendrían una casa. Sara entendía la sabiduría de la decisión de Kapock, y no se quejó. Y hubo paz.

Jason no había anunciado cuándo regresaría. Durante largo tiempo Kapock lo aguardó todos los días. Pero llegó la primavera, y araron y sembraron, y el verano, y talaron árboles y construyeron casas. Era casi otoño cuando Jason regresó. Era una madrugada, y Kapock y los perros y Dor, uno de los nuevos del año anterior, conducían las ovejas a un prado de las colinas, al sudoeste de Ciudad Celestial. Dor, que conocía el camino, encabezaba la marcha. Kapock iba detrás, cayado en mano, vigilando a las rezagadas. Las ovejas bebían en un arroyo cuando oyó pasos a sus espaldas. Se volvió y vio a Jason.

—Jason —susurró Kapock.

Jason sonrió y le tocó el hombro.

—He visto todo lo que ocurrió, todo lo que tenía importancia para que todos lo recordaran. Y has actuado bien, Kapock. La riña entre Linkeree y Hux pudo haber destruido Ciudad Celestial.

—Temí que todas mis decisiones fueran erróneas.

—Todas fueron acertadas, dadas las circunstancias.

—Pero yo no lo sabía. No estaba seguro.

—Nadie lo está nunca. Hiciste lo que creías justo. Es todo lo que hacemos. Lo mismo hice yo al nombrarte alcalde. Nos salió bastante bien a ambos, ¿verdad?

Kapock no supo qué decir.

—Ayer mi Ciel habló. Me llamó por mi nombre. Es como tú dijiste, Jason. Los pequeños que hacemos no son tan fuertes como tus Personas del Hielo, pero aprenden y crecen, tal como los corderos que se transforman en carneros y ovejas. Él dijo mi nombre.

Jason sonrió.

—Dentro de catorce días, lleva a toda la gente al extremo oeste de Primer Campo, bajo el brazo de la Torre Estelar. Entonces traeré más nuevos.

—Todos se alegrarán. —Y Kapock preguntó—: ¿Te quedarás? Quédate y podré ser de nuevo Kapock el pastor, en vez de Kapock el alcalde.

—No —dijo Jason—. Ya nunca me quedaré. Unos días, unas semanas si es preciso, pero no más. Pero regresaré cada año el mismo día, durante algunos años más, para traer más nuevos.

—¿Debo ser alcalde para siempre? —preguntó Kapock.

—No, Kapock. Llegará un momento, dentro de algunos años, en que te llevaré conmigo a la Torre Estelar, y dejaré a otra persona como alcalde. Alguien como tú, que no codicie el puesto. Te llevaré conmigo y un día te traeré de vuelta, sin que hayas envejecido, y verás cómo cambió el mundo mientras dormías.

—¿Seré Hielo de nuevo?

—Serás Hielo de nuevo —dijo Jason.

—¿Y Sara? ¿Y Ciel?

—Si se lo ganan —dijo Jason.

—Sara se lo ganará. En cuanto a Ciel, pondré todo mi empeño...

—Ya basta. Tus ovejas aguardan. Y Dor se preguntará quién soy. No creo que me recuerde.

—Catorce días —dijo Kapock—. Todos estarán allí. Ahora hay nueve casas, y han nacido cuatro hijos, y cinco mujeres están encintas. Sara de nuevo. Es una de ellas.

—Sé todo eso —respondió Jason—. Adiós.

Se marchó, dejando a Kapock con las ovejas, los perros y Dor.

A Dor le brillaban los ojos.

—¿Era Jason, verdad? —exclamó—. Habló contigo.

Kapock asintió.

—Llevemos las ovejas a las colinas, Dor.

Y en el camino le contó historias sobre Jason.

Lared escribió la historia sentado en la cama, apoyando el pergamino sobre una tabla. Todos le vieron escribir, y las mujeres le pidieron que leyera en voz alta. No trataba realmente sobre Jason, y Lared no veía inconveniente, así que leyó el cuento.

Antes del final todos tomaron partido: algunos daban la razón a Hux y otros a Linkeree.

Cuando hubo terminado, Sala preguntó:

—¿Por qué Kapock tuvo que perder su casa? Él y Sara no hicieron nada malo.

—Cuando amas a la gente —respondió Mamá—, haces lo que sea para brindarle felicidad.

Si eso es cierto, pensó Lared, ¿por qué Justicia no nos protege, tal como ella y otros hijos de Jason hacían antes?

Cuando Papá regresó, le contaron la historia y le repitieron la pregunta de Sala.

—Pagó el precio —dijo Papá—. Alguien tiene que pagar el precio. —Se volvió hacia Lared—. En cuanto se despeje el tiempo, cogeremos los trineos para traer los árboles que marcaste. No podemos hacerlo sin ti.

—No —se opuso Mamá—. Todavía no está bien.

—Estaré preparado —dijo Lared.

8

VOLVIENDO A CASA

Partieron con las primeras luces, veintidós hombres con once yuntas de caballos tirando de trineos. Lared precedía la marcha, y ese año, por primera vez desde que había comenzado a marcar los árboles, estaba incluido en el número total de hombres. Había marcado cuarenta y cuatro árboles, cuatro por equipo. Y Papá viajaba a su lado en el primer equipo.

Uno por uno llegaron a los árboles que Lared había marcado. Dos hombres con hachas y sierras se detenían ante el cuarto árbol. Lo cortaban, lo acarreaban hasta el tercer árbol, cortaban ése y regresaban al segundo y al primero, y luego a casa. Equipo por equipo, los hombres más experimentados y los caballos más fuertes en el tramo final, pues tendrían que recorrer una distancia mayor para llevar la madera a casa. Lared y Papá serían los últimos esta vez. Ambos se lo habían ganado.

Sólo quedaban seis de ellos al anochecer, cuando tuvieron que acampar. Habían traído zarzos y estacas en los trineos, suficientes para construir un establo para los caballos y una choza grande para los hombres. Tardaron sólo media hora en levantarlos. Todos los años construían la misma estructura, y ensayaban en la aldea, durante el solsticio de verano.

—Puedes estar orgulloso de ti mismo —dijo Jason—. Oh, ¿te sobresalté?

Lared terminó de limpiarse con hojas heladas y nieve.

—Tú no sabes lo que es eso. Nadie te sobresaltó jamás en tu vida.

—En ocasiones.

—¿Por qué debo estar orgulloso de mí mismo?

—Encabezas la marcha. Y señalaste el debilitamiento en el tope del árbol para el mástil, así que convinieron en que debían cortarlo este año, en vez de esperar a que sea el mejor mástil que jamás haya flotado río abajo... estuviste imponente.

—No te burles de mí.

—No me burlo. Te lo has ganado. Como mi primer viaje en solitario en un crucero. Ritos de pasaje. He vivido un largo tiempo, y todavía veo cómo los jóvenes asumen responsabilidades antes de comprender que la irresponsabilidad era mejor, pero los amo por ello. No hay mejor momento en la vida.

—No lo había, hasta que tú lo mencionaste —dijo Lared.

—¿Te muestro qué aspecto tenías?

—¿A qué te refieres?

Poco después lo vio ante sus ojos, suplantando su propia visión: él mismo tal como Jason lo había visto ese día, hablando pomposamente con los mayores. Sólo ahora veía las sonrisas disimuladas. Todos bien dispuestos, pues le tenían simpatía, pero paternalistas. Aún era un chico que fingía ser un hombre. Y cuando la visión se

disipó, sintió vergüenza. Se alejó de Jason en la creciente oscuridad.

—Creí que ya estabas harto de vagar por la nieve —dijo Jason.

—¡Tú y Justicia! ¡Y vuestras visiones! ¿Os habéis visto a vosotros mismos?

—Siempre —dijo Jason, caminando hacia él.

—¿Qué ganas con eso? ¿Avergonzarme?

—Ahora mira de nuevo.

—No.

Pero no sirvió de nada protestar. De nuevo acudió una visión, pero esta vez era su propio recuerdo, sus emociones del momento. Marchando al frente del grupo, hablando con su padre, explicando sus decisiones a los hombres atentos. Sólo que ahora su amargura y vergüenza eran como un vidrio pintado que lo teñía todo de un tono más oscuro. Sintió nuevamente la felicidad que había sentido durante todo el día. Pero ahora se consideraba un tonto, y estaba furioso.

—¡Basta! —gritó.

—¡Lared! —La voz de su padre resonó en el lejano campamento—. ¿Algún problema?

—¡No, Papá!

—Regresa, entonces. Ya está anocheciendo.

Lared no respondió, pues nuevamente Justicia le puso una visión en los ojos. Los mismos recuerdos del mismo día, pero esta vez no a través de los ojos de Jason, ni los de Lared, sino como lo veía su padre. Durante todo el día, mientras Lared hablaba, Papá notaba que era tonto; pero también le recordaba a sí mismo cuando era un muchacho, a sí mismo en un día similar. Recordaba al chico que había aferrado tercamente un trozo de hielo del río, para defender el honor, la fe o la virilidad. El amor y la admiración eran tan intensos que cuando la visión se disipó Lared tenía los ojos llenos de lágrimas. Nunca había sido padre, pero recordaba la paternidad, y sintió pena por el niño que se había ido para siempre, que él no había retenido, que había sido él mismo.

—¿Qué me estáis haciendo? —susurró.

Una rama crujió en lo alto, y cayó nieve cerca de ambos.

—Es la última vez —respondió Jason.

Las mismas escenas, de nuevo en su propio recuerdo. Sólo que esta vez se vio con mayor nitidez. Ya no creía en la felicidad, pero tampoco en el desdén. Se vio a sí mismo como a través de los años. Vio que era joven, pero no se lo reprochó. También vio que era feliz, pero no deseó conservar ese sentimiento. Recordaba muy bien el dolor de haber descubierto que era tonto. Se vio como lo veía Papá, como un niño en la senda de los años, reflejando la infancia con cada movimiento, pero prometiendo la madurez. Y esa combinación de tonta felicidad, vergüenza y amor significaba algo. Hasta entonces, los recuerdos no habían significado nada. Pero las visiones de hoy

habían adquirido una potente resonancia; su vida entera vibraba en ella. Y sin embargo Lared no atinaba a descubrir por qué ese día era tan importante.

Jason se le acercó y le cogió los hombros casi en un abrazo.

—¿Fuiste feliz antes?

—¿Antes de qué?

—¿Antes de que te mostráramos cómo era en realidad?

—Sí. Fui feliz. —Y la felicidad recordada era más intensa que la felicidad misma.

—¿Y luego qué?

—Rabia. Vergüenza. —¿Era el dolor, pues, lo que volvía tan intensa la alegría? ¿Era ésa la lección de Jason? Cierto o no, Lared no sentía gratitud. No le agradaba que lo tallaran dándole la forma que conviniese al propósito de Jason, que lo insertaran y lo ajustaran con una cuña en el mango de un hacha.

—Bien, Lared. ¿Qué sientes ahora?

Me han lastimado, y estás usando la herida para sermonearme, y si eso hacen los dioses, ojalá no existieran.

—No te quiero cerca de mí. —Se alejó de Jason a la carrera, dirigiéndose a la fogata.

Mientras corría, Justicia le hablaba en la mente con voz reconfortante. Alegría, Lared. Lo que sientes es alegría. La felicidad, el dolor, el amor. Todo al mismo tiempo. Recuérdalo.

¡Lárgate de mi mente!, gritó Lared dentro de sí mismo.

Pero permaneció en vela, recordándolo.

—Lared —dijo Papá, tendido junto a él—, hoy todos estuvimos orgullosos de ti.

Lared no quería que le mintieran, y sabía la verdad.

—Los demás se rieron de mí.

Papá no respondió enseguida.

—Con afecto, sí. Te tienen simpatía. —Un silencio más largo—. Yo no me reí de ti.

—Escogí los árboles correctos.

—Sí, Lared.

—¿Entonces por qué se rieron?

—Porque se te veía tan orgulloso de montar tu primer caballo... Todos montaron alguna vez su primer caballo.

—Se rieron porque yo me pavoneaba como un gallo en el gallinero.

—Sí —dijo Papá—. ¿Acaso eres Dios? ¿Todos deben tomarte siempre en serio?

Eran palabras duras, pero Papá le tocó el brazo para mostrarle que también eran amables.

—Como dije, Lared, hoy estuve orgulloso de ti.

Lared sintió los ojos azules de Jason ardiéndole dentro de la mente. Estoy a solas

con mi padre, Jason. ¿No puedo estar a solas con él? Sintió que Justicia lo acechaba, preparándose para echarle un velo sobre la visión y hacerle ver el sueño que ella escogiera. ¿Por qué me das esos sueños, Justicia? ¿He olvidado cómo soñar?

¿Qué eres, Jason? Dios, eso eres. Entrando y saliendo de tu nave estelar, sin envejecer, mientras tu gente vivía y moría. Llevaste a algunos escogidos contigo, y ellos también conservaron la juventud. Kapock te acompañó antes de que su hijo hubiera crecido; Sara también dejó algunos pequeños. Tú les diste gran prestigio, y los separaste de todo lo que amaban. Te adoraban, Jason Worthing, ¿y qué ganaron con ello? Cualquiera puede mentir a los niños para ganarse su amor. Funcionó conmigo.

Ah, le susurró Justicia en la mente. Luego no te agrada que creyeran en Jason. Prefieres la duda. Prefieres a los que saben lo que Jason es realmente.

Lared recordó la única burbuja que se había preservado. Garol Stipock. El único hombre que podía recordar Capitol y sabía que Jason Worthing era mortal. Una vez había intentado demostrar esa mortalidad. ¿Le devolviste su memoria?

¿Qué se hace con el pasado de otro hombre? Jason meció en sus manos el estuche de la burbuja de Stipock. El pasado de Stipock en sus manos, y el cuerpo viviente de Stipock, caliente de somec, en el corredor. El último de los colonos originales esperando el despertar.

Antes de que el misil averiase esta nave, yo planeaba cómo tratar con trescientas personas que querían asesinarme. Tenía ideas. Mantenerlos vulnerables, riñendo entre sí, dependiendo de mí para la estabilidad. No tuve que hacerlo. Ahora, en vez de sembrar agitación, mantengo la paz. Encuentro a los mejores, los más sabios, actúan unos años como alcaldes y luego los traigo aquí. Los reservo para momentos de necesidad. Nunca les pedí que me considerasen Dios, pero el prestigio que ello otorga a quienes traigo a la nave hace de Ciudad Celestial un pueblo seguro y estable. Desde hace sesenta años, un sitio seguro.

Y estancado.

Arrojó la burbuja al aire y la recogió. Stipock no le había profesado odio. No quería mi sangre, sólo quería lo mismo que Doon: interrumpir el juego. Stipock era alguien que no creía. En su infancia había creído demasiado en la religión. Yo no podría haber creado una sociedad que a él resultara más irritante que ésta, con su fe ingenua, su acatamiento a la autoridad. Les preguntaría por qué obedecen al alcalde. Porque Jason no está, responderían. Bien, ¿por qué obedecéis a Jason? Porque él fue el primero. Porque él nos creó. Porque todo obedece a Jason.

¿Se lo contarás, Stipock? ¿Les enseñarás todo sobre Capitol? ¿Les hablarás de estrellas y planetas, de cómo curvar la luz y la gravedad? No, no eres tan tonto para creer que puedes transformar la pura ignorancia en ciencia verdadera. Verás los

bueyes y los arados de madera, los trabajos en bronce y hojalata, la fe en Jason y la apacible confianza en los alcaldes de Jason, y no les hablarás de física.

Sino de revolución.

Sería tonto despertarte con tus recuerdos. Otro nuevo más, otro bebé, el último de todos, y confiarías en mí como confiaste en el dios de tus padres, hasta tu desilusión. Pero yo nunca te desilusionaría. Soy lo que anhelaste toda la vida: alguien en quien creer. Conozco los pensamientos de tu corazón, nunca envejezco, voy y vengo a mi antojo, saco gente de mi torre y respondo a todas las preguntas, y nunca sabrás que mi respuesta no es la verdad. Soy el dios que no falla nunca.

Pero si tienes tu memoria, seremos enemigos, y tú eres al que más temo. Sin malicia, sin afán de poder, no un rival ante la fe de mi pueblo, sino un enemigo de la fe misma. Desbaratarás las historias que han optado por creer, cambiarás el sentido de todo lo que sucede. Te están esperando, como esperan en cada generación del mundo: los jóvenes, los resentidos que quieren reemplazar a sus padres. Los catalizadores de todas las culturas que hallé en el ordenador de la nave. Ninguna sociedad puede permanecer igual, porque los jóvenes tienen que cambiar las cosas, para demostrar que hay una razón por la que vivir. Ellos esperan que llegues para decirles que no crean.

Jason presionó el estuche entre las palmas. Te borraré y serás mío. Nadie lo sabrá nunca, y la vida en Ciudad Celestial será mejor gracias a ello.

Pero no aplastó el estuche. Caminó hacia el ataúd de Stipock, sosteniendo su memoria, sosteniendo en las manos la infancia de Stipock.

Trató de entender por qué iba a hacerlo. ¿Cierta sentido de justicia, la idea de que no se puede robar el pasado de un hombre? Estaba bien que ocurriera por accidente, era correcto aprovechar las jugarretas del destino, pero hacerlo adrede era un asesinato, ¿o no?

Sin embargo, Jason había matado antes, había estado en la mente de un hombre en el instante en que sus misiles lo arrastraban al brillante túnel de la muerte. Lo haría sin vacilar, si pensaba que así su gente estaría mejor. No lo detendría ningún escrúpulo moral, si sus hijos lo necesitaban.

Sus hijos. Por ellos pondría la burbuja en su sitio y devolvería su vida a Stipock. Jason ni siquiera sabía qué beneficio se obtendría con ello. Quizá su gente no necesitaba el bien en ese momento. Quizá necesitaba un atisbo del mal. Alguien que hiciera en esa sociedad estable lo que Doon había hecho en Capitol. El problema era que él nunca había averiguado cómo había terminado la revolución de Doon.

¿Quién es alcalde? ¿Noyock? Pobre Hop. ¿Qué voy a hacerte? Introduciré una rebelión en tu ciudad. Mejor dicho, una rebelión en la propia casa de Noyock. Era una situación perturbadora. Noyock cumplía su segundo período como alcalde; había dormido cuatro décadas. Tenía menos de cuarenta años, físicamente, y su hijo Aven

era mayor. Se acercaba a los sesenta y encanecía. Aven ya había comprendido que Jason no lo llevaría a la torre. Era imposible. Aven era un hombre terco y vengativo, y nunca funcionaría como alcalde. Ahora Aven se desquitaba con Hoom, su hijo menor, gobernándolo con la misma crueldad con que habría gobernado la ciudad, demostrando una y otra vez que Jason había tenido razón al no escogerlo. Hoom era distinto. Se parecía a Noyock, tenía aptitudes, siempre que su adolescencia no lo arruinara.

El año anterior, al comprender la gravedad de la situación, Jason había pensado en llevarse a Hoom de la casa de Aven. Pero el bien de todos era más importante que el bien individual. Si invadía la familia una vez, en la tercera generación, los ecos reverberarían en la historia. Hoom pagaría por la seguridad de Ciudad Celestial. Era cruel pero necesario.

¿Y por qué resucito a Stipock, si el bien general es más importante que cualquier individuo? Jason titubeó de nuevo antes de despertar a su enemigo dormido. ¿Cómo atreverme a hacerlo, cuando ni siquiera sé por qué lo hago?

Pero sabía que debía hacerlo, y sólo podía confiar en su impulso ciego. Podía sondear y comprender otras mentes, pero ante la suya estaba tan desvalido como los demás. Por alguna razón, no a pesar sino a causa del amor que profesaba a su gente, debía dejar a Stipock en libertad de hacer lo que inevitablemente haría.

Bajó las palancas, se apoyó contra la pared para esperar a que Garol Stipock despertara. Ahora que se había decidido a devolverle la memoria, debía buscar un modo de explicarle por qué la colonia era así, y por qué había tardado sesenta años en despertarlo.

Casi amanecía cuando llevaron el bote hacia la orilla. Stipock estaba casi desnudo, empapado, y tenía frío. Los demás reían al verle tiritar, pero era una risa eufórica, y lo admiraban por lo que había hecho esa mañana. Stipock se había aficionado a navegar en el gran lago interior del Sector ff3L, y le agradaba nadar de nuevo, aunque el río estuviera algo turbio. Pero lo más agradable no era nadar y navegar *de nuevo*. Sentía la alegría de la *primera vez*: nunca un bote había surcado las aguas de ese mundo; nunca esos niños habían visto nadar a un ser humano.

—¡Debes enseñarnos! —pidió Dilna—. Si salgo de nuevo en ese bote, quiero aprender a nadar.

—Si encuentro tiempo libre después de construir carreteras, cortar tejas y responder a tus ridículas *preguntas*... —dijo Stipock.

Wix rió.

—Si no te hiciéramos preguntas, hablarías de todos modos. Te gusta hablar, Stipock.

—Pero Hoom es el único que escucha.

Hoom sonrió pero no dijo nada. Se quedó sentado junto al bote, aferrando la madera que había trabajado siguiendo las instrucciones de Stipock. Pocos carpinteros poseían la destreza de Hoom. Era lento, pero había fabricado un bote hermético como un tonel, que apenas necesitaba la pátina de caucho con que lo calafatearon. Stipock había pensado en empezar con una canoa, pero era fácil caerse de una canoa y los chicos no sabían nadar. De no haber tenido a Hoom como carpintero, no lo habría logrado.

—Bien —intervino Dilna—, ¿cuándo hacemos una demostración pública?

—Hoy —dijo Wix—. Ahora. Llamemos a toda Ciudad Celestial para que nos vea flotar en el agua como un trozo de madera.

Dilna tanteó el bote con el pie.

—Es un trozo de madera.

Le sonrió a Hoom para demostrarle que no había malicia en el comentario. Hoom le devolvió la sonrisa. Stipock disfrutaba viendo ese enamoramiento. Era una de las delicias de estar con gente joven: todo ocurría por primera vez, todo era nuevo, aún creían en el futuro. Nadie los había arrancado de la vida para arrojarlos a una nave colonial y enviarlos al confín del universo en manos de un piloto estelar que quería ser Dios.

—Creo que deberíamos esperar antes de mostrárselo a todo el mundo —dijo Stipock—. Esta mañana debo reunirme con Noyock. Le hablaré del asunto. Además, no basta con flotar en el agua. Tenemos que ir a alguna parte. Al otro lado, creo. Tu padre debería venir con nosotros, Hoom.

¿Por qué Hoom se sobresaltaba?

—No estoy de acuerdo —dijo.

—Imagina praderas que continuaran para siempre. Espacio para millones de reses.

—Millones —repitió Dilna—. Eso es lo que me gusta de ti, Stipock. Siempre piensas en pequeño. —Y, como de costumbre, Dilna devolvió a todos a la realidad—. Ahora tenemos que regresar. Es de mañana, y todos se preguntarán dónde estamos.

Stipock salió primero, con Wix, porque comprendió que Hoom quería rezagarse para estar un rato a solas con Dilna. Wix se despidió cuando subieron a la colina de Noyock, y bajó a la ciudad. Stipock tomó el camino de tierra que conducía a la casa del alcalde Noyock.

A Stipock le costaba tomar al alcalde en serio. Lo había visto con demasiada frecuencia en Capitol, el zalamero y omnipresente agente de Jason Worthing, apareciendo en cada holograma, como si así pudiera llegar a ser algo más del diez por ciento de un hombre. Aquí todo era diferente, desde luego. Hop Noyock, por lo que recordaba, nunca había sido un adulador ni un parásito. Stipock había visto los destrozos en la nave, los ataúdes dañados, las burbujas estropeadas. Sabía que llegar a

un mundo con la mente vacía significaba un nuevo comienzo para todos.

Pero no tan vacía. Como Jason estaba presente en cada parte de la colonia, la mente de Jason estaba impresa en toda la llamada Ciudad Celestial. Worthing, el piloto estelar, por fin había conseguido lo que anhelaba: la adoración absoluta de unos labriegos retrasados y degradados. No se esforzaba en enseñarles de qué era capaz la mente humana. Cómo era el universo. Sólo charlatanería religiosa, como un antiguo emperador tratando de convencer a su pueblo de que era un dios. Excepto que Jason había tenido mejor suerte que la mayoría. Contaba con milagros para probarlo. Sólo Stipock sabía que su aparente juventud eterna no era más que somec, que su sabiduría era sólo una discreta educación en el sistema escolar de Capitol, que sus milagros dependían de máquinas ocultas en la Torre Estelar. Qué diablos, la nave colonial; me han contagiado esa expresión.

Stipock sabía qué le deparaba la suerte. Jason le había devuelto la memoria y lo había dejado ir a la colonia sin trabas. Sólo podía existir una razón para semejante acto: el ególatra Jason Worthing aún necesitaba un público, aún necesitaba que la gente de Capitol lo adorase. Stipock era la única persona que podía mirar y aplaudir. Pero me arrancarás pocas ovaciones, se dijo con fervor. He pasado la vida frustrando a tiranos pomposos, dogmáticos y egoístas como tú, y lo haré de nuevo. Lo haré como siempre lo hice antes: con la verdad. Es lo único que los Worthing de este mundo no pueden soportar mucho tiempo.

Stipock no era un ingenuo. Sabía a qué se enfrentaba. Sesenta años de mentiras y milagros, el poder y la autoridad de Jason, habían transformado aquella sociedad en una rígida y poderosa teocracia donde el alcalde actuaba como un arcángel de Jason custodiando el árbol de la vida. Jason todavía conserva el poder de los gobernantes de Capitol: aún controla el somec, y si lo desea puede dejarme a la zaga mientras él y sus servidores escogidos botan como guijarros en la superficie del tiempo. Pero mientras Jason dormía, Stipock podía hacer su propia obra destructiva. Deshilacharé tu paño, Jason, lo haré jirones antes que despiertes. Me has dado tres años hasta tu próximo regreso. Veremos qué puedo hacer en ese tiempo.

Sin darse cuenta, Jason le había dado un arma poderosa. Como Stipock era el último de los nuevos, como Stipock había salido de la nave andando y hablando, con conocimientos y un vocabulario muy superiores al resto de la colonia, parte del aura de divinidad de Jason rodeaba también a Stipock. Los más fervientes adoradores de Jason no se atrevían a discutir abiertamente con Stipock, que gozaba de gran prestigio. Eso le daba libertad.

Hasta ahora. Sin duda Noyock lo había citado para intentar silenciarlo. Bien, Noyock, inténtalo. Pero ya he despabilado a muchos y tu autoridad no es tan firme. Todo castigo que me impongas sólo me hará un mártir a ojos de quienes han comprendido el retraso de Ciudad Celestial. He llevado a los jóvenes al agua y les he

enseñado a nadar. Ya no seguirán atrapados entre ríos.

Aun así, Stipock tenía la honestidad suficiente para confesarse, al llamar a la puerta de Noyock, que tenía miedo. Noyock no era sólo producto del prestigio compartido de Jason. No se había hecho poderoso únicamente merced al puesto de alcalde. Noyock había sido alcalde antes, durante siete años, y había hecho mucho para cambiar y mejorar la vida de Ciudad Celestial. Él había fundado las aldeas lejanas; él había dividido la tierra para que cada familia trabajara la propia, y las faenas comunes ahora se limitaban a la construcción de caminos, la tala de árboles y la cosecha. El resultado había consistido en una mayor prosperidad, un auge del crecimiento, y ahora, en su segundo período como alcalde, Noyock aún era un líder energético y eficaz que contaba con la confianza de aquellos que importaban. Incluido Stipock. Aunque Stipock lo despreciara por ser agente de Jason, no dejaba de ver que Noyock era un déspota benévolo. Lamentablemente, los déspotas benévolos eran los peores: era mucho más difícil convencer a los demás de que debían derrocarlos.

La puerta se abrió. Era Aven, hijo de Noyock. Saludó a Stipock con frialdad.

—Adelante.

—Gracias, Aven. ¿Cómo anda todo?

—Tienes el pelo mojado —dijo Aven.

—Estuve en el agua —respondió Stipock.

Aven lo estudió un instante.

—Has construido tu bote, ¿verdad?

—No soy carpintero —dijo Stipock.

Comprendió que había sido una tontería, pues al instante incriminaba al hijo de Aven. En Ciudad Celestial no había mejor carpintero que Hoom. Y por la expresión airada de Aven, Stipock comprendió que Hoom había mentado al decirle que a su padre no le importaba. El hombre parecía capaz de matar cuando estaba furioso.

—Como mi padre construyó esta casa hace muchos años —dijo Aven—, antes que Jason lo llevara a la Torre Estelar, le permito usar dos habitaciones de arriba para atender sus obligaciones como alcalde. Eso significa que debo permitir que toda clase de chusma entre en mi casa... pero sólo el tiempo suficiente para que suba la escalera y entre en la alcaldía.

—A mí también me van bien las cosas —repuso Stipock.

Saludó jovialmente a Aven mientras subía la escalera. Hoom tenía razón: su padre era una compañía tan grata como un jabalí en el bosque.

La puerta de la oficina estaba abierta, y Stipock lo vio encorvado sobre una mesa, escribiendo sobre un retazo de piel de oveja. Stipock pensó en la posibilidad de fabricar papel usando trapos y pulpa, aunque todavía no se necesitaba mucho papel ni había gente suficiente para consagrarse a esa tarea. Con todo, valdría la pena enseñarles. El pergamino era muy primitivo, y no se obtenía más que una hoja grande

por cada animal sacrificado.

—Oh, Stipock —dijo Noyock—. ¿Por qué no me avisaste que habías llegado?

—No te preocupes. Estaba pensando.

Noyock lo hizo pasar. Stipock miró de soslayo lo que Noyock estaba escribiendo.

—La crónica —dijo Noyock—. Cada mes me tomo algunos días para consignar los hechos de importancia.

—Los hechos que tú consideras importantes.

—Desde luego. ¿Cómo puedo escribir sobre lo que *tú* consideras importante? Jason lo anunció hace años: cualquiera que lo desee puede escribir una crónica. Algunos lo han hecho. Siempre es interesante compararlas. Es como si viviéramos en mundos distintos. Pero el alcalde suele estar más al corriente de lo que ocurre. A fin de cuentas, lo que es importante habitualmente es un problema, y los problemas siempre llegan al alcalde. Así ha sido desde los tiempos de Kapock.

—Hay algunas cosas que tú ignoras.

—Menos de las que crees —repuso Noyock—. Por ejemplo, sé que estuviste diciendo a los chicos que Jason no debería escoger al alcalde, que debería someterse a votación.

—En efecto.

—He pensado mucho en ello. Y pienso que si lo hiciéramos, habitualmente escogeríamos a alguien que nos gustara. El problema es que el alcalde debe tomar muchas decisiones que no gustan a nadie. Entonces nadie querría que esa persona fuera alcalde. O bien cambiamos de alcalde a cada momento o bien escogemos alcaldes que gobiernan mal porque nunca ofenden a nadie. Y antes de que empieces a contradecirme, Stipock, te diré que éstas son sólo mis reflexiones del momento, y me pregunto si tendrás la amabilidad de reflexionar sobre ellas tanto como yo reflexioné sobre tus ideas antes de intentar responderte.

Noyock sonrió, y Stipock no pudo evitar sonreír a su vez.

—Eres un bastardo ingenioso.

Noyock enarcó las cejas.

—¿Bastardo? Ojalá tú y Jason anotarais esas palabras que los demás no recordamos, así las aprenderíamos.

—Qué más da. Hay muchas que no vale la pena conocer.

Noyock se reclinó en la silla.

—Stipock, me he interesado mucho en lo que has hecho en tus seis meses de estancia entre nosotros. Trabajas con empeño en cada tarea. Nadie te llama haragán, y nadie te llama tonto. Pero también oigo quejas sobre ti. En general de los mayores. Están preocupados por las cosas que enseñas a los jóvenes.

—No me detendré —dijo Stipock.

—Oh, nadie te pide eso.

—¿No? —preguntó Stipock, sorprendido.

—No, sólo quiero hacerlo oficial. Para que dejen de quejarse. Quiero que seas profesor. Quiero que sea tu tarea, así como las ovejas están a cargo de Ravvy y las vacas de Aven. He pensado en cederte una parcela y pedir a tus alumnos que la trabajen. Pagarán con sudor lo que tú les metes en la cabeza.

Stipock quedó genuinamente sorprendido. E intrigado.

—¿Quieres que les enseñe? ¿Tienes idea de lo que yo digo?

—Oh, sí. Les enseñas que el mundo es una esfera giratoria, y que el sol es una estrella. Les dices que la enfermedad es obra de animales diminutos, que el cerebro es la sede de la mente. Y tu historia de que Jason es sólo uno de los muchos que conducen Torres Estelares por el firmamento ha despertado en los chicos interesantes especulaciones acerca de otros mundos, con todos los milagros de que hablas. Tiene poco valor práctico, por cierto, pero no temo a lo que pueda ocurrir si los jóvenes piensan cosas que ninguno de nosotros ha pensado. Creo que conviene alentarlos, y no al revés. Por eso quiero que seas profesor.

—¿Pero por qué?

—Sabes cosas que nos resolverán problemas. Has hablado de un molino impulsado por agua para moler el grano... quiero construirlo, y quiero que enseñes a los jóvenes los principios, para que podamos construir más. Has hablado de botes tan seguros que nos permitirían cruzar el Gran Río y navegar hasta el océano.

—¿Sabes que existe el océano?

—Desde luego.

—Los chicos no lo sabían.

—A quienes estuvimos en la Torre Estelar, Jason nos mostró mapas del mundo: dónde están las tierras de pastoreo, los bosques, los metales ocultos en la tierra, los grandes ríos y mares. Nos ha mostrado el ordenador y las figuras que dibuja en el aire, nos ha mostrado los ataúdes donde duerme la Gente del Hielo. Incluso me mostró tu cuerpo, y me advirtió que quizá te despertaría esta vez.

—Pero no se lo dijiste a nadie.

—No ha habido necesidad.

—Pero ni siquiera saben la forma y el tamaño del mundo donde viven.

—Si preguntan, respondo. Nadie pregunta.

—¿Por qué iban a preguntar? Nadie sabe lo que tú.

—Bien, tú no has mantenido tus conocimientos en secreto, y eso es lo que importa ahora. Construye botes, Stipock, y lleva a esos chicos que te adoran allende el río. Yo te ayudaré. Puedo mantener a raya a los padres asustados. Funda una nueva aldea allá, con un río que sólo podrán cruzar aquellos que hayan aprendido a conducir tus botes, y brinda a estos chicos la oportunidad de ser hombres y mujeres sin que los padres les anden encima.

No era lo que Stipock esperaba. Había pensado en una reprimenda; había ido preparado para un enfrentamiento.

—¿No comprendes que diluirás tu poder, Noyock?

Noyock asintió con gravedad.

—Lo sé muy bien. Pero Ciudad Celestial crece sin cesar. Jason me aconsejó que dividiera mi trabajo y delegara funciones en los mejores hombres y mujeres. Puse a Worinn a cargo de la construcción de caminos firmes, y lo está haciendo bien. La joven Dilna es maestra de herramientas, pues todos saben que trabaja el metal mejor que nadie. Poritil es maestro de cosechas y guardián del grano...

—Y lo hace bien. No sabía que eran tan nuevos. Pensé que Jason había montado el sistema.

—Él lo sugirió. Yo sólo lo llevé a cabo. Pero tú... No me dijo qué hacer contigo.

—Pero dijiste que te advertió.

—Que los jóvenes te seguirían, y que yo no debía interferir, excepto...

—¿Excepto?

—Que es preciso mantener la paz y la ley en Ciudad Celestial.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que cuando llesves a los chicos a la otra orilla, Stipock, no les enseñarás a desobedecer la ley. Sé más sobre la vida de la Gente del Hielo de lo que tú crees. Jason nos contó que no valoraban el matrimonio, y se apareaban a su antojo, y mataban a sus hijos...

—Veo que te dio una imagen neutra del asunto...

—Necesitamos a nuestros hijos, Stipock. Yo estuve aquí cuando éramos sólo quince, además de Jason. Estuve aquí cuando nacieron los primeros bebés, antes de que fueran hombres y mujeres. Ahora hay casi un millar. Ahora hay gente que puede pasar todo su tiempo de labor en la forja o el telar, para que quienes desempeñan mejor una tarea no deban abandonarla para desbrozar el campo o esquilar ovejas. Ahora somos libres de seguir nuestras predilecciones. No conviene que haya dos, tres o cuatro ciudades separadas, cada cual haciendo algo que entre todos podemos hacer con mayor facilidad. Somos demasiado pocos para eso. Y Jason me advirtió de otra cosa.

—¿Qué? —Stipock esperaba que fuera una alusión a él.

—La guerra. ¿Conoces la palabra?

Stipock sonrió socarronamente.

—Era la especialidad de Jason.

—Lo más parecido que hubo aquí fue el incendio de la casa, en el primer año de Kapock. Jason me contó historias acerca de cómo sería. Le creo.

—También yo.

—La simiente está ahí, Stipock. La simiente de la guerra está en esta casa. Mi

nieto Hoom odia a su padre, y mi hijo Aven ha hecho lo posible para ganarse ese odio. Busca entre los jóvenes, Stipock. Halla a los mejores. No a un tonto desafortunado como Billin. Quizá Coren, a pesar de que tienda al favoritismo. Tal vez Wix... sereno, poco propenso a la ira. O Hoom mismo, aunque temo que ha asimilado demasiada amargura y poco amor. Antes de llevar a los chicos a la otra margen, ven a mí y nombraremos un subalcalde para la otra orilla.

—No.

Noyock sonrió.

—¿Tienes otra sugerencia?

—En la otra orilla, si gentes que creen en mí fundan una nueva ciudad... ya no son chicos, Noyock... escogeremos al líder a nuestro modo.

—Interesante. ¿Qué tal una solución intermedia? Escojamos un subalcalde para el primer año, y después dejaremos que la gente elija a su líder.

—Te conocí antes, Noyock. Al menos sabía quién eras.

—No me interesa hablar de ello. Ya tengo bastantes problemas siendo quien soy ahora, sin que me fastidies con pensamientos sobre quién fui en otra vida.

—No, no me proponía insistir. Sólo quería decirte algo... Nunca habría creído que eras el mismo hombre. Al margen de los errores que Jason haya cometido aquí, ha hecho un buen hombre de Hop Noyock.

—Pero tú, Stipock, eres el mismo hombre de antes.

Stipock sonrió.

—Y no soy mejor, ¿verdad? Bien, al menos no soy tan malo. Cuando el hombre a cargo del poder es tan flexible como tú, es difícil odiarlo. Pero te prometo que si me permites hacer lo que tú mismo propones, dentro de diez años el cargo de alcalde será electivo, y las leyes serán redactadas por la gente de este lugar en vez de seguir los dictámenes de un único juez, rey y legislador.

Noyock rió y sacudió la cabeza.

—No sólo usas palabras que nunca oí, sino que pretendes ser capaz de prever el futuro. No exageres, Stipock. Ni siquiera Jason puede ver el futuro.

Pero Stipock sabía que sobrevendrían cambios, y sabía que ya estaba dando forma a esos cambios. Noyock se lo daba como un obsequio. Una ciudad propia, con un río entre su gente y el alcalde, autoridad para enseñar como juzgara conveniente y comenzar a modernizar ese lugar atrasado; y una promesa de democracia. Me atenderé a eso, pensó Stipock. Y cuando Jason regrese, verá el efecto de una pequeña dosis de verdad y libertad, aun en la sociedad medieval que ha creado.

Se despidió de Noyock y abrió la puerta para marcharse. Abajo oyó gritos.

—¿Harás lo que yo te prohíba?

Y el chasquido de un golpe.

—¿Harás lo que yo te prohíba?

Silencio. Y otro golpe. Estrépito de sillas caídas.

—¡Te estoy hablando, mozalbete! ¿Harás lo que yo te prohíba?

Noyock salió de la oficina y cerró la puerta.

—Creo que tu hijo está golpeando a tu nieto, Noyock.

—Y creo que tú conoces la causa —dijo Noyock.

Stipock se volvió y replicó ásperamente:

—¡Hoom me dijo que tenía permiso!

—¿Eres tan sabio, Stipock, y no puedes ver la mentira en el rostro de un niño? No, no bajas. Todavía no. Esto es entre padre e hijo.

Abajo se oyó:

—¿Harás lo que yo te prohíba? ¡Responde, Hoom!

Esten, la esposa de Aven, suplicó a su esposo que dejara de golpear al muchacho.

—Está aporreando al niño. ¿Es parte de las atribuciones de los padres? —protestó Stipock.

—Si el niño es pequeño, nos lo llevamos para salvarle la vida. Pero Hoom tiene edad suficiente para no dejarse pegar. Escucha... le dice a su madre que los deje en paz. Él no quiere protección, Stipock.

—¡Responde, insolente!

Abajo, Hoom gritó de dolor.

—¡Sí, Papá, haré lo que tú prohíbas! Navegaré por el río, iré a donde me plazca. Fuiste un tonto al prohibírmelo...

—¿Cómo me has llamado? ¿Cómo...?

—¡No, Papá! ¡No me toques de nuevo! ¡Me has pegado por última vez!

—¿Conque crees que puedes plantarme cara?

Noyock enfiló hacia la escalera.

—Ahora es el momento de intervenir —murmuró al pasar.

Stipock lo siguió.

Llegaron justo cuando Aven cogía una pata de una silla rota y avanzaba hacia su hijo, que lo observaba desafiante desde un rincón.

—Basta ya —dijo Noyock.

Aven se detuvo.

—No es cosa tuya, Papá.

Resultaba patético que aquel cincuentón llamara Papá a Noyock, que aparentaba quince años menos.

—Pasó a ser cosa mía cuando le pusiste la mano encima —dijo Noyock—, y pasó a ser cosa de toda Ciudad Celestial cuando empuñaste un arma. ¿Acaso Hoom es un tejón al que hay que matar para proteger los conejos?

Aven bajó la pata de la silla.

—Él me amenazó.

—Cuando tú lo golpeas y él simplemente se dispone a devolver el golpe, Aven, creo que la amenaza es más que oportuna.

—¿Qué derecho tienes, como mi padre o como alcalde, a entrometerte en lo que ocurre en mi propio hogar?

—Un problema interesante... al que ofrezco la siguiente solución. Hoom, acabo de pedir a Stipock que construya botes, más grandes que el que está escondido a orillas del río.

Noyock se las trae, pensó Stipock. Ni siquiera me dio a entender que ya sabía que habíamos construido un bote.

—Eres el carpintero que se encargará de que se construyan botes buenos y seguros. Lo declaro un proyecto de toda la ciudad, de modo que los botes nos pertenecerán a todos... pero te pongo a ti a cargo de la construcción.

Hoom abrió los ojos.

—¿Será mi cuota de peón?

—Tu cuota de maestro —respondió Noyock.

—¡Maestro! —exclamó Aven—. ¡Es como decir que no es mi hijo!

Habría sido bastante malo otorgar a Hoom una cuota de peón, con derecho a alimentos y abrigo para vivir por su cuenta. Pero una cuota de maestro le bastaría para construir una casa, y lo liberaría de estar disponible, como otros jóvenes, para construir caminos o talar árboles. Noyock lo había denominado proyecto de la ciudad, con lo cual Hoom dispondría de poder para llamar a otros a trabajar una parte de las siete semanas de siete horas que cada hombre y mujer debía a la comunidad. Noyock había puesto a Hoom por encima de Aven. Hoom podía abandonar la casa y quedar libre de la autoridad del padre.

Además, Aven quedaba humillado ante el hijo. Y Noyock lo sabía.

—Cuando cogiste esa pata de silla en la mano, Aven, declaraste que él no era tu hijo. Yo sólo termino bien lo que tú empezaste mal. Stipock, estas decisiones tienen efecto inmediato... ¿Ayudarás a Hoom a sacar su ropa de la casa del padre, y le permitirás vivir contigo hasta que él halle una esposa o construya una casa?

—Lo haré con gusto —dijo Stipock.

Aven se marchó en silencio de la habitación, apartando a Esten del camino. La mujer se acercó al suegro y le cogió la mano.

—Noyock, me alegro por mí hijo. Pero mi esposo...

—A tu esposo le gusta esgrimir una autoridad que no posee —dijo Noyock—. Crié a nueve hijas mujeres y a un hijo varón. He llegado a la conclusión de que soy mejor padre para las mujeres que para los varones. —Se volvió hacia Hoom—. ¿Qué estás esperando? Stipock siguió a Hoom escalera arriba. Tardaron poco en recoger las pertenencias de Hoom. Tres camisas, dos pantalones, botas de invierno, un abrigo, guantes, una gorra de piel. Envolvieron todo con el abrigo y Stipock se calzó el bulto

bajo el brazo. Hoom llevó las únicas cosas que valoraba: la sierra y la azuela que Dilna le había confeccionado, la obra que Noyock había visto antes de nombrarla maestra de herramientas. Stipock se maravillaba ante las escasas pertenencias de Hoom, de todo el mundo. Era lamentable: un carpintero obligado a usar utensilios de bronce, cuando habría hierro en el mundo si Jason se hubiera preocupado por sacar a su colonia de la edad oscura. Es el mejor obsequio que puedo hacer a estas gentes, pensó. Puedo llevarlos al desierto del sur, donde los árboles tienen raíces de doscientos metros de longitud, y hacerles explotar el hierro que aguarda en los peñascos, el único hierro del mundo al alcance de la mano, y les daré máquinas y herramientas para guiarlos de la oscuridad hacia la luz.

Hoom se detuvo ante la puerta de su habitación y le echó una ojeada.

—Pronto tendrás casa propia —dijo Stipock.

—Yo quería pertenecer a esta casa —murmuró Hoom—. Ahora él me odia, y nunca tendré posibilidad de enderezar las cosas.

—Dale tiempo para que te vea como hombre, Hoom, y verás que lo acepta.

Hoom sacudió la cabeza.

—No, no me perdonará. —Sonrió—. Me parezco demasiado a mi abuelo, ¿no lo entiendes? Aquí nunca tuve una oportunidad.

Hoom dio media vuelta y echó a andar. Stipock lo siguió escalera abajo. Al salir de la casa, se dijo: Recuerda que Hoom ve más de lo que otros creen que ve.

En la mañana del solsticio estival, Hoom y Dilna salieron de la casa y, con todos los hombres, mujeres y niños de la ciudad de Stipock, abordaron un bote y avanzaron contra la corriente impulsados por el viento sudoeste, hacia la orilla de Bahía de Linkeree. Ahora había nueve botes, y Hoom los había construido todos; a causa de estos botes, había reses pastando en los accidentados prados del norte, y una nueva mina de estaño con una veta más rica que las anteriores y, sobre todo, la Ciudad de Stipock, donde Wix era alcalde porque los ciudadanos lo habían votado. Todo porque Hoom podía construir un bote sólido donde no entraba el agua. Miró a todos los que estaban a bordo de su propio bote, y a los de los demás botes a lo largo del río, y les dijo en silencio: Os di esto con mis propias manos. Estos botes, este río, el viento en las velas, ellos representan lo que soy en Ciudad Celestial.

Y Stipock me lo dio todo, cuando me enseñó cómo debía ser una embarcación.

Y Dilna me lo dio todo, cuando fabricó las herramientas apropiadas.

Y mi abuelo me lo dio todo, cuando me liberó de mi padre. A su modo, pues, ellos también habían fabricado los botes.

Pero entre ellos y el agua estoy yo. Estos botes son yo mismo, y algún día me llevarán a la mar.

—Estás callado —dijo Dilna.

—Siempre estoy callado.

—El viento del río le da hambre —dijo Dilna, amamantando al pequeño Cammar—. A mí el viento me da ganas de gritar. Pero a ti te invita al silencio.

Hoom sonrió.

—Hoy habrá muchas oportunidades de gritar, cuando votemos.

Dilna movió la cabeza.

—¿Crees que lo aprobarán?

—El abuelo dice que sí. Si todos los habitantes de la Ciudad de Stipock lo votamos, se aprobará. Tendremos un consejo para redactar nuestras leyes, y no tengo dudas, Dilna, de que terminarás formando parte de él, y le gritarás a la gente cuando quieras.

—¡Dejad de hablar y preparaos para atracar! —exclamó Wix desde el timón.

Dilna se apartó del pecho la boca de Cammar, pero Hoom la detuvo.

—No tienes que hacer todos los trabajos continuamente. Somos bastantes para llevar el bote a la costa sin interrumpir el desayuno de Cammar.

Saltó por la borda, cuerda en mano, y avanzó chapoteando, arrastrando el bote por el canal que habían abierto en desembarcos anteriores. Los demás le ayudaron, y pronto el bote estuvo encallado en tierra. En el lado del río que les pertenecía, habían construido plataformas flotantes atadas a la costa, y amarraban los botes sin tener que mojarse los pies. Pero los habitantes de Ciudad Celestial no querían construir esos muelles ni permitir que fuesen construidos. «Si os gusta vivir allende las aguas —declaraban—, no os molestará mojaros los pies». Era otra de las razones por las cuales había sido tan difícil llegar a la solución propuesta por el abuelo. Se habían generado muchos rencores durante los dos años de existencia de la Ciudad de Stipock. Mezquindades, como cuando un grupo de mayores exigió que Noyock no descontara de las siete semanas de siete horas las faenas realizadas en la otra orilla. Papá había intervenido en eso. Y la larga riña acerca de si Dilna tenía derecho a trasladar herramientas a la otra orilla. Papá había sido el inspirador de esa idea, y había iniciado la reyerta en cuanto Dilna se casó con Hoom. No soportaba que Hoom tuviera hijos propios, que al fin se viera libre de él.

Pero ya no puedes lastimarme, Papá. Dilna es mi esposa, Wix y Stipock son mis amigos, tengo mi hijo, mi casa, mis herramientas, y sobre todo mis botes. Nadie se había opuesto a que Hoom decidiera construir su astillero en la otra orilla. «Odio ver esos botes —dijo Papá—. Por mí, que los construyan bajo el agua».

Avanzaron juntos camino arriba. Ningún carro ni caballo acudió a recibirlos. Hoom casi oía los rezongos de su padre: *Ellos tienen sus propios carros y caballos en la otra margen. ¿Por qué han de usar los nuestros?* Pero no estaba tan mal. Casi todos eran amigos, y las excepciones eran tolerables. Billin, por ejemplo, con su lengua viperina y su amor por las riñas. Pero Hoom sabía cómo eludirlo, casi

siempre. Ese día, por ejemplo, Billin iba rodeado por el pequeño grupo de amigotes que lo consideraban sabio. Caminaban detrás del resto, sin duda planeando algo absurdo; por ejemplo, cómo entrar en la Torre Estelar para derrocar a Jason, o algo parecido.

En la cresta de la Colina de Noyock miraron hacia atrás y vieron sus botes en la orilla, luego miraron hacia el otro lado y vieron la Torre Estelar, elevándose a mayor altura que ellos, un objeto vasto, macizo y tan blanco que en invierno casi desaparecía. Ahora, en verano, relumbraba bajo el sol.

Al pie de la Torre Estelar, estaba Primer Campo, donde dos años y medio atrás Jason les había presentado a Stipock. Stipock, que no temía a nadie, ni siquiera a Jason. Stipock, que les había abierto el mundo. Stipock, que era aún más grande que el abuelo.

Durante una hora hablaron de nuevo en Primer Campo, y Noyock volvió a explicarles el convenio a que había llegado en los últimos meses, a pesar de las riñas, a pesar de que muchos afirmaban que si los *chicos* no volvían a casa debían dividir el mundo en el río y no verse más. La solución era sencilla y elegante como las herramientas de Dilna: bellas porque funcionaban. Ciudad Celestial se dividía en sectores: Ciudad Celestial, Ciudad de Stipock, Bahía de Linkeree, Fragua de Wien, Molinos de Hux, Prado de Kapock y Colina de Noyock. Cada grupo gozaba de cierta autoridad para decidir sobre sus problemas, y cada cual escogería a alguien para integrar el Consejo, donde junto con el alcalde decidirían las leyes, juzgarían a los infractores y zanjarían disputas entre esos sectores.

—Ahora somos demasiados —concluyó Noyock—, demasiados para que un hombre como yo conozca a todos y tome todas las decisiones. Pero incluso con estos cambios, o mejor dicho, *gracias* a estos cambios, todavía somos un pueblo, y cuando Jason regrese después de la cosecha, verá que hemos hallado un modo de dirimir nuestras diferencias sin odios ni divisiones.

Era un discurso esperanzado. Prometía muchas cosas, y era obvio que Noyock creía en él. Hoom también creía en él.

Pero luego se realizó la votación, y Billin y sus amigos votaron con Aven y los que odiaban la Ciudad de Stipock, y la solución fracasó.

El mitin se disolvió caóticamente. Durante una hora, los habitantes de Ciudad de Stipock riñeron y discutieron. Al final fue evidente que Billin sólo buscaba la separación total, y cuando llamó perro a Wix —porque siempre ladraba cuando Noyock se lo ordenaba—, Wix se largó y echó a andar colina arriba. Hoom y Dilna le siguieron, con Cammar en brazos de Hoom. Fueron los primeros en llegar a la cima de Colina de Noyock, y los primeros en ver las naves en llamas.

Lanzaron un grito de alarma y pidieron ayuda, pero ya era demasiado tarde. Muchos trabajaron tratando de llevar agua hasta los botes, pero el fuego era

demasiado feroz para aproximarse demasiado, y Hoom ni siquiera se molestó. Se sentó en la orilla, con Cammar en el regazo, viendo las llamas que bailaban sobre el agua, y pensó: Me habéis quemado, me habéis matado sobre el agua, Papá. Tú y quienes te ayudaron. Habéis deshecho lo que hice, y estoy muerto.

Horas después, exhaustos, ante botes que eran meros esqueletos de madera ennegrecida, todos miraron el ocaso y deliberaron con desánimo.

—Podemos construir nuevas naves —dijo Dilna—. Todavía soy maestra de herramientas, y Hoom todavía sabe hacerlo. Sabemos que Noyock nos dará autorización. ¡Nuestros enemigos no pueden detenernos!

—Se tarda tres meses en construir una nave.

—Las vacas quedarán sin ordeñar —respondió alguien.

—Los jardines se poblarán de malezas.

—El ganado se volverá salvaje.

—¿Dónde viviremos mientras las construimos?

—¿Con nuestros padres?

Y en medio de esa cólera desesperanzada, se oyó la voz de Billin.

—¿En qué nos protegió la ley de Jason? Confiamos en Noyock, pero él no tuvo poder para salvarnos. Si deseamos protección, debemos procurárnosla nosotros mismos.

Wix trató de silenciarlo.

—Fuiste tú quien consiguió esto, al votar contra nosotros.

—¿Crees que eso cambió las cosas? Lo tenían planeado antes del comienzo del mitin. Fice, Aven, Orecet y Kree... sabían que ésta sería su única oportunidad, la única vez que acudiríamos todos, que todos nuestros botes estarían aquí, y en Ciudad de Stipock no quedaría nadie para cruzar el río y llevarnos a casa. Incendieron nuestro único camino de regreso. ¡Yo digo que debemos pagarles con la misma moneda!

Por una vez, Hoom estuvo de acuerdo con Billin. ¿Qué más podían hacer? Nada remediaría el daño que les habían causado. De nuevo mi padre, cuando yo creía estar libre.

La exasperación se intensificó mientras anochecía. Encendieron fogatas en la playa, y sus amigos de Ciudad Celestial se acercaron a ofrecerles comida y lechos para pernoctar. Una por una las familias se fueron, y sólo quedaron las más enfadadas, las que aún escuchaban las palabras de odio y venganza de Billin.

—Ven conmigo —dijo Dilna—. Roun y Ul nos han ofrecido un sitio donde dormir, y Cammar y yo necesitamos descansar.

—Pues id —replicó Hoom.

Ella aguardó un poco más con la esperanza de que él la acompañara. Pero Hoom se quedó y Dilna se marchó. Al final sólo quedó un grupo reunido ante las fogatas de

la playa. La luna se ponía en el oeste, y pronto la noche se volvió aún más oscura.

Hoom elevó la voz.

—Tú no haces más que cacarear —le dijo a Billin—. Sólo hablas de cómo lo pagarán. Yo digo que les respondamos del modo más simple. Ellos se valieron del fuego para privarnos de nuestros hogares. ¿Con qué derecho duermen confortablemente en sus casas, después de lo que hicieron?

—¿Incendiar Ciudad Celestial? —preguntó el incrédulo Billin. Ni siquiera él había pensado en algo tan descabellado.

—No Ciudad Celestial, tonto —dijo Hoom—. ¿Acaso todos aprobaron la quema de las naves? Sólo quiero justicia. Fue mi padre quien hizo esto, como bien sabes... mi padre, que me odiaba tanto que decidió quemar mis botes.

Así que arrancaron tablones de los botes quemados, empapados de agua en un extremo, fáciles de encender en el otro, y los llevaron colina arriba por un camino sinuoso, para que nadie los viera desde la ciudad. Hoom encabezaba la marcha, pues los perros le conocían.

Pero alguien estaba despierto y esperando cuando dejaron atrás los establos, donde los caballos corcoveaban alarmados.

—No lo hagáis —dijo Noyock.

Hoom calló.

Noyock miró a los demás.

—No lo hagáis. Dadme tiempo para descubrir a los que quemaron los botes. Serán castigados. Utilizaremos todos los recursos de Ciudad Celestial para construir nuevos botes. No tardaremos meses sino semanas, y Stipock me asegura que en pocos días podemos tener un pequeño bote para que algunos podáis cruzar y cuidar de los animales.

Wix respondió. En el fondo aún tenía esperanzas de lograr un arreglo.

—¿Qué castigo infligirás a los que hicieron esto?

—Si podemos estar seguros de quiénes fueron, el castigo consta en la ley: perderán su propiedad, y os darán todo lo que poseen.

Billin escupió.

—Y naturalmente sólo tendrás que preguntar quién fue y ellos darán un paso al frente, ¿eh?

Noyock meneó la cabeza.

—Si no lo admiten, Billin, Jason llegará aquí dentro de cuatro meses. Vosotros ya estaréis de vuelta en vuestros hogares, y él zanjará la disputa. Os prometo que no será tolerante con los culpables. Pero si hacéis esto esta noche, no será tolerante con vosotros. ¿Acaso esto es justicia? Podéis quemar la casa de un hombre inocente.

—Tiene razón —murmuró alguien—. No lo sabemos con certeza.

—Si quemamos esta casa, Noyock —intervino Hoom—, no sufrirá un hombre

inocente.

—Entonces será una mujer inocente, tu madre. Y yo. Yo vivo allí.

Billin rió.

—En eso está pensando. En su propio techo.

—No, Billin. Pienso en vosotros. Esta noche toda Ciudad Celestial está escandalizada y simpatiza con vosotros. Pero si quemáis una casa en la noche, perderéis a vuestros amigos, pues todos temerán que en algún momento alguien les queme la casa a ellos.

Hoom cogió la camisa del abuelo y lo empujó contra la pared del establo.

—No hables más —dijo.

—Es el alcalde —susurró alguien, espantado de que Hoom se atreviera a tocarlo.

—Hoom sabe quién es —dijo Billin—. Y no tiene agallas.

Billin se adelantó, apartó a Hoom de un empujón y asestó a Noyock un golpe en la mandíbula, aplastándole la cabeza contra la pared. Noyock se desplomó.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Wix.

Billin se dio media vuelta.

—¿Qué nos importa Noyock?

—Stipock dijo que si golpeamos a un hombre, sus amigos nos devolverán el golpe. Nadie habló de llegar a las manos, como niños jugando en la hierba.

Hoom no quiso oír más discusiones. Cogió una gavilla de paja del establo. Los caballos miraron atemorizados la antorcha que había encendido.

—No es para vosotros —murmuró Hoom, y echó a andar hacia la casa.

Los demás guardaron silencio, y algunos pronto lo siguieron. Hoom entró por la puerta de la cocina, arrojó paja y algunas ramas cerca de las cortinas, en la habitación grande donde estaba la mesa. La habitación donde Aven le había pegado por última vez. No titubeó. Cuando la madera estuvo apilada, acercó el fuego. Las llamas estallaron de inmediato, y pronto engulleron las cortinas. El calor obligó a Hoom a retroceder. El fuego pronto mordió la madera de la casa, y el humo lamió el cielo raso mientras subía por el hueco de la escalera.

Wix estaba detrás de él.

—Vamos, Hoom. También hemos prendido fuego por fuera. Es hora de dar la alarma.

—No —dijo Hoom.

—No hablamos de matar a nadie —dijo Wix.

Papá me mató a mí, respondió Hoom en silencio.

—Tu esposa y tu hijo están vivos —dijo Wix—. Que no se diga que otra voz dio la alarma para salvar a tu madre. Que no se diga que deseabas la muerte de tu padre.

Hoom sintió un escalofrío. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué soy yo? Corrió hacia el hueco de la escalera y gritó:

—¡Fuego! ¡Fuego, despertad! ¡Salid!

Wix se unió al griterío, y al ver que nadie bajaba decidieron subir. El humo debía de estar filtrándose por los pisos. Ya era muy denso en el pasillo, y penetraba en los dormitorios por las rendijas de las puertas. Hoom corrió a la habitación de su padre y abrió la puerta. Su madre se alejaba de la cama tambaleando, tosiendo, apartando el humo con las manos, tratando de ver. Hoom la abrazó, la guió afuera, la ayudó a bajar las escaleras. El otro extremo de la planta baja estaba en llamas.

—¿Quién más está en la casa? —preguntó Hoom.

Mamá meneó la cabeza.

—Sólo Aven y Biss.

—Papá no estaba en la cama —dijo él.

—Le obligué a dormir en otra parte. Él incendió tus botes —contestó ella. Y de pronto comprendió—. ¡Tú causaste este incendio! ¡Tú has quemado mi casa!

Hoom la obligó a salir y regresó al interior. Wix tenía a Biss y la llevaba escalera abajo.

—¿Dónde está mi padre? —gritó Hoom.

—¡No lo he visto! —respondió Wix.

Hoom corrió de nuevo arriba. Las llamas ya lamían los bordes de la escalera, y la puerta del dormitorio de sus padres estaba en llamas. El fuego se propagaba con mayor rapidez de la esperada. Las llamas entraban por las ventanas y se esparcían por el techo de cada habitación. Papá no estaba en su cuarto ni en el de Biss, tampoco en el de Noyock.

—¡Baja, Hoom! ¡No está aquí! —gritó Wix desde abajo.

Hoom corrió hacia la escalera. Los peldaños ardían ya por los bordes.

—¡Baja antes de que sea tarde! —Wix estaba de pie en la puerta. El porche también se estaba incendiando.

—¿Está ahí abajo?

—Si estuviera en la casa ya estaría despierto —gritó Wix.

Luego no lo habían encontrado. Debía de estar allí. Hoom abrió la puerta de la oficina de Noyock. Las llamas se alzaron en cuanto abrió la puerta, chamuscándole el pelo, quemándole los pantalones. Pero no se detuvo a apagarlas. Sólo quedaba una habitación, la suya. Avanzó por el pequeño corredor, dio una patada a la puerta. En esa habitación no había tantas llamas, pero estaba inundada de humo. Su padre yacía en el suelo, tosiendo.

—Ayúdame —dijo.

Hoom le cogió la mano y trató de arrastrarlo hacia la puerta, pero Aven era demasiado corpulento y pesado. Hoom le cogió por las axilas e intentó levantarlo.

—¡Arriba! —gritó—. ¡No puedo llevarte! ¡Levántate y camina!

Aven comprendió y se levantó con esfuerzo, aferrándose al hijo mientras salían de

la habitación. Hoom lo llevó deprisa a la escalera, pero entonces pasaron frente a la puerta abierta de la oficina de Noyock y Aven se zafó.

—¡La crónica! —exclamó—. ¡Papá me matará, Papá me matará!

Se lanzó hacia la puerta. Las páginas de la crónica ya estaban en llamas. Hoom trató de retenerlo, gritó que era demasiado tarde, pero Aven lo tumbó de un golpe y entró en la oficina. Hoom se levantó a tiempo para ver las llamas que envolvían a Aven mientras aferraba los pergaminos.

—¡Lo lamento! —gritó Aven. Se volvió hacia Hoom, la ropa en llamas, y repitió —: ¡Lo lamento!

Cayó de espaldas en el piso ardiente mientras alguien cogía los tobillos de Hoom para arrastrarlo hacia la escalera. Manos desesperadas tiraron de él y lo llevaron afuera. Pero Hoom sólo podía pensar en su padre en el fuego, estrechando el pergamino ardiente, gritando *Lo lamento* mientras las llamas le descubrían el corazón.

Lared despertó sollozando... Su padre lo abrazó y susurró:

—Está bien, Lared. No pasa nada, Lared. Todo está bien.

Lared jadeó al ver el rostro de su padre, y se estrechó contra él.

—¡Oh, estaba soñando!

—Ya lo creo.

—Vi a un padre... un padre moribundo, y sentí miedo...

—Sólo era un sueño, Lared.

Lared inhaló profundamente, trató de serenarse. Miró en torno y vio que los demás también estaban despiertos y lo miraban con curiosidad.

—Sólo un sueño —les explicó.

Pero no era un simple sueño. Era una historia real y terrible, y cuando los otros hombres miraron hacia otra parte, Lared estrujó la mano de su padre, se la acercó a los labios y susurró:

—Papá, te amo. Yo jamás te haría daño.

—Lo sé —contestó Papá.

—Pero lo digo en serio —insistió Lared.

—Lo sé. Ahora vuelve a dormir. Tuviste un sueño terrible, pero ya ha terminado, y no me hiciste daño. Fue sólo un sueño.

Papá se dio la vuelta y se acurrucó bajo la manta.

Pero para Lared no era un sueño. Lo que Justicia le ponía en la mente cobraba demasiada nitidez para tomarlo como una mera locura nocturna. Lared ahora conocía la sensación de ver morir al propio padre sabiendo que uno tenía la culpa. Entonces, con su insuperable habilidad para invadir sus sentimientos cuando Lared menos lo deseaba, Justicia le preguntó: ¿Sabías que amabas a tu padre, hasta ahora?

A lo cual Lared respondió con fervor: Prefiero morir a que me hagas soñar de nuevo.

Al amanecer Lared se sentía agotado por la experiencia de esa noche. Se sentía tímido ante los demás hombres: el día anterior lo habían visto vanidoso como un gallo, y por la noche llorón como un bebé. Esa mañana actuó con parquedad, avergonzado de encabezar la marcha.

Ante todo, no habló con Jason. Se quedó con su padre, hablándole cuando era necesario, y trató de no mirar esos ojos azules.

Al mediodía Lared y Papá montaron a caballo para despedirse del último equipo. Entonces no hubo modo de eludir a Jason.

—Lared —dijo.

Lared clavó los ojos en el arnés del caballo.

—Lared, yo también lo recuerdo. Antes de que tú soñaras estos sueños, yo los soñé todos.

—Sólo porque querías. Yo nunca pedí ver.

—A mí me dieron ojos. Si tú los tuvieras, ¿los dejarías cerrados?

—Él tiene ojos —intervino Papá, desconcertado.

—Vamos, Papá —dijo Lared.

Cabalgaron en silencio dejando atrás los últimos árboles de cada equipo, hasta que llegaron a la choza que Jason y Lared habían construido la última noche, poco tiempo atrás. Allí estaba el árbol final, marcado y listo para el corte.

De pronto Lared sintió miedo. No sabía por qué. Se sentía desprotegido, expuesto. Se quedó cerca del padre, siguiéndolo sin razón, hasta cuando su padre regresó al trineo a por otra hacha, porque la que usaba era demasiado liviana y se torcía al chocar contra el árbol.

Lared tuvo que hablar para aplacar su miedo.

—¿Qué ocurriría si no hubiera hierro en el mundo? ¿O si estuviera tan lejos que no pudiéramos obtenerlo?

—Yo soy herrero, Lared —dijo Papá—. Hablar así es como decirle a una mujer que es estéril.

—¿Pero qué ocurriría?

—Antes del hierro, las gentes eran salvajes. ¿Quién viviría en semejante lugar?

—Worthing —dijo Lared.

Papá se puso tieso, se apoyó un instante en el hacha.

—Me refiero al mundo, el planeta. El hierro sólo era fácil de extraer en un lugar del mundo. Un desierto.

—En tal caso, vas al desierto y lo extraes. Corta madera.

Lared asestó un hachazo e hizo volar una astilla. Papá asestó otro golpe y sacudió el árbol.

El árbol se desplomó, y juntos le recortaron las ramas y lo llevaron rodando hasta el trineo. No era un árbol para mástil; ni siquiera fue necesario recurrir a los caballos para acomodarlo en su sitio. Al anochecer abatieron el segundo árbol, y luego se tendieron a dormir en la choza.

Pero Lared no durmió. Permaneció despierto, escudriñando la oscuridad, esperando el sueño que sin duda vendría. Cada vez que empezaba a adormecerse veía a Aven, Aven ardiendo como papel en la fragua. No sabía si era su recuerdo del sueño o una nueva intromisión de Justicia. No se atrevía a dormir por temor a tener sueños peores, aunque no sabía cómo detener a Justicia, incluso si pudiese permanecer en vela para siempre. Permanecer en vela no era una decisión racional: era puro espanto, espanto por la mujer que aguardaba en la noche para arrebatarse la mente y transformarlo en otra persona y hacerle cometer actos ajenos. Yo moriría por mi padre, jamás le causaría daño.

No se durmió ni soñó. Por una vez hicieron lo que Lared pedía. No le contaron nada, no le mostraron nada. Pero la espera le restó reposo, y con las primeras luces, su padre, creyéndolo dormido, lo tanteó para despertarlo. Ahora, con su padre despierto, Lared se sintió capaz de dormir; y una vez que se atrevió, su cuerpo desesperado se lo exigió. Reposo. Realizó torpemente los rituales de la mañana, enjaezando los caballos; casi se cayó de la montura al quedarse medio dormido.

—Despabílate, hijo —rezongó Papá—. ¿Qué te pasa?

Lared se recobró un poco al hachar el tercer árbol, pero aún no estaba lúcido. Por dos veces Papá tuvo que detenerlo.

—Estás cortando a demasiada altura. Más abajo, de lo contrario las ramas se engancharán en otros árboles y no caerá nunca.

—Lo lamento, Papá. Creí que estaba cortando donde decías. Lo lamento. Lo lamento.

Y cuando el árbol estuvo listo para caer, se inclinó hacia donde no debía y se enredó, tal como Papá había advertido.

—Lo lamento —se excusó Lared.

Papá miró hacia arriba, disgustado.

—No veo qué lo retiene —dijo—. Las ramas apenas se tocan. Trae los caballos. Desengánchalos y tráelos aquí. Tendremos que tirar para tumbarlo.

Lared aún estaba desensillando los caballos cuando oyó el estrépito del árbol caído.

—¡Lared! —gritó su padre.

Lared nunca le había oído una voz tan dolorosa.

Tenía la pierna izquierda bajo una gran rama del árbol; otra rama, más pequeña, le atravesaba el brazo izquierdo, penetrando en los grandes músculos y partiendo el hueso. La parte superior del brazo estaba doblada como si hubiera otro codo en la

zona fracturada.

—¡Mi brazo! ¡Mi brazo! —gritaba Papá.

Lared se quedó plantado como un idiota, sin comprender que debía hacer algo. La sangre de su padre manchaba la nieve.

—¡Levántalo! —vociferó Papá—. No es un árbol tan grande, hijo. Levántalo con la palanca.

Palanca. Lared cogió la palanca del trineo, la hincó e hizo fuerza. El árbol rodó alejándose de Papá, que se zafó arrastrándose con el brazo bueno, pero el árbol rodó de nuevo hacia él. Esta vez no avanzó tanto y sólo le apresó el pie, con lo que el dolor no fue tan intenso.

—Lared, detén la hemorragia.

Lared trató de presionar la fractura del brazo, pero la sangre brotaba a chorros. El hueso estaba astillado; el brazo era tan blando que no había sitio donde presionar. Lared se arrodilló obnubilado, tratando de pensar en otra solución.

—¡Córtalo, idiota! —gritó su padre—. ¡Córtalo, venda el muñón y cauteriza la punta!

—Tu brazo... —murmuró Lared.

Cortarle el brazo a un herrero era como arrebatarse la fragua.

—¡Mi vida, idiota! ¡Un brazo por mi vida! ¡Pagaré ese precio!

Lared desgarró la mangas, cogió un hacha y asestó un golpe certero, cortando el brazo por encima de la quebradura. Papá no gritó, sólo jadeó. Lared usó los jirones de la manga para atar el extremo, con tal firmeza que la sangre paró.

—Demasiado tarde —susurró Papá, blanco de dolor y de frío—. No me queda sangre.

No te mueras, Papá.

Los ojos rodaron, el cuerpo se aflojó.

—¡No! —gritó Lared exasperado.

Corrió hacia la palanca y subió el árbol con fuerza, dejándolo en equilibrio y apartándolo del cuerpo de su padre. Arrastró a su padre hacia el trineo. La pierna estaba rota, pero la piel no estaba perforada. Lo que sacaba de quicio a Lared era el muñón del brazo. Nada lo había preparado para ver el cuerpo de su padre tan mutilado. Esos eran los brazos que entraban y salían del fuego...

Cauteriza el muñón. Pero eso no tenía sentido si su padre estaba muerto. Debo ver si está muerto o no.

Respiraba, y la garganta palpitaba levemente.

Pero la herida ya no sangraba. Lo más importante era llevarlo a casa. En medio de su confusión, Lared atinó a comprenderlo. Tardó quince minutos en sacar los troncos del trineo, y otro cuarto de hora en acomodar a su padre, cubrirlo con mantas y sujetarlo. Lared montó en el caballo de la derecha y emprendió la marcha.

Una vez en camino, Lared comprendió que no sabía hacia dónde ir. Normalmente tomaba el sendero más liso, lo cual significaba desandar camino. Pero habían seguido una ruta muy sinuosa para conducir a los demás hacia sus árboles. La travesía sería mucho más breve si tomaba una ruta directa. Pero Lared no estaba seguro de cuál era. A pie podía llegar a casa sin problemas. Pero no sabía si hallaría una senda lisa y ancha para el trineo.

Era incapaz de tomar una determinación. Su mente se negaba a despejarse. Finalmente decidió que el trayecto sería más corto si se apartaba del sendero. Mientras conservara la lucidez, mientras recordara cómo era el bosque en verano, hallaría una ruta segura y rápida. Incluso podría salvar la vida de su padre.

Pero no podía permanecer despierto. Ahora, con el bamboleo rítmico del caballo, el siseo del trineo sobre la nieve, la incesante blancura del bosque invernal, no podía concentrarse en nada, y a cada instante despertaba con la cara apretada contra el pescuezo del caballo. Se aferraba desesperadamente al caballo y lo azuzaba, apremiándolo, haciéndose reproches. ¿Por qué no dormiste anoche? ¡Has matado a tu padre! Y el rostro de Aven se perfilaba contra la blancura del día, Aven asomaba en cada lugar brillante, abrazado al pergamino ardiente, las ropas en llamas.

Ayúdame, gritó en silencio.

—¡Ayúdame! —gritó a todo pulmón.

Jason lo estaba observando, naturalmente. Justicia lo oyó, naturalmente. Pero no le enviaron un milagro, sino otro sueño. Mientras Lared guiaba los caballos entre los árboles, la nieve se transformó en arena. La boca se le reseco, y Lared fue Stipock al final de su sueño de acero.

Era tiempo de que llegaran las lluvias, y el agua de las cisternas empezaba a escasear. Se habían roto tres cántaros el mes pasado, y ahora el recuerdo de tanta agua derramada en la arena atormentaba a Stipock.

Lo atormentaba más porque al fin habían llegado al hierro. Perforando la faz del peñasco con herramientas de bronce y piedra, habían penetrado veinte metros en la roca. Él pensaba que estaría más cerca. Tal vez había elegido un mal lugar. Pero la espera había cobrado su precio. Si hubieran hallado hierro de inmediato, habría sido demasiado fácil, habría significado poco. Así que era atinado que el primer año de su colonia hubieran pasado casi todo el tiempo transformando los arroyos en zanjas para que la arena produjera alimentos, y talando árboles de palo hacha para traer troncos para las casas. Ciudad Celestial había sido generosa con las herramientas, y Jason llevó provisiones de la nave para más de un año cuando los trasladó volando hasta el desierto del sur. Todo parecía auspicioso.

Excepto que el polvo los sofocaba cuando corrían; siempre había una delgada pátina de polvo en la superficie del agua, que se asentaba formando lodo a mayor

profundidad, así que aprendieron a no agitar el agua de la cisterna ni los cuencos para beber. Y el segundo año, cuando Hoom, Wix y Billin se turnaban para dirigir a los que cavaban la roca, el polvo estaba siempre en el aire, hasta que se habituaron a la mugre, a las estrías blancas en los rostros ennegrecidos, a las toses nocturnas cuando aspiraban arena.

Y ahora la sequía. Pronto llegarían las lluvias. Los vientos habían llegado puntualmente, soplando ráfagas de arena y polvo en las llanuras. Aquí el viento era visible, y Stipock se cubría los ojos, los entornaba y observaba cada muralla de viento, oscura como una ola del mar. Pronto llegarían las lluvias, y habían hallado el hierro; habrían agradecido la lluvia. Pero el hierro no era nada. El hierro era piedra inservible.

—No podemos comerlo —dijo Billin, erguido sobre la pila.

Los otros escuchaban en silencio. Un demonio de polvo pasó rozando la pila de mineral.

—No podemos beberlo.

Stipock se impacientó. Normalmente contenía la lengua en esas reuniones, dejaba que los jóvenes llegaran a sus propias conclusiones y sólo intercalaba consejos cuando la conversación se atascaba. Pero sabía adónde iba Billin, y eso representaría el final, el final de la esperanza de llevar acero al mundo de Jason Worthing.

—Billin —dijo—, tampoco podemos beber palabras. Si piensas enumerar todas las cosas inútiles del desierto, puedes incluirlas.

Algunos rieron. Hasta Billin sonrió.

—Tienes razón, Stipock. Así que no daré un discurso. No me deis las gracias todos al mismo tiempo.

Rieron de nuevo. Aún no estamos acabados, pensó Stipock, si todavía ríen.

—Sabéis que fui al sur por diez semanas. Pero desde que regresé, no conté a nadie lo que vi. A nadie salvo Stipock. Él me pidió que no dijera nada porque os distraería de la faena. Pero ahora creo, ya que aquí decidimos por votación, que debéis determinar por vosotros mismos lo que os interesa oír y lo que no.

Quisieron saber sobre el viaje al sur. Stipock agachó la cabeza y escuchó nuevamente la historia. Billin se había internado en las colinas navegando corriente arriba, donde el palo hacha era más grueso y alto, donde vivían algunos animales; luego atravesó un paso entre escabrosas montañas; y cuando llegó al otro lado el mundo cambió. No había una sola roca sin musgo, crecían gruesas hierbas, el suelo era húmedo, y el bosque era muy tupido lejos de la cuesta. Los árboles daban frutos que él jamás había visto. Probó algunos, y eran sabrosos. No se atrevió a probar muchos, por temor a que fueran venenosos y no pudiera regresar para contarlos a los demás.

—Y así era por todo el camino hasta el mar. Fui hasta el mar, donde la arena es

apenas un anillo alrededor de una bahía, y el agua llega en limpios arroyos hasta la playa, y los frutos y raíces son tan abundantes que podéis comer para siempre sin necesidad de sembrar. No lo estoy inventando. Hemos sufrido bastantes decepciones. Yo no prometería más de lo que hay. Llovió cuatro de los cinco días, chubascos tan intensos que las gotas repiqueteaban en el mar, pero a la hora cesaban y volvía a brillar el sol. ¡Sabéis que es verdad! Me marché con comida para cinco días, y regresé diez semanas después. Estaba cansado y hambriento, pero no con el hambre de diez semanas. ¡Allá hay comida! Y Stipock lo sabe. Stipock supo desde siempre que esas tierras estaban allá. Yo digo que vayamos a vivir allá, donde hay bienes en abundancia. Eso no significa abandonar el hierro. Podemos enviar una expedición aquí todos los años, bien provista de alimentos y herramientas. Pero nuestras familias no tendrán que comer este pan polvoriento todo el año, no tendrán que convivir con el hambre. Podemos lavarnos en el mar y estar limpios, beber en arroyos cristalinos...

—Suficiente, Billin —intervino Stipock—. Ya han entendido la idea.

—Diles que es verdad, Stipock. Ellos no me creen.

—Es verdad —dijo Stipock—. También es verdad que durante medio año terribles tormentas arrasan la costa, levantando enormes olas, con vientos mortales. Ése es un peligro. Pero hay un peligro mayor. En un sitio donde no tenéis que trabajar duro ni pensar con agudeza para sobrevivir. Olvidaréis cómo trabajar y cómo pensar.

—¿Quién puede pensar con la lengua hinchada como una piedra?

—Lo que cuenta Billin suena a perfección. Pero os pido que os quedéis. Las lluvias se han retrasado, pero llegarán pronto. Aún no hemos pasado hambre. Todavía hay agua.

Hablaron poco, pero al terminar la reunión decidieron quedarse.

Como de costumbre, esa noche Stipock y Wix comieron con Hoom y Dilna, pues de lo contrario habrían tenido que comer solos.

—¿Por qué no os habéis casado? —les preguntaba a veces Hoom—. Lo recomiendo de todo corazón.

Pero Wix y Stipock nunca respondían. Stipock no respondía porque ignoraba por qué. Tampoco se había casado en Capitol. Quizás era tan anarquista que no deseaba ser gobernado por esposa e hijos. Pero Stipock sabía por qué Wix no se casaba. Wix amaba a una mujer, pero esa mujer era la esposa de Hoom.

Era un secreto a voces en la colonia minera: cuando Hoom iniciaba su turno en la roca, conduciendo a los excavadores, Wix visitaba a Dilna, mientras ésta trabajaba con las herramientas, o Dilna lo visitaba a él. La gente estaba atareada y nadie los miraba; tal vez pensaban que nadie los había descubierto. Un día Stipock abordó a Wix y le dijo:

—¿Por qué haces esto? Todos lo saben.

—¿Lo sabe Hoom?

—Si lo sabe, no lo demuestra. Te ama, Wix, has sido su amigo desde que solíais escaparos juntos de la casa de su padre. ¿Por qué haces esto?

Wix lloró de vergüenza y juró que no lo haría más, pero no era sincero. En cuanto a Dilna, Stipock ni siquiera le preguntó. Cuando estaba con Hoom era obvio que lo amaba: él era un buen padre y un marido afectuoso. Pero Dilna no cerraba la puerta a Wix. Cuando Bessa y Dallat dormían, y Cammar estaba jugando afuera o trabajando en la arena, se llevaba a Wix al lecho como una persona sedienta bebe agua. Una vez, cuando Stipock fue a la casa y los sorprendió juntos, Dilna lo miró con ojos que suplicaban perdón. Eso le asombró: en Capitol había visto tantos adulterios que ya no le parecía un pecado. Pero ella quería la absolución. Perdón sin arrepentimiento. Stipock podía oír el sermón de su padre: la moneda del pecado es el placer, pero la paga es la muerte. Cuídate de la muerte, Dilna. Si continúas con esto morirás. Desde luego, también morirás si llevas una vida casta. La belleza de la castidad es que recibes la muerte como un bendito alivio.

—No se quedarán mucho tiempo si no llueve pronto —dijo Wix.

—Lo sé —dijo Stipock.

Hoom partió el pan, que se desmigajó como arena. Sonrió sombríamente y pasó el plato.

—Coged un puñado de pan. También tragad una semilla de palo hacha. En el vientre tenemos tierra suficiente para que brote.

Dilna se echó las migajas sobre la lengua.

—Delicioso, Hoom. Sin duda eres el mejor cocinero de la familia.

—¿Tan malo es? —Hoom bebió un sorbo de agua, saboreándola como si tuviera gusto. Finalmente tragó, como decepcionado de que ya no estuviera—. Stipock, yo también debo irme. Debemos hacer algo con los niños antes de quedarnos sin agua, o será demasiado tarde y no tendrán fuerzas para ir a ninguna parte. El sol y el viento los deshidratan, y caminan por aquí como si pensarán en la muerte. No podemos quedarnos.

Dilna se impacientó.

—Vinimos aquí con un propósito, Hoom...

—Lo lamento —dijo Hoom—. En un tiempo me seducían estos sueños sobre máquinas que funcionaban solas y herramientas que mordían el bronce como mantequilla. Cuando Jason nos envió desde Ciudad Celestial para extraer el hierro, me sentí contento. Pero ahora que se trata de escoger entre el futuro del mundo y el futuro de mis hijos, la situación cambia. Para mí no hay mundo sin Cammar, Bessa y Dallat. Ahora están durmiendo, y sólo me importa que mañana despierten, y cada mañana a partir de ahora. Tú y Wix no tenéis familia, podéis decidir por vuestra cuenta. Dilna tiene un coraje que yo no puedo hallar. Pero soy padre y eso es todo lo que me importa ahora, cuando sólo quedan unos centímetros de agua en la cisterna.

Stipock pensó en la casa de Aven ardiendo como una tea en la cima de la Colina de Noyock, recordó a Hoom gritando toda la noche, haciéndose oír desde Ciudad Celestial hasta la Bahía de Linkeree. Todos pensaban que era el dolor de las quemaduras, y ciertamente tenía quemaduras graves. Pero sólo llamaba a su padre, al odiado Aven. Y ahora la paternidad parecía representar para él más que la maternidad para Dilna.

—Sé lo que estáis pensando —dijo Dilna—. Estáis pensando que no amo a mis hijos.

—Jamás se me pasó por la cabeza —repuso Stipock.

—Pero los amo. Aunque no deseo que se críen en la inutilidad, la holganza y la estupidez. Yo soy lo que hago. Fabrico herramientas. ¿Pero qué ocurrirá si viven en un lugar dónde no necesiten herramientas? ¿Dónde no necesiten ropa ni refugio...? ¿Qué ocurrirá entonces? No iré al sur. Stipock tiene razón.

Wix estuvo de acuerdo.

—Yo también esperaré las lluvias, mientras pueda. Después me iré. Pero no al sur. A mi entender, es hora de regresar a casa.

Guardaron silencio durante un rato. Stipock les observó comer, les observó saborear el agua, les observó recordar Ciudad Celestial y los botes en el río.

—Podríamos hacer un bote con madera de palo hacha —dijo Dilna— e ir al mar, y dejar que el agua nos lleve a casa.

Stipock meneó la cabeza.

—Hay cataratas de quinientos metros de altura río abajo, y eso cuando el río no se estanca. Y aunque llegáramos al mar, no podemos beber el agua. Contiene sal.

—No me molesta un poco de sal.

—Contiene tanta sal que te da cada vez más sed, y cuanto más bebes más necesitas, hasta que mueres.

Hoom se encogió de hombros.

—Entonces tendremos que caminar.

—Es un largo camino —señaló Stipock.

—Entonces confiemos en que llueva —dijo Hoom.

No llovió. Los vientos viraron hacia el oeste, pero no se desplazaban al noroeste; no había agua del mar, pero ahora la arena y el polvo eran mucho peores. El polvo se filtraba en cada fisura. Formaba capas de varios milímetros de espesor en las camas y cuerpos cuando despertaban. Los niños se sofocaban y gritaban. Al cabo de dos días, uno de los mellizos de Serret y Rebo murió.

Lo sepultaron en la arena durante una de las breves pausas del viento.

A la mañana siguiente el cuerpo reseco estaba al descubierto, la piel hecha jirones. El viento, en uno de esos crueles trucos de la naturaleza, empujó al bebé hasta la puerta de la casa de su familia. Serret tuvo que empujar para abrir la puerta

por la mañana; cuando vio el objeto que atascaba la puerta, atrajo a todos con sus gritos. Le arrebataron el cuerpo, intentaron incinerarlo, pero el viento apagaba las llamas, y al final lo acarrearón hasta el desierto y lo depositaron allí para que el viento lo arrastrara consigo.

Esa noche hicieron lo mismo con otros dos niños, y luego llevaron el cuerpo de Wevin al mismo lugar, después de un parto frustrado, cuatro meses prematuro.

Billin fue de casa en casa por la mañana, la cara protegida contra el viento.

—Me voy hoy —anunció—. Conozco el camino. Dentro de tres horas estaremos entre los árboles de palo hacha. Al anoecer estaremos en un sitio con agua. Aguardaré allí tres días, y luego guiaré por el paso a quienes me sigan. El año próximo vendremos a extraer hierro. Pero este año nos marcharemos mientras nuestros hijos aún conservan la vida.

Una hora después se acurrucaron al amparo de la casa de Billin y Tria, llevando sus preciosos cántaros de agua forrados de piel, acompañados por sus hijos. Stipock no discutió ni intentó disuadirlos. Tampoco escuchó cuando le susurraron:

—Ven con nosotros. No queremos seguir a Billin sino seguirte a ti. Tú puedes mantenernos unidos. Acompáñanos.

Pero Stipock sabía que en una tierra de vida fácil nadie los mantendría unidos excepto mediante la magia y la religión, y ninguna de ambas le convencía. No era tan cínico como para practicar las tretas de la primera, ni tenía fe suficiente para la segunda.

—Id —dijo—. Os deseo suerte.

Se internaron en el desierto a media mañana, fustigados por el viento que borraba las huellas en segundos, por la arena que se les enredaba entre los pies.

—Vivid —dijo Stipock.

Durante tres días más, Stipock, Wix, Hoom, Dilna y los niños sobrevivieron alojándose en la mina. Para cerrarla bien desguazaron una casa vacía y reforzaron las paredes de la entrada. En el fondo de la mina, en la oscuridad, podían respirar con mayor soltura. El tercer día los despertó el tamborileo de la lluvia.

Corrieron a la entrada, arrancaron la pared y tuvieron su primer atisbo del infierno. Parecía que el mar entero se hubiera derrumbado sobre ellos. El suelo era todo barro, y las casas se deslizaban por la cuesta mientras el lodo bajaba hacia el río. El día anterior el río estaba seco. Ahora era un torrente que anegaba las orillas.

—Lluvia —dijo Wix—. ¿Debemos quedarnos?

Era una broma amarga. Wix y Hoom se internaron en la lluvia. Calados hasta los huesos, fueron de casa en casa, rescatando lo que podían antes que las casas fueran barridas hacia el río. Apenas habían hecho un par de viajes cuando el río arrastró las cabañas. Observaron desde la entrada de la mina. Como el túnel era cuesta arriba, no corrían peligro de ahogarse. Bebieron y bebieron, llenando una y otra vez los

cántaros. A cierta distancia de la entrada, vertieron agua sobre los niños, los lavaron y los dejaron jugar desnudos sobre las mantas. Parecía que nunca habían estado tan limpios, y el tintineo de sus risas infundió alegría a la lluvia.

Hasta que cesó la tormenta. El sol salió a los pocos minutos, y antes del anochecer el suelo estaba seco y agrietado. Quedaban unos pocos tablones de una casa, el resto se había perdido. El río continuó fluyendo hasta la medianoche, pero por la mañana era de nuevo un surco con algunos charcos.

La pila de mineral de hierro había desaparecido. Estaba demasiado cerca del río.

No necesitaban deliberar. Tenían pocos alimentos y sólo el agua de sus cántaros y sus odres. Era una locura ir a cualquier parte salvo al sur. Así que emprendieron la marcha, guiándose por lo que Stipock recordaba de los mapas que le había mostrado Jason. Cammar caminaba, y Hoom y Wix cargaban con los otros niños. Dilna y Stipock acarreaban sus magras pertenencias. Mantas, un hacha, cuchillos, pan reseco, ropas.

—Necesitamos ropa y mantas —les advirtió Stipock—, porque más de una vez hará frío durante el camino a casa.

En la travesía por el desierto, fue más difícil para Wix y Dilna fingir que no se amaban. A veces, en su fatiga, se apoyaban uno en el otro mientras andaban. Stipock observaba a Hoom, quien simplemente abrazaba a Bessa o Dallat y continuaba, canturreando o contando un cuento. Hoom no es ciego, concluyó Stipock. Ve pero prefiere no ver.

Antes de la noche comenzó a soplar de nuevo el polvo, y Stipock los guió hacia el refugio del bosque de palo hacha. Al día siguiente avanzaron hacia el este entre los árboles, y al otro día hicieron lo mismo, hasta llegar a un ancho cauce que fluía hacia el noroeste. El río no era caudaloso, pero el agua se podía beber. Siguieron su curso durante cinco días, a través del desierto y algunas praderas, hasta llegar al mar.

Uno de esos días Stipock subió a un cerro y se sentó junto a Hoom. Vio lo que Hoom estaba observando: Wix y Dilna se abrazaban. Fue sólo un instante; debían de pensar que nadie los veía, o quizá ya no les importaba. No era un abrazo apasionado sino fatigado, como el de dos esposos casados por largo tiempo que buscan consuelo mutuo. Stipock pensó que para Hoom eso debía ser más irritante que si hubieran parecido ávidos y furtivos.

Hoom bajó del cerro, y los amantes se perdieron de vista detrás de una pequeña loma de tierra.

—Pensé —dijo Hoom con una risa resignada— que ella sentiría esa clase de afecto por mí, no por él.

Stipock apoyó la mano en el hombro de Hoom. La pequeña Bessa le humedeció la mano con su respiración caliente.

—Ambos te aman. —Era imbécil pensar que tales palabras reconfortarían a

Hoom.

Para sorpresa de Stipock, Hoom sonrió como si no necesitara consuelo.

—Lo he sabido desde que vivíamos en Ciudad de Stipock. Comenzó poco después de que nos casáramos. Antes de que Cammar fuera concebido.

—Pensé... que había empezado aquí.

—Creo que fue algo que no pudieron evitar. Fue aquí donde dejaron de ocultarlo. Era imposible. —Hoom estrechó a Bessa—. No me importa de quién fue la simiente. Yo soy el que escarda, y yo cosecharé. Estos hijos son míos.

—Eres más bondadoso que yo.

Hoom sacudió la cabeza.

—Cuando Jason estuvo con nosotros, antes de traernos aquí, y yo trataba de culparme de la muerte de mi padre, me dijo: *Estás perdonado, tal como perdonas a Wix y Dilna*. Y los perdono, no estoy mintiendo. Ya los había perdonado antes de que Jason me hablara así. Y como sabía que no los culpaba ni los odiaba, creí a Jason cuando me dijo que nadie me culparía ni odiaría. ¿Se lo dirás? Si muero antes que concluya el viaje, ¿les dirás que los perdono?

—No morirás, Hoom. Eres el más fuerte de nosotros...

—Pero si muero...

—Se lo diré.

—Diles que es verdad. Que hablo en serio. Si dudan, que le pregunten a Jason.

—Sí.

Luego treparon al cerro, y Wix y Dilna descansaban, jugando con Cammar, fingiendo que eran simples amigos fatigados por el viaje.

Desde la desembocadura del río hasta el istmo que conducía hacia el norte, se toparon con el peor desierto que habían atravesado. Stipock les previno, y llenaron los cántaros y odres y bebieron en el río durante dos días, hasta que ya no pudieron ingerir líquido.

—Si seguimos así, podremos orinar e ir flotando a casa —bromeó Wix.

Rieron. Fue la última vez que rieron en mucho tiempo. Tardaron más de lo que Stipock había calculado en atravesar el desierto. La playa tersa y arenosa fue reemplazada por peñascos y despeñaderos. Era un viaje tanto horizontal como vertical, y cada día Stipock insistía en que bebieran menos. Aun así se quedaron sin agua, excepto la poca que habían guardado para los niños.

—No estamos lejos —dijo Stipock—. Hay arroyos en el istmo, y no estamos lejos.

Desde la cima de los cerros miraban el mar y veían una lengua de tierra que se dirigía al norte, una línea costera que conducía a la tierra del agua pura.

Pero era demasiado lejos. Sepultaron a Bessa bajo una pila de piedras antes de un amanecer, y avanzaron más despacio, a pesar de que ahora llevaban un peso menos.

Esa noche llegaron a una especie de oasis y bebieron del agua hedionda, y llenaron de nuevo los cántaros y los odres. Creían haberlo logrado. Una hora después todos vomitaban, y Dallat murió. Lo sepultaron junto a la laguna ponzoñosa, y reanudaron la penosa marcha, vaciando los cántaros y odres en la arena. No lloraban. No tenían agua suficiente para las lágrimas.

Al día siguiente llegaron a un manantial en la ladera de una colina, y el agua era buena, y bebieron y no les sentó mal. Permanecieron allí varios días, recobrando fuerzas. Pero ahora se estaban quedando sin comida, y con los cántaros y odres llenos emprendieron nuevamente la marcha.

Dos días después llegaron a la cima de una elevación rocosa, y se detuvieron al borde de un precipicio con una caída de casi un kilómetro en línea recta. Al oeste vieron el mar, y al este otro mar. Las aguas azules centelleaban al sol del amanecer. Al pie del precipicio la tierra se estrechaba en un istmo entre ambos mares. El istmo estaba verde de hierba.

—¿Ves ese verdor, Cammar? —preguntó Hoom. El niño asintió gravemente—. Eso es hierba, y significa que hallaremos agua, y quizás algo de comida.

Cammar pareció disgustado.

—Si íbamos adonde hay comida, ¿por qué no trajiste a Bessa y Dallat? Sé que tenían hambre.

Nadie supo qué responder, hasta que Hoom dijo:

—Lo lamento, Cammar.

Cammar era un niño comprensivo.

—Está bien, papá. ¿Puedo beber un sorbo?

Antes del mediodía hallaron un camino para descender; no era abrupto, pero se fragmentaba en numerosos senderos. Esa noche durmieron en la hierba, y por la mañana, por primera vez en años, despertaron en un mundo húmedo de rocío. Sólo entonces, mientras Cammar les arrojaba hierba húmeda, sólo entonces lloraron por los que habían perecido.

Lared se sacudió, miró en torno. Los caballos se habían detenido ante un matorral. A sus espaldas Papá gemía suavemente. Era por la tarde. Lared no recordaba ningún detalle de la travesía. ¿Dónde estaba? Miró la huella del trineo. Serpeaba entre los árboles. ¿Él había guiado los caballos? ¿O se había dormido? Sólo recordaba el desierto, y a Hoom, Wix y Dilna, y la agonía de los niños, y el regreso a la vida. Pero Papá gemía en el trineo. Lared se apeó y se le acercó para examinarlo.

—Mi brazo —susurró Papá cuando vio a Lared—. ¿Qué le pasó a mi brazo?

—Una rama te lo perforó, Papá. Me pediste que lo cortara.

—Dios mío. Preferiría morir.

Lared tenía que averiguar dónde estaban. Regresó hasta un claro, avistó el perfil

de las montañas del sur. Iban en la dirección correcta, pero no lograba situar ese lugar en verano. Todo le parecía nuevo. Y si era nuevo, debía de haber avanzado muy al sur, tan al sur que estaba en un bosque desconocido. O quizás había pasado Bahía Chata.

De pronto tuvo un arrebató de lucidez y recordó dónde estaba. Aquel claro era un lago, por eso le resultaba extraño. Se encontraba sobre la espesa nieve que cubría el hielo del lago. Allí estaba el montículo de la casa de los castores. Mientras dormía y soñaba había seguido el curso correcto. Sólo el matorral detenía a los caballos, y fue sencillo guiarlos hacia el arroyo congelado, caminando para estirar un poco las piernas entumecidas.

—Lared —llamó Papá—. Lared, me estoy muriendo.

Lared no respondió. No había respuesta para eso. Tal vez fuera cierto, pero no cesaría en el esfuerzo. Los árboles se abrieron mostrando un prado, y Lared montó su caballo. Y de nuevo lo aturdieron la nieve y el ruido y el movimiento, y Justicia lo impulsó con un sueño.

Stipock estaba cansado. Habían escalado todos los días durante una semana, subiendo a las montañas más altas del mundo. No hasta la cumbre, ciertamente, pero avanzaban con dificultad por un paraje agreste. Eran viejas montañas, con colinas ondulantes, pero las ondulaciones eran abruptas y elevadas, y a menudo lo que de lejos parecía una simple cuesta resultaba ser una ladera casi vertical. Ahora subían por otra colina cubierta de hierba, con montañas más altas y escarpadas a ambos flancos, pero esta vez, en lugar de otra colina más elevada, encontraron sólo cerros bajos, y más allá se veía un inmenso mar de profundo verdor.

Los demás habían llegado a la cima antes que él. Cammar correteaba de aquí para allá —al niño le sobraban energías— mientras los demás contemplaban el paisaje.

—Siento vértigo —suspiró Dilna—. Hace tiempo que no teníamos delante nada que fuese hacia abajo. ¿Estamos llegando?

—Hemos recorrido más de la mitad del trayecto, y ya hemos pasado lo peor. No hay más desierto. Pronto llegaremos a un ancho río, y lo seguiremos durante un largo trecho. Podemos construir una balsa y bajar flotando hasta un río igualmente ancho que viene del sur. Luego iremos directamente al norte y cruzaremos montañas bajas y suaves, y pronto llegaremos al Río Estelar y lo seguiremos hasta casa.

—No —dijo Wix—. Dime que sólo debemos bajar esta cuesta para estar en Ciudad Celestial. El mundo no debería ser tan grande.

—¿Cómo recuerdas tan bien el mapa, Stipock?

—Estudí el mapa en la Torre Estelar. Buscando hierro. Una vez pensé en realizar una expedición por tierra. No imaginé que Jason se prestaría a traernos volando hasta aquí.

—¿Se alegrarán de vernos? —preguntó Dilna—. No nos marchamos en

circunstancias felices.

Stipock sonrió.

—¿De veras te importa? Intentamos construir un sitio perfecto. El clima era malo y el objetivo era desatinado. No es el hierro lo que forma una civilización.

Pensó en Hoom, que amaba a sus hijos y toleraba lo intolerable entre su esposa y su amigo. Eso es civilización, soportar el dolor en bien de la alegría. Hoom creció antes que yo, comprendió Stipock. Él descubrió que si intentas eliminar el dolor de tu vida, destruyes también toda esperanza de placer. Brotan del mismo lugar. Si matas al uno, matas al otro. Alguien debió mencionármelo cuando yo era joven. Habría actuado de otro modo cuando Jason me puso en su mundo. Fui el diablo, cuando pude haber sido un ángel.

—La gente —dijo Dilna.

—¿Qué?

—La civilización. La gente, no un metal, ni un pergamino, ni siquiera una idea.

Wix se sentó sobre la hierba y se tumbó.

—Admítelo, Stipock. Decías pamplinas al contarnos que Jason era sólo un hombre. Tú y Jason sois dioses. Hicisteis el mundo juntos, y ahora estáis aquí para ver cómo lo utilizamos. Y para impresionarnos con milagros.

—Los míos no han sido muy deslumbrantes hasta ahora.

—Bueno, se requiere un poco de práctica. Como para hachar madera. Los primeros golpes nunca salen bien. Es entonces cuando la gente pierde piernas y pies, con los primeros hachazos, cuando no está acostumbrada.

—Un dios torpe. Bien, lo confieso, eso soy. —Iba a decir: Y también vosotros. Pero un alarido los interrumpió, y se levantaron de un salto.

—¡Cammar! —gritó Hoom, y pronto vieron que no estaba en la cima de la colina.

Corrieron en diversas direcciones; Stipock fue hasta la falda noroeste de la colina, y vio con esperanza que había depresiones que indicaban huellas en la hierba; luego comprobó con horror que los pasos habían llevado al incauto niño hasta el borde de un precipicio. Por una vez la redondez de la región había fallado. Había huellas en el borde, hierba desgarrada allí donde se había aferrado Cammar. Si hubiéramos estado atentos, si hubiéramos estado cerca, habríamos podido salvarlo de la caída.

—¡Aquí! —llamó Stipock.

Los demás corrieron hacia él. La voz de Cammar venía desde más abajo del borde del precipicio.

—¡Stipock! ¿Dónde está papá? ¡Estoy herido!

Hoom corrió por el borde hasta un ángulo desde donde podía ver.

—¡Cammar! ¿Puedes verme?

—¡Papá! —gritó Cammar.

—Está en un saliente, a poca distancia —gritó Hoom, regresando hacia los demás

—. Puedo alcanzarlo. Stipock y Wix, cogedme por las piernas. Dilna, quédate cerca del borde para ayudarme a alzarlo cuando lleguemos cerca de la cima. Pero no te asomes. Ese borde no es muy seguro.

Su aplomo y su aire de autoridad calmaron a todos. Todo saldrá bien, se dijo Stipock. Pensó vagamente que quizás ése fuera el punto flaco de Hoom, la incapacidad de creer que salvar a su hijo era imposible. Con todo, el niño estaba con vida. Los otros dos descansaban en el desierto bajo pilas de piedra; Dilna estaba encinta de nuevo, pero el niño no nacido no se podía comparar con Cammar, el primogénito y el último sobreviviente. Tenían que intentarlo, aun a riesgo de sus propias vidas.

Hoom se tendió de espaldas, no de bruces: luego Cammar estaba muy abajo; no lo alcanzaría un hombre que arqueara la cintura, sólo un hombre que arqueara las rodillas. Stipock lo cogió por la pierna y él y Wix lo bajaron.

—¡Ya casi llego! —gritó Hoom—. Un poco más.

—No podemos —dijo Stipock, porque ya estaban tan cerca del borde que tuvo que doblar las piernas debajo del cuerpo para que no colgaran sobre el vacío. Stipock ahora sólo aferraba a Hoom por el tobillo, y sin demasiada firmeza. Pero lograron bajarlo unos centímetros más.

—¡Casi! ¡Un poco más!

Stipock iba a protestar, pero notó que Wix se aproximaba más al borde. Wix no podía dejar de ayudar a Hoom a salvar a su hijo. Stipock lo sabía, así que trató de apretar con mayor fuerza para bajar a Hoom un poco más.

Hoom gritó.

—¡No, Cammar! ¡No saltes hacia mí! ¡Quédate ahí, no saltes!

Y luego un grito agudo, mientras Hoom lanzaba un puntapié y se sacudía, zafándose de la mano de Stipock.

Wix logró aferrarlo de milagro, aullando de dolor por el esfuerzo. Dilna aferró a Wix para impedir que él también cayera. Stipock no podía acercarse a Wix para ayudarle a sujetar a Hoom; sólo podía ayudar a Dilna en su esfuerzo para impedir que Hoom se precipitara al vacío.

—Ahora nos vendría bien un milagro —jadeó Wix.

—¡Cammar! —exclamó Hoom. Su voz retumbó en las montañas—: ¡Cammar! ¡Cammar!

—Ni siquiera sabe que está en peligro —dijo Dilna, jadeando y gimiendo de pesar, terror y desesperación.

Stipock conocía ese sentimiento. Ellos estaban a salvo. Si habían llegado tan lejos, sin duda estaban a salvo. Algo andaba mal, muy mal con el mundo.

Entonces Wix gritó, los dedos se le aflojaron y Hoom resbaló. Lo oyeron chocar contra el suelo; lo oyeron chocar de nuevo. A poca distancia. No en el fondo. Pero

definitivamente fuera de su alcance.

Dilna gritó y golpeó a Wix. Stipock se levantó y tiró de ellos, alejándolos del abismo. Sólo cuando estuvo seguro de que ninguno seguiría accidentalmente a Hoom, sólo entonces gritó:

—¡Hoom! ¡Hoom!

—¡Está muerto, está muerto! —exclamó Dilna.

—¡Traté de sostenerlo, de veras lo intenté! —sollozó Wix.

—Sé que lo intentaste —respondió Stipock—. Ambos lo hicisteis. No pudisteis hacer más. Hicisteis todo lo posible.

Llamó de nuevo a Hoom. Esta vez Hoom respondió, con voz cansada y asustada.

—¡Stipock!

—¿A qué distancia estás? —preguntó Stipock.

Hoom rió histéricamente.

—Lejos. No bajéis. No podéis llegar aquí. No se puede subir ni bajar.

—Hoom —dijo Dilna. No era un grito sino una plegaria.

—¡No trates de venir a buscarme! —insistió Hoom.

—¿No puedes trepar? ¿Ni descender?

—Creo que me rompí la espalda. No siento las piernas. Cammar ha muerto. Saltó hacia mis manos. Rocé sus dedos, pero no pude sujetarlo. —Hoom lloraba—. ¡Todos han muerto, Stipock! ¿Crees que ahora saldé mi deuda?

Stipock comprendió a qué se refería: la vida de sus hijos a cambio de su culpa por la muerte de su padre.

—Esto no es justicia, Hoom. No se trata de saldar deudas.

—¡Tiene que ser justicia! —exclamó Hoom—. ¡Desde luego no es misericordia!

—Una pausa—. Creo que no podré resistir por mucho tiempo. Sólo me sostienen los brazos.

—¡Hoom, no te rindas! No te caigas.

—Ya pensé en eso, Dilna, pero ocurrirá de todos modos...

—¡No! —gritó Dilna—. ¡No te caigas!

—¡Traté de retenerte! —gritó Wix.

—Lo sé. Fue Stipock quien me soltó, el viejo tonto. Stipock, haz tu milagro ahora.

—¿Qué milagro? —preguntó Stipock.

—Purifícanos.

Stipock inhaló profundamente y luego habló con voz estentórea, para que Hoom le oyera también.

—Hoom me dijo que si alguna vez... si algo le sucedía...

—¡Sí, continúa! —gritó Hoom.

—Que lo ha sabido todo desde antes de la concepción de Cammar. Y que os

amaba a ambos de todos modos. Y amaba a los niños. Y... os perdonaba. Le creo. No hay cólera en él.

Dilna sollozaba.

—¿Es verdad?

—Sí —dijo Hoom.

Wix se volvió, se tendió de bruces en la hierba y lloró como un niño.

—Voy a soltarme —dijo Hoom.

—No —dijo Dilna.

Hoom resistió. Pero no había más que decir ni que hacer. Sólo esperar en la cima de la colina, escuchando el llanto de Wix, el canto de las aves llamándose entre los desfiladeros.

—Tengo que soltarme —dijo Hoom—. Estoy muy cansado.

—¡Te amo! —exclamó Dilna.

—¡Y yo! —gritó Wix—. ¡Yo debí haber muerto, no tú!

—Ahora lo piensas —dijo Hoom.

Entonces se soltó. Oyeron un resbalón, y nada más.

—¡Hoom! —gritó Dilna—. ¡Hoom! ¡Hoom!

Pero ya no hubo respuesta.

Una vez agotadas las lágrimas, se levantaron, cogieron sus petates, bajaron cuidadosamente por las cuestas seguras y se alejaron de las montañas para internarse en el gran bosque. Hallaron el río, construyeron una balsa y los tres flotaron durante semanas; o eso les pareció pues perdieron la cuenta de los días.

Pasaron el invierno al norte del río, donde Dilna dio a luz una niña.

Pensó en llamarla Hoom, pero Stipock se lo prohibió, diciéndole que no tenía derecho a cargar a la hija con su culpa. Hoom los había perdonado, ellos no tenían ninguna deuda, la niña no estaba obligada a recordarles nada. Así que la llamaron Agua. En primavera cruzaron las montañas y entraron en Ciudad Celestial, donde los acogieron con alegría.

—Lared —dijo Jason.

Lared despertó. Estaba montado en su caballo, rodeado por aldeanos.

—Lared, trajiste a tu padre a casa.

Lared se volvió y vio a su padre en el trineo. Justicia se inclinaba sobre él. Sala meneaba la cabeza.

—Está vivo y quizá no muera —dijo con voz casi adulta—. Al cortarle el brazo le salvaste la vida.

—Él me pidió que lo hiciera.

—Entonces te pidió bien. —Eran palabras extrañas en labios de su hermana menor. También para ella sonaron extrañas, pues de pronto fue como si el agua se derramara de un odre de piel de cabra. Sala rompió a llorar—. ¡Papá, Papá!

Se arrodilló sobre el trineo, abrazó al padre y le besó la cara. Él despertó, abrió los ojos y dijo:

—Me cortó el brazo, maldito muchacho, me cortó el brazo.

—No le des importancia —le susurró Jason a Lared—. Está fuera de sí.

—Lo sé —dijo Lared. Se apeó del caballo, apoyó en tierra las piernas trémulas—. Fue un día interminable. Llevadnos a casa.

Faltaba menos de un kilómetro para la aldea. Jason había desenganchado los caballos, abandonando el trineo, y había cabalgado de regreso, alertando a todos los hombres. Ellos también desengancharon los caballos, reunieron a los seis hombres que ya habían llevado los troncos a casa y salieron al encuentro de Lared.

—¿Justicia me guió? —preguntó Lared—. Soñé durante todo el camino. Stipock, Hoom...

—Ella te envió el sueño, pero no te guió. ¿Cómo iba a hacerlo? No conoce el camino.

—¿Cómo llegué aquí?

—Tal vez hay en ti más de lo que crees.

Jason le ayudó a entrar en la posada, donde Mamá lo estrechó con fuerza y preguntó:

—¿Está vivo?

—Sí —dijo Lared—. Lo traen hacia aquí.

Jason lo acompañó hasta la carriola, que estaba junto al fuego. Lared se quedó allí temblando mientras cuatro hombres entraban el cuerpo del herrero. Papá estaba inconsciente. Jason se puso a trabajar, hirviendo hierbas y vendando el muñón. Mientras Papá permanecía inconsciente, Jason enderezó la pierna y la entablilló.

Entretanto, Justicia se quedó sentada en la silla, observando. Lared la miraba de cuando en cuando, para ver si ella sentía el dolor de su padre. No parecía darse por enterada. No daba muestras de saber que ella podía curarlo con un pensamiento, incluso reponerle el brazo. Lared quiso gritarle. ¡Si puedes curarlo y no lo haces, lo estás permitiendo!

Ella no le habló en la mente. En cambio, Sala se le acercó y le tocó la frente.

—No me atormentes, Lareled —dijo—. Piensa en Hoom y Cammar y alégrate de estar en casa.

Lared besó la mano de la hermana y la retuvo un instante.

—Sala, por favor, háblame con tus propias palabras.

Sala rompió a llorar.

—Tuve tanto miedo, Lared. Pero trajiste a Papá a casa. Supe que lo harías.

Ella le besó la mejilla. Y de pronto añadió:

—Pero Lared, te olvidaste de traer el brazo. ¿Cómo martillará el hierro, sin una mano para sostenerlo?

Y Lared lloró quedamente, por Papá, por sí mismo, por Hoom, Cammar, Bess, Dallat, por Wix y Dilna y Aven, por los inocentes y los culpables, por todo el dolor. Nunca supe que amaba a Papá hasta que estuvo al borde de la muerte. Tal vez nunca lo amé hasta que estuve a punto de perderlo. Parecía un pensamiento muy poderoso, pero Lared supuso que quizás era Justicia la que lo deslizaba en su mente. Entonces se durmió. No podía escapar del sueño, y el precio de intentarlo era demasiado alto. Había llegado a casa, y había mantenido a Papá con vida, y eso era suficiente por ahora. Ya no le temía a nada, ni siquiera al sueño; no, ni siquiera al reposo.

LA GRANJA DE WORTHING

Papá permaneció en cama, durmiendo como un muerto durante varios días. Pero cuando alguien preguntaba cómo estaba, Sala respondía:

—Se pondrá bien.

Bien, pensó Lared, totalmente bien, pero sin el brazo izquierdo y con el recuerdo de su hijo tambaleándose como un borracho y hachando el árbol como un niño; yo le corté el brazo, pero no porque se lo haya arrancado con el hacha, pues en eso no habría culpa, sino porque hice caer el árbol en un ángulo desfavorable, y se atascó en las ramas de los otros árboles.

Trató de no culpar a Jason ni a Justicia. Obligándome a tener sueños de padres moribundos, de modo que permanecí despierto por temor, y así infligí a mi padre algo que es casi la muerte. ¿Estaba en sus designios desde el principio? ¿Me mostraron la muerte de Aven para que yo mutilara a mi propio padre? ¿Qué significa la muerte de Hoom? ¿Qué me depara el destino? Pero cuando pensaba en ello se avergonzaba, pues el sueño del viaje de Stipock hasta Ciudad Celestial lo había mantenido en el camino, cuando jamás habría podido llevar a Papá por sus propios medios.

Los demás aldeanos lo alababan. Lared, el leñador que había salvado la vida del padre y había llevado al manco Elmo a casa por una senda desconocida. El calderero amenazaba con componer una canción sobre la hazaña, y los otros hombres, que antes lo trataban con aire risueño, ahora le profesaban un franco respeto. Casi reverencia, pues callaban cuando él entraba en la habitación, pidiéndole opinión como si fuera un sabio. Lared aceptaba estos cambios con cortesía —¿por qué desdeñar ese afecto?— pero cada acto de amabilidad y de honra le dolía, pues sabía que merecía acusaciones en vez de alabanzas.

Se refugió en el libro. Había mucho que escribir: Stipock, Hoom, Wix, Dilna. Se encerraba el día entero en la habitación de Jason, escribiendo sin cesar. Bajaba a comer, y a realizar faenas que antes hacía Papá, pero incluso eso se volvió innecesario. Lared descubrió que Jason ya se había encargado de esas tareas. Lared no tenía nada que decirle a Jason, y simplemente se alejaba. Obviamente Jason oía en la mente de Lared que era preciso hacer la faena, y se apresuraba a llevarla a cabo para que Lared pudiera volver al libro. Lared a veces se preguntaba si esos dos no lo habrían tramado todo para que él dedicara más tiempo a escribir. Muy bien, pensó, escribiré, tan deprisa como pueda, para deshacerme del libro y de vosotros.

Un día, cuando fuera nevaba intensamente y la casa estaba impregnada de olor a salchicha, Lared se inclinó sobre la mesa y narró por fin la muerte de Cammar y Hoom. Lloró al escribirla, no por los muertos, sino por el perdón que Hoom concedió a Wix y Dilna al morir. Jason subió a verlo; a Lared le fastidió la intromisión; Jason

era el que menos podía esgrimir la excusa de que ignoraba ser inoportuno.

—Sé que no me quieres aquí —dijo Jason—. Pero aquí estoy, de todos modos. Has escrito todo lo que sabes hasta ahora.

—No quiero más sueños de vosotros.

—Entonces tengo estupendas noticias. Has terminado todas las historias que considero debes ver por ti mismo. Te contaré cómo terminé mi tiempo con mi gente, y luego...

—Y luego te daré el pergamino y te largarás.

—Y luego Justicia te dará los recuerdos que mis descendientes preservaron a través de las generaciones. Como la historia del calderero.

—No quiero más sueños ni historias.

—No te enfades tanto, Lared. Deberías alegrarte de haber tenido esos sueños. Hoom, por ejemplo, puede darte una lección. En vez de castigarnos a todos por el accidente de tu padre, a ti, a Justicia, a mí, deberías ser generoso como Hoom y perdonarnos a todos.

—¿Qué sabes de Hoom? ¿Qué entiendes tú de él?

—Olvidas que yo envié a mi madre a una colonia contra su voluntad. Tal como tú amputaste el brazo de tu padre. Llevas en ti el recuerdo de cada dolor que sufrí en mi vida. Amaste más a Hoom al conocerlo... ¿por qué no a mí?

—Tú no eres Hoom.

—Sí, lo soy. Soy Hoom y todos aquellos cuyo corazón he llevado en mí. He sido muchas personas, Lared, he sentido sus dolores...

—¿Entonces por qué causas más? ¿Por qué no me dejas tranquilo?

Jason asestó un puñetazo en la pared.

—¿Por qué no comprendes que siento lo que tú sientes, tonto? Te conozco y te amo, y si pudiera ahorrarte una sola pizca de todo esto, si pudiera aliviar tu carga y aun así llevar a cabo lo que debe hacerse...

—¡Nada *debe* hacerse! Simplemente *quieres* hacerlo.

—Sí, de acuerdo. Quiero hacerlo al igual que tú quieres respirar. Lared, durante miles de años mis hijos observaron todos los mundos de los hombres, os protegieron del dolor y el sufrimiento; En todo ese tiempo, Lared, en todos esos años, jamás hubo un Hoom. ¿Me comprendes? Un Hoom, un Wix o una Dilna son imposibles en un universo donde los actos no tienen consecuencias. ¿Por qué amas a Hoom? Por lo que hizo en tiempos de sufrimiento. Sin el sufrimiento, ¿qué era él? Un carpintero habilidoso. Sin los malos tratos del padre, sin el rostro del padre aureolado por las llamas, sin el adulterio de la esposa y la muerte de Bessa, Dallat y Cammar... sí, sin el roce de los dedos de Cammar en la caída, ¿qué tendría Hoom para que lo amaras? ¿Qué grandeza habría en él? ¿Qué habría significado su vida?

La vehemencia de Jason sorprendió a Lared. Había demostrado tanta calma en

esas semanas que su cólera se volvía más temible. Pero Lared no perdió la compostura.

—Si le preguntaras a Hoom, creo que él habría renunciado a la grandeza con tal de vivir en paz.

—Claro que sí. Todos preferirían que las cosas anduvieran sin tropiezos. Los peores bastardos del mundo son los que dedican la vida a asegurarse de que las cosas anden sin tropiezos. La preferencia individual no tiene nada que ver con lo que digo.

—Es obvio. Nunca te has desvivido por hacer el bien a los demás, excepto cuando los necesitas para promover tu grandioso plan.

—Lared —dijo Jason—, las personas no son individuos, aunque todos creemos que lo somos. Antes de venir yo, ¿qué sabías de ti mismo, excepto lo que te contaba tu familia? Sus anécdotas sobre tu infancia se transformaron en tu visión de ti mismo; imitaste a tu padre y a tu madre, aprendiste de ellos lo que significa ser humano. Cada conducta de tu vida estaba modelada por lo que otros dicen y otros hacen.

—¿Qué soy, entonces? ¿Una máquina que imita a todos los que me rodean?

—No, Lared. Como Hoom, tienes en ti algo que hace una elección... algo que decide: *Esto soy yo, esto no soy yo*. Hoom pudo haber sido un homicida, ¿verdad? O pudo haber tratado a sus hijos como su padre lo había tratado a él, ¿verdad? Esa parte que elige es tu alma, Lared. Por eso no podíamos vaciar la burbuja de una persona en la mente de otra... hay opciones con las que no puedes convivir, no puedes soportar haber hecho ciertas cosas, porque no son las cosas que harías. Así que no eres sólo un eco. Pero eres parte de una trama, una vasta urdimbre; tu vida obliga a otras personas a elegir, también. Los hombres que te honran por salvar a tu padre... ¿no comprendes que eso también da sentido a sus vidas? Algunos podrían tenerte envidia... pero no es así. Te aman por tu bondad, y eso también los hace buenos. Pero sin dolor y sin temor, ¿qué importa que vivamos juntos, que nuestras vidas se toquen? Si nuestros actos no tienen consecuencias, si nada puede ser malo, bien podríamos morir, porque seríamos sólo máquinas, máquinas satisfechas, bien aceitadas, que funcionan sin tropiezos, sin necesidad de pensar, sin valores, porque no hay problemas que resolver y no podemos perder nada. Amas a Hoom por lo que hizo en momentos de dolor. Y como lo amas, te has transformado en él, en parte, y otros, conociéndote, también se transformarán en él, en parte. Así es como permanecemos vivos en el mundo, a través de la gente que se transforma en nosotros cuando nos vamos. —Jason meneó la cabeza—. Te digo todo esto, pero tú sigues sin comprender.

—Claro que comprendo. Pero no te creo.

—Si comprendieras, Lared, me creerías, porque es verdad.

Entonces Justicia habló en la mente de Lared: Jason te cuenta una verdad a medias, por eso no le crees.

Jason debió de oírlo, porque la cara se le ensombreció de furia. Relajó el cuerpo,

se sentó y susurró:

—Conque no soy humano. Ya.

—Claro que eres humano —dijo Lared.

—No, no lo soy. Justicia me conoce mejor que cualquier ser viviente. Es lo que dijo a los Jueces: no soy humano.

—Tienes carne y hueso como cualquier hombre.

—Pero no compasión.

—Eso es verdad.

—Siento lo que otros sienten, pero no siento piedad por ellos. Vi el universo sin dolor y dije: Esto es obsceno, deshazlo. Y luego escogí permanecer en él porque prefiero vivir aquí, rodeado por el temor y el sufrimiento, a vivir en un mundo donde ha de haber un sufrimiento como el de Hoom para que haya un hombre como Hoom. Prefiero vivir en un mundo donde un hombre comete una locura como caminar desnudo en la nieve en nombre del honor, o donde un herrero pide que le corten el brazo para salvar la vida, o donde una mujer ve que su esposo llega manco y medio muerto y ese día le dice a su amante: Nunca te veré de nuevo, pues si mi esposo se enterara de esto ahora, creería que le desprecio por no estar entero.

Lared cogió el cálamo con la mano trémula.

—Te odio.

—Tu madre era una mujer, y nada más. No tenía rostro hasta el Día del Dolor.

—Éramos más felices sin rostro.

—Sí, y los muertos son los más felices de todos. No sienten dolor, no sienten temor, y el mejor ser humano es el más parecido a un río, el que cae hacia donde lo lleva el declive del terreno.

—Te complace el dolor ajeno. Por eso viniste aquí... para regodearte.

Esas palabras fueron hirientes.

—Piensa de mí lo que quieras —dijo Jason—, pero ahora dime esto: ¿qué sueños te gustaría olvidar? ¿Cuáles te gustaría borrar de la mente como si nunca hubieran ocurrido? ¿A cuál de estas personas preferirías no haber conocido?

—A ti —dijo Lared.

Jason hizo una mueca, como si le hubieran pegado.

—Además de a mí. ¿A quién te gustaría que Justicia te borrara de la memoria, tal como borras un dibujo en el polvo?

—Ya habéis hecho bastantes cosas con mi memoria. Dejarme en paz.

—Necio. La protección que os brindaban consistía precisamente en alteraciones de la memoria. Me dices que te deje en paz, pero me odias porque eso es precisamente lo que hice. ¿Qué prefieres, muchacho? ¿La seguridad o la libertad?

—Quiero que me dejen tranquilo.

—En cuanto pueda, Lared, te dejaré tan tranquilo cómo desea tu corazón. Pero

debemos terminar el libro. Así que escucha y te contaré el resto de la historia. Sin sueños... tu preciosa memoria no sufrirá perturbaciones. ¿Estás preparado?

Lared bajó la pluma.

—Sé breve.

—¿Quieres saber qué ocurrió con Stipock y los demás?

Lared se encogió de hombros.

—Tú me contarás lo que quieras. —Sabía que estaba irritando a Jason; eso era precisamente lo que quería.

—Wix y Dilna se casaron, evidentemente. Los llevé a ambos a la Torre Estelar, y cada uno de ellos gobernó varios períodos como alcalde. Pedí a Stipock que escribiera algunos libros sobre maquinaria, combustibles y conocimientos generales... cosas que fueran útiles para las generaciones venideras. Luego lo recibí en la nave, y fue alcalde dos veces. Antes de eso ya se había casado y engendrado once hijos. Al cabo de trescientos años había dos millones de personas en Ciudad Celestial. Pero no era como Capitol. Sólo veinte mil personas vivían en la ciudad misma. Se esparcieron por la llanura norte y los bosques y zonas mineras del sur, hasta las fuentes del Río Estelar, y algunas ya habían ido a vivir a la desembocadura del Río Celestial. Constituían una cultura, con un idioma y un pueblo, y decidí que ya contaban con fundamentos suficientes. Habían aprendido todo lo que yo podía enseñarles, así que saqué a todos los que había albergado en la Torre Estelar, y escogí a algunos de los que nunca habían estado bajo el somec para enviar colonias año tras año, cinco mil personas por vez. Stipock navegó hasta la región donde su empresa minera había fracasado; Kapock y Sara viajaron por tierra con dos mil ovejas para aprovechar las zonas de pastoreo del este del desierto de Stipock; Wien el broncista fue a las montañas del noreste, y Wix y Dilna condujeron a su gente al este. Noyock navegó a las islas, hacia el oeste, donde el mar era la única cerca para el ganado. Linkeree y Hux fundaron ciudades en extremos opuestos del Bosque de Aguas, en el río por el que Stipock, Wix y Dilna navegaron en su viaje de regreso. Ésos son los que conoces. Hubo muchos más. Y la única colonia que yo no deseaba fundar: la gente de Billin, en las islas del sur. Por lo que sé cayeron en el salvajismo antes que los demás. Pero la paz que yo establecí no fue permanente en ninguna parte. Había comercio y guerra, exploración y ocultamiento; se contaban mentiras y se olvidaba la verdad. A pesar de ello, las gentes de todas las regiones recordaban la edad de oro de Jason, el tiempo de la paz. La gente es propensa a añorar edades de oro perdidas. Tú lo sabes bien.

—Pero no eres tú lo que yo echo de menos.

—Cuando los últimos colonos salieron de Ciudad Celestial, me llevé la nave estelar de su pista de Primer Campo. Ya no servía para volar entre las estrellas, pero eso no importaba. La puse en órbita y me dormí. Cincuenta años.

—Encaramado como Dios en el cielo —dijo Lared—, atisbando entre las nubes para ver cómo andaba el mundo.

Jason continuó como si Lared no hubiera hablado.

—Sólo al despertar inicié mi verdadera labor. A fin de cuentas, yo no había intentado crear una utopía... sólo había enseñado a la gente a trabajar, a prosperar y a vivir con las consecuencias de sus actos. Debía encargarme de otros asuntos. Yo ya tenía cuarenta años y no tenía hijos. Y el Mundo de Worthing, Lared, iba a ser un mundo donde mis dones crecerían y se desarrollarían, quizá para transformarse en algo más.

»Así que cogí una nave de aterrizaje y equipo, y escogí un lugar a orillas del Río Oeste, en la zona más tupida del Bosque de Aguas, un sitio al que no llegarían carreteras, al menos hasta que el mundo estuviera lleno, lo cual tardaría en ocurrir. Tracé un círculo de diez kilómetros a la redonda y lo marqué con un inhibidor.

—No conozco esa palabra.

—Ya lo sé. Establece una barrera invisible que resulta muy perturbadora para el ser inteligente que la cruza. Los pájaros la atraviesan. Los perros y caballos sienten fastidio. No tenía problemas de delfines, por razones obvias. Empotré el inhibidor en una piedra, y en la piedra tracé esta inscripción con láser:

GRANJA DE WORTHING

*De las estrellas,
el de ojos azules.*

*De este lugar,
el hijo de Jason.*

—Veo que estabas decidido a impedir que la gente te adorara —ironizó Lared.

—Yo no lo empecé, como bien sabes, Lared. Pero podía aprovecharlo, ¿verdad? Cada colonia tenía leyendas sobre Jason, el que se llevó la Torre Estelar al cielo pero que un día regresaría. Yo sólo tenía que alterar eso un poco. Fui a Stipock... la nación de Stipock, pues Garol ya había muerto. Su nieto Hierro era alcalde del lugar. No revelé quién era yo, sólo pedí un sitio donde vivir. Pero no eran ciegos, y es difícil ocultar mis ojos. De inmediato circularon rumores y la gente acudió a verme, pero nunca admití que era Jason. Viví allí sólo seis meses, pero en ese tiempo narré algunas historias. Suficientes para anunciar al mundo que aguardara la llegada de mi hijo, y para darle alguna razón para no odiar ni asesinar a mis hijos si los encontraban. Debes recordar que había pasado la mitad de mi vida o más temiendo que me llamaran escrutador y me mataran.

»Al cabo de seis meses me casé con Lluvia, la hija de Hierro, y la llevé al norte

conmigo, a la Granja de Worthing. No sé si lo mencioné, pero nunca revelé a mi gente el nombre de Worthing. Sólo di ese nombre a la granja, y sólo lo confié a un círculo de amigos en Stipock. Eran mis custodios, para proteger al mundo en caso de que uno de mis hijos resultara un Radamand. A fin de cuentas, estaba en la sangre.

»Llevé a la pobre Lluvia a la Granja de Worthing, y allí tuvimos siete hijos, y fue la época más feliz de mi vida. Pero no soy como Hoom, Lared. Yo amaba a mis hijos, pero los amaba menos que a otras cosas. Supongo que era como mi padre, o como Doon... tenía trabajo que hacer y cosas que aprender, y eso lo valoraba más que el amor. Pero tú tienes razón. Como has dicho, no tengo corazón. —Jason sonrió cruelmente—. Al cabo de diez años (recuerda, Lared, que para mí esto fue hace un año) dejé la puerta del inhibidor en manos de Lluvia y le enseñé a usarla. Luego me marché. Tenía que saber qué ocurriría con todo. Cómo terminaría el mundo. Me despedí de Lluvia y le dije que era vital que únicamente abandonara la Granja de Worthing cuando fuera época de escoger esposo o esposa para uno de nuestros hijos. Ningún niño de ojos azules debía partir jamás. Y todo niño que no tuviera los ojos azules debía iniciar su vida adulta con la dote que la granja pudiera brindarle.

—Vaya una familia feliz —dijo Lared—, con los hijos prisioneros.

—Era cruel y desdichada. Creí que nunca aumentaría. Yo sólo quería darles tiempo, quizá tres o cuatro generaciones, para crecer antes de salir a exponerse al mundo. Alguien se rebelaría, sin duda, y robaría la puerta, desconectaría el inhibidor y lo dejaría abierto. ¿Cómo podía saber yo cuán pacientes serían? Quizá duró tanto tiempo porque pedí a Lluvia que cada guardiana de la puerta, antes de su muerte, designara a una hija o nuera para sucederla en la tarea de custodiar la puerta y controlar las entradas y salidas. Recuerda que cuando fundé mi pequeña familia, mi don se pasaba del padre al hijo varón, asociado con el sexo. Yo no tenía modo de saber que eso cambiaría... y no cambió en mucho tiempo. Así que la puerta fue heredada por una mujer tras otra, mujeres que no poseían el don, cuyo único poder en la familia era la puerta. Fueron legando la puerta durante mil años. Durante mil años sólo se quedaron los niños que podían escrutar la mente. No tuve en cuenta que muchos de los expulsados simplemente se afincaban a poca distancia del alcance del inhibidor y fundarían granjas, y sus hijas se casarían luego con los Worthing. Al cabo de un tiempo la reproducción intrafamiliar cobró intensidad. Transformó el poder, que se duplicó y triplicó. Volvió a esa gente brillante y fervorosa, débil y enfermiza, temerosa del mundo y consciente de la pared invisible y la piedra del centro de la granja. Debí haberlo previsto, pero no lo hice. Les di poderes que los hombres sólo habían imaginado cuando soñaban con Dios; pero también les di corazones poco humanos. El milagro no es que se volvieran poderosos. El milagro es que cuando la familia abandonó la Granja de Worthing, alguno conservara un vestigio de humanidad.

—¿Y dónde estabas tú, mientras crecía tu bonita familia?

—Regresé a la nave estelar, lo preparé todo y llevé la nave al fondo del mar. Sólo despertaría cuando el mundo tuviera tecnología suficiente para advertir que yo estaba allí y llevarme a la superficie. O cuando el resto de la humanidad descubriera mi pequeño mundo y me despertara. De cualquier modo, sería un buen momento para despertar. Nunca dudé que me despertarían. No sabía que pasarían quince mil años, desde luego, pero aun así lo habría hecho. Tenía que saber cómo terminarían las cosas.

Lared esperó. Al parecer Jason había concluido.

—¿Eso es todo? Lo escribiré en una hora, podrás llevarte el libro y luego te marcharás de aquí y nunca nos molestarás de nuevo.

—Lamento defraudarte, Lared, pero no es el final. Es sólo el final de la parte que yo puedo contar. Justicia te dará sueños para todo el resto.

—¡No! —gritó Lared. Se levantó de la mesa, tumbándola, derramando la tinta en el suelo—. ¡Nunca más!

Jason le cogió el brazo, lo arrastró al centro de la habitación.

—¡Tienes una deuda con nosotros, bastardo desagradecido y quejoso! Justicia te trajo a casa con sus sueños. Nos debes la vida de tu padre.

—¿Entonces por qué ella no me modifica y me hace *desear* tener esos sueños?

—Pensamos en ello —dijo Jason—, pero nos está prohibido hacerlo, y además cambiaría tu personalidad. De cualquier modo, nos has pedido que no jugáramos con tu mente. No hay muchos sueños más, Lared, pues casi se han terminado. Además, los sueños ya no son tan nítidos. No son recuerdos de experiencias directas, como los de Stipock, de él a mí y de mí a ti. Estos recuerdos circularon durante generaciones en mi familia, son sólo retazos y fragmentos que cada generación consideró crucial recordar. Lo que soñarás esta noche es el recuerdo más antiguo que ha sobrevivido. Mil años después de mi partida, y cuenta cómo terminó el encierro.

—No me lo des por la noche. Cuéntamelo ahora —dijo Lared.

—Éste se debe ver en la memoria. Si te lo cuento, no me creerás ni lo entenderás.

Llamaron a la puerta. Era Sala.

—Papá está despierto —dijo—. No se siente muy feliz.

Lared supo que debía bajar, pero temía enfrentarse con su padre. Papá sabe el daño que le causé. Veía claramente en la memoria el aspecto del brazo, empalado y aplastado en el extremo de una rama partida.

Recordaba muy bien la vibración del hacha cortando la carne y mordiendo el hueso.

Yo lo hice, dijo Lared en silencio, bajando la escalera, acercándose a la cama del padre.

—Tú —susurró Papá—. Dicen que tú me trajiste a casa.

Lared asintió.

—Debiste haberme abandonado, y terminar lo que empezaste.

El odio glacial de su padre era insoportable. Subió a la carrera, se arrojó en la cama de Jason y lloró de pena y culpa. Lloró hasta dormirse, y Jason no lo despertó, sino que se acostó en el suelo para que Lared tuviera su sueño.

Elias aferraba el arado mientras los bueyes tiraban, abriendo surcos rectos en el campo. No miraba a la izquierda ni a la derecha, sino que avanzaba tozudamente como si él y los bueyes fueran un solo animal, la misma bestia. Casi era así, pues la mente de Elias no se concentraba en la faena. Veía a través de los ojos de la madre, la mente de su vieja madre, observando mientras ella cometía el acto innombrable.

—Hay motas negras en los ojos de Mateo —decía ella. Los ojos de ella eran castaños, pues era una hija de allende el muro—. No puede quedarse. Debe irse.

Quiere irse, eso es todo, quiere largarse porque odia este lugar, y me odia a mí porque soy más fuerte que él, quiere alejarse de mí para ir allende el muro, pero está prohibido. Sus ojos tienen motas negras, pero Mateo tiene el poder de Worthing, y debe quedarse; tiene *un* poder, aunque le falte lo demás: tiene el poder de cerrarme el paso, el poder de impedir que yo le escrute la mente. En todo Worthing, en todo el tiempo que todos recuerdan, nunca hubo nadie que tuviera el poder para cerrarse al escrutinio de los ojos de Worthing. ¿Qué oculta? ¿Cómo se atreve a guardar secretos? Debe quedarse, debe quedarse. No queremos a nadie en el mundo cuyos hijos tengan poder para cerrarnos el paso. Debe quedarse. Mientras Mamá cogía la puerta de la repisa de la chimenea, Elias llamó en silencio a todos los demás. Venid. Mamá quiere usar la puerta. Venid.

Y acudieron todos, los hombres de ojos azules, sus esposas, sus hijos. En silencio, pues no necesitaban hablar. Se reunieron ante el parapeto de piedra que indicaba el límite de Worthing. Estaban aguardando cuando Mamá se acercó para liberar a Mateo.

—No —dijo Elias.

—Yo tomo la decisión —replicó Mamá—. Mateo no es uno de vosotros. No puede ver como vosotros veis. No conoce lo que vosotros conocéis. ¿Por qué obligarlo a vivir aquí con vosotros, como un ciego en un mundo de videntes, cuando allende el muro es como todos los demás?

—Él tiene un poder, y sus ojos son azules.

—Sus ojos son espurios, y el único poder que tiene es la intimidación. Ojalá yo lo tuviera también.

Elias se vio a través de los ojos de Mamá, sintió el temor que ella le tenía, pero supo que ella no cedería. Elias se enfureció, y la hierba se volvió reseca y quebradiza bajo sus pies.

—No traiciones la ley de Worthing, Mamá.

—¿La ley de Worthing? La ley de Worthing dice que yo soy la guardiana de la puerta y la decisión es mía. ¿Quién de vosotros se atreverá a arrebatarme la puerta?

Nadie, desde luego. Ninguno de ellos se atrevería a tocar la puerta. Ella la presionó con aire desafiante y la abrió. Sintieron un repentino silencio interior, la ausencia de un zumbido que siempre oían pero nunca notaban hasta que cesaba. La puerta estaba abierta, y sentían miedo.

Mateo echó a andar, llevándose su legado: un hacha, un cuchillo, un morral que contenía un queso y una hogaza, un odre de agua, una taza.

Elias le cerró el paso.

—Déjalo ir —dijo Mamá—, o dejaré la puerta abierta a todas horas del día, y vuestros hijos escalarán el parapeto y se largarán, y la Granja de Worthing será igual que allende el muro. ¡Déjalo ir o lo haré!

Elias pensó en arrebatarle la puerta y entregarla a otra mujer que respetase la ley, pero cuando los otros le vieron esa idea se lo prohibieron, y dijeron que lo matarían si se atrevía.

Sois indignos, dijo Elias en silencio. Estáis malditos. Seréis destruidos porque aceptasteis que ella infringiera la ley. En silenciosa cólera, Elias se apartó y dejó ir a su hermano. Luego regresó al campo. Sus pies reseocaban y marchitaban la hierba al pasar, una pequeña estela de muerte. Elias estaba furioso, y llevaba la muerte en él. Vio que su madre lo advertía, y se alegró. Vio que sus primos y tíos también se atemorizaban. Hasta ahora nunca hubo nadie como yo en Worthing. Worthing me ha dado un gran poder ahora, desde el momento en que la ley ha sido violada por una mujer que no comprendía el peligro de su hijo bien amado. Worthing me creó en tiempos de tribulación, y no permitiré que Mateo se marche de aquí sin castigo. La infracción de la ley no quedará sin venganza.

Aún no sabía cuál sería esa venganza. Simplemente dejó crecer su furia. Así que Mamá empezó a agostarse como la hierba. La tez se le secaba, formando escamas, la lengua se le hinchaba en la boca. Bebía sin cesar, pero nada le aplacaba la sed. Cuatro días después de la partida de Mateo, Mamá entregó la puerta a Arr, esposa de Elias, que no la quería; entregó la puerta a Arr y murió.

Arr miró atemorizada al esposo y dijo:

—No la quiero.

—Es tuya. Obedece la ley.

—No puedo traer de vuelta a Mateo.

—No espero que lo hagas.

Y Arr dijo con la mente: Ella era tu madre.

Y en la mente Elias le puso esta respuesta: Mamá infringió la ley, y Worthing está furioso con ella. Mateo también infringió la ley, y ya verás lo que hará Worthing.

Pero nada ocurrió con el transcurso de los días. Mateo no se fue lejos. Caminó entre las gentes de allende el muro, los primos y hermanas y tías con sus familias, y aquellos cuyos ojos no tenían el azul de Worthing, y persuadió a muchos de marcharse con él. Elias no podía saber qué planeaba Mateo, sólo lo que comunicaba a los demás. Hablaba de construir una ciudad en la que tendría una posada, quince kilómetros al oeste, donde el camino del norte cruzaba el río y a menudo pasaban viajeros. Aprenderemos algo del mundo de los hombres y las mujeres, dijo. Y de todas las blasfemias, ésta fue la peor: al cavar los cimientos de la posada, la llamó Worthing.

Hay un solo Worthing en el mundo, y es la Granja de Worthing.

Tardaron dos meses en comprender cuán terrible sería la venganza de Elias. Pues durante semanas no llovió, y el sol caía aplastante todos los días. El tiempo agradable se transformó en canícula, y la canícula en sequía. Ninguna nube surcaba el cielo, y la brisa perdió su aroma almizclado. El aire estaba seco como el desierto. Los labios se cuarteaban; el aire seco cortaba como un cuchillo; el río perdió su caudal, y los ocultos bancos de arena se transformaron en islas, luego en penínsulas, y finalmente el río se secó. Los árboles del Bosque de Aguas se agrisaron, las hojas pendían sin fuerza de las ramas, y en los campos de la Granja de Worthing, a pesar de los pozos que cavaban y del agua que acarreaban desde el lánguido río, las cosechas se volvieron pardas, ennegrecieron y murieron.

Era obra del odio, del furor de Elias; ni siquiera él había comprendido que podía lograr tanto.

Con el transcurso de los días, la gente y los animales se debilitaron. Entonces acudieron a Elias, y le suplicaron. Ya nos has castigado bastante, dijeron. Nuestros hijos, dijeron. Haz que llueva. Pero Elias no sabía hacerlo. Él no había decidido para la lluvia; él sólo se había llenado de furia, y no podía frenar el odio sólo porque se lo pidieran; ni siquiera aunque lo deseara.

Ni siquiera estaba seguro de haber sido él. Oía a viajeros que le contaban a Mateo, en su bonita posada, que esas sequías se producían en ocasiones, aunque habitualmente en Stipock, allende el mar. Era natural, y pronto terminaría con una gran tormenta que arrancaría los tejados y lo inundaría todo. Ocurría una vez por siglo, para renovar el mundo.

Otros decían que era un hecho fortuito. Las tormentas seguían hacia el sur; no había sequía en Linkeree, hacia el oeste, ni en Hux, hacia el este. Hasta el Río Oeste se despeñaba con un fuerte caudal desde Cima del Mundo, más allá de Hux, para secarse sólo al llegar a la zona de sequía.

—Yo diría que aquí es el centro —decían los viajeros—. Pero es algo fortuito.

Los niños comenzaron a enfermar, y como hubo que reservar el agua para ellos, los animales comenzaron a morir. Las ardillas se caían de los árboles y yacían

muertas en el campo. Las ratas morían bajo las casas, y los perros las desgarraban para sorberles la sangre y vivir una hora más. Los caballos se quedaban tiesos en el pesebre, y los bueyes se tambaleaban y caían.

Si soy yo, deseo pararlo. Si yo lo he causado, que termine. Pero por mucho que Elias lo dijera, o lo gritara a todo pulmón, la sequía continuaba, el calor se intensificaba, y en los rincones distantes del bosque los hombres y mujeres patrullaban para matar a cualquiera que encendiese un fuego; hasta las hogueras para cocinar estaban prohibidas, porque la menor chispa arrasaría con el Bosque de Aguas de un confín al otro. Las carretas atravesaban las Montañas Celestiales o viajaban río arriba desde el mar o río abajo desde Cima del Mundo, llenas de jarras y toneles de agua, para comprar una granja por un tonel, una casa por una jarra, un niño por una taza, la virtud de una mujer por un sorbo. Pero el agua era vida, y valía el precio.

Los primos y tíos acudieron a Arr para decirle: Usa la puerta y déjanos ir. Debemos ir adonde venden agua. Aunque debemos vender la Granja de Worthing, hemos de hacerlo para salvar la vida.

Elias se enfadó con ellos. ¿Qué eran sus vidas, comparadas con la Granja de Worthing?

Y por respuesta lo amenazaron de muerte, hasta que uno de ellos dijo que Elias debía vivir para reparar el daño que había hecho al mundo.

¿A qué esperas?, le preguntaron. Mátanos o déjanos partir. ¿O te agrada vernos morir?

En cuanto a Arr, esposa de Elias, y sus hijos Juan y Adán, no tenían más de beber que los demás. Pero era como si sorbieran humedad del aire, o quizás hundieran raíces en las profundidades de la tierra, pues el aliento no les raspaba la garganta, ni les sangraban los labios y la nariz, ni gritaban pidiendo agua en noches de agonía. Incluso los que vivían allende el muro sufrían menos, pues podían vender el alma a cambio de agua, y sobrevivir. Pero nada atravesaba el muro de la Granja de Worthing.

Un día Elias oyó que Arr planeaba usar la puerta para dejar entrar a los vendedores de agua. Pero Elias conocía el corazón de todos los primos y tíos, y sabía que si abrían el muro se marcharían como Mateo, y la Granja de Worthing moriría.

De todos modos está muerta, le respondieron. Mira esta desolación. Tú la has matado.

Pero Elias no abrió la puerta, ni pudo detener la sequía con su voluntad.

En un día de aflicción desgarradora, los supervivientes empezaron a acarrear los cadáveres para depositarlos ante la puerta de Elias. Los bebés y los niños, las madres y las esposas, los viejos y los jóvenes. Los cadáveres apergaminados formaron un monumento en el patio de la casa de Elias. Él oyó lo que planeaban y lo prohibió. Les gritó, pero ellos continuaron. Y finalmente la furia fue mortal, y ellos murieron, sumando sus nuevos cuerpos a la pila que habían formado, y nadie quedó vivo dentro

del muro salvo la familia de Elias.

En una vorágine de odio, Elias los maldijo por haberlo provocado. ¡No quería vuestra muerte! Si me hubierais secundado para retener aquí a mi hermano...

Mientras despotricaba contra los muertos, éstos empezaron a humear y arder; les brotaron llamas del abdomen, brazos y piernas prendieron como leña, el humo subía hasta el cielo. Cuando las llamas resplandecían con todo su fulgor, Arr salió de la casa y arrojó la puerta al fuego, donde al poco estalló. Luego Arr se arrojó entre los cuerpos de sus amigos y vecinos, a quienes su esposo le había obligado a matar: culpó a Elias con todo su corazón, por no haberle permitido abrir la puerta para liberarlos.

Sólo entonces, presa de la angustia, Elias lloró. Sólo entonces dio agua al mundo. Mientras él lloraba, mientras sus hijos contemplaban la espantosa pira, llegó una nube del oeste, al principio tan pequeña que un hombre podía cubrirla alzando la mano. Pero Mateo Worthing la vio desde la torre de su posada, la torre que había construido a gran altura para poder ver la Granja de Worthing. Mateo vio la nube y gritó a la gente de su aldea: ¡Mirad, agua!

Y la esperanza de lluvia sacudió la mente de Elias como un terremoto, y Elias jadeó con su poder, y él también anheló el agua con el anhelo de esas gentes, además del propio; y con toda la fuerza de su furia y su culpa y su pesar ante lo que había hecho, clamó por la lluvia. La nube crecía, y el viento arreciaba, y las quebradizas hojas de los árboles se resquebrajaban; el trueno vibró y los relámpagos restallaron en el cielo ennegrecido, y la lluvia se derrumbó como un mar sobre el bosque. Los ríos se desbordaban, el suelo se desgarraba y los rayos quemaban los árboles, pero la lluvia no tardaba en apagar los incendios.

Luego, a través de los ojos de los aldeanos, Elias vio el único fuego que le alegraba. La torre de la posada de Mateo comenzó a arder, con Mateo en su interior; pero Mateo alzó la mano y el fuego se apagó, se disipó como si nunca hubiera existido. Yo tenía razón, pensó Elias. Yo tenía razón. Él nos mintió, tenía más poder que el de cerrar la mente. Tenía razón, tenía razón.

Cuando murió la tormenta, la Granja de Worthing estaba arrasada; el torrentoso río se llevó hasta los cadáveres. La puerta había desaparecido, con lo cual también había desaparecido el muro; Elias no tenía adónde ir, y sólo le restaba reunir a sus hijos, abandonar la Granja de Worthing y viajar al oeste, hacia la posada del hermano, para pedirle perdón por el gran daño que había causado al mundo. Pero yo tenía razón, se repetía, mientras su hermano lo lastimaba con su bondad e incluso lo humillaba cediéndole la mitad de la propiedad de Posada de Worthing. Yo tenía razón, y Mamá debió retenerte.

Pero jamás lo dijo en voz alta. En verdad, no dijo casi nada más en el resto de su vida. Incluso contuvo la lengua cuando Mateo llevó a los hijos de Elias a la calle y les

dijo:

—¿Veis ese letrero? Allí dice Posada de Worthing. Es todo lo que queda de Worthing: vosotros y vuestro padre, mi esposa y yo, y nuestros futuros hijos. Somos todo lo que queda de Worthing, gracias a Dios. Era una cárcel, pero al fin estamos libres.

Lared despertó en la oscuridad y encontró a Jason arrodillado junto a la cama.

—Justicia me dijo que el sueño había terminado —dijo Jason—. Tu padre te llama.

Lared se levantó y bajó la escalera. Mamá estaba inclinada sobre Papá, llevándole una taza a los labios. Lared también quería agua, pero no la pidió. Papá le clavó los ojos.

—Lared —dijo Papá—. Tuve un sueño.

—También yo —respondió Lared.

—En mi sueño vi que te culpabas por esto. —Alzó el muñón—. Soñé que creías que te odiaba. Juro por Worthing que no es así. Nadie tiene la culpa de esto. Aún eres mi hijo y me salvaste la vida. Perdóname si dije algo que te hizo sentir culpable.

—Gracias. —Lared se acercó a su padre, lo abrazó, y su padre lo besó.

—Ahora duerme —dijo Papá—. Lamento haberte hecho despertar, pero no soportaba que pasaras una hora más con esos sentimientos en el corazón. Por Jason, eres el mejor hijo que un hombre podría tener.

—Gracias.

Lared echó a andar hacia su carriola, pero Jason lo condujo arriba.

—Esta noche te has ganado un lecho mejor que ese mísero jergón de paja junto al fuego.

—¿De veras?

—Albergaste en ti el recuerdo de Elias Worthing, Lared. No es un sueño agradable.

—¿Fue verdad? ¿Hubo tal sequía en la colonia de Stipock, y terminó con esa tormenta, y nadie la produjo?

—¿Qué importa? Elias creía que él había causado la sequía y la tormenta. El resto de su vida transcurrió como si eso fuera verdad...

—¿Pero lo era?

Jason lo guió suavemente hasta la cama y lo cubrió con mantas.

—Lared, no lo sé. Son recuerdos de recuerdos. ¿Toda la gente de Worthing murió así? Ciertamente no quedó nadie en el mundo con mis ojos azules, excepto los que se remontaban a Mateo y Elias, pero quizás ocurriese que los demás fueron perseguidos y asesinados. En cuanto a la tormenta, ahora no hay nadie que pueda controlar el tiempo. Pero Justicia puede hacer otras cosas con el fuego y el agua, la tierra y el aire.

¿Quién puede saber si antaño no hubo un hijo mío capaz de causar una sequía semejante al infierno, y una tormenta semejante al fin del mundo? Lo que puedo asegurar es que nunca hubo un odio de tales proporciones. En todos los recuerdos que he visto, nunca hubo tanto odio.

—Comparado con eso —susurró Lared—, mi odio hacia ti es amor.

—Lo es, en efecto —dijo Jason—. Ahora duerme.

A IMAGEN DE DIOS

Papá ya había dejado la cama, pero eso no alegraba a nadie. Estaba intratable, y trajinaba por la casa con la muleta bajo el brazo, encorvándose como un árbol en el viento, rezongando sin cesar. Lared comprendía que estuviera irritable, pero eso no facilitaba las cosas. Gradualmente Lared prefirió quedarse arriba, en la habitación de Jason, trabajando en el libro, mientras los demás recurrían a otras estrategias para eludirlo. Las mujeres dejaron de ir a trabajar a la posada; el calderero empezó a ir de casa en casa; pronto sólo quedaron Mamá, Sala y Justicia en la desierta planta baja de la posada. Y hasta Mamá lo eludía, obligándolo a estar cada vez más solo, cada vez más furioso y avergonzado, pues culpaba a su mutilación de la actitud esquiva de los demás.

Excepto Sala. Ella lo perseguía. Si Mamá le ordenaba barrer, Sala barría cerca de la cama de Papá, donde él yacía meditabundo; si jugaba con sus muñecos, los hacía bailar a los pies de Papá mientras éste descansaba junto al fuego. Papá la observaba y guardaba silencio un rato. Pero luego intentaba hacer algo —echar un leño en el fuego, moler los guisantes para el potaje— y ella se apresuraba a coger el otro extremo del leño, a apartar los guisantes duros que él derramaba; entonces él se enfadaba, diciéndole que era una torpe y que se alejara. Ella se marchaba, y al poco regresaba en silencio, y siempre permanecía cerca.

—Si no quieres problemas —le susurró Mamá una vez—, aléjate de él.

—Perdió el brazo, Mamá —respondió Sala, con un tono que sugería que lo había olvidado en alguna parte.

Un anochecer, cuando el calderero regresó a la posada para cenar, y Lared bajaba la escalera, Sala le dijo a Papá en voz alta:

—Papá, soñé dónde está tu brazo.

Nadie habló, pues todos esperaban un estallido de furia. Pero Papá los sorprendió; la miró con calma y preguntó:

—¿Dónde está?

—Los árboles lo tienen. Así que debes hacer como los árboles. Cuando pierden la punta de la rama, les crece de nuevo.

—Sarela —susurró Papá—, yo no soy un árbol.

—¿Acaso no lo sabes? Mi amiga puede arborizarte y enmaderarte. —Y Sala miró a Justicia.

Justicia miró en silencio la mesa, como si no hubiera entendido una palabra. Por un largo tiempo todos se quedaron mirando a Justicia. Entonces Sala se puso a berrear.

—¿Por qué está prohibido? —chillaba—. ¡Es mi papá!

—Basta —dijo Mamá—. Siéntate a comer y deja de lloriquear, Sala.

Papá se sentó gravemente a la cabecera de la mesa, dejando a un lado la muleta.

—Comed —ordenó. Y se llevó la cuchara a la boca, una y otra vez, para terminar la comida cuanto antes.

Jason no estaba a la mesa, pero desde luego no fue coincidencia que entrara en ese momento. Enfiló hacia Papá llevando unas tenacillas y una barra de hierro.

—Esto debe transformarse en una guadaña —le dijo.

Mamá contuvo el aliento, y el calderero fijó los ojos en el plato. Papá, sin embargo, se limitó a estudiar la barra de hierro.

—Es demasiado corta para una guadaña.

—Entonces debes encontrar una barra que sirva.

Papá sonrió hurañamente.

—¿Entre todos tus talentos, Jason, también se cuenta el de herrero? —Papá tocó el brazo de Jason, que era fuerte como el de cualquier hombre, pero delgado en comparación con el de Papá.

Jason se tocó el brazo y rió.

—Bien, tenemos la oportunidad de comprobar si un hombre tiene un brazo como el tuyo a fuerza de martillar, o martillea bien porque tiene el brazo.

—Tú no eres herrero —dijo Papá.

—Entonces quizá pueda, con ambas manos, servir de mano izquierda de un herrero.

Era un regateo, y Papá era hábil para regatear.

—¿Y tú qué ganas?

—Poco, excepto la buena compañía y una tarea digna. Lared está escribiendo cosas que yo nunca supe. No me necesita.

Papá sonrió.

—Conozco tus intenciones, Jason. Pero veamos si funciona. —Se volvió a Sala—. Quizá pueda tener dos brazos donde antes tenía uno.

Se levantó de la mesa y se puso su abrigo y sus bufandas; Jason lo ayudó, y no recibió una sola reprimenda, pues sabía exactamente cuándo Papá necesitaba ayuda y cuándo no, y hasta qué punto dársela.

Lared los vio partir, pensando: Yo debería ser el que lo acompañe en la forja. Pero he de escribir el libro de Jason, así que él ocupa mi lugar al lado de mi padre. Pero no podía sentir furia, celos ni pesadumbre. Nunca había ansiado ser herrero. Casi era un alivio que otro permaneciera con Papá junto al fuego.

A la media hora oyeron el grato sonido del martillo vibrando en la fragua, y a Papá maldiciendo a todo pulmón. Esa noche Papá anduvo por la casa refunfuñando contra los zopencos que no sabían manipular nada, contra esa guadaña que sólo serviría para cortar heno. Papá estaba nuevamente interesado en algo, y la vida sería

soportable para la familia.

Y por la noche, Lared soñó un antiguo recuerdo de un niño que yacía en el lecho descubriendo el corazón de los hombres.

Juan roncaba suavemente a su lado, el aliento agrio por el queso de esa noche, pero Adán se alegró de que durmiera. Mientras Juan permanecía despierto, Adán no podía ir a explorar. Ahora podía viajar con la mente sin temor de que Juan lo distrajera.

Adán había descubierto ese poder pocas semanas antes. Mientras perseguía a una ardilla para matarla con una piedra y mientras se acercaba sigilosamente al animal, le repetía en silencio: Quieta, quieta. Con él las ardillas se mantenían quietas más tiempo que con los demás. Él pensaba que era a causa de su sigilo. Pero esta vez la ardilla ni siquiera movió los bigotes, y cuando Adán le arrojó la piedra y erró, la ardilla no trepó al árbol. Permaneció quieta, y esperó hasta que Adán se le acercó, la levantó y la golpeó contra el árbol. No se movió en ningún momento.

Se divertía con los chicos en la balsa. Se empujaban unos a otros al agua y jugaban al hombre ahogado; Adán había progresado, y una vez que Andrajoso nadaba bajo el agua, le hizo creer que arriba era abajo, hasta que el aire le quemó los pulmones. Luego le permitió emerger. Andrajoso salió del agua gritando de terror, y se negó a sumergirse de nuevo. Pero una vez que Adán hubo hecho lo mismo con varios de ellos, todos se atemorizaron, dijeron que había un monstruo en el agua y se negaron a seguir nadando.

No le importaba. Adán buscó otras diversiones. Ahora permanecía despierto de noche, y salía a explorar la mente de los aldeanos de Ciudad Worthing. Primero Enoc Tonelero, al que Adán hacía algo cada vez que el hombre se acercaba a la esposa. La noche anterior lo había dejado blando como una hoja justo antes del final. Esa noche permaneció con él una hora, sin dejarle terminar, hasta que su esposa, ya satisfecha, le suplicó que desistiera y se durmiera. Oh, Enoc Tonelero juró y perjuró por Jason, y no pudo dormir por la tensión que sentía en la entrepierna.

Luego Adán halló a la esposa de Molinero, que tenía gatos. La noche anterior Adán hizo que el gato favorito de la mujer le gruñera y la arañara, y ella se durmió llorando. En los viejos tiempos, Adán se habría regodeado en la trituración del gato, pero ahora hallaba más placer en estar dentro de la mente de la esposa de Molinero mientras ella gritaba y sollozaba: *¿Qué te he hecho? ¿Qué te he hecho?*

Y Andrajoso... siempre era divertido hacerle cosas, pues durante mucho tiempo había actuado con prepotencia en todos los juegos que compartían. Obligó a Andrajoso a levantarse, quitarse la bata, ir a la casa de María la Fácil, detenerse ante la entrada y masturbarse, hasta que el padre de María abrió la puerta y lo echó, maldiciendo y dándole puntapiés. Oh, fue una noche sensacional.

En el fondo de su mente cada persona a la cual hacía cosas se transformaba en un cadáver seco, y él lo sumaba a una creciente pila de cadáveres ante la puerta. ¿Está bien así, papá? ¿Está bien?

Hizo creer a Ana Panadera que tenía arañas en los senos, y ella se los rascó y arañó hasta que le sangraron, y su esposo tuvo que sujetarle las manos a la espalda.

¿Está bien así?

Samuel Barbero fue a su tienda y limó las navajas para quitarles el filo.

¿Está bien así?

Veddy Calle Arriba amamantaba a su bebé, y de pronto el niño se negó a respirar, por mucho que ella hiciera.

Basta.

Se negó a respirar por mucho...

—Basta.

Adán abrió los ojos, y Papá estaba en la puerta. Juan se agitó en la cama, junto a Adán.

—¿Basta de qué, Papá? —preguntó Adán.

—Lo que tienes viene de Jason. No es para esto.

—No sé de qué hablas.

En la casa de los Calle Arriba, el bebé respiró de nuevo y Veddy lloró de alivio.

—Tú no eres hijo mío.

—Sólo estoy jugando, Papá.

—¿Con el dolor ajeno? Si lo haces de nuevo te mataré. Debería matarte ahora.

Elias empuñaba un cáñamo nudoso. Sacó a Adán de la cama, le subió la túnica hasta la cabeza y empezó a azotarlo.

El pequeño Juan gritó:

—¡Basta, Papá! ¡Papá, no!

—Eres demasiado blando, Juan —dijo Papá, jadeando por el esfuerzo.

Adán se retorció mientras la cuerda le pegaba en la espalda, el vientre, la cadera, la cabeza, hasta que Adán hizo lo que nunca se había atrevido a hacer, y obligó a su padre a estarse *quieto*.

Elias se quedó quieto.

Adán se liberó de la manaza del padre y lo miró maravillado.

—Soy más fuerte que tú —dijo.

Se echó a reír a pesar del dolor de los golpes. Arrebató la cuerda de la mano del padre y le alzó la bata. Tanteó al padre con la cuerda.

—No —susurró Juan.

—Contén la lengua o habrá para ti también.

—No —repitió Juan en voz alta.

Por toda respuesta Adán azotó el vientre del padre. Elias ni siquiera frunció la

boca.

—¿Ves, Juan? No duele.

—¿Por qué Papá no se mueve?

—Le gusta.

Pateó la entepierna del padre con todas sus fuerzas. Ni un sonido; pero el golpe le hizo perder equilibrio, y Elias cayó de espaldas y quedó inmóvil en el suelo, muy semejante a los cadáveres de la pila. ¿Qué haces, papá, acostado en la pila? ¿Quieres arder como mamá? ¿Estás seco? Adán pateó y golpeó y Juan gritó llamando al tío Mateo. Y de pronto Adán voló por la habitación y se estrelló contra los cueros que colgaban de una pared.

El tío Mateo estaba en la escalera.

—Busca tu ropa —dijo Mateo.

Adán trató de ordenarle que se estuviera quieto como Elias, pero no lograba hallar la mente del tío Mateo. De pronto sintió que se quemaba por dentro, así que se arañó el vientre para dejar salir el fuego. Sintió que los ojos se le derretían y le goteaban en las mejillas, y gritó aterrado y trató de ponérselos en su sitio. Luego las piernas se le empezaron a desmigajar como mazapán, y se encorvó acercándose al suelo; se arqueó y vio cómo trozos de su rostro se desprendían y se marchitaban en el piso, orejas y nariz y labios y dientes y lengua, los ojos como gelatina, y ahora miraba desde esos ojos su rostro vacío, sólo piel sin rasgos con un agujero en vez de boca, y de pronto vio que la boca se llenaba desde dentro, y por allí salieron el corazón, el hígado, el estómago y las entrañas mientras el cuerpo se le vaciaba hasta quedar ligero y vacío como un saco de harina en primavera...

Tendido en el suelo, suplicó piedad, perdón y la recuperación de su cuerpo.

—Adán —murmuró Juan desde la cama—. ¿Qué te ocurre?

Adán se tocó la cara y la tenía entera; abrió los ojos y pudo ver.

—Lo lamento —susurró—. Nunca lo haré de nuevo.

Elias lloraba sentado, apoyado contra la pared.

—Ah, Mateo —sollozó—, ¿qué he hecho? ¿Qué monstruo he engendrado?

Mateo meneó la cabeza.

—¿Qué daños has causado a Adán que no hayas causado a Juan? El niño es como es... come lo que le das, pero transforma el alimento en sí mismo.

Entonces Elias comprendió algo, y sonrió a pesar del dolor.

—Yo *tenía* razón. Eres uno de nosotros, tal como dije.

—Por favor, no lo hagas de nuevo —susurró Adán.

—Tú y tu padre —dijo Mateo—. Ninguno de vosotros sabe para qué es vuestro poder. ¿Crees que Jason nos engendró para vivir siempre en una granja, Elias? ¿O para hacer travesuras crueles con gente que no puede defenderse? Os vigilaré a ambos. No admitiré que causéis más daño. Ambos habéis causado suficiente daño en

vuestra vida. Ahora es tiempo de que os dediquéis a curar.

Adán vivió en la posada de Mateo dos años más. Un día, cuando no aguantó más, huyó con las manos vacías, robó un bote y navegó hasta Linkeree. Durante el camino escrutó con la mente, buscó en la Posada de Worthing hasta hallar al hijo de su tío, el pequeño Mateo, un bebé que aprendía sus primeras palabras. Obligó al bebé a hablar en voz alta.

—Adiós, tío Mateo.

Y luego lo mató.

Esperó la represalia de Mateo, pero no llegó. Estoy fuera de su alcance, se dijo Adán. Al fin estoy a salvo. Puedo hacer lo que quiera.

Enfiló hacia Ciudad Celestial, la capital del mundo. Adán estaba seguro en todos los caminos. ¿Quién podía dañarlo? Y nunca tenía hambre, pues muchos se desvivían por darle comida. En Ciudad Celestial aguardó y observó. Pues algo había aprendido del tío Mateo: no usaría su poder en juegos. Había leído la piedra del centro de la Granja de Worthing, como la habían leído todos los niños de ojos azules: *De las estrellas, el de ojos azules. De este lugar, el hijo de Jason*. Soy el primero que deja el Bosque de Aguas. Soy el hijo de Jason. No me contentaré con una parcela de terreno, ni con una posada. El mundo me pertenece.

Y poco a poco, el mundo acudió a él.

Acudió a él bajo la forma de una niña que ya no era tan niña, la nieta de Elena de Noyock. Ésta recorría el palacio, siempre a hurtadillas, ocultándose en un rincón, bajo una escalera, junto a una cortina. No le faltaban cuidadores. Algunos criados quizá tuvieran la obligación de vigilarla. Pero no importaba. Nadie se interesaba mucho en ella, pues tenía un hermano menor, y los gobernantes de Noyock eran sucedidos por el varón de más edad. Elena de Noyock era una mera regente de su nieto Ivvis. ¿Qué era Uwen, la hija, la invisible? Cuando Adán fue a vivir al palacio de Elena, reparó en ella, decidió que no era nadie y la ignoró.

Así transcurrió un año, durante el cual Adán se volvió indispensable para Elena de Noyock. Ascendió rápidamente, pero sin despertar sospechas, actuando simplemente como un joven de genio. Elena lo envió a realizar delicadas negociaciones, pues Adán siempre parecía obtener todo lo obtenible en cualquier situación. Elena le hizo escoger a sus criados y sus guardias, pues aquellos que él escogía eran leales e industriosos; nunca se dejaba engañar. Y cuando Adán le describía los planes de sus enemigos, la información siempre resultaba ser correcta. Elena prosperó. Noyock prosperó. Ante todo, Adán prosperó. Todos lo miraban mientras se abría paso por las cámaras y porches de Ciudad Celestial. Lo miraban con envidia, odio, admiración o temor.

Excepto Uwen. Uwen lo miraba con amor. Cuando Adán se dignaba reparar en ella, también reparaba en eso. Veía en la memoria de Uwen que a veces ésta se

acercaba de noche a su habitación, cuando él estaba acostado sobre su estera en la oscuridad. De noche ella lo estudiaba, cuando estaba solo y cuando no estaba solo, lo estudiaba y se preguntaba cómo ese hombre de ninguna parte había logrado ser tan poderoso, tan célebre, cuando ella, hija de un señor, nieta de Elena de Noyock, nunca había llamado la atención. ¿Cómo lo haces?, se preguntaba. ¿Cómo sabes lo que sabes? ¿Cómo dices lo que dices?

Pero cuando Adán notó que Uwen hacía estas preguntas, Uwen ya tenía la respuesta. Adán era el hombre encantado. Adán era el hombre de madera del bosque. Conocía los viejos cuentos. Adán era el Hijo de Dios. Una noche, cuando él subía las escaleras para ir a acostarse, ella estaba apoyada en la barandilla del piso superior. Ya no se ocultaba. Había decidido que era tiempo de hacerse ver.

—¿Qué hacías, Adán Aguas? —preguntó Uwen—. Para ganarte la vida. Antes de venir aquí. —Se sentó en la barandilla, sobre el profundo hueco de la escalera.

—Buscaba a niñas que deseaban morir, y las empujaba por el hueco de la escalera —replicó Adán.

—Yo tengo catorce años —dijo Uwen—, y conozco tu secreto.

Adán enarcó las cejas.

—Yo no tengo secretos.

—Tienes un gran secreto. Y tu secreto es que conoces los secretos de los demás.

Adán sonrió.

—¿De veras?

—Escuchas todo el tiempo, ¿verdad? Así es como yo descubro los secretos. Escucho. He visto que prestas muchísima atención a todos los que entran en nuestra casa. Mamá dice que eres muy sabio, pero yo creo que sólo escuchas.

—No queremos que la gente piense que soy sabio, ¿verdad?

Uwen se encaramó a la baranda como una maleza creciendo en una empalizada.

—Pero tú, cuando escuchas —continuó—, también oyes lo que la gente no dice.

Adán sintió un escalofrío de temor. En todas sus maniobras para elevarse entre las jerarquías de diplomáticos y burócratas de Ciudad Celestial, nadie había adivinado su secreto. Cuando Adán les hablaba, muchos daban un respingo y decían: *¿Quién te lo contó? ¿Cómo lo supiste?* Pero nadie había dicho: *Oyes lo que la gente no dice.* Adán ya imaginaba la muerte de Uwen. Molestaría a su abuela, pero no demasiado. Esa niña no era muy útil mientras no pudieran desposarla en un matrimonio de conveniencia política. Nadie la amaba demasiado. Adán no sentía ninguna deuda con Elena de Noyock. Él había obtenido tantos beneficios como ella, de modo que estaban a la par; ni siquiera le debía la vida. Y ahora esa vida estaba en peligro. Pues si la gente sospechaba que en vez de controlar una red de informadores, como todos creían, Adán Aguas hurgaba en la mente para obtener secretos, todos los que había extorsionado lo buscarían para matarlo, y Adán moriría en menos de un día. Mi vida

o la tuya, Uwen.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Adán.

—Te tiendes de espaldas en la cama —dijo Uwen—, y escuchas. A veces sonríes, a veces frunces el ceño, y entonces te despiertas y escribes cartas, o haces visitas, o hablas con la abuela. *El gobernador de Gravesend quiere esto y nada más; El banco de Wien ha perdido todo el oro en la construcción de la carretera, y ahora comprará a buen precio.* Eso te da poder. Un día gobernarás el mundo.

—¿No sabes que si dices esas cosas alguien podría creerte, y entonces mi vida correría peligro?

Podría hacer que la barandilla se rompiera ahora, pero quizá la caída no la mate.

—Yo no cuento secretos. Nunca contaré el tuyo, si haces una cosa.

Podría hacerla estallar en llamas de adentro afuera. Sería contundente, aunque un poco llamativo.

—Eras una niña simpática, Uwen, pero al crecer te estás transformando en un estorbo.

—Me estoy transformando en una mujer sumamente interesante. Y por si planeas matarme, lo tengo todo por escrito. Todas mis pruebas.

—No tienes ninguna prueba. No hay nada que probar.

—Como siempre dice la abuela, en política las insinuaciones lo son todo. Es muy fácil ser creída si afirmas que un joven poderoso es en realidad un monstruo.

La barandilla crujió y se empezó a rajar.

—Te amo —dijo Uwen—. Cásate conmigo, deshazte de mi hermano, y Noyock será tuya.

—No quiero Noyock —repuso Adán.

La barandilla se empezó a inclinar.

—No te atreverás —dijo Uwen—. Soy la segunda en la línea del trono de Noyock. Puedo ayudarte.

—No entiendo cómo.

—Sé cosas.

—Yo sé todo lo que tú puedas saber.

—Yo sería la única persona a quien podrías contar la verdad. ¿Nunca has deseado contarle la verdad a alguien? Hace cinco años que estás en Ciudad Celestial, y estás a punto de obtenerlo todo. ¿Qué harás luego contigo mismo?

La barandilla se enderezó.

—Mejor apártate de ahí —dijo Adán—. No es seguro.

Ella desenlazó las piernas de los barrotes, bajó a saltos y caminó hacia Adán, que estaba apoyado en la pared. Llegó hasta él, se apoyó en su cuerpo y preguntó:

—Entonces, ¿te casarás conmigo?

—Jamás —dijo Adán, abrazándola, estrechándola.

—Tú quieres casarte con el poder, ¿verdad? —insistió ella, levantándose la falda y llevándole la mano hacia las nalgas desnudas.

—Tú no eres la heredera, sino tu hermano Iwis.

Uwen le alzó la túnica y empezó a palparle la ingle.

—No *tengo* por qué tener un hermano.

—Aunque no tuvieras hermanos, Noyock no es lo bastante fuerte para mis propósitos. Nunca tendrás suficiente poder.

Adán escrutó a los criados para asegurarse de que ninguno de ellos tuviera el menor deseo de subir al tercer piso del palacio de la duquesa Elena de Ciudad Celestial.

Ella se enfadó.

—¿Entonces por qué me dejaste vivir?

Adán la alzó, poniéndole las manos entre los muslos, y la llevó a la habitación de Uwen.

—Porque me gustas.

Adán fue muy cuidadoso con ella. Sentía todo lo que ella sentía, sabía qué le agradaba y qué no, cuándo estaba preparada y cuándo no, cuándo necesitaba pasión, cuándo necesitaba ternura. Adán era el único amante que ella tenía en la memoria; las otras mujeres que había poseído estaban demasiado atiborradas de rostros, nombres que surgían en el momento del placer. Uwen sólo lo tenía a él. Nunca necesitaría a nadie más.

—Me amas —susurró ella.

—Puedes creer lo que necesites —respondió Adán.

Adán no tenía prisa. El resultado final era previsible. Ciudad Celestial no era como la Granja de Worthing. Aquí nadie podía enfrentarse con él, nadie tenía poder para igualarlo ni superarlo. Cada vez que lo retaban a duelo, sabía que podía ganar, y ganó hasta que no hubo más retos. Cuando alguien se interponía, podía quitarlo de en medio. Podía adular a casi todos, y si se cansaba de eso, podía intimidar, seducir o abatir.

Excepto con Zoferil de Stipock. Zoferil era una mujer de honor y de profunda fe, la única monarca del mundo que jamás había mentido y jamás lo haría. Cuando no podía decir la verdad, callaba, y cuando decía la verdad sus palabras eran cuchillos que penetraban en el corazón de los presentes. La temían todos, incluidos aquellos que poseían ejércitos más numerosos, pues sabían que la gente de Stipock amaba a Zoferil tanto como ella amaba a su pueblo, y moriría por ella, así como Zoferil por su gente; era imposible persuadirla de participar en un acto indigno, y así permanecía al margen de todas las conspiraciones, una amenaza constante, pues si su ejército intervenía en una guerra trastocaría todo equilibrio. Sin ella como aliado, siempre existía el riesgo de que fuera un enemigo. La gente de todas las naciones decía que

Jason debía amar la tierra de Stipock, porque le había dado a Zoferil.

—Tendré el poder y el amor de Zoferil —dijo Adán—. Es mía.

—Es una vieja y nunca la amarás —repuso Uwen.

—Pero con Stipock y Noyock en mis manos, el resto del mundo estará a mi disposición.

—Noyock no es tuyo, es de la abuela.

Adán no necesitaba discutir. No necesitaba decir: Ella es mía, y tú eres mía, y tu hermanito Iwis es mío. Todo era suyo; Uwen lo sabía, eso era todo, y eso le daba cierta sensación de libertad, pues al menos tenía conciencia de que le pertenecía.

Elena de Noyock envejecía, y su nieto Iwis tenía sólo doce años; ante la perspectiva de una muerte inminente, había que nombrar un regente, y naturalmente escogió a Adán. Murió poco después, cuando su nave se perdió en el mar. Adán fue un regente escrupuloso que protegió al magíster de todo daño, enseñándole a ser un hombre virtuoso. En la corte del Rey Celestial todos observaban cómo el joven crecía, un modelo de lo que debía ser un gobernante; y en un mundo donde los regentes a menudo respetaban la fuerza más que la ley, Adán sorprendió a todos entregando el poder al joven Iwis dos años antes de lo requerido, pues el niño ya estaba preparado para ser magíster. El mundo admiró la gracia con que Adán pasó a ocupar su puesto de mero consejero. Nadie pensó que fuera otra cosa que una feliz coincidencia que esto ocurriera justo cuando la hija mayor de Zoferil, la única que le quedaba, alcanzó la mayoría de edad. Nadie salvo Uwen.

—Si puedes liquidar a los hermanos de Gatha, ¿por qué no al mío? —preguntó Uwen—. ¿Por qué no conservaste el poder cuando lo tenías?

—¿No sabes que a veces me gusta ganar las cosas por propio mérito, y no por coacciones secretas?

—A mí nunca me obligaste a nada.

—No tuve necesidad.

—Ella no es tan bella como yo. ¿Qué tiene Gatha para que desees casarte con ella y no conmigo?

—Por lo pronto, es virgen.

Uwen lo pateó, y Adán rió mientras iba a reunirse con Zoferil.

—Todos mis hijos varones han muerto en estos años —le dijo Zoferil a Adán—. Yo esperaba que vivieran para ser hombres como tú. Adán, es tiempo de que mi hija se despose, y el deseo de su corazón es igual al mío: que tú seas mi hijo, para ayudarla a gobernar Stipock cuando yo me vaya.

—Diría que sí de inmediato —respondió Adán—, pero no puedo engañarte. No soy lo que parezco.

—Pareces ser el mejor, el más sabio y el más honorable de los hombres —dijo Zoferil.

—No. En todos estos años, he engañado al mundo y me he disfrazado.

—¿Acaso no eres Adán Aguas?

—Mi verdadero nombre es Worthing. Creo que conoces el nombre.

—El hijo de Jason —jadeó Zoferil.

—Pensé que debías saberlo antes de entregarme a tu hija.

—Tú —susurró ella—. Durante mil años el rito secreto de los hombres y mujeres de Stipock ha invocado el santo nombre de Worthing, el hijo de Jason. Cuando vi tus ojos color cielo, me llamaron la atención. Cuando vi tu purísima virtud, tuve esperanzas. Ahora, Adán Worthing, ahora te conozco, y te ruego que tomes a mi hija y mi reino, si nos consideras dignos.

Lo coronó con la corona de hierro, y le puso el martillo de hierro en la mano, y él juró que jamás saldría una espada de las fraguas de Stipock, como lo habían jurado todos los filócratas de Stipock antes que él. Todo el mundo lo miraba con amor o envidia, y las gentes de Stipock lo honraron como si hubiera nacido entre ellas.

Adán conservaba un vestigio de piedad. Esperó hasta la muerte de Zoferil antes de quitarse la máscara.

Luego, tomando como excusa un patético complot de Wien y Kapock, envió los ejércitos de Stipock y las flotas de Noyock a ensangrentar y aterrorizar a todos los reinos del mundo. Los enemigos no podían hacerle frente, pues sus ejércitos siempre eran sorprendidos por la retaguardia; sus propios guardias los traicionaban para asesinarlos; al cabo de tres años, por primera vez desde que Jason había llevado la Torre Estelar al firmamento, todo el mundo fue gobernado desde Ciudad Celestial, y Adán se designó Hijo de Jason, el verdadero Rey Celestial.

Aún entonces quedaban algunos que lo amaban. Pero a través de años de desgobierno comprendieron qué clase de hombre era. ¿Cómo podía perseguir el poder, cuando ya no había más poder en todo el mundo? Exploró los secretos de la muerte y el dolor torturando y matando mientras saboreaba la experiencia en la mente de la víctima. Abatió a grandes hombres y mujeres, y empobreció a grandes familias. Buscó placer en las virtuosas hijas de casas nobles y las vendió como prostitutas. Cobró impuestos excesivos para que la hambruna azotara tierras donde las cosechas habían sido favorables; cuando los desesperados suplicaban comida a cualquier precio, los compraba como esclavos para construir monumentos. Era como si ansiara demostrar que tenía tanto poder que ni todo el odio del mundo le impediría ejercerlo a su antojo. Su esposa Gatha lloraba al ver en qué se había transformado; su amante Uwen lo instigaba, pues amaba los placeres del poder aún más que Adán. En Ciudad Celestial, Uwen hizo construir una Torre Estelar del mismo tamaño y la misma forma según las descripciones de la de Jason, y la forró de plata, y cinco mil cadáveres quedaron sepultados debajo. Y los que hablaban o actuaban contra cualquiera de ambos eran ingeniosamente sacrificados para que el mundo los viera y oyera sus

gemidos. Soy Dios Mismo, dijo al fin Adán, y nadie se atrevió a contradecirlo.

Pero Adán vivía atemorizado, pues había despachado un ejército a una aldea del Bosque de Aguas, y habían matado a todos los habitantes y le habían llevado las cabezas, y él había examinado cabeza por cabeza, y ninguna tenía ojos azules como el cielo, y ninguno de los rostros pertenecía a Elías, Mateo ni Juan; ninguno de los rostros parecía guardar un parentesco. En alguna parte del mundo había alguien que podía escrutarle la mente. Alguien que, como Mateo, podía ocultar sus pensamientos. De noche soñaba con Mateo derritiéndole la cara, despertaba gritando y escrutaba las mentes circundantes, tratando de averiguar si alguien había visto a un hombre de ojos azules, o había oído hablar de alguien que tuviera un poder que rivalizara con el suyo.

Ay de mí, pensaba Adán. No habrá placer para mí en el mundo, mientras no encuentre y liquide a mis parientes.

—El hijo de Jason —refunfuñó Lared— ¿en eso terminaron todos tus planes?

—Tienes que admitir que como experimento biológico dio maravillosos resultados. Mi don pudo generar más poder del que yo soñaba. Yo no puedo controlar los pensamientos ni actos ajenos. Sólo puedo escrutar la mente y los recuerdos. Y no creas que Adán era tan monstruoso como dice el sueño. Esto te llegó a través de muchas personas que lo odiaron. Él fue el diablo, el Abner Doon del mundo de Worthing. Sospecho que vivía en tiempos crueles, y únicamente difería de otros monarcas en que logró mayor éxito en el ejercicio del poder. Sospecho que no inventó esos tormentos, aunque tampoco se negó a usarlos. Era muy mal hombre, pero para las pautas de su época no era aberrante. Aunque tal vez me equivoque. Descríbelo como lo soñaste, y tu historia no contará mentiras.

—¿Y los demás? ¿El padre, el tío, el hermano?

—Oh, el padre murió de desesperación poco después de su partida. Su hermano... ya conoces la historia. Su hermano se hizo calderero y sanador y amante de los pájaros. En cuanto a Mateo, su hijo, el pequeño Mateo, no murió. En los treinta años del ascenso al poder de Adán, el pequeño Mateo creció y tuvo un hijo llamado Amós, y heredó la posada cuando murió su padre. Después de la muerte de Juan Calderero, que aconteció el año de la boda entre Adán y la hija de Zoferil, Mateo y Amós fueron a vivir a Hux, cerca del lugar donde el Río Oeste se despeña de la Cima del Mundo. Se hicieron mercaderes.

Amós miró las calles y tejados de Hux desde la ventana de su torre. Siempre vivía en una torre y trabajaba en una torre, y dejaba semillas para las aves en el antepecho de cada ventana. Los pájaros acudían durante todo el invierno y todo el verano, y él jamás los defraudaba. A veces, mientras los pájaros revoloteaban alrededor de la

torre, él podía creerse digno de su tío Juan Calderero, que yacía en una tumba de Worthing.

—Tú recuerdas al tío Juan —dijo Amós.

—No por mí misma —replicó Fe, su hija menor. Así era ella, siempre quisquillosa con la precisión de las palabras.

—Recuerdas mis recuerdos de él.

—Nunca debió permitir que ellos tuvieran poder sobre él. Debió haberlos cambiado.

Ah, Fe, suspiró Amós. ¿De todos mis hijos, serás la primera que no pueda sobrellevar la carga que hemos asumido?

—¿No? ¿Y qué les habría hecho entonces?

—Los habría detenido. Habría evitado que le hicieran daño. No tenía por qué permitir que lo lastimaran a él.

—Ellos pagaron con la vida —dijo Amós—. Los decapitaron y llevaron las cabezas a Ciudad de Stipock, para que el Hijo de Jason las examinara.

—Y él es otro a quien deberíamos detener —dijo Fe—. ¿Por qué hemos de permitir que un hombre así...?

Amós se llevó el dedo a los labios.

—Juan Calderero fue el mejor de nosotros. Paciencia infinita. Ninguno de nosotros la tiene. Pero debemos intentarlo.

—¿Por qué?

—Porque el Hijo de Jason también es uno de nosotros.

Observó el rostro de Fe. No la había visto tan sorprendida desde la infancia, pero este secreto era el más doloroso y arriesgado, y los niños no lo aprendían hasta alcanzar la mayoría de edad. ¿Pero tú eres mayor, Fe? ¿O deberemos someterte al juicio de la piedra para seguridad del mundo? Hemos de ser crudelísimos con nosotros mismos, para ser bondadosos con el mundo.

—¡El Hijo de Jason! ¿Cómo puede ser uno de nosotros? ¿De quién es hijo? Tú tienes siete hijos y siete hijas, y el abuelo tiene tres y ocho, además de ti. Yo conozco a todos mis hermanos, a todos mis sobrinos, y...

—Y contén la lengua. ¿No sabes que todos tus hermanos vigilan a sus pequeños, para cerciorarse de que no nos oigan? No podemos dedicar demasiado tiempo a esto. Tengo mucho que explicar, y hay poco tiempo.

—¿Por qué poco tiempo?

—Porque Adán y sus hijos duermen —dijo Amós— pero pronto despertarán, y debes tomar una decisión antes de que despierten.

—¿Qué quieres que decida?

—Contén la lengua, Fe, y escúchame.

Fe contuvo la lengua, incluso mientras buscaba respuestas en la mente del padre.

—Niña tonta, ¿no sabes que puedo cerrar la mente? ¿No sabes que esto nos diferencia de Adán y sus hijos? Él no puede impedir que le escrutemos la mente, pero nosotros sí. En todos los poderes lo igualamos, pero además también podemos cerrar la mente. Eso nos vuelve más fuertes.

—¿Entonces por qué no derrocamos a ese bastardo? —exclamó Fe—. ¡No tiene derecho a gobernar el mundo!

—No, no tiene derecho. ¿Pero quién conoce a uno mejor? ¿Quién ocupará su lugar?

—¿Por qué es necesario que el mundo tenga un gobierno?

—Porque sin gobierno no hay libertad. Si las gentes no siguen la senda designada, ni obedecen una ley, ni se unen para decir la misma palabra, al menos de vez en cuando, no hay orden en el mundo, y donde no hay orden no hay poder para predecir el futuro, pues nada es fiable, y donde no se puede conocer ni conjeturar el futuro, ¿quién puede planear? ¿Quién puede elegir? No hay libertad, porque no hay gobierno. ¿Debo repetir las lecciones que te enseñé desde la infancia?

—No, Papá, no es preciso que me enseñes nada.

—Si ya lo has aprendido, ¿por qué eres tan boba? ¿Por qué derribaste a Vel cuando reñía contigo en la calle?

Fe cobró un aire desafiante.

—Apenas la toqué.

—Le hiciste recordar, apenas por un instante, el pesar que ella sintió ante la muerte de la madre. Tomaste la peor hora de su vida y se la devolviste, sólo porque dijo algo que te desagradó. Le hiciste lo peor del mundo en nombre de una venganza mezquina. Dime, Fe, ¿cuál es la diferencia entre tú y el Hijo de Jason, para que pienses que tú deberías gobernar en su lugar?

—Cien mil muertos, ésa es la diferencia.

—Él mató a más porque tenía más poder. Con más poder, ¿no harías lo mismo? Aquí hay más cosas en juego de las que piensas, Fe. Cuando Papá y yo vinimos aquí, comprendimos por primera vez cuánto poder poseíamos, como Adán debió de comprenderlo cuando fue a Ciudad Celestial hace más de una generación. Podíamos lograr que la gente nos prestara dinero y luego olvidara nuestra deuda; podíamos obligar a nuestros deudores a pagarnos primero; podíamos comprar propiedades cuyos dueños ni pensaban en vender. Podíamos ser muy ricos.

—Sois ricos.

—Pero nadie es más pobre por nuestra riqueza. No robamos a nadie. Sólo abrimos nuevas tierras donde no había nada y hallamos oro escondido en la tierra, y dimos seguridad y prosperidad a la ciudad, de modo que todos sus habitantes prosperaron. No hay pobres en Hux, Fe. Tú nunca la conociste de otro modo, pero te aseguro que es nuestro logro. Un logro de todos los días.

Fe entornó los ojos.

—¿Qué ganáis?

—Juan Calderero no me reprocha su muerte —dijo Amós—. Los pájaros de Juan Calderero aún me visitan.

—Eso no es una razón.

—Claro que sí. Él vivió su vida y no causó daños.

—Y mira lo que consiguió.

—La muerte. Pero hemos aprendido de él.

—Sí... no dejar que se te acerquen.

—No. No dejar que se enteren. El tío Juan pudo haberlos curado por su propia satisfacción, y jamás habría sido blanco del resentimiento si no hubieran sabido que él los curaba. Así los habitantes de Hux ven la contaduría de Mateo y Amós y sólo ven una empresa próspera donde siempre corretean niños de ojos azules. Pero ignoran que sus hijos sobreviven a la infancia gracias a nosotros, que sus vacas dan leche y no enferman ni mueren gracias a nosotros, que sus matrimonios perduran y sus contratos se respetan porque en esta casa siempre hay dos o tres o cinco o más escuchando, observando, cerciorándose de que esta ciudad esté a salvo del dolor...

Fe meneó la cabeza y sonrió.

—Os conozco. Creéis que vosotros sois los hijos de Jason.

Amós meneó la cabeza. Todos los demás hijos habían asentido, habían comprendido. No habían hecho nada para merecer el don; era una mayordomía; se les encomendaba el cuidado de la ciudad, y debían preservarla.

—En toda la historia de este mundo —prosiguió Amós—, nunca hubo un lugar más dichoso que esta ciudad de Hux, bajo nuestro cuidado. Las madres ya no temen el parto, porque saben que vivirán. Los padres están dispuestos a amar a sus hijos, porque saben que los hijos llegarán a la edad adulta.

—Y sin embargo, dejáis que el Hijo de Jason gobierne el mundo.

—Sí. Tu mismo deseo de destruirlo, Fe, me indica que tienes más lazos con él que conmigo. Hija, en este día te pregunto: ¿Guardarás el secreto y respetarás el pacto? ¿Usarás tus dones sólo para curar, nunca para la venganza, el castigo ni el daño?

—¿Qué hay de la justicia? —preguntó Fe.

—La justicia es el equilibrio perfecto —dijo Amós—, pero sólo el corazón perfectamente equilibrado puede ser justo. ¿Tú lo tienes?

—Distingo entre el bien y el mal.

—¿Aceptas el pacto?

No era preciso que respondiera. Amós supo la respuesta en cuanto ella le cerró la mente. Cuando Fe respondió que sí, sólo consiguió empeorar las cosas.

—¿Crees que puedes mentirme?

Ella irguió la cabeza con aire desafiante.

—El Hijo de Jason es una herida en el mundo, y yo la sanaré. Si eso es respetar el pacto, entonces lo respetaré.

—Y arrastrarás al mundo a una nueva guerra.

Fe se levantó.

—El mundo está sumido en el dolor y sólo piensas en nuestra pequeña ciudad. ¿De qué vale la felicidad de Hux cuando todo el mundo está sometido?

—Lleva tiempo. Nuestros hijos crecen... luego habrá suficientes para llegar más lejos, lograr más...

—No formaré parte de esto. Puedo desafiar al Hijo de Jason, y lo reemplazaré.

—¿De veras? —preguntó Amós—. Espero que no. Pero, por el bien del mundo, Fe, debemos ponerte en la piedra.

Ella no entendió a qué se refería.

Pero lo supo cuando la llevaron al descampado, hacia las colinas, hasta un lugar donde la roca viva era lisa como las sábanas del lecho de una virgen.

—¿Qué me hacéis? —preguntó, pues siendo violenta temía un acto de violencia.

Debemos saber quién eres, dijo Amós en silencio.

—¿No me conocéis, después de tantos años?

Conocemos tus recuerdos, y conocemos nuestros recuerdos, pero no conocemos tu futuro. ¿Cómo saber cuánto mal puedes albergar? Las semillas de la destrucción están allí. ¿Echarán raíces, y desmigajarás la roca del corazón del mundo?

—¿Qué me haréis?

Bien, te convertiremos en alguien que no eres, y aprenderemos quién eres. Te haremos flotar en la piedra, donde estás aislada de la vida; te haremos parte de la piedra, para que te aisles de tu propia carne; y luego veremos cuánto hay en ti de Adán Worthing.

—¿Moriré?

Yo mismo entré en la piedra, y salí entero. Lo hacemos porque sólo en la piedra podemos dejar aparte nuestros recuerdos para permitir que la mente de otro entre en la nuestra; yo floté en la piedra, y traje a cada uno de los hijos de Adán Worthing, uno por uno, a mi mente, para juzgarlos.

—¿Y perdieron?

Perder habría consistido en no conocerlos plenamente. Yo no perdí. Ahora los conocemos por dentro y por fuera.

—¿Eran buena gente?

Son tan buenos como yo, pues su memoria entera cabía en mi mente sin enloquecerme. Así que ahora flotarás en la piedra y te despojarás de ti misma para entrar en la roca viva, y admitirás otra mente dentro de la tuya.

—¿La de quién?

Tú eliges, Fe. Puedes tomar la mía. O puedes tomar la de Adán Worthing. La que

más te agrade. La que consideres menos capaz de destruirte.

—¿Cómo lo sabré? No os conozco tanto.

Por eso flotamos en la piedra. Es algo más que evocar recuerdos ajenos. Es transformarse en otro, y medir su vida con tu propia alma. Si esa persona es demasiado distinta de ti, morirás.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién flotó en la piedra y murió?

Elias. Él fue el primero. Cuando Adán huyó, cuando Adán asesinó y huyó, Elias flotó en la piedra y lo buscó. Y lo encontró. El joven Adán era tal monstruo que mató al anciano.

—Pero Papá... ¿no dijiste que también habías flotado en la piedra por Adán?

No. Sólo por sus hijos.

—¿Y por mí? ¿Flotarás en la piedra por mí?

Fe, lo haría por ti si creyese que sobreviviría.

—¿Crees que eres tan distinto de mí? ¿Soy tan monstruosamente maligna como el Hijo de Jason?

Creo que sus recuerdos pueden morar en tu corazón mejor que en el mío. Creo que si tuvieras un recuerdo perfecto de cada acto, cada elección y cada sentimiento que he experimentado en mi vida, niña, enloquecerías y nunca hallarías tu propio yo en la piedra, y morirías.

—Entonces introduciré a Adán en mí. Pero no soy tonta, Papá. Sé lo que eso significa. Si puedo ser Adán Worthing, entonces soy indigna, según vosotros. Y si no puedo soportarlo, quedaré justificada, pero entonces me volveré loca y moriré.

Por eso la opción es tuya.

Ella hurgó en la memoria de su padre para coger el recuerdo del juicio de la piedra: él le abrió la memoria para que ella viera. Luego, sin ninguna vestimenta que se interpusiera entre ella y la piedra desnuda, Fe se recostó e hizo exactamente lo que recordaba que había hecho su padre.

Fue Papá quien trabajó la piedra. Él sabía volverla fría y blanda como el agua, y Fe se hundió en la piedra líquida y flotó en la fría faz del mundo.

Mientras se sumergía en la piedra, liberándose de sus recuerdos, los demás la guiaron hacia Adán Worthing. Fueron suaves con Adán, para que él no supiera lo que estaban haciendo. No serían suaves con ella.

Así, Fe se transformó en Adán Worthing, desde la infancia en adelante, desde el primer terror en el cuarto de la Posada de Worthing, hasta cada acto malvado, cada paso en el poder, cada hombre y mujer destruidos, cada matanza en el campo de batalla, cada sacrificio gratuito de inocentes.

Y cuando estuvo hecho, y Fe hubo soportado el peso de ese pasado atroz como si fuera propio, y no perdió los cabales, Fe lloró de vergüenza y dejó que la regresaran a sí misma, deseando haber muerto en la piedra.

Los otros la miraron con frialdad y se alejaron. Sólo su padre se quedó, y sollozaba.

—No pude hacerlo —dijo en voz alta.

Ella vio el fracaso en aquella mente sin protección: cuando quedó claro que ella podía soportar ser Adán Worthing, el deber de Amós era permitir que la piedra líquida se solidificara y la apresara; matarla, y dejar sus recuerdos encerrados en la roca, antes que permitirle vivir para que hubiera otro Adán en el mundo.

—No es verdad —dijo Fe—. No es justo. Yo puedo soportar a Adán, pero también te soportaría a ti. No soy igual a él, aunque soy parecida. Papá, no lamentarás haberme dejado con vida.

Pero lo lamentaba. Todos lo lamentaban, y Fe apenas pudo soportar la vergüenza de estar con vida. No soy como él, se repetía una y otra vez. Se equivocan en cuanto al juicio de la piedra.

Pero no se equivocaban. A pesar de sus protestas, Fe sabía que el juicio era justo. Al cabo de varios meses de vivir como paria en la casa del padre, comprendió que toda la maldad de la vida de Adán moraba cómodamente en su corazón, y aún dejaba espacio. Espacio para más.

¿Pero dónde está escrito, dónde se dijo que yo no puedo cambiar?

Los otros no deseaban hablarle. Nunca le contaban anécdotas sobre su trabajo de curación en Hux. Pero no podían impedirle observar, ni permitir que la mente de Fe vagara por la ciudad y viera cómo cada herida, cada pena, cada temor era curado. Así es como se hace, pensó; mi instinto me impulsaba a destruir, pero así se sana un corazón roto.

Y cuando recobró la confianza en sí misma, fue a ver a Adán Worthing.

Fue a ver a Adán Worthing, pero no con la mente, sino en persona. Había cerrado la mente a los demás; ellos ignoraban adónde había ido. No importaba: no la echarían de menos aunque muriese. Por su parte, ella no permitiría que Adán supiera dónde estaban los demás, ni siquiera que existían. Pero aunque lo averiguara, aunque sus actos pusieran en peligro a todos, no se detendría. Pues había aceptado a Adán Worthing dentro de sí, y sabía dónde estaba herido, y esperaba curarlo, si él podía resistir la curación.

Temió que ellos la siguieran para detenerla, pero luego comprendió amargamente que quizá se hubiesen alegrado de su partida. Navegó por el Río Oeste hasta Linkeree, luego por mar hasta Ciudad de Stipock. Viajó sin problemas de los muelles a la ciudad, de la ciudad al castillo, del castillo al palacio que se erguía sobre el rojo peñasco que dominaba el mar. Sabía qué decir para que cada guardia y cada criado la dejara pasar. Y al fin estuvo en la antesala de la corte del Hijo de Jason. Se sentó a esperar mientras las gentes iban y venían para ser recibidas en audiencia por el Hijo de Dios.

—Llegas demasiado tarde —le dijo una mujer de rostro fatigado.

—¿Para qué? —preguntó Fe.

—Para detenerlo. Debiste venir hace años.

La mujer estaba consumida, y las ropas elegantes no ocultaban el deterioro. Estaba agonizando.

—Y él podría curarte, si quisiera.

—Él no sabe curar. —La mujer irguió la barbilla con orgullo—. Pero tuve de él lo que tuve, y fue mejor que lo que ofrece el mundo.

—Uwen —dijo Fe.

—Él sabe que vienes —respondió Uwen.

—¿Lo sabe?

—Lo ha sabido durante años. Siempre aguardaba. Yo lo notaba. Sabía observar. Siempre miraba al sur desde Ciudad Celestial, o al norte desde aquí, hacia la aldea que destruyó en el Bosque de Aguas. Vienes de allí, ¿verdad? Puedes confiar en mí. No revelaré una palabra. —Sonrió—. Él ya conoce tu corazón. Tiene esa capacidad. Conoce tu corazón.

Luego su llegada no era una sorpresa. No importaba. Conocía a Adán mejor que Adán mismo. No le temía.

—Entraré ahora —le dijo a Uwen.

—¿Has venido a matarle?

—No.

—¿Me amaré, cuando hayas terminado?

—Te estás muriendo, ¿verdad?

Uwen se encogió de hombros.

Fe le escrutó la mente, halló la enfermedad y la sanó.

Uwen no dijo nada, sólo se miró las manos. Fe se levantó y entró en el salón. Los guardias ni siquiera pensaron en detenerla. Ella se encargó de que no lo hicieran.

Se arrodilló ante el trono del encanecido Hijo de Jason.

—Te estaba esperando —dijo Adán.

—No me hice anunciar, y creo que no nos conocemos —repuso Fe.

—Ella viene con ojos tan azules como los míos, tan azules como los ojos de mis hijos, y cuando escruto esos ojos no veo nada. Una vez hubo un hombre que me ocultaba los pensamientos. Lo mataría si pudiera. Y te mataré si puedo.

A sus espaldas, Fe oyó los pasos de los soldados, el susurro del metal saliendo de la funda.

Paralizó a los soldados haciéndoles evocar recuerdos del temor a la muerte.

—Te conozco —le dijo al Hijo de Jason.

Lo paralizó con el recuerdo del tío Mateo de pie en la puerta, la imagen que él más temía: el hombre que podía detenerlo, aplastar su poder como una ardilla,

anularlo. Y mientras él permanecía en trance, Fe hurgó en sus recuerdos y los alteró.

Algunas cosas serían posibles, otras no. No podía alterar su voraz apetito de poder, ni el temor al fracaso: eso era más profundo que la memoria, formaba parte de la personalidad. Pero podía hacerle recordar cómo dominar esos apetitos y temores en vez de dejarse dominar por ellos. Ahora, en su nueva memoria, Adán no había matado, aunque había sentido la tentación; no había seducido, ni atropellado, ni torturado, aunque había tenido la oportunidad. Y cuando encontró demasiada sangre para poder limpiarla, Fe insertó razones por las cuales esos actos no eran un mero ejercicio de poder. Razones por las cuales cada acto había sido necesario, y en última instancia bueno para la gente.

Cuando Fe hubo terminado, Adán ya no era un tirano irresistible y abrumado por tantos crímenes que apenas reparaba en ellos y destruía por puro hábito. Ahora era un monarca que sólo temía sus propios deseos, y contenía su afán de crueldad con el mismo temor que otrora le había despertado su perdido recuerdo del tío Mateo.

No, perdido no. Pues los recuerdos más nítidos vivían en la mente de Fe. La piedra le había devuelto su yo, pero nada podía arrebatarse el pasado de Adán.

Estaban rodeados de gente, cortesanos y burócratas que habían acudido a maravillarse ante el espectáculo del tirano de ojos azules y la muchacha que le plantaba cara, desafiante, los ojos fijos, hora tras hora, en absoluto silencio, respirando apenas. ¿Qué poder ejercía sobre el Hijo de Jason? ¿Qué muertes resultarían de ello? ¿Quiénes sufrirían?

Pero cuando Fe hubo terminado, Adán sonrió y dijo:

—Ve en paz, prima.

Y Fe dio media vuelta y se alejó, y nunca más la vieron, pues Adán les prohibió buscarla.

Fe no había hecho un buen trabajo. Durante años hubo extrañas lagunas en la memoria de Adán, y a veces se rebelaba contra la vida de contención que creía haber llevado. Pero en general estaba curado, y el Mundo de Worthing lo supo poco a poco. El monstruo que habitaba en el Hijo de Jason había sido domado; el mundo podía soportar su gobierno.

Cuando Fe regresó a Hux, Amós la aguardaba. La recibió a las puertas de la ciudad y la acompañó hasta los huertos que dividían la colina en pulcras hileras y columnas.

—Bien hecho —dijo.

—Tenía miedo de que me detuvierais —repuso ella.

Amós meneó la cabeza.

—Todos habíamos depositado nuestra esperanza en ti, hija. Sólo tú lo comprendías tanto como para sanarlo. Si hubieras fracasado, no habríamos tenido ninguna esperanza, salvo matarlo, y eso nos mancharía para siempre.

—¿Entonces fue parte de vuestros planes desde el principio?

—Naturalmente —dijo Amós—. Ya no hay accidentes en el mundo.

Fe reflexionó, tratando de descubrir por qué le entristecía que los accidentes y sufrimientos hubieran concluido. Es el Adán que hay en mí, decidió al fin. Olvidó el asunto y trabajó con los demás para extender cada vez más la influencia curativa de Worthing. Curaré el mundo, y ya no habrá accidentes.

—La historia es algo tediosa a partir de ahí, Lared. Las historias sobre buenas gentes haciendo buenas obras nunca son muy emocionantes. Durante muchos siglos los descendientes de Adán usaron sus poderes para conocer las necesidades y deseos de sus súbditos, y se cercioraron de que tuvieran un buen gobierno y fueran bien tratados; entretanto, sin que lo supiera la familia de Adán, los descendientes de Mateo y Amós vigilaban una zona cada vez más vasta, liberándola del dolor, borrando el recuerdo del pesar, curando a los enfermos, aplacando a los coléricos, permitiendo que el cojo caminara y el ciego viera. Luego, en el Gran Despertar, se dieron a conocer al linaje de Adán, y ambos grupos unieron sus tareas, y unos se casaron con otros. Cuando me despertaron y me sacaron del fondo del mar, cada alma viviente de Worthing descendía de mí. Conquistaron el mundo mediante el matrimonio.

»Cuando llegaron las naves estelares de los otros mundos, ellos lo tomaron como el gran desafío para el cual se había creado ese poder. Comenzaron a cuidar de los mundos humanos. Las naves vinieron a mundos como el tuyo, y revelaron lo que habían hallado en el Mundo de Worthing, la colonia perdida, y cómo ésta significaba el fin del dolor. Fue entonces cuando comenzó aquí el ritual del fuego y el hielo, Lared. Y desde ese día, nada ha cambiado en el universo de los hombres, nada.

Lared derramó lágrimas sobre el papel.

—Hasta ahora —dijo—. Tus hijos pudieron haber esclavizado a toda la humanidad, pero en cambio decidieron ser bondadosos... ¿Por qué lo estropearon? ¿Por qué se detuvieron? ¿Por qué te alegras de ello?

—Lared. No lo entiendes. Mis hijos sí esclavizaron a la humanidad. Sólo que la hicieron más feliz que otros amos.

—No éramos esclavos. Y mi padre tenía dos brazos.

—Escribe la historia que conoces hasta ahora, Lared. Tenemos que acabarla pronto... el invierno toca a su fin, y te necesitarán en el bosque y en los campos. Termina el libro, y me marcharé tal como deseabas.

—¿Cuánto queda después de esto?

—Un sueño más —dijo Jason—. La historia de un hombre llamado Misericordia y su hermana Justicia. Cuenta cómo entre ambos deshicieron la trama del universo. Quizá, cuando termine, ya no me odies.

ACTOS DE MISERICORDIA

Un viento tibio y seco sopló desde el sudeste. El hielo del río se resquebrajó por la noche; grandes balsas de hielo flotaron durante todo el día corriente abajo. Motas de ceniza procedentes de la fragua aún agrisaban la nieve, pero por debajo de ella Lared oía el rumor del agua. Arrojó un fardo de heno en cada pesebre, lo desmelenó con la horquilla y examinó las ovejas preñadas. Para muchas se acercaba el momento del parto. Y aunque había sido un invierno duro, aún quedaba forraje suficiente para dos meses más. Buen año para los granos y los animales. No tan bueno para los hombres.

Las herramientas estaban prontas para las faenas estivales; llegaba el momento de remover la tierra, cavar zanjas, escardar el huerto, rastrillar los campos. Hoy hace bastante calor, pensó Lared, y dejó salir a los gansos. Muchas cosas habían cambiado desde el otoño: esta vez ni siquiera pensó en preguntarle a Papá si era el momento apropiado.

Mamá estaba encinta. Mamá tendría un bebé y Papá estaba seguro de que era suyo. Bien, quizá lo fuera. Me pregunto quién será el amante. Lared sospechó que era el calderero, pues Mamá le demostraba bastante simpatía. Pero no, él no tenía oportunidad. En realidad, ¿cuándo la tenía cualquier otro? Con las mujeres siempre de visita y Papá a poca distancia, ¿cómo podrían citarse en la casa? Y Mamá no salía a hacer recados, excepto para trabajar en compañía de otras mujeres en algún paño o para llevar grano al molino...

¿El molinero? Mamá no podía preferirlo a Papá. No, imposible.

—Esos pensamientos no son muy edificantes —dijo Jason.

Lared se volvió hacia él. Jason estaba de pie en la puerta del establo, perfilado contra el sol.

—Saldré a marcar los setos —dijo Lared—. ¿Conoces la tarea, o Papá te necesita en la fragua?

—Yo te necesito en el libro —repuso Jason—. Estás pensando en las faenas de primavera, y el libro aún no está concluido.

—Es preciso hacer las faenas de primavera en primavera. Por eso las llamamos faenas de primavera. Estamos en primavera, y pienso hacerlas. Sea cual fuere el valor de lo que pague a Papá y Mamá, no vale por un invierno sin alimentos. Ahora nos podemos morir de hambre, ¿sabes?

—Te acompañaré a los setos.

Cogieron hoces y caminaron entre las hileras. La nieve estaba húmeda y resbaladiza, y las cuestas que daban al sur eran puro lodo, pues allí la nieve ya se había derretido. Lared se detuvo ante una planta caída sobre el camino, quebrada por

el peso de la nieve invernal.

—En rigor no es necesario marcar una como ésta, pero hazlo de todos modos — indicó Lared—. A veces los peones están cansados y no sienten gran simpatía por el propietario, así que dejan todo lo que no tenga su moño de paja, aunque sepan que deben cortarlo.

Ató un moño de paja en la rama más saliente y continuaron tronchando ramas partidas, marcando plantas que era preciso arrancar de raíz o desplazar más adentro.

—Mamá está encinta —comentó Lared—. Sé que lo sabes, pero pensé que podrías decirme algo sobre el padre.

—Es el tuyo.

—¿Es eso cierto?

—Sí. Eso afirma Justicia. Ella sabe cómo averiguarlo. En los viejos tiempos, habría impedido su nacimiento si era un bastardo. Contribuía a hacer la vida más sencilla.

—¿Para qué quiere un hijo? Ya tiene dos.

—Sin muertes prematuras antes del Día del Dolor, Lared, ¿qué habría ocurrido con el mundo si cada pareja hubiera tenido más de dos? Todas las mujeres que no son vírgenes ni demasiado ancianas están encinta. La mayoría de sus hijos sobrevivirán. Pero calcula que cien niños serán sacrificados antes del transcurso de dos años. Tendrás que lograr que esta tierra produzca mucho más, o algunos morirán.

—Tal como ocurría antes —dijo Lared—. Ahora soy un experto en cómo ocurría antes. Creo que he vivido mucho más en tu historia que en mi propia vida.

—Sé que es así. ¿Eso te ha cambiado?

—No. —Lared se detuvo para mirar en torno—. No, excepto que los setos ya no ocultan misterios. Sé que no hay nada del otro lado. Cuando era niño me intrigaba, pero ya no.

—Estás creciendo.

—Estoy envejeciendo. He vivido demasiadas vidas este invierno. Esta aldea es muy pequeña comparada con Ciudad Celestial.

—Esa es su mayor virtud.

—¿Crees que Bahía Estelar necesitaría un escriba nacido en el campo?

—Escribes tan bien como cualquiera.

—Si encuentro a un hombre que ayude a Papá con la fragua, u otro herrero que lo reemplace y le permita administrar la posada, me largaré. Tal vez no a Bahía Estelar. Hay otros lugares.

—Harás bien. Aunque creo que añorarás Bahía Chata más de lo que crees.

—¿Y tú? Cuando te vayas, ¿añorarás este lugar?

—Más de lo que crees —dijo Jason—. Le he cobrado afecto.

—Ya lo creo. Un buen sitio para hallar dolor.

Jason guardó silencio.

—Lo lamento. Llega la primavera, Papá no tiene el brazo y ya no es lo mismo aunque le ayudes en la fragua. Ahora debo encargarme de la granja, y no me interesa. Es culpa tuya. Si hubiera justicia, te quedarías aquí para sobrellevar ese peso.

—Oh, no, en absoluto —dijo Jason—. Los hijos siempre se hacen cargo cuando los padres se tambalean, y las hijas hacen lo mismo por las madres. Es lo natural ahora. Esto es justicia. Lo que tenías antes era pura misericordia. Nunca hiciste nada para merecerlo, así que no te quejes ahora que te lo han arrebatado.

Lared continuó caminando. Trabajaron en silencio hasta concluir.

Cuando regresaron a casa, Papá estaba en la gran tina de cobre, tomando un baño. Lared advirtió su enfado cuando lo vio, y no entendió por qué. Lared había visto a Papá bañándose desnudo desde que era pequeño, mientras Mamá vertía el agua caliente en la tina y él vociferaba: *¿Qué? ¿Quieres quemarme las pelotas?* Entonces Lared notó que Papá intentaba ocultar el muñón. Probablemente había esperado a que Lared fuera a marcar los setos, pero Lared había llegado antes porque Jason le había ayudado.

—Lo lamento —dijo Lared.

Pero no se marchó. Si debía rehuir para siempre el baño de su padre, pronto temería entrar en la casa, y Papá se bañaría una vez por año. Lared fue a la cocina y cogió un trozo de pan viejo y lo mojó en el potaje que burbujeaba sobre el fuego.

Mamá le abofeteó la mano en un gesto juguetón.

—¿No ves que todavía no está listo?

—Ya está delicioso —dijo Lared con la boca llena.

Papá siempre mojaba el pan. Lared sabía que a Mamá no le molestaría.

Pero a Papá le molestó.

—Aparta esas zarpas de la comida, Lared —rezongó.

—De acuerdo, Papá —contestó Lared.

No valía la pena discutir. Ya lo haría de nuevo, y Papá también se acostumbraría.

Papá se levantó de la tina, goteando agua. Sala, que jugaba calladamente en las cercanías, se le acercó para mirar el muñón desnudo.

—¿Dónde están los dedos? —preguntó.

Papá, embarazado, se cubrió el muñón con la mano. Era tristemente gracioso que no intentara cubrirse los genitales, sino algo que ni siquiera estaba allí.

—Silencio, Sala —ordenó Mamá.

—Tendría que haber dedos —dijo Sala—. Es primavera.

—No habrá nuevos brotes en este tocón —repuso Papá.

Más sereno, apartó la mano y empezó a secarse con un paño de lana gruesa. Mamá fue a frotarle la espalda, y de paso alejó a Sala.

—Sigue tu camino, Sala. Lárgate.

Sala gritó como presa de un tremendo dolor.

—¿Qué pasa? No te empujé con tanta fuerza, niña.

—¿Por qué no lo hiciste? —gritó Sala—. ¿Dónde está?

Sólo cuando Justicia apareció al pie de la escalera comprendieron a qué se refería Sala. Sala corrió hacia ella.

—¡Puedes hacerlo! ¡Sé que puedes! ¿Dónde está? ¡Dijiste que me amabas! ¡Dijiste que me amabas!

Justicia guardó silencio mirando a Papá, que se cubría con la toalla. Luego, con aire desafiante, dejó la toalla en manos de Mamá y salió de la tina para acercarse a Justicia.

—¿Qué le has prometido a la niña? —preguntó—. En esta casa se respetan las promesas hechas a los niños.

Pero Justicia no respondió. Como de costumbre, Sala habló por ella.

—Ella puede reponer el brazo perdido. Me lo dijo en la mente. Soñé con ello, lo vi abierto como una flor, con los cinco dedos recobrados.

Jason se interpuso entre ambos.

—No te metas en esto, Jason. Esta mujer ha vivido como un fantasma en mi casa, todo el invierno. Quiero saber qué le prometió a mi hija.

—Ponte los pantalones —dijo Jason.

Papá miró fríamente a Jason un largo instante, luego se puso una bata.

—Justicia no prometió nada, pero Sala vio lo que Justicia desearía hacer si no tuviera el compromiso de no hacerlo.

—¿Hacerme crecer la mano? Sólo Dios puede hacerlo. Y Dios se ha ido.

—En efecto —dijo Jason.

—¿Cómo sabe Sala lo que piensa esa mujer? ¿O acaso habla cuando están solas?

—Cuando la gente como Justicia ama a alguien, no puede ocultarle los pensamientos. No quiso engañar a tu hija ni defraudarla. Lo que Sala vio está prohibido.

—Prohibiciones. Compromisos. ¿Pero si no hubiera prohibiciones ni compromisos tendría poder para curarme el brazo?

—Vinimos aquí a escribir un libro, con ayuda de Lared. Él lo terminará mañana y luego nos iremos.

Jason se acercó a Justicia y la empujó suavemente escaleras arriba. Sala se quedó al pie, llorando. Papá se puso los pantalones y Lared se sentó ante el fuego, mirando cómo las llamas intentaban escapar por el tubo de la chimenea y morían antes de conseguirlo.

Misericordia fue el primogénito; Justicia fue su hermana. La madre los había conocido bien en el vientre: los nombres eran adecuados. Misericordia no soportaba

que otros sufrieran; Justicia era más severa, e insistía en que hubiera equidad a pesar del precio.

El nombre de Justicia no era meramente decorativo; fue la senda que la orientó por el desierto de la infancia. Pues en cuanto pudo caminar y articular sonidos, comenzó a explorar los recuerdos de quienes la rodeaban, o los recuerdos se le impusieron contra su voluntad. Papá, Mamá y las mil vidas que les habitaban la mente, todas las demás identidades, todos los acontecimientos que por su importancia se habían conservado en la memoria. Y en medio de todo esto Justicia debía apañárselas para recordar quién era ella, qué recuerdos le eran propios. Ella era tan pequeña, su vida tan ligera que durante mucho tiempo anduvo extraviada. Había conquistado la cordura y la identidad mediante esa necesidad de enderezar las cosas, de equilibrarlas, de premiar el bien y eliminar el mal.

También salió de la infancia con el anhelo de parecerse más a Misericordia, su compasivo hermano. En ciertos sentidos eran semejantes: ambos se espantaban ante el sufrimiento inmerecido. Pero el deseo de Misericordia era sobrellevar la desdicha él mismo, arrebatársela al sufriente. Justicia, en cambio, procuraba hallar la causa, arrancarla de raíz. Tenía que saber el porqué de todo. Era imposible para sus maestros. Misericordia se convirtió en Observador a temprana edad, porque captaba con agudeza el dolor ajeno, y pronto dominó la técnica de curarlo. Justicia, en cambio, no atinaba a concentrarse en la tarea. Su maestro le preguntó una vez: ¿Qué ocurrirá si resulta que no eres una Observadora? Hay otras tareas, y es preciso hacerlas.

Yo Observaré, respondió Justicia en silencio, porque Misericordia Observa.

Cuando dejó atrás los juegos de la infancia, aún no estaba preparada para Observar, y pasó la juventud encaramada en los árboles de la Escuela, sometiéndose a una labor que era tan fácil para Misericordia como dolorosa para ella. Habitaba la mente de Misericordia siempre que él lo permitía, tratando de descubrir por qué él era tan rápido para captar un ansia y satisfacerla, tan hábil para hallar el dolor y curarlo. Pero no halló ninguna destreza específica. Al final comprendió qué era: Misericordia amaba de inmediato a todos los que conocía, y se interesaba por su alegría más que por la propia. Justicia, en cambio, no amaba a casi nadie, sino que medía a la gente según criterios de corrección o incorrección. Pocas personas eran buenas según esas pautas, y Justicia no daba su amor con facilidad. De lo cual resultó que tuvo que aprender a ser Observadora sin ayuda del don natural, y sólo a los veinte años dejó los árboles de la Escuela para ir a los Estanques.

Para entonces, sus amigos de la infancia Observaban desde hacía años, y Misericordia ya era un maestro al que se le había confiado la Observación de un mundo durante un tercio de cada día. Aun así, Justicia no se reprochaba esa lentitud. Era tolerante consigo misma; sabía que estaba avanzando en una labor para la cual no

estaba dotada, así que debía pagar un precio más alto.

Pasó su hora de prueba cierto día, y al día siguiente fue por primera vez a los Estanques para Observar sola. Fue a los jardines, se quitó la túnica para vestirse de viento, y halló un Estanque con espacio para ella. Se adentró lentamente en las aguas, luego se tendió de bruces hasta rozar los guijarros planos. Pies, vientre, pechos y rostro en el agua fría; talones, nalgas, espalda y orejas en la brisa que esparcía la pelusa de los árboles por la superficie del agua. No respiraba, pero eso ya era casi una segunda naturaleza; había pasado muchas horas de la infancia colgada cabeza abajo de una rama de árbol, aprendiendo a cerrar el cuerpo y liberar la mente para vagar entre los astros.

Como era una novicia, sólo se le permitió Observar una aldea de un mundo primitivo que aún desconocía la electricidad y el vapor. Era un villorrio a orillas de un río, y era tan pequeño que el dueño de la posada también era el herrero.

Justicia llegó a la aldea en la última hora de la noche, así que no hubo ojos despiertos que la guiaran. En su lugar, bordeó las corrientes de la vida misma, el confuso oleaje de los estólidos árboles, la frenética energía de las aves nocturnas, las bestias del alba en busca de agua o sal. Pensó, en semejante hora, que Observar sería un deleite.

Cuando el hambre despertó al primer niño de la aldea, Justicia sintió una mano en el hombro. De inmediato supo que era Misericordia. No sacó la cara del estanque, pues los Observadores jamás lo hacen. Misericordia le presionó suavemente la espalda, para decir: Esto es la vida, ahora estás viva. Ella no necesitó responderle para indicarle que oía. Pero Misericordia no había concluido. Él no podía hablarle en la mente, pues la mente de Justicia estaba cerrada a todos los pensamientos excepto los de la aldea que Observaba, así que le habló en palabras. Ella no reconocía su voz, o quizá fuese que el agua la deformaba.

—Dicen que Justicia es bella y brillante, y que lleva la equidad detrás de los ojos. Dicen que mi hermana es oscura y terrible, pues puede convivir con la verdad.

Las palabras la estremecieron, como el aliento de Misericordia en su mejilla húmeda. No se atrevía a abandonar la aldea para escrutar la mente de su hermano, aunque estuviera abierta. Pero había contundencia en esas palabras, y le causaron temor. Misericordia le decía adiós, y Justicia no comprendía.

¿O es una prueba? ¿En el primer día a solas prueban a los nuevos Observadores dándoles palabras terribles de la persona que más aman? Si es una prueba, no fallaré. Mantuvo la cara en el agua, mantuvo la mente entre los aldeanos, y Misericordia se marchó.

Justicia comenzaba a tener ojos para ver, ojos somnolientos e irritados, mientras la gente ordeñaba vacas y ovejas y revolvía potajes sobre el fuego. Todo era madera y mimbre, alfarería y cuero. Era un lugar viejo, un lugar antes perdido, donde las

máquinas no ayudaban a los Observadores en su tarea. Los caballos orinaban en los pesebres, el polvo se introducía en las casas. Las orugas se arrastraban por los brazos de los niños, y había un Observador por cada localidad, pues había muchos modos de hacerse daño.

Un niño empezó a ahogarse con una salchicha. Los padres se alarmaron, sin saber qué hacer. Justicia causó un espasmo en el diafragma del niño, arrojando la salchicha a la mesa. El niño rió y quiso hacerlo de nuevo, pero Justicia dejó que la madre lo reprendiera y el niño desistió. Justicia no podía perder tiempo con esos juegos.

El remendón se cortó el pulgar junto con el cuero que estaba cortando. No estaba habituado al dolor, y gritó, pero Justicia le quitó el dolor, le hizo recoger el pulgar tronchado y ponerlo en su sitio. Era sencillo hacer crecer cada vena y cada nervio e introducirse en la mente para borrar el recuerdo. También hizo olvidar a la esposa ese grito de terror. Lo que nadie recordaba no había sucedido.

Había furia, y Justicia la aplacó. Había miedo, y ella lo disipó. Había dolor y desgarramiento, y ella los curó. La enfermedad no se arraigaba, pues ella aceleraba la capacidad del cuerpo para purificarse. Ni siquiera el hambre duraba, pues todos ansiaban trabajar con empeño por la mañana, ya que Justicia generaba vigor en toda la aldea con el alba, y pronto los peones acudían a los campos y había gente trabajando ante el banco, el tonel, la fragua y el horno.

Por la tarde el corazón de un viejo dejó de latir. Justicia realizó un chequeo. Tardaría más de tres minutos en curarlo; el viejo no tenía hijos menores de veinte años; la esposa gozaba de buena salud mental y emocional; por tanto, le permitió morir. En vez de curarlo, Justicia llevó a la casa al hijo, el posadero de treinta años con brazos de herrero. Mantuvo en blanco la mente del joven, que no reconoció al anciano, y se limitó a recogerlo y llevarlo hasta el cementerio, donde aguardaban unos amigos con un hoyo a medio cavar. Al cabo de una hora el viejo yacía en la tierra. Los hombres que habían cavado recordarían la inhumación como algo ocurrido tiempo atrás, hacía un año; pensarían que habían tenido ese año para superar la pesadumbre por la muerte del viejo.

Mientras el joven regresaba a casa, Justicia le puso en la mente todos los momentos de regocijo de su infancia, una generosa elegía; así creería que simplemente acababa de visitar la tumba del padre, que ya tenía un año, para recordarlo en el aniversario de su fallecimiento.

La viuda del muerto recogió obnubilada todas sus pertenencias y se mudó a la posada del hijo, donde le dieron una cama en la planta baja, cerca del fuego, y cerca de la carriola del nieto. La nieta dormía en el otro extremo de la habitación. Ya había pasado el momento del duelo, y a la mujer no le parecía extraño vivir con su nuera. Todos se sentían cómodos con la situación, y la vida continuaba. El abuelo era un recuerdo entrañable, no una pena sombría.

Justicia cuidaba de los vientres, para asegurarse de llenar los más convenientes y dejar vacíos a los demás; acudió en ayuda de la muchacha decidida a abandonar la virginidad, y la hizo feliz a pesar de la avidez excesiva del chico. Y al final anocheció en la aldea, y los Observadores del Sueño la tocaron suavemente para anunciarle que su turno había concluido. Buen trabajo, dijeron en silencio, y Justicia apartó la cara del estanque con el calor del orgullo y con el frío de la brisa en el rostro y el cuerpo húmedos. Era mediodía en Worthing, y la tez de la espalda, las nalgas y los muslos de Justicia era cálida y parda. Se dejó secar en la brisa, sin decir nada al resto de los Observadores con los que había compartido el Estanque.

Se internó en el jardín y aspiró el aire, que le acarició la garganta como nieve. Se desató el cabello, que se le derramó sobre los hombros. Tras cinco días de Observación, le permitirían cortarse el cabello si actuaba bien. Concluida la prueba, sería una mujer.

Halló sus ropas y se vistió. Sólo entonces su amigo Grave se le acercó para darle la noticia.

Han encontrado a Dios, dijo en silencio. En su nave estelar en el fondo del océano. Está dormido, pero podemos despertarlo si queremos. Pero una cosa es segura. No es más que un hombre.

Justicia rió. Claro que no es más que un hombre. Ya lo sabíamos. Somos sus hijos.

No, le dijo Grave. Sólo un *hombre*.

Y Justicia comprendió que Jason Worthing, el padre de la raza, no tenía el poder de todos ellos.

Oh, podía escrutar mentes, pero no podía poner nada en ellas, no podía cambiar nada.

Pobre hombre, pensó Justicia. Tener ojos, pero no tener manos para tocar, ni labios para hablar. Ser mudo y parálítico en la mente, pero ver. Qué tortura habrá sido. Mejor dejarle dormir. ¿Cómo vivirá entre nosotros, sus hijos, si es un tullido?

Hay quienes igual desean despertarle, dijo Grave en silencio. Para que nos juzgue. ¿Es necesario que nos juzgue?

Si tiene la fortaleza para soportar la decepción de no ser tan poderoso como nosotros, dicen, debemos despertarle para ver qué puede enseñarnos. ¿Qué otro hombre viviente conocía el universo anterior a la Observación? Él puede comparar, y decirnos si nuestra obra es buena.

Claro que lo es. Y si es demasiado débil para soportar su inferioridad, tendremos que cambiarle la memoria y enviarle a otra parte.

Grave meneó la cabeza. ¿Para qué despertarle si sólo pensamos quitarle la memoria? ¿De qué sirvieron tantos siglos de sueño?

Cuando un hombre está apenado, enfermo o débil, lo curamos.

El mundo perdería recuerdos que sólo él posee.

Entonces aprendamos sus recuerdos y curémosle.

Justicia, es nuestro padre.

Si existen casos especiales, es injusto. Lo despertamos porque está vivo, y lo curamos si está dolorido. No hay razones para determinar por anticipado si eso le haría daño o no. Además, no podríamos averiguarlo, a menos que celebráramos el juicio de la piedra...

Y Justicia descubrió lo que Grave había intentado ocultar, al menos por un tiempo: habían decidido celebrar el juicio de la piedra mientras ella Observaba, y su hermano Misericordia iba a encargarse de ello.

Justicia no esperó más pensamientos de Grave; corrió hacia el Salón de Roca. Sólo pensaba en la despedida de Misericordia, que ya entonces conocía su propósito y no se lo había contado. No porque ella estuviera en el Estanque; había aguardado a que ella estuviera allí para visitarla, para que no intentara detenerle. Pero ella debía detenerle, pues escrutar la mente de los muertos significaba la muerte o la locura. Naturalmente, Misericordia diría: Dejadme hacerlo. Aquí estoy, dejadme. Con gusto sacrificaría la mente o la vida para morar dentro de la mente de Dios.

Cuando Justicia llegó, ya era demasiado tarde. Sólo ella, de todos los que estaban Observando en ese momento, sólo ella desconocía la noticia. Todos los demás se habían reunido, aquí o en los demás Salones de Roca, y ya esperaban en el interior de la mente de Misericordia. Él yacía de espaldas en una roca plana, los brazos extendidos para sostenerlo mientras la piedra se ablandaba y el cuerpo se sumergía lentamente. La brisa hacía ondular la superficie de la roca, y Misericordia arqueó la espalda para hundir la cabeza en la piedra.

Justicia no tenía más opción que unirse a los demás, como si participara gustosamente en ese acto, porque no soportaba ser la única que no le acompañara en su sacrificio.

Al mirar debajo de la piedra, sintió dentro de sí una mente conocida. Su madre: Bienvenida, Justicia.

¿Cómo pudiste permitirlo?, gritó Justicia en su angustia.

¿Cómo podíamos no hacerlo, cuando él lo deseaba tanto y era algo necesario?

No es justo que él lo dé todo, cuando yo no doy nada.

Ah, dijo Mamá en silencio, así que se trata de equidad, a fin de cuentas. Quieres igualar a tu hermano, dolor por dolor.

Sí.

No puedes. Aunque quisieras, no podrías flotar en la piedra. Se requiere más compasión de la que tuviste al nacer. Pocos podríamos. Pero a pesar de eso puedes ayudarnos. Conoces a Misericordia mejor que nadie. Cuando la mente de Dios esté en él, sabrás mejor que nadie qué parte de él mismo es Misericordia y qué parte es Jason

Worthing. Y con tu perfecto sentido de la medida, podrás indicarnos el momento en que la prueba haya finalizado, y de ti aprenderemos qué hacer.

No lo consentiré.

Pero sí no nos ayudas, quizás así permitas que Misericordia entregue su ser en vano.

Con lo cual Justicia no fue una mera testigo, sino la líder de todo el mundo, mientras Observaban la mente de Misericordia.

Misericordia moraba ahora en el fondo del mar, dentro de una cámara fría y silenciosa donde había vivido una mente. Ahora los recuerdos se hallaban en una burbuja insondable, y Misericordia tuvo que entrar en el cerebro donde esos recuerdos habían vivido y morar allí, despojarse de sus propios recuerdos y de todo lo aprendido, y ver qué hacía su mente en el espacio donde antaño había estado Jason. Si todo iba bien, se transformaría en Jason, y de él aprendería qué haría Jason al despertar, cómo reaccionaría; pero esta técnica nunca era perfecta, pues nadie había podido ahuyentar todos los recuerdos propios y dejar sólo la mente del muerto. Siempre quedaba un vestigio del flotante, y eso distorsionaba el resultado. La tarea de Justicia consistía en medir la distorsión y compensarla.

Pero no había distorsión. No habían contado con la absoluta abnegación de Misericordia. No había ningún recuerdo, por profundo que fuese, al que tuviera que aferrarse para sobrevivir. Ninguna parte de él podía continuar viviendo, por mucho que él deseara morir. Cuando Justicia buscó a Misericordia en el frío y líquido granito, no encontró nada. Sólo un extraño en lugar de Misericordia. Sólo Jason Worthing, un pobre tullido que veía pero no hablaba.

Ya había transcurrido mucho tiempo, y aún no había hallado al hermano. Dónde está, preguntó Mamá. Debes encontrarlo, pues no puede continuar mucho tiempo más.

Finalmente Justicia gritó desesperada: No está ahí, se ha ido.

Y apabullados ante el perfecto don de Misericordia, todos los del linaje de Worthing se retiraron de la mente de Misericordia, habiendo aprendido en Jason todo lo que necesitaban saber. Justicia abrió los ojos a tiempo para ver la solidificación de la piedra, con la cabeza de Misericordia en su interior, la espalda arqueada, las manos aferrando la superficie. Por un instante le pareció que él se movía, que estaba vivo, atrapado y tratando de salir. Pero era sólo una ilusión causada por la postura en que había muerto. La carne ya no era carne sino piedra, y Misericordia se había ido.

Justicia hurgó en sí misma buscando el equilibrio, el equilibrio perfecto que tenía que estar allí, pero no estaba.

Lared se acercó a la cama de Justicia, que fingía dormir.

—Me estabas dando sueños —dijo Lared—. No estás dormida.

Ella sacudió la cabeza despacio, y a la luz de la vela Lared vio que Justicia reprimía lágrimas en las comisuras de los ojos.

Iba a hablarle de nuevo cuando sintió una mano en el hombro. Era Jason.

—Ella Observó nuestra aldea, Jason.

—Sólo esa vez —dijo él—. Desde que su hermano flotó en la piedra, nunca más Observó.

—Pero yo recuerdo ese día. Me vi a mí mismo en su memoria, la vi entrar en mí y fue como si me comprendiera íntegramente por primera vez. Nada de lo que mostrasteis antes, nada fue...

—Todo lo demás provino de mentes inferiores a las de Justicia. Ella comprende lo que ve.

—Ella ha estado muchos meses con nosotros, pero jamás lo sospeché. Ella es Dios, no tú.

—Ella era la menor entre los dioses, si así quieres llamarlos. Pero al final fue la mayor. Fue a conocerme. Insistió en ser la que me cuidase cuando me sacaran del mar. Recuerdo que desperté, con las alarmas de la nave enloquecidas... Algo desplazaba la nave, algo desconocido para el pobre ordenador. Cuando nos posamos sobre la superficie del mar, abrí la puerta, y allí estaba Justicia, de pie en el agua ante mí, y pensé: Mi hija. Para mí habían transcurrido pocos días, desde que había dejado a Lluvia y los niños en Bosque de Aguas. Y habían llegado a esto. Ella me odió, por supuesto.

—¿Por qué? ¿Qué habías hecho?

—Era injusto. Ella lo sabía. Pero eso la transformó en la persona más atinada para juzgar lo que yo podía enseñarles. Si alguien tenía razones para desconfiar de mí, era Justicia. Ella me lo mostró todo; incluso me permitieron observar cómo Observaban, para que viera a través de sus ojos lo que estaban haciendo en el mundo. Era un mundo bello y benévolo, lleno de gente que se consagraba sólo a servir a la humanidad. Los maldije y declaré que lamentaba que no me hubieran castrado a los diez años, antes de engendrar a semejantes criaturas. Recuerdo que estaba muy contrariado. Y, como imaginarás, ellos también. No podían creer que yo aborreciera tanto lo que habían hecho. No podían comprender, aunque me escutaran la mente, por qué estaba furioso. Así que se lo mostré. Dije: Justicia, permíteme borrar todo recuerdo de la muerte de tu hermano. Y ella dijo...

—¡No! —gritó Justicia en la cama.

La palabra no pertenecía al idioma de Lared, pero no necesitó traducción para entenderla.

—Hipócritas, exclamé —dijo Jason—. Os atrevéis a despojar a la humanidad de su dolor, pero atesoráis vuestras agonías. ¿Quién os Observa a vosotros?

—¿Quién os Observa a vosotros? —exclamó Jason.

Nadie, respondieron. Si alguna vez olvidáramos nuestro dolor, ¿cómo podríamos preocuparnos de protegerlos de sí mismos?

—¿Alguna vez pensasteis que, por mucho que hayan despotricado contra el universo, la fatalidad, Dios o lo que fuere, quizá no os agradezcan que los hayáis privado de aquello que los hace humanos?

Y en la mente de Jason vieron las cosas que él más valoraba, los recuerdos más fuertes, y eran los momentos de temor, hambre, dolor y penuria. Y examinaron sus propios corazones, y vieron qué recuerdos habían perdurado a través de las épocas, y eran recuerdos de lucha y victoria, sacrificios como el de Misericordia cuando había flotado en la piedra haciendo una perfecta ofrenda de sí mismo, sufrimientos como el de Elias Worthing cuando vio que su esposa se arrojaba a las llamas, incluso el cruel Adán Worthing, con el terror de que su tío lo encontrara y lo castigara de nuevo. Esos recuerdos habían perdurado, mientras que la mera satisfacción no. Comprendieron que esto los volvía buenos, aun ante sus propios ojos; y como habían dejado al resto de la humanidad sin males que superar, la habían privado de la esperanza de grandeza, de la posibilidad de alegría. No se pusieron de acuerdo de inmediato. Sólo gradualmente, tras meses y semanas. Pero al fin, como podían verse a través de los ojos de Jason, decidieron que la humanidad estaría muerta mientras ellos Observaran, que los hombres y mujeres sólo recobrarían la humanidad con la posibilidad del dolor.

—¿Pero cómo podremos vivir —se preguntaban— conociendo todo el sufrimiento que vendrá, sabiendo que podemos detenerlo y a pesar de ello absteniéndonos? Es más sufrimiento del que nosotros podemos soportar; los hemos amado demasiado tiempo.

Así que decidieron no vivir. Decidieron terminar lo que Misericordia había comenzado, la ofrenda perfecta. Sólo dos personas del mundo se negaron.

—Estáis locos —dijo Jason—. Quise que dejarais de controlarlo todo, no os pedí que os matarais.

Hay vidas que no merecen ser vividas, respondieron. Tu falta de compasión te impide comprender.

Y en cuanto a Justicia, rehusó quedarse porque no era digna de morir por la causa de Misericordia. Sería concederse más de lo que merecía.

Pero tendrás que vivir entre las gentes y sus sufrimientos, le dijeron. Te destruirá ver sus penurias sin poder salvarlas.

Quizá, dijo Justicia. Pero ése es el precio de la Justicia; eso me equilibrará con Misericordia, al final.

Así Jason y Justicia abordaron una nave estelar hacia el único mundo que Justicia había conocido fuera de Worthing, mientras el Mundo de Worthing se inclinaba hacia

su sol y descendía en espiral para morir en el fuego.

Justicia oyó la muerte de cien millones de almas y lo soportó; sintió el horror del Día del Dolor en Bahía Chata y lo soportó; sintió el odio de Lared cuando él supo que no actuaba a pesar de su poder, y lo soportó.

Pero ahora, tendida en la cama, se sintió traspasada por el pesar de Sala, y no pudo soportarlo. Entregó ese momento a Lared, le permitió ver su interior en pleno momento del dolor.

—Como ves —dijo Jason—, ella no es como yo. No carece de compasión. Posee más misericordia de la que ella creía.

EL DÍA DE JUSTICIA

Lared y Jason permanecieron junto al lecho de Justicia, y por primera vez Lared no sintió temor ni odio por ella, por primera vez comprendió en qué había consistido su elección, y aunque la juzgaba errónea, comprendió que no era culpable.

—¿Cómo podían decidir sabiamente si sólo podían guiarse por tu mente? —jadeó Lared.

Jason se encogió de hombros.

—Yo no les mentí. Sólo les mostré mi modo de ver las cosas. Recuerda, Lared, no se basaron únicamente en mi palabra. Hasta que no vieron que estaban arrebatando a otros algo que ellos no hubieran cedido, que la humanidad carecía de lo único que valía la pena recordar de tiempos anteriores...

—Eso está bien si te yergues por encima de la humanidad en una torre, mirando hacia abajo —dijo Lared—. Pero aquí, Jason, cuando tienes el poder de curar, y no curas, yo lo llamo maldad.

—Pero yo no tengo ese poder —repuso Jason.

Alguien gritó abajo. Gritó de dolor, una y otra vez. Es Clany, pensó Lared. Pero Clany está muerta.

—¡Sala! —exclamó y corrió escalera abajo, seguido por Jason.

Papá desafiaba las llamas para rescatar a Sala del fuego del hogar. Sala estaba en llamas. Lared no titubeó: hundió las manos en el fuego y entre él y Papá la rescataron. El dolor de sus propias carnes quemadas era desgarrador, pero Lared apenas lo notó, pues Sala se retorció en sus brazos, gritando una y otra vez.

—¡Justicia! ¡Justicia! ¡Ahora, ahora!

—Ya estaba en el fuego cuando desperté —gimió Papá.

Mamá tendió las manos hacia su hija, pero las retiró antes de tocar la carne chamuscada, por temor a agudizar el dolor de Sala.

Lared pensó por un instante que Sala tenía los ojos cerrados, pero pronto comprendió que no.

—¡No tiene ojos! —exclamó. Y miró hacia el pie de la escalera y vio a Justicia, cuyo rostro era una máscara de angustia.

—¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ahora! —gritó Sala.

—¿Cómo está viva? —exclamó Papá.

—¡Dios del cielo, no en tres días! —gritó Mamá—. ¡No como Clany! ¡Déjala morir ahora, no en tres días!

Y entonces Justicia apartó a Papá y Mamá para coger a Sala. La arrancó de brazos de Lared, y soltó un gemido tan espantoso que Lared no pudo contener un grito ante el dolor de oírlo.

Luego silencio.

Ni siquiera el llanto de Sala.

Ha muerto, pensó Lared.

Pero entonces Sala parpadeó, y los ojos brillaron de nuevo. Ya no eran las cuencas vacías que Lared había visto hacía un instante.

La piel quemada se desmigajó, dejando carnes pálidas, tersas, lisas e intactas.

Sala sonrió y rió, rodeó a Justicia con los brazos y se aferró a ella.

Lared se miró los brazos, y estaban curados, y los tendió hacia Papá y tocó capullos, dedos que florecían en el muñón del brazo. En pocos minutos el brazo estuvo entero, y fuerte como siempre.

Justicia se sentó en el suelo, con Sala en brazos, y lloró amargamente.

—Al fin —murmuró Jason.

Justicia irguió la cabeza.

—Después de todo eres humana —dijo Jason.

Eres buena, le dijo Lared en silencio. Yo estaba equivocado. Eres tan buena que no pudiste contenerte ante la prueba a que te sometió Sala. Posees más misericordia de la que creías.

Justicia asintió.

—No fallaste —le dijo Jason en voz alta—. Pasaste la prueba. —Y se inclinó para besarle la frente—. No serías mi hija si hubieras hecho otra elección.

Para la pequeña aldea de Bahía Chata, el Día del Dolor había terminado. Nada sería como antes. Justicia no alteró los recuerdos, ni contuvo la muerte, pero el dolor había terminado en Bahía Chata, y no regresaría mientras ella viviera.

Era un día de primavera, y había cesado la nieve. Los hombres y mujeres estaban en los huertos y los campos, replantando arbustos tumbados por la nieve, roturando los campos de rastrojos, preparándose para arar.

En el río terminaron una balsa de troncos. Flotarían río abajo hasta Bahía Estelar, donde se pagaría un buen precio, especialmente por el gran árbol del mástil. Jason y el calderero subieron a bordo. La balsa se balanceó ligeramente, pero no por mucho tiempo. Era resistente, y la tienda que habían alzado constituiría una grata vivienda para la travesía de dos semanas. El calderero había atado flotadores a las marmitas y sartenes, la hojalata y las herramientas, por si la balsa se partía. No podía darse el lujo de perder todo eso. Jason llevaba una sola cosa consigo, un pequeño cofre con molduras de hierro. Lo abrió una sola vez, para cerciorarse de que las nueve hojas de pergamino estuvieran pulcramente enrolladas y apiladas en su interior.

—¿Preparado? —preguntó el calderero.

—Todavía no —dijo Jason.

Aguardaron un instante, y Lared bajó corriendo por la barranca, llevando al

hombro un saco en el que había metido sus pertenencias a toda prisa.

—¡Esperad! —gritó—. ¡Esperadme! —Cuando vio que aún estaban junto a la costa, se detuvo y sonrió tontamente—. ¿Hay lugar para uno más?

—Si prometes no comer demasiado —dijo Jason.

—He decidido no quedarme aquí. Papá ha recobrado el brazo, y no me necesitan demasiado. Nunca me necesitaron. Pensé que quizás a vosotros os hiciera falta alguien que supiera leer y escribir...

—Sube a bordo, Lared.

Lared abordó la balsa y dejó el saco junto al cofrecillo de hierro.

—¿Usarán una imprenta para transformar esto en un verdadero libro?

—De lo contrario, no recibirán su paga —dijo Jason, mientras él y el calderero hincaban las pértigas para alejar la balsa de la orilla.

—Es bueno saber que estarán todos a salvo —comentó Lared, mirando a los aldeanos de los campos y huertos.

—Espero que no creas que estarás a salvo *conmigo* —advirtió Jason—. Tendré mis años, pero me propongo vivir. Me propongo dormir poco, ante todo. Y recuerda que hay muchas cosas que no sé hacer.

Lared sonrió y abrió el saco para mostrarle cuatro quesos y un trozo de carne ahumada.

—Sé que será una vida espantosa —dijo. Cortó una loncha de carne y se la dio a Jason—. Pero estoy dispuesto a correr el riesgo.

CUENTOS DE CAPITOL

*A Jay A. Parry,
quien lo ha leído todo
y lo ha mejorado*

No se entiende a un niño sin conocer a los padres; no se entiende una revolución sin conocer el antiguo régimen; no se entiende una colonia sin conocer la madre patria; no se entiende un nuevo mundo sin conocer el viejo mundo que lo precedió.

He aquí cuentos del mundo de Capitol, la sociedad de plástico, acero y somec, todo ello supuestamente eterno, todo ello condenado a desmoronarse. Estas historias muestran por qué —y cómo— Abner Doon decidió acelerar la destrucción.

GUIJARROS BOTANDO EN EL AGUA

Bergen Bishop quería ser artista.

Cuando lo anunció a los siete años, le dieron lápices, papel, carboncillo, acuarelas, óleos, lienzos, una paleta, una exquisita selección de pinceles y un instructor que iba a su casa una vez por semana. En pocas palabras, le dieron todos los recursos que el dinero puede comprar.

El instructor no era tonto. Se ganaba la vida enseñando a hijos de ricos, así que sabía cuándo ser sincero y cuándo mentir. Las palabras *este chico tiene talento* habían pasado a menudo por sus labios. Pero esta vez las decía en serio, y era difícil hallar el modo de que esa frase embustera expresara la verdad.

—¡El chico tiene *talento*! —declaró—. ¡El chico *tiene* talento!

—Nadie suponía lo contrario —dijo la madre del chico, un poco sorprendida ante las efusiones del instructor.

El padre guardó silencio, preguntándose si el instructor esperaba una bonificación por declararlo con tanto fervor.

—*Este* chico tiene talento. Potencial. Un gran potencial —dijo el profesor por enésima vez.

Y la madre de Bergen, harta de tantos elogios, respondió:

—Querido amigo, no nos importa que tenga talento. Puede conservarlo. Regrese el martes próximo. Gracias.

A pesar de la indiferencia de sus padres, Bergen se consagró con entusiasmo al aprendizaje de la pintura. En poco tiempo adquirió una destreza técnica inusitada para su edad.

Era un chico de buen temperamento con un fuerte sentido de la justicia. Muchos jóvenes de su clase en el planeta Crove usaban a sus criados para descargar sus iras. A fin de cuentas, como los hermanos no estaban de moda, había que tener alguien con quien desquitarse. Y los criados (que eran chicos de la misma edad que sus amos) aprendían muy pronto que si se defendían tendrían que afrontar algo peor de lo que podía infligirles su joven amo.

Bergen, sin embargo, no era arbitrario. Como no era pendenciero, rara vez dirigía palabrotas o golpes a su criado, Dal Vouls. Y como era justo, cuando Dal mencionó tímidamente que él también deseaba aprender a pintar, Bergen no tuvo reparos en compartir su equipo y su instructor.

Al instructor no le molestaba enseñar a ambos al mismo tiempo. Dal era obediente, discreto y callado. Pero el instructor pensaba demasiado en sus ingresos como para no mencionar al padre de Bergen que era habitual dar un estipendio adicional cuando había dos alumnos en vez de uno.

—Dal, ¿has estado derrochando el tiempo del instructor? —preguntó Locken Bishop al criado de su hijo.

Dal guardó silencio, intimidado.

—Fue idea mía —intervino Bergen—. Que aprendiese. Para el profesor representa el mismo tiempo.

—El profesor me pide un aumento. Tienes que aprender a valorar el dinero, Bergen. O tomas las lecciones a solas, o no las tomas.

Aun así, Bergen obligó al profesor (*Haré que le despidan y le desprestigiaré por toda la ciudad. ¡Por todo el mundo!*) a permitir que Dal se sentara en silencio a un lado, observando. Pero Dal no acercaba el lápiz al papel durante las lecciones.

Cuando tuvo nueve años, Bergen se cansó de pintar y echó al profesor. Se dedicó a la equitación, años antes que la mayoría de los niños, pero esta vez insistió en que su padre comprara dos caballos; y Dal cabalgaba con Bergen.

Fue una infancia casi idílica. Naturalmente hubo frustraciones, ocasiones en que Dal y Bergen tuvieron desacuerdos. Pero esas ocasiones quedaron sepultadas bajo el alud de otros recuerdos, y pronto fueron olvidadas. Las cabalgatas los llevaban lejos de la casa del padre de Bergen, pero era imposible salir a caballo de las tierras del padre y regresar el mismo día.

Y como Bergen olvidaba que él era el heredero y Dal sólo un criado bajo contrato, entablaron amistad. Juntos derramaron cera caliente en la escalera, y la hermana de Bergen patinó y se dio un porrazo. Bergen cargó estoicamente con toda la culpa, pues a él sólo lo encerrarían en su habitación, mientras que a Dal lo azotarían y despedirían. Juntos se tendieron en los arbustos a observar a una pareja que cabalgaba desnuda y se puso a copular en la gravilla, al borde de un precipicio. Se maravillaron durante días pensando que eso mismo hacían los padres de Bergen a puerta cerrada. Juntos nadaron en cada estanque peligroso de la finca e iniciaron incendios en cada rincón que podían salvándose mutuamente la vida con tanta frecuencia que pronto perdieron la cuenta de quién estaba en deuda con quién.

Al cumplir catorce años, Bergen recordó que cuando niño había pintado. Un tío los visitó y dijo:

—Y éste es Bergen, el niño que pinta.

—La pintura fue sólo un capricho infantil —dijo la madre de Bergen—. Ya lo ha superado.

Bergen no estaba habituado a enfadarse con la madre. Pero a los catorce años pocos chicos aceptan la palabra *infantil* sin mosquearse.

—¿Eso crees, madre? —respondió Bergen—. ¿Entonces por qué todavía pinto?

—¿Dónde? —preguntó ella con incredulidad.

—En mi habitación.

—Pues muéstrame algún trabajo tuyo, pequeño artista. —La palabra *pequeño* era

irritante.

—Los quemó. Aún no son representativos.

Ante tal respuesta la madre y el tío soltaron una risotada, y Bergen se marchó a su habitación. Dal lo siguió como una sombra.

—¿Dónde demonios están? —dijo airadamente, hurgando en el armario donde guardaban los pinceles y demás.

Dal tosió.

—Bergen, señor —dijo (a los doce años Bergen era casi mayor de edad, y la ley establecía que cualquiera que él o su padre contrataran tenía que llamarlo *señor*)— Pensé que ya no usabas tus elementos de pintura. Los tengo yo.

Bergen se volvió asombrado.

—Yo no los usaba. Pero ignoraba que tú sí.

—Lo lamento, señor. Pero no tuve muchas oportunidades de practicar cuando venía el instructor. Desde entonces he estado usando los materiales.

—¿Los gastaste?

—Había una buena provisión. No queda más papel, pero hay mucho lienzo. Lo traeré.

Fue a buscarlo, y lo entró en la casona en dos viajes, utilizando la escalera trasera para que los padres de Bergen no lo vieran.

—Pensé que no te importaría, señor —dijo Dal cuando lo hubo traído todo.

Bergen puso cara de desconcierto.

—Claro que no me importa. Es sólo que a mi madre se le ha metido en la cabeza que todavía soy un niño. Pintaré de nuevo. No sé por qué dejé de hacerlo. Siempre quise ser artista.

Instaló el caballete ante la ventana para ver el patio, moteado con los gráciles árboles-látigo de Crove, que se elevaban cincuenta metros hacia el cielo y en las tormentas se inclinaban totalmente, de modo que ningún granjero de los Llanos estaba a salvo del temor de que un árbol-látigo se estrellara contra su casa en el viento. Bergen comenzó con un fondo verde y azul, mientras Dal observaba. Al principio Bergen titubeó, pero pronto recobró el aplomo, y en realidad su largo abandono del arte no le había perjudicado. Sus ojos eran más perspicaces. Sus colores eran más profundos. Aun así, todavía era un aficionado.

—Quizá si hubiera más magenta en el cielo, bajo las nubes... —sugirió Dal.

Bergen se volvió hacia él fríamente.

—Aún no he terminado el cielo.

—Perdón.

Bergen siguió pintando. Todo iba bien, excepto que no podía representar adecuadamente los árboles-látigo. Le salían muy pardos y macizos, lo cual no era acertado. Si intentaba dibujarlos arqueados, le salían tiesos y sin vida. Bergen soltó

un juramento, arrojó el pincel por la ventana y se levantó de un salto.

Dal caminó hasta la pintura.

—Bergen, señor —dijo—, no está mal. En absoluto. Es buena. Salvo los árboles.

—Sé que son los malditos árboles —gruñó Bergen, furioso ante su incapacidad para alcanzar la perfección en su primer intento después de años.

Se volvió al ver que Dal retocaba el lienzo, rápidos trazos con un pincel delgado.

—Tal vez así, señor —dijo Dal.

Bergen se acercó al lienzo. Allí estaban los árboles-látigo, sin duda el elemento más vital, más dinámico y más *bello* de toda la pintura. Bergen los miró: parecían muy naturales, pues Dal los había pintado en el lienzo con toda naturalidad. Algo andaba mal. Era *Bergen* quien aspiraba a ser artista, no Dal. No era correcto ni justo que Dal supiera pintar árboles-látigo.

Bergen, sulfurándose, farfulló una frase y lanzó un golpe, pegándole a Dal en el costado de la cabeza. Dal quedó aturdido. No por la fuerza del golpe, sino por el hecho de recibirlo.

—Nunca me habías golpeado —dijo extrañado.

—Lo lamento —se disculpó Bergen.

—Lo único que hice fue pintar los árboles-látigo.

—Lo sé. Lo lamento. No tengo por costumbre abofetear a los criados.

La sorpresa de Dal se convirtió en furia.

—¿Criados? Claro, olvidé que era un criado. Vi que ambos intentábamos realizar la misma tarea y que yo lo hacía mejor que tú. Olvidé que era un criado.

Bergen se amilanó ante este giro de los acontecimientos. Había hablado sin pensar: sólo se enorgullecía de ser un amo que no perdía los estribos.

—Pero Dal —dijo cándidamente—, eres un criado.

—En efecto. Y lo recordaré en el futuro. No ganaré ninguna partida. Me reiré de tus bromas aunque sean imbéciles. Dejaré que tu caballo sea siempre un poco más rápido. Te daré la razón aunque digas sandeces.

—¡Nunca quise que nadie me tratara así! —repuso Bergen, enfurecido ante aquella reacción injusta.

—Así es como los criados tratan a los amos.

—No quiero que seas un criado. ¡Quiero que seas mi amigo!

—Creí que lo era.

—Eres un criado y un amigo.

Dal rió.

—Bergen, señor. Un hombre es criado o amigo. Son direcciones opuestas en el mismo camino. O te pagan por el servicio, o lo prestas por amor.

—¡Pero a ti te pagan por tus servicios, y pensé que los prestabas por amor!

Dal sacudió la cabeza.

—Yo prestaba servicios por amor, y pensé que tú me brindabas alimentación y vestimenta por amor. Contigo me sentía libre.

—Eres libre.

—Tengo un contrato.

—Si me pides que lo rompa, lo haré.

—¿Lo prometes?

—Por mi vida. ¡No eres un criado, Dal!

Entonces se abrió la puerta y entraron la madre y el tío de Bergen.

—Oímos gritos —dijo la madre—. Pensamos que había una riña.

—Peleábamos con almohadas —contestó Bergen.

—Entonces, ¿por qué la almohada está en la cama?

—Terminamos y la puse en su lugar.

El tío rió.

—Vaya, Selly, estás criando a una perfecta sirvienta.

—Por Dios, Nooel, no bromeaba. Todavía pinta.

Se acercaron a la pintura y la miraron con atención.

Nooel se volvió hacia Bergen y extendió la mano.

—Pensé que era mera jactancia, puro cacareo de adolescente. Pero tienes talento, muchacho. El cielo es un poco tosco, y es preciso trabajar en los detalles. Pero si alguien es capaz de pintar esos árboles-látigo, ciertamente tiene futuro.

Bergen no consideró justo adjudicarse el mérito.

—Dal pintó los árboles.

Selly Bishop se ofuscó, pero a pesar de ello sonrió tiernamente a Dal.

—Qué simpático, Dal. Así que Bergen te deja jugar con sus pinturas.

Dal callaba, pero Nooel le clavaba los ojos.

—¿Hay un contrato? —preguntó.

Dal asintió.

—Lo compraré —ofreció Nooel.

—No está en venta —se apresuró a decir Bergen.

—En realidad —intervino dulcemente Selly—, no es mala idea. ¿Crees que podrás desarrollar ese talento?

—Vale la pena hacerlo.

—El contrato no está en venta —dijo Bergen con firmeza.

Selly miró fríamente a su hijo.

—Todo lo que se compró se puede vender.

—Pero un hombre conserva lo que ama, Mamá, al margen del precio que le ofrezcan.

—¿Lo que ama?

—Tienes una mente obscena, Selly —dijo Nooel—. Obviamente son amigos. A

veces eres la peor zorra del planeta.

—Eres muy amable, Nooel. En este planeta es todo un logro. A fin de cuentas, está la emperatriz.

Ambos rieron y se marcharon de la habitación.

—Lo lamento, Dal —comentó Bergen.

—Estoy acostumbrado —respondió Dal—. Hace tiempo que tu madre y yo no nos llevamos bien. Y no me importa... sólo me importa una persona.

Se miraron unos instantes. Sonrieron. Luego cambiaron de tema, pues a los catorce años hay pocas emociones delicadas que se puedan manifestar abiertamente por demasiado tiempo.

Cuando Bergen cumplió veinte años, el somec llegó a ese nivel de la sociedad.

—Es una maravilla —dijo Locken Bishop—. ¿Sabes lo que eso significa? Si nos aprueban, podemos dormir cinco años seguidos y luego tener cinco años de vigilia. Viviremos un siglo más de lo que hubiéramos vivido.

—¿Pero nos aprobarán? —preguntó Bergen.

Sus padres rieron a carcajadas.

—Es cuestión de méritos, y el chico pregunta si aprobarán a su familia... Claro que sí, Bergen.

Bergen sintió una serena furia, como habitualmente le ocurría con sus padres últimamente.

—¿Por qué? —preguntó.

Locken captó el tono mordaz. Cobró un aire autoritario y señaló el pecho de Bergen.

—Porque tu padre brinda empleo a cincuenta mil hombres y mujeres. Porque si yo fuera a la quiebra, medio planeta sufriría el impacto. Y porque soy el que paga más impuestos en todo el Imperio, con excepción de cincuenta hombres.

—En otras palabras, porque eres rico —dijo Bergen.

—¡Porque soy rico! —respondió Locken airadamente.

—Entonces, si no te importa, esperaré a ganarme el somec por mis propios méritos, no por los de mi padre.

Selly rió.

—Si yo esperara a ganarme el somec por mis propios méritos, nunca me lo darían.

Bergen la miró con odio.

—Y si hubiera justicia en el mundo, evidentemente no te lo darían.

Para sorpresa de Bergen, sus padres no replicaron. Fue Dal quien le habló esa noche, cuando ambos se reunieron para dar retoques a sendas piezas de arte: la de Dal, una miniatura al óleo; la de Bergen, una vista inmensa, casi tamaño natural, de

los edificios de la finca tal como él creía que debían ser, con una vivienda mucho más pequeña y cobertizos de tamaño más funcional. Y sus árboles-látigo eran bellísimos.

Semanas después, Bergen pagó los honorarios del examen, y obtuvo tan altas calificaciones en inteligencia básica, creatividad y ambición que recibió el derecho a ingerir somec durante tres años, con cinco años de vigilia. Sería un durmiente. Y lo consiguió sin dinero.

—Felicitaciones, hijo —dijo su padre, orgulloso de la independencia de Bergen.

—Por lo que veo, lo has planeado para despertar dos años antes que nosotros. Tiempo para tus correrías, supongo —comentó Selly con mordacidad.

Dal sólo dijo una cosa cuando se enteró de que Bergen usaría somec.

—Libérame primero.

Bergen quedó sorprendido.

—Lo prometiste —le recordó Dal.

—Pero no tengo edad. No podré hacerlo hasta dentro de un año.

—¿Y crees que tu padre lo hará? ¿O que tu madre lo permitiría? Mi contrato les autoriza a prohibirme pintar, o a quedarse con todo lo que yo produzca. Podrían obligarme a limpiar establos. Podrían obligarme a talar árboles con las manos desnudas. Y tú no regresarás hasta dentro de tres años.

Bergen estaba francamente consternado.

—¿Qué puedo hacer?

—Persuadir a tu padre de que me dé la libertad. O permanecer despierto hasta que seas mayor de edad y puedas liberarme tú mismo.

—No puedo rechazar el somec. Debes usarlo cuando te lo dan. Sólo hay un número de vacantes por año.

—Entonces convence a tu padre.

Se necesitó un mes de acoso constante para que Locken Bishop accediera a liberar a Dal de su contrato. Y el contrato incluía una estipulación.

—El setenta y cinco por ciento de lo que ganes por encima de albergue y comida nos pertenecerá durante cinco años, o hasta que nos hayas pagado ochenta mil.

—Papá —protestó Bergen—, eso es una extorsión. Yo lo habría liberado dentro de once meses. Y ochenta mil es diez veces lo que pagaste por el contrato... y no se lo pagaste a él.

—También lo alimenté durante veinte años.

—Y él trabajó por ello.

—¿Trabajó? —interrumpió Selly—. Sólo jugó. Contigo.

Dal habló una vez que todos se hubieron callado.

—Si os doy ese dinero, no podré ganar lo suficiente para presentarme al examen de méritos para el somec.

Locken apretó las mandíbulas.

—Eso no importa. O aceptas o sigues bajo contrato.

Bergen se apoyó la cara en las manos. Selly sonrió. Dal asintió.

—Pero lo quiero por escrito.

Lo dijo con suavidad, pero el efecto fue eléctrico. Locken se puso de pie, irguiéndose sobre Dal, que estaba sentado.

—¿Qué has dicho, mozalbeta? ¿Esperas que un Bishop pacte un contrato por escrito con un mero criado?

—Lo quiero por escrito —murmuró Dal, afrontando con firmeza la furia de Locken.

—Tienes mi palabra, y eso basta.

—¿Y quiénes son los testigos? Tu hijo, que estará dormido durante tres años, y tu esposa a la que no se puede dejar a solas con un criado de quince años.

Selly jadeó. Locken enrojeció, pero retrocedió un paso. Y Bergen quedó horrorizado.

—¿Qué? —preguntó.

—Lo quiero por escrito —insistió Dal.

—Quiero que te largues de esta casa —replicó Locken, pero en la voz le temblaba una emoción nueva: agravio y traición.

Bergen pensó: Si Dal hablaba en serio, y lo cierto es que Mamá no lo niega, es lógico que Papá se sienta agraviado.

Pero Dal miró a Locken con una sonrisa.

—¿Creías que el territorio dónde pisabas te pertenecería siempre? —dijo.

Ahora Bergen se resistía a comprender.

—¿A qué se refiere, papá? ¿A qué se refiere Dal?

—A nada —se apresuró a decir Locken.

Dal rehusaba callarse.

—Tu padre —le reveló a Bergen— practica los juegos más extraños con niños de cinco años. Siempre insistí en que te invitara a participar, pero se negaba.

El alboroto duró una hora. Locken se golpeaba el muslo con el puño izquierdo, mientras Selly lo atacaba con saña para que los demás no le recordaran sus propias indecencias. Sólo Bergen estaba honestamente apenado.

—Tantos años, Dal. ¿Esto pasó durante tantos años?

—Para ti yo era un amigo, Bergen —dijo Dal, olvidándose del *señor*—. Pero para ellos era un criado.

—Nunca me lo contaste.

—¿Qué podías hacer tú?

Y cuando Dal se marchó al cabo de esa hora, tenía el convenio por escrito.

Cuando Bergen despertó de su primer período de *somec*, un amable asistente de

la Casa del Sueño le comunicó las novedades. Su padre había muerto a los pocos días de la partida de Bergen, y un amante había asesinado a la madre dos años después. Después del emperador, Bergen poseía ahora el mayor patrimonio de Crove.

—No lo quiero.

—Te recuerdo que ese patrimonio —dijo el amable asistente— incluye privilegios de somec equivalentes a cinco años de sueño por cada año de vigilia.

—¿Sólo tendría que vivir un año de cada seis?

—El Imperio reconoce así el valor de las grandes fuerzas de la economía.

—Pero yo quiero pintar.

—Pues pinta. Pero a menos que desees visitar las tumbas de tus padres, los administradores de tus empresas están haciendo una espléndida labor, según los auditores del gobierno, y puedes dormirte de nuevo para completar los dos años que te corresponden.

—Hay alguien a quien deseo ver.

—Como quieras. Podemos dormirte de nuevo en cualquier momento dentro de los próximos tres días. Después de eso tendrás que concluir tu año de vigilia, y habrás perdido dos años de sueño.

Bergen pasó los dos primeros días tratando de hallar a Dal Vouls. Al fin lo consiguió, cuando recordó que Dal aún estaría sometido al contrato de su padre. Los albaceas pudieron localizarlo porque en ocasiones él enviaba giros para satisfacer la cláusula del setenta y cinco por ciento.

Dal abrió la puerta y la cara se le iluminó al reconocerlo.

—Bergen —dijo—. Entra. Han pasado tres años, ¿verdad?

—Así es, Dal. Pero para mí es como si hubiera sido ayer. *Fue* ayer. ¿Cómo te ha ido?

Dal señaló las paredes del apartamento. Allí colgaban cuarenta o cincuenta pinturas y dibujos. Durante veinte minutos la conversación se limitó a *Me gusta esto* y *¿Cómo lograste aquello?*. Luego Bergen, totalmente abrumado, se sentó en el suelo (no había muebles) y ambos charlaron.

—¿Cómo va todo?

—Las ventas son lentas. Aún no soy famoso. Pero la gente compra. Lo mejor de todo es que el emperador ha decretado que todas las oficinas del gobierno se trasladen a Crove. Se cambiará incluso el nombre del planeta. Se llamará Capitol. Si las cosas andan bien, todo maldito planeta orbitará políticamente en torno a Crove. Y eso significa clientela. Significa gentes que sepan de arte en vez de esos bastardos de la milicia y el comercio que han acaparado el dinero en este mundo desde el principio de los tiempos.

—Has aprendido a hablar con frases largas desde que te vi por última vez.

—Me he sentido más libre.

—Te traje un obsequio. —Bergen le entregó el documento que lo liberaba del contrato.

Dal lo leyó y rió, lo releyó y lloró.

—Bergen —dijo—, no tienes idea. No tienes idea de lo difícil que ha sido.

—Puedo imaginarlo.

—No pude presentarme al examen. Por Dios, apenas he podido sobrevivir. Pero ahora...

—Hay más —dijo Bergen—. El examen cuesta tres mil. Te los traje. —Entregó el dinero a su amigo.

Dal retuvo el dinero unos segundos, luego lo devolvió.

—Tu padre ha muerto, pues.

—Sí —dijo Bergen.

—Lo lamento. Debió de ser un shock para ti.

—¿No lo sabías?

—No leo los periódicos. No tengo radio. Y nunca me devolvieron mis giros.

—El albacea entendió que un contrato es un contrato. Y puedes estar seguro de que mi padre no iba a liberar a los criados bajo contrato en su testamento.

Rieron amargamente en memoria de aquel hombre, a quien Dal había visto por última vez tres años antes, y a quien Bergen había visto sólo ayer.

—¿Tu madre?

—Esa zorra murió en celo —replicó Bergen con rencor.

Dal le tocó la mano.

—Lo siento —murmuró.

Y esta vez fue Bergen el que rompió a llorar.

—Gracias a Dios que eres mi amigo —dijo finalmente Bergen.

—Y tú el mío —respondió Dal.

Se abrió la puerta y entró una mujer con un niño que no tenía más de un año. Se sorprendió al ver a Bergen.

—Tienes compañía —dijo—. Hola. Soy Anda.

—Yo soy Bergen.

—Mi amigo Bergen —los presentó Dal—. Mi esposa Anda. Mi hijo Bergen.

Anda sonrió.

—Dal me dijo que eras brillante y hermoso, y que debíamos poner tu nombre a nuestro hijo. Tenía razón.

—Ambos sois muy amables.

La conversación fue agradable después, pero no fue lo que Bergen había esperado. No podían compartir los alardes, las bromas, las deliciosas procacidades e insultos que Bergen y Dal habían conocido durante años, no en presencia de Anda. Y se despidieron con la amistad en el aire, pero Bergen sentía una oquedad en el

estómago. Dal había rechazado el dinero para el examen, y sólo había aceptado su libertad. Compartiría esa libertad con Anda.

Bergen regresó a la Casa del Sueño y usó el resto del somec que le habían adjudicado.

Cuando despertó la vez siguiente las cosas habían cambiado. Crove se llamaba ahora Capitol, y había un auge de construcción de viviendas. Y las compañías de Bergen estaban muy involucradas.

Se construía a tontas y a locas, y Bergen comenzó a comprender que no bastaba con levantar edificios. Capitol sería el centro del comercio y del gobierno de cientos de planetas. Miles de millones de personas. Al final quizá se transformara en una sola e inmensa ciudad. De modo que empezó a hacer planes de acuerdo con ello.

Indujo a sus arquitectos a planificar una estructura que abarcara más de cien kilómetros cuadrados y albergara a cincuenta millones de personas, industria pesada, industria liviana, transportes, distribución y comunicaciones. El techo del edificio tenía que ser resistente, no sólo para afrontar el despegue y aterrizaje de las naves de aterrizaje, sino para soportar el peso de las enormes naves estelares. Tardarían largo tiempo en diseñarlo. Les puso como plazo su próximo despertar, al cabo de cinco años de sueño.

Luego pasó el resto del año tratando de convencer a los burócratas de que adoptaran ese proyecto como plan maestro para todo el planeta. Todas las ciudades se diseñarían del mismo modo, y al crecer la población, las ciudades se conectarían piso por piso y cañería por cañería para formar una ciudad continua e ininterrumpida, con un puerto espacial como tejado y con raíces en las profundidades de la corteza rocosa. Cuando concluyó su tiempo de vigilia, Bergen había vencido. Casi todos los contratos fueron para las compañías de Bergen Bishop.

Sin embargo, no se olvidó de Dal. Lo encontró junto a sus pinturas, que ahora alcanzaban cierta celebridad. Pero fue difícil conversar.

—Bergen. Los rumores vuelan.

—Me alegro de verte, Dal.

—Dicen que descortezarás el planeta hasta el núcleo rocoso y pondrás acero encima.

—Aquí y allá.

—Dicen que todo estará entrelazado.

Bergen le quitó importancia.

—Habrá enormes parques. Vastas franjas de tierra virgen.

—Mientras el aumento de población no las haga necesarias. ¿Correcto? Siempre queda esa reserva.

Bergen se ofendió.

—Vine a hablar de tus pinturas.

—Muy bien —dijo Dal—. Echa un vistazo. —Y entregó a Bergen la pintura de un monstruo de acero que se extendía como pus por la campiña.

—Esto es repulsivo —dijo Bergen.

—Es tu ciudad. La tomé de los bocetos del arquitecto.

—Mi ciudad no es tan fea.

—Lo sé. Es tarea del artista realzar la belleza, y también la fealdad.

—El Imperio necesita una capital en alguna parte.

—¿Tiene que haber un imperio?

—¿Por qué te has vuelto tan amargo? —preguntó Bergen, francamente preocupado—. La gente ha descortezado planetas durante años. ¿Qué te ha afectado?

—Nada me ha afectado.

—¿Dónde está Anda? ¿Dónde está tu hijo?

—¿Quién sabe? ¿A quién le importa?

Dal se acercó a un lienzo con una puesta de sol y lo atravesó con el puño.

—¡Dal! —gritó Bergen—. No hagas eso.

—Yo la pinté. Yo puedo destruirla.

—¿Por qué se marchó?

—No aprobé el examen de méritos. Un tipo que podía conseguirle somec le ofreció matrimonio. Ella aceptó.

—¿Cómo suspendiste el examen?

—Ellos no pueden medir mis pinturas. Y cuando tienes veintiséis años, los requerimientos son más estrictos. Mucho más.

—Veintiséis... pero si sólo tenemos...

—Tú tienes sólo veintiuno. Yo tengo veintiséis y envejezco deprisa. —Dal fue hasta la puerta y la abrió—. Lárgate de aquí, Bergen. Estoy muriendo rápidamente. Dentro de un par de tus años seré un viejo inútil, así que no te molestes en buscarme más. Lárgate y estropea el planeta mientras todavía puedas ganar dinero con ello.

Bergen se marchó, herido e incapaz de comprender por qué Dal le odiaba de repente. Si Dal hubiera aceptado el dinero que Bergen le había ofrecido dos años antes, se habría presentado al examen cuando todavía podía aprobarlo. Era culpa suya, no de Bergen. No era justo que lo hiciera responsable.

Durante tres vigiliás, Bergen no buscó a Dal. El recuerdo del rencor de Dal era demasiado doloroso. En su lugar, Bergen se concentró en la construcción de sus ciudades. Medio millón de hombres trabajaban en las obras, una docena de ciudades que se levantaban simultáneamente en la llanura. Quedaron muchas tierras intactas, pero las ciudades se elevaron a tal altura que los vientos cesaron y los árboles-látigo perecieron. ¿Cómo podían haber sabido que las semillas debían recorrer una distancia no mayor de un metro en su caída del árbol al suelo, y que sin vientos fuertes para

arquear los árboles las semillas caían de demasiada altura, se secaban y morían? En cincuenta años los árboles-látigo quedarían extinguidos. Y ya era tarde para remediarlo. Bergen lamentó la pérdida de los árboles. Lo sentía de veras. Las ciudades ya se estaban colmando de habitantes. Las naves estelares ya descendían para aterrizar en el único puerto espacial de la galaxia que tenía solidez y tamaño suficientes para albergarlas. No había modo de echarse atrás.

En su cuarta vigilia, sin embargo, Bergen se enteró de que lo habían promovido: un año de vigilia, diez años de sueño con somec. Comprendió que si Dal aún no usaba somec sería un cuarentón, y que en su próxima vigilia sería un viejo. Bergen tenía menos de treinta años. Y de pronto lamentó haberse alejado tanto tiempo de Dal. El somec creaba un efecto extraño. Te aislaba de los demás. Cada cual flotaba en su propio tiempo, y Bergen comprendió que pronto las únicas personas que podría tratar serían aquellas que tuvieran su mismo esquema de sueño y vigilia.

No le importaba perder a la mayoría de sus viejos amigos. A fin de cuentas, había sobrevivido a la pérdida de sus padres después del primer sueño. Pero Dal era otra cosa. Hacía tres años de vigilia que no veía a Dal, y lo echaba de menos. Se habían profesado mucho afecto hasta entonces.

Para hallarlo, sólo tuvo que preguntar a un hombre de excepcional buen gusto si había oído hablar de Dal Vouls.

—¿Un cristiano oyó hablar de Jesús? —rió el hombre.

Bergen no había oído hablar de Jesús ni de los cristianos, pero entendió la respuesta. Y halló a Dal en un gran taller de pintura, en un paraje abierto donde los árboles ocultaban las ocho ciudades que crecían aquí y allá en el horizonte.

—Bergen —dijo Dal sorprendido—. Creí que nunca te vería de nuevo.

Bergen miró azorado al hombre que había sido su amigo de la infancia. Para Bergen habían transcurrido sólo cuatro años, pero veinte para Dal, y la diferencia era anonadante. Dal estaba barrigón, y ahora era un hombre rechoncho con barba y sonrisa picara. (¡Este no es Dal!, gritó algo dentro de Bergen). Dal era un tipo próspero y afable, y parecía feliz, pero Bergen no podía dejar de considerar a aquel extraño un anciano al que debía mostrar respeto.

—Bergen, no has cambiado.

—Tú sí —respondió Bergen, tratando de sonreír como si estuviera alegre.

—Entra. Mira mis pinturas. Prometo apartarme. Mi esposa dice que podría tapar un mural, de tan gordo que estoy. Yo le contesto que tengo que estar corpulento para poder guardar todo el dinero en un solo cinturón. —Dal rió estentóreamente, y una mujer madura apareció en un balcón interior del taller.

—¡Desinflas mis tortas, quiebras copas y ahora gritas con tal fuerza que los nidos de las aves se caen de los aleros! —gritó ella, y Dal fue hacia ella como un oso enamorado, la abrazó y la trajo consigo.

—Bergen, mi esposa Treve. Mi amigo Bergen, que regresa como una fulgurante sombra del pasado para anudar mis últimos cabos sueltos.

—Hasta que te compremos ropa nueva —se quejó Treve—, tú no tendrás cabos sueltos.

—Me casé con ella —dijo Dal— porque necesitaba que alguien me recordara lo mal artista que soy.

—Es insufrible. El mejor del mundo. ¡Pero Rembrandt regresa de nuevo para atormentarnos! —Y Treve le asestó un afectuoso golpe en el brazo.

No lo soporto, pensó Bergen. Este no es Dal. Es demasiado jovial. ¿Y quién es esa mujer que se toma tantas libertades con mi digno amigo? ¿Quién es este gordinflón risueño que se las da de artista?

—Mi obra —dijo Dal—. Ven a ver mi obra.

Entonces, mientras caminaba en silencio entre las paredes de las que colgaban los cuadros, Bergen supo con certeza que era Dal. Sí, la voz que oía era jovial y madura. Pero las pinturas —los trazos, las pinceladas, los retoques— eran de Dal. Habían nacido en el dolor de la esclavitud en la finca Bishop; pero ahora mostraban una pátina de serenidad que las pinturas de Dal jamás habían tenido antes. Sin embargo, al mirarlas, Bergen comprendió que esa serenidad había estado allí desde siempre, aguardando algo que le permitiera aflorar.

Y ese algo obviamente era Treve.

Durante el almuerzo, Bergen le confesó tímidamente a Treve que él era, en efecto, el hombre que construía las ciudades.

—¡Muy eficiente! —dijo ella, engullendo un bocado.

—Mi esposa detesta las ciudades —dijo Dal.

—Por lo que recuerdo, a ti tampoco te gustan.

Dal sonrió, y entonces se acordó de tragar lo que estaba masticando.

—Bergen, amigo mío, yo estoy por encima de esas preocupaciones.

—Entonces —intercaló la esposa— esperemos que esas preocupaciones tengan la solidez suficiente para soportar un gran peso.

Dal rió y la abrazó.

—No menciones mi peso cuando como, Mujer Delgada. Arruinas el almuerzo.

—¿Las ciudades no te molestan?

—Las ciudades son feas —dijo Dal—. Pero pienso en ellas como vastas plantas para eliminar aguas residuales. Cuando se tienen quince mil millones de personas en un planeta que sólo debería albergar a cincuenta, hay que poner las cloacas en alguna parte. Así que tú construiste enormes bloques de metal y éstos matan los árboles que crecen a su sombra. ¿Puedo detener la marea con una mano?

—Claro que puedes —dijo Treve.

—Ella cree en mí. No, Bergen, no lucho contra las ciudades. Las gentes de las

ciudades compren mis cuadros y me permiten vivir en este lujo, realizar brillantes pinturas y yacer con mi bella esposa.

—Si soy tan bella, ¿por qué no pintas un retrato mío?

—Soy incapaz de hacerte justicia —repuso Dal—. Pinto Crove. Lo pinto tal como era antes de que lo mataran y llamaran al cadáver Capitol. Estas pinturas durarán siglos. Quizá la gente que las vea diga: *Éste es el aspecto de un verdadero mundo. Sin corredores de acero y plástico y madera artificial.*

—No usamos madera artificial —protestó Bergen.

—Lo haréis —respondió Dal—. Los árboles están casi extinguidos. Y es tremendamente caro transportar madera entre las estrellas.

Entonces Bergen hizo la pregunta que se proponía hacer desde que había llegado.

—¿Es verdad que te han ofrecido somec?

—Prácticamente me clavaron la aguja en el brazo. Tuve que ahuyentarlos con un cuadro.

—¿Entonces es verdad que lo rechazaste? —preguntó el incrédulo Bergen.

—Tres veces. Ellos insisten. Te dejaremos dormir diez años, te dejaremos dormir quince años. ¿Pero quién quiere dormir? No puedo pintar cuando duermo.

—Pero Dal —protestó Bergen—, el somec es como la inmortalidad. Yo entraré en el plan de diez años por uno, y eso significa que cuando cumpla cincuenta habrán transcurrido trescientos años. ¡Tres siglos! Y viviré quinientos años más después de eso. Veré el ascenso y caída del Imperio, veré la obra de mil artistas que vivieron con cientos de años de diferencia, habré roto las cadenas del tiempo...

—Las cadenas del tiempo. Buena frase. Estás extasiado con el progreso. Te felicito y te deseo suerte. Duerme y duerme y duerme, y saca provecho de ello.

—La plegaria del capitalista —añadió Treve, sonriendo y sirviendo más ensalada en el plato de Bergen.

—Pero, Bergen, mientras vosotros voláis, como guijarros botando sobre el agua, rozando la superficie aquí y allá sin mojaros, mientras os dedicáis a eso, yo nadaré. Me gusta nadar. Me moja. Me fatiga. Y cuando muera, lo cual ocurrirá antes de que tú cumplas los treinta, quedarán mis pinturas.

—La inmortalidad indirecta es un artículo de segunda, ¿no crees?

—¿Mi obra es de segunda?

—No —respondió Bergen.

—Entonces come mi comida, mira de nuevo mis pinturas, y vuelve a construir ciudades enormes hasta que un tejado cubra el mundo entero y el planeta brille en el espacio como una estrella. También hay cierta belleza en eso, y tu obra vivirá después de ti. Vive a tu antojo. Pero dime, Bergen ¿tienes tiempo para nadar desnudo en un lago?

Bergen rió.

—Hace años que no lo hago.

—Yo lo hice esta mañana.

—¿A tu edad? —preguntó Bergen, y se arrepintió de sus palabras.

No porque a Dal le molestaran, pues ni siquiera les prestó atención. Bergen se arrepintió de sus palabras porque eran el fin de toda esperanza de amistad. Dal, que había pintado bellos árboles-látigo en el cuadro de Bergen, era ahora un hombre mayor, y envejecería más en los próximos años, y sus vidas nunca se cruzarían de nuevo. Era Treve quien bromeaba con él como una amiga. Entretanto yo construyo ciudades, comprendió Bergen.

Cuando se despidieron esa noche, aún alegres, aún amigos, Dal preguntó con seriedad:

—Bergen, ¿todavía pintas?

Bergen meneó la cabeza.

—No tengo tiempo. Admito que si tuviera tu talento, Dal, encontraría tiempo. Pero no tengo ese talento. Nunca lo tuve.

—Eso no es cierto, Bergen. Tú tenías más talento que yo.

Bergen lo miró a los ojos y comprendió que Dal hablaba en serio.

—No digas eso —respondió con fervor—. Si creyera eso, Dal, ¿piensas que podría pasar mi vida del modo en que lo he hecho?

—Amigo mío —dijo Dal con una sonrisa—. Me has puesto muy, muy triste. Abrázame en memoria de los niños que fuimos.

Se abrazaron, y Bergen se marchó. Nunca se encontraron de nuevo.

Bergen vivió para ver cómo Capitol se cubría de acero de polo a polo, hasta que incluso los océanos se redujeron hasta ser meras lagunas.

Una vez abordó un crucero de placer y vio el planeta desde el espacio. Relucía. Era hermoso. Parecía una estrella.

Bergen vivió el tiempo suficiente para ver algo más. Un día visitó una tienda que vendía pinturas raras y antiguas. Y allí vio un cuadro que reconoció de inmediato. La pintura se estaba descascarando; los colores se habían desleído. Pero era obra de Dal Vouls, y en la pintura había árboles-látigo, y Bergen preguntó al dueño de la tienda:

—¿Quién permitió que esta pintura se estropeará tanto?

—¿Qué se estropeará tanto? Amigo mío, ¿usted no sabe qué antigüedad tiene? ¡Setecientos años! Está muy bien preservada. Obra de un gran artista, el más grande de nuestro milenio, pero nadie fabrica pinturas o lienzos que permanezcan impolutos más de unos siglos. ¿Qué quiere usted, milagros?

Y Bergen comprendió que en su búsqueda de inmortalidad había recibido más de la que ansiaba. Pues no sólo los amigos quedaban atrás y fallecían, sino que sus obras, y todas las obras de los hombres, se desmoronaban mientras él vivía. Algunas ya se habían reducido a polvo, otras mostraban las primeras fisuras. Pero Bergen

había vivido tiempo suficiente para ver un espectáculo que el universo suele ocultar a la humanidad: la entropía.

Al universo se le acaba la cuerda, dijo Bergen mirando la pintura de Dal. ¿Valió la pena pagar este precio para averiguarlo?

Compró la pintura. Se hizo jirones antes de que él muriera.

SEGUNDA OPORTUNIDAD

A los siete años Batta quedó totalmente atrapada, aunque apenas fue consciente hasta que cumplió los veintidós. Los barrotes eran tan frágiles que para la mayoría de la gente ni siquiera habrían existido.

Un padre, lisiado en un extraño accidente de metro y pensionado por el gobierno meses antes del nacimiento de Batta.

Una madre con corazón de oro, pero cuya mente no podía concentrarse en nada más de tres minutos seguidos.

Y hermanos que, en el caos y la depresión de ese hogar privado de mente y voluntad, se habrían desprendido de la urdimbre de la sociedad equilibrada si Batta no hubiera decidido (sin decidirlo) que ella sería madre y padre de ellos, de sus padres y de sí misma.

Muchas otras personas se habrían resistido a ir directamente a casa después de la escuela, sin tener jamás oportunidad de reunirse con los amigos y hacer esas locuras en los interminables corredores de Capitol que ocupaban el tiempo de la mayoría de los adolescentes de clase media. Batta simplemente regresaba de la escuela, hacía las tareas escolares, preparaba la cena, hablaba con Mamá (mejor dicho, la escuchaba), ayudaba a los otros niños con sus problemas y se aventuraba en la guarida donde Papá se escondía del mundo, fingiendo que tenía piernas o que no por no tenerlas había perdido valía. (*Engendré cinco puñeteros hijos, ¿o no?*, declaraba de cuando en cuando).

Pero no todo era negrura. Batta amaba el estudio; más aún, era una lumbrera. Se dio el lujo de asistir a la universidad, ante todo porque tenía una beca y su madre era partidaria de aprovechar todo lo que era gratis.

Y en la universidad conoció a un joven.

Él también era una lumbrera, aunque de otra especie. Batta no conocía a nadie como él (en realidad no conocía a nadie), pero entre ambos creció una singular amistad que abarcaba desde animalejos disecados y envueltos para regalo, tomados de Zoología Básica, hasta horas de silencio compartido, cuando estudiaban para los exámenes.

No se cogían de la mano. No intentaban besarse. No se manoseaban en la oscuridad.

Batta no sabía cómo era ni si debía desearlo (siempre imaginaba a su madre haciendo el amor con un hombre sin piernas), y se preguntaba si Abner Doon siquiera pensaba en el sexo.

Luego terminó la universidad, ambos recibieron títulos —en física, para Batta, en el servicio gubernamental, para Abner Doon— y dejaron de verse; los meses

transcurrieron, ella cumplió veintidós y de golpe comprendió que estaba atrapada.

—¿Adónde vas? Has terminado la universidad, y ya no tienes que ir a clase, ¿verdad? —se quejaba su madre.

—Quería ir a dar un paseo —respondía Batta.

—Pero, Batta, tu padre te necesita. Sabes que sólo es feliz cuando tú estás aquí.

Lo cual era cierto. Y Batta pasaba cada vez más horas en aquel apartamento de tres habitaciones, hasta que un día, casi un año después de la graduación, sonó el timbre.

—Abner —dijo Batta, más sorprendida que complacida. Casi lo había olvidado. Casi había olvidado que había asistido a la universidad.

—Batta, no te he visto por largo tiempo. Te echaba de menos.

—Bien —dijo ella, girando para que él la viera, pero sabiendo que tenía un pésimo aspecto—, aquí estoy.

—Se te ve muy mal.

—Y tú pareces un espécimen al que olvidaron diseccionar.

Rieron. Viejos tiempos, vieja magia. Él la invitó a salir. Ella se negó. Él la invitó a dar un paseo. Ella estaba demasiado ocupada. Y cuando el padre llamó por quinta vez desde que Abner había llegado, él decidió que la conversación había concluido y se marchó del apartamento antes de que ella regresara a la sala. Y ella se sintió más atrapada que nunca.

Pasaron los días, y todos los días ocurría algo nuevo a medida que los otros hijos crecían (y se casaban o no, pero de todos modos se iban de la casa), pero en los recuerdos de Batta todos los días eran iguales, y la ilusión de variedad era sólo un truco de su mente para mantenerla cuerda. Cuando Batta cumplió veintisiete, era una virgen solitaria cuyos hermanos se habían marchado y que vivía a solas con sus padres. Entonces Abner Doon regresó.

Él tampoco había ingerido somec, notó ella con sorpresa cuando lo hizo entrar en la sala (los mismos muebles desvencijados, sólo que más viejos; paredes del mismo color, sólo que más sucio; la misma Batta Heddis, sólo que más muerta) y él se sentó, mirándola atentamente.

—Creí que ya habrías tomado somec —dijo ella.

—Eso hicieron todos. Pero hay cosas que no puedes hacer mientras pasas los años durmiendo. No puedo tomar somec hasta que esté preparado.

—¿Y cuándo será eso?

—Cuando domine el mundo.

Ella rió, creyendo que era una broma.

—Y cuando averigüen que yo soy la hija perdida de Mamá, la emperatriz secuestrada por gitanos y retenida por piratas del espacio, me designarán emperatriz para reemplazarla.

—Tomaré somec este año.

Y ella no rió. Sólo le miró atentamente y vio que las preocupaciones, el trabajo y acaso la crueldad le habían tallado arrugas y una expresión singular, con ojos profundos e insondables.

—Parece como si te estuvieras ahogando —dijo Batta.

—Y tú pareces ahogada.

Abner le cogió la mano. Batta se sorprendió: él jamás había hecho eso. Pero la mano era tibia, seca, lisa y firme, tal como debía ser la mano de un hombre (no la zarpa de Papá) y Batta no se resistió.

—Comprendí lo que ocurría cuando te visité anteriormente —dijo Abner—. Estaba esperando a que estuvieras libre. El último de tus afectuosos hermanos se marchó hace una semana. Todos tus asuntos están en orden. ¿Te casarás conmigo ahora?

Tres horas después estaban a cierta distancia, en un apartamento de apariencia modesta (sólo en apariencia: los ordenadores y los muebles salían literalmente de las paredes) y ella sacudía la cabeza.

—Abner, no puedo. Tú no lo entiendes.

Él frunció el entrecejo con preocupación.

—Pensé que preferirías el contrato. Es más seguro para todos. Pero si prefieres una relación informal...

—No lo entiendes. Cinco minutos antes de que llegaras yo rezaba para que sucediera algo así, cualquier cosa con tal de largarme...

—Pues ven conmigo.

—Pero sigo pensando en mis padres. Mi madre, que no puede manejar su vida y menos la de Papá, y Papá, que hace lo posible para dominar a todos y sólo está sereno y feliz si me tiene cerca. Me necesitan.

—A riesgo de decir una obviedad, también yo.

—No tanto —dijo Batta, señalando con la mano los artilugios que indicaban que Abner era un hombre con poder y riqueza.

—¿Esto? Batta, esto forma parte de un plan mucho más grandioso. Una línea directa que comunica con el esplendor. Pero me agradecería compartirlo contigo.

—Eres un idiota romántico, como cualquier adolescente —rió ella—. Qué tontería, compartirlo conmigo. ¿Por qué crees que me amas?

—Porque, Batta, en ocasiones mi sueño no basta para darme calor.

—Las mujeres no son caras.

—Batta ni siquiera está en venta —le recordó él, y extendió los brazos para tocarla como nunca la habían tocado, y ella lo abrazó como nunca había abrazado a nadie. Durante dos horas todo fue nuevo, cada gesto, cada sonrisa.

—No —susurró ella cuando él estaba a punto de poner fin a su larga soledad sexual—. Por favor, no.

—¿Por qué diablos no? —jadeó Abner.

—Porque si lo haces, jamás podré abandonarte.

—Excelente —dijo él, y se le acercó.

Pero ella se escabulló, se levantó de la cama, empezó a vestirse.

—Tienes un pésimo sentido de la oportunidad —dijo Abner—. ¿Qué te ocurre ahora?

—No puedo. No puedo abandonar a Mamá y Papá.

—¿Tan cariñosos son contigo?

—Me necesitan.

—Demonios, Batta, son gente adulta y pueden cuidarse solos.

—Quizá podían hacerlo cuando yo tenía siete años, pero no cuando yo llegué a los doce. Confiaban en mí. Yo podía hacerlo. Y han perdido toda pretensión de ser adultos, Abner. No podría marcharme y ser feliz sabiendo que ellos se desintegrarían y que yo debería protegerlos.

—Sí puedes. Sabiendo que de lo contrario *tú* te desintegrarás. Puedo hacerte dormir con somec, Batta, ahora mismo. Podría darte cinco años de sueño y cuando despertaras ellos habrían aprendido a cuidar de sí mismos, tú irías a verles y sabrías que todo se solucionó.

—¿Tanto dinero tienes?

—Cuando obtienes el poder suficiente, en este encantador imperio —respondió Abner Doon—, el dinero se vuelve innecesario.

—Cuando yo despertara, ellos podrían estar muertos.

—Quizás. Con lo cual ya no te necesitarían.

—Me sentiría culpable, Abner. Eso me destruiría.

Pero Abner Doon era persuasivo, y poco a poco la convenció de que se tumbara en una mesa con ruedas y le puso una gorra de sueño en la cabeza y le grabó la mente. Todos sus recuerdos, toda su personalidad, todas sus esperanzas, todos sus terrores quedaron registrados y archivados en una cinta a la que Abner Doon daba vueltas en las manos.

—Cuando despiertes, te devolveré estos recuerdos, y ni siquiera sabrás que estuviste dormida.

Ella rió nerviosamente.

—Pero el somec borraré todo lo que ocurra a partir de ahora, ¿verdad?

—Verdad —respondió Doon—. Yo podría vejarte y someterte a toda clase de obscenidades, y al despertar aún pensarías que soy un caballero.

—Nunca he pensado semejante cosa —dijo Batta.

Abner sonrió.

—Ahora vamos a dormirte.

—¿Y tú?

—Ya te lo dije. Me falta un año. Seré un año mayor cuando te despierte, y comenzaremos nuestra vida en común, con o sin contrato. ¿Conforme?

Pero ella rompió a llorar, y siguió llorando hasta llegar al borde de la histeria.

Él la abrazó, la acunó, intentó averiguar por qué lloraba, intentó comprender qué le había hecho, pero ella respondía:

—Nada, nada.

Finalmente él extrajo una botella de somec (¡Pero la ley dice que nadie puede tener una provisión privada de somec!) y una aguja, y la acostó en la mesa. Ella se zafó, retirándose al otro lado de la habitación.

—No.

—¿Por qué no?

—No puedo huir de mis padres.

—¡Tienes que vivir tu propia vida!

—¡Abner, no puedo hacerlo! ¿No lo entiendes? El amor no consiste sólo en que alguien te guste. No me gustan mucho mis padres. Pero ellos confían en mí, dependen de mi. Yo soy el cimiento que los soporta, y no puedo largarme y dejar que se derrumben.

—¡Claro que sí! ¡Cualquiera podría! Lo que te han hecho es enfermizo, y tú tienes derecho a tu propia vida.

—Cualquiera podría menos yo. Yo, Batta Heddis, soy una persona que no abandona a los demás. ¡Así soy yo! ¡Si quieres a una persona capaz de hacerlo, búscate a otra!

Y ella corrió del apartamento a la estación del metro, regresó a casa, cerró la puerta, se arrojó en el sofá y sollozó hasta que su padre la llamó con impaciencia desde la otra habitación. Batta acudió a acariciarle afectuosamente la frente hasta que se quedó dormido.

Mientras sus hermanos y hermanas vivieron allí, Batta podía pretender que había variedad. Pero ahora no había modo de disimular.

Ahora ella era el centro de la vida de ambos y se desgastaba lentamente, al principio por obra del trabajo constante y la presión constante (pero se fortalecía cada vez más y pronto se adaptó a la rutina, hasta el punto de que ya no pudo concebir otro modo de vida) y luego por obra de la soledad, aunque en realidad nunca podía estar a solas.

—Batta, estoy haciendo bordado, lo hacen con algodón verdadero en las casas ricas, aunque nosotros no podemos pagarlo, evidentemente, con la pensión de tu padre, pero mira qué bonita flor estoy haciendo. ¿O es una abeja? Dios sabrá, no he visto una cosa ni la otra, pero mira qué bonita flor. Gracias, querida, es una bonita

flor, ¿verdad? Las hacen con algodón verdadero en las casas ricas, pero nunca podríamos pagarlo con la pensión de tu padre, ¿verdad? Esto es sintético. Se llama bordado, mira la bonita abeja que estoy haciendo. ¿No es un primor? Gracias, Batta querida, tienes el don de hacerme sentir muy bien. Estoy haciendo bordado, sabes. Oh, cielos, creo que llama tu padre. Debo ir a verle. ¿O puedes ir tú? Gracias. Yo me sentaré aquí a bordar, si no te importa.

Y en el dormitorio, un silencio estólido. Un gruñido de dolor. Las piernas que comenzaban en la cadera y terminaban repentinamente (a un par de centímetros de la ingle) en una abrupta ladera de sábanas y mantas que descendían hasta una zona lisa y llana que nunca estaba revuelta.

—¿Recuerdas? —gruñe el padre mientras ella le acomoda la almohada y le trae las píldoras—. ¿Recuerdas cuando Darff tenía tres años y entró diciendo: *Papá, tú tendrías que tener mi cama y yo la tuya, porque eres tan pequeño como yo?* Niño endemoniado. Y yo lo alcé y lo abracé y quería estrangular a ese bastardo.

—No me acordaba.

—La ciencia ha logrado todo lo demás, pero no averiguó cómo curar a un hombre que ha perdido los muslos, ha perdido las piernas, ha perdido cada maldito nervio. Menos uno, gracias al cielo, menos uno.

Ella odiaba bañarlo. El metro lo había arrollado de través en la boca del túnel. Si él hubiera girado, le habría desgarrado el abdomen y habría muerto en el acto. En cambio había perdido las nalgas hasta el hueso, los intestinos eran un estropicio, no tenía control de esfínteres, las piernas eran fragmentos de hueso.

—Pero me dejaron lo suficiente —señalaba él con orgullo— para engendrar hijos.

Y así continuaba sin cesar, día tras día, y Batta se negaba a recordar a Abner Doon, rehusaba admitir que había tenido la oportunidad de escapar de esa gente (ay, si yo hubiera) para vivir su propia vida (ay, si yo hubiera) y ser feliz por un tiempo (ay, si yo hubiera... no, no, no puedo pensar así).

Luego Mamá decidió preparar una ensalada mientras Batta salía de compras y se cortó la muñeca con el cuchillo, y al parecer olvidó que el botón para llamadas de emergencia estaba a pocos metros porque murió desangrada, el rostro petrificado por la sorpresa, antes de que Batta llegara a casa.

Batta tenía veintinueve años.

Al cabo de un tiempo Papá comenzó a insinuar que el impulso sexual de un hombre no mengua por falta de uso, sino que aumenta. Ella lo ignoró apretando los dientes hasta que él también murió una noche y el médico dijo que era sólo cuestión de tiempo, que el accidente lo había destrozado, que si no hubiera gozado de cuidados tan excelentes no habría durado tanto. Tienes motivos para sentirte orgullosa, muchacha.

Treinta años.

Se sentó en la sala del apartamento, que ahora sólo ella controlaba. La pensión del padre continuaría: el gobierno era amable con las víctimas del azar en el sistema de transporte. Batta miraba fijamente la puerta y se preguntaba por qué demonios había deseado largarse. A fin de cuentas, ¿qué había fuera?

Las paredes la cercaban. La cama del dormitorio de los padres se veía tan lisa como cuando Papá pasaba acostado allí todo el día, al menos lisa desde las piernas para abajo. Cuando Batta enrolló unas mantas para que parecieran piernas y las puso bajo las sábanas, piernas donde nunca había visto piernas, sospechó que estaba perdiendo el seso.

Recogió sus escasas pertenencias (todo lo demás era de ellos, y estaban muertos), se largó del apartamento y fue a la oficina colonial más cercana porque no se le ocurría qué hacer con el resto de su desastrosa vida salvo ir a una colonia a trabajar hasta morir.

—¿Nombre? —preguntó el hombre del mostrador.

—Batta Heddis.

—Ha tomado usted una magnífica decisión, señorita Heddis. ¿Soltera, verdad? Bien, estas colonias son el más novedoso instrumento del Imperio para librar y ganar la guerra. Pero pacíficamente, entiende usted. ¿Heddis, dijo usted? Venga por aquí, por favor.

¿Heddis, dijo usted? ¿Por qué tanta sorpresa? ¿Y tanta excitación? ¿O era alarma?

Batta lo siguió hasta una habitación a poca distancia, una habitación más recogida con una sola puerta. Había un guardia fuera, y Batta pensó aterrada que algo andaba mal, que los Niños de Mamá la acusarían de algo, y que ella era inocente, pero ¿cómo probar su inocencia a personas ya convencidas de que eran infalibles?

La espera fue interminable —dos horas— y Batta estaba hecha trizas cuando se abrió la puerta. Hecha trizas ante sí misma. Un observador imparcial que entrara por la puerta la habría visto absolutamente serena: había aprendido a demostrar calma en esos años, a pesar de la tensión.

Pero quien entró por la puerta no era un observador imparcial. Era Abner Doon.

—Hola Batta.

—Cielos —respondió ella—, Dios santo. ¿Tengo que ser castigada así?

Abner se puso tenso y la miró atentamente.

—¿Qué te han hecho?

—Nada. Sácame de aquí.

—Quiero hablar contigo.

—¡Lo olvidamos hace años! ¡Yo lo olvidé! ¡Ahora no me lo recuerdes!

Él estaba plantado junto a la puerta, obviamente horrorizado y fascinado: horrorizado porque ella hablaba apasionadamente pero con voz llana y serena, el cuerpo erguido, sin el menor asomo de turbación; fascinado porque ese cuerpo

todavía era Batta, la mujer que él había amado y con quien pocos años antes había deseado compartir un sueño. Y sin embargo ahora era una extraña.

—Dormí con somec varios años —dijo Abner—. Éste es mi primer despertar. Previne a todos: un código debía activarse cuando tu nombre apareciera en las listas de colonización.

—¿Y por qué pensaste que aparecería?

—Tus padres tenían que morir algún día. Y cuando muriesen, no tendrías adónde ir. La gente que no tiene adonde ir va a las colonias. Es más educado que el suicidio.

—Déjame en paz, por favor. ¿No puedes perdonar mi error?

Él la miró con semblante ávido.

—¿Lo consideras un error? ¿Te arrepientes?

—¡Sí! —exclamó ella, alzando la voz, y ahora parecía muy agitada.

—¡Entonces, por el cielo, deshagámoslo!

Ella lo miró con desprecio.

—¡Deshacerlo! ¡No se puede deshacer! Ahora soy un monstruo, amigo Doon. Ya no soy una muchacha, sino un robot que sirve a gentes repugnantes sin una queja, no una mujer que pueda responder como tú deseabas. Nada se puede deshacer.

Él metió la mano en el bolsillo y extrajo una cinta.

—Puedes usar somec ahora y dejar que la droga te borre todos los recuerdos. Luego te meteré esto en la mente, y despertarás creyendo que no decidiste regresar a tus padres. Que decidiste permanecer conmigo. Estarás intacta. Los últimos años se esfumarán.

Ella tardó un instante en comprender. Luego exclamó con voz ronca:

—Sí, sí. Apresúrate.

Y él la condujo a una sala de grabación mental donde le registraron los recuerdos y la sometieron al somec y la droga le limpió la mente.

—Batta —murmuró una voz, y Batta despertó, desnuda y sudando sobre una mesa en un lugar extraño. Pero el rostro y la voz no eran extraños.

—Abner —dijo.

—Han sido cinco años —dijo él—. Tus padres fallecieron. De causas naturales. No fueron infelices. Hiciste la elección correcta.

Batta reparó en su desnudez, y la virgen eterna que había en ella le hizo enrojecer de vergüenza. Pero él la tocó (y el recuerdo de esa noche en que casi habían hecho el amor aún estaba fresco, pues tenía apenas unas horas, y ella ya estaba excitada y dispuesta) y Batta olvidó su vergüenza.

Fueron al apartamento de Abner, e hicieron el amor gloriosamente, y fueron jubilosamente felices durante días hasta que ella al fin admitió que algo le preocupaba.

—Abner, Abner. Sueño con ellos.

—¿Con quiénes?

—Papá y Mamá. Me has dicho que pasaron años y sé que es así. Pero aún tengo la impresión de que fue ayer, y me siento muy mal por haberlos abandonado.

—Te repondrás.

Pero Batta no se repuso. Comenzó a pensar en ellos cada vez más, y la culpa la carcomía, rasgándole los sueños, apuñalándola como un cuchillo cada vez que hacía el amor con Abner Doon, destruyéndola mientras hacía todo lo que había deseado desde niña.

—Oh, Abner —sollozó una noche, sólo seis noches después de despertar—, Abner, haría cualquier cosa para deshacer esto.

Él dejó de moverse. Quedó petrificado.

—¿Hablas en serio?

—No, no, Abner, sabes que te amo. Te amo desde que nos conocimos, desde toda la vida, te amaba aun antes de saber que existías, ¿no lo sabes? ¡Pero me odio a mí misma! Me siento como una cobarde, una traidora por haber abandonado a mi familia. Me necesitaban. Lo sé, y sé que fueron desdichados cuando me fui.

—Fueron muy felices. Nunca notaron que te habías ido.

—Eso es mentira.

—Batta, por favor, olvídalos.

—No puedo. ¿Por qué no pude hacer lo correcto?

—¿Y qué era lo correcto? —Abner parecía atemorizado.

¿Por qué está atemorizado?

—Quedarme con ellos. Sólo vivieron unos años más. Si me hubiera quedado, los habría ayudado en esos últimos años, y entonces podría enfrentarme a mí misma. Aunque fueran años desdichados, me sentiría como una persona decente.

—Pues siéntete como una persona decente. Pues sí te quedaste con ellos.

Y se lo explicó todo.

Ella se quedó acostada en silencio, mirando al techo.

—Entonces esto es un fraude, ¿verdad? La secreta verdad es que soy una infeliz solterona que se pudrió en casa de sus padres hasta que tuvieron la gentileza de morirse, una mujer sin agallas para suicidarse...

—Qué absurdo...

—Que sólo fue salvada de su destino por un hombre empeñado en jugar a Dios.

—Batta, tienes lo mejor de ambos mundos. Te quedaste con tus padres. Hiciste lo correcto. Pero ahora puedes continuar tu vida sin tener los recuerdos de lo que te hicieron, sin haberte convertido en lo que te convertiste.

—¿Tan horrible estaba?

Él pensó en mentirle, pero optó por lo contrario.

—Batta, cuando te vi en esa sala de la oficina de colonización, casi rompí a llorar. Parecías muerta.

Ella le acarició la mejilla, el hombro.

—Me salvaste del precio de mi propio error.

—Si quieres verlo así.

—Pero aquí hay una contradicción. Seamos lógicos. Llamemos a la mujer que decidió quedarse con sus padres Batta A. Batta A. se quedó y perdió el juicio, como dijiste, y eligió marcharse a las colonias y conservar su locura.

—Pero no sucedió así.

—No, escucha —insistió Batta con serenidad e intensidad, y él escuchó—. Sin embargo, Batta B. decidió no regresar con sus padres. Se quedó con Abner Doon e intentó ser feliz, pero le remordía la conciencia y eso la enloquecía.

—Pero no sucedió así.

—No, Abner, no lo entiendes. No entiendes nada. —Se le quebró la voz—. La mujer que está acostada contigo es Batta B. Es la mujer que abandonó a sus padres y no cumplió con su compromiso.

—Demonios, Batta, sé razonable...

—No recuerdo haberles ayudado. De pronto ellos... se van. Yo los abandoné.

—¡No fue así!

—En mi mente sí, Abner, y ahí es donde debo vivir. Tú me dices que los ayudé, pero yo no lo recuerdo, así que no es verdad. Esa elección, la de quedarse con ellos, fue la que adoptó la verdadera Batta. Y la verdadera Batta fue moldeada por esa experiencia. La verdadera Batta sufrió durante todos esos años, aunque fueran espantosos.

—¡Batta, fueron más que espantosos! ¡Te destruyeron!

—¡Pero me destruyeron a mí! ¡A mí! ¡A la Batta que escoge hacer lo que cree que debe hacer!

—¿Qué es esto, religión antigua? ¡Tienes la oportunidad de eludir las consecuencias de tu autodestructiva noción del bien y el mal! ¡Tienes la oportunidad de ser feliz, demonios! ¿Qué importa qué Batta es cuál? Te amo y me amas, y eso también es verdad.

—Pero Abner... ¿cómo puedo ser otra cosa salvo lo que soy?

—Escucha, tú aceptaste. Al instante. Aceptaste dejarme borrar esos años, despertarte y llevarte a vivir conmigo como si esa agonía nunca hubiera ocurrido. ¡Fue voluntario!

Ella no respondió, sólo preguntó:

—¿Me grabaron los recuerdos cuando me sometieron al somec? ¿Me registraron tal como soy?

—Sí —dijo Abner, sabiendo lo que venía a continuación.

—Entonces duérmeme otra vez y despiértame con esa cinta. Envíame a una colonia.

Él la miró con dureza. Se levantó de la cama y se echó a reír, sin poderlo creer.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Estás diciendo: Dios, sácame del cielo y envíame al infierno.

—Lo sé —repuso ella, y comenzó a temblar.

—Estás loca. Esto es descabellado, Batta. ¿Sabes cuántos riesgos he corrido, lo que he pasado para traerte aquí? He infringido todas las leyes concernientes al uso del somec...

—Dominas el mundo, ¿eh?

¿Se burlaba de él?

—Tiro de las cuerdas, pero si cometo un error puedo caer en cualquier momento. Y deliberadamente cometí errores por ti...

—Conque te debo algo. ¿Pero qué hay de mí? ¿No me debo algo también?

Abner se exasperó. Asestó un puñetazo en la pared.

—¡Claro que sí! Te debes una vida con un hombre que te ama más que a la obra de su vida. Te debes la oportunidad de ser cuidada, mimada, protegida...

—Me debo mi propio yo —dijo ella, temblando cada vez más—. Abner, no he sido feliz.

Silencio.

—Créeme, Abner, porque esto es lo más difícil de decir. Desde que desperté, algo andaba mal. Algo andaba muy, muy mal. Había escogido lo que no debía. No había regresado a casa de mis padres. Me he sentido mal, y todo esto teñido por esa sensación. Está mal. *Yo no hubiera escogido vivir contigo, así que todo está mal.* — Hablaba suavemente, pero la voz era intensa—. Yo no estaría aquí.

—Estás aquí.

—No puedo vivir una mentira. No puedo convivir con la contradicción. Debo vivir mi propia vida, amarga o no. Cada momento que paso aquí me duele. No podría ser peor. Nada de lo que he sufrido en la vida real podría ser peor que la agonía de una vida falsa. Debo tener el recuerdo de haber hecho lo que consideraba correcto. Sin ese recuerdo, no puedo conservar la cordura. Siento que se me escabulle. Ah...

Abner la estrechó, la sintió temblar.

—Lo que quieras —susurró—. Yo no sabía... Pensé que el somec podía... enmendar las cosas.

—No puede impedir que yo sea quien soy.

—Quien eres, lo sé, lo sé ahora. Pero, Batta, ¿no lo comprendes...? Si uso la otra cinta, no recordarás esto, no recordarás estos días que compartimos...

Ella rompió a llorar, y él pensó en otra cosa.

—Lo último que recordarás es que te dije que yo podía borrar todo el dolor. Y que

tú dijiste sí, hazlo, bórralo... y luego despertarás con esos recuerdos y creerás que mentí.

Ella sacudió la cabeza.

—No —insistió él—. Eso creerás. Me odiarás por haberte prometido la felicidad y no dártela. No recordarás todo esto.

—No puedo evitarlo —dijo Batta, y se abrazaron y lloraron y se confortaron e hicieron el amor por última vez. Luego Abner la llevó a la sala de grabación mental, donde le limpiarían el pasado y le devolverían una vida más cruel.

—¿Es una criminal? —preguntó el asistente cuando Abner Doon cambió las cintas, pues sólo a los criminales se les borraba la mente para eliminar todo recuerdo del crimen con una cinta anterior.

—Sí —dijo Doon, para no complicar las cosas.

Y así encerraron el cuerpo de Batta en el ataúd que satisfaría sus escasas necesidades mientras el cuerpo entraba en una parsimonia que duraría hasta el despertar.

Despertaría en una colonia. Pero una colonia de mi elección, prometió Abner. Un lugar acogedor, donde ella tendría la oportunidad de rehacer su vida. Quién sabe. Tal vez su odio vuelva más soportable la situación.

Más soportable para ella. ¿Pero qué hay de mí?

No pensaré más en ella, decidió. La echaré de mi mente. Olvidaré. ¿Olvidaré?

Pamplinas.

Simplemente consagraré mi vida a realizar otros sueños, sueños más viejos y más fríos.

SEGMENTO DE VIDA

Arran lloraba tendida en la cama. El sonido del portazo aún vibraba en el apartamento. Rodó sobre el lecho, miró el techo y se enjugó las lágrimas con los dedos.

—Qué diablos —dijo.

Una pausa dramática. Luego, al fin (¡al fin!) sonó un fuerte timbrazo.

—Hemos terminado, Arran —dijo la voz de una persona oculta.

Arran gruñó, se sentó en la cama, se desató la cámara grabadora de la pierna desnuda y la arrojó con gesto cansado contra la pared. La cámara se hizo trizas.

—¿Sabes cuánto cuesta ese equipo? —rezongó Triuff.

—Te pago para que lo sepas —respondió Arran, poniéndose una bata.

Triuff encontró el cinturón y se lo alcanzó.

Mientras Arran lo anudaba, Triuff exclamó, exultante:

—Lo mejor. Cien mil millones de admiradores de Arran Handully se mueren por pagar una suma suculenta por mirar. Y tú les das lo que quieren.

—Diecisiete días —dijo Arran, mirando con furia a la otra mujer—. Diecisiete apuestos días. Y tres de ellos con ese bastardo de Courtney.

—Él pagó para ser un bastardo. Es su imagen pública.

—Pues es muy convincente. Si me das sólo tres minutos con él la próxima vez, me las pagarás.

Arran salió del apartamento, descalza y vestida únicamente con la bata. Triuff la siguió, y el taconeo de sus zapatos altos parecía repetir en los oídos de Arran: *Dinero, dinero, dinero*. Excepto cuando decía: *Maldita seas, maldita seas, maldita seas*. Magnífica agente. Miles de millones en el banco.

—Arran —dijo Triuff—, sé que estás muy cansada.

—Ja.

—Pero mientras tú grababas tuve tiempo de hacer ciertos negocios...

—Mientras yo grababa, tuviste tiempo de fabricar un planeta —gruñó Arran—. ¡Diecisiete días! Mi trabajo es actuar, no batir marcas. Soy la actriz mejor pagada de la historia, según declaraste en tus últimos comunicados de prensa. ¿Entonces por qué me deslomo diecisiete días cuando sólo estoy despierta veintiuno? Cuatro malditos días de paz, y luego la maratón.

—Un pequeño negocio —continuó Triuff, impávida—. Un pequeño negocio que te permitirá retirarte.

—¿Retirarme? —Sin pensarlo, Arran aminoró el paso.

—Retirarte. Imagina... despierta durante tres semanas, limitándote a aparecer como invitada en los programas de otros pobres diablos. Te pagarán por divertirte.

—¿Las noches para mí?

—Apagaremos la grabadora.

Arran frunció el ceño. Triuff corrigió:

—¡Incluso puedes sacarla del apartamento!

—¿Y qué debo hacer para ganar tanto? ¿Tener un romance con un gorila?

—Ya se ha hecho —dijo Triuff—, y no está a tu altura. No, esta vez queremos brindarles realidad total. ¡Total!

—¿Qué vamos a ofrecerles ahora? Ya veo, querrás que defeque en un inodoro de cristal.

—Llegué a un acuerdo —dijo Triuff— para instalar una grabadora en la Casa del Sueño.

Arran Handully jadeó y miró a su agente.

—¿En la Casa del Sueño? ¡Ya nada es sagrado! —Arran se echó a reír—. ¡Habrás gastado una fortuna! ¡Una verdadera fortuna!

—En realidad, sólo fue necesario un soborno.

—¿A quién sobornaste? ¿A Mamá, la emperatriz?

—Casi. Mejor, en realidad, pues Mamá no tiene poder para sonarse la nariz sin el consentimiento del Gabinete. Es Farl Baak.

—¡Baak! Y yo que pensaba que era un hombre decente...

—No fue un soborno. Al menos, no se trata de dinero.

Arran entornó los ojos.

—Triuff, te dije que estaba dispuesta a representar idilios de veinticuatro horas diarias. Pero yo elijo a mis amantes fuera de cámara.

—Podrás retirarte.

—¡No soy una ramera!

—Y él dijo que ni siquiera dormiría contigo, si no querías. Sólo pidió veinticuatro horas contigo dentro de dos vigias. Para hablar. Para trabar amistad.

Arran se apoyó en la pared del corredor.

—¿De veras ganaré tanto dinero?

—Olvidas, Arran, que todos tus adoradores están enamorados de ti. Pero nadie ha hecho jamás lo que harás tú. Desde media hora antes de despertar hasta media hora después de iniciar el sueño.

—Antes de despertar y después del somec. —Arran sonrió—. Nadie ha visto eso en el Imperio, excepto los encargados de la Casa del Sueño.

—Y podemos anunciarlo como realidad absoluta. Ninguna ilusión: ¡Vea todo lo que le ocurre a Arran Handully durante tres semanas de vigilia!

Arran reflexionó un momento.

—Será un infierno —dijo.

—Puedes retirarte después —le recordó Triuff.

—Bien —convino Arran—. Lo haré. Pero te advierto. Ningún sujeto como Courtney. Ningún latoso. ¡Y ningún niño!

Triuff la miró compungida.

—Arran... ¡Lo de los niños fue hace cinco hologramas!

—Pues yo recuerdo cada momento. Vino sin manual de instrucciones. ¿Qué demonios hago con un niño de siete años?

—Y fue tu mejor actuación hasta el momento. Arran, no puedo evitarlo... tengo que sorprenderte. Cuando afrontas dificultades muestras tus mejores talentos. Por eso eres una artista. Por eso eres una leyenda.

—Por eso eres rica —observó Arran, y se marchó deprisa, enfilando hacia la Casa del Sueño. Su horario comenzaba dentro de media hora, y después de eso cada momento de vigilia era un momento menos de vida.

Triuff la siguió hasta donde pudo, dándole instrucciones de último momento sobre qué hacer al despertar y qué esperar en la Casa del Sueño, aclarándole que recibiría instrucciones sin que el público de los holos lo notara, y finalmente Arran entró en la sala de grabación mental y Triuff tuvo que quedarse fuera.

El amable personal la condujo con gran deferencia a la silla de felpa donde aguardaba el casco de sueños. Arran suspiró, se sentó, se dejó poner el casco y trató de pensar cosas agradables mientras las cintas registraban su patrón cerebral —sus recuerdos, su personalidad— y lo grababan para devolvérselo al despertar. Luego se levantó y caminó perezosamente hasta la mesa, quitándose la túnica. Se recostó con un gruñido de alivio y apoyó la cabeza, sorprendiéndose de que la mesa, que parecía tan dura, fuese tan blanda.

Pensó (siempre pensaba lo mismo, pero no lo sabía) que debía haber hecho lo mismo veintidós veces, porque había usado somec veintidós veces. Pero como el somec borraba todas las actividades cerebrales durante el sueño, incluida la memoria, nunca podía recordar nada de lo que ocurría después de la grabación. Era gracioso. Podían obligarla a hacer el amor con todos los empleados de la Casa del Sueño y ella jamás se enteraría.

Pero, mientras los tiernos y amables hombres y mujeres empujaban la mesa hasta los instrumentos de control, comprendió que tal cosa era impensable.

La Casa del Sueño es el único lugar donde no se hacen bromas, donde jamás se comete ningún acto sorprendente ni ultrajante. Algún lugar del mundo tiene que ser seguro.

Entonces rió para sus adentros. Eso es, hasta mi próximo despertar. Y luego la Casa del Sueño estará abierta a todos los millones de infelices del Imperio que jamás podrán usar somec, que han vivido sus míseros cien años uno tras otro, mientras los durmientes rebotan por los siglos como guijarros en un lago, tocando el agua cada pocos años.

Y luego el dulce joven de encantadora barbilla hendida (lo bastante guapo para ser actor, notó Arran) le insertó una aguja en el brazo, disculpándose por la molestia.

—Está bien —dijo Arran, pero luego sintió un agudo dolor en el brazo, que se propagó como fuego a cada parte del cuerpo; una violenta oleada de calor que le hizo sudar por todos los poros. Soltó un grito de dolor y sorpresa. ¿Qué sucedía? ¿Trataban de matarla? ¿Quién podía querer su muerte?

El somec penetró en el cerebro y anuló la conciencia y la memoria, incluido el recuerdo del dolor que acababa de sufrir. Cuando Arran despertara de nuevo, no recordaría el dolor del somec. Sería otra vez una sorpresa, como siempre.

Triuff hizo terminar las siete mil ochocientas copias del último segmento, en su mayoría versiones abreviadas que eliminaban todas las horas de sueño y todas las funciones corporales excepto comer y follar, y las escasas versiones completas que admiradores realmente fervorosos (y ricos) de Arran Handully podrían ver en proyecciones privadas y selectas de diecisiete días. Había admiradores (chiflados, pensaba Triuff, pero gracias a Mamá por su existencia) que alquilaban copias privadas de los segmentos completos y los veían dos veces en una sola vigilia. ¡Vaya, eso era admiración!

Una vez que entregó las películas a los distribuidores (y el dinero del anticipo se depositó en las cuentas de crédito de la corporación Arran Handully), Triuff fue a la Casa del Sueño. Era el precio de ser agente: levantarse semanas antes de la estrella, volver al somec semanas después. Triuff moriría siglos antes que Arran. Pero Triuff se lo tomaba con mucha filosofía. A fin de cuentas, como se decía siempre, pude haber sido maestra de escuela, y ni enterarme de lo que era el somec.

Arran despertó sudando. Como todos los durmientes, creía que la transpiración era obra de las drogas para despertar, sin sospechar que había sufrido esa incomodidad durante los cinco años de sueño que acababan de transcurrir. Sus recuerdos estaban intactos, y se los habían insertado hacía sólo unos instantes. De inmediato comprendió que tenía algo sujeto al muslo derecho: la cámara grabadora. Ya la estaban filmando, junto con la habitación. Por un breve instante se rebeló, lamentando su decisión de prestarse al plan. ¿Cómo podría seguir actuando durante tres semanas enteras?

Pero la regla inquebrantable entre los actores de segmentos de vida era: *El espectáculo nunca se interrumpe*. Todos los actos se grababan, y no había modo de editar una grabación. Si había que eliminar un solo detalle durante la acción, era mejor arrojar el segmento a la basura. Los admiradores no soportaban un segmento de vida que saltara de una escena a otra: siempre tenían la sensación de que les

ocultaban algo sabroso.

Así, casi por reflejo, adoptó el papel de la tierna pero mordaz Arran Handully, cuya trágica belleza todos los admiradores conocían y amaban y pagaban por mirar. Lanzó un suspiro seductor. Tiritó cuando el aire frío acarició el cuerpo sudado, y transformó ese temblor en una excusa para abrir los ojos, parpadeando delicadamente (seductoramente) ante las luces deslumbrantes.

Se levantó despacio, miró en torno. Uno de los omnipresentes asistentes aguardaba con una túnica; Arran se la dejó poner, moviendo *apenas* el hombro para alzar *apenas* un pecho (que no tiemble, nada es más desagradable que ver carnes trémulas, se recordó); y luego se acercó al tablón de noticias. Un rápido recorrido por las noticias interplanetarias, y luego un atento examen de los acontecimientos de Capitol durante los últimos cinco años, para ponerse al corriente de quién le había hecho qué a quién. Luego miró los informes sobre juegos. Habitualmente ojeaba las páginas sin leerlas —los juegos la aburrían— pero esta vez miró atentamente unos minutos, frunciendo los labios y manifestando consternación o euforia ante ciertos resultados.

En realidad estaba leyendo el horario de los próximos veintiún días. Algunos nombres eran nuevos, por supuesto: actores y actrices recién llegados a un nivel donde podían pagar por figurar en una película de Arran Handully. Y también había nombres familiares, personajes que sus admiradores esperaban. Doret, su amiga íntima y compañera de cuarto siete películas atrás, que aún la visitaba en ocasiones para ponerse al corriente; Twern, el chico de siete años, ahora de quince, uno de los más jóvenes usuarios de *somec*; viejos amantes y viejos amigos, restos de riñas de antiguas películas. ¿Quiénes serían recalcitrantes y quiénes querrían hacer las paces? En fin, suspiró. Ya tendré oportunidad de averiguarlo.

Un nombre le llamó la atención. ¡Hamilton Ferlock! Sonrió involuntariamente, sorprendió esa reacción sincera y decidió que no causaría daño: el personaje de Arran Handully podía sonreír así ante una victoria en un juego. Hamilton Ferlock. Tal vez el único actor masculino de Capitol que pertenecía a la misma categoría que ella. Habían comenzado en la misma época, y él había sido su amante en las primeras cinco filmaciones, cuando ella sólo contaba con algunos meses de *somec* entre vigilia y vigilia. ¡Y ahora actuaría en este segmento!

Envío una silenciosa bendición a su agente. Triuff lo había hecho bien. Se vistió para abandonar la Casa del Sueño y dirigirse hacia su apartamento. Al caminar notó que habían vuelto a decorar el corredor, para crear la ilusión de que hasta los pasillos que ella recorría tenían clase. Tocó uno de los paneles nuevos y contuvo una mueca. Plástico. Bien, el público nunca sabrá que no es madera, y esto reduce los gastos.

Abrió la puerta del apartamento, y Doret chilló de deleite y corrió a abrazarla. Arran decidió enfurruñarse por un imaginario desliz de Doret. Doret se sorprendió,

pero luego, como la actriz consumada que era (Arran sabía admitir el talento de sus colegas), captó la sutil señal de Arran e improvisó una bella escena, confesando a borbotones que le había robado un amante a Arran varias vigilias atrás, y Arran al principio fue severa, pero finalmente la perdonó. Terminaron la escena llorando abrazadas, y luego quedaron desconcertadas. Demonios, pensó Arran. Triuff de nuevo. Nadie entró para interrumpir la escena. Tenían que continuar después del clímax, lo cual significaba preparar un clímax aún mayor en las tres horas siguientes.

Arran estaba exhausta cuando Doret se marchó. Habían luchado rasgándose la ropa, y al final Doret la había amenazado con un cuchillo. Sólo cuando Arran logró arrebatarse el arma Doret se marchó y Arran tuvo la oportunidad de relajarse un momento.

Veintiún días sin interrupción, recordó Arran. Y Triuff me obliga a extenuarme el primer día. Despediré a esa zorra, lo juro.

Era el vigésimo día, y Arran estaba harta. Cinco fiestas, un par de orgías y un nuevo amante cada noche bastaban para agotar a cualquiera, y Arran había recorrido varias veces toda la gama de las emociones. Cada vez que lloraba trataba de darle un matiz distinto, constantemente improvisaba frases nuevas que decir a sus amantes, que gritar en una riña, que utilizar como insulto para un visitante con demasiados humos.

La mayoría de los invitados tenían talento, y Arran no había tenido que cargar con todo el peso. Pero aun así era abrumador.

Sonó el timbre y Arran tuvo que levantarse para abrir la puerta.

Allí estaba Hamilton Ferlock, con su aire inseguro. Cinco siglos de actuación, pensó Arran, y aún no ha perdido ese semblante cándido y aniñado. Gritó su nombre (seductora, histriónicamente) y lo rodeó con sus brazos.

—¿Sabes? —dijo—, esta vigilia ha sido increíble, Hamilton. Estoy muy fatigada.

—Arran —murmuró él, y Arran notó sorprendida que él comenzaba su parlamento como si la amara. Oh, no, pensó. ¿No nos habíamos despedido con una riña la última vez? No, no, ése era Ryden. Hamilton se fue porque... Ah, sí. Porque se sentía insatisfecho.

—Bien, ¿hallaste lo que buscabas?

Hamilton enarcó una ceja.

—¿Buscaba?

—Dijiste que tenías que hacer algo importante en tu vida. Que vivir conmigo te estaba transformando en una sombra enamorada. —Buena frase, se felicitó Arran.

—Una sombra enamorada. Bien, es cierto —respondió Hamilton—. Pero he descubierto que las sombras sólo existen donde hay luz. Tú eres mi luz, Arran, y sólo existo cuando estoy cerca de ti.

Con razón le pagan tanto, pensó Arran. Una línea sensiblera, pero son hombres

como él los que mantienen al público femenino.

—¿Yo soy una luz? Pensar que has regresado al cabo de tanto tiempo...

—Como una polilla a la llama.

Y luego, como era de rigor en todas las escenas de reencuentro feliz (¿Ya he tenido algún reencuentro feliz en esta vigilia? No) se desvistieron despacio e hicieron el amor lentamente, en una de esas cópulas que eran más emotivas que excitantes, que inducían a hombres y mujeres a llorar y tomarse las manos en el teatro. Él fue tan tierno, y el abrazo fue tan placentero, que Arran tuvo que esforzarse para seguir actuando. Estoy cansada, se dijo. ¿Cómo lo hace para lograr tal perfección? Es mejor actor de lo que yo recordaba.

Luego él la abrazó y hablaron suavemente. Él siempre estaba dispuesto a hablar después, al contrario de la mayoría de los actores, que pensaban que debían actuar con hosquedad después del sexo para conservar su imagen viril entre sus admiradoras.

—Fue magnífico —dijo Arran, notando con alarma que no estaba actuando—. Ojo, mujer. No estropees la filmación cuando ya has invertido veinte malditos días.

—¿De veras? —preguntó Hamilton.

—¿No lo notaste?

Hamilton sonrió.

—Después de tantos años, Arran, yo tenía razón. Estando tú, no hay mujer en el mundo a quien valga la pena amar.

Ella rió pícaramente y desvió el rostro con embarazo. Eso congeniaba con su personaje, y por lo tanto resultaba seductor.

—¿Entonces por qué no regresaste antes? —preguntó Arran.

Hamilton rodó y quedó tendido de espaldas. Calló unos instantes, y ella le frotó el estómago con los dedos. Hamilton sonrió.

—Me mantuve alejado, Arran, porque te amaba demasiado.

—El amor nunca es razón para mantenerte alejado —dijo Arran—. Ja, que mis admiradores citen esa gansada durante un par de años.

—Lo es —insistió Hamilton—, cuando es real.

—¡Razón de más para quedarte conmigo! —Arran frunció los labios—. Me abandonaste, y ahora finges que me amabas.

De pronto Hamilton giró y se sentó en el borde de la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—¡Demonios! —exclamó Hamilton—. Olvida este maldito espectáculo, ¿quieres?

—¿Espectáculo? —preguntó ella.

—El maldito personaje de Arran Handully, que representas para divertirte y enriquecerte. Te conozco, Arran, y te estoy diciendo que te amo. Te lo digo yo, no un

actor. Te digo que te amo. No para el público. No para la filmación. ¡Para ti! ¡Te amo!

Y con un retortijón en el estómago, Arran comprendió que la apestosa de Triuff había persuadido a Hamilton de que usara una jugarreta sucia. Era la regla tácita del negocio: no mencionar jamás que se está actuando. Por ninguna razón. Y ahora, el máximo desafío: confesar ante el público que eres una actriz y aun así lograr que te crea.

—¡No para la filmación! —repitió, devanándose los sesos para hallar una réplica.

—¡Eso dije! —Hamilton se levantó y se alejó, regresó, la señaló—. Todos estos romances estúpidos, esas relaciones falsas. ¿No estás harta?

—¿Harta? Esto es la vida, y nunca me hartaré de vivir.

Pero Hamilton se obstinaba en usar trucos sucios.

—Si esto es la vida, Capitol es un asteroide. —Una línea torpe, rara en él—. ¿Sabes qué es la vida, Arran? Siglos de actuar en un holo tras otro, como hice yo, tirándome a toda actriz que pudiese elevar los honorarios, para ganar el dinero suficiente para comprar somec y los lujos de la vida. Y de pronto, hace unos años, comprendí que los lujos importan un bledo, y que no me interesaba vivir para siempre. La vida era tan desabrida, una mera sucesión de mujerzuelas bien pagadas.

Arran logró verter unas lágrimas de rabia. El espectáculo nunca se interrumpe.

—¿Me estás llamando mujerzuela?

—¿A ti? —dijo Hamilton, desconcertado. El hombre sabe actuar, pensó Arran, aunque lo maldecía por haberla puesto en semejante aprieto—. ¡A ti no, Arran, ni lo pienses!

—¿Qué puedo pensar, cuando vienes aquí y me acusas de ser falsa?

—No —dijo él, sentándose de nuevo en la cama, rodeándole el hombro desnudo.

Ella se acurrucó contra Hamilton, como lo había hecho tantas veces años atrás. Le miró el rostro y vio sus ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué lloras? —preguntó con voz vacilante.

—Lloro por nosotros —dijo él.

—¿Por qué? ¿Por qué hemos de llorar?

—Por todos los años que hemos perdido.

—No sé cómo te fue a ti, pero mis años han sido muy plenos —rió ella, con la esperanza de que él hiciera lo mismo.

Hamilton no rió.

—Éramos el uno para el otro. No sólo como actores, Arran, sino como personas. Tú no eras muy buena al comienzo... y yo tampoco. He visto las grabaciones. Cuando estábamos con otros, éramos tan falsos como principiantes chapuceros. Pero esos segmentos se vendieron y nos hicieron ricos, nos dieron la oportunidad de aprender el oficio. ¿Sabes por qué?

—No estoy de acuerdo con tu evaluación del pasado —replicó Arran

glacialmente, preguntándose qué demonios pretendía Hamilton al insistir en esas referencias a las grabaciones.

—Se vendían por nosotros. Porque éramos convincentes cuando nos decíamos que nos amábamos, mientras hablábamos de naderías durante horas. Disfrutábamos de veras de nuestra compañía.

—Ojalá pudiera disfrutar ahora de tu compañía. Primero me dices que soy falsa y luego que no tengo talento.

—¡Talento! Vaya broma —dijo Hamilton. Le tocó la mejilla suavemente, obligándola a mirarlo—. Claro que tienes talento, y yo también. Además tenemos dinero, y fama, y todo lo que el dinero puede comprar. Incluso amigos. Pero dime, Arran, ¿cuánto hace que no amas de veras?

Arran recordó a sus amantes recientes. ¿Alguien con quien dar celos al personaje de Hamilton? No.

—Creo que nunca amé a nadie de veras.

—Eso no es verdad. No es verdad, a mí me amaste. Hace siglos, Arran, me amabas de veras.

—Quizás —dijo ella—. ¿Pero qué tiene que ver eso con el presente?

—¿No me amas ahora? —preguntó Hamilton, y aparentó tanta sinceridad que Arran sintió la tentación de olvidarse del personaje y reír con deleite, celebrando su magnífica actuación. Pero ese hijo de perra le estaba poniendo las cosas difíciles, y decidió hacerle lo mismo.

—¿Amarte ahora? —preguntó—. No eres más que otro par de gónadas ansiosas, amigo mío. —Con eso dejaría turulatos a sus admiradores. Y, de paso, quizá desbaratará la perversa bromita de Hamilton.

Pero Hamilton no perdió la compostura. Con aire ofendido, se alejó de ella.

—Lo lamento —dijo—. Supongo que me equivoqué.

Para alarma de Arran, comenzó a vestirse.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Me marcho —dijo él.

Se marcha, pensó Arran, presa del pánico. ¿Se marcha ahora? ¿Sin dejar que la escena alcance un clímax? ¿Tanta preparación, tantas convenciones rotas, y se marcha sin un clímax? ¡Aquel hombre era un monstruo!

—¡No puedes irte!

—Estaba en un error. Lo lamento. Me siento avergonzado.

—No, no, Hamilton. No te marches. ¡Hace tanto que no te veo!

—Nunca me has visto —respondió él—. O no habrías podido decir lo que has dicho.

Se está vengando porque yo también lo puse en un brete, pensó Arran. Quisiera matarlo. Pero es un actor sensacional.

—Lamento lo que dije —murmuró Arran con aire contrito—. Perdóname. No hablaba en serio.

—Sólo quieres que me quede para que no te arruine la maldita escena.

Arran, desesperada, quiso desistir. ¿Por qué demonios hago esto? Pero si abandonaba el personaje arruinaría todo el segmento, así que siguió adelante. Se arrojó en la cama.

—¡Claro que sí! —sollozó—. Márchate ahora, cuando te deseo tanto.

Silencio. Arran se quedó tendida, esperando la reacción.

Pero Hamilton no dijo nada. Prolongó la pausa. Ni siquiera se movía.

—¿Hablas en serio? —preguntó al fin.

—Sí —murmuró Arran, hipando entre las lágrimas. Un cliché, pero siempre surtía efecto.

—No como actriz, Arran, por favor. Como tú misma. ¿Me amas? ¿Me deseas?

Ella rodó hacia un costado, se apoyó en un codo y dijo entre sollozos:

—Te necesito como al somec, Hamilton. ¿Por qué te mantuviste alejado tanto tiempo?

Él pareció aliviado. Se le acercó despacio. Y se restableció la tranquilidad. Hicieron el amor cuatro veces más, entre cada uno de los platos de la cena, y para introducir cierta variedad dejaron que los criados mirasen. Ya lo hice en otra ocasión, recordó Arran, pero fue hace cinco segmentos, y éstos son otros criados. Desde luego los criados, actores principiantes y mal pagados, lo usaron como excusa para conseguir un poco de tiempo en escena, y lo transformaron en una orgía entre ellos, realizando todos los actos sexuales concebibles en sólo una hora y media. Pero Arran apenas reparó en ellos. Esos imbéciles pensaban que el público buscaba cantidad. Si un poco de sexo es bueno, mucho es mejor, creen. Arran sabía que no era así. Provócalos. Hazles suplicar. Deja que encuentren allí cierta belleza, no sólo vibración, no sólo lujuria. Por eso Arran era una estrella, y por eso ellos hacían el papel de criados en los segmentos de vida de otra gente.

Esa noche Hamilton y Arran durmieron abrazados.

Por la mañana, Arran despertó y notó que Hamilton la miraba fijamente, con una extraña mezcla de amor y dolor en el semblante.

—Hamilton —murmuró, acariciándole la mejilla—. ¿Qué quieres?

Él la miró con mayor intensidad.

—Cásate conmigo —susurró Hamilton.

—¿Lo pides de veras? —preguntó ella con su voz de niña.

—De veras. Podemos sincronizar nuestras vigiliass, siempre.

—*Siempre* es mucho tiempo —dijo Arran.

Esa frase servía para todo.

—Y lo digo de veras. Cásate conmigo. Hemos ganado bastante dinero a través de

los años. No tenemos por qué permitir que esos bastardos sigan espiando nuestras vidas. No tenemos por qué usar estas malditas cámaras. —Le tocó la cámara sujeta al muslo.

Arran gruñó para sus adentros. Hamilton aún no había terminado con sus tretas. Desde luego el público no entendería de qué se trataba. El ordenador que generaba el holograma a partir de la filmación estaba programado para eliminar la cámara de la imagen. El público nunca la veía. Y ahora Hamilton la mencionaba. ¿Qué se proponía, causarle un colapso nervioso? Vaya amigo.

Bien, puedo seguirle el juego.

—No me casaré contigo —dijo.

—Por favor —rogó él—. ¿No ves cuánto te amo? ¿Crees que alguno de esos farsantes que paga para hacerte el amor siente la menor pizca de emoción por ti? Para ellos representas la oportunidad de ganar dinero y fama, de hacerse ricos. Pero yo no necesito dinero. Tengo fama. Sólo te quiero a ti. Y todo lo que puedo darte soy yo mismo.

—Qué tierno —dijo ella fríamente, y se levantó para ir a la cocina.

El reloj indicaba las once y media. Habían dormido hasta tarde. Arran sintió alivio. Al mediodía tendría que ir a la Casa del Sueño. En media hora la farsa habría terminado. Ahora debía buscar un clímax.

—Arran —dijo Hamilton, siguiéndola—. Arran, hablo en serio. ¡No estoy en mi papel!

Eso es obvio, pensó Arran, pero no lo dijo.

—Eres un embustero —repuso rudamente.

Él se quedó de una pieza.

—¿Por qué iba a mentir? ¿No te he demostrado que digo la verdad? ¿Qué no estoy actuando?

—Que no estás actuando... —ironizó ella (pero seductoramente, sin salirse del papel), y le dio la espalda—. No estás actuando. Bien, ya que hemos decidido ser francos, y abandonar toda simulación y todo arte, te seguiré el juego. ¿Sabes qué pienso de ti?

—¿Qué?

—Creo que ésta es la triquiñuela más barata y sucia que he visto jamás. Venir aquí, hacer todo lo posible para inducirme a creer que me amabas, cuando en realidad sólo me estabas explotando. ¡Peor que todos los demás! ¡Eres detestable!

Hamilton parecía compungido.

—¡Yo jamás te explotaría! —exclamó.

—¡Cásate conmigo! —dijo Arran imitándole la voz—. ¡Cásate conmigo, me dice! ¿Y después qué? ¿Qué ocurriría si esta pobre muchacha de veras se casara contigo? ¿Qué harías? ¿Me obligarías a quedarme siempre en el apartamento? Ahuyentarías a

mis amistades, sí, incluso a mis amantes, me obligarías a abandonarlos. Cientos de hombres me aman, pero tú, Hamilton, tú quieres poseerme para siempre, con exclusividad. ¡Qué golpe sensacional sería! Nadie querría mirar de nuevo mi cuerpo —dijo, contoneando el cuerpo de tal modo que nadie en el mundo quisiera mirar otra cosa—, excepto tú. Y afirmas que no quieres explotarme.

Hamilton se le acercó, intentó tocarla, trató de rogarle, pero ella se enfureció y lo maldijo.

—¡Aléjate de mí! —gritó.

—Arran, no puedes hablar en serio —musitó Hamilton.

—Nunca hablé más en serio en toda mi vida.

Él la miró a los ojos con detenimiento. Al final habló de nuevo.

—O eres tan actriz que la verdadera Arran Handully se ha perdido, o no hablas en serio. Sea como fuere, ya no hay razones para quedarme aquí.

Arran observó con admiración cómo Hamilton recogía su ropa y, sin siquiera molestarse en vestirse, se marchaba cerrando la puerta despacio. Una salida magnífica, pensó Arran. Un actor menor no habría resistido la tentación de decir una última frase. Pero no Hamilton. Si Arran sabía estar a la altura, esa escena grotesca podría ser, a pesar de todo, un genuino clímax para ese segmento de vida.

Arran representó la escena, al principio mascullando que Hamilton era un hombre insufrible, y luego preguntándose si alguna vez regresaría.

—Ojalá regrese —susurró, y de pronto rompió a llorar, exclamando que no podía vivir sin él—. ¡Por favor regresa, Hamilton! —exclamó con voz plañidera—. Lamento haberte rechazado. Quiero casarme contigo.

Pero entonces miró el reloj. Casi mediodía. Gracias a Mamá.

—Pero es hora —dijo—. Hora de ir a la Casa del Sueño. ¡La Casa del Sueño! —Una nueva esperanza le vibró en la voz—. ¡Eso es! ¡Iré a la Casa del Sueño! Dejaré pasar los años, y cuando despierte, allí estará él, aguardándome. —Mantuvo el clímax unos minutos, se cubrió con una túnica y echó a correr a grandes zancadas por los corredores que llevaban a la Casa del Sueño.

Antes de la grabación mental, charló animadamente con la encargada.

—Él me estará aguardando —dijo sonriendo—. Todo estará bien. —El casco de sueños se encendió y Arran siguió hablando—. ¿Crees que aún tengo esperanzas? —preguntó a la mujer que le quitaba el casco.

—Siempre hay esperanzas, claro que sí. Todos tienen esperanzas —respondió la mujer.

Arran sonrió, se levantó y se dirigió a la mesa de sueños. No recordaba haberlo hecho antes, aunque sabía que debía haberlo hecho. Luego pensó que en esta ocasión podría ver la grabación, ver qué le sucedía cuando el somec le entraba en las venas.

Pero como no recordaba anteriores inyecciones de somec, no comprendió la

diferencia cuando la asistente le clavó una aguja con suavidad, apenas un milímetro bajo la superficie de la palma de la mano.

—Es muy aguda —dijo Arran—, pero me alegra que no duela.

Y en vez del dolor caliente del somec, sintió una suave somnolencia y se adormiló susurrando el nombre de Hamilton. Susurrando el nombre, pero maldiciéndolo entre dientes. Tal vez sea un gran actor, se dijo, pero le arrancaría la cabeza por haberme hecho pasar un momento tan espantoso. En fin. Será un éxito de taquilla. Bostezó y se durmió.

La grabación continuó unos minutos más, mientras los asistentes correteaban de aquí para allá en un ajeteo de actividades sin sentido. Al final se detuvieron como si hubieran terminado, con el cuerpo desnudo de Arran sobre la mesa. Una pausa para que la cámara registrara el final, y entonces:

Un timbre. Se abrió la puerta y entró Triuff, riendo de alegría.

—Vaya segmento —dijo, desatando la cámara de la pierna de Arran.

Cuando Triuff se marchó, los asistentes clavaron la verdadera aguja en el brazo de Arran, y el calor le quemó las venas. Aunque ya estaba dormida, Arran gritó de dolor, y el sudor empapó la mesa en pocos minutos. Era desagradable, doloroso, espantoso. No convenía que las masas vieran cómo era realmente el somec. Que pensaran que el dormir era agradable, que pensaran que los sueños eran dulces.

Cuando Arran despertó, quiso averiguar si la filmación había funcionado. Ciertamente ella se había esforzado, y quería ver si las predicciones de Triuff se habían cumplido y ella podía retirarse.

Se habían cumplido.

Triuff esperaba fuera de la Casa del Sueño, y abrazó a Arran.

—¡Arran, no lo creerías! —exclamó, riendo a carcajadas—. Tus últimos tres segmentos habían batido récords por su desparpajo. ¡Pero éste fue sensacional!

—¿Y bien? —preguntó Arran.

—¡Más del triple del total de esos tres segmentos sumados!

Arran sonrió.

—¿Entonces puedo retirarme?

—Sólo si te interesa —dijo Triuff—. Tengo unos buenos contratos...

—Olvídalo.

—No es mucho trabajo, sólo unos días cada uno...

—He dicho que lo olvides. A partir de ahora no me sujetaré ninguna cámara a la pierna. Actuaré como invitada. Pero no grabaré.

—Bien, bien. Eso les dije, pero me obligaron a prometerles que te lo preguntaría de todos modos.

—Y probablemente te pagaron una bonita suma, además —replicó Arran.

Triuff se encogió de hombros y sonrió.

—Eres grandiosa —dijo—. Nadie ha tenido tanto éxito.

Arran meneó la cabeza.

—Quizás —dijo—, pero sudé la gota gorda. Me hiciste una jugarreta sucia al permitir que Hamilton rompiera con todas las convenciones.

Triuff meneó la cabeza.

—No, no, no, Arran. No fue así. Fue idea suya. Yo le dije que amenazara con matarte... un verdadero clímax, ya sabes. Y luego hizo lo que hizo. Bien, nadie salió perjudicado. Es una escena exquisita, y como él rompió con las convenciones, y tú también lo hiciste al final... el público creyó que era real. Bellísimo. Desde luego, ahora todos intentan romper las convenciones, pero ya no funciona. Todos saben que es sólo otro truco. Pero la primera vez, contigo y Hamilton... —Triuff hizo un gesto expansivo—. Fue magnífico.

Arran echó a andar por el corredor.

—Bien, me alegro de que funcionara. Pero aún espero la oportunidad de cantarle las cuarenta a Hamilton.

—Oh, Arran, lo lamento —dijo Triuff.

Arran se detuvo y se volvió a su agente.

—¿Por qué?

Triuff parecía realmente triste.

—Por Hamilton. Menos de una semana después de que te durmieran... en fin, fue tristísimo. Todos hablaron de ello durante días.

—¿Qué? ¿Le ocurrió algo?

—Se colgó. Apagó las luces del apartamento para que los Vigilantes no pudieran verlo, y se colgó de una lámpara con el cinturón de una bata. Murió enseguida, y fue imposible revivirlo. Fue terrible.

Arran se sorprendió al sentir un nudo en la garganta. Un verdadero nudo.

—Hamilton murió —murmuró.

Recordó todas las escenas que habían representado juntos, y sintió una oleada de genuino afecto. Ni siquiera estoy actuando, comprendió. Quería de veras a ese hombre. El dulce y maravilloso Hamilton.

—¿Alguien sabe por qué lo hizo? —preguntó.

Triuff meneó la cabeza.

—Nadie tiene la menor idea. Y lo más increíble... ¡Aquello era una escena que jamás habían dado en una película, un verdadero suicidio! ¡Y él ni siquiera lo grabó!

LAS REGLAS DEL JUEGO

Herman Nuber tenía los pies dormidos, y cada vez que cambiaba de posición le producían un cosquilleo insufrible.

—Tengo los pies dormidos —se quejó ante el asistente de la Casa del Sueño.

—Siempre pasa —respondió el asistente con tono tranquilizador.

—He estado durmiendo tres años —señaló Herman—. ¿Me cortaron la circulación en los pies durante ese período?

—Es el somec, señor Nuber —dijo el asistente—. Causa esa sensación en los pies. Pero nunca le cortamos la circulación.

Herman gruñó y siguió leyendo las listas que había en la pared. Los pies le cosquilleaban un poco menos, y empezó a mecer el cuerpo. La página de noticias era aburrida. La misma lista de victorias para el Imperio, victorias que la mitad del tiempo dejaban al enemigo en posesión de un sistema estelar con escasas naves imperiales en condiciones de regresar a casa. Las páginas de chismes eran igualmente tediosas. Los grandes actores de hologramas follando para alcanzar fama y fortuna. Uno de ellos se había suicidado: una novedad, pues la gente que quería salir de circulación normalmente solicitaba viajar a las colonias.

La lista que le interesaba era, por supuesto, la página de juegos. Buscó los Juegos Internacionales, y allí estaba el aviso.

«Europa 1914d, ahora en G1979. La gran noticia de la semana es que Herman “Italia” Nuber despierta el jueves. ¡Contrincantes, atención!».

Muy halagüeño, ciertamente, figurar en las listas del despertar. Pero era de esperar. Los Juegos Internacionales se celebraban desde hacía años, y se remontaban a mucho antes del somec. Mas nunca había habido un jugador como Herman Nuber.

Abandonó la Casa del Sueño y se vistió con desgana. Esta vigilia duraría sólo seis meses. La última vez había ganado más dinero que de costumbre con las apuestas laterales, que eran completamente ilegales pero muy seguras como inversión. Nadie se atrevía a apostar mucho en su contra, y cuando apostaba a favor de sí mismo la tasa de ganancia era de sólo el diecisiete por ciento. Pero era mejor que un banco o los bonos del gobierno.

—Herman —dijo un hombre sereno, aún más bajo que Herman Nuber.

—Hola, Grey —dijo Nuber.

—¿Buen despertar?

—Por supuesto.

Grey Glamorgan era un buen agente de negocios. Un genio financiero con excelentes conexiones, y que siempre recordaba que invertía dinero de otros. Digno de confianza. Un subalterno nato. Herman gustaba de rodearse de hombres más bajos

que él.

—¿Bien? —preguntó Grey. Herman no parecía preocupado.

—Compra Italia, desde luego.

Grey asintió. Era una especie de ritual, pero las leyes del juego especificaban que sólo se podía comprar un lugar cuando el jugador estaba en vigilia. Siempre debía haber un jugador despierto ante el ordenador.

—Bien, estoy despierto —dijo Herman.

Y a menos que hubiera cambios drásticos, en ese despertar haría la gran jugada: finalizaría la partida conquistando el mundo.

La pared del ordenador ya estaba tibia cuando Herman llegó a su apartamento: otro gesto considerado de Grey. Herman se torturó como de costumbre, ignorando la pantalla, negándose a mirarla; fingiendo que el ordenador no le esperaba mientras él recorría el apartamento, cerciorándose de que todo estaba en orden. Herman no era rico, sólo tenía una fortuna mediana. No podía costearse un apartamento vacío mientras dormía. En cada ocasión depositaba sus pertenencias o las vendía, Sin embargo, algún día seré rico, pensó. Algún día llegaré a los niveles más altos de somec, con cinco años de sueño por tres meses de vigilia. Y tendré un apartamento, en vez de alquilar uno para cada vigilia.

Era el sueño de todos, por supuesto. El plan de todos. Y uno de cada siete millones de habitantes del Imperio lo conseguía. El eterno linaje de Horario Alger.

Finalmente, tras beber un zumo de naranja y haber retozado en la cama, tras haber pagado y echado a la mujer de una noche, tras usar el excusado, se permitió apoltronarse en la silla, ante el módulo del ordenador. Pero aún mantenía la pantalla muerta. Tecleó el código para Europa 1914d.

Tenía veintidós años cuando decidió invertir algún dinero en la costosa afición de los Juegos Internacionales. Le había costado el sueldo de dos meses, y sólo había podido comprar una posición de tercer rango en Italia en el comienzo de una nueva partida. Había escogido Europa 1914 porque, aunque era la cuarta partida de ese nombre, se había especializado en estrategias del siglo veinte en los juegos menores. Ahora, en una partida de proyección interplanetaria, tendría la oportunidad de ver si era tan bueno como creía.

Lo soy, se recordó, encendiendo el holo. La esfera apareció ante él, y Herman la estudió. Primero le mostraron los patrones climáticos, luego el mapa político.

—¿Cómo está? —preguntó Grey, apareciendo en silencio a espaldas de Herman.

—Maravilloso. Nadie intentó ningún acto precipitado. Buenos cuidadores.

Italia aparecía rosada en el mapa. Herman recordó el comienzo: una Italia recién unificada, débil, que titubeaba en unirse a Alemania y Austria-Hungría. En el verdadero siglo veinte, no había surgido ningún personaje con fuerza hasta después de la guerra de 1914. Ninguno hasta ese cretino de Mussolini. Pero en Europa 1914d,

Italia tenía a Herman Nuber, y aunque era un jugador de tercer rango, había apostado mucho a sí mismo... y a Italia.

Herman tardó tres años en ganar el dinero suficiente para usar somec por primera vez. En ese ínterin se había casado, había tenido una hija y se había divorciado. No tenía tiempo para el matrimonio. A ella no le gustaba que él pasara toda la noche jugando. Pero a la larga había valido la pena. Algunas escenas emocionales dolorosas, pero al cabo de los tres años las apuestas de Herman rindieron fruto. Cuarenta a uno. Había expulsado a otros jugadores menos habilidosos, y cuando dormía bajo el somec lo hacía como dictador de Italia. Italia se había vuelto salvajemente contra Austria-Hungría, había aplastado al ejército prusiano (no, alemán, se recordó; no debía confundir los períodos) cerca de Munich y había firmado un tratado de paz. Los Estados Unidos no habían participado en la guerra, para consternación de los jugadores que habían apostado fuertemente a esa posición y habían visto cómo perdía importancia en el juego hasta volverse inútil.

Italia, pues, había sido la principal potencia del este de Europa. Pero ahora, notó Herman con una sonrisa, Italia era Europa. Todo el continente era rosado, así como la mayor parte del Asia. En su última vigilia había consumado la lucha con Rusia. Y ahora Italia se cernía sobre el Pacífico, sobre el océano Índico desde Persia, y sobre el Atlántico, dispuesta a intentarlo todo.

—Tiene un aspecto estupendo, ¿verdad? —le preguntó Herman a Grey, que permanecía callado.

—Para el jugador de Italia, sí —dijo Grey, y Herman se volvió sorprendido.

—¿Quieres decir que no la compraste?

Grey parecía incómodo.

—En verdad, me temía esto.

—¿Temías qué?

—Al parecer alguien ha estado especulando con Italia. Mi personal me presentó el informe cuando desperté hace tres semanas. Alguien estuvo comprando y vendiendo Italia en ofertas cerradas desde que te dormiste por última vez.

—¡Eso es ilegal!

—Llora, entonces. También nosotros lo hemos hecho. ¿Pedimos una investigación? ¿Todos los libros abiertos?

—¿Por qué no conseguiste a un buen sustituto para conservarla?

—La consiguieron de nuevo, Herman. La ofertaron ayer a medianoche. No es precisamente la hora punta. Pero presenté mi oferta. A decir verdad, era ridículamente alta. Pero nadie aceptó. El jugador que la consiguió ofreció el doble.

—¡Entonces debiste pujar aún más alto!

Grey meneó la cabeza.

—No pude. Como apoderado, sólo controlo el cincuenta por ciento de tu

patrimonio, ¿recuerdas?

Herman jadeó contra su voluntad.

—¡Cincuenta por ciento! ¿Cincuenta por ciento, Grey? ¿Era más del cincuenta? Grey asintió.

—Más del cincuenta líquido, al menos. Yo no podía igualarlo. No con tus fondos. Y a mí no me sobra el dinero suelto como para ponerlo de mi bolsillo.

—¿Quién es el jugador?

—Lo creas o no, Herman, es un subministro de colonización, un don nadie. Es la primera vez que participa en estos juegos. No tiene antecedentes. Y no es posible que posea el dinero para comprar ese puesto por sí mismo.

—Averigua quién maneja la organización, Grey, y compra esa posición.

Grey sacudió la cabeza.

—No tengo suficiente dinero. El que está comprando actúa en serio, y tiene más dinero que tú.

Herman se sintió débil y frío. Esto era inesperado. Siempre había especuladores en los juegos. Pero Herman siempre pagaba bien, y como había aportado tanto a su posición, cuando despertaba sólo él podía comprar Italia, mientras ofreciera al menos el quince por ciento sobre el último precio de compra. Pero ahora el precio de compra había ascendido a más de la mitad de su fortuna.

—No importa —dijo Herman—. Pide prestado. Liquida. Te daré poder sobre el noventa por ciento. Pero compra Italia.

—¿Y si no quieren vender?

Herman se levantó de un salto, irguiéndose como una torre (magnífica sensación) sobre Grey.

—¡Imposible! Sólo pueden vendérmela a mí. Especulan para esquilmar. Bien, que lo hagan. Esta vez Italia conquistará el mundo, Grey. Y las apuestas no serán sólo del diecisiete por ciento. Se apostará a la duración de la partida. ¿Lo entiendes?

—No tienen por qué vendértela, Herman —dijo Grey—. El jugador que la posee no está bajo el somec.

—No me importa. Duraré más que ellos. Tendrán que desistir alguna vez. Paga el precio que pidan. Sin duda tienen un precio.

Grey asintió con un titubeo. Herman se volvió, y oyó los pies de Grey susurrando en la alfombra mientras se marchaba. Herman encendió la pantalla con el estómago revuelto. Italia era valiosa, pero sólo gracias a Herman Nuber. Sólo un genio podía haber tomado ese país de segunda y transformarlo en potencia mundial. Sólo Herman Nuber, el mayor jugador de la historia, demonios. Sólo tratan de esquilmar, pensó Herman. Bien, que lo hagan.

Y luego, aunque sabía que sería un suplicio, agrandó la pantalla para obtener un primer plano de las actuales operaciones militares del Imperio Italiano. Había una

escaramuza fronteriza en Corea. La India mostraba hostilidad. Los agentes italianos lograban subvertir el dominio japonés en Arabia.

Todo perfecto, murmuró Herman. En tres días daré un vuelco a esta partida. En tres días, si logro conseguir Italia.

Grey no lo visitó ni lo llamó en todo el día. Al anochecer, Herman estaba hecho una piltrafa. Había presenciado cómo el idiota que tenía Italia perdía tres perfectas oportunidades para llevar a cabo una acción rápida y decisiva. Desde luego, eso ocurría constantemente mientras Herman dormía bajo el somec, pero él estaba dormido y no tenía que presenciarlo. Y Grey aún no llegaba.

El timbre. ¿Grey? No, él podía abrir la puerta con la palma. Debía de ser la mujer. Herman activó el mecanismo para abrir la puerta. La mujer era joven y tenía una bella sonrisa. Justo lo que recetaba el médico.

Al principio, como ella era atractiva y jovial y una experta en su trabajo, Herman se olvidó de la partida, o al menos pudo concentrarse en otra cosa. Pero cuando ella intentó excitarlo de nuevo, la tensa preocupación lo abrumó, y Herman se sentó en la cama.

—¿Qué pasa?

Herman sacudió la cabeza.

—¿Estás cansado?

Una razón tan buena como cualquier otra. No tenía por qué confesarle sus penas a una edna.

—Sí, estoy cansado.

Ella suspiró, se recostó en la almohada.

—Vaya si te entiendo. Yo también me canso. Me dan inyecciones para mantenerme activa durante horas, pero es bueno tener un respiro.

Habladora. Maldición.

—¿Quieres comer algo?

—No puedo aceptar.

—¿Estás a dieta?

—No. A veces intentan drogarnos.

—No te drogaré.

—Las reglas son las reglas —insistió la mujer. La muchacha, mejor dicho.

—Eres muy joven.

—Trato de pagarme mis estudios. Soy mayor de lo que aparento. Pero también pueden alquilarme como adolescente, con lo que todos ganamos más dinero.

Dinero dinero dinero. Pagas para follar y recibes un discurso sobre el estado de la economía.

—Oye, niña, ¿por qué no te vas ahora?

—Pagaste por la noche entera —dijo ella, sorprendida.

—Bien. Estuviste maravillosa. Pero estoy cansado.

—No les gusta reembolsar el dinero.

—No quiero un reembolso.

Ella vaciló, pero cuando él decidió vestirse lo imitó.

—Una costumbre cara —le dijo.

—¿Cuál?

—Pagar por el amor y no aprovechar lo que pagaste.

—De acuerdo —dijo Herman, y añadió amargamente—. No queremos que haya amor sobrante suelto por ahí, ¿eh?

—Otro cómico —respondió ella, pero aun así conservaba los hábitos del oficio.

Era sexy, en la sonrisa y el tono de voz, y por un momento Herman se preguntó si deseaba echarla. Pero luego pensó en Italia y prefirió estar solo.

Ella le dio un beso de despedida —política de la empresa— y lo dejó a solas. Herman permaneció despierto toda la noche, observando Italia. Ese imbécil lo estropeaba todo. Habría podido capturar Arabia a las tres de la mañana. En cambio, pactó un ridículo tratado de paz que le cedía tierras a Egipto. ¡Idiota! Por la mañana Herman se había dormido, pero despertó con jaqueca y llamó a Grey.

—Demonios, ¿qué está pasando? —preguntó.

—Herman, calma —dijo Grey—. Aquí estamos trabajando.

—Sí, y yo estoy sentado viendo cómo Italia se desmorona.

—¿Anoche no tuviste una edna?

—¿Qué demonios te importa? —rugió Herman—. ¡Compra Italia, Grey!

—Este Abner Doon, el subministro de colonización, es inflexible.

—Ofrécele la luna.

—Ya tiene dueño. Pero le ofrecí todo lo demás. Se echó a reír. Sólo dijo que observaras el juego para ver la tarea de un auténtico genio.

—¡Genio! ¡Ese hombre es un retrasado mental! —Herman barbotó una descripción de las estupideces de la noche anterior.

—Mira, yo no entiendo de Juegos Internacionales —dijo al fin Grey—. Por eso me contrataste, ¿recuerdas? Así que déjame hacer mi trabajo y tú sigue la tabla de resultados.

—¿Y cuándo piensas hacer tu trabajo?

Grey suspiró.

—¿Tenemos que hablar de esto por teléfono, mientras escuchan los Niños de Mamá?

—Que escuchen.

—Vale. He tratado de averiguar quién controla al tal Doon. El hombre tiene contactos, pero todos son legítimos. No puedo hallar una cuenta bancaria, ¿te enteras? ¿Cómo llego a la gente que le paga por vender si no encuentro al que le paga a él?

—¿No puede sufrir un accidente o algo parecido?

Grey calló un momento.

—Esto es un teléfono, señor Nuber, y es ilegal sugerir actividades delictivas por teléfono.

—Lo lamento.

—Además es estúpido. ¿Quieres que pierda la licencia?

—No escuchan todas las conversaciones.

—De acuerdo, sigue rezando. Pero no cometeremos ningún delito. Ahora siéntate a mirar un holo o algo por el estilo.

Herman desactivó el teléfono y se sentó ante la terminal. Italia había lanzado una guerra insensata y estúpida en las Guayanas. ¡Las Guayanas! Como si allí ocurriera algo que tuviera importancia.

Y era un acto de agresión tan flagrante que se empezaban a formar alianzas contra Italia. ¡Qué estúpido!

Tenía que hacer algo para distraerse. Activó un juego privado, invitó gratuitamente a quien deseara participar, con especificaciones normales, y pronto tuvo una buena partida de Aquitania en marcha, con cinco jugadores. Ganó en siete horas. Patético. Todos los buenos jugadores estaban en los juegos públicos. ¿Qué le pasaba a Grey?

—No me pasa nada —insistió Grey cuando al fin acudió esa noche al apartamento—. Estoy haciendo piruetas por ti, Herman.

—Colgarte de las lianas no servirá de mucho.

Grey sonrió, tratando de apreciar el sentido del humor de Herman.

—Mira, Herman, tú eres mi principal cliente. Y eres famoso. Y eres importante. Yo tendría que ser idiota para no esforzarme. Tengo tres agencias investigando a Doon. Y lo único que hemos averiguado es que no es lo que pensábamos.

—Bien. ¿Qué pensamos ahora?

—Es rico. Más rico de lo que imaginas.

—Puedo imaginar una riqueza infinita. Confía en mí.

—Tiene contactos en todo Capitol. Conoce a todo el mundo, o al menos a la gente que conoce a todo el mundo. Todo su dinero está en cuentas e inversiones de corporaciones títeres que poseen bancos títeres que poseen industrias títeres que poseen la mitad de este condenado planeta.

—En otras palabras —dijo Herman—, es su propio jefe.

—En efecto, pero no quiere vender. No necesita el dinero. Podría perder todo lo que tú posees jugando a los naipes y aún simpatizaría con el tipo que le ganó.

Herman hizo una mueca.

—Grey, sin duda sabes hacerme sentir pobre.

—Trato de explicarte con quién te las ves. Porque este sujeto tiene veintisiete

años. Es joven.

Pero algo no encajaba.

—¿No me habías dicho que no usaba somec?

—Eso es lo más descabellado, Herman. No lo usa. Nunca durmió con somec.

—¿Qué es? ¿Un fanático religioso?

—Su única religión parece consistir en arruinar la vida, amigo, por hablarte sin rodeos. Se niega a vender. Y se niega a explicar por qué. Y mientras no use somec, no tiene que vender. Es así de sencillo.

—¿Pero qué le hice? ¿Por qué quiere hacerme esto?

—Dijo que esperaba que no lo tomaras como cosa personal.

Herman meneó la cabeza, furioso pero incapaz de hallar una razón para su furia o un modo atinado de expresarla. Tenía que haber un modo de hablar con ese hombre.

—¿Recuerdas lo que dije por teléfono?

—Serías el primer sospechoso si algo le ocurriera, Herman —advirtió Grey—. Y no ayudaría en nada. La partida terminaría mientras durase la investigación. Además, no estoy en ese negocio.

—Todos están en ese negocio. Al menos asústalo. Al menos sacúdelo un poco.

Grey se encogió de hombros.

—Lo intentaré. —Se levantó para irse—. Herman, sugiero que vuelvas a trabajar por un tiempo. Gana un poco de dinero, recobra la práctica. Conoce gente. Trata de olvidar el juego. Si no juegas como Italia en esta ocasión, podrás hacerlo en la próxima vigilia.

Herman no respondió, y Grey decidió marcharse.

A las tres de la mañana, el exhausto Herman logró dormir.

A las cuatro y media lo despertaron las alarmas del apartamento. Se levantó aturdido de la cama y caminó tambaleando hasta la puerta del dormitorio. Las alarmas eran una formalidad: ninguno de su clase sufría robos, al menos no mientras los residentes estaban en casa.

Pronto olvidó su temor al robo. Los tres hombres que entraron empuñaban pequeños sacos de cuero rellenos de un material duro. Herman no se sentía ansioso por averiguar cuán duro.

—¿Quiénes sois?

No dijeron nada, sólo se le acercaron despacio y en silencio. Herman comprendió que estaba arrinconado y no podía utilizar la puerta de enfrente ni la salida de emergencia. Trató de entrar de nuevo en el dormitorio.

Uno de los hombres extendió la mano y Herman se encontró aplastado contra la jamba de la puerta.

—No me lastiméis —suplicó.

El primer hombre, más alto que los demás, tamborileó en el hombro de Herman

con la porra. Herman averiguó cuán dura era. Los golpes continuaron con creciente fuerza, pero el ritmo permaneció regular. Herman quedó petrificado mientras el dolor aumentaba gradualmente. De pronto el hombre cambió de posición, bajó la porra y se la asestó en las costillas. Herman soltó un resuello y un desgarrón le arrasó el cuerpo como si unas manos le hurgaran las entrañas.

El sufrimiento era insoportable. Era sólo el principio.

—Ni médicos ni hospital. Nada. No —dijo Herman, tratando de arrancar una voz enérgica a su pecho magullado.

—Herman —insistió Grey—, quizá tengas las costillas rotas.

—Las tengo sanas.

—No eres médico.

—Tengo el mejor equipo médico de la ciudad, y éste diagnosticó que no había nada roto. Esos bastardos de anoche conocían su oficio.

Grey suspiró.

—Sé quiénes eran esos bastardos, Herman.

Herman le miró azorado. Quiso levantarse de la cama pero el dolor lo detuvo tan bruscamente como si estuviera atado.

—Eran los hombres que contraté para sacudir a Abner Doon.

Herman gimió.

—Grey, no es posible... ¿cómo logró disuadirlos?

—Tenían un contrato de hierro. Habían trabajado ya antes para mí. No entiendo cómo Doon logró subvertirlos. —Grey parecía preocupado—. Posee un poder que yo no esperaba. A esos tipos les han ofrecido dinero antes, mucho dinero, pero siempre respetaron sus contratos. Excepto cuando los contraté para darle una lección a Doon.

—Me pregunto si habrá aprendido algo —dijo Herman.

—Y yo me pregunto —añadió Grey, con mayor pertinencia— si *tú* has aprendido algo.

Herman cerró los ojos, deseando que Grey cayera muerto.

—Olvida la partida. Compra Italia la próxima vez. Doon tendrá que usar somec tarde o temprano.

Herman no abrió los ojos, y Grey se marchó.

Pasaron los días, y pronto Herman pudo regresar penosamente a la habitación en la que la pantalla del ordenador cubría una pared, donde el holo del mundo de Europa 1914d rotaba lentamente. Fuera cual fuese el motivo de Doon, abundaban las pruebas de que no sabía nada sobre Juegos Internacionales. Ni siquiera aprendía de sus propios errores. La invasión de las Guayanas fue seguida por un descabellado ataque

contra Afganistán, que ya era un estado cliente, lo cual impulsó a varios estados clientes a unirse a la alianza enemiga. Pero la furia de Herman se disipó al fin, y observó sombríamente la partida mientras la posición de Italia empeoraba.

Los enemigos de Italia no eran muy brillantes. Aún era posible derrotarlos, si Herman lograba intervenir.

Cuando estalló una revolución en Inglaterra, Herman perdió los estribos.

Desde el comienzo de la partida, Herman había establecido una dictadura benigna como gobierno del Imperio Italiano, con autonomía local en muchos asuntos. No era opresivo. Estaba garantizado para eliminar toda posibilidad de revolución. Las rebeliones eran reprimidas sin piedad, mientras que los territorios que no se rebelaban recibían generosas recompensas. Hacía años que Herman no se preocupaba por la política interna de Italia.

Pero cuando estalló la revolución inglesa, Herman empezó a estudiar las actividades de Doon en los asuntos internos del Imperio. Doon había introducido modificaciones absurdas, creando impuestos, enfatizando la diferencia entre ricos y pobres, entre débiles y poderosos. También había oprimido a las nacionalidades locales, obligándoles a aprender el italiano, y el ordenador había generado el inevitable resultado: resentimiento, rebelión, y por último revolución.

¿Qué estaba haciendo Doon? Sin duda veía el resultado de sus actos. Sin duda comprendía que se equivocaba en todo, o al menos en algo. Sin duda entendería que no estaba a la altura del juego y vendería Italia mientras pudiera. Sin duda...

—Grey —dijo Herman por teléfono—, ¿Doon es estúpido?

—Si lo es, es el secreto mejor guardado de Capitol.

—Su juego es increíblemente estúpido. Absolutamente estúpido. No hay un solo acierto. Cuando pudo hacer algo bien, hizo todo lo contrario. ¿Te parece propio de él?

—Doon ha construido un imperio financiero a partir de la nada, el mayor de Capitol, y lo hizo en sólo once años a partir de que llegó a la mayoría de edad. No parece propio de él.

—Lo cual significa que no está jugando...

—Sí, está jugando. Es la ley, y el ordenador dice que la respeta.

—O se propone perder deliberadamente.

El encogimiento de hombros de Grey fue casi audible.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Quiero conocerle.

—No vendrá.

—En un terreno neutral, un sitio que ninguno de ambos controle.

—Herman, no conoces a este sujeto. Si tú no controlas el terreno, él sí... o lo hará cuando se celebre la reunión. No hay terrenos neutrales.

—Quiero conocerle, Grey. Quiero averiguar qué cuernos está haciendo con mi

imperio.

Y Herman continuó observando mientras la revolución inglesa era aplastada brutalmente. Brutal, pero no totalmente. El ordenador mostraba que aún había bandas armadas merodeando por Gales y las tierras altas de Escocia, y guerrillas urbanas actuando en Londres, Manchester y Liverpool. Doon también podía ver esa información. Pero decidió ignorarla. Y decidió ignorar el movimiento revolucionario que cobraba fuerza en Alemania, los salteadores que hostigaban a los granjeros de la Mesopotamia, el avance chino sobre Siberia.

Mequetrefe.

Y el tejido de un sólido imperio empezó a deshilacharse.

El teléfono sonó suavemente en el altavoz flexible de la almohada, y Herman despertó. Sin siquiera abrir los ojos, le dijo a la almohada:

—Estoy durmiendo, muérete.

—Habla Grey.

—Estás despedido, Grey.

—Doon dice que quiere verte.

—Concierta una cita con mi secretaria.

—Pero él dice que sólo se reunirá contigo si puedes ir a la estación C24b del metro dentro de treinta minutos.

—Ni siquiera está en mi sector —se quejó Herman.

—No quiere facilitarte las cosas.

Herman gruñó, se levantó y se puso un traje, pero no tenía un aspecto muy elegante cuando salió con desgana del apartamento para internarse en los corredores. El metro circulaba con menos frecuencia a esa hora de la mañana, y Herman abordó uno y siguió la ruta que conducía a la estación C24b. Estaba menos atestada que la zona de Herman, y en el andén aguardaba un joven menudo, apenas más alto que el mismo Herman. Estaba solo.

—¿Doon? —preguntó Herman.

—Abuelo —respondió el joven.

Herman lo miró desconcertado. ¿Abuelo?

—Imposible.

—Abner Doon, el potrillo de la potranca Sylvaii, hija de Herman Nuber y Birniss Humbol. Un linaje admirable, ¿no crees?

Herman estaba atónito. Al cabo de tantos años solitarios, descubrir que su joven torturador era un pariente...

—Demonios, muchacho, yo no tengo familia. ¿Qué es esto? ¿Una venganza por un divorcio de hace cien años? Le pagué bien a tu abuela. Suponiendo que estés diciendo la verdad.

Pero Doon sólo sonrió.

—En realidad, Abuelo, tus relaciones con mi abuela me importan un bledo. Ella no me agrada de todos modos, y hace años que no nos hablamos. Ella dice que me parezco demasiado a ti. Así que ahora, cuando despierta del sueño de somec, ni siquiera me busca. Yo la visito únicamente para fastidiarla.

—Parece ser tu especialidad.

—Encuentras a un nieto largo tiempo perdido y ya tratas de sembrar divisiones en la familia. Qué modo tan feo de afrontar las crisis familiares.

Doon giró sobre los talones. Como aún no habían conversado sobre el juego, Herman no tuvo más opción que seguirle.

—Escucha, muchacho —le dijo, apretando tenazmente el paso para seguir el vivo andar del joven—, no sé qué te propones con mi juego, pero evidentemente no necesitas dinero. Y evidentemente no ganarás ninguna apuesta con ese modo de jugar.

Doon le sonrió por encima del hombro y siguió caminando corredor abajo.

—Eso depende de cuál sea mi apuesta, ¿verdad?

—¿Quieres decir que has apostado a perder? Por el modo en que juegas, nadie aceptará esas apuestas.

—No, Abuelo. En realidad, estoy respetando apuestas hechas hace meses. Apuestas a que Italia estaría totalmente destruida y borrada de Europa 1914d a los dos meses de tu despertar.

—¡Totalmente destruida! —rió Herman—. Imposible, muchacho. La construí demasiado bien, incluso para un imbécil como tú.

Doon abrió una puerta tocándola con la palma.

—Entra, Abuelo.

—Nunca, Doon. ¿Por qué clase de tonto me has tomado?

—Por un tonto pequeño —dijo Doon, y Herman siguió la mirada del joven hasta toparse con los dos hombres que aguardaban a sus espaldas.

—¿De dónde salieron? —preguntó Herman estúpidamente.

—Son mis amigos. Vienen a esta fiesta con nosotros. Me gusta estar rodeado de amigos.

Herman siguió a Doon al interior.

Era un ámbito austero, funcional, de una sencillez casi de clase media. Pero las paredes estaban revestidas de madera auténtica —Herman la reconoció al primer vistazo— y el ordenador que dominaba la salida del fondo era el modelo más caro y autónomo que se podía hallar.

—Abuelo —dijo Doon—, al contrario de lo que piensas, te traje aquí esta noche porque, a pesar de que has sido pésimo padre y abuelo, siento el deseo residual de que no me odies.

—Pierdes —replicó Herman.

Los dos matones sonrieron obtusamente.

—Últimamente no estás muy conectado con el mundo real —comentó Doon.

—Más de lo que querría.

—En cambio, has dedicado tu vida y tu fortuna a construir un imperio en un mundo fantasmal que existe sólo en el ordenador.

—Por todos los cielos, muchacho, hablas como un clérigo.

—Mamá quería que fuese sacerdote —dijo Doon—. Empeñada en una patética búsqueda de su padre... tú, si no lo has olvidado. Pero esta vez buscaba a un padre que no la abandonara. Lamentablemente, Abuelo, al fin halló a ese padre sustituto en Dios.

—Al menos creí que llegaría a una hija mía un poco de sensatez —repuso Herman con disgusto.

—Has legado más de lo que crees.

El mundo de Europa 1914d apareció en el holo. El rosa italiano dominaba el paisaje.

—Es hermoso —dijo Doon, y Herman se sorprendió ante la sincera admiración de su voz.

—Me alegra que lo hayas notado —replicó.

—Sólo tú pudiste haberlo construido.

—Lo sé.

—¿Cuánto crees que se tardaría en destruirlo?

Herman rió.

—¿No sabes historia, muchacho? Roma estuvo en decadencia desde el fin de la república en adelante, y los restos tardaron mil quinientos años en caer. El poder de Inglaterra se empezó a disipar en el siglo diecisiete, pero nadie lo notó porque los ingleses seguían adquiriendo bienes raíces. Permaneció independiente durante cuatrocientos años más. Los imperios no caen fácilmente, muchacho.

—¿Qué dirías de un imperio que cayera en una semana?

—Que no estaba bien construido.

—¿Y qué hay del tuyo, Abuelo?

—Deja de llamarme así.

—¿Lo has construido bien?

Herman lo fulminó con la mirada.

—Ninguno estuvo mejor construido.

—¿El de Napoleón?

—Su imperio no lo sobrevivió.

—¿Y el tuyo te sobrevivirá a ti?

—Hasta un absoluto incompetente lo mantendría intacto.

Doon rió.

—Pero no hablamos de un absoluto incompetente, Abuelo. Hablamos de tu

propio nieto, que tiene todo lo que tú tuviste, sólo que en mayor medida.

Herman se levantó.

—Este encuentro no tiene sentido. Yo no tengo familia. Perdí la custodia de mi hija porque no la quería. No conozco a sus vástagos, ni quiero conocerlos. Dentro de pocos meses estaré bajo el somec, y cuando despierte tomaré Italia y la reconstruiré, sin importar el daño que le hayas causado.

Doon rió de nuevo.

—Pero Herman, no se puede reintroducir en el juego un país que ha dejado de existir. Cuando yo haya terminado con Italia, será un país estándar del ordenador y no podrás comprarlo.

—Mira, muchacho —dijo fríamente Herman—, ¿piensas retenerme aquí contra mi voluntad?

—Fuiste tú quien pidió una cita.

—Pues me arrepiento.

—Siete días, Abuelo, e Italia habrá desaparecido.

—Inconcebible.

—En realidad planeo hacerlo en cuatro días, pero algo podría ir mal.

—Los peores criminales son los que ven la belleza sólo como una oportunidad para la destrucción.

—Adiós, Abuelo.

Pero al llegar a la puerta, Herman se volvió hacia Doon y preguntó con tono de súplica:

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué no te detienes?

—La belleza está en los ojos de quien la contempla.

—¿No puedes aguardar hasta la próxima vez? ¿No puedes dejarme Italia durante esta vigilia?

Doon sonrió.

—Abuelo, sé cómo juegas. Si tuvieras Italia durante esta vigilia, conquistarías el mundo, ¿verdad? Y la partida terminaría.

—Desde luego.

—Por eso tengo que destruir Italia ahora, mientras pueda.

—¿Por qué Italia? ¿Por qué no arruinas el imperio de otro?

—Porque, Abuelo, no tiene gracia destruir a los débiles.

Herman se marchó, y la puerta se cerró a sus espaldas. Regresó al metro y lo abordó para regresar a su sector. En casa, el rosado aún dominaba la esfera del globo. Herman se detuvo a mirarlo y de pronto una gran parte de Siberia cambió de color. Herman ya no despotricaba contra la incompetencia de Doon. Obviamente el chico estaba compensando una infancia desdichadamente religiosa, de la que culpaba al abuelo. Pero por mucho talento que tuviera, jamás podría desmembrar Italia. El

ordenador era rígidamente realista. Una vez que esa simulación informática que era el populacho italiano comprendiera lo que estaba haciendo el personaje de Doon, el dictador, las invariables leyes de interacción entre gobernantes y gobernados lo derrocaría. Tendría que vender, y Herman podría comprar. Y repararía todos los daños.

Inglaterra se rebeló de nuevo, y Herman se fue a dormir.

Pero despertó jadeando, y recordó que en el sueño sollozaba. ¿Por qué? Pero mientras trataba de revivir el sueño se le escabulló, y sólo pudo recordar que era algo relacionado con su ex esposa.

Fue al ordenador y retiró el juego de la pantalla. Birniss Humbol. El ordenador proyectó una imagen de la mujer y Herman la miró a través de una secuencia de expresiones faciales. Entonces era bella, y el ordenador despertó recuerdos.

Un noviazgo que había sido extrañamente casto: quizá la religión ya corría por las venas de Birniss, y sólo había aflorado plenamente en la hija. Habían tenido su primera relación en la noche de bodas, y Herman rió al rememorarla: la mundana y sabia Birniss, tan tímida mientras confesaba al esposo que no estaba preparada. Y Herman, tierno y cuidadoso, iniciándola en los misterios. Y al final ella preguntó:

—¿Eso es todo?

—Luego será mejor —dijo él, algo herido.

—No fue tan malo como esperaba —respondió Birniss—. Hazlo de nuevo.

Lo habían compartido todo. Todo menos el juego. Y era una época crucial para Italia. Herman comenzó a acostarse tarde, a hablar menos con su esposa, e incluso a no hablar de nada salvo de Italia y los asuntos de su pequeño pero bello mundo.

No había ningún otro hombre cuando ella se divorció, y para satisfacer un arrebatado de curiosidad Herman buscó el nombre en el banco de estadísticas vitales. No se sorprendió cuando el ordenador le informó de que Birniss no se había casado de nuevo, aunque no había conservado el apellido de Herman.

¿El matrimonio había tenido algo especial que le había impedido casarse de nuevo? O tal vez se trataba de que ella simplemente había confiado en un hombre, para descubrir después que el matrimonio no era lo que quería, ni el sexo, por extensión. Esa herida había envenenado a la hija; esa herida había envenenado a Doon. Pobre muchacho, pensó Herman. Los pecados de los padres. Pero el divorcio, por lamentable que fuese, había sido inevitable. Para salvar el matrimonio, Herman habría tenido que sacrificar el juego. Y jamás en la historia, real o fingida, había existido un objeto tan bello como su Italia. Se habían escrito disertaciones sobre ella, y Herman sabía que los estudiosos de historias alternativas lo aclamaban como el mayor genio que jamás hubiese jugado: *Un par de Napoleón, Julio César o Augusto*. Recordaba esa frase, y también la declaración de un profesor que le había suplicado una entrevista hasta que la vanidad de Herman ya no le permitió resistir: *Herman*

Nuber, ni siquiera Estados Unidos, ni siquiera Inglaterra, ni siquiera Bizancio, pueden ser comparados con Italia en estabilidad, gracia y poder. Una gran alabanza, viniendo de un hombre que se había especializado en la historia de la Europa verdadera, con el chauvinismo del historiador por la época que estudiaba.

Doon. Abner Doon. Y cuando ese joven comprendiera que no podía igualar el talento de su abuelo como constructor, ¿qué sería de él?

Mientras dormitaba ante el ordenador, Herman se sorprendió soñando con una especie de reconciliación. Abner Doon lo abrazaba y decía: Abuelo, construiste demasiado bien. Construiste para la eternidad, perdona mi falta de modestia.

Hasta los sueños de Herman, comprendió al despertar, hasta mis sueños requieren que todos se rindan a mi alrededor. La imagen de Birniss aún estaba en la pantalla. Herman la borró y examinó Italia.

La revolución barría el imperio de un extremo al otro, incluida la Península Itálica. Herman no daba crédito a lo que veía. En una sola noche, todas las revoluciones habían estallado de golpe.

No había precedentes en la historia. ¿El ordenador estaba loco? Debía de obedecer a un mal funcionamiento. Muchos imperios habían afrontado rebeliones, pero nunca tan generalizadas, nunca una revolución universal. Hasta el ejército se había amotinado. Y los enemigos de Italia atacaban frenéticamente las fronteras para sacar partido de la situación.

—¡Grey! —gritó Herman por el teléfono—. Grey, ¿has visto lo que ha hecho?

—¿Cómo evitarlo? —preguntó Grey con fastidio—. Todos los especialistas en juegos de mi personal se han pasado la mañana hablando de eso.

—¿Cómo lo consiguió?

—Mira, Herman, tú eres el experto. Yo ni siquiera juego, ¿de acuerdo? Y tengo trabajo que hacer. ¿Te reuniste con él?

—Sí.

—¿Y?

—Es mi nieto.

—Me preguntaba si te lo diría.

—¿Lo sabías?

—Desde luego —respondió Grey—. Y tenía su perfil psicológico. ¿Crees que te habría permitido verlo a solas sin tener la certeza de que no tenía intenciones de lastimarte?

—¿Qué no tenía intenciones de lastimarme? ¿Y qué dices de esos canallas que me molieron a golpes la semana pasada?

—Represalias, Herman, eso es todo. Doon sabe tomar represalias.

—¡Estás despedido! —gritó Herman, golpeando el botón que desconectaba la conversación.

Y observó sombríamente, hora tras hora, mientras los restos leales del ejército italiano procuraban dominar el motín, la revolución y la invasión simultáneas. Era imposible, y al caer la tarde, las únicas zonas rosadas del globo eran la Galia, Iberia, Italia y una pequeña zona en Polonia.

El ordenador le informó de la desaparición del personaje de Doon, el dictador de Italia, y de que sus enemigos lo buscaban en vano para matarlo. Mientras Roma caía ante un ejército invasor procedente de Nigeria y América, Herman comprendió que la derrota y la destrucción eran inevitables. Ayer imposibles, hoy inevitables.

Luchando contra su desesperación, envió un mensaje urgente a Grey, olvidando que lo había despedido por la mañana. Grey respondió con la deferencia de siempre.

—Ofrece comprar Italia —dijo Herman.

—¿Ahora? Está en ruinas.

—Quizá logre levantarla. Aún podría. Sin duda él ya ha demostrado lo que quería.

—Lo intentaré —dijo Grey.

Pero esa noche no había color rosado en la proyección. Los otros jugadores y la estricta adherencia del ordenador a las leyes de la conducta pública no permitían al juego oportunidad alguna de resucitar Italia.

La información apareció en las listas de situación: «Irán: recién independizado; Italia: eliminada; Japón: en guerra con China e India por la dominación de Siberia...». Ningún informe especial. Nada. Italia: eliminada.

Desalentado, Herman revisó toda la información que pudo hallar en el ordenador. ¿Cómo lo había logrado Doon? Era imposible. Pero, estudiando durante horas los datos que le brindaba el ordenador, Herman comenzó a adivinar las incesantes maquinaciones que Doon había puesto en marcha, siempre postergando la revolución aquí, adelantándola allá, ora creando antagonismos, ora aplacando los ánimos, con el fin de que el estallido de la revolución fuera universal; con el fin de que cuando la derrota de Italia fuera manifiesta, no quedara el deseo de conservar algún fragmento. Había calibrado el odio mejor que el ordenador mismo; había usado más firmeza para destruir de la que nadie había empleado para construir. Y a pesar de su amargura ante la ruina de su creación, Herman tuvo que reconocer cierta majestuosidad en lo que Doon había hecho. Una majestuosidad satánica, un poder regio para destruir.

—Un cazador poderoso ante el Señor —dijo Doon, y Herman dio media vuelta para encontrarse con Doon plantado en el centro de su sala de estar.

—¿Cómo entraste aquí? —tartamudeó Herman.

—Tengo mis contactos —sonrió Doon—. Sabía que nunca me dejarías entrar, y tenía que verte.

—Pues ya me has visto —dijo Herman, dándole la espalda.

—Fue más rápido de lo que pensé.

—Me alegra saber que algo pueda sorprenderte.

Doon pudo haber dicho más, pero en ese momento el agotado Herman perdió el control. No sollozó, pero clavó los dedos en la consola del ordenador, como temiendo que al soltarla la fuerza centrífuga de la rotación de Capitol lo arrojara al espacio.

Grey y dos médicos acudieron a la llamada anónima de Doon, y los médicos desprendieron los dedos de Herman de la consola y lo llevaron a la cama. Un sedante, algunas instrucciones a Grey, y se marcharon.

No era grave: demasiadas cosas en un día, eso era todo. Se sentiría mucho mejor al despertar.

Herman se sentía mucho mejor al despertar. Había dormido sin sueños. Los sedantes habían obrado su efecto. La falsa luz solar atravesaba su costosa ventana artificial, que parecía dominar una campiña en las afueras de Florencia, aunque del otro lado sólo había un apartamento similar al suyo. Herman observó la luz del sol y se preguntó si la ilusión era fiel. Había nacido en Capitol y no sabía si la luz del sol atravesaba las ventanas de esa manera.

Bajo la luz deslumbrante, Abner Doon dormía sentado en una silla. Una oleada de sentimientos se abatió sobre Herman, pero conservó el control, y los residuos de las drogas le infundieron una extraña calma. Observó el rostro dormido del nieto y se preguntó cuánto odio habría escondido allí.

Doon despertó. Miró al abuelo, vio que estaba despierto y sonrió dulcemente. Pero no dijo nada. Se levantó y acercó la silla a la cama de Herman. Herman lo miró en silencio, preguntándose qué ocurriría. Pero la droga aún decía *No me importa lo que ocurra*, y a Herman no le importó.

—¿Ya está todo pagado? —murmuró, y Doon sonrió aún más.

—Eres tan joven... —dijo Doon. Y luego, tan rápidamente que Herman no tuvo tiempo de resistirse (y la droga no se lo hubiera permitido), el hombre tendió la mano para rozar la frente de Herman. Era una mano seca, y siguió las tenues arrugas que empezaban a surcar el cutis—. Eres tan joven...

¿Lo soy?, pensó Herman, que rara vez pensaba en su edad en tiempo real. Había empezado a usar somec setenta años atrás. Con su ritmo promedio de uno sobre cuatro, habían pasado sólo diecisiete años de tiempo subjetivo desde que comenzó a utilizar la droga para dormir, el don de la vida eterna. Diecisiete años. Y todos consagrados a construir Italia. Y sin embargo...

Y sin embargo, esos diecisiete años no habían sido la mitad del tiempo que había vivido. Subjetivamente, aún no tenía cuarenta. Subjetivamente, podía comenzar de nuevo. Subjetivamente, tenía tiempo de sobra para construir un imperio que ni siquiera Doon podría destruir.

—Pero no puedo, ¿verdad? —preguntó Herman, sin comprender que su pregunta respondía a sus propios pensamientos.

Aun así, Doon supo lo que pensaba.

—Yo he aprendido todo lo que tú sabes sobre construcción, Abuelo —dijo—. Pero tú nunca comprenderás lo que yo he aprendido sobre destrucción.

Herman sonrió débilmente, la única sonrisa que le permitía la droga.

—Es un campo de estudios vástamente ignorado.

—No obstante, es el único con resultados eternos. Construye bien, y tu bella creación tarde o temprano caerá, Abuelo, con o sin mi ayuda. Pero destruye por completo, con efectividad, y lo que se desmoronó no se reconstruirá jamás.

La droga tomó la furia y el odio de Herman y los transformó en lamentación y mansa pesadumbre. Le gotearon lágrimas de las pestañas cuando parpadeó.

—Italia era bella —dijo.

Don asintió.

Cuando las lágrimas empezaron a empapar la almohada, Herman gimoteó:

—¿Por qué lo hiciste, muchacho?

—Era un ensayo.

—¿Ensayo para qué?

—Para salvar a la raza humana.

La droga permitió que Herman sonriera ante esa frase.

—Vaya preparativo, muchacho. ¿Qué puedes destruir ahora, después de Italia?

Doon guardó silencio. Fue hasta la ventana y miró el paisaje.

—¿Sabes qué ocurre más allá de tu ventana?

—No —murmuró Herman.

—Los campesinos preparan aceite de oliva. Y llevan alimentos a Florencia. Una escena encantadora, Abuelo. Muy bucólica.

—¿Eso significa que es primavera? ¿U otoño?

—Nadie lo recuerda. A nadie le importa. Las estaciones son las que decimos que son, en cada mundo del Imperio, y en Capitol no nos interesan en absoluto. Lo hemos dominado todo, ¿verdad? El Imperio es poderoso, y los intentos de ataque del enemigo no son más que mosquitos fastidiosos.

La palabra *mosquito* no significaba nada para Herman, pero estaba demasiado agotado para preguntar.

—Abuelo, el Imperio es estable. No tan perfecto como Italia, quizá, pero fuerte y estable, y el somec mantiene viva a la élite durante siglos. ¿Qué fuerza podría tumbar el Imperio?

Herman se esforzó para pensar. Jamás había pensado en el Imperio como una nación semejante a las de los Juegos Internacionales. El Imperio era la realidad. Nada jamás lo dañaría.

—Nada puede dañar el Imperio —dijo Herman.

—No creas.

—Estás loco —respondió Herman.

—Tal vez —dijo Abner, y luego la conversación languideció y la droga decidió que Herman debía dormir.

Herman durmió.

—Quiero ver a Doon —le dijo Herman a Grey.

—Pensé que ya lo habías visto bastante el mes pasado —respondió Grey.

—Quiero verle.

—Herman, se está transformando en obsesión. Los médicos dicen que no puedo consentir que te alteres. Si te comportas razonablemente durante unos meses, podrás volver al somec y podré devolverte el cincuenta por ciento de la disponibilidad de tus bienes.

—No me gusta que me consideren un demente.

—Es sólo un tecnicismo. Para tu propia protección.

—Grey, lo único que hice fue advertir...

—No empieces con eso. Los médicos están escuchando esta llamada. Herman, este Imperio no está interesado en tus patéticas teorías sobre Doon...

—¡Lo dijo él mismo!

—Abner Doon destruyó Italia. Fue desagradable, fue cruel, fue gratuito, pero fue legal. Ahora bien, fantasear con que también se propone destruir el Imperio...

—¡No es una fantasía! —rugió Herman.

—Herman, los médicos dijeron que debo llamarlo fantasía. Para ayudarte a ver la realidad.

—¡Destruirá el Imperio! ¡Puede hacerlo!

—Hablar así es traición, Hermán. Deja de hablar así y podremos declararte cuerdo. Pero si dices esas cosas cuando seas responsable de ti mismo, los Niños de Mamá podrán ejecutarte sin más.

—Grey, cuerdo o no, quiero hablar con Doon.

—Herman, basta. Olvídalo. Era sólo un juego. Ese hombre es tu nieto. Te guardaba rencor y quiso desquitarse. Pero no permitas que te perjudique hasta ese punto.

—Grey, di a los médicos que quiero hablar con Doon.

Grey suspiró.

—Se lo diré, con una condición.

—¿Cuál?

—Si te conceden un encuentro con Doon, jamás solicitarás otro.

—Lo prometo. Sólo quiero un encuentro.

—Haré lo posible.

Grey colgó el teléfono, y Herman desconectó su extremo. Ahora el teléfono únicamente lo mantenía en contacto con la oficina de Grey. No podía efectuar otras llamadas. No podía abrir la puerta. Y su ordenador ya no le permitía mirar los juegos.

Grey tardó sólo una hora en llamar.

—¿Y bien? —preguntó ávidamente Herman.

—Dijeron que sí.

—¡Conéctame entonces! —exigió Herman.

—Ya lo intenté. Imposible.

—¿Cómo puede ser imposible? ¡Él me hablará! ¡Sé que lo hará!

—Está bajo somec, Herman. Se durmió pocos días después de destruir... después del juego. Despertará dentro de tres años.

Herman desconectó el teléfono con un sollozo.

Se necesitaron cinco años de terapia —cinco años sin somec— para que Herman admitiera finalmente que su miedo a Doon era anormal, y que Doon jamás había insinuado que se propusiese destruir el Imperio. Desde luego, Herman lo había admitido desde el principio, en cuanto supo que eso era lo que querían oír los médicos. Pero las máquinas obligaban a decir la verdad, y sólo cuando las máquinas indicaron que Herman no mentía al afirmar esas cosas los médicos lo declararon curado y el personal de Grey (Grey estaba bajo somec) devolvió a Herman la disponibilidad del cincuenta por ciento de su patrimonio. Herman se apresuró a firmar la restitución a su abogado de esa disponibilidad y se sometió al somec, tratando de recuperar los años de sueño que le habían arrebatado mientras los médicos lo curaban de sus ridículas alucinaciones.

Durante casi un siglo, las vigilias de Doon y de Herman no atinaron a coincidir. Al principio Herman no intentó buscar a Doon. La curación lo había privado, al menos por un tiempo, de toda curiosidad acerca de su nieto. Luego aprendió a evocar el extraño episodio que había cambiado su vida sin miedo ni furia; y estudió los registros de esa famosa partida. Se habían escrito muchos libros sobre ella, entre ellos el enjundioso *Ascenso y caída de la Italia de Nuber*. Y mientras Herman estudiaba filosóficamente la estructura que había construido y el modo en que había caído, sintió cada vez más deseos de conocer a su nieto y oponente. No de verlo *otra vez*, pues los médicos habían convencido a Herman de que jamás había visto a Doon después de la batalla.

Pero cuando Herman quiso buscar el plan de vigilias de Abner Doon en la Casa del Sueño, le informaron que era un asunto de seguridad estatal. Eso significaba que Doon dormía más del máximo absoluto de diez años y permanecía en vigilia menos del mínimo absoluto de dos meses. Significaba que disponía de un poder inaccesible

para la mayoría de los funcionarios. Y eso agudizó su deseo de verlo.

Herman sólo lo consiguió cuando alcanzó la edad subjetiva de setenta años. Habían transcurrido siglos de historia del Imperio, y Herman los estudió atentamente. Asimilaba todos los datos históricos que le brindaba el ordenador, sobre el Imperio y otras partes. No sabía bien qué buscaba, pero estaba seguro de que nunca lo había hallado. Hasta que un día sus indagaciones en la Casa del Sueño le permitieron averiguar que Abner Doon estaba despierto. No le comunicaron cuánto tiempo hacía ni cuándo se dormiría de nuevo, pero era suficiente. Herman envió el mensaje, y se sorprendió al recibir la respuesta: Doon estaba dispuesto a verlo, incluso acudiría a él.

Herman pasó horas de inquietud, preguntándose para qué quería ver a Doon. No había sentimientos filiales. La familia no significaba nada para él. Era el deseo de un gran jugador de conocer al hombre que lo había derrotado, eso era todo. El deseo de Napoleón, poco antes de su muerte de hablar con Wellington. El loco afán de Hitler de encontrarse con Roosevelt. La pasión del moribundo Julio César por conversar con Bruto, unos instantes, mientras la sangre le manaba de las heridas.

¿Qué hay en la mente del hombre que te destruyó? Ésa era la pregunta que había atormentado a Herman durante años, y ahora se preguntaba si hallaría la respuesta. Sin embargo, sería su única oportunidad. Había pagado un alto precio por sus cinco años de terapia y veía —como muy pocos— su mortalidad esperando a la vuelta de la esquina. El somec sólo la postergaba, no la eliminaba.

—Abuelo —dijo una voz amable, y Herman despertó de golpe.

¿Cuándo se había quedado dormido? No importaba. Ante él estaba el hombre bajo y ahora corpulento en quien reconocía a su nieto. Pero era desconcertante ver cuán joven era Doon. Casi igual que cuando se habían enzarzado en la lucha tantos años atrás.

—Mi legendario oponente —dijo Herman, ofreciendo la mano.

Doon aceptó los dedos tendidos, pero en vez de aferrados extendió la mano del anciano sobre la suya.

—Hasta el somec cobra su precio, ¿verdad? —Y la triste mirada de Doon indicó a Herman que, a pesar de todo, alguien más comprendía la muerte que el somec ocultaba sagazmente dentro de su promesa de vida.

—¿Para qué deseabas verme? —preguntó Doon.

Lágrimas gruesas, lentas e inexplicables asomaron a los envejecidos ojos de Herman.

—No sé. Sólo quería saber cómo andabas.

—Estoy bien —dijo Doon—. Mi departamento ha colonizado docenas de mundos en los últimos siglos. El enemigo está en fuga... pronto lo superaremos en población si él no hace lo mismo. El Imperio crece.

—Me alegro sinceramente. Me alegra que el Imperio crezca. Construir un imperio

es maravilloso. —Melancólicamente añadió—: Una vez construí un imperio.

—Lo sé —dijo Doon—. Yo lo destruí.

—Oh sí, sí. Por eso quería verte.

Doon asintió y aguardó la pregunta.

—Sentía curiosidad. Quería saber por qué me escogiste. Por qué decidiste hacerlo. No recuerdo por qué. Mi memoria no es lo que era.

Doon sonrió y cogió la mano del viejo.

—Ninguna lo es, Abuelo. Te escogí porque eras el más grande. Te escogí porque eras la montaña más alta que yo podía escalar.

—¿Pero por qué destruiste? ¿Por qué no construiste otro imperio con el que rivalizar conmigo? —Ésa era la pregunta.

Sí, ésa era la pregunta, decidió Herman, sintiéndose mejor. Pero aún tenía dudas. ¿Acaso no había entablado una vez una conversación en la que Doon le había respondido? Nunca. No.

Doon parecía distante.

—¿No sabes la respuesta?

—Oh —rió Herman—, una vez estuve muy loco, y pensé que te proponías destruir el Imperio. Ellos me curaron.

Doon asintió con tristeza.

—Pero ahora estoy mejor, y quiero saber. Sólo quiero saber.

—Ataqué tu imperio, Abuelo, porque era demasiado bello. Si hubieras logrado ganar el juego, la partida habría concluido. ¿Qué habría ocurrido después? Nadie lo habría recordado largo tiempo. Pero ahora... será recordado para siempre.

—¿Qué raro, verdad? —dijo Herman, perdiendo el hilo de la conversación antes de que Doon terminara de hablar—. El mayor constructor y el mayor destructor vienen de la misma... son abuelo y nieto. Raro, ¿verdad?

—Viene de familia, ¿eh? —repuso Doon con una sonrisa.

—Estoy orgulloso de ti, Doon —dijo Herman con sinceridad—. Me alegra que si alguien tenía la fuerza para derrotarme, fuera sangre de mi sangre. Carne de mi...

—Carne —interrumpió Doon—. Luego eres religioso, a pesar de todo.

—No lo recuerdo —contestó Herman—. Algo le pasó a mi memoria, Abner Doon, y tengo muchas lagunas. ¿Fui religioso? ¿O era otra persona?

Doon, con los ojos empañados, tendió las manos hacia el viejo sentado en una silla blanda. Se arrodilló y lo abrazó.

—Lo lamento muchísimo —dijo—. No sabía que te costaría tanto. De veras que no.

Herman se limitó a reír.

—Oh, yo no tenía ninguna apuesta hecha en ese despertar. No me costó un céntimo.

Doon lo estrechó con más fuerza.

—Lo lamento, Abuelo.

—Oh, vaya. No me importa perder —respondió Herman—. A fin de cuentas, era sólo un juego, ¿verdad?

HIJOS SACRIFICADOS

Oyó el chasquido de la puerta pero no se alejó de la alta pila de bloques de plástico que estaba construyendo. Buscó un bloque color naranja entre los que estaban desperdigados en el cálido suelo. Necesitaba el naranja para evitar que los colores armonizaran.

—¿Linkeree? —dijo a sus espaldas una voz que conocía de sobra, la única que podía sobresaltarlo. La maté, pensó. Está *muerta*.

Pero giró despacio, y allí estaba su madre. No sólo la voz sino las carnes, el cuerpo esbelto y delicioso (¡no tenía, no podía tener cuarenta y cinco años!), la ropa inmaculada y el terror en los ojos.

—¿Linkeree? —preguntó ella.

—Hola, Mamá —dijo estúpidamente, con voz lenta y profunda.

Parezco un retrasado mental, comprendió. Pero no repitió las palabras. Simplemente sonrió (la luz la rodeaba como una aureola, la tela de la blusa se le adhería a la curva de los senos; pero no, no debía pensar en eso, debía pensar en maternidad y devoción filial. ¿Por qué no está muerta? ¿Aquello fue el sueño, Dios, y esto es la realidad? ¿O es la visión del porqué estoy en este lugar?) y un par de lágrimas le nublaron los ojos, y en esa bruma imaginó por un instante que ella no era rubia sino castaña, aunque siempre había sido rubia...

Viendo las lágrimas e ignorando la locura que ardía en aquella mirada inquieta, la madre extendió los brazos un segundo, sólo un segundo, y luego se llevó las manos a las caderas (fíjate, la punta de las caderas y la curva del abdomen dejan dos depresiones delgadas que señalan hacia abajo, se dijo Linkeree) con enfado y con aflicción.

—¿Qué? ¿Mi niño no piensa abrazarme? —dijo.

Las palabras eran el embrujo requerido para levantar a Linkeree del suelo, hasta su altura de un metro noventa. Caminó hacia ella tendiendo los largos brazos.

—No... —gorgoteó ella, apartándolo—. No hagas eso... sólo un besito. Un beso.

Ella estiró los labios para un beso infantil, y él también estiró los labios y se agachó. En el último momento, sin embargo, ella volvió la cabeza y él le besó torpemente la oreja y el pelo.

—Oh, qué húmedo —dijo ella con repulsión. Metió la mano en el bolsillo y sacó una toalla de papel, se enjugó la oreja riendo—. Niño torpe, torpe. Linkeree, siempre has sido...

Linkeree quedó desconcertado. Y, como de costumbre, sin saber cómo actuar para no ganarse una reprimenda. Sabía que debía hacer algo, decidir algo, pero en lugar de eso se puso a dar vueltas y vueltas al mismo pensamiento mientras una infantil voz

interior le repetía: *Mami loca, mami loca, mami loca.*

Ella lo observó, sonriendo a medias (fíjate, el brillo natural de sus labios, nunca se pintó, nunca tuvo que hacerlo, los labios siempre húmedos, entreabiertos, la lengua practicando delicados juegos de amor con los dientes), sin saber qué sucedía.

—¿Linkeree? —dijo—. Linkeree, ¿no tienes una sonrisa para Mamá?

Y Linkeree trató de recordar cómo se sonreía. ¿Qué se sentía? Debía estirar músculos para tensar la cara...

—¡No! —gritó ella, retrocediendo y tropezando con la puerta cerrada. Al parecer esperaba que estuviera abierta, como si se encontraran en una clínica mental y los pacientes pudieran merodear a gusto por los corredores. Ella dio media vuelta y martilleó la puerta con los puños—. ¡Sáquenme de aquí!

La sacaron de allí los hombres altos de sonrisa agradable que llevaban a Linkeree al excusado cinco veces por día porque Linkeree se olvidaba de ir cuando debía. Y cuando cerraron la puerta, Linkeree aún permanecía de pie, sin saber qué hacer, preguntándose por qué extendía las manos como para coger algo circular, algo vertical y cilíndrico, acaso el contorno de una garganta humana.

En la oficina del doctor Hort, la señora Danol, turbadoramente bella, manifestaba tanta compostura que Hort se preguntó si era la misma mujer que minutos antes lloraba en brazos del celador.

—Sólo me importa mi hijo —dijo ella—. Se fue, desapareció durante siete meses terribles, y ahora únicamente sé que lo he hallado de nuevo y lo quiero en casa. ¡Conmigo!

Hort suspiró.

—Señora Danol, Linkeree es un demente peligroso. Recuerde que esto es una oficina del gobierno. Él asesino a una joven.

—Tal vez ella se lo buscó.

—Ella lo había mantenido y cuidado durante siete meses, señora Danol.

—Tal vez lo sedujo.

—Tenían una activa vida sexual, en la cual ambos participaban con avidez.

La señora Danol se horrorizó.

—¿Mi hijo le contó eso?

—No, los inquilinos de abajo le contaron eso a la policía.

—Rumores, pues.

—El gobierno tiene un presupuesto muy limitado en este planeta, señora Danol. La mayoría de la gente vive en apartamentos donde la intimidad es estrictamente imposible.

La señora Danol tiritó, un escalofrío de disgusto ante la situación de esos pobres diablos, apiñados en el complejo gubernamental de la mísera capital de una mísera

colonia.

—Ojalá pudiera irme de aquí —dijo.

—Eso hubiera sido lo adecuado en otro momento —respondió Hort—. Su hijo odia este mundo. Mejor dicho, odia lo que ha visto de este mundo.

—Bien, es comprensible. Esos odiosos salvajes... y la gente de la ciudad no es mucho mejor.

Esa democracia invertida divirtió a Hort: la señora Danol consideraba que todas las personas eran inferiores a ella, y por tanto iguales entre sí.

—No obstante, Linkeree debe quedarse aquí y nosotros debemos intentar una cura.

—Eso es lo que quiero para mi pequeño. Quiero que sea el niño dulce y afectuoso que era... ¡No puedo creer que de veras la haya matado!

—Hay diecisiete testigos del estrangulamiento, dos de ellos hospitalizados, pues él los atacó cuando lo separaron del cadáver. Es indudable que la mató.

—¿Pero por qué? —gimió ella, agitando los pechos con una pasión que divirtió a Hort. Otra exhibicionista reprimida—. ¿Por qué iba a matarla?

—Porque, señora Danol, salvo por el color de cabello y la edad, ella era muy parecida a usted.

La señora Danol se irguió en la silla.

—¡Por Dios, doctor, usted bromea!

—Lo único en que Linkeree ha sido coherente desde que llegó aquí es en su firme creencia de que usted fue la víctima.

—Esto es horrendo. Esto es repulsivo.

—A veces llora y dice que lo lamenta, que nunca lo hará de nuevo. En general, sin embargo, se jacta alegremente de ello, como si fuera un juego donde hubiera vencido después de perder muchas veces.

—¿A esto llaman psicología en este atrasado planeta?

—A esto llaman psicología en Capitol mismo, señora Danol. Le recuerdo que me gradué allá y le aseguro que no he inventado nada. —Demonios, pensó, ¿por qué dejo que esta mujer me ponga a la defensiva?—. Pensábamos que al verla a usted viva él podía tener una reacción.

—Pues trató de estrangularme.

—Eso dijo usted. También dijo que deseaba llevárselo a casa. ¿Le parece coherente?

—Quiero que ustedes lo curen y lo manden a casa. Desde que murió su padre, ¿a quién más tengo para amar?

A ti misma, pensó Hort. Cielos, ahora estoy juzgando a la gente.

Sonó el timbre y Hort, aliviado por la interrupción, apretó el control que abría la puerta. Era Gram, el jefe de enfermeros. Parecía contrariado.

—Era la hora de llevar a Linkeree al excusado —dijo, comenzando por el medio como de costumbre— y no estaba. Buscamos en todas partes. No está en el edificio.

—¡No está en el edificio! —resolló la señora Danol.

—Es la madre —aclaró Hort.

—Atravesó las placas del techo y salió por el sistema de aire acondicionado —continuó Gram—. Ignorábamos que fuese tan fuerte.

—¡Vaya, qué magnífico hospital!

Hort perdió los estribos.

—Señora Danol, la calidad clínica de este hospital es excelente, aunque su calidad *carcelaria* deje mucho que desear. ¿Por qué no se queja al gobierno? —De nuevo a la defensiva, demonios. Y esa zorra sigue contoneando los pechos. Creo que empiezo a entender a Linkeree—. Señora Danol, por favor aguarde aquí.

—No.

—Entonces váyase a casa. Pero le aseguro que estorbaré mientras buscamos a su hijo.

Ella le clavó una mirada fulminante y se quedó donde estaba.

Hort asintió.

—Como prefiera —dijo.

Cogió el control de la puerta, lo llevó consigo al salir de la oficina y cerró la puerta en las narices de la señora Danol cuando ésta intentó seguirlo.

Hort sintió una insana satisfacción por haber actuado así.

—Yo mismo la estrangularía —le comentó a Gram, quien no entendió la ironía y puso cara de preocupación—. Una broma, Gram. No me estoy volviendo homicida. ¿Adónde fue nuestro amigo?

Gram no tenía la respuesta, así que salieron a averiguarlo.

Linkeree estaba acurrucado contra la cerca del complejo gubernamental, kilómetros de metal resistente que separaban la civilización del resto del mundo. El viento nocturno soplaba ya desde la hierba espesa y las colinas ondulantes que daban su nombre a ese planeta, Pampas. Pero el sol aún estaba a dos dedos del horizonte, y Linkeree sabía que era visible desde lejos. Visible para la gente del gobierno que lo estuviese buscando, pero también para los vaqs que acechaban al otro lado del cerro, esperando a que un chico como él saliera para ser devorado.

No, pensó. No soy un niño.

Se miró las manos. Eran grandes y fuertes, pero suaves, sensibles y delicadas como las de un artista.

—Deberías ser artista —dijo la voz de Zad.

—¿Yo? —respondió Linkeree, divertido ante la sugerencia.

—Sí, tú —dijo ella—. Mira esto.

Y la mano de Zad recorrió la habitación, y como él no pudo evitar seguirle la mano, también vio: tapices sobre tapices en una pared, esperando a ser vendidos. Otra pared dedicada a gruesas alfombras y el enorme telar que Zad utilizaba para trabajar. Y otra pared con ventanas de techo a suelo (el vidrio es barato, le dijo alguien al arquitecto del gobierno), mostrando los lúgubres edificios gubernamentales, todos idénticos, donde vivían la mayoría de los habitantes de la capital, y más allá el edificio de Oficinas del Gobierno, desde el que se administraba la vida de miles de personas. Millones, si contabas a los vaqs. Pero nadie los contaba.

—No —dijo Zad, sonriendo—. Dulce, querido Linkeree, mira allí. Esa pared.

Linkeree miró y vio los dibujos a lápiz, los dibujos a pastel, los dibujos a tiza.

—Tú puedes hacerlo.

—Soy muy torpe.

Oh, eres muy torpe, había dicho su madre.

Zad le cogió las manos y se las llevó a la cintura.

—No creas —replicó riendo.

Y Linkeree había cogido el carboncillo, guiado al principio por la mano de Zad, para dibujar un árbol.

—Maravilloso —dijo ella.

Linkeree bajó los ojos y vio que había dibujado un árbol en el suelo. Alzó los ojos y vio la cerca. Me están persiguiendo, pensó.

—No permitiré que te pillen —había asegurado Zad.

Linkeree estaba avergonzado de haberle mentado y haberle dicho que era un criminal. ¿Pero cómo lo habría tratado ella si hubiera sabido que era sólo el recluido hijo de la señora Danol, dueña de todo lo que se podía poseer en Pampas? Habría sido tímida con él. En cambio, él fue tímido con ella. Zad lo había recogido en la calle, vagando de noche, después de sufrir un robo y una paliza; un hombre lo había atacado, otros dos lo habían golpeado al encontrarle los bolsillos vacíos.

—¿Acaso estás loco?

Él respondió que no, pero ahora sabía que estaba equivocado. A fin de cuentas, había asesinado a su madre.

Una sirena ululó en la clínica mental. Con una desgarradora desesperación, Linkeree se enrolló sobre sí mismo, deseando transformarse en arbusto. Pero eso no ayudaría en nada. Aquella era una zona defoliada.

—¿Qué has dibujado? —había preguntado Zad, y Linkeree lloró al recordarlo.

Sintió una picadura y ahuyentó al insecto con la mano. El dolor lo despabiló. ¿Qué estaba haciendo?

¿Qué estoy haciendo? Recordó la fuga, la carrera por el laberinto de edificios hasta el perímetro. El perímetro, porque representaba seguridad, la única esperanza. Recordó vagamente su temor de la infancia ante la llanura abierta: su madre le

contaba que los vaqs lo pillaban a uno si no se portaba bien y se comía la cena.

—No desobedezcas de nuevo, o dejaré que te atrapen los vaqs. Y ya sabes qué parte de los niñitos les gusta comer primero.

Qué mujer tan morbosa, pensó Linkeree por millonésima vez. Al menos no es hereditario.

Pero sí lo es. ¿No estoy escapando de una clínica mental?

Estaba confundido. Pero sabía que después de la cerca había seguridad, con vaqs o sin ellos; no podía quedarse en la clínica. ¿No había matado a su madre? ¿No había confesado que estaba contento de haberlo hecho? Y cuando comprendieran que no estaba loco, que había estrangulado a su madre a sangre fría en las calles públicas de Ciudad Pampas, sin el atenuante de la locura... qué va, lo matarían.

No moriría en sus manos.

El alambre de espinos lo arañó sin piedad, y el shock eléctrico del tope de la alambrada habría aturcido a una vaca, pensó Linkeree. Pero él se aferró obstinadamente, temblando bajo el impacto del voltaje; trepó; quedó colgado por unos instantes de los espinos hasta que la camisa se desgarró y lo dejó caer; permaneció tumbado en el suelo mientras vibraba otra alarma, esta vez en las cercanías.

Les indiqué dónde estoy, pensó. Qué idiota.

Se puso de pie, aún temblando por la electricidad, y echó a andar tambaleándose hacia el pastizal alto y crujiente que comenzaba a cien metros de la alambrada.

El sol había alcanzado el horizonte.

La hierba era áspera y afilada.

El viento era frío y cortante.

Linkeree no tenía camisa.

Moriré congelado aquí afuera. Moriré de frío. Y la parte socarrona que había en él se burló: *Lo mereces, matricida. Lo mereces, Edipo.*

No, no confundas las cosas. Es a tu padre a quien debes matar, ¿recuerdas?

—Vaya, un retrato mío ¿verdad? —preguntó Zad, viendo lo que había hecho con las acuarelas—. Es excelente, sólo que yo no soy rubia.

Él la miró preguntándose por qué había creído que era rubia.

Un ruido lo arrancó de sus evocaciones. No pudo discernir de dónde venía. Se detuvo, se quedó quieto, escuchando. Ahora, consciente de dónde estaba, notó que la hierba afilada le había arañado brazos, manos, vientre y espalda, y estaba manchado de sangre. Los bichos chupadores se le pegaban al cuerpo desnudo; los ahuyentó tiritando de revulsión. Cayeron, hinchados de sangre: una de las maldiciones de ese planeta, pues no dejaban picazón ni dolores, y un hombre podía morir desangrado sin enterarse siquiera de que lo estaban chupando.

Linkeree dio media vuelta y miró hacia atrás. A lo lejos parpadeaban las luces del

complejo gubernamental. El sol se había puesto, y el ocaso teñía la llanura de luz pálida.

El ruido se repitió. Aún no podía identificarlo, pero la dirección era más clara. Fue hacia allá.

A un par de metros había un bebé llorando débilmente, la mucosidad del parto aún adherida al cuerpo, la placenta arrojada sin ceremonias a un lado. Ésta estaba cubierta de chupadores. También el bebé.

Linkeree se arrodilló, ahuyentó a los chupadores, miró al niño, cuyos brazos y piernas rechonchos lo identificaban como un vaq. Pero aparte de eso, Linkeree no veía ningún indicio de que no fuera un bebé humano: la tez oscura debía probablemente su origen a años de exposición al caliente sol del mediodía. Recordaba que uno de los muchos preceptores con quienes había estudiado le había hablado sobre esa costumbre vaq. Se suponía que era la réplica de la antigua costumbre griega de abandonar a los bebés no deseados, para mantener la población en un nivel aceptable. El bebé sollozaba. Y Linkeree se encrespó al pensar en la injusticia de que ese bebé fuera escogido para morir por el bien de la... ¿tribu? ¿Los vaqs viajaban en tribus? Si el siete por ciento de los bebés debía morir por el bien de la tribu, ¿por qué no se podía desechar una séptima parte de cada niño? Imposible, ciertamente. Linkeree acarició los débiles brazos del niño. Era mucho más eficaz liberar al mundo de los niños no deseados.

Recogió al bebé con delicadeza (nunca lo había hecho, sólo los había visto en las incubadoras del hospital que su padre había construido y del cual, por lo tanto, Linkeree era *responsable*) y se lo llevó al pecho desnudo, extrañándose de que aún estuviera tibio. El llanto cesó unos instantes, y Linkeree espantaba de vez en cuando los chupadores que brincaban de la placenta a la tez del bebé o la suya.

Somos parecidos, le dijo al niño en silencio, somos parecidos: hijos no deseados. *Ojalá no hubieras nacido*, había dicho su madre; una frase que había pronunciado una sola vez, pero el recuerdo era nítido, el momento le había quedado impreso en la mente. No era un gesto melodramático. No era una farsa, como esos abrazos, esos besos y esos *estoy tan orgullosa de ti*. Era un raro momento de absoluta sinceridad: *Ojalá no hubieras nacido, y yo no estaría envejeciendo en este inmundo planeta*.

¿Entonces, Mamá, por qué no me dejaste morir en la llanura? Más considerado, mucho más considerado que haberme retenido en casa, matándome un siete por ciento cada vez.

El bebé lloró de nuevo, añorando una teta que sin duda ya estaba a muchos kilómetros de distancia, goteando leche para un niño que jamás mamaría. ¿La madre lloraría? ¿O sólo estaría irritada ante sus pechos sensibles, ansiando que se disiparan los últimos vestigios de la preñez?

Agazapado, el bebé en brazos, Linkeree se preguntó qué debía hacer. ¿Podría

llevar al niño al complejo? Incuestionablemente sí, pero a un precio. Primero, le pillarían, lo devolverían al hospital, donde pronto descubrirían que no estaba loco y le clavarían la aguja en las nalgas para ponerlo a dormir irrevocablemente. Y además estaba el niño. ¿Qué harían con un vaq en la capital? En un orfanato lo torturarían los otros niños, quienes siendo pobres y en general bastardos acogerían a esa criatura no humana como una cosa inferior que podrían atormentar para sentirse poderosos. En las escuelas, el niño sería tratado como un paria intelectual, incapaz de aprender. Vagaría de institución en institución, hasta que un día en la calle el tormento lo desquiciara y estrangulara a alguien y muriera por ese motivo.

Linkeree dejó al bebé en el suelo. Si los tuyos no te quieren, el forastero tampoco, dijo en silencio. El bebé lloraba desesperado. Muere, niño, pensó Linkeree, y termina tu sufrimiento.

—No hay nada que yo pueda hacer —vociferó.

—¿Cómo dices eso, cuando puedes pintar así? —replicó Zad.

Pero Linkeree veía con mayor claridad que ella. Se había propuesto pintar a Zad, pero había pintado a su madre. Ahora veía lo que no había visto en siete meses: la semejanza entre Zad y su madre. Por eso la había seguido por las calles la primera noche, la había observado, hasta que al fin ella había preguntado qué diablos...

—¿Qué diablos? —preguntó Zad.

Pero Linkeree no respondió; se limitó a hacer una pelota con la pintura (¡Eres un torpe, hijito!), se la apretó contra la entrepierna y allí se asestó un puñetazo brutal. Gritó de dolor. Se pegó de nuevo.

—¡Oye! ¡Deténte! No...

Y entonces vio, sintió, olió, oyó a su madre que se inclinaba sobre él, rozándole la cara con el cabello (un cabello fragante) y Linkeree se estremeció de furia impotente, una impotencia agudizada por nítidos recuerdos en los que hacía el amor hora tras hora con esa mujer en un apartamento lleno de pinturas, en un apartamento del gobierno en la parte baja de la ciudad. Ahora soy adulto, pensó, ahora soy más fuerte que ella, pero aún me controla, aún me ataca, aún espera mucho de mí y yo no sé qué hacer. Así que dejó de pegarse a sí mismo y buscó un blanco más apropiado.

El bebé aún lloraba. Linkeree quedó desorientado un momento, preguntándose por qué temblaba. Otra ráfaga de viento le recordó que esa noche era la noche en que moriría expiando sus pecados, como el bebé desangrado por los diminutos chupadores, roído por los animales mordedores que merodeaban en la noche, congelado por el viento. Sólo que el bebé no lo entendería, nunca lo habría entendido. Mejor morir sin saber. Mejor no tener recuerdos. Mejor no tener dolor.

Linkeree apoyó el pulgar y el índice en la garganta del bebé, para matarlo de una vez y ahorrarle la breve agonía nocturna. Pero cuando llegó el momento de apretar y cortar el aliento, Linkeree descubrió que no podía.

—No puedo matar —dijo—. No puedo ayudarte.

Se incorporó y echó a andar, dejando que el aullido del viento en la hierba ahogara los maullidos del niño. Las hojas le arañaban el pecho desnudo, y Linkeree recordó a su madre bañándolo.

—¿Ves? Sólo yo puedo frotarte la espalda. Me necesitas para estar limpio. Te necesito.

—Así me gusta, el buen chico de Mamá.

Sí, lo soy. Lo soy.

—¡No me toques! ¡No permitiré que ningún hombre me toque!

Pero dijiste...

—He terminado con los hombres. ¡Eres un bastardo y el hijo de un bastardo y me has hecho envejecer!

Pero Mamá...

—No, no. ¿Qué estoy haciendo? No es culpa tuya que los hombres sean así. Tú eres diferente, tú, mi dulce niño, abraza a Mamá... no tan fuerte, por amor de Dios, pequeño demonio. ¿Qué intentas hacer? ¡A tu cuarto!

Tropezó en la penumbra y se cayó, cortándose la muñeca en la hierba.

—¿Por qué me pegas? —gritó la mujer castaña que debía ser rubia.

Pero le pegó de nuevo, y ella se largó del apartamento, huyó hacia la escalera y salió trastabillando a la calle. Gracias a eso pudo alcanzarla, y en medio de la calle sofocó sus gritos mostrándole con precisión cómo era un hombre, echándose sobre ella durante un largo, largo rato.

Un cuchillo le pinchó el pecho.

Echado en la hierba, vio a un hombre bajo y rechoncho. No, no un hombre, un vaq, y no sólo uno, media docena, todos armados, aunque algunos aún se estaban levantando del suelo y parecían adormilados. Aturdido y dando traspiés había entrado en un campamento vaq.

Esto es mejor, pensó, que los chupadores y mordedores; temblando, con un escalofrío helado en la espalda, aguardó el cuchillo.

Pero el cuchillo no se le hundió en el corazón, y Linkeree se impacientó. ¿Acaso no era el heredero del hombre que más había hecho para perjudicar a los vaqs, el hombre cuyos tractores habían acabado con los medios de subsistencia de una docena de tribus, cuyos cazadores habían matado a los vaqs que atravesaban tierras que él consideraba propias? En este mundo soy dueño de la mitad de lo que vale la pena tener; matadme y sed libres.

Uno de los vaqs resolló de impaciencia. Hundiré el cuchillo, parecía decir. Así que él también resolló. Con impaciencia. Húndelo. Deprisa.

Sorprendido de que el muchacho hubiera repetido su propia sentencia de muerte, el vaq que le apoyaba el cuchillo en el pecho retrocedió un paso, empuñándolo aún,

apuntando hacia Linkeree. El vaq farfulló algo, una frase plagada de ronquidos y siseos. No era un lenguaje humano, enseñaban a los niños en las escuelas del gobierno, aunque Linkeree sabía que docenas de informes antropológicos declaraban que el idioma vaq era simplemente castellano corrompido, y los vaqs eran obviamente los descendientes de la nave colonial *Argentina*, que se había creído perdida en la primera década de colonización interestelar, miles de años atrás, cuando los hombres iniciaban sus tanteos desde el pequeño planeta que habían estropeado. Humanos. Definitivamente humanos, aunque el despiadado mundo de Pampas los hubiera seleccionado para la fealdad, la ignorancia, la ferocidad y la crueldad.

Los salvajes no tienen el monopolio de todo eso.

Linkeree estiró el brazo, cogió suavemente la mano que empuñaba el cuchillo, y se acercó la punta al vientre. Resolló de nuevo con impaciencia.

El vaq abrió los ojos y se volvió hacia sus compañeros, que estaban igualmente desconcertados. Farfullaron; algunos se alejaron de Linkeree, al parecer intimidados. Linkeree no entendía. Se hundió más el cuchillo; un hilillo de sangre mojó la hoja horizontal.

El vaq apartó el cuchillo de repente; con los ojos empapados de lágrimas, se arrodilló y cogió la mano de Linkeree.

Linkeree intentó alejarse. El vaq lo siguió dócilmente. Los demás se reunieron a su alrededor. Linkeree no entendía el idioma, pero sí los gestos. Comprendió que lo estaban adorando.

Manos suaves lo condujeron al centro del campamento. Pequeños braseros de peltre ardían en torno, siseando constantemente cuando los chupadores, buscando el calor, se alejaban de los vaqs y se congregaban para morir en el fuego.

Entonaron plañideras melodías que descendían y volvían a subir siguiendo el ímpetu y el aullido del viento. Lo desnudaron y lo tocaron por doquier, explorándolo con delicadeza, luego lo vistieron y lo alimentaron (Linkeree pensó con amargura en el bebé que ahora agonizaba en la hierba por falta de alimentos) y lo rodearon y se acostaron a su alrededor para protegerlo mientras dormía.

Os burláis de mí. Vine aquí a morir. Os burláis de mí.

Y Linkeree lloró amargamente, y ellos admiraron sus lágrimas, y al cabo de media hora, mucho antes de que despuntara la luna, Linkeree se durmió, sintiéndose burlado pero en paz.

La señora Danol estaba sentada en la oficina de Hort, los brazos cruzados, los ojos siguiendo cada movimiento del doctor.

—Señora Danol —dijo al fin Hort—, sería una ayuda para todos, incluida usted, que se fuera a casa.

—No —respondió ella ácidamente— hasta que ustedes encuentren a mi hijo.

—Señora Danol, ni siquiera lo estamos buscando.

—Por eso no me voy.

—El gobierno no envía exploradores a las llanuras en plena noche. Es un suicidio.

—Conque Linkeree va a morir. Le aseguro, señor Hort, que el hospital lamentará no haber hecho nada.

Hort suspiró. Sin duda el hospital lo lamentaría: las donaciones anuales de la familia Danol sumaban más de la mitad del presupuesto operativo. Algunos sueldos se esfumarían al instante. Ante todo el de Hort, desde luego. Sabedor de ello, y además porque estaba muy fatigado, Hort desistió de toda cortesía y señaló algunos datos desagradables.

—Señora Danol, ¿sabe usted que en el noventa por ciento de los casos, tratar a los padres del paciente es el paso más efectivo hacia una cura?

Ella tensó la boca.

—¿Y sabe usted que su hijo no es un verdadero psicótico?

Ella se echó a reír.

—Bien. Otra razón más para rescatarlo de aquí... si sobrevive esta noche en ese infierno que pasa por un planeta terraformado.

—En realidad, el hijo de usted está muy cuerdo, la mitad del tiempo... un joven inteligente y muy creativo. Muy parecido al padre. —Esta frase estaba destinada a azuzarla. Funcionó.

La señora Danol se levantó de la silla.

—No quiero que mencione a ese hijo de perra.

—Pero la otra mitad del tiempo, se lo pasa evocando la infancia. Todos los niños son dementes, para las pautas adultas. Sus estrategias defensivas y adaptaciones tienen tales características que consideramos loco de remate a un adulto que haga lo mismo. Paranoia, dramatización, negación, autodestrucción. Por alguna razón, señora Danol, el hijo de usted permaneció encerrado en las estructuras de relación de la infancia.

—Y usted opina que la razón soy yo.

—En realidad, no es una cuestión de opinión. Las únicas veces en que Linkeree actuó con cordura fueron las veces en que creía haberla matado. Creyéndola muerta, se comporta como un adulto. Creyéndola viva, se comporta como un bebé.

Había ido demasiado lejos. Ella gritó de rabia y le dio un sopapo. Los dedos le arañaron la cara; la otra mano barrió el escritorio, arrojando papeles y libros al suelo. Hort atinó a apretar el botón de llamada mientras contenía a la mujer con la mano libre. Pero había perdido un mechón de pelo y tenía magulladuras en los tobillos cuando los asistentes entraron y la aferraron, la sedaron y la llevaron a descansar en una sala del hospital.

Por la mañana. Las aves velludas de las llanuras estaban despiertas, y merodeaban en el amanecer engullendo a los parsimoniosos chupadores que se habían atiborrado con las criaturas nocturnas de los pastizales. Linkeree abrió los ojos, sorprendido ante la sensación naturalmente agradable de despertar al aire libre, tendido en un colchón de hierba, con el canto de los pájaros. ¿Hay una memoria racial de la vida al aire libre que me hace sentir tan cómodo?, se preguntó. Pero bostezó, se levantó y se despezó, sintiéndose pleno de vigor y de vida.

Los vaqs lo observaban, incluso mientras realizaban sus tareas matinales: recoger los útiles necesarios para la jornada, preparar un magro desayuno de carne fría y agua caliente. Pero después de comer se le acercaron, lo tocaron de nuevo, se arrodillaron de nuevo, haciendo señas ininteligibles con las manos. Cuando hubieron terminado (y Linkeree pensó amargamente que era extraño que el asesinato y la veneración fueran el único contacto que los hombres podían tener con los vaqs) condujeron a Linkeree fuera del campamento, hacia la dirección de donde él había venido.

Ahora, a plena luz del día, entendía por qué los vaqs eran unos adversarios tan formidables cuando se los desafiaba en su propio hábitat. Eran de baja estatura, y ninguno se erguía a mayor altura que los pastizales más tupidos, aunque Linkeree, que no era alto, veía claramente por encima de la hierba. La hierba tapaba las huellas, se cerraba tras ellos, ocultaba sus movimientos a todo observador o perseguidor. Un ejército de vaqs habría pasado inadvertido a un metro del observador más atento, pensó Linkeree, con cierta exageración.

Y entonces llegaron. Lo habían conducido de vuelta al sitio donde habían abandonado al bebé. Linkeree se asombró de que regresaran a la escena del delito. ¿No se avergonzaban del homicidio? Al menos podían tener la decencia de olvidar la existencia del niño, en vez de regresar para disfrutar del espectáculo.

Pero los vaqs formaron un círculo alrededor del pequeño cadáver (¿cómo habían logrado hallarlo de nuevo en el pastizal?) y Linkeree observó el cuerpo diminuto.

Un mordedor había acudido en la noche, y luego algunos más. Los primeros (sombras de las amenazas nocturnas de Mamá) habían arrancado los genitales del bebé, abriéndose paso hasta las blandas entrañas, desdeñando el tejido muscular. Pero el bebé y la placenta habían atraído una numerosa concentración de chupadores, y éstos se habían trasladado ávidamente al mordedor, mucho más tibio, y lo habían desangrado antes de que terminara de comer. Los otros mordedores murieron desangrados con mayor rapidez, pues cada vez más chupadores acudían, chupaban, desovaban y morían.

Luego fueron los pájaros, que echaron a volar cuando llegaron Linkeree y los vaqs. Habían devorado a los chupadores moribundos, pero ignorando los huevos de chupador adheridos a las hojas de hierba, donde esa noche se abrirían: los afortunados hallarían comida antes de morir de hambre, hallarían comida y se

reproducirían en una alocada vida de una sola noche.

Excepto por la entrepierna roída, el cuerpecito estaba intacto.

Los vaqs se arrodillaron, le hicieron un gesto a Linkeree y comenzaron a descuartizar el cuerpo del bebé. Las incisiones eran pulcras, precisas. De la clavícula a la entrepierna, un tajo en forma de U alrededor de los pechos, un corte prolongado a lo largo de los brazos, la cabeza arrancada por completo; todos los cortes eran rápidos y diestros, y en un santiamén despellejaron el cadáver.

Luego se pusieron a comer.

Linkeree observó atónito, mientras cada cual le convidaba con una loncha de carne cruda, como si fuera una ofrenda votiva. Linkeree sacudía la cabeza, y los vaqs murmuraban (agradecidos) y comían.

Cuando quedaron los huesos pelados, la piel y el corazón, los vaqs abrieron la piel y la depositaron frente a Linkeree. Recogieron la pila de huesos y se la ofrecieron. Él los aceptó, temeroso de rehusar ante tanto salvajismo. Luego ellos aguardaron.

Se preguntó qué hacer. Empezaban a inquietarse mientras él permanecía de rodillas, inmóvil, los huesos en las manos. Recordando vagamente sus estudios de historia clásica, arrojó los huesos al manto de piel y se levantó, enjugándose la sangre en los pantalones.

Los vaqs miraron los huesos, señalando ora uno ora el otro, aunque habían caído sin formar un diseño discernible para Linkeree.

Al fin, sin embargo, sonrieron, rieron, brincaron y bailotearon con deleite ante el presunto mensaje de los huesos.

Linkeree se alegró de que los portentos hubieran resultado favorables. ¿Qué habría hecho si los huesos hubieran presagiado un desastre?

Los vaqs decidieron recompensarlo. Recogieron la cabeza y se la ofrecieron.

Él la rechazó.

Quedaron desconcertados. Él también. ¿Debía comer la cabeza? Era repulsivo. El cuello cortado no sangraba, tenía el aspecto de un espécimen de laboratorio, le recordaba...

No, no lo haría.

Pero los vaqs no se encolerizaron. Parecieron comprender. Cogieron los huesos, los sepultaron por separado en sendos agujeros escarbados en el rico suelo donde crecía la hierba, tomaron la piel y la echaron sobre los hombros desnudos de Linkeree. Tal vez intentaban decirle que él era el niño. El gesto del jefe le confirmó que eso creían, en efecto, pues señaló la piel y la cabeza y luego a Linkeree, y después aguardó una respuesta.

Linkeree no sabía cómo responder. Si negaba que era el espíritu o sucesor o lo que fuera del niño, ¿lo matarían? Y si admitía que lo era, ¿completarían el sacrificio

matándolo a él? Cualquiera de las dos opciones podía ser el fin, y esa mañana no tenía el ánimo suicida.

De pronto, al escudriñar el rostro muerto del niño, recordando que la noche anterior el bebé estaba vivo y tibio, comprendió que en esa creencia había más verdad de la que pensaban. Sí, él era el niño, roído y cortado y devorado y sepultado en cien tumbas diminutas. Sí, él estaba muerto. Y asintió con la *cabeza*, manifestando su aceptación, su asentimiento.

Los vaqs también asintieron y uno por uno se acercaron para besarlo. Linkeree ignoraba si el beso era el preludio de una despedida o de un sacrificio; pero cada cual besó la cabeza del niño, que él sostenía en las manos, y al ver que posaban los labios en la frente, las mejillas o la boca del bebé Linkeree se sintió abrumado por la pena y el pesar; sollozó.

Viendo sus lágrimas, los vaqs se amilanaron, cuchichearon y desaparecieron en silencio en la alta hierba, dejando a Linkeree a solas con los restos del bebé.

El doctor Hort fue a ver a la señora Danol en cuanto despertó por la mañana. Ella estaba sentada en una de las salas privadas desocupadas, las manos entrelazadas sobre el regazo. Hort llamó a la puerta. Ella alzó la cabeza, le vio a través del ventanuco e hizo una seña para que entrase.

—Buenos días —dijo Hort.

—¿Buenos? —replicó ella—. Mi hijo ha muerto, doctor Hort.

—Tal vez no. No sería el primero que ha sobrevivido a una noche en el pastizal, señora Danol.

Ella sacudió la cabeza.

—Lamento el sermón de anoche —dijo él—. Estaba cansado.

—También estaba en lo cierto —respondió la señora Danol—. Desperté esta mañana a las cuatro, a pesar del sedante. Pensé en ello una y otra vez. Soy veneno. He envenenado a mi hijo con sólo ser su madre. Ojalá estuviera allí en la pradera, muriendo por él.

—¿Y de qué diablos serviría?

Ella sólo pudo responder con el llanto. Hort aguardó. Los sollozos se aplacaron al cabo de unos instantes.

—Lo lamento —dijo ella—. Me pasé la mañana entre llantos. —Miró a Hort con ojos suplicantes—. Ayúdeme.

Él sonrió, no con aire triunfal sino con afecto.

—Lo intentaré —repuso—. ¿Por qué no me cuenta en qué ha estado pensando?

Ella rió amargamente.

—No es preciso explorar ese albañal. Pasé buena parte del tiempo pensando en mi esposo.

—El cual le parece desagradable.

—El cual me parece aborrecible. Se casó conmigo porque era el único modo de llevarme a la cama. Se acostó conmigo hasta que quedé encinta; luego buscó otras diversiones. Le encantó que nuestro hijo fuera varón, y modificó el testamento para legárselo todo al muchacho. Nada para mí. Y cuando ya se había revolcado con todas las mujeres y muchos varones de este planeta, un tractor lo arrolló y yo aplaudí para celebrarlo.

—Gozaba de buena fama en el planeta.

—El dinero siempre goza de buena fama.

—La belleza también, a menudo.

Y ante eso ella volvió a llorar. Entre sollozos, con voz deformada y aniñada, atinó a decir:

—Yo sólo quería ir a Capitol. Ir a Capitol y conocer a los famosos e ingerir somec para vivir para siempre y ser bella para siempre. La belleza era toda mi fortuna: no tenía dinero ni educación ni talento, ni siquiera era madre. ¿Sabe usted lo que significa tener una sola cosa para que los demás te amen?

No, pensó Hort, pero veo que es una tragedia.

—Usted tenía la custodia de su hijo. Pudo haberlo llevado a Capitol.

—No, no pude. Es la ley, Hort. El dinero del planeta se debe invertir en el planeta hasta que adquiera pleno status provincial. Eso nos protege de la *explotación*. — Escupió esa palabra—. No nos darán somec hasta que seamos una provincia. ¡No tendremos acceso a la *vida*!

—Algunos no queremos dormir año tras año, sólo para permanecer jóvenes un tiempo más —dijo el doctor Hort.

—Entonces los locos son ustedes —replicó ella, y él casi estuvo de acuerdo. La vida eterna no le atraía. Pasar la vida durmiendo parecía una despreciable pérdida de tiempo. Pero conocía la desventaja, sabía que la mayoría de los que iban a las colonias eran gentes desesperadas o estúpidas; que los que tenían talento, los ricos y los esperanzados se quedaban donde había somec—. No sólo eso —continuó—. Mi maldito esposo legó a mi hijo toda su fortuna, todo. No se puede sacar ni un céntimo de Pampas.

—Vaya.

—Así que me quedé, con la esperanza de que cuando mi hijo creciera halláramos un modo de irnos...

—Si su hijo no hubiera nacido, usted habría heredado todo el dinero, libre de compromisos, y habría podido venderlo todo a un inversor externo para largarse.

Ella asintió y rompió a llorar de nuevo.

—Con razón odiaba a su hijo.

—Cadenas. Cadenas, atándome aquí arrebatándome mi único patrimonio

mientras los años se ensañaban con mi rostro y mi figura.

—Aún es bella.

—Tengo cuarenta y cinco años. Es demasiado tarde. Aunque hoy me fuera a Capitol, no permitirán que una persona con mas de cuarenta ingiera somec. Es la ley.

—Lo sé. Entonces...

—¿Entonces me quedo aquí y me resigno? Gracias, doctor, gracias. Tenerlo a usted es lo mismo que tener un sacerdote.

Desvió los ojos y masculló:

—Y ahora el chico se muere. Ahora, cuando es demasiado tarde. ¿Por qué demonios no murió hace un año?

Linkeree apisonó la tierra de la tumba donde había sepultado la cabeza y la piel del bebé. Las lágrimas se le habían secado; ahora el único líquido que tenía encima era el sudor, tras el esfuerzo realizado bajo el sol caliente para escarbar entre las gruesas raíces. Con razón los vaqs hacían hoyos superficiales para enterrar los huesos. Ya era por la tarde, y él apenas terminaba.

Pero mientras trabajaba, se había obligado a retroceder en el tiempo, reuniendo fríamente sus recuerdos, sepultándolos uno por uno en la tumba del niño. No fue Mamá la que maté en la calle, fue Zad. Mamá aún vive; me visitó ayer. Por eso huí del hospital; por eso quería morir. Porque si alguna vez hubo alguien que merecía vivir, era Zad. Y si alguien merecía morir, era Mamá.

Varias veces ansió encorvarse y ocultarse, replegarse bajo la fresca sombra de la hierba alta, negar que todo eso había ocurrido, negar que hubiera llegado siquiera a los cinco años de edad. Pero combatió ese sentimiento, insistió en los hechos, la historia entera de su vida, y luego la ocultó bajo la tierra.

Tú, niño, pensó. Yo soy tú. Anoche vine aquí para morir en el pastizal, para ser comido vivo, para que me succionaran la sangre. Y así ocurrió; y los vaqs comieron mis carnes y ahora estoy sepultado. Yo que te sepulto, niño, yo soy el tú que pudiste haber sido. No tengo pasado; sólo tengo futuro. Comenzaré desde aquí, sin madre, sin sangre en las manos, rechazado por mi propia tribu e inaceptable para los forasteros. Viviré entre extraños, de cualquier modo, y viviré sin trabas. Seré tú, y por tanto seré libre. Se sacudió la tierra de las manos, ignoró la dolorosa quemadura del sol de la espalda, se levantó. A su alrededor los huevos de chupador ya se abrían en las hojas de hierba, y los chupadores recién nacidos se devoraban entre sí. Sólo sobrevivirían unos miles, los más fuertes, alimentados por los demás. Linkeree evitó comparaciones obvias, dio media vuelta y echó a andar hacia el complejo gubernamental.

Eludió el portón, se encaramó a la cerca y soportó la electricidad que le sacudió el cuerpo cuando aferró el tope de la alambrada. Luego mientras sonaban las alarmas,

caminó hacia el hospital.

El doctor Hort estaba solo en la oficina, comiendo un almuerzo tardío de una bandeja que le había traído Gram. Alguien llamó a la puerta.

Hort abrió y entró Linkeree.

Hort quedó sorprendido, pero el hábito profesional le permitió disimularlo.

Miró con distanciamiento a Linkeree, quien caminó hasta la silla, se sentó y se reclinó con un suspiro.

—Bienvenido —dijo Hort.

—Espero no haber causado problemas —respondió Linkeree.

—¿Cómo fue tu noche en el pastizal?

Linkeree se miró los rasguños y cicatrices.

—Dolorosa. Pero terapéutica.

Un instante de silencio. Hort dio otro mordisco al emparedado.

—Doctor Hort, en este momento controlo la situación. Sé que mi madre está viva. Sé que maté a Zad. También sé que estaba enajenado cuando lo hice. Pero comprendo y acepto estas cosas.

Hort asintió.

—Creo, doctor, que ahora estoy en mi sano juicio. Creo que estoy viendo el mundo con tanta claridad como la mayoría de la gente, y que puedo comportarme bien. Salvo por una cosa.

—¿Cuál?

—Salvo que soy Linkeree, y en cuanto se sepa que soy capaz de hacerme cargo de las cosas, me obligarán a controlar una vasta fortuna y una gigantesca empresa que emplea a la mayoría de los habitantes de Pampas. Tendré que vivir en cierta casa de esta ciudad. Y en esa casa estará mi madre.

—Ah.

—No creo que mi cordura dure quince minutos, doctor, si tengo que vivir de nuevo con ella.

—Ella ha cambiado un poco. Ahora la comprendo mejor.

—Yo la he comprendido muchísimo durante años, y ella no cambiará nunca, doctor. Más importante, sin embargo, es el hecho de que yo no cambiaré mientras la tenga cerca.

Hort aspiró profundamente, se reclinó en la silla.

—¿Qué te sucedió en el desierto?

Linkeree sonrió lánguidamente.

—Morí y me sepulté. No puedo regresar a esa vida. Y si ello significa quedarme en esta clínica para siempre, fingiendo estar loco, eso haré. Pero no regresaré a vivir con Mamá. Si lo hiciera, tendría que convivir con lo que he odiado toda mi vida... y con el hecho de que maté a la única persona que amé. No es un recuerdo agradable.

Mi cordura no es algo agradable de conservar.

El doctor Hort asintió en silencio.

Llamaron a la puerta. Linkeree se puso tieso.

—¿Quién es? —preguntó Hort.

—Yo. La señora Danol.

Linkeree se incorporó bruscamente y caminó hasta un rincón que estaba lejos de la puerta.

—Atiendo a un paciente, señora Danol.

La voz de la mujer llegaba estridente a pesar de la puerta:

—Me dijeron que Linkeree había regresado. Le oí hablar con él.

—Váyase, señora Danol. Verá a su hijo en el momento oportuno.

—Le veré ahora. Tengo un documento que estipula que puedo verle. Me lo extendieron al mediodía en el tribunal. Quiero verle.

Hort se volvió hacia Linkeree.

—Previsora, ¿verdad?

Linkeree estaba temblando.

—Si entra, la mataré.

—De acuerdo, señora Danol. Sólo un momento.

—¡No! —gritó Linkeree con ademanes espasmódicos, como si quisiera desgarrar la pared para salir de espaldas por el boquete.

—Calma, Linkeree —susurró Hort—. No permitiré que se te acerque. —Hort abrió un armario y Linkeree quiso meterse dentro—. No, Linkeree.

Hort descolgó un traje de la percha, y una camisa limpia. Era el típico modelo de una sola pieza, un poco largo para Linkeree, pero la cintura y los hombros no le sentaban mal, y Linkeree no tenía un aspecto ridículo cuando terminó de vestirse.

—No sé qué espera ganar con esta demora, doctor Hort, pero veré a mi hijo —gritó la señora Danol—. ¡Le daré tres minutos y luego llamaré a la policía!

—Paciencia, señora Danol —respondió Hort—. Se tarda un poco en preparar a su hijo para verle.

—¡Pamplinas! ¡Mi hijo quiere verme!

Linkeree temblaba cada vez más. Hort lo rodeó con los brazos, lo estrechó con fuerza.

—Contrólate —susurró.

—Eso intento —respondió Linkeree, castañeteando los dientes.

Hort se metió la mano en el bolsillo, extrajo su identificación y su credencial y se los entregó a Linkeree.

—No denunciaré que los perdí hasta que hayas abordado una nave para irte.

—¿Nave?

—Lárgate a Capitol. Allí no tendrás problemas para encontrar un lugar. Incluso

sin dinero. Siempre hay sitio para alguien como tú.

Linkeree resopló.

—Eso es mentira y usted lo sabe.

—De acuerdo. Pero aunque te envíen de regreso aquí, tu madre ya habrá muerto para entonces.

Linkeree asintió.

—Aquí está el control de la puerta. Cuando yo te avise, ábrela.

—No.

—Abre la puerta y déjala pasar. Yo retendré a tu madre hasta que hayas salido y cerrado la puerta por fuera. Entonces no habrá manera de salir, excepto la llave maestra de Gram, y esta nota se encargará de ello. —Hort garrapateó una nota—. Él cooperará porque odia a tu madre casi tanto como yo. Es terrible que un psicólogo imparcial diga semejante cosa, pero a estas alturas a quién le importa.

Linkeree cogió la nota y el control de la puerta. Se plantó junto a la puerta, de espaldas a la pared.

—Doctor —dijo—, ¿qué le harán a usted por esto?

—Armarán un revuelo infernal. Pero sólo puede expulsarme un consejo de practicantes de medicina... el mismo grupo que puede hacer encerrar a la señora Danol.

—¿Encerrar?

—Ella necesita ayuda, Linkeree.

Linkeree sonrió, y se sorprendió al advertir que era su primera sonrisa en meses. Desde que Zad había muerto.

Tocó el botón.

La puerta se abrió y la señora Danol entró hecha una furia.

—Sabía que usted terminaría por ser razonable —declaró, y dio media vuelta para ver cómo Linkeree se escabullía por la puerta, cerrándola tan pronto que casi se quedó trabado.

La madre ya estaba gritando y golpeando cuando Linkeree entregó la nota a Gram, quien la leyó, miró al joven de hito en hito y asintió con la cabeza.

—Mueve el trasero, muchacho —dijo—. Lo que estamos haciendo se llama secuestro en algunos tribunales.

Linkeree dejó el control de la puerta en el escritorio y echó a correr.

Estaba en el sector de pasajeros de la nave, recobrándose del mareo que, según le habían dicho, era normal cuando le grababan la memoria por primera vez. Los patrones cerebrales que albergaban todos sus recuerdos y su personalidad estaban registrados en una cinta almacenada en la cabina de la nave, y él aguardaba en una mesa a que le inyectaran el somec. Cuando despertara y le devolvieran la memoria en

Capitol, sólo recordaría hasta el momento de la grabación. Estos momentos, entre la grabación y la extracción, se perderían para siempre.

Por eso evocaba al bebé cuyo cuerpecito tibio había abrazado, y por eso se permitió un lamento por no haberlo salvado ni protegido, por no haberle dejado vivir.

No, yo viviré por él.

Pamplinas. Viviré por mí.

Vinieron a clavarle la aguja en las nalgas, no para el sueño helado de la muerte, sino para el sueño ardiente de la vida. Y cuando el ardiente dolor del somec le barrió el cuerpo, se encogió como una pelota y exclamó:

—¡Madre! ¡Te amo!

¿Y QUÉ HAREMOS MAÑANA?

De toda la gente de Capitol, Mamá —la emperatriz— era la única a quien se permitía despertar en su propio lecho, el lecho donde había dormido con Selvock Gray antes de que él muriese ochocientos años atrás. Mamá no sabía que el lecho original se había desmoronado hacía siglos; siempre lo rehacían, muescas y arañazos incluidos, para que ella despertara allí y permaneciera sola un instante, recordando.

Sin murmullos del personal. Sin arrebatos de fiebre. De toda la gente de Capitol, sólo Mamá recibía la delicada combinación de drogas que transformaban el despertar en un deleite. Cada uno de sus despertares costaba más que el presupuesto entero de una nave colonial.

Y así ella remoloneaba en el lecho, fresca y sin sentirse demasiado vieja. Se preguntó que edad tenía y decidió que debía andar por los cuarenta. He de ser madura, dijo, y extendió las piernas para tocar ambos costados de la cama.

Se acarició el vientre desnudo con las manos, y no lo halló tan liso ni tan firme como cuando Selvock había ido a visitar a Jerry Crove y de paso había seducido a su nieta de quince años. ¿Pero quién había seducido a quién? Selvock nunca lo supo, pero Mamá lo había escogido como el hombre mejor dotado para lograr algo para lo cual su abuelo era demasiado bondadoso y su padre demasiado débil: la conquista y unificación de la especie humana.

Era mi sueño, se dijo Mamá. Mi sueño, y necesitaba a Selvock para realizarlo. Él se manchó de sangre en una docena de guerras, envió flotas aquí y allá, pero era yo quien trazaba los planes, yo quien hacía mover los engranajes, yo quien despachaba las naves estelares hacia su destino. Yo obtuve el dinero mediante sobornos, extorsiones y asesinatos.

Y luego, el día en que Selvock confiaba en la victoria, ese ruso bastardo lo liquidó de un pistoletazo (¡nada menos!) y Mamá se quedó sola.

Permaneció desnuda en la cama, recordando las caricias de Selvock sobre su piel, la mano tensa y suave, y lo echó de menos. Lo echaba de menos, pero no lo necesitaba. Ahora gobernaba el universo humano, y podía tener lo que quisiera.

Dent Harbock estaba sentado en la sala de control, observando el monitor. Mamá se masturbaba en la cama. ¡Si la gente pudiera ver un holograma de este espectáculo! Estallarían una revolución en menos de una hora. O tal vez no. Tal vez de veras la consideraban —¿cómo la había llamado Nab?— una madre telúrica, una imagen de fertilidad.

Si era tan fértil, ¿por qué no tenía hijos?

Nab entró en la sala de control.

—¿Cómo anda la vieja zorra?

—Soñando con conquistas. ¿Por qué nunca tuvo hijos?

—Si crees en un dios, dale las gracias por eso. Es mejor que las cosas estén así.

La única figura regia del universo es una mujer madura a quien debemos despertar un día cada cinco años. No hay reyertas familiares. Ni guerras de sucesión. Y nadie trata de decirle al gobierno lo que debe hacer.

Dent rió.

—Mejor pon la música. Nos espera un día atareado.

La música comenzó y Mamá se puso alerta. Ah, sí. Era la hora. Ser emperatriz no consistía sólo en lujos y recuerdos gratos. También había responsabilidad. Había tareas que hacer.

Soy perezosa, ahora que estoy en la cima del poder, se dijo. Pero debo mantener los engranajes en marcha. Debo saber qué está pasando.

Se levantó y se puso la sencilla túnica que usaba siempre.

—¿De veras va a ponerse eso?

—Era el estilo de moda cuando ella gobernaba en activo. Los que duermen largos períodos tienen esa costumbre... se aferran a un elemento familiar.

—Pero Nab, parece una reliquia del Pleistoceno.

—La mantiene feliz. Queremos que sea feliz.

La primera tarea eran los informes. Los ministros debían presentarlos personalmente, y para los ministros nuevos, los nombrados mientras Mamá dormía, hablar con ella era como presentarse a examen. El ministro de flotas, el ministro de ejércitos y el ministro de la paz fueron los primeros. Ellos le comunicaron las novedades sobre la guerra.

—¿Con quién estamos en guerra? —preguntó Mamá.

—No estamos en guerra —dijo el ministro de ejércitos.

—Tu presupuesto se ha duplicado, y la cantidad de reclutas también es doble de la que teníamos ayer. Es mucho cambio en cinco años. Y no me vengas con patrañas sobre la inflación. ¿Contra quién estamos luchando, amigos míos?

Se miraron de soslayo, ocultando apenas su enfado. Fue el ministro de flotas quien respondió, afectando desprecio por sus colegas.

—No queríamos molestarte con esto. Es sólo un conflicto fronterizo. El gobernador de Sedgway se rebeló hace un tiempo, y ha logrado obtener cierto apoyo.

Dentro de pocos años lo tendremos bajo control.

Ella sonrió son sorna.

—Vaya un ministro de flotas. ¿Cómo controlarás algo dentro de pocos años cuando se tardan veinte o treinta en llegar allá, incluso en nuestras naves lumínicas?

El ministro de flotas guardó silencio. Intervino el ministro de ejércitos.

—Queríamos decir, naturalmente, pocos años después de la llegada de las flotas.

—¿Un simple conflicto fronterizo? ¿Entonces por qué duplicar el ejército?

—Antes no era muy numeroso.

—Yo conquisté... mejor dicho, mi esposo conquistó la galaxia conocida con la décima parte de esos efectivos. Lo considerábamos una fuerza numerosa. Creo que estáis mintiendo. Creo que tratáis de ocultar que esta guerra es más seria de lo que pensasteis.

Protestaron. Pero ni siquiera sus cifras falsas lograron ocultar la verdad.

Nab rió.

—Les dije que no mintieran. Todos creen que pueden burlar a una mujer madura que se pasa el tiempo durmiendo, pero esa zorra es demasiado lista. Qué te juegas a que los despide.

—¿Puede hacerlo?

—Puede. Y lo hace. Es la única facultad que le queda, y los necios que preparan sus informes sin seguir mis consejos siempre terminan por perder el empleo.

Dent quedó desconcertado.

—Pero Nab, cuando los despide, ¿por qué no conservan el puesto y le envían a un subalterno?

—Una vez se intentó, antes que tú nacieras, muchacho. A ella le bastaron tres preguntas para descubrir que el subalterno no estaba habituado a impartir órdenes como ministro; le bastaron tres preguntas más para averiguar que la habían engatusado. Ordenó que le trajeran al pobre diablo que había intentado engañarla, y sentenció al ministro y al subalterno a muerte, por traición.

—Estás bromeando.

—Para que veas si bromeo, te diré que tardaron dos horas en convencerla de que no debía dispararles ella misma. Estaba empeñada en asegurarse de que se hiciera bien.

—¿Qué les pasó al fin?

—Los expulsaron de los niveles elevados de consumo de somec y los enviaron a administrar sectores de planetas cercanos.

—¿Ni siquiera pudieron quedarse en Capitol?

—Ella insistió.

—¿Pero entonces ella gobierna de veras?

—Por supuesto que no.

El penúltimo era el ministro de colonización. Era nuevo en su puesto, y estaba muerto de miedo. Él, al menos, había creído las advertencias de Nab.

—Buenos días —dijo.

—¿A quién tratas de impresionar? Odio esos alegres saludos matinales. Siéntate y pásame tu informe.

Al ministro le temblaban las manos cuando entregó el informe. Ella lo leyó, deprisa pero con atención, y se lo devolvió enarcando una ceja.

—¿Quién concibió este plan increíble?

—Bien... —balbuceó él.

—¿Bien? Nada está bien.

—Es un programa continuo.

—¿Continuo?

—Pensé que lo conocías por informes anteriores.

—Lo conozco. Un modo singular de dirigir la guerra. Multiplicar nuestras colonias para superar en número a esos bastardos. Magnífico plan. ¡No ha aparecido en ningún informe hasta ahora, tonto! Venga, ¿quién lo urdió?

—No lo sé —murmuró él, compungido.

Ella rió.

—Eres una joya. Un gabinete lleno de mentecatos, y tú eres el peor. ¿Quién te habló del programa?

El ministro parecía incómodo.

—El subministro de colonización, Mamá.

—¿El nombre?

—Doon. Abner Doon.

—Lárgate de aquí y di al canciller que quiero conocer al tal Abner Doon.

El ministro de colonización se levantó y se marchó.

Mamá se quedó en la silla, mirando sombríamente las paredes. Las cosas se le escurrían de las manos. Lo notaba. En el último despertar ya había habido algunos indicios. Un toque de furtividad. Esta vez habían intentado mentirle varias veces.

Necesitaban un escarmiento. Los escarmentaré, decidió. Si es necesario, permaneceré despierta dos días. O incluso una semana. La idea era fascinante. Permanecer despierta varios días consecutivos. Una perspectiva excitante.

—Traedme una muchacha —dijo—. Una muchacha de unos dieciséis años. Necesito hablar con alguien que comprenda.

—Tu turno, Hannah —dijo Dent. Hannah estaba nerviosa—. No te preocupes,

niña. No es una perversa. Sólo quiere hablar. Pero recuerda, como dijo Nab, no mientas. No le mientas en nada.

—Deprisa, ella te espera —interrumpió Nab. La muchacha se fue de la sala de control, atravesó el pasillo y golpeó suavemente la puerta.

—Entra —dijo Mamá—. Entra.

La muchacha era encantadora, cabello pelirrojo y largo, actitud desmañada y tímida.

—Acércate, niña. ¿Cómo te llamas?

—Hannah.

Entablaron conversación. Una extraña conversación para Hannah, quien sólo conocía las habladerías de los jóvenes de la sociedad privilegiada de Capitol.

La mujer madura insistía en sus evocaciones, y Hannah no sabía qué responder.

Pronto comprendió que no era preciso hablar mucho. Sólo tenía que escuchar y fingir interés de vez en cuando.

Al poco tiempo no necesitó fingir interés. Mamá era una reliquia de otra época, una época antigua en la que había habido árboles en Capitol y el planeta se llamaba Crove.

—¿Eres virgen? —preguntó Mamá.

No mientas, recordó Hannah.

—No.

—¿A quién te entregaste?

¿Qué importa? Ella no lo conoce.

—Un artista. Se llama Fritz.

—¿Es bueno?

—Todo lo que hace es bello. Sus obras se venden por...

—En la cama, quiero decir.

Hannah se sonrojó.

—Fue esa única vez. Yo no era muy buena. Él fue considerado.

—¡Considerado! —bufó Mamá—. Considerado. ¿Quién pide a un hombre que sea considerado?

—Yo —dijo Hannah con aire desafiante.

—Si un hombre es considerado, querida mía, no puedes manejarlo. Desperdiste una oportunidad de oro. Yo entregué mi virginidad a Selvock. Historia antigua para ti, niña, pero para mí no fue hace tanto tiempo. Yo era una zorra calculadora, ya entonces. Sabía que el que me desflorase estaría en deuda conmigo. Y cuando vi a Selvock Gray, supe de inmediato que él era el hombre a quien quería por deudor.

»Lo llevé a cabalgar. Tú no sabes lo que es un caballo, pues ya no existen en

Capitol. Es una pena. Al cabo de algunos kilómetros, le pedí que quitara los arcos para que montáramos a pelo. Y al cabo de varios kilómetros más le pedí que se quitara la ropa y me quité la mía. No hay nada como cabalgar a pelo desnuda. Y entonces, no puedo creer lo que hice, pero obligué a mi caballo a trotar. A los hombres no les gusta trotar aunque tengan estribos, pero sin estribos y sin ropa, el trote era un suplicio para el pobre Selvock. Casi castré al pobre diablo. Pero era demasiado orgulloso para quejarse. Aferraba el caballo, palideciendo a cada salto. Y al fin me dejé llevar y di rienda suelta al caballo.

»Era como volar. Y cada roce de los músculos del caballo en la entrepierna es como un amante. Cuando nos detuvimos, estábamos empapados de sudor de caballo, pero él estaba tan excitado que no pudo aguantarse y me poseyó sobre la grava, al borde de un precipicio. Entonces había precipicios en Crove. Yo no era muy buena, siendo una novata, pero sabía lo que hacía. Lo había excitado tanto que él ni siquiera notó que yo no colaboraba mucho. Y lo salpiqué todo de sangre. Muy impresionante. Él fue muy gentil conmigo. Condujo los caballos para que yo pudiera montar de costado, hallamos la ropa e hicimos el amor de nuevo antes de regresar. No me dejó nunca. Conoció a muchas mujeres, naturalmente, pero siempre regresaba a mí.

Para Hannah era un mundo increíble: montar un animal, cabalgar durante kilómetros sin toparse con nadie, hacer el amor al borde de un precipicio.

—¿Y la grava no te causó dolor? ¿No son piedrecitas?

—Un dolor infernal. Me pasé días sacándome guijarros de la espalda. —Mamá rió—. Tu entrega fue muy fácil. Pudiste aspirar a más.

Hannah puso aire melancólico.

—Hoy ya no quedan conquistadores.

—No te engañes, niña... Hannah. Hay más conquistadores de los que crees.

Charlaron una hora más. Luego Mamá recordó que había trabajo que hacer y despidió a la muchacha...

—Buen trabajo, Hannah. Como una actriz.

—No fue tan malo —dijo Hannah—. Ella me agrada.

—Es una dama simpática —rió Dent.

—Lo es —repuso Hannah a la defensiva.

Nab la miró a los ojos.

—Ha asesinado personalmente a más de veinte hombres. Y ha dispuesto la muerte de algunos centenares. Sin contar las guerras.

Hannah se enfadó.

—¡Pues entonces merecían morir!

Nab sonrió.

—Aún teje su vieja telaraña, ¿eh? Y te pilló bien. No importa. Ahora tendrás

somec, con tres años de antelación. Disfrútalo. Sólo una mujer cada cinco años logra conocer a Mamá. Y no puedes referirle el encuentro a nadie.

—Lo sé —dijo ella.

Y luego, inexplicablemente, lloró. Quizá porque había llegado a amar a Mamá en esa hora de conversación. O quizá porque no había caballos que montar, y la primera vez había sido en el dormitorio de sus padres, mientras ellos estaban fuera. Un robo, no una libre entrega a plena luz del sol en un peñasco. Se preguntó cómo sería estar en un peñasco. Se imaginó de pie en el borde, mirando el abismo. Pero era demasiado hondo. Metros y más metros. En su imaginación retrocedió un paso. Los precipicios eran para tiempos antiguos.

—Conque tú eres Abner Doon.

Doon asintió. La mano no le temblaba. La miraba sin vacilar, con ojos profundos. Mamá se sintió algo turbada. No estaba acostumbrada a que la observaran con tanto aplomo. Esa mirada era casi amistosa.

—Por lo que sé tú concebiste ese astuto plan para colonizar planetas más allá de las posesiones del enemigo.

Abner sonrió.

—Parecía más productivo que exterminar a la especie humana.

—Librar una guerra construyendo más que el enemigo. Admito que la idea es novedosa. —Se apoyó la cabeza en la mano, preguntándose por qué no deseaba atacar a aquel hombre. Quizá porque le agradaba. Pero se conocía, y sabía que no lo había atacado porque aún no conocía su punto débil—. Cuéntame, Abner, ¿qué extensión tienen las posesiones del enemigo?

—Alrededor de un tercio de los planetas habitados —respondió Doon.

Dent se sobresaltó, luego se enfadó.

—¡Se lo ha dicho! ¡Acaba de decírselo! El canciller le arrancará la cabeza.

Nab sonrió.

—Nadie le arrancará la cabeza. No se cómo se las apañó, pero él y esa muchacha, Hannah... ambos entienden a esa zorra. Debes hablarle con precisión, aunque estés mintiendo.

—¡Él lo está desbaratando todo!

—No, Dent. Los demás ministros se desbarataron solos. ¿Por qué iba a hundirse con ellos? Ese majadero es más listo de lo que pensé.

Ella conversó con Doon durante quince minutos. Era inaudito, pues ni siquiera los

ministros obtenían audiencias de más de diez. Y el canciller permanecía fuera, esperando en la antesala.

—Amigo Doon, ¿cómo soportas ser tan bajo?

Doon fue tomado al fin por sorpresa, y ella saboreó una pequeña victoria.

—¿Bajo? —preguntó Doon—. Sí, supongo que lo soy. Bien, no es algo que pueda controlar, así que no pienso en ello.

—¿Y qué puedes controlar?

—La sección de asignaciones del ministerio de colonización —respondió él.

La emperatriz rió.

—No es una lista completa, ¿verdad, amigo Doon?

Él ladeó la cabeza.

—¿De veras quieres una respuesta?

—Oh, sí. Claro que sí.

—Pero no te la daré, Mamá. No aquí.

—¿Por qué no?

—Porque en la sala de control hay dos hombres que escuchan todo lo que decimos y graban todo lo que hacemos. Hablaré libremente contigo cuando no tengamos público.

—Les ordenaré que dejen de escuchar.

Doon sonrió.

—Ah, entiendo —dijo Mamá—. Yo reino, pero no siempre gobierno. ¿Eso estás insinuando? Bien, ya nos encargaremos de ello. Condúceme a la sala de control.

Doon se levantó, y ella lo siguió fuera de la habitación.

—¡Nab! ¡Nab, la trae aquí! ¿Qué hacemos?

—Actúa con naturalidad, Dent. No vomites sobre la cámara.

La puerta de la sala de control se abrió, y Doon hizo entrar a Mamá.

—Buenas tardes, caballeros —dijo la emperatriz.

—Buenas tardes, Mamá. Yo soy Nab, y este guiñapo aterrorizado es mi ayudante, Dent.

—Luego vosotros sois los que escucháis y atendéis cada solicitud mía.

—En lo posible, por supuesto. —Nab era la viva imagen del aplomo.

—Monitores. Televisión. ¡Qué extraño!

—Se decidió que los hologramas no serían adecuados.

—Patrañas, Nab —dijo Mamá—. Ésta es una holocámara.

—Tan sólo para los registros históricos. Nadie la mira nunca.

—Me alegra saber hasta qué punto me vigilan. Tendré más cuidado con lo que hago con mi cuerpo por la mañana. —Se volvió hacia Doon—. ¿Podemos encontrarnos en algún sitio dónde los pájaros no espíen desde los árboles?

—A decir verdad —respondió Doon—, poseo el único lugar de Crove donde los pájaros espían desde los árboles.

Mamá quedó estupefacta.

—¿Pájaros verdaderos?

—Con excremento incluido. Hay que mirar dónde se pisa.

A Mamá le temblaba la voz de ansiedad.

—¡Llévame allí! ¡Llévame! —Se volvió hacia Nab y Dent—. Y vosotros dos, sacad esta cámara. Podéis escuchar y mirar, pero no debe haber un registro. ¿Comprendéis?

Nab accedió amablemente.

—Estará hecho antes de tu regreso.

Ella lo miró con sorna.

—No tienes la menor intención de hacerlo, Nab. ¿Me tomas por tonta?

Y salió por la otra puerta, que Doon mantenía abierta.

Cuando cerraron la puerta, Dent se atragantó y vomitó en un cesto. Nab lo miró sin inmutarse.

—No has aprendido nada, ¿eh, Dent? Ella no es de temer.

Dent meneó la cabeza y se enjugó los labios. El ácido estomacal le ardía en las fosas nasales y en el gaznate.

—Trae a los técnicos. Tenemos que conectar la holocámara en otra parte. Y arrancaremos algunos escuchas de pared, que los obreros estarán reparando cuando ellos lleguen. Tiene que parecer que hemos quitado los láseres. ¡Apresúrate, muchacho!

Dent se detuvo en la puerta.

—¿Qué le harán a ese tal Doon?

—Nada. Mamá le tiene simpatía. Simplemente lo utilizaremos para mantenerla feliz más adelante. Ese hombre es una nulidad.

Mamá notaba el creciente placer de Doon mientras atravesaban, bajo fuerte custodia, los corredores despejados, hasta que al fin llegaron a una puerta donde Doon pidió a los Niños que aguardaran en otra parte.

—Más te vale que esto valga la pena, Doon —dijo Mamá, sabiendo que así sería por el modo de actuar de Doon.

—Valdrá la caminata. Aunque tú caminabas mucho más en tu infancia.

—Kilómetros y kilómetros. Qué palabra tan maravillosa. Evoca ascensos y descensos por las colinas. Una palabra viajera. Kilómetros. Muéstrame ese lugar donde los pájaros cantan en los árboles.

Doon abrió la puerta.

Ella entró con paso rápido, aminoró la marcha, se detuvo. Y al cabo de un instante

comenzó a pasearse entre los árboles, deteniéndose sólo para quitarse los zapatos y hundir los pies descalzos en la hierba y la tierra. Un pájaro la rozó con las alas. Una brisa le abrió el cabello en abanico. Mamá rió.

Riendo, se apoyó en un árbol, palpó la corteza con las manos, se deslizó contra el árbol, se sentó en la hierba. Un sol brillante ardía en lo alto.

—¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo retuviste este paraje? La última vez que toqué un suelo como éste, tenía veinte años, y era uno de los escasos parques que quedaban en Capitol.

—No es real —respondió Doon—. Los árboles, las aves y la hierba sí son reales, desde luego, pero el cielo es una cúpula y el sol es artificial. Aun así, puede broncearte.

—Siempre me salían pecas. Pero me importaba un rábano, pues adoro el sol.

—Lo sé —repuso Doon—. Yo digo a todo el mundo que este lugar ha sido modelado a imitación de Jardín, un planeta donde restringen la inmigración y la industria se mantiene al mínimo. Pero tú sabes a qué se parece en realidad.

—Crove —dijo ella—. ¡El mundo de mi abuelo! Lo que era este planeta antes de que lo embutieran en una faja metálica semejante a un gigantesco cinturón de castidad, aislándolo para siempre de la vida. Oh, Doon, tendrás lo que quieras, sólo déjame pasar una tarde aquí en cada despertar.

—Me alegrará recibirte. Sólo tú sabes lo que esto significa.

—De todos modos, tú quieres algo de mí.

Doon sonrió.

—¿Quieres nadar?

—¿Tienes agua?

—Un lago. Agua cristalina. Aunque un poco fría.

—¿Dónde?

La condujo hasta el agua, y sin titubear ella se desnudó y se zambulló. Doon se reunió con ella en el centro del lago, donde ella flotaba de espaldas, mirando una nube que cruzaba el sol.

—Debo de haber muerto —dijo Mamá—. Esto debe de ser el paraíso.

—¿Eres creyente? —preguntó Doon.

—Sólo creo en mí. Construimos nuestros propios paraísos. Y veo, Doon, que tú has creado un paraíso apropiado. Bien, de todos los hombres con quienes hablé hoy, eres el único que no es un zopenco consumado.

—No aspiro a ser más que mis superiores.

Ella rió, moviendo las manos para impulsarse suavemente en el agua. Doon también se tendió de espaldas, y ambos conversaron sintiendo el murmullo del agua en los oídos.

—La lista completa, amigo Doon —dijo ella.

—Lo que te he dicho. Parte del ministerio de colonización.

—¿Y?

—El resto del ministerio. Y el resto de los ministerios.

—¿Todos?

—De un modo u otro. Nadie lo sabe, sin embargo. Sólo soy dueño de la gente que es dueña de la gente que los controla. No me intereso mucho en los asuntos cotidianos.

—Bien hecho. Déjales creer que son independientes. ¿Y?

—¿Y?

—¿El resto de la lista?

—Ésa es la lista. Todos los ministerios. Y los ministerios controlan todo lo demás.

—No todo. No el somec.

—Oh, sí. El organismo independiente e intocable. Sólo Mamá puede fijar normas para la Casa del Sueño.

—Pero también la controlas, ¿verdad?

—En rigor, primero tuve que adueñarme de ella. Eso me permitió controlar quién despertaría cuándo. Muy útil. Así puedo liberarme de ciertos individuos desagradables. Si son débiles, les asigno un nivel inferior de somec, y mueren muy pronto. Si son fuertes, les asigno un nivel superior, y no despiertan con tanta frecuencia como para molestarme.

—¿Gobiernas mi imperio, pues?

—En efecto —respondió Doon.

—¿Me has traído aquí para matarme?

Doon giró en el agua y pataleó, mirándola con alarma.

—No creerás eso, ¿verdad? Jamás lo haría, Mamá, jamás. Te admiro demasiado. He seguido cada uno de tus pasos. El modo en que controlaste el imperio desde el principio, cuando todos creían que era tu esposo Selvock, el pobre semental.

—No era un gran semental —reflexionó Mamá—. Nunca tuvo un hijo con nadie.

—No, Mamá. Pero tú eres la única persona del mundo que podría detenerme. Y yo sabía que tarde o temprano comprenderías quién era yo y lo que estaba haciendo. Esperaba con ansias este encuentro.

—¿De veras? Yo no.

—¿No?

Doon empezó a dar brazadas enfilando hacia la orilla. Poco después Mamá lo siguió y lo halló echado en la hierba.

—Tienes razón —dijo—. Yo ansiaba conocerte. El ladrón que me lo arrebataría todo.

—En absoluto —repuso Doon—. Ladrón no. Sólo tu heredero.

—Me propongo vivir para siempre.

—Si me salgo con la mía, lo harás.

—Pero tú no quieres simplemente poseer mi imperio, Doon. No sólo quieres heredar.

—Considéralo un trampolín. Si no hubieras construido este imperio, yo tendría que hacerlo. Pero como está construido, lo derrumbaré y emplearé los ladrillos para hacer algo mejor.

—¿Mejor que esto?

—¿No hueles la decadencia? Nada está vivo en este planeta. Ni la gente, ni la atmósfera, ni la piedra, nada. Todo está muerto, nada va a ninguna parte. Todo el Imperio es así. Yo voy a darle caña.

—¡Darle caña! —rió ella—. ¡Eso ya era arcaico cuando yo era niña!

—Estudio las cosas viejas —respondió Doon—. Las cosas viejas son hoy las únicas nuevas. Tú fuiste grande. Construiste algo bello.

Ella se sentía feliz. El sol le bañaba el rostro por primera vez en décadas (siglos, en realidad, pero como no había vivido esos años, no los sentía); había nadado en agua fresca, y había conocido a un hombre que quizá, por qué no, fuera su igual.

—¿Qué quieres que haga? ¿Qué te nombre canciller? ¿Qué me case contigo?

—No —dijo Doon—, nada de eso. Sencillamente déjame continuar. No te interpongas. No me fuerces. Necesito unos siglos más. Y luego todo se hará añicos.

—Aún podría detenerte —dijo ella.

—Lo sé. Pero te pido que no lo hagas. Nadie estaba en posición de detenerte a ti. Te estoy pidiendo mi oportunidad.

—Tendrás tu oportunidad. A cambio de un favor.

—¿Cuál?

—Cuando decidas actuar y todo se haga añicos, por usar tu expresión, llévame contigo.

—¿A qué te refieres?

—No se necesitará a Mamá en el universo que estás creando, Abner.

—¿Pero habrá lugar para Rachel Crove?

El nombre fue como un martillazo. Nadie la llamaba así desde... desde...

Y de nuevo fue joven, y un hombre que era su igual, o casi, yacía desnudo a su lado, y ella extendió las manos para abrazarlo.

—Llévame contigo —susurró—. Poséeme.

Él la poseyó.

Se tendieron en la hierba mientras se ponía el sol, y ella se sintió más colmada que nunca desde aquel día en un peñasco de Crove, cuando había iniciado su carrera de conquistas. Sólo que esta vez la conquistada era ella, y lo sabía, y estaba dispuesta.

—En cada despertar —dijo—, debes contarme tus planes. Debes mostrarme lo que estás construyendo, y dejarme observar.

—Lo haré. Pero no podrás hacer sugerencias.

—Ni soñarlo. Eso sería hacer trampa, ¿verdad?

—No eres muy buena amante —dijo Doon.

—Tú tampoco —respondió ella riendo—. ¿A quién diantres le importa?

Mamá regresó media hora antes de su gran entrada en la Fiesta del Despertar de Mamá, el mayor evento social de Capitol. Nab estaba enfadado.

—Mamá, Mamá, nos has tenido muy preocupados.

Ella lo miró de soslayo y frunció el ceño.

—Yo estaba en buena compañía. ¿Y tú?

Nab miró a Dent.

—Me temo que no.

Dent rió nerviosamente.

—¿Ni siquiera puedes sulfurarte un poco, muchacho? —le gruñó Mamá—. Es aburridísimo que todos intenten ser amables. Bien, la fiesta ya ha comenzado, ¿verdad? ¿Qué llevaré esta vez?

Trajeron su atuendo, y siete mujeres la ayudaron a vestirse. Le asombró que se le vieran los pezones.

—¿Ésta es la moda?

Nab sacudió la cabeza.

—Es más púdico que la mayoría. Pero pensé que quizá necesitases dar cierta imagen...

—¿Púdica? ¿Yo? —Rió a carcajadas—. Ah, es el mejor despertar en años. El mejor en años, Nab. Tú puedes quedarte, pero despide al muchacho. Busca un ayudante con más agallas. Ese chico es un zoquete. Y envíame al canciller.

El canciller entró, inclinándose y disculpándose por la pobreza de los informes.

—Todos tratan de mentirme —dijo ella—. Despídelos a todos. Excepto, desde luego, al ministro de colonización. Y al subministro. Esos dos me agradaron. Déjalos en sus puestos. En cuanto a ti, no quiero otra mentira en ningún informe. ¿Comprendido? O, si has de mentir, al menos apáñatelas para ser convincente. Esos necios no engañarían a un niño.

—Jamás te mentiré, Mamá.

—No te pases de listo, muchacho, pues sé perfectamente que soy emperatriz sólo de nombre. Pero no hagas que lo recuerde al ver el trabajo chapucero del gabinete. ¿Entendido?

—Entendido.

—Y en cuanto a ese subministro de colonización, me resultó refrescante. Quiero que esté despierto y preparado para reunirse conmigo en mi próxima vigilia. Y déjalo en su puesto. Una sinecura, sin duda, pero ocurre que es encantador.

El canciller asintió.

—Ahora dame el brazo. Al diablo con el protocolo. Iremos a la fiesta.

Nab la siguió con los ojos.

—¿De veras estoy despedido? —preguntó Dent.

—Sí, muchacho, te lo advertí. Actúa con naturalidad. Es una lástima. Prometías.

—¿Pero qué haré?

Nab se encogió de hombros.

—Siempre hay buenos empleos para los tipos que despide Mamá. No te preocupes.

—La mataría.

—¿Por qué? Te hizo un favor. Ahora no tendrás que ver su pomposa actuación cada vez que despierta. La muy zorra. Ojalá durmiera durante diez años.

Dent se sorprendió.

—La odias, ¿verdad?

—¿Odiarla? Supongo que sí. —Nab le dio la espalda—. Lárgate, Dent. Si te ve aquí de nuevo, me despedirá a mí también.

Dent se marchó, y Nab fue a los archivos para escoger al próximo infeliz que procuraría complacer a Mamá. Necesitaba un ayudante. La estupidez del ayudante siempre lo hacía parecer listo.

¿La odio?, se preguntó.

No supo responder. Sólo se acordó de esa mañana, cuando la vio desnuda en la cama. No era odio lo que sintió entonces.

La fiesta fue larga y tediosa, como todas las anteriores, pero Mamá sabía que era importante mostrarse en público. Tenían que verla en cada despertar, un día determinado, o alguien podría hacerla desaparecer sin que nadie lo notara. Así que circulaba, saludaba grácilmente a las muchachas que se iniciaban en el somec, y a los petimetres y afeminados que merodeaban por la corte, y a los ancianos y ancianas que la habían conocido siglos atrás, cuando eran jóvenes.

Ella era un reproche para todos. Por mucho que ascendieran en el nivel de somec, ella siempre estaría a mayor altura. Por muchos siglos que tardaran en envejecer, nunca vivirían para verla más vieja. Viviré para siempre, se recordó.

Pero mientras observaba a las gentes que creían que esa fiesta era realmente importante, la idea de vivir para siempre la hizo sentirse muy cansada.

—Estoy fatigada —le dijo al canciller.

Éste hizo una señal y la orquesta tocó una conmovedora melodía de siglos atrás (esto ya era viejo cuando yo era niña, pensó) y los invitados se alinearon y durante una hora la emperatriz se despidió de todos, y finalmente se fueron.

—Ha terminado —suspiró—. Gracias al cielo. —Y luego subió a la habitación

donde los obreros habían abierto paredes por todas partes. Fingiendo que se llevan el equipo de filmación, pensó. Le divertía que creyeran que era tan fácil de engañar. Ese Nab se las trae. Es un hijo de perra. Las mejores personas con quienes tratar. Durará bastante tiempo.

Se sentó en el borde de la cama y se cepilló el cabello, no porque lo necesitara sino porque tenía ganas. La reanimaba. Se miró en el gran espejo y notó con orgullo que aún no tenía las carnes flojas. Que aún era deseable, aunque no joven. Estoy a la altura de Doon, se dijo. Estoy a la altura de cualquier hombre, y a mayor altura que la mayoría. He practicado sus juegos y gané, y si ahora soy sólo un mascarón, soy un mascarón al que deben cuidar. Y Doon es un aliado. Él estaba con ella. Podía confiar en él.

¿O no?

Se tendió en la cama, mirando el techo, donde había un fresco que reproducía una antigua pintura que en la Tierra se había deshecho tiempo atrás. Un hombre desnudo extendía el brazo para tocar el dedo de Dios. Tenía que ser Dios, pues ésa era la criatura más formidable del techo. Eso fui yo, pensó. Fui la constructora, tocaba dedos para dar vida. Y eso es Doon. ¿Habrá lugar para ambos?

Yo haré ese lugar, decidió. Nunca se sentirá amenazado por mí.

Porque podría ganar, y eso sería terrible, y sería más terrible si yo ganara, porque soy perezosa y he concluido y él apenas está empezando. Seamos aliados, pues, y yo confiaré en él y él confiará en mí, y podré ver algo nuevo en el universo. Una creación que quizá sea mejor que la mía.

—¿Eso esperabas? —le preguntó al hombre barbado del techo—. ¿Alguien que te superase? ¿O los encogías cuando se agrandaban demasiado?

Recordó una historia sobre gentes que construyeron una torre para llegar a las estrellas. Dios las detuvo, según recordaba. Bien, al final llegamos a las estrellas de todos modos, pero tú ya te habías apartado para dejarnos lugar.

Me apañaré para dejarle espacio a Doon. Pero más le vale no olvidarme.

—La zorra está dormida, Crayn. Llama a la gente de la Casa del Sueño.

La nueva ayudante, una muchacha nerviosa que no duraría mucho, llamó a la Casa del Sueño y los encargados entraron deprisa pero en silencio en la habitación, grabaron los recuerdos de Mamá y la pusieron de nuevo bajo el somec. Cuando Mamá estuvo dormida, Nab fue a la habitación.

—Dadme la cinta —dijo, y se la dieron porque Nab siempre la guardaba en una bóveda especial. Luego se llevaron a la emperatriz y la depositaron en su ataúd, en una Casa del Sueño privada, en otra parte de Capitol. Con una fortísima custodia.

Pero Nab aún tenía la mente de la emperatriz entre las manos. Sabía que ella había yacido con Doon. No sabía qué tenía ese majadero, pero Mamá había yacido

con él, le había cobrado simpatía y había pedido verlo la próxima vez. Y él tenía la cinta. Nada podía impedirle destruirla por accidente, ¿verdad? Y ella despertará sin saber nada sobre este despertar. Tendrán que usar la cinta anterior, la que utilizaron esta vez.

No debe de ser difícil de borrar, pensó, y llevó la cinta a la sala de control.

—Vuelve a casa, Crayn —dijo—. Yo cerraré todo.

—Qué día —murmuró Crayn al salir.

La puerta se cerró, y Nab encontró el borrador de cintas. Debe funcionar también con una cinta cerebral. Y Nab la habría borrado si en ese instante no le hubieran disparado una aguja que acabó con su vida.

Los Niños de Mamá se llevaron el cadáver y se deshicieron de él, y la cinta cerebral de Mamá fue puesta a buen recaudo por aquellos que jamás la dañarían. Había faltado poco. Pero ¿cómo se había enterado Abner Doon de que Nab haría tal cosa? Ese hombre era un pulpo, con un dedo en todas partes. Y, por eso los Niños de Mamá lo obedecían. Él nunca se equivocaba.

Mamá no estaba dormida cuando fueron a grabarle la memoria. Se quedó tendida, aceptando el ritual.

Hoy conocí a mi sucesor, el primer hombre que me ha hecho el amor después de Selvock. Hoy despedí a casi todos los ministros porque eran unos necios y unos farsantes. Hoy regresé a Crove, tal como era cuando todavía era hermoso.

Hoy fue más agradable que ayer, o hace tres semanas, o hace ocho meses.

Ocho meses atrás. Eran sólo ocho meses, sólo mil años desde que había decidido ingerir somec a este nivel y vivir para siempre. Aquel día había reparado en su primera arruga, y comprendió que a pesar de todo podía envejecer. Había decidido rebotar en la superficie del tiempo, rozándola tan sólo para ver si había alguna experiencia digna de ser vivida.

Hoy la había encontrado.

¿Y —se preguntó— qué haremos mañana?

CUENTOS DEL BOSQUE DE AGUAS

*A Peggy Card,
quien creyó en esas historias
aun antes de que fueran ciertas*

Durante los siglos de sueño de Jason Worthing, sus hijos vivieron —y se transformaron— dentro de una oscura granja en el corazón del Bosque de Aguas. Algunas historias se narran en *La crónica de Worthing*, pero muy brevemente, tal como las recordaron las generaciones posteriores. He aquí las historias completas.

LA GRANJA DE WORTHING

Elías se irguió en el polvo de la Granja de Worthing y se enjugó el sudor de la cara con la mano. Esa suciedad se transformó en arcilla húmeda, pero al cabo de un momento se secó, volvió a ser polvo, y la transpiración que le perlaba la cara fue la única humedad en el campo. Elías recogió los cubos vacíos y caminó hacia el río.

Era un mundo oscuro, y el Río Oeste fluía desde el corazón de ese mundo atravesando los suelos más negros y los bosques más profundos. En los extremos este y oeste del río, las ciudades asomaban sobre las copas de los árboles, y aquí y allá el bosque era interrumpido por un claro, una casa o una parcela cultivada. En comarcas distantes las ciudades se habían erguido durante siglos, las naciones habían resistido y medrado, aprendiendo a ser civilizadas, pero eso no había afectado al Bosque de Aguas. Desde las Montañas Celestiales hasta el Mar de Stipock, el bosque era el amo, y las gentes que vivían allí se rebelaban constante y desesperadamente contra su dominio.

En años recientes, con la construcción de las ciudades de Hux y Linkeree, parecía que el predominio del bosque se tambaleaba por fin. Pero el oscuro corazón del mundo parecía comprender que se trataba de una lucha a muerte, la última batalla, y que el bosque, para sobrevivir y prevalecer, tendría que librarse de los hombres.

Contaba con una única arma. Durante el invierno no caía nieve, y durante la primavera ninguna lluvia llegaba al Bosque de Aguas. Las raíces de los árboles horadaban el suelo buscando el agua del año anterior. El grano echaba raíces largas y profundas que en vano se aferraban al polvo.

El río tenía menos caudal que nunca, y corría a seis metros de la vieja orilla, perezoso, espeso y pardo. Elías hundió los cubos y los llevó goteando hasta la Granja de Worthing. Cuando regresó al campo se detuvo. Los tallos aún eran cortos, y se habían vuelto parduscos al sol. Tenues huellas de verdor todavía estriaban las hojas.

Elías hundió la mano en el cubo y dejó que el agua goteara por sus dedos hasta las raíces de algunas plantas. Las gotas de agua, esmaltadas de polvo, resbalaban por la superficie, se detenían y desaparecían sin dejar rastro. Elías había desistido de tratar de irrigar los cereales con agua del río. Cien hombres no podían acarrear el agua necesaria para revivir ese campo. El agua era para Alana, Juan y el pequeño Worin. Y para Elías. Para hervirla al fuego unos minutos, y luego beberla como sopa, té o en guiso, cuando Alana hallaba buenas raíces en el bosque y Elías mataba una liebre. Nada obtenían de la granja.

Pero esto era la Granja de Worthing, y era el terruño de Elías.

—La Granja de Worthing —le había dicho su vieja abuela una y otra vez, hasta que el ritual habitó sus sueños— es el lugar más importante del mundo. Por este

terruño Jason despertó a la Gente del Hielo. Es nuestra gloria y poder ser los guardianes de la Granja de Worthing. Si te marchas, el mundo morirá sin propósito, y tú morirás la muerte profunda de la que nadie despierta. —La abuela pronunció estas palabras y clavó en Elías sus ojos azules, el azul puro y brillante que miraba sin amilanarse. Elías la miró con ojos igualmente azules, y él tampoco se amilanó.

Jamás se amilanaba. Ni durante el invierno, cuando los campos sin nieve quedaban congelados y pardos, y Alana mascullaba que el maíz jamás brotaría. Ni en primavera, cuando el suelo estaba roturado y negro pero no acudían lluvias para humedecerlo. Por un tiempo habían intentado llevar agua desde el río. Semanas de efectuar diez viajes de ida y vuelta todos los días, de rociar los maizales con agua: al fin los brotes verdes y jóvenes asomaron a la superficie. Pero nadie lo notó en dos días, pues Elías y los niños tuvieron que cuidar de Alana. Elías salió la mañana en que la fiebre de Alana se aplacó y contempló el campo cubierto por una pátina de verdor sabiendo que tendría que dejarlo morir. No podían acarrear la lluvia en la espalda, no siempre.

Elías cogió los cubos llenos y continuó la marcha. Las plantas crujían bajo sus pisadas. Al andar dejaba una polvareda de un metro de altura, una nube espesa que tardaba media hora en disiparse, posándose lentamente en el aire quieto.

Cuando llegó a casa con los cubos, una capa fangosa flotaba en la superficie. La sacó con una cuchara y vertió el agua en un cuenco grande. Luego lo puso a hervir en el fuego.

—¿Puedo beber un sorbo? —preguntó Worin. El chico de cuatro años se había orinado encima, y el polvo se adhería a las partes húmedas del pantalón—. Tengo sed.

Elías, sin responder, empezó a descuartizar un conejo para guisarlo.

—Tengo sed de veras.

El agua no está limpia, pensó Elías. Espera a que hierva. Pero no dijo nada, y Worin no oyó nada y salió a jugar. Elías suspiró. El suspiro recibió un eco desde el otro extremo de la habitación. Elías miró los ojos de Alana.

Estaba vieja. La fiebre la había arrugado y le había agrisado el cabello, y ahora siempre se veía pálida y apergaminada. Tenía el pelo revuelto y los ojos de gruesos párpados parecían aguardar una expresión, pero no acudía ninguna. Alana miraba a Elías con esos ojos obtusos. Él la miró a la vez, negándose a romper el trance. Finalmente Alana miró hacia otro lado, derrotada, y Elías tuvo libertad para responderle:

—Mientras yo viva, jamás.

Ella asintió, suspiró y se sentó en un taburete a cortar las raíces que había recogido el día anterior. Tenía la espalda encorvada. Elías vio con la mente a la mujer que Alana había sido apenas seis meses atrás, mordaz y violenta a veces, sin duda,

pero ahora Elías hubiera preferido que lo abofeteara si así demostraba que estaba viva. Pero no lo estaba. La sangre se le había ido con el sudor, para irrigar un campo cuya sed nadie podía aplacar. Estaba tan agostada como un fruto del año anterior. Elías no sabía por qué la amaba más y con tanta ternura ahora que había perdido la belleza. Extendió la mano para acariciarle la espalda.

Alana se estremeció.

Él retiró la mano y cogió otro cuarto trasero para trocearlo. Fuera reñían los niños.

Elías conversó en silencio con Alana, y Alana escuchó sin oír. No puedo abandonar la Granja de Worthing, dijo Elías en silencio, le pertenezco, en el rincón sudoeste hay una piedra que jura que no puedo marcharme. Lo sabías al casarte conmigo, dijo. Pero oía la respuesta, aunque ella ni siquiera estaba pensando en ello: Si me amas, déjame vivir.

Elías se levantó y fue a donde sus hijos peleaban. Juan, de cinco años, había tumbado a Worin y aplastaba la boca del pequeño contra el polvo.

—¡Bebe! —gritaba Juan—. ¡Lámelo!

Elías se encolerizó. Caminó en silencio hasta la nube de polvo donde forcejeaban los niños. Cogió a Juan por los pantalones y lo alzó en vilo. El niño gritó, y Worin, sin un rasguño, se apresuró a levantarse para gritar:

—¡Pégale, Papá! ¡Pégale!

Y como el pequeño lo pedía, Elías no pudo pegarle a Juan, así que lo dejó llorando en el polvo. Miró a ambos: Juan, aún trémulo de miedo; Worin, el rostro cubierto de polvo, brincando y provocando al hermano. Elías les cogió las muñecas.

—Cerrad el pico, los dos, y dejad las manos quietas, u os juro que ambos comeréis polvo hasta ahogaros.

Juan y Worin callaron y lo siguieron con los ojos mientras él regresaba a la puerta de la casa.

Elías se detuvo ante la puerta, sin ganas de entrar, sin deseos de quedarse fuera. La puerta estaba despintada, agrisada por la intemperie, astillada. Uno de los listones era mucho más nuevo que los demás. El esposo de Abuela lo había puesto allí, decía Abuela, antes de que Elías tuviera edad para ir solo a la letrina. Elías no lo recordaba. Pero retrocedió para mirar la casa. Era vieja. Sólo dos habitaciones y algunos cobertizos, el techo recubierto cien o mil veces con cascarillas de maíz y mieses. Quizá no hubiera un solo tablón de la casa que hubiera estado allí desde el principio, decía Abuela.

—¿Quién la construyó? —había preguntado Elías cuando era pequeño.

—¿Quién? —había repetido ella, riendo—. ¿Quién hace brillar las estrellas? ¿Quién hace girar el sol a nuestro alrededor todos los días? Jason, muchacho, Jason construyó esta casa cuando el mundo era nuevo y los árboles del bosque eran tan

pequeños que uno podía ver hasta el Monte Aguas sin trepar al techo.

La mano de Jason retenía a Elías en la Granja de Worthing. Elías trataba de imaginar a Jason. Abuela había dicho que Jason tenía esos ojos. Azules como los de ella y Elías. Elías lo imaginaba corpulento y fortachón, con pelo blanco, tez parda y manos que podían tumbar un árbol y partirlo por el medio para hacer tablones. Y en las pesadillas infantiles que a veces lo invadían en la sombra, Elías imaginaba las manos de Jason cogiéndole por los hombros con garras afiladas, sacudiéndolo mientras un vozarrón gritaba: *La tierra es tu corazón. Si te marchas, morirás.*

Pero esas manos no eran las manos de Jason, y la voz era el susurro sedoso de Abuela el día en que Elías intentó escapar. Había reñido con su hermano, Gran Pedro, y a los diez años creía tener edad suficiente para no tener que inclinarse ante la tiranía del hermano. Así que hizo lo que nunca había hecho. Corrió hasta la linde del campo, se internó en la espesura y al poco se perdió en la arboleda.

Había senderos en el bosque, algunos trazados por los ciervos, otros por los viajeros, que unían a pie las lejanas ciudades de Hux y Linkeree. Algunos no eran senderos, sino claros en la espesura que conducían a marañas y zarzales y arroyos de aguas rápidas. Al anochecer, cuando el sol ya no arrojaba sombras en el interior del bosque, Elías cayó exhausto y se durmió.

Lo despertaron manos feroces que le aferraban los hombros como garras. Elías giró sobresaltado y se encontró con el rostro de Abuela. La mujer tenía la tez arañada de avanzar entre las zarzas, y los ojos azules ardían con fiereza.

Elías sintió miedo, se levantó y la acompañó. Ella apretó el paso, a pesar de la oscuridad y las dificultades del camino, pero se orientó fácilmente e ignoró las ramas que les raspaban la cara. Llegaron al final del bosque y a la linde de la Granja de Worthing.

Caminaron bordeando la granja hasta la esquina sudoeste, y allí ella señaló una piedra entre las zarzas. Estaba tallada con profundas muescas, aunque ni Abuela ni Elías entendían la escritura. Abuela hundió las manos en los hombros de Elías y lo obligó a hincarse de rodillas.

—¡Ésta es la piedra viviente que dejó Jason! —declaró—. Ella nos habla. Ella nos dice: No abandonéis la Granja de Worthing, o moriréis la muerte profunda. Este suelo es vuestro corazón. Si os marcháis, moriréis. —Lo repitió una y otra vez, hasta que Elías rompió a llorar violentamente, y lo repitió de nuevo, hasta que Elías se serenó, la miró a los ojos y lo recitó con ella. Luego Abuela guardó silencio, y también él, y mientras ambos se miraban los ojos azules ella dijo—: Tus ojos, Elías, hacen de ti el heredero de Jason. No Gran Pedro, ni tu padre, ni tu madre. Tú como yo, Elías, tienes el don.

—¿Qué don? —preguntó Elías.

—Nunca es el mismo.

Elías se preguntó cuál era el don de Abuela, pero ella enfermó y murió poco después, y él nunca lo supo. Se preguntó si tendría que ver con el modo en que se había orientado esa noche a través del bosque. O quizá con el modo en que oía hablar a la piedra, cosa que Elías no podía hacer. Pero ella murió, y diez años después los padres de Elías. En todo ese tiempo Elías salió una sola vez de la Granja de Worthing, cuando fue a la granja más próxima y tomó a Alana en matrimonio. Desde entonces nunca se había acercado al límite de la Granja de Worthing ni pensado en cruzarlo.

No sabía hasta qué punto odiaba la Granja de Worthing. Creía que la amaba.

Recordaba todo esto mientras contemplaba la puerta. Los niños aún le observaban, intrigados por su silencio. Elías no se movió hasta que la puerta se abrió y salió Alana. Los ojos de ambos se encontraron, y tras unos instantes Elías advirtió que ella había liado un bulto para llevarlo consigo. Con aire desafiante, Alana caminó hacia sus hijos.

—Venid, niños. Nos vamos.

Elías la cogió del brazo.

—¿Te marchas?

—Me largo de aquí. Tú has perdido el juicio.

—No os iréis.

—Nos vamos, Elías, y no nos detendrás. Nos vamos a la posada de Gran Pedro, donde mis hijos y yo podremos vivir, y tú puedes quedarte en la Granja de Worthing y pudrirte con las plantas...

Al verle la sangre en el labio, Elías comprendió que le había pegado. Estaba echada en el suelo, con lágrimas en los ojos. Lo lamento, dijo Elías en silencio. Ella no lo oyó. Nunca lo oía.

Alana se levantó despacio, cogió su petate y tomó la mano de Worin.

—Worin, Juan, vamos. Nos marchamos de aquí.

Echaron a andar por el campo. Elías la siguió, la cogió del brazo. Ella se zafó. Él la cogió por los hombros, y ante sus forcejeos la aferró por la cintura y la llevó a rastras hacia la casa. Ella se resistió en silencio, agitando los brazos, golpeándolo. La llevó hasta la entrada, el enfado transformado en furor a causa del dolor de los golpes, y la arrojó contra la puerta. El choque fue tan violento que la puerta se abrió y Alana cayó adentro.

Elías se inclinó sobre Alana, que gemía de dolor. Sosteniéndola por las axilas, la arrastró al interior. En cuanto la soltó, ella se levantó y enfiló hacia la puerta. Él la arrojó al suelo. La mujer se levantó y trató de alcanzar la puerta. Él le golpeó y ella cayó de nuevo. Alana se arrastró hacia la puerta de rodillas, y él la detuvo con el pie. Sin más ruido que sus intensos resuellos, Alana se incorporó penosamente y avanzó en dirección a la puerta. Elías gritó y le pegó una y otra vez hasta que ella quedó tendida en el suelo, sangrando, y el exhausto Elías se arrodilló, llorando de

vergüenza, dolor y amor por ella. Le habló suavemente, ahora con la voz, pero ella no le oía, aunque aún jadeaba entrecortadamente:

—No podemos irnos. La Granja de Worthing somos nosotros, y si muere, moriremos —dijo Elías, pero luego odió las palabras y se odió a sí mismo y odió la granja y el bosque y el aire que nunca llorarían hasta que él hubiera vertido todas sus lágrimas. Miró hacia la puerta.

En el umbral estaban sus dos hijos, observando la escena. Retrocedieron cuando Elías caminó hacia la puerta, y echaron a correr cuando él llegó afuera. Se detuvieron a veinte metros para mirarlo. Dejé de mirarme, pensó Elías, pero ellos no le oyeron. Elías se dirigió al cobertizo sur y se encaramó a un tonel para trepar al tejado. Se arrastró sobre la paja hasta llegar al tejado de la casa. Luego se irguió en la gruesa viga de madera que recorría la parte superior de la casa y oteó la granja.

El maíz era del mismo color del polvo, blanco amarillento, y los campos parecían de agua, un oleaje petrificado. En el lejano extremo sudoeste Elías vio una gran piedra. Se volvió para mirar el bosque.

Los árboles no eran inmunes a la sequía —algunos estaban muertos, otros estaban grises y moribundos— pero la mayoría aún estaban lozanos, y el denso verdor del follaje era una burla a la muerte de la Granja de Worthing. Elías maldijo el bosque con la mente. Lo llamaban Bosque de Aguas. No por los muchos arroyos y ríos que lo atravesaban sino por el Monte Aguas, la montaña más alta del mundo, que se elevaba solitaria en el centro del bosque, lejos de cualquier otro pico. Aunque ese invierno no había nevado, Monte Aguas aún estaba coronado por la nieve del año anterior, y si no volvía a nevar, Monte Aguas aún conservaría agua aprisionada en el hielo.

Elías miró hacia el sur del Monte Aguas y vio, a pocos kilómetros de la Granja de Worthing, algo que se elevaba sobre el nivel del bosque. Era una torre de madera nueva y brillante, y en el tejado Elías distinguió figuras en movimiento, cubriéndolo de paja. Era la nueva posada de su hermano Gran Pedro; la sequía no afectaría a su hermano, pensó Elías; su hermano, que había abandonado la granja, había prosperado, mientras Elías, que se había quedado, perdía la cosecha y la familia.

Elías odió a su hermano Gran Pedro, a quien no afectaba la sequía, y odió los árboles de Bosque de Aguas, que no sufrían la sequía, y odió Monte Aguas, cuya nieve no se derretía en la sequía, y luego contempló la granja y odió el polvo que cubría los cadáveres de las plantas de maíz, y odió el límite de la granja que los aprisionaba a él y a su familia en ese lugar de muerte, y odió la piedra del extremo sudoeste, que le había hablado a Abuela y ahora le hablaba a él —aunque él no oía nada— diciendo que si se marchaba moriría y el mundo moriría y la obra de Jason sería destruida. Y odió a Jason y deseó que su obra fuera destruida.

Miró de nuevo a Monte Aguas y en la furia del odio imaginó una nube blanca que

se elevaba de la cumbre de la montaña, robando esas aguas cuya visible presencia irritaba a Elías. Imaginó la nube, deseó la nube, exigió la nube, y por primera vez desde que hablaba en silencio, Elías fue oído. Por un instante no reconoció la estría blanca que emergía de la nieve sobre Monte Aguas. Pero era una nube. Era su nube.

Elías imaginó, deseó, exigió que la nube creciera, y la nube creció. Elías exigió que llenara el horizonte, que el vientre se le ennegreciera y se hinchara de lluvia. Así fue. Luego exigió que la nube fuera a la Granja de Worthing, que Bosque de Aguas quedara cubierto por la nube.

Sopló un viento desde el oeste, un viento fuerte que arremolinó el pelo y la ropa de Elías, que se aferraba al tejado de la casa. El polvo del campo le fustigó los ojos, impidiéndole ver. Cuando finalmente recobró la visión, el cielo entero estaba cubierto de nubes negras. Había tardado cinco minutos.

Temblando de odio por la granja y el bosque, Elías exigió que lloviera. El trueno retumbó en el cielo, una inmensa vibración de horizonte a horizonte. Un rayo apuñaló la tierra, luego otro. Más truenos. Elías pidió que el rayo golpeará la torre de la posada del hermano. Un fogonazo enceguecedor bajó de las nubes a la torre nueva, que estalló en llamas. Entonces empezaron a caer las primeras gotas.

Eran goterones enormes, y al principio se hundían enseguida en el polvo, con lo que el suelo se veía seco a pesar de la lluvia. Pero pronto las gotas empezaron a propagarse por la superficie, y el polvo se asentó, y Juan y Worin salieron a caminar por el campo con la boca abierta al cielo para recibir el agua, y Elías notó que no levantaban polvo con los pies. La tierra se asentaba, y pronto se puso negra.

Elías llamó a sus hijos y les pidió que entraran. Lentamente los niños atravesaron el campo hacia la casa. En ese momento, la lluvia empezó a arreciar con gotas más gruesas, y delgados charcos de agua empezaron a cubrir el campo. Las gotas salpicaban, grandes salpicaduras de un metro. El tamborileo de la lluvia se transformó en un rugido, y el bosque pareció retroceder cincuenta metros y borrararse tras el telón de lluvia.

Elías estaba calado hasta los huesos y el pelo se le pegaba a la cara, el agua goteando de cada mechón. Le dolían las manos a cada golpe de las gotas. Elías reía.

Era difícil, pero a pesar del viento y la paja empapada Elías bajó del techo al cobertizo y luego al suelo. El polvo se había transformado en un lodo espeso que le succionaba los pies a medida que andaba. Se internó en el campo y desde allí contempló las nubes, y los duros goterones que le golpeaban el rostro en su veloz caída, y reclamó en silencio que la lluvia arrasara Bosque de Aguas. La lluvia se transformó en un hacha que se abatió una y otra vez sobre el bosque. Las hojas fueron arrancadas de los árboles, y Elías cayó al suelo. La lluvia lo azotaba, el lodo lo succionaba y las pesadas gotas lo dejaron inconsciente mientras exigía que la lluvia continuara.

Las manos le acariciaron el rostro suavemente, pero pronto sintió rápidas puñaladas de dolor. Trató de abrir los ojos y descubrió que éstos ya estaban abiertos y que estaba mirando los de su esposa. Tenía el pelo pegado por el sudor. Ella parecía preocupada, y Elías recordó lo que había ocurrido entre ambos. Lo lamento, pensó, pero ella no lo oyó. Así que Elías abrió la boca y dijo:

—Alana.

Ella le posó los dedos sobre los labios, frunció la boca. Elías se durmió.

Despertó de nuevo en el camastro relleno de paja, en un rincón de la casa. Calentaban comida en la cocina. Un guiso, quizás el mismo que él había empezado. El sol se filtraba en la habitación por las fisuras de la pared este. Pero ayer —¿era ayer?— no había fisuras en esa pared.

Tenía el cuerpo rígido y dolorido, pero pudo levantarse de la cama. Estaba desnudo cuando alzó la manta. Buscó la ropa a tientas. Se vistió dolorosamente. Anudándose la camisa, entró con pasos rígidos en la cocina.

Su esposa y sus hijos estaban sentados frente al fuego, sorbiendo un guiso en cuencos de madera. Lo miraron en silencio. Al fin Elías hizo un gesto con la cabeza, y su esposa le sirvió una ración. Permaneció de pie mientras comía un poco, luego dejó el cuenco medio lleno y salió. Los demás lo siguieron con la mirada.

La Granja de Worthing era un mar de fango, con enormes charcos por doquier. Los árboles de límite aún goteaban, y el techo de paja cedía bajo el peso del agua que había absorbido. Ni un solo tallo de maíz quedaba en pie. No había indicios de que hubiese existido alguno. Nada, salvo un lodo negro y espeso.

No quedaba nada por salvar en la Granja de Worthing. El año estaba demasiado avanzado para arar y plantar de nuevo. Elías hundió la mano en el lodo blando, hasta el antebrazo. A tientas halló un par de tallos, y extrajo la mano haciendo un gran ruido de succión. Examinó los tallos rotos. Distraídamente hizo pedazos las plantas muertas.

Se levantó. La casa estaba empapada, y la madera encogía rápidamente bajo el sol. Habría que reemplazar las paredes y la puerta. El invierno los mataría a menos que la casa fuera hermética. Habría tiempo de sobra para reparar la casa, si no tuviera que buscar alimento. Tiempo de sobra para buscar alimento, si no tuviera que reparar la casa. No había tiempo para hacer ambas cosas.

Si se quedaban, morirían. Si se marchaban, vivirían pero la maldición caería sobre Elías. Mirando las ruinas de la granja, Elías ya no temió las consecuencias de la maldición. La muerte, quizá. ¿Por qué iba a temerla?

Entró en la casa, donde su familia había terminado de comer. Lo siguieron con los ojos mientras él vaciaba el contenido de los armarios de la cocina en los enormes sacos que meses atrás habían guardado el grano. Juan y Worin se levantaron para

ayudar. Alana hundió la cara entre las manos.

Elías dejó que los niños cargaran los sacos y enfiló hacia el cobertizo norte, donde había un carromato cargado con herramientas de madera y bronce. Descargó las herramientas, arrojándolas al campo, y arrastró el carro vacío hasta la puerta. Entró en la casa, y salió con dos jergones de paja enrollados. Luego añadió una pila de mantas. A continuación cargó los sacos y los fardos de ropa y pronto el carro estuvo lleno. Cogió varias sogas y sujetó los petates al carro.

Se acercó a Alana y le cogió la mano. Ella miraba al suelo mientras él la sacaba de la casa. Aún tenía su mano entre las suyas cuando se calzó los aparejos y empezó a arrastrar el carro por el mar de lodo.

Poco después el carro se atascó. Los niños se apoyaron en las ruedas para empujar. Se hundieron en el lodo hasta las rodillas, pero el carro avanzó. Se transformó en un juego para los niños, chapotear en el barro y sacar el carro de cada agujero donde se atascaba. Reían mientras Elías tiraba en silencio. Reían cuando entraron en el bosque y el terreno se hizo más sólido. Reían cuando la Granja de Worthing se perdió de vista y ellos se adentraron en la arboleda, entre las delgadas columnas de luz que atravesaban el follaje.

No se detuvieron hasta que el bosque quedó atrás y se internaron en un camino ancho con profundos surcos. Aquí los árboles no tapaban el cielo, y en la marcha hacia el oeste y el sur avanzaron con el sol en los ojos.

En el rojo ocaso, oyeron ruido de martillos y sierras más adelante. Pronto percibieron voces humanas, gritos de hombres trabajando.

—Más deprisa, demonios, que no os romperéis la espalda.

Elías reconoció la voz de su hermano Gran Pedro, y entonces el bosque se abrió ante un vasto claro en cuyo centro se alzaba la posada.

Estaba hecha de madera nueva, tres pisos sobre una sólida base de estacas hundidas en la tierra. En el extremo sur de la posada una torre se elevaba unos seis metros sobre el piso superior. Tenía ventanas en todo su contorno, y era más alta que el más alto de los árboles. El techo había ardidido recientemente, y los hombres de la torre se esforzaban para izar un haz de troncos desde el suelo. Asían largas cuerdas, mientras desde abajo un gigante de flamígero pelo rojo les bramaba:

—¡Alzadlo! ¡Yo he levantado cargas más pesadas!

Para demostrarlo, se agachó y levantó solo el haz de troncos. Los hombres de la torre dieron un resuello y la madera se elevó, alejándose de Gran Pedro.

—¡Así me gusta, muchachos! —gritó él—. ¡Arriba!

Elías, Alana, Worin y Juan estaban en la linde del camino del bosque. Nunca habían visto un edificio semejante, y no creían que pudiera tenerse en pie. Pero la alta torre ni siquiera osciló mientras los troncos ascendían lentamente colgados de las cuerdas. De pronto un niño de unos ocho años, con el cabello rubio y claro, se separó

de los demás y caminó con curiosidad hacia la familia que estaba en el límite del claro.

—¿Quiénes sois? —preguntó con voz aguda y cantarina.

Elías y Alana permanecieron mudos, pero cuando el niño se acercó, Worin le respondió.

—Yo soy Worin. Él es Juan.

El niño extendió la mano.

—Yo soy Pequeño Pedro. Esta es la posada de mi padre.

Elías lo miró sorprendido. El niño era atractivo, parecido al hermano de Elías. Pero sus ojos eran azules. Como los de Elías. Como los de Abuela. Tenía el don, y Elías miró al niño con odio.

Gran Pedro volvió la vista y reparó en ellos.

—¡Bienvenidos! —exclamó, acercándose con sus enormes piernas—. Llegáis temprano, pero hay lugar para todos en la posada, si no os importa dormir en... ¡Elías! —Echó a correr en cuanto reconoció al hermano. Al llegar, abrazó al reticente Elías y arrojó a Juan y Worin al aire y los recogió riendo y diciendo—: Bienvenidos, me alegra veros. He aquí mi posada. ¿Os gusta? Pedí prestado el dinero en Hux y los obreros en Linkeree. En un año seré rico.

Gran Pedro no hizo preguntas, así que Elías calló mientras entraban en la posada, Gran Pedro tirando del carro con un brazo y charlando como si no le pesara.

—El comercio va río abajo desde Hux a Linkeree, y por tierra desde Linkeree a Hux. Aquí se cruzan ambas rutas. El camino pasa por aquí, y sendero arriba, junto al río, he construido un muelle donde los grandes botes fluviales podrán atracar para pasar la noche. Hay veintitrés habitaciones, una enorme cocina, un comedor que pide a gritos cerveza, bebedores y canciones estridentes, y más espacio para almacenar alimentos del que has visto jamás. La he levantado en tan poco tiempo que juro que Jason y toda la Gente del Hielo están con nosotros. ¡Por Jason, Elías, me alegro de tenerte aquí! Esta sequía ha arruinado a muchos granjeros del bosque, y te prometo que Hux y Linkeree comprarán comida en la Llanura Celestial, pues no hay una medida de maíz ni de trigo en todo Bosque de Aguas. Pero ayer se interrumpió la sequía, vaya que sí, casi arrastró todo lo que no estuviera clavado a la posada, pero aquí seguimos. La lluvia extinguió el incendio causado por el rayo, ni siquiera perdimos un día entero de trabajo.

Llegaron al frente de la posada, donde dos hombres clavaban un gran letrero con las palabras *Posada de Worthing* pintadas en negro. Elías se paró en seco, mirando el letrero.

—¿Qué dice? —preguntó, pues una parte del nombre era similar a lo que estaba tallado en la piedra del extremo sudoeste de la Granja de Worthing.

—Posada de Worthing —declaró Gran Pedro con orgullo—. Oh, ya sé. Elías, no

te gusta. La granja es Worthing, siempre lo será, lo sé. Pero quise conservar vivo el recuerdo. Y si la granja está arruinada, puedes regresar allá, puedes mirar esa piedra, puedes otear el mundo desde allá... pero aquí es donde el nombre de Worthing se conservará vivo. Pronto tendremos un pueblo aquí. ¿Qué me dices? Ciudad de Worthing, donde antes había sólo una granja perdida en medio de Bosque de Aguas. No pongas esa cara tan larga, Elías. Entra a cenar con nosotros. ¿Conoces a mi hijo Pedro?

El niño, que correteaba con Worin y Juan, se detuvo y sonrió, un destello en los ojos azules.

—Les di la bienvenida antes que tú, Papá.

—Bien —respondió el padre, acariciándole el pelo—. Y se la darás a muchos viajeros antes de que termine la temporada.

Entraron a cenar. Elías ocultaba su pesar y su furor bajo una máscara de indiferencia, mientras que el silencio de Alana no ocultaba nada en absoluto. Alana no probó bocado a la mesa, y cuando todos se fueron a acostar, no se desvistió, sino que se tendió en el suelo, lejos de la cama de Elías, y se quedó despierta casi hasta el amanecer.

Entonces se durmió, y cuando despertó los hombres ya estaban trajinando afuera, y los gritos eran cálidos y humanos y Alana comprendió que había estado sola durante diez años, desde que se había ido de su hogar para vivir con el callado Elías de ojos azules. Había estado sola y ahora oía voces de otras gentes pero era demasiado tarde. Llevaba la soledad en la sangre y sabía que la cura estaba más allá de la alegría que pudieran brindarle esos extraños. Ella pertenecía a Elías, el cual no estaba en la cama. Se levantó y lo encontró en otra parte de la casa. Gran Pedro no estaba, pero Pequeño Pedro y sus dos hijos desayunaban en la cocina.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó Alana.

—Mamá murió —respondió serenamente Pequeño Pedro, introduciéndose más pan en la boca.

—¿Sabéis adónde fue Papá? —preguntó Alana a sus hijos.

Ambos menearon la cabeza y comieron más queso. Alana salió y encontró a Gran Pedro cubriendo de paja el techo de un establo cercano a la posada.

—¿Has visto a mi esposo? —preguntó al posadero.

—Ni rastro. ¿Se levantó? ¿Habéis dormido bien? Sois los primeros huéspedes de mi posada, así que recibiréis alojamiento gratuito. —Soltó una sonora risotada, y Alana sonrió antes de ir en busca de Elías.

No estaba en la posada ni en el claro, y no se había llevado nada consigo. Gran Pedro se negó a enviar a alguien en su busca.

—¿Para qué? Mi buena Alana, sabes que él amaba la Granja de Worthing. Casi me mató cuando decidí marcharme, sólo que tengo el doble de su tamaño, y aun así

por poco no salgo con vida. Él ama esa granja, y quizá tarde en decidirse a afincarse aquí. Déjalo tranquilo. Regresará cuando la herida haya sanado un poco.

Dicho lo cual regresó para construir pesebres para treinta caballos, preguntándose si el establo no sería demasiado pequeño.

Pequeño Pedro se ofreció a salir en busca de Elías, pero Alana respondió que era demasiado pequeño. Él sonrió y echó a correr.

Al salir el sol, Elías despertó tendido en suelo blando, bajo un árbol. Sólo el sol del este le daba una idea de la dirección, y no recordaba de dónde había venido por la noche. Sólo que la Granja de Worthing estaba al este, y el sol estaba al este, y aturdido, se levantó y echó a andar.

El bosque no mostraba senderos, y mientras se abría paso entre espinas y ramas bajas recordó su fuga de la infancia, cuando Abuela lo había pillado. Sólo que esta vez huía hacia la Granja de Worthing, no hacia el mundo exterior.

El sol estaba alto cuando salió del bosque y entró en lo que había sido el campo de la Granja de Worthing. Ahora estaba más seco que el día anterior, y quedaban pocos terrones de lodo negro. Grandes grietas hendían el suelo reseco, y una pátina de polvo cubría el terreno sólido. No había una mancha de verdor en todo el claro. Un pájaro rozó el rostro de Elías.

Elías caminó por la linde del claro hasta llegar al extremo noroeste, dobló a la derecha y caminó hacia el noroeste, de nuevo dobló a la derecha y enfiló al sureste, y de nuevo a la derecha hasta detenerse ante la piedra parlante.

La lluvia la había lavado. Elías reconoció la palabra que Gran Pedro había colgado en el frente de la posada. Worthing. No sabía leer el resto del letrero, y las palabras habrían tenido poco sentido para nadie, pues el idioma había cambiado desde la época de la inscripción. La piedra decía:

*Hijo de Jason, custodio de Worthing,
si abres esta piedra invocarás las estrellas.
A menos que estés preparado para enseñar las estrellas,
mantén esta piedra cerrada en Worthing.*

Elías se sentó en la piedra y miró el campo. Recordó que las nubes habían acudido a su llamada, que la lluvia había caído a su orden y había matado ante su deseo. Pero eso era imposible, pues en tal caso Elías podía dominar el cielo, y en tal caso había destruido la Granja de Worthing.

Tres tallos rotos le llamaron la atención. Miró los tallos y les pidió que

reverdecieran. No lo oyeron. Habló en voz alta.

—Vivid —dijo, pero no lo oyeron.

Luego los imaginó vivos y florecientes, los deseó verdes, exigió que vivieran y, ante sus ojos, el verdor tiñó los tallos, que se enderezaron, crecieron y vivieron. Elías tocó uno de ellos. Era real. Se inclinaba suavemente bajo su presión. El poder era real. El don, como había dicho Abuela, el don era una gran cosa, el don era una cosa terrible.

Elías se levantó y pisó las tres plantas que había hecho vivir, triturándolas en el suelo. Las pisoteó hasta aplastarlas, partirlas y romperlas. Luego se detuvo a contemplar la granja por última vez.

Te maté porque tú me habrías matado, dijo en silencio. Maldíceme si quieres, lo acepto, condéname a cualquier sufrimiento que desees, pero jamás regresaré aquí.

Oyó un ruido a sus espaldas y se dio media vuelta. En la linde del bosque, asomado detrás de un arbusto, estaba el hijo de Gran Pedro. Sonreía, un destello en los ojos azules.

—Te buscan en la posada —dijo el niño.

Elías guardó silencio, mirándole a los ojos.

—¿Estás bien?

Por toda respuesta, Elías tendió la mano y el niño la cogió. Elías lo obligó a volverse hacia la piedra.

—Hay palabras en esa piedra —dijo Pequeño Pedro.

¿Puedes leerlas?, preguntó Elías en silencio.

—No —contestó Pequeño Pedro—. Pero dice Worthing, como en la posada.

Elías estrujó el hombro del niño con tal fuerza que el niño hizo una mueca de dolor.

—Ésta es la piedra parlante —le contó al niño—. Esta piedra tiene poder sobre cualquiera que tenga ojos como los míos.

Pequeño Pedro miró los ojos de Elías y comprendió que eran iguales a los suyos. La mano de Elías temblaba.

—Una maldición pesa sobre nosotros, Pequeño Pedro, porque hemos abandonado la granja. Pero hay una maldición aún peor, y la llevamos con nosotros.

—¿Qué maldición? —susurró Pequeño Pedro.

—Tú descubrirás la tuya —dijo Elías—, como yo descubrí la mía. Cuando lo hagas, destrúyela. Arráncala de ti.

—¿Arrancar qué? —preguntó Pequeño Pedro.

—Arráncate el don.

Las manos de Elías se relajaron, y Pequeño Pedro se volvió hacia ese hombre alto. Elías, hosco y oscuro, entornó los ojos azules. Un escalofrío le estremeció el cuerpo y una mueca le cruzó la cara, y de pronto oyeron un gran crujido. La piedra

parlante se partió en dos. Ambas mitades se desmoronaron y la inscripción quedó oculta en la maleza. La piedra parlante se había derrumbado.

Elías se acarició el pelo y abrió bien los ojos.

—He roto la piedra —declaró—. La he matado.

Pero mientras regresaban por el bosque hacia la Posada de Worthing, Elías supo que la maldición permanecía con él, que lo castigarían por su odio y su desobediencia, que al romper la piedra sólo había agravado su delito. Cerró los ojos y vertió vacías lágrimas de desesperación en el camino de regreso, mientras Pequeño Pedro lo llevaba de la mano.

En cuanto a Pequeño Pedro, oía claramente la congoja de Elías y todo lo que decía en silencio. Pedro no se preguntaba cómo podía oír palabras que Elías no decía con los labios. Le bastaba con oír, comprender, temer y guiar a ese anciano a casa.

LA POSADA DE WORTHING

En la oscuridad, Pequeño Pedro estaba echado en la cama y contemplaba el techo, las anchas vigas que sostenían el pesado tejado de paja. Fuera caía la lluvia, canturreando sobre la paja varias capas más arriba. Una brisa cálida entraba por la ventana abierta. Estaba húmedo y brumoso. Pequeño Pedro imaginó la carretera polvorienta abriendo un millón de bocas para beber la lluvia. Ese pensamiento le hizo reír.

Alzó las piernas haciendo volar la manta. Se quedó tendido y sintió cómo se le posaba en cada parte del cosquilleante y desnudo cuerpo, y observó el derrumbe de los bolsones de aire. Pateó de nuevo, y otra vez, pero esta última dejó las piernas alzadas y se sostuvo aferrándose las caderas con las manos. La manta se posó arriba formando una tienda, a medio metro de la cama. Pequeño Pedro vio una luz tenue entrando por la ventana. De pronto una ráfaga de viento introdujo lluvia en la habitación. Pequeño Pedro sintió la fresca rociadura, y cuando bajó los pies la cama estaba húmeda y deliciosamente fría. La lluvia tamborileaba ahora en la ventana, y Pequeño Pedro levantó su cuerpecito de once años para cerrar los postigos.

La lluvia golpeó sus hombros flacos. Cuando hubo cerrado los postigos, caminó hacia el centro de la habitación y se sacudió como un perro. Ahora sentía frío. Corrió, saltó sobre la cama y se cubrió con la manta, pero enseguida la pateó de nuevo. Estaba empapada. Malhumorado, se levantó, la arrojó sobre la silla y se plantó con las manos en jarras, escrutando el pequeño cuarto.

No quedaban mantas, desde luego. Tendría que usar una de esas túnicas de lana. Su madre le obligaba a ponerse una antes de acostarse, pero en cuanto ella se iba Pedro se la quitaba y se quedaba desnudo bajo las mantas. Incluso en invierno. Pero quedarse desnudo sin las mantas encima sería tentar al destino. ¿Y si su madre entraba antes de que él despertara? Se pondría furiosa. Aunque ella y Papá a menudo dormían sin ropa, en *esas noches*. Rió para sus adentros. Si Mamá supiera que él fisgoneaba en *esas noches*. La primera vez había clavado en el techo los deslumbrantes ojos azules, los puños tensos a ambos costados del cuerpo. Ahora escuchaba con calma, turnándose para oír a Mamá y a Papá. Si supieran eso le darían una tunda. Así que nunca lo sabrían. Nadie lo sabía excepto su amigo Mateo, y éste nunca lo contaría. Y, desde luego, el oscuro hombre del sótano.

Ese hombre oscuro estaba allí la primera vez que Pequeño Pedro escuchó. Su padre hablaba con su madre en la cocina. Pedro se esforzaba por oír, y de repente algo se abrió, y Pedro oyó claramente a ese hombre corpulento. Le oyó aunque no movía los labios. Luego comprendió que también oía a su madre y entre ambos le creaban confusión en la mente. En cuanto aclaró las cosas, comprendió que no les oía

las palabras sino los pensamientos. Se tapaba los oídos e igualmente los percibía. Escuchó a su primo Guy, y a su primo Juan. Eran muy diferentes, y sus pensamientos eran tan graciosos que casi rió en voz alta. Trató de escuchar a personas que no estuvieran en la habitación. Eso era más difícil, pero pronto pudo oír a cada huésped de cada habitación de la posada del padre.

Y entonces reparó en el hombre oscuro, su tío Elías, sentado en un rincón de la habitación, tallando madera. Elías tenía cejas pobladas, y el pelo blanco contrastaba con el cutis tostado por el sol. Elías alzó los ojos, y ambos cruzaron la mirada. Pedro tenía miedo de los ojos del hombre oscuro, tan azules y profundos. Era antinatural. Papá decía que los ojos del Pequeño Pedro eran iguales, pero Pedro no le creía.

El hombre oscuro siguió mirando su talla, y Pedro le escuchó la mente. Oyó una gran tormenta, vio relámpagos y se asustó. En ese momento la mente del hombre oscuro se cerró con un chasquido. Pedro no oyó nada, y vio que los ojos azules de Elías, ahora ardientes, observaban a todos los que estaban en la habitación. Y finalmente esos ojos terribles se detuvieron en Pequeño Pedro. Pedro quedó petrificado de terror. Por largo tiempo el hombre oscuro lo tuvo clavado allí, hasta que Pedro vio que formaban la palabra *no* con los labios. Y luego siguió tallando.

Desde esa ocasión Pedro escuchaba en la noche, y a veces buscaba al hombre oscuro que vivía en un cuarto solitario del sótano. Pero nunca oía nada, no podía hallar a su extraño tío, que podía cerrar la mente. Y cuando se cruzaban por casualidad en la casa, el hombre enorme y oscuro lo miraba con fiereza, hasta que Pedro no podía contenerse y echaba a correr. Nunca hablaban, nunca reconocían su mutua existencia, pero Pedro observaba cada movimiento del hombre oscuro, y supo que el hombre oscuro también le observaba.

Una vez Pedro lo había visto en el patio, donde se hallaban las tumbas: el viejo Elías se había detenido ante la lápida en la que sólo aparecía una palabra: *Débora*. Allí habían sepultado a la esposa de Elías un mes después de su llegada a la posada. Pequeño Pedro no entendía por qué el hombre oscuro tenía esa mirada de furia, en vez de una mirada de pesadumbre. Su tío miraba hacia arriba, escudriñaba el cielo; y Pequeño Pedro sintió un ardor de odio en las tripas, y supo que venía de Elías. Huyó, como de costumbre, pero nunca olvidó ese ardor.

Odiaba a su tío Elías. Y esa noche decidió matarlo.

Se sentía más tibio ahora que estaba seco. Tocó la manta; aún estaba demasiado húmeda para cubrirse con ella. No importa, pensó, tengo mucho que hacer antes de dormirme.

Pequeño Pedro se acostó, pero sin mantas. Estiró el cuerpo y se relajó. Dejó vagar la mente.

En la habitación contigua, sus padres dormían. Su padre tenía un sueño en el que volaba por el aire, y el suelo era un océano pardo. Pedro sintió la tentación de seguir

los vagabundeos de su padre, pero cuando escuchaba sueños a menudo se dormía. Un poco defraudado, deslizó la mente hacia la habitación donde dormían Guy y Juan. Guy, con doce años, era el único que seguía viviendo en casa: Juan se había iniciado como aprendiz de carpintero en Switten un año atrás, y regresaba sólo una vez por año. Guy mismo iría a Linkeree en la primavera. En esos momentos Guy se dedicaba a forzar el baúl donde Juan guardaba sus pertenencias mientras no estaba. Pedro sintió ganas de reír. Juan, que lo había sospechado, había puesto una gran cabeza de ciervo en el baúl, nada más. Sus objetos de valor se hallaban en otra parte, en la habitación de Pedro, porque Juan le tenía confianza.

Pedro oyó la reacción del consternado y avergonzado Guy ante el engaño. Escuchó que Guy planeaba una venganza para cuando Juan regresara. Pedro sabía que Guy pronto olvidaría; lo hacía siempre.

Pedro se puso a escuchar fuera de la posada. Al lado, en el establo, oyó a Billy Lee, el viejo palafrenero, maldiciendo a la yegua favorita del patrón porque esa noche había mordido a un ayudante. Al mismo tiempo la cepillaba con firmeza, y de vez en cuando le acariciaba la nariz y le palmeaba el muslo. Aunque las palabras eran coléricas, la única emoción que Pedro detectaba en el viejo era amor por la gran bestia. Pero Billy Lee terminó su tarea y dejó a la yegua, y la mente de Pedro vagó por la ciudad, buscando los sueños y conversaciones de sus vecinos.

Despertó de golpe, con frío y miedo. Se había adormilado. Se apresuró a escuchar dentro de la casa. Nadie estaba despierto. El cielo todavía estaba oscuro, aunque la lluvia había cesado. Aún podía hacerlo. Calmándose, se tendió de nuevo y se dispuso a matar al oscuro hombre del sótano.

Hoy había descubierto ese poder. Caminaba entre las malezas cerca del establo, observando las nubes en el atardecer. Tropezó, y de pronto un enjambre de avispas se levantó zumbando. Corrió, pero lo picaron varias veces. Los brazos y las piernas se le hinchaban, la cara le dolía, pero una furia tenaz se imponía al dolor. Vio una de las avispas revoloteando a poca distancia, e instintivamente captó la estructura del insecto y la estrujó mentalmente, rompió los pequeños músculos y desgarró el diminuto cerebro. La avispa se detuvo en pleno vuelo y cayó entre las malezas.

Aún furioso, Pedro se volvió hacia la horda que zumbaba ante el nido destruido. Una por una, con creciente celeridad, las destruyó, y luego, jadeando de agotamiento, fue a ver los cuerpos desparramados alrededor del nido. Lo inundó una extraña sensación. Tiritó con un escalofrío que lo recorrió de pies a cabeza. Las había matado con la mente. Rompió a reír, encantado con su poder. Al volverse, vio que el hombre oscuro lo observaba desde su caballo manchado. No le había oído acercarse.

Por un largo minuto sus ojos quedaron mutuamente trabados. Y esta vez, con la fuerza de su poder, Pequeño Pedro rehusó ceder ante esas cejas pobladas y esa mirada penetrante. Resistió, temeroso pero firme, hasta que Elías, sin expresión, desmontó

con un rápido movimiento, cogió las riendas y condujo el caballo hacia el establo.

Pedro estaba agotado, como un trapo exprimido. Pisoteó las avispas. Volvió a sentir el dolor de las picaduras y se encaminó tambaleándose hacia la pared de la casa. Entonces pensó en usar el poder para sanarse. Imaginó su propio cuerpo, lo sostuvo en la mente y comenzó a aplacar el dolor, a eliminar el veneno. En quince minutos no quedaban rastros de la hinchazón. Era como si nunca le hubieran picado.

Su mente podía curar y su mente podía matar. Esa noche mataría al hombre oscuro que dormía en el sombrío sótano. Lenta y cuidadosamente, Pequeño Pedro imaginó el cuerpo de Elías en la mente. Cada detalle debía ser perfecto. Lo imaginó tendido de espaldas, respirando despacio, los ojos cerrados, la boca fruncida.

Dentro del enorme pecho Pedro halló el corazón, bombeando rítmicamente. En la mente de Pedro el corazón empezó a latir despacio, a contraerse, a deformarse. Desencadenó el colapso de los pulmones. Se desplazó hacia el hígado, lo obligó a descargar bilis en la sangre. Y en la mente de Pedro el corazón se detuvo. Lo había conseguido.

De pronto Pedro voló por el aire y se estrelló contra la viga. Luego se estrelló contra el suelo. Su mente giró. No sabía qué estaba pasando. La fuerza de los golpes le impedía respirar. Lo alzaron de nuevo y lo mantuvieron en el aire. La espalda se le arqueó dolorosamente, hasta que los talones le tocaron la cabeza. Quería gritar, pero no tenía voz. Su cuerpo voló, chocó contra la pared, cayó al suelo hecho un guiñapo.

No se atrevía a moverse. Sintió un ardor en el estómago, una gran náusea. Eructó y resolló, pero no pudo vomitar. Un gran dolor le desgarró la cabeza. Luego un frío le inundó el cuerpo. Tiritó a más no poder. La tez le hervía. Grandes ampollas le crecieron en la piel; de pronto, se quedó ciego. Calambres desgarradores le atenazaron los músculos. El suelo sembraba mil cuchillos que le cortaban la piel desnuda. Lloró, más allá del pánico, clamando misericordia con la mente.

Lentamente el dolor se retiró, la picazón se disipó. Estaba en las frías sábanas de su cama. Sollozó histéricamente, resollando y temblando, dolorido por el gran esfuerzo. Recobró la vista. Las primeras luces del alba entraban por la ventana. Y en la puerta estaba Elías, el hombre oscuro, un rostro terrible. Había hecho eso con la mente.

—Sí. —El pensamiento le vibró en el cerebro, haciéndole latir la cabeza.

Pedro miró con temor a Elías, que se acercaba a la cama.

—Jamás volverás a usar este poder, Pequeño Pedro.

Pedro gimoteó.

—Este poder es maligno. Trae dolor y sufrimiento, Pedro, el que has padecido esta noche. Jamás volverás a usar este poder. Ni para matar, ni para curar, ni para lavar la frente de un mundo seco, por mucho que lo desees. ¿Comprendes, Pequeño Pedro?

Pedro asintió.

—Dilo.

Pedro se esforzó por articular las palabras.

—Nunca lo usaré de nuevo —dijo al fin.

—Nunca, Pedro. —Los ojos azules se suavizaron—. Ahora duerme, Pequeño Pedro.

Manos frescas acariciaron el cuerpo de Pedro, llevándose el dolor, y dedos fríos le extrajeron el terror de la mente. Y durmió, y soñó largo tiempo con su tío Elías.

Elías, tío de Pedro, había muerto. Rodeaban la fosa donde habían depositado el ataúd, y cantaban un himno lento. El padre de Pedro, ya anciano, y a punto de reunirse con el hermano, leyó palabras del Libro Santo.

Elías había muerto con una tos violenta que lo desgarró por dentro. Sentado junto al lecho del moribundo, Pequeño Pedro le había mirado los ojos largo tiempo, sin hablar. Y luego había dicho:

—Cúrate, Elías, o déjame curarte.

Elías se negó.

Y ahora estaba muerto, y gruesas paladas de tierra húmeda se derramaban sobre el ataúd. Había muerto voluntariamente: había tenido el poder para conservar la vida y se había negado a usarlo.

Pedro trató de recordar el temor que le tenía, pero eso era tiempo atrás. Después de aquella noche aterradora, los ojos de Elías no habían vuelto a asustarlo. El azul profundo ya no era feroz, sino que rebosaba ternura.

Al principio Pedro dejó de usar el poder por temor a Elías. Pero gradualmente el miedo se disipó. Dejó atrás la pubertad y adquirió estatura de hombre, alcanzando más altura que Elías, que no era tan corpulento como él había creído. Y comenzó a ver a Elías como un igual: otro hombre aquejado por la misma maldición. Comenzó a preguntarse qué le había ocurrido a Elías, cómo había descubierto el poder. Pero jamás se atrevió a preguntárselo.

Ahora, solo ante la tumba de Elías —la ceremonia había terminado y los demás se habían ido—, agradecía la lección que Elías le había dado aquella noche. Oh, en ocasiones Pedro sentía remordimiento al recordar sus noches de fisgoneo. Pero así como antes había abandonado su poder por miedo, ahora lo desechaba por gratitud, por respeto a Elías, por amor.

Pedro se arrodilló y cogió un terrón de la tumba. Lo apretó en la mano formando una pelota. El terrón se endureció como acero. Pedro se dirigió hacia el camino que llevaba a Ciudad de Worthing, arrojando la pelota al aire y atajándola, hasta que se le desmenuzó en las manos. Se sintió muy triste al contemplar aquellos granos de polvo. Se sacudió las manos en los pantalones y continuó la marcha.

EL CALDERERO

La noche descendió sobre el bosque con la rapidez de un búho, y Juan Calderero apenas tuvo tiempo de apilar hojas bajo el arce azul. Se tendió y miró a través de las ramas. De vez en cuando una estrella brillaba en el cielo cambiante, y Juan Calderero se preguntó cuál de ellas sería la estrella con que soñaba.

Y mientras dormía esa noche, el sueño se repitió, y de nuevo despertó sudando y temblando en el frío de la aurora. La estrella había descendido hacia él surcando la noche, con gran estruendo, hasta hacerse mayor que el sol y engullirlo. Era tan caliente que él apenas podía respirar, así que sudó hasta quedar seco como papel de lija. Despertó temblando y boqueando, y los pinzones posados en una raíz prominente lo observaban.

Sonrió y extendió las manos hacia los pinzones. Ellos retrocedieron traviesamente y luego se acercaron, jugando con él como si formara parte de una danza de apareamiento. Los dos se le posaron en la mano. Mirando al macho, Juan Caldereroladeó la cabeza. El pinzón macholadeó la cabeza también. Juan Calderero parpadeó. El pinzón parpadeó. Con una risa suave, Juan Calderero extendió el brazo y los pinzones echaron a volar, trazando rápidos y cerrados círculos sobre el claro. Y en alas de los pinzones Juan Calderero voló desbocadamente, sintiendo la vertiginosa caída de los órganos de los pájaros en vuelo, la euforia del rápido ascenso, los giros cada vez más cerrados, hasta que las alas quedaron agotadas por el esfuerzo. Luego unos minutos de resuello y reposo, los pinzones en una rama, Juan Calderero en el suelo, sintiendo la fatiga y el ligero dolor en el hombro de las aves como si fueran propios. Un vuelo raudo, luego un dulce dolor. Juan Calderero sonrió, se retiró de la mente de los pájaros.

Se levantó y recogió sus herramientas de calderero, las mazas y cinceles de madera, el crisol, y los trozos y retazos de hojalata que transformaría en un nuevo mango de cuchara para la señora Barrena, la sartén de la señora Herrero o el suavizador para Samuel Barbero. Llevaba los trozos de metal sujetos a la ropa y al cayado, y mientras andaba tintineaban con un canturreo que lo anunciaba a las mujeres de la ciudad mucho antes de que él estuviera a la vista. *El calderero está en el pueblo*, oía decir, y sabía que los negocios marcharían bien. Tenían que marchar bien. No había otro calderero entre Hux y Linkeree, ni en todo el ancho Bosque de Aguas, y Juan Calderero era listo y no iba a la misma localidad dos veces en el mismo año. Pero ahora se acercaba el invierno, y Juan Calderero regresaba a casa. A Worthing, el pueblo más anónimo del bosque, adonde nadie acudía a él para pedirle hojalata. En Worthing querían un invierno mágico. Lo que él les daría le supondría un invierno de dolor.

Al cabo de una hora Juan Calderero cogió la carretera, sabiendo que estaba a medio kilómetro del pueblo. Rara vez usaba las carreteras, pues en esos tiempos los salteadores asesinaban a los viandantes para robarles su fortuna. Y aunque conocía a muchos salteadores, y a menudo les había reparado herramientas y había pernoctado con ellos, sabía que si lo veían en la carretera lo matarían antes de advertir que era Juan Calderero, el hombre del bosque, o Juan Pájaro, el mago de los pinzones.

Y había sitios del bosque donde su nombre era desconocido, pero a los que había acudido una vez, cubierto de hojalata. Cabañas donde no había humo en la chimenea porque los moradores estaban demasiado enfermos para cortar leña. Cuando él aparecía en la puerta una anciana moribunda alzaba débilmente un cuchillo, o un niño procuraba empuñar un hacha para proteger a sus padres febriles. Entonces Juan Calderero susurraba una palabra, y los pinzones volaban desde sus hombros para posarse en el lecho de los enfermos. Cuando él se marchaba, la gente dormía apaciblemente y había leña en el hogar.

Despertaban recobrados y sanos, y pronto olvidaban a Juan Calderero, cuyo nombre desconocían. Pero en ocasiones, al arrojar al hijo dormido por la noche, una madre recordaba las manos del sanador, y cuando un hombre miraba a la esposa por la mañana mientras el sueño aún le cerraba los ojos, pensaba en el hombre fornido, amigo de los pájaros, que la había tocado y permitido dormir.

Samuel Barbero miró por la ventana de su local de la plaza mayor y vio los destellos de luz en la hojalata de Juan Calderero. Regresó a la silla donde Martín Posadero, cubierto de jabón, aguardaba un afeitado.

—El calderero está en el pueblo.

Martín Posadero se irguió en la silla.

—Demonios, y el muchacho es el único que está en la posada.

—Demasiado tarde, de cualquier modo. Ya ha entrado. —Samuel acarició la navaja—. Mejor regresar a casa afeitado que con la barba crecida, ¿no crees, Martín?

Martín gruñó y se reclinó en la silla.

—Pues hazlo deprisa, Samuel, o te costará más que el par de monedas que esperas ganar.

Samuel se puso a rasurar la cara de Martín.

—No sé por qué no te agrada, Martín. De acuerdo, es un hombre frío...

—Si es un hombre...

—Es tu primo, Martín.

—Eso es mentira. —Martín estaba enrojeciendo bajo los restos de jabón de afeitarse—. Su padre y mi padre eran primos, pero aparte de eso juro que no hay ninguna relación, excepto que obtiene alojamiento gratis en mi posada.

Samuel sacudió la cabeza mientras afilaba la navaja.

—¿Entonces por qué, Martín, tu hijito Amós tiene sus ojos?

Martín Posadero saltó de la silla y se volvió salvajemente hacia el menudo barbero.

—Mi hijo Amós tiene mis ojos, Samuel, azules como los míos, azules como los de su madre. Dame esa toalla. —Se enjugó la cara rápidamente, dejándose algunas manchas de jabón, incluida una en la punta de la nariz que le daba un aspecto ridículo.

Samuel contuvo la sonrisa mientras el corpulento posadero salía del local. Al oír el portazo, Samuel se echó a reír, sacudiendo su obeso cuerpo.

—Azules como los míos, dice. Azules como los de mi esposa. —Se apoltronó en la silla, aún tibia con el calor de Martín Posadero, y rió y transpiró hasta dormirse.

Amós, hijo de Martín, estaba sentado en el alto taburete del salón de la posada, atendiendo el mostrador, lo cual significaba un par de horas hojeando el libro de contabilidad de su padre mientras contenía las ganas de salir. Era distinto en invierno, cuando el fuego rugía y todos estaban dentro, bebiendo, cantando y bailando para mantener el calor. Éstos eran los últimos días cálidos antes de las lluvias frías, y luego llegarían el invierno y la nieve alta, y él ya no podría nadar hasta el deshielo. Ardía en deseos de quitarse la ropa y zambullirse en el Río Oeste. En cambio, hojeaba las páginas del libro de contabilidad.

Un tintineo lo distrajo y al volverse vio a un hombre alto de pie en la puerta, bloqueando la luz. Era Juan Calderero, el huésped invernal de la torre sur, el hombre de quien nadie hablaba y a quien todos conocían. Amós le tenía miedo, ciertamente, como todos en Worthing. Y ahora le tenía aún más miedo porque por primera vez en su vida tenía que verlo a solas, sin que su padre le apoyara la mano en el hombro para calmarle y protegerle.

Juan Calderero se acercó al desconcertado niño. Amós lo miró fijamente. Juan Calderero le estudió los ojos azules. No eran de un azul común. No eran los ojos de todos los habitantes rubios del bosque. Un azul profundo, puro, insondable, rodeado de un blanco diáfano y sin venillas. Ojos que no parpadeaban ni sonreían ni hablaban de amistad, pero ojos que veían. Como los de Juan Calderero. En cierto modo le entristecía que ese chico, su primo Amós, tuviera los mismos ojos. Amós tenía un don. No el don de Juan Calderero, quizá, pero un don, y Juan Calderero sacudió la cabeza y extendió la mano.

—La llave —dijo.

El niño buscó entre las llaves colgadas y se la dio al calderero.

—Trae mis cosas del armario —dijo el calderero, enfilando hacia la escalera de la torre sur.

Amós bajó lentamente del taburete y se dirigió al armario donde guardaban los

sacos del calderero. Estaban cubiertos de polvo después de todo un verano, pero no eran pesados, y Amós los llevó sin dificultad a la habitación del calderero.

Subió un buen tramo de escaleras —dos pisos con habitaciones ocupadas y un piso con habitaciones que ese año permanecían vacías— y por último una escalera de caracol y una corta escalerilla hasta una trampilla en el techo, y estuvo en la habitación del calderero.

La torre sur era el sitio más alto de la ciudad, con ventanas con postigos y sin vidrio, de modo que cuando estaban abiertas el viento soplaba por doquier y se veían bosques por todas partes. Amós nunca había estado allí con las ventanas abiertas. Sólo había subido a hurtadillas para jugar en alguna ocasión. Una vez lo habían pillado y le habían dado una zurra. Miró hacia el oeste y vio el Monte Aguas irguiendo su cumbre nevada en el corazón de Bosque de Aguas. El Río Oeste refulgía al norte y al oeste, y hacia el norte se veía el horizonte rojo de las Montañas Celestiales. Desde esa torre se veía todo el mundo del que Amós había oído hablar, excepto Ciudad Celestial, donde vivía el Rey Celestial, y en todo caso eso no formaba parte del mundo.

—Desde aquí ves toda la comarca. —Sobresaltado, Amós se apartó de la ventana para ver al calderero sentado en un taburete, en un rincón alejado. El calderero continuó—: Desde aquí puedes fingir que el pueblo no existe.

El calderero sonrió pero Amós aún tenía miedo. Estaba solo en una torre alta con el calderero, con Juan Calderero el hombre mágico. Demasiado asustado para irse, pero sin deseos de quedarse, permaneció en silencio junto a la ventana y observó el trabajo del calderero.

Juan Calderero parecía haberse olvidado de la presencia del chico mientras calentaba el crisol sobre el fuego del hogar. En pocos minutos la hojalata estuvo blanda, y con unas tenacillas de madera la puso sobre el agujero de una sartén. Trabajando deprisa antes de que se enfriara el metal, martilleó con la maza de madera hasta que la hojalata quedó perfectamente unida a la sartén. Luego calentó otro fragmento y lo puso del otro lado, y cuando hubo terminado se lo mostró al chico. No había indicios de que la sartén hubiera estado agujereada, excepto que esa parte brillaba más que el resto. Pero Amós siguió callado. Y Juan Calderero también, mientras frotaba y alisaba la sartén hasta que la pieza entera relució como nueva.

Luego el calderero se levantó de golpe y avanzó hacia el chico. Amós retrocedió intimidado, de espaldas contra otra ventana. Pero Juan Calderero se limitó a recoger los sacos que Amós había subido y extrajo de ellos ropas que colgó de los ganchos de los montantes de las ventanas. Cogió algunas botellas, herramientas y un pincel y los dejó en la mesilla de noche. Amós lo observaba en silencio.

Por último el calderero terminó su actividad, se sentó en el borde de la cama, bostezó y se apoyó en el cabezal. En pocos instantes se dormirá, pensó Amós, y

podré irme. Pero el calderero no cerraba los ojos, y el joven prisionero se preguntó si el hombre mágico dormía alguna vez. ¡No se dormiría, y él nunca podría escapar!

Un pájaro entró por la ventana. Era rojo y brillante, y revoloteó como una estría de color hasta posarse en el pecho del calderero.

—¿Conoces este pájaro? —preguntó el calderero en voz baja. Amós calló—. Pájaro Rojo. El cantor más dulce.

Como para demostrarlo, el pájaro voló hasta el antepecho y se puso a silbar y gorjear, ladeando la cabeza tan cómicamente que Amós sonrió contra su voluntad. Juan Calderero se puso a silbar con el pájaro, y el hombre y el ave se alternaron en melodías cada vez más rápidas. Cuando terminaron, Amós se desternillaba de risa.

Juan Calderero había conquistado al niño.

—Ahora puedes bajar —le dijo con una sonrisa. Amós dejó de reír y se dirigió deprisa a la trampilla—. Ah, Amós —dijo Juan Calderero. El chico asomó la cabeza—. ¿Te gustaría sostener un grajo en la mano? —El chico se quedó mirando—. La próxima vez —dijo el calderero, y el chico se marchó.

—¡No me gusta! Y, por todos los diablos, no tengo por qué aguantarlo.

—Quieto —murmuró Samuel Barbero— o te cortaré el gaznate.

—Me cortarás el gaznate aunque me quede quieto —bramó Martín Posadero—. Ningún hombre del pueblo lo aguantaría, pero yo he de hacerlo.

Samuel afiló la navaja ruidosamente.

—¿Por qué haces tanto ruido, Samuel Barbero?

Samuel acercó la cara a la de su cliente.

—¿Alguna vez te afeitaron con una navaja roma, Martín?

El posadero gruñó y calló. Al fin Samuel Barbero cogió la toalla húmeda y la pasó por la cara de Martín. El corpulento posadero se levantó de un salto, arrojó un par de monedas y dijo:

—No me agradan tus insinuaciones.

—No hago insinuaciones —respondió dócilmente el barbero, pero Martín creyó captar una nota de burla.

—¡Por el asno de mi padre, no me vengas con eso! —rugió Martín, agarrando el delantal del barbero.

—Ten cuidado —dijo el barbero.

—¡Todo este pueblo de patanes, blandengues y cobardes hace insinuaciones, y no pienso soportarlas!

—El delantal —señaló el barbero.

—¡No me importa si el hombre es pariente mío o no! ¡No lo aguantaré un día más en mi casa con mi hijo!

Se oyó un rasgido de tela y un trozo del delantal blanco quedó en la mano de

Martín. Samuel Barbero puso cara de consternación. Martín hundió la mano en el morral y sacó una moneda.

—Hazlo arreglar.

—Oh, gracias —dijo el barbero.

Martín lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué he de ser el único que mantenga a ese tipo cuando todo el pueblo se beneficia? Todos quieren un sanador, pero nadie quiere un hombre mágico bajo su techo.

—Él es tu primo...

De pronto el barbero se encontró aferrado por los brazos más fuertes de Worthing, contemplando el rostro más airado de Worthing, recibiendo el aliento de un hombre que, al igual que Samuel, no se cepillaba los dientes con frecuencia.

—Si oigo una vez más la palabra primo —jadeó Martín—, te haré tragar ese apestoso suavizador y luego afilaré con él la navaja dentro de tu gorda barriga.

—¿Te estás volviendo loco? —preguntó Samuel, tratando cortésmente de no aspirar cerca de la boca de Martín.

—¡No! —respondió el posadero, arrojándolo hacia atrás—. ¡Me estoy volviendo a casa! Y el calderero cogerá sus latas y se largará de mi posada. —Martín hizo una pausa, satisfecho con el ritmo de esta frase, y salió pisando fuerte de la barbería.

Fingió no oír las risas de Samuel mientras cruzaba la plaza para dirigirse a su edificio, el más viejo de Worthing. El letrero de Posada de Worthing necesitaba pintura.

—Recoge tus latas y lárgate de mi posada —mascullaba al caminar—. Recoge tus puñeteras latas —rezongó con voz más fuerte.

Un perro callejero se apartó del camino.

Amós estaba sentado sobre el mostrador cuando su padre entró hecho una furia. Saltó al suelo e irguió el cuerpo. Trató de no gimotear ni escabullirse cuando su padre tendió las manazas, lo alzó y lo plantó sobre el mostrador.

—No volverás a... —dijo su padre, e hizo una pausa para tragar saliva—. A la torre sur, para ver de nuevo a ese calderero. —Ahora fue Amós el que tragó saliva—. ¿Entendido? —Amós tragó con más fuerza. Martín sacudió al chico con brusquedad, haciéndole oscilar la cabeza—. ¿Entendido?

—Oh, sí, claro que sí —replicó el chico, aún moviendo la cabeza.

—¡Ver todos los días al hombre mágico es demasiado!

Amós no respondió de inmediato y su padre lo sacudió de nuevo. Amós se apresuró a asentir.

—Sí, Papá.

Ambos se volvieron y encontraron a Juan Calderero de pie en la puerta.

Hubo una pausa incómoda mientras Martín trataba de deducir cuánto habría oído

Juan Calderero. Decidió no correr riesgos.

—Espero que no hayas interpretado mal —dijo, en una voz no acostumbrada a la docilidad—. Es sólo que el chico ha descuidado sus tareas.

El calderero asintió, enfiló hacia la puerta y se volvió hacia el posadero.

—La señora Tonelero desea verme. Es por su hijo. Necesito un ayudante.

Martín Posadero retrocedió un paso.

—Estoy muy atareado, Juan. Lo lamento, quizá la próxima vez, ya sabes cómo es este negocio, ahora no tengo tiempo libre...

—Pero el chico puede venir —dijo serenamente Juan Calderero, y salió de la posada.

Martín lo siguió con los ojos unos instantes y luego, sin mirar al hijo, ordenó:

—Ya oíste al hombre. Ve a ayudarlo.

Amós salió antes de que su padre cambiara de opinión.

La casa de la señora Tonelero estaba a oscuras, y cuatro o cinco chiquillos se agrupaban en un rincón de la sala cuando Juan Calderero y Amós llegaron a la puerta. Juan golpeó cortésmente la jamba de la puerta. Los niños no se movieron. Se oyó un estruendo cuando una mujer corpulenta con un delantal sucio bajó la escalera. Se paró en seco al ver a Juan, y le hizo una seña para que entrara. Señaló la escalera, y le concedió bastante espacio antes de seguirlo arriba.

El hijo yacía desnudo y de costado. El tumor le había distendido tanto el vientre que el resto del cuerpo parecía un añadido superfluo. La cama estaba sucia de sangre y orina, y el hedor era espantoso. El niño gemía.

Juan Calderero se arrodilló junto a la cama y apoyó las manos en la cabeza del niño. El niño tiritó y cerró los ojos.

Sin apartar los ojos del rostro del niño, Juan susurró a la madre:

—Mujer, baja a traer agua y dile a Amós que me la suba. Cuando te quiera de vuelta aquí, enviaré a Amós a buscarte.

La mujer se mordió el labio y bajó torpemente la escalera. Encontró a los chiquillos apiñados al pie de la escalera y los ahuyentó con un sopapo que aterrizó en la cara de alguno. Regresó con agua y se la entregó a Amós. Entonces, al ver que los ojos del chico eran tan azules como los del hombre mágico, retrocedió. Pero como él era pequeño y ella lo conocía, le preguntó:

—¿Calinn se pondrá bien?

Amós no lo sabía. Así que subió la escalera, dejando que la mujer esperara estrujándose el delantal.

Calinn, acurrucado dentro de sí mismo, oyó vagamente los ruidos que lo

rodeaban, notó vagamente que alguien tocaba una cabeza a lo lejos, que alguien decía palabras y que oídos lejanos las oían. Pero no prestó atención. Estaba en un corredor con una sola puerta, y detrás de esa puerta aguardaba su cuerpo, y su cuerpo era un monstruo que lo desgarraba. Había tardado semanas en cerrar esa puerta, pues Calinn había descubierto que para anular el dolor tenía que anularlo todo, sonidos, olores, visiones, y toda la gente que venía a tocarlo, a tocar su horrendo vientre. ¿Y ahora debía abrir la puerta porque otra persona le susurraba palabras nuevas y le tocaba la cabeza?

Se quedó quieto, y sintió que su lejana boca se abría y emitía un gemido lejano. Se estremeció.

Juan Calderero cerró los ojos y examinó al niño a través de las manos. Curiosamente, no encontró dolor, prácticamente ninguna sensación. Susurró:

—¿Dónde está el dolor, Calinn, dónde lo ocultas?

Siguió buscando pero no halló nada.

Amós entró con el cubo de agua. Juan hundió la mano de Calinn en el agua. Buscó la sensación pero no la halló.

—Levanta el cubo, Amós, y viértese en la cabeza.

En su escondrijo, Calinn sintió el torrente de agua en la cabeza, y con esa sensación notó que el cuerpo-monstruo se abalanzaba contra la puerta, haciéndola temblar. El asustado Calinn jadeó y se apoyó en la puerta con todas sus fuerzas.

Juan Calderero sintió el hilillo de sensación, lo apresó, lo siguió, cuidando de que no se esfumara, procurando que lo guiase adonde quería ir. Al fin se halló dentro de una habitación pequeña, y al otro lado de la habitación había una puerta. Fue hacia ella. De pronto sintió que algo procuraba alejarlo de la puerta a tirones y empujones. Empujó a un lado al pequeño guardián y cogió el picaporte.

(Dejando el cubo en el suelo, Amós observó. Extrañas sombras cruzaban el rostro del calderero mientras sus manos aferraban la cabeza del niño moribundo. De pronto Calinn extendió las manos flojas y arañó el rostro del calderero, sin mucha fuerza, pero con la suficiente para rasgarle la piel y arrancarle finos regueros de sangre. Amós no sabía si debía ayudar. Entonces ese cuerpo grotesco se contrajo en un espasmo, la boca se abrió y desde allí surgió un alarido largo, agudo, desvalido. Pareció durar una eternidad, cada vez más fuerte, hasta que sonó tan alto que no se lo pudo oír más y se replegó en silencio mientras Amós observaba cómo se contraía el vientre distendido).

Cuando Juan abrió la puerta el monstruo se abalanzó, y fue terrible. También él oyó el grito del niño, pero no a lo lejos, como Amós. Lo sintió a su lado mientras forcejeaba con el dolor, lo asía, lo tragaba, lo desgarraba, lo sometía y seguía cada una de sus huellas hasta que su mente aferró todo el cáncer del niño.

Entonces empezó a matar la enfermedad. Una tarea prolongada y ardua, pero

perseveró hasta matarla por completo. Cuando estuvo seguro, comenzó a sanar el gran boquete, y Amós vio cómo la piel se cerraba en la cintura ahora delgada de Calinn, y se alisaba hasta quedar tensa y firme. El cuerpo del niño empezó a relajarse. El niño cerró la boca y se acostó de espaldas, durmiendo en calma por primera vez en incontables siglos. Juan apartó las manos de la cabeza de Calinn y miró a Amós. Tenía dolor en el rostro, y la voz era un susurro cuando pidió al ayudante que recogiera las sábanas.

Juan se levantó y alzó al niño mientras Amós recogía con desgana las sábanas hediondas y las apilaba en el suelo.

—Da la vuelta al colchón —susurró Juan, y Amós obedeció—. Ahora busca sábanas limpias, y llévate las sucias.

La señora Tonelero se mordisqueaba los dedos, pues se los había puesto en la boca al oír el grito de Calinn. No se los sacó hasta que vio que Amós bajaba la escalera con sábanas en los brazos. Amós se las entregó y pidió un juego limpio.

—Y llene otro cubo. Dice que ahora debe lavar el suelo.

—¿Puedo subir?

—Pronto, creo.

Amós subió la escalera, y al cabo de unos minutos asomó la cabeza para llamarla. La señora Tonelero subió la escalera, impulsada por la esperanza y frenada por el miedo. Cuando entró en el cuarto del niño, la ventana estaba abierta, la cortina corrida, y el sol entraba para mostrarle a Calinn sentado en la cama, sin rastros de dolor en la carita severa, el estómago liso. La madre se sentó en el borde de la cama y lo estrechó. El niño la abrazó y susurró:

—Mamá, tengo hambre.

Ninguno de los dos vio que Juan Calderero y Amós se marchaban.

Pero esa noche tres niños fueron a la puerta de la posada y dieron a Martín Posadero dos bonitos cubos y un pequeño tonel.

—Para el hombre mágico —dijeron.

Llegaron las lluvias frías, y en una semana Bosque de Aguas se puso amarillo, luego marrón y finalmente se convirtió en una maraña de ramas desnudas y enclenques con escasas salpicaduras de verdor. Había nieve en Monte Aguas.

Amós ahora pasaba los días cerca de la posada, cortando leña para trocearla en pedazos pequeños, limpiando habitaciones, haciendo recados en el pueblo, y en sus momentos libres corría escaleras arriba para encontrarse con Juan Calderero en la torre sur.

En los pocos días sin lluvia, las ventanas de la torre permanecían abiertas de par

en par, y a veces una docena de pájaros se reunían en los antepechos y la habitación. Habitualmente eran los pequeños pájaros del bosque, particularmente aquellos dos pinzones que parecían ser los amigos más íntimos del calderero, pero en ocasiones aparecía algún depredador —búhos por la noche, halcones por la tarde— y una vez acudió una gran águila de Monte Aguas. Las alas se extendían desde la cama hasta la pared, tan poderosas que Amós sintió miedo y se quedó en un rincón. Pero Juan Calderero acarició el cuello del ave, y cuando el águila echó a volar, su pata izquierda, antes un poco torcida, estaba recta de nuevo.

Y cuando la lluvia repiqueteaba contra los postigos cerrados, Amós se sentaba a hablar con Juan Calderero. No porque Juan Calderero escuchara siempre. A menudo Amós le hacía una pregunta y el calderero despertaba de su modorra, rogándole que se la repitiera. Pero cuando escuchaba, demostraba respeto por las ideas de Amós. Y un día Amós le pidió que le enseñara a curar a la gente.

Después de sanar a Calinn Tonelero, Juan rara vez había llevado a Amós consigo en sus visitas, quizá porque no deseaba que el mote de hombre mágico afectara también al niño. Pero Amós había observado atentamente esas pocas veces, y creía que empezaba a entender.

—A veces he visto cómo lo hacías.

Juan lo miró con intensidad.

—¿De veras?

—Sí. Primero los tocas. En la cabeza, el cuello, o la espalda.

—Tocándolos no los curas.

Amos asintió.

—Lo sé. Y dices palabras, y a veces la gente cree que son palabras mágicas.

—¿Lo son?

—No —respondió Amos—. Dices cosas para calmarlos, para que se relajen un poco.

Juan sonrió, pero sin satisfacción.

—Eres buen observador.

Amos sonrió con orgullo.

—Y luego encuentras el dolor y lo curas.

Juan Calderero cogió el brazo del niño con brusquedad.

—¿Cómo lo sabes? —dijo con enfado.

—Simplemente lo sé. Te observo, y tú cierras los ojos y piensas. Y cuando sienten mucho dolor, los sanas. El dolor te indica dónde se encuentra.

Juan se inclinó y susurró:

—¿Alguna vez sentiste el dolor?

Amos sacudió la cabeza.

—Quiero que me enseñes ahora.

Juan Calderero se reclinó aliviado y extendió los brazos a lo largo del antepecho de las ventanas.

—Me alegra —dijo.

—¿Entonces, me enseñarás? —preguntó Amos.

—No.

Y luego Juan Calderero lo envió abajo.

Fue un invierno prematuro, crudo y largo. Durante tres meses no hubo calor suficiente para derretir el hielo, y el viento no amainaba nunca. A veces soplaba desde el norte, a veces del noroeste y a veces del noreste, pero cada cambio de viento traía nieve y granizo, y cada brisa se filtraba por las rendijas de las paredes. Al cabo de la primera semana la aldea quedó cercada por la nieve, y nadie se atrevió a internarse en el bosque, ni siquiera con zapatones de nieve, hasta el deshielo.

Al cabo de un mes, la gente empezó a morir. Primero fueron los muy viejos, los muy pequeños y los muy pobres. Luego fueron los no tan viejos y los no tan pequeños, y la muerte llamó incluso a las sólidas casas de los ricos. Avisaron a Juan Calderero.

Todos los días aguardaban a la puerta de la posada, arropados en varias capas de lana. Cada día el calderero salía de madrugada y llegaba a horas tardías de la noche. No podía ayudar a todos. El frío era más veloz que él, y la gente moría antes de que él pudiera sanarla. Y cada vez que un grupo de personas desfilaba por la calle llevando un cadáver tieso, aumentaba el resentimiento hacia el hombre mágico que había permitido la muerte de un ser querido. Las tumbas para los muertos se volvían menos profundas a medida que el suelo se volvía más duro, y acabaron por depositar a los muertos en el hielo y a taparlos con nieve, apisonándola para que los lobos no la escarbaran.

En un pueblo de trescientas personas, la muerte de quince afectó a casi todos los hogares, y había pesadumbre en toda Ciudad de Worthing. Y aunque los salvados por Juan Calderero superaban en número a las víctimas, cada vez que la gente visitaba el cementerio y miraba los montículos de nieve se volvía hacia la alta torre sur de la Posada de Worthing. Cada día caía un poco más de nieve, y no se derretía, y a veces caía algo más que un poco, y pronto fue imposible despejar las calles. Muchas familias usaban el segundo piso para entrar y salir de la casa.

Entonces, desde las profundidades del bosque donde no había más semillas ni más insectos, y desde parajes del sur a los que este duro invierno había llevado nieve por primera vez desde que se tenía memoria, llegaron los pájaros. Al principio sólo algunos gorriones y pinzones, maltrechos y helados, se posaron en el tejado de la Posada de Worthing. Luego muchas aves grandes y pequeñas, cientos o miles, se posaron en los techos, barandas y antepechos de toda Worthing. El miedo vencido por el frío y la enfermedad, los pájaros se quedaban quietos mientras los niños los

acariciaban, y no echaban a volar a menos que los empujaran.

De noche, la gente empezó a notar que detrás de los postigos de la torre sur las luces permanecían encendidas hasta tarde, y una ventana se abría de cuando en cuando para dejar salir pájaros y permitir que entraran otros. Al fin comprendieron que de noche Juan Calderero, el hombre mágico, usaba su don para sanar a las aves.

—Hay algunos —le dijo Samuel Barbero a Martín Posadero— que opinan que no está bien que el calderero dedique tiempo a sanar pájaros cuando hay gente muriendo.

—Hay algunos —replicó Martín Posadero— que meten las narices donde no les incumbe. No me afeites, la barba me da calor por la noche. Sólo recórtame el cabello.

Las tijeras chasquearon rápidamente.

—Hay algunos —continuó Samuel Barbero— que creen que las gentes son más importantes que las aves.

—Pues los que piensan así —respondió Martín— pueden visitar al calderero y contarle su puñetera opinión.

Samuel dejó de cortar.

—Pensamos que un hombre de su propia sangre sabría explicárselo mejor que un extraño.

—¡Extraño! ¿Cómo puede cualquier hombre de Worthing ser un extraño para Juan Calderero? Ha estado en todas las casas, ha vivido aquí desde niño, y de pronto yo soy su íntimo amigo y todos los demás son extraños. Yo no tengo pleitos con él ni con sus pájaros. Él no se mete en nada. Ayuda a la gente, y me deja en paz. Y yo también pienso dejarle en paz.

Samuel no se inmutó.

—Pero hay algunos...

Martín se puso de pie.

—Hay algunos que se van a tragar una tijera si no cierran el pico.

Se sentó de nuevo. Las tijeras siguieron cortando. Pero esta vez Samuel Barbero no se rió.

Al día siguiente comenzaron a matar pájaros. Mateo Tonelero encontró gorriones en su despensa, picoteando el trigo almacenado para el invierno.

Como su esposa estaba enferma y él no había obtenido comida suficiente para resistir todo el invierno, y su buen amigo el herrero había muerto el día anterior porque el calderero no llegó a tiempo, Mateo Tonelero recogió a las aves, las puso en el suelo y las mató a pisotones, una a una. Enfermas y ateridas de frío, las aves no atinaron a escapar.

Con sangre en las botas, Mateo Tonelero salió a la calle y atrapó gorriones, pinzones, petirrojos y cardenales de los antepechos y barandas y los estrelló contra la pared de la casa. La mayoría reventaron y murieron.

Ahora se desgañitaba maldiciendo, y sus hijos mayores salieron a matar pájaros y

también maldecían, y al poco otros hombres y mujeres de otras cosas pillaban a los lentos e incautos pájaros y los partían, estrangulaban o pisoteaban.

De golpe todos pararon, y el silencio se difundió por las calles, y todos vieron a Juan Calderero, que estaba de pie en un montículo de nieve en el centro de la plaza. El hombre contempló la nieve ensangrentada por los cuerpos de cientos de pájaros, y luego a la gente con las manos cubiertas de sangre.

—Si queréis que sane a vuestros enfermos —exclamó—, ni un pájaro más morirá en Worthing.

Le respondieron con silencio. Le respondieron con odio, pues los había avergonzado.

—Si otro pájaro muere en Worthing, todas esas personas pueden morir.

En cuanto entró en la posada, el silencio se rompió.

—Actúa como si los pájaros fueran más importantes que las personas.

—Se ha vuelto loco.

—Más le vale sanar a la gente.

Pero todos entraron en sus casas, continuaron con sus tareas y no murieron más pájaros. Los que habían muerto ese día fueron devorados por las águilas y los buitres, e incluso los depredadores comieron pájaros que otros habían matado, hasta que no quedó rastro de las muertes de ese día.

Al anoecer murieron dos personas más, y los deudos miraron con odio hacia la torre sur donde una luz ardía en el temprano crepúsculo mientras entraban y salían los pájaros.

Juan Calderero despertó al oír que golpeaban la trampa. Aún no clareaba, y cuando levantó las mantas varios pájaros que se habían cobijado en su cuerpo volaron hacia todos los rincones de la habitación. Juan levantó la trampa, por donde asomó la cabeza de Martín Posadero.

—Es el chico, Amos, está congelado, y tan enfermo que no sabemos qué hacer.

Juan se puso sus pantalones, una camisa y un abrigo y siguió al posadero escaleras abajo.

En el último escalón Martín Posadero se detuvo de golpe y el calderero tropezó con él. Martín se apartó, mirando al suelo, y Juan Calderero vio los cadáveres de dos gorriones. Los habían estrangulado con cordeles. De un cordel pendía un papel con el nombre *Pequeño Juan Granjero*. El otro decía *Doña Fogonero*.

—Pequeño Juan y Doña Fogonero murieron ayer —susurró Martín Posadero.

Juan Calderero no dijo una palabra.

—Cuando averigüe quién fue, le retorceré el pescuezo —masculló Martín Posadero.

Juan Calderero no dijo una palabra.

—¿Verás a mi muchacho?

Juan Calderero lo siguió hasta el ala norte de la posada, y entraron en un cuartucho donde ardía un fuego. Sobre el fuego hervían marmitas y el vapor impregnaba el cuarto, pero Amós tenía la frente helada y las manos moradas. No respondió cuando el padre le habló. La madre del chico estaba cerca del fuego, llenando ollas y poniendo hojas en el agua hirviendo.

—¿Ves cómo está? —preguntó Martín Posadero—. ¿Lo curarás?

Juan Calderero se sentó junto al niño, posó sus manos sobre la cabeza y susurró. Al cabo de un momento se volvió sorprendido.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Martín Posadero.

Juan cerró los ojos y tocó la cabeza del chico. Lo cambió de posición y le palpó el cuello, la espalda, probando diversos lugares. No sentía nada. Amós estaba cerrado como un muerto, pero respiraba. Juan nunca se había topado con una mente cerrada.

Amos abrió los ojos y miró a Juan Calderero. El calderero miró a Amos.

—¿Ya has encontrado el dolor? —preguntó el niño.

Juan Calderero negó con la cabeza.

—Deprisa, por favor —dijo el niño, cerrando los ojos.

El calderero cogió la mano del niño e inclinó la cabeza. Se levantó y caminó hacia la puerta del cuarto. Martín Posadero le aferró la manga.

—¿Se pondrá bien?

Juan Calderero meneó la cabeza.

—No lo sé.

—¿No lo has curado? —insistió Martín.

—No puedo —respondió Juan, y salió del cuarto.

Martín lo siguió.

—¿Cómo que no puedes?

—Se ha cerrado a mí —dijo Juan, caminando hacia la escalera de la torre sur—. No puedo hallarlo.

—¿No puedes hallar qué? Puedes sanar a todos los de esta aldea, pero no puedes hacer nada por mi hijo...

Pasaron junto a los pájaros muertos, y Martín se detuvo a mirarlos.

—Son los pájaros muertos, ¿verdad? Oí tu amenaza. ¡Otro pájaro muerto y todos morirán! —bramó Martín mientras el calderero subía la escalera—. ¡Baja, hombre mágico! ¡No te dejaré asesinar a mi muchacho!

El calderero bajó la escalera. Martín se abalanzó sobre él.

—Mi hijo no mató a tus malditos pájaros. ¡Yo no los maté! Si vas a castigar a alguien, castiga a quien los mató.

—No estoy castigando a nadie —susurró Juan.

—¡Mi hijo agoniza y tú vas a salvarlo! —gritó Martín.

—No puedo —jadeó Juan—. Es su don. Él se me ha cerrado.

Martín apoyó la mano en el abrigo de Juan.

—¿Su don? ¿A qué te refieres?

—Los ojos. Un don acompaña esos ojos. El mío consiste en sentir cosas y repararlas. El suyo en ser la única persona del mundo que me puede cerrar la mente.

—¿Quieres decir que tu magia no funciona con él?

Juan asintió y se volvió para subir la escalera. Martín le cogió el brazo y lo obligó a darse media vuelta.

—¡Pamplinas! ¡Puedes curar a quien desees! ¡Has vivido treinta años gratuitamente bajo mi techo, has hecho que mi hijo te adore y desprecie a su propio padre! ¡Cura a ese muchacho o juro que te mataré!

Juan Calderero lo miró a los ojos.

—Lo curaría si pudiera. No puedo.

Se liberó de la mano de Martín, dio media vuelta y subió. Tras cerrar la trampilla, se sentó en el borde de la cama, apoyó los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos. Algunos pájaros se le acercaron y un pinzón se le posó en el hombro.

Una multitud se estaba reuniendo abajo, y algunos gritos estallaban sobre el rumor de las voces. El calderero deslizó la cama sobre la trampilla y apiló sobre el lecho todas las cosas pesadas que poseía. Varios hombres podrían con ese peso, pero por esa escalerilla no podían subir varios a la vez, así que tardarían en forzar la entrada.

Cuando comenzaron a golpear el suelo de la habitación, Juan Calderero se puso dos camisas más, otro par de pantalones y sus dos abrigos. Guardó en el saco herramientas, ropa y comida, se colgó del cuello los zapatones para nieve. Luego abrió la ventana oeste de la torre.

El techo principal de la posada bajaba en un declive abrupto de cinco metros. Juan se plantó en el antepecho y saltó con el saco atado a la muñeca.

Apenas había saltado de la ventana cuando oyó que la muchedumbre que estaba fuera de la posada empezaba a gritar. Cayó sobre la blanda nieve del techo y se deslizó despacio hasta el borde.

La distancia hasta el suelo era aún mayor, pero la nieve era alta. Cuando le cubrió la cabeza, por un instante temió ahogarse, pero no tardó en sacar las manos a la superficie. Utilizando el saco para comprimir la nieve, se encaramó a la superficie y se puso los zapatones. Entonces lo vio la multitud.

La muchedumbre rodeó la esquina sudoeste de la posada y se puso a gritar. Algunos intentaron seguirlo, pero la nieve era demasiado profunda y uno de ellos estuvo a punto de perecer. Las piedras que ansiaban arrojarle estaban sepultadas, de modo que sólo pudieron hacer bolas de nieve a las que añadieron trozos de carámbanos. El calderero recibió algunos proyectiles mientras se alejaba, pero

ninguno lo lastimó, y en pocos minutos se había internado en la arboleda.

En cuanto se perdió de vista, los pájaros empezaron a llamar. La turba miró al tejado de la Posada de Worthing. Todos los pájaros se habían reunido allí, hasta que el techo dejó de ser blanco para ser gris, con motas rojas y azules. Los pájaros se quedaron en el techo, formando una ensordecedora algarabía durante media hora, y la gente se marchó a su casa, temiendo que les acechara alguna venganza por haber expulsado al calderero. Luego el techo de la Posada de Worthing pareció remontarse a jirones en el aire, y en pocos minutos los pájaros desaparecieron. Volaron como una nube baja hasta Monte Aguas, donde las pocas personas que miraban dejaron de verlos.

Esa noche cesó el viento. El silencio fue tan repentino y total que muchos habitantes de Worthing despertaron y caminaron hasta la ventana para ver qué sucedía. La nieve comenzó a caer de nuevo, lenta y blanda y recta. La gente se volvió a acostar.

Por la mañana, medio metro de nieve nueva cubría las calles de Worthing, y algunos hombres iniciaron el ritual de abrir senderos. Pero como aún caía una nieve espesa, desistieron y decidieron aguardar a que cesara la nevada.

No cesó. Antes del anochecer la nieve nueva tenía casi dos metros de altura, y algunas personas de las casitas alejadas del centro de Worthing oyeron cómo sus tejados crujían bajo el peso acumulado. Los más timoratos recogieron sus pertenencias y enfilaron hacia la posada de Worthing, donde dócilmente preguntaron si podían pasar la noche. Martín Posadero los recibió con carcajadas de desprecio, pero les permitió tender mantas cerca del fuego del comedor y durmieron bien.

Esa noche nevió con mayor intensidad, y aún no soplaba viento que barriera la nieve de los tejados. Los techos de las casitas se derrumbaron bajo el peso, pero la nieve sofocó los gritos de los que quedaron atrapados bajo las vigas, y ni siquiera sus vecinos se enteraron.

Por la mañana quedaban pocos techos de Worthing que hubieran resistido la tensión. El alba encontró a muchos arrastrándose en medio de un amasijo de maderas y nieve para llegar a la superficie, mientras los blancos copos seguían cayendo con tal intensidad que la torre de la Posada de Worthing no se veía desde el otro lado de la plaza. Y en muchas casas ya no quedaba quien pudiera salir a la superficie.

Al mediodía la nieve se redujo a algunos copos perezosos. A las dos el cielo se despejó y salió el sol, brillando pálidamente hacia el sur. A las dos y media los primeros supervivientes llegaron a la Posada de Worthing.

Aparecieron por una ventana del segundo piso, y Martín Posadero los ayudó a entrar. A las tres, una veintena de personas se había reunido en el comedor de la posada, donde algunas mujeres lloraban a los hijos que no habían podido hallar en sus

casas desmoronadas y los hombres permanecían de pie junto al mostrador, demasiado aturcidos para hablar o pensar.

El viento arreció. Sopló desde el norte, suavemente al principio, pero los hombres aguzaron el oído.

—Ventisqueros —exclamó uno de ellos, y sin pensarlo se lanzaron hacia la improvisada puerta del segundo piso.

—¡En parejas! —gritó Martín Posadero, mientras salían calzados con zapatones de nieve hacia las casas de Ciudad de Worthing. No necesitaban esa advertencia. Ninguno de ellos quería estar solo si caía en un ventisquero.

Pronto regresaron los primeros, conduciendo a una mujer y a un par de sus hijitos. Luego llegaron más, pero eran los que estaban cerca, los fáciles de hallar, y el viento soplaba con creciente intensidad. Cada vez regresaban menos, y algunos exploradores volvieron sin haber hallado a nadie. Luego llegaron dos de ellos con un hombre.

Era Mateo Tonelero, y estaba muerto. Había perdido el conocimiento al derrumbarse el techo y se había congelado durante el día. Los presentes, más de sesenta, contemplaron el cadáver en el comedor de la posada. Un brazo se le había congelado apuntando hacia arriba, y ahora descendía hacia el suelo a medida que se deshela. Las madres tapaban el rostro de los hijos, pero los hijos insistían en ver. Y entonces un gemido tremendo se oyó en la escalera.

Era la señora Tonelero y sus hijos. Una cuadrilla acababa de rescatarlos y bajaban por la escalera. Sin dejar de gritar, la señora Tonelero se arqueó sobre el cadáver del esposo y cayó al suelo. Besaba el cadáver, tratando de dar calor a sus manos, sollozaba y gritaba su nombre. Cuando se convenció de que Mateo había muerto, guardó silencio, echó la cabeza hacia atrás y soltó un alarido. El alarido pareció eterno. Los presentes tuvieron la sensación de que era el alarido de todos, y cuando al fin ella calló aún había voces que se hacían eco del grito. Entonces oyeron la voz de Martín Posadero escaleras arriba.

—Basta. Está oscuro. Solamente lograrás perderte. —Hubo una respuesta ininteligible, y la voz de Martín insistió, más fuerte—: ¡No saldrás esta noche!

Luego hubo otro silencio y la gente se replegó hacia los rincones del comedor.

Martín bajó y les asignó habitaciones en la posada.

—Somos demasiados para dormir en el comedor, aunque con este viento estaríamos más calientes todos apiñados.

Todos cogieron los pocos trastos que habían rescatado de las casas desmoronadas y se fueron a dormir. Cuando Martín vio el cadáver de Mateo Tonelero, ordenó a dos hombres que lo llevaran a la cámara fría. Uno de ellos rió.

—A la cámara fría. ¿Es que hay otra?

A la mañana siguiente brilló el sol, y el viento se convirtió en una brisa suave. A las diez empezó a soplar desde el sur, y Samuel Barbero comentó:

—Esto nos descongelará un poco, Martín.

Martín asintió, y pronto los supervivientes recorrían la nieve de dos en dos, tratando de entrar en las casas que empezaban a asomar a medida que el sol y la brisa despejaban la nieve.

Pero la cosecha de ese día fue lúgubre. Sólo se hallaron tres personas con vida. Frente a la posada, en cambio, empezó a crecer una pila de cadáveres. Al anochecer había más cadáveres fuera de la posada que personas vivas en su interior. Contaron setenta y dos vivos y ochenta muertos, y aún ignoraban el destino de la mitad de los habitantes de Worthing.

El trajín del día se hacía notar. Había pocos llantos, si bien había mucho por lo que llorar. Los supervivientes iban de habitación en habitación para hacerse compañía, mascullando algún comentario, pero siempre pensando en la pila de cadáveres ordenadamente entrecruzados. La magnitud del desastre impedía las penas individuales. De trescientos habitantes de Worthing, sólo sobrevivían setenta y dos. Quedaba poca esperanza de hallar a los demás. Quedaba poca esperanza de que la totalidad de esos setenta y dos sobrevivieran, pues los niños que habían pasado una noche y un día en la nieve tosían con violencia. Los padres los miraban impotentes, o luchaban contra su propia enfermedad.

Samuel Barbero se encontraba ayudando a Martín y a su esposa en la cocina. Revolvía la sopa perezosamente, silbando. Cuando la sopa hirvió, la apartó del fuego y la dejó a un lado.

—Algo es algo —comentó Samuel—. No nos quedaremos sin comida. Hay de sobra para alimentar a todo el que siga vivo en Worthing este invierno.

La esposa de Posadero lo miró fríamente y siguió troceando carne. Martín Posadero gruñó, mientras llenaba un pichel con cerveza del gran tonel:

—En primavera habrá pocas manos para sembrar, y en otoño pocas para cosechar. Algunos de los que hemos pasado la vida en este pueblo, regresaremos a los campos o nos moriremos de hambre.

—Tú no —dijo Samuel Barbero—. Siempre te queda la posada.

—¿Y de qué sirve si no tengo huéspedes, ni comida que darles cuando vengan? —murmuró Martín.

Cuando llevaron la cena al comedor, un hombre acarreaba el cuerpo de una mujer que acababa de morir. Se apartaron para dejarlo pasar.

—¿Nadie lo ayuda a llevarlo? —preguntó Martín.

—Él no quiso —murmuró una mujer, y la multitud se reunió alrededor de la comida mientras Samuel, Martín y la señora Posadero servían. Había más que suficiente, y mientras las mujeres y los niños regresaban al cuenco de sopa para servirse más, los hombres llenaban los pichelos en el tonel de cerveza, asegurando que ésta calentaba la sangre más que una mera sopa.

Martín estaba atendiendo a los bebedores cuando sintió un tirón en la manga.

—Aguarda, sólo tengo dos manos —rezongó Martín, pero no le respondió una voz de hombre.

—Papá —dijo Amos.

—¿Qué haces fuera de la cama? —Martín se apartó del barril, y los hombres se apresuraron a llenar los picheles con el líquido que ahora brotaba sin cesar—. Regresa a la cama si quieres seguir viviendo.

Amos meneó la cabeza débilmente.

—No puedo, Papá.

Martín lo alzó en brazos.

—Entonces te llevaré yo. Me alegra verte mejor, pero debes quedarte en cama.

—Juan Calderero está aquí, Papá.

Martín se detuvo y bajó a su hijo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—¿No lo ves? —respondió Amos, y miró hacia la escalera del segundo piso.

Allí estaba Juan Calderero, apoyado contra la pared, a pocos escalones de la multitud. Algunos lo habían advertido y retrocedían mascullando.

—Ha regresado para salvarnos —susurró Amos.

La multitud calló cuando todos vieron al calderero. Retrocedieron aún más, y él bajó la escalera tambaleándose y cayó de rodillas en el suelo. Tenía la barbilla cubierta de hielo, adherido a la barba de cuatro días, y las manos tiesas. Parecía no poder moverse con normalidad, como si no tuviera sensibilidad en los brazos o las piernas. Sin mirar a nadie, se levantó y avanzó torpemente. La multitud le abrió paso, hasta que estuvo solo en el centro del salón. Agitó las manos.

Los murmullos se intensificaron, y el hombre cuya esposa acababa de morir bajó entonces del segundo piso.

Atravesó el corredor que Juan Calderero había abierto en la muchedumbre y se encaró con el hombre mágico. Se quedaron así, frente a frente, y la multitud calló.

—Si hubieras estado aquí —masculló el hombre—, Inna estaría curada.

Al cabo de una larga pausa, el calderero asintió. Entonces el viudo hizo una mueca, y le temblaron los hombros, y empezó a gritar en nombre de la multitud. Y en nombre de la multitud alzó la mano y abofeteó al calderero. La multitud estaba en silencio, sólo se oían los jadeos de Amós en un rincón.

El hombre alzó la mano de nuevo, y golpeó con más fuerza. Algunas personas se le acercaron. Golpeó otra vez, y otra, y otra, hasta que el calderero cayó de rodillas.

—¿No puedes detenerlo, Papá? —susurró Amós alarmado. Martín no apartaba los ojos del hombre que estaba de pie en el centro del salón—. Detenlo, Papá, le van a hacer daño.

El hombre retrocedió un paso y Juan Calderero permaneció de rodillas. El hombre

se agachó y pateó al calderero en la cara. El calderero cayó hacia atrás y quedó despatarrado en el suelo.

—¡Hombre mágico! —gritó su torturador—. ¡Hombre mágico! ¡Hombre mágico!

La multitud pronto recogió el estribo, y formó un estrecho círculo alrededor del calderero. *Hombre mágico. Hombre mágico. Hombre mágico.* Y el calderero rodó, se arrodilló penosamente, el rostro sangrante, la nariz rota, un ojo hinchado que empezaba a amoratarse. Pero abrió el otro ojo y miró con firmeza al hombre que lo había pateado. El hombre retrocedió. Juan miró a otro hombre, luego giró lentamente y con un ojo azul escudriñó un instante los ojos de la hilera frontal de la multitud. El cántico murió, y se hizo el silencio mientras Juan Calderero se levantaba con esfuerzo.

Estiró una pierna y procuró ponerse en pie, pero perdió el equilibrio y se ayudó con el brazo. Lo intentó de nuevo, pero las piernas no lo sostenían. Sin inmutarse, probó con la otra pierna. Falló otra vez. Y en el nuevo intento no pudo sostenerse, cayó de costado, los ojos abiertos, el cuerpo trémulo.

Por un instante la turba se quedó quieta, como una bandada de buitres que no sabe si la presa ha muerto. Luego algunos se acercaron al tembloroso calderero. Empezaron a patearlo en silencio. Lo patearon cruelmente hasta que se cansaron, retrocedieron y fueron reemplazados por otros. El calderero no lanzó una sola queja.

Al final la multitud se dispersó. Muchos abandonaron el salón, otros se quedaron junto al fuego, otros fueron a servirse más cerveza. El cuerpo de Juan Calderero estaba en medio del salón. Tenía el cráneo roto, y la piel despellejada, y lo rodeaba un gran charco de sangre. Huellas sanguinolentas rodeaban el cadáver, siguiendo a aquellos que habían pisado la sangre, hasta borrarse con la distancia. El rostro del calderero no era un rostro, los ojos no eran ojos, los labios no eran labios, y las manos rotas y astilladas se extendían sobre el suelo como raíces.

Al cabo de un rato Martín Posadero dejó de mirar el cadáver del primo y se volvió hacia su hijo. Amós miró al padre inexpresivamente. Pero los ojos eran tan azules como los del calderero, y eran fríos y penetrantes, y Martín se sintió acusado, condenado, avergonzado. No pudo sostener la mirada de su hijo. Miró al suelo hasta que su esposa se llevó a Amós a la cama.

Luego Martín subió el cadáver del primo, y cuando regresó pasó la noche lavando la sangre del suelo. Cada huella. Por la mañana no quedaban vestigios.

Todos los habitantes de Worthing vivieron en la posada hasta que llegó el deshielo de primavera. El tiempo cambió con brusquedad, y de pronto llegaron días calurosos y secos. A medida que la nieve se derretía, la gente regresaba a las casas, pero pronto se toparon con una tarea más urgente. Los cuerpos de la plaza empezaban a pudrirse.

Aún no se podía cavar en el suelo, así que tomaron aceite de lámpara, lo vertieron

sobre los cuerpos y les prendieron fuego. La pestilencia era horrible, y el fuego ardió durante días, aunque le arrojaron leños para que ardiera con más fuerza. Y mientras ardía, entraron en las casas y hallaron los cadáveres de los que habían estado perdidos todo el invierno y también los arrojaron al fuego, hasta quemar todos los cadáveres de la aldea. Podrían haber arrojado el cadáver de Juan Calderero al fuego, pero los pájaros habían acudido durante el invierno y lo habían limpiado a picotazos, así que sólo quedaban los huesos. Amós recogió en silencio esos huesos y cuando el suelo estuvo blando lo sepultó, pero no puso ninguna lápida.

La aldea no se reconstruyó. Quedaban pocas casas habitables, pero eran suficientes para los escasos moradores. La gente marchó a arar los campos, y luego a plantar, y luego a escardar. De noche algunos de ellos se consagraban a su oficio, aunque Samuel Barbero abrió algunos tajos a la luz de las velas y las cansadas e inexpertas manos de Calinn Tonelero fabricaban pocos barriles sin filtraciones.

La mayoría prefería vivir lejos del centro de la aldea, y cuando iba a la plaza siempre eludía el lugar donde se había alzado la pira. Las cenizas cubrieron el suelo hasta que se las llevaron los vientos y las lluvias de primavera.

De vez en cuando se veía a una familia que con un carromato cargado, pasaba frente a la posada por el camino de Linkeree, o en sentido contrario, hacia Hux. Para el verano Worthing poseía sólo cuarenta habitantes, y éstos estaban agotados, apenados y resentidos. Nadie cantaba en la Posada de Worthing.

Un día, cuando Martín Posadero regresó del campo, no halló a su hijo Amos, quien todavía era un niño, pero que como todos los niños de Worthing se había olvidado de reír a voz en cuello y jugar en las calles al atardecer. Él y su esposa registraron todas las habitaciones de aquel lado de la posada, luego el patio, y finalmente Martín Posadero subió la escalera de la torre sur. Como había sospechado, habían arrancado los listones que tapiaban la trampilla de la torre sur.

Subió la escalerilla y alzó la puerta. Todas las ventanas estaban abiertas y el bosque se extendía por doquier. Martín halló al hijo sentado junto a la ventana oeste, mirando el sol que se ponía cerca de Monte Aguas. No dijo nada, pero al rato su hijo se volvió para decirle:

—A partir de ahora dormiré en esta habitación.

Martín Posadero regresó abajo.

LOS MUNDOS DE WORTHING

Michael R. Collings

Los mundos de Worthing aparecieron inicialmente en octubre de 1978, cuando *Analog* publicó *Segmento de vida*. En cuatro meses aparecieron otros cuentos ambientados en Capitol: *Hijos sacrificados*, *Mil muertes*, *Segunda oportunidad* y *Las reglas del juego*, la esencia del primer libro de cuentos de Card, *Capitol*.

Los once cuentos de *Capitol* sugerían la amplitud de visión que se transformaría en rasgo definitorio de Card, una promesa que se cumplió con la publicación de *Hot Sleep*, una novela ambientada en Capitol que exploraba en mayor detalle la historia de ese mundo.

Capitol se concentraba en las consecuencias sociales de una inmortalidad ilusoria ofrecida por la droga somec, y en la comunidad humana a medida que se propagaba por diversos mundos. El somec permitía el viaje espacial, pero también erosionaba los valores morales, espirituales y éticos. De principio a fin, el libro describía la amenaza que representaba el somec, pues su inmortalidad artificial destruía la comunidad humana, aislando a los individuos hasta que sus vidas apenas se tocaban; se transformaban en guijarros rebotando en la superficie de las aguas del tiempo.

Hot Sleep se concentraba en los planes de Abner Doon para modificar esa situación. Doon aparecía en *Capitol*, pero allí no se contaba toda la historia. En *Hot Sleep* Doon ocupaba el centro de la escena con su protegido, Jason Worthing. Obligaba a Worthing a capitanear una nave colonial que transportaba trescientas de las mentes más lúcidas e inquietas del Imperio a años-luz de distancia, al corazón de la Galaxia. Un accidente destruía las grabaciones mentales de los colonos y Worthing aceptaba su papel de falsa deidad que despertaba y educaba a bebés de tamaño adulto. La segunda mitad de *Hot Sleep* prescindía casi totalmente de Capitol para enfatizar el desarrollo de la aislada comunidad de Jason Worthing.

Sin embargo, incluso allí la visión de Card trascendía los límites de la novela. En los últimos capítulos, Worthing hundía su nave espacial en el mar y pedía al ordenador que lo despertara cuando otros seres humanos encontraran la nave: si sus *hijos* se desarrollaban tanto como para explorar los mares con alta tecnología, podrían afrontar las complejidades del somec y de Jason Worthing. La novela tenía un final optimista, pues Worthing profesaba su esperanza de que las tribulaciones que había sufrido su pueblo condujeran a un gran bienestar.

Pero Card aún no había terminado. *La crónica de Worthing* se publicó en 1983, con el anuncio de que algunos episodios se habían «publicado anteriormente como parte de los libros *Capitol* y *Hot Sleep* del mismo autor». El comentario servía para indicar que *La crónica de Worthing* no era una mera continuación, sino que

reexaminaba los mundos de Worthing, proyectándose quince mil años en el futuro y, mediante el despertar de Jason Worthing, revelando el resultado final de su plan.

La crónica de Worthing no incorporaba partes de *Capitol* y *Hot Sleep* con la mera integración de capítulos dentro de nuevos marcos. Card condensaba historias anteriores hasta que capítulos enteros de *Capitol* se transformaban en un párrafo o menos. Lo importante no era la narración en sí misma, sino su significado.

Esta característica refleja elementos decisivos para comprender a Card: su compromiso con la Iglesia de Jesucristo de los Santos del Último Día y la influencia del *Libro de Mormón* en su personalidad y su carácter de escritor. El *Libro de Mormón* es uno de los cuatro volúmenes de escrituras aceptados por los mormones, pero es el único que funciona como una narración única y continua. Fue muy importante para Card, pues lo leyó muchas veces en su infancia. En realidad, sería sorprendente que no hubiera influido decisivamente en el estilo y la forma de sus escritos. En una entrevista para *The Leading Edge*, un periódico de ciencia ficción publicado por estudiantes de la Brigham Young University, Card comentaba que, a pesar de su interés en autores de fantasía como Ray Bradbury, Stephen R. Donaldson, J.R.R. Tolkien y C.S. Lewis, el escritor que más había influido en él era Joseph Smith; aseveraba que el lenguaje del *Libro de Mormón* —junto con el de otros dos libros de escrituras, *Doctrine and Covenants* y *The Pearl of Great Price*— tuvo tal impacto, así como las historias que allí se narran, que colorea todo lo que hago y todo lo que soy.

El último cronista del *Libro de Mormón*, Moroni, señala que ese libro es la destilación de crónicas anteriores. De principio a fin, existe la sensación de que la historia narrada en el *Libro de Mormón* está forjada, pulida y comprimida para explorar los cambiantes valores morales y espirituales de sus gentes. En consecuencia, el libro es una especie de montaña rusa verbal: las naciones viven piadosamente y ascienden, se vuelven complacientes, caen en la ignominia y la destrucción, y vuelven a ascender sólo cuando redescubren las bendiciones de la piedad. Hay menos énfasis en los individuos que en las historias que ellos protagonizan. Incluso los personajes importantes son abstracciones además de individuos, y sus vidas funcionan como motivos en un gran tapiz de significados.

Como obra de ficción, *La crónica de Worthing* hace exactamente lo mismo. Los cuentos anteriores son comprimidos hasta que, en el caso de las historias del Bosque de Aguas, virtualmente desaparecen. *La Granja de Worthing* y *La Posada de Worthing*, los dos primeros que Card escribió, son aludidos, fundidos y combinados en el capítulo 9 (*La Granja de Worthing*), pero sin el intenso énfasis personal de los cuentos. En la novela se subraya más la sequía, y menos la transmisión de la maldición de Worthing y los ojos de Worthing. Sólo *El calderero* conserva buena parte de su sabor en *La crónica de Worthing*. Publicada originalmente en *Eternity SF*

en 1980, esta versión de *El calderero* fue escrita más tarde, y en consecuencia está más desarrollada que *La Granja de Worthing* y *La Posada de Worthing*. Es, en miniatura, el tipo de narración que Card ha explorado desde que publicó *El juego de Ender* en 1977: un individuo dotado con un talento peculiar debe asumir la responsabilidad por el bienestar de una comunidad que no atina a comprender a su propio salvador. Los personajes de Card recrean este esquema con ingeniosas variaciones: Laniek Mueller en *Treason*; Anset en *Maestro cantor*; Paciencia en *Wyrms*; el Pastor en *Kingsmeat*. Y, en sus más cabales manifestaciones hasta la fecha, Ender Wiggin en *El juego de Ender* y *La voz de los muertos*, y Alvin Miller Junior en la saga de Alvin Maker. Sin embargo, *El calderero* se distingue por su énfasis en lo trágico. La figura del salvador es sacrificada, provocando más muerte y sufrimiento, que sólo más tarde se transmuta en una gran esperanza. Juan Calderero está emparentado con los personajes cristológicos de Card, aunque no es el más grande de ellos. Su función es más localizada y estrecha, aunque crítica. Tal vez por eso *La crónica de Worthing* incorpora más elementos de este cuento que de *La Granja de Worthing* y *La Posada de Worthing*.

En el capítulo 7 —atinadamente titulado *Cuentos de invierno*— Card reproduce la esencia de la historia de Juan Calderero. La niña Sala refiere la historia a partir de los recuerdos de Justicia, una descendiente de Jason Worthing, y una figura deílica dentro de la novela. La historia está despojada de gran parte de su poder descriptivo y narrativo, adaptándose al vocabulario y a las estructuras gramaticales de una niña que ignora los alcances de su narración.

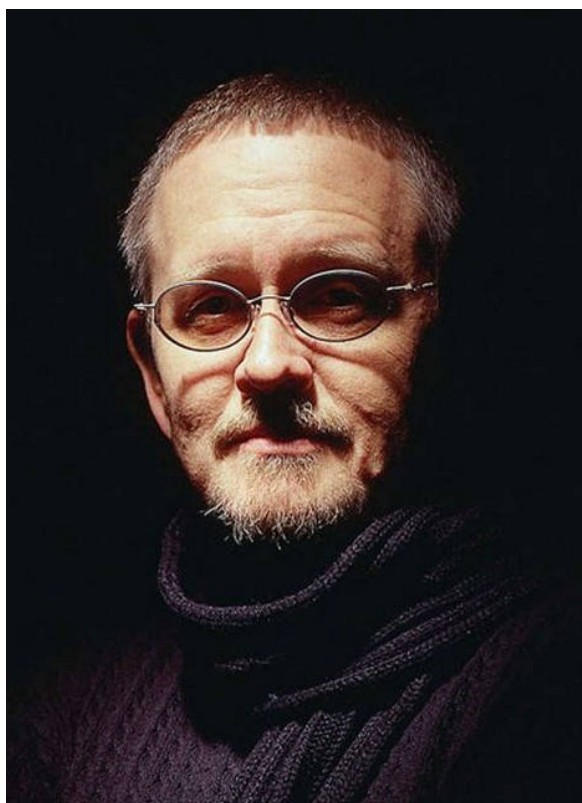
Al mismo tiempo, Sala incorpora instrucciones específicas para interpretar la historia. Juan Calderero muere, explica Sala, porque las gentes de Worthing no sabían qué hacer con un dios que no podía salvarlos de todo. El propósito de Card en *El calderero* se vuelve aún más nítido a través del proceso de deshilación. Al condensar la historia original en pocos párrafos, destaca el patrón cristológico de la mediación, el sufrimiento y la muerte, así como la deshilación de Moroni, a partir de crónicas anteriores, enfatiza el movimiento espiritual del *Libro de Mormón*. Como cuento, *El calderero* es emotivo, y está impregnado de altruismo y humanidad; como elemento de una narración más vasta, se vuelve paradójicamente más estrecho y más amplio a la vez. Pierde parte del impacto de los detalles pero cobra el vigor de una viñeta moral.

La publicación de *La Granja de Worthing*, *La Posada de Worthing* y *El calderero* en esta compilación apunta a algo más que a brindar redondez narrativa a ciertos episodios. Ante todo, señala en qué medida los relatos de Card funcionan en múltiples niveles. En este caso, la transformación de un relato en episodio subraya los propósitos últimos de Card, pues sintetiza sus intereses. Volviendo nuevamente a la

imagen del *Libro de Mormón*, esos cuentos constituyen los documentos originales que luego Card deshila en *La crónica de Worthing*. El desplazamiento de énfasis, la mayor intensidad de misión y propósito, el afinamiento de los personajes para crear mayores honduras de empatía y comprensión, el otorgamiento de cierto peso moral a los cuentos que reaparecen en *La crónica de Worthing*, todo ello sugiere que la visión de Card guarda un estrecho paralelismo con la de los autores del *Libro de Mormón*. En cada caso, la narración es fascinante por sí misma, pero en última instancia comunica mucho más que una historia real o imaginaria. En manos de Card, los relatos se transforman en modalidades del poder, los personajes en iconos significativos, y el narrador de historias cobra la altura del sacerdote-poeta, el vate que nombra la Verdad mediante el ropaje ilusorio de la ficción.

Thousand Oaks, California

Enero de 1989



ORSON SCOTT CARD (24 de agosto de 1951) es un escritor estadounidense de ciencia ficción y otros géneros literarios. Su obra más conocida es *El juego de Ender*.

Nacido en Richland, Washington, Card creció en California, Arizona y Utah. Vivió en Brasil dos años como misionero para La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (Iglesia mormona). Es licenciado por la Brigham Young University en 1975 y la Universidad de Utah en 1981. Actualmente vive en Greensboro, Carolina del Norte. Él y su mujer, Kristine, son padres de cinco niños: Geoffrey, Emily, Charles, Zina Margaret y Erin Louisa, llamados así por Chaucer, Brontë y Dickinson, Dickens, Mitchell, y Alcott, respectivamente.

Escritor prolífico, Orson Scott Card, es autor de numerosas novelas individuales (*Niños perdidos*, *El cofre del tesoro*) y diversas sagas como *La Saga del Retorno* o las historias de *Alvin el Hacedor*. Ha ganado numerosos premios Hugo y Nebula, como el Nebula de 1985 y el Hugo de 1986 a la mejor novela por *El juego de Ender* y el Nebula de 1986 y Hugo de 1987 por *La voz de los muertos*.

Además, y como curiosidad Orson Scott Card es el autor de las frases de la famosa batalla de insultos de *El secreto de Monkey Island*.

Así mismo, Orson Scott Card se ha adentrado en el mundo del cómic, escribiendo el guion entre el 2005 y el 2006 de la miniserie *Ultimate Iron Man*.